

# BERNARDINO BILBAO RIOJA

VIDA Y HECHOS

CUE

CAN. /STRONGEST/

KM.7



VILLA MONTE

AQUILES VERGARA VICUÑA

Digitalizado por:

José Andrés Mendoza Bilbao  
jandresmendoza@hotmail.com



591-71974395







# Bernardino Bilbao Rioja

Vida y Hechos

Por

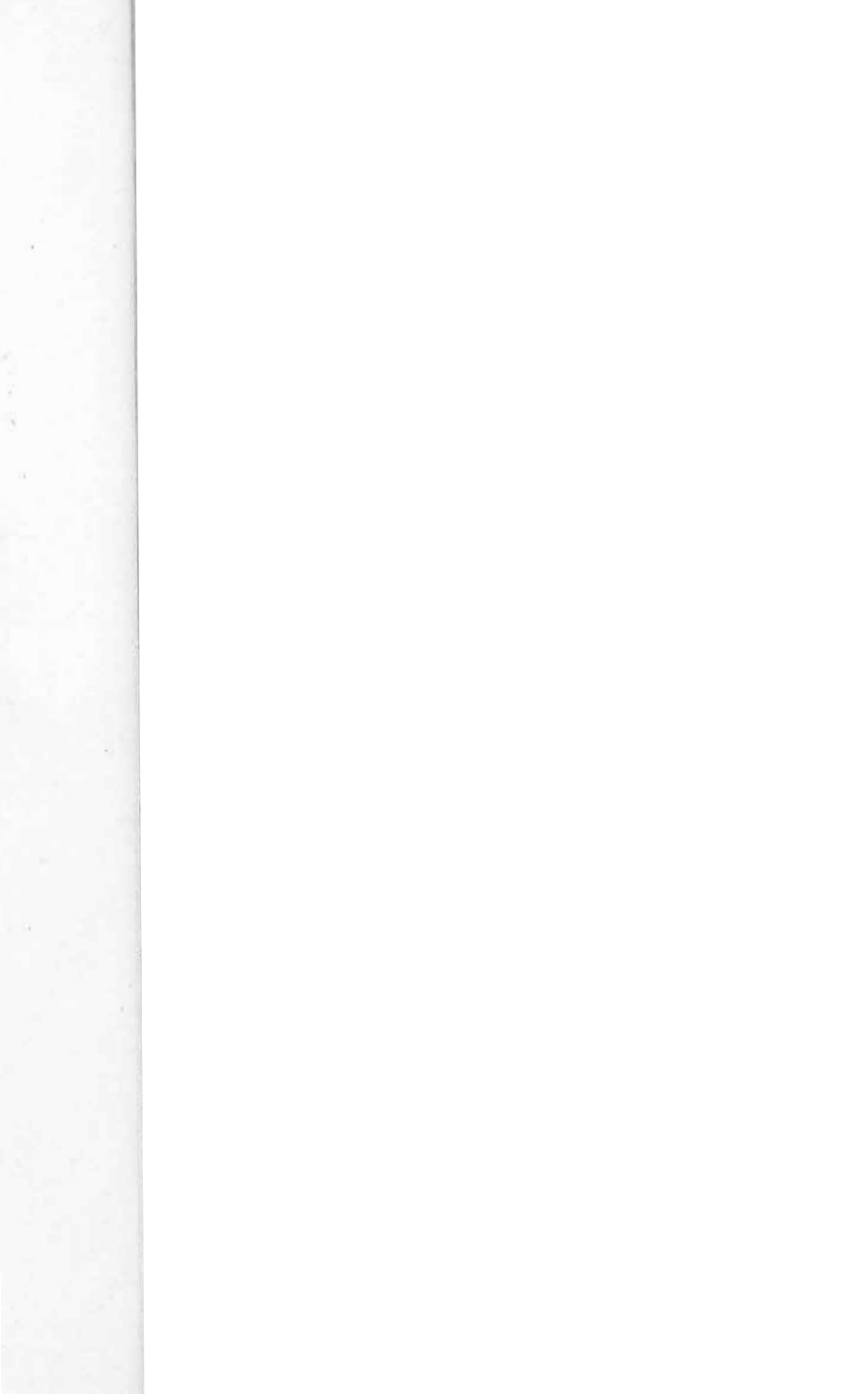
AQUILES VERGARA VICUÑA

---

La Paz—Bolivia  
1948

---

Lit. e Imp. Unidas.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

### Publicadas

Bajo el cielo del trópico (Impresiones cubanas) .....	Madrid, 1919
Banderillas y Panderetas (Viajes por España y Portugal).....	Santiago, 1922
Tres años en el frente político (Discursos parlamentarios y artículos de prensa).	Santiago, 1925
Discursos sobre motivos educacionales...	Santiago, 1927
Bolivia Convulsionada (Crónica de una revolución).....	Santiago, 1930
Por Tierras del Inca (Itinerario de un viaje por el Sur del Perú).....	Santiago, 1930
Ibáñez, César Criollo (Dos tomos) .....	Santiago, 1931
Mi defensa ante el Congreso.....	Santiago, 1932
DEL CALDERO DEL CHACO.. (Biblioteca Selecta de la Editorial Nascimento).....	Santiago, 1935
BOLIVIA Y CHILE (Lecciones del Pasado-Advertencias para el Porvenir).....	La Paz, 1936
BOSQUEJO MILITAR DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA .....	La Paz, 1937
EL MAR, NEXO DE PAZ ENTRE BOLIVIA Y CHILE.....	La Paz, 1938
CONTESTO A UN GENERAL DE CHILE	La Paz, 1943
HISTORIA DE LA GUERRA DEL CHACO (Siete tomos).....	La Paz, 1940-1945
BERNARDINO BILBAO RIOJA (Biografía).....	La Paz, 1948

### Próximas a Publicarse

BOLIVAR—De Puerto Cabello a Carabobo—Parábola guerrera (Cinco tomos)
ANVERSO Y REVERSO DE UN PROBLEMA AMERICANO (Acotaciones-Experiencias-Cuitas).....

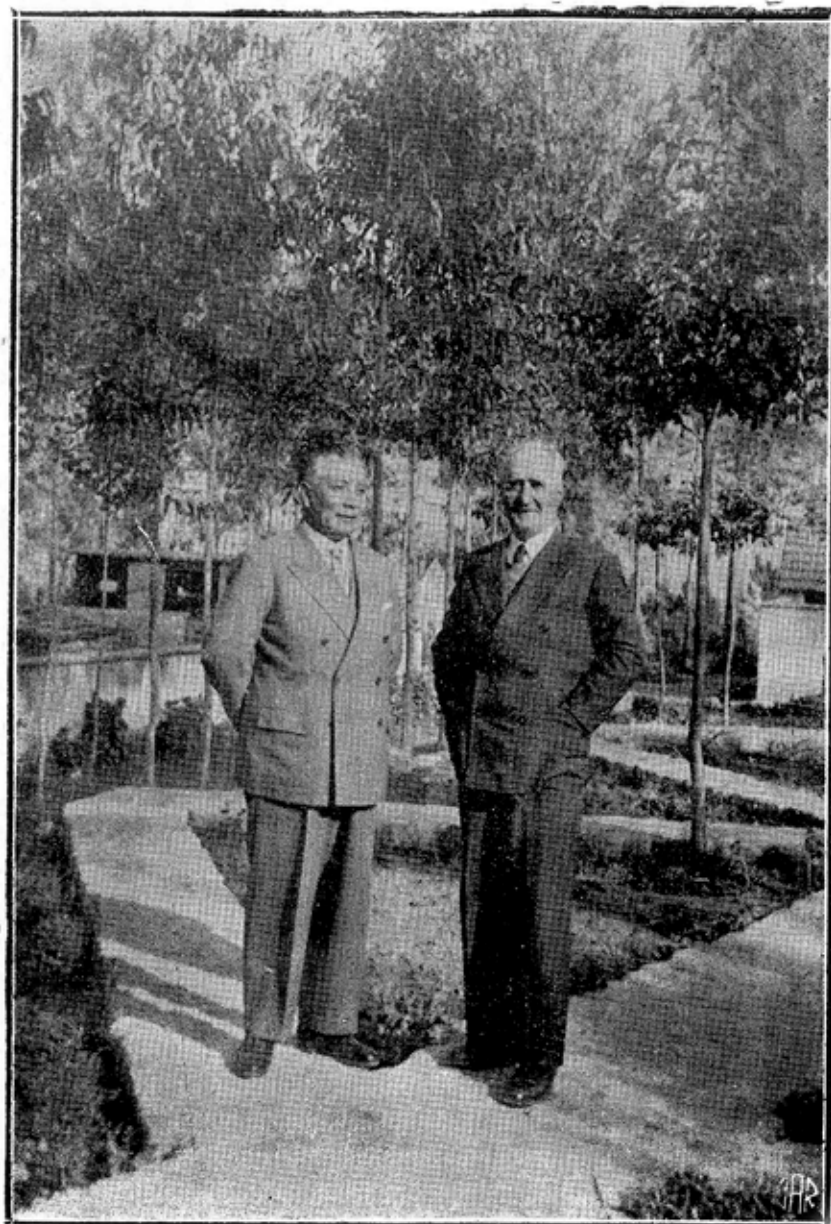
### En Preparación

ASCUAS Y CENIZAS EN UNA VIDA (Rememoraciones autobiográficas)...
--

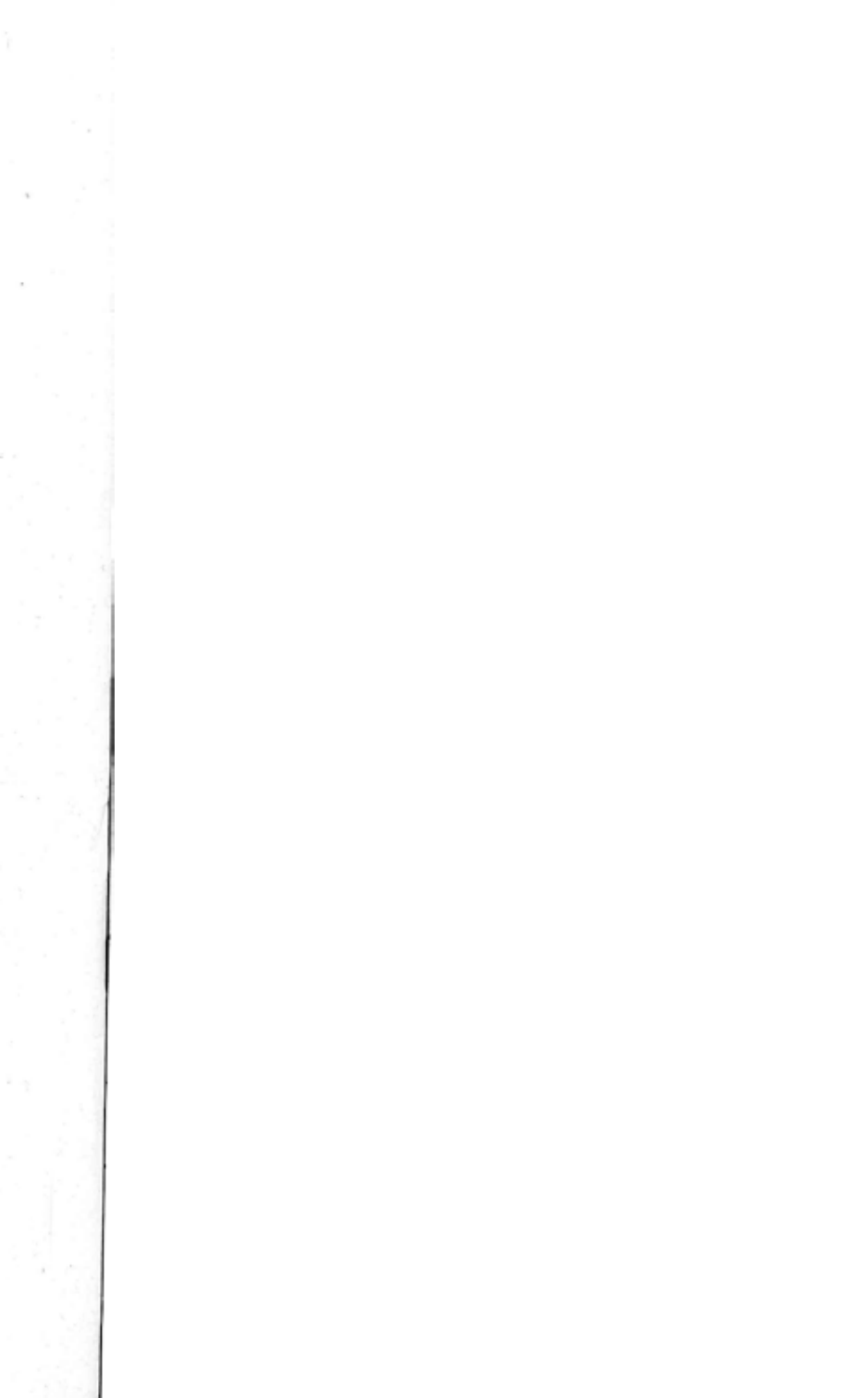
Para referencias, dirigirse al autor—Casilla 956  
La Paz—Bolivia







**Biografiado y Biógrafo**



## A MODO DE PREAMBULO

Un capítulo de introducción, propio o ajeno, a una obra, acaso, ordinariamente, esté demás y no sea aconsejable. Esto no obstante, la relación que el autor del presente libro viene teniendo por cerca de tres lustros con fundamentales problemas que interesan a Bolivia y también a un sensato régimen de convivencia en la zona del Continente que gravita sobre el Sud-Pacífico, quizá autorice una explicación previa.

La ecuanimidad de la mencionada iniciativa y su impulso decidido, han quedado patentizados en las páginas de algunos libros y en el señalamiento de rumbo para la modesta individualidad de su autor. Un deber de consecuencia hacia una idea plausible, y por ende de propia estimación, hiciera obligada esta línea personal, en la que mi conciencia hallara estímulo, más que en frutos de realidad, en inducciones subjetivas en visión del porvenir.

Muchas veces no basta hallarse en razón, se precisa también tener ventura y que las circunstancias colaboren. Y como esto no ha ocurrido propiamente en lo referente al asunto enunciado, pudiéndose contar en cambio muchas décadas de inanición e indiferentismo para su suerte, no me queda sino la emoción de no haber sido ni apático ni egoísta en presencia de un formidable y justificado anhelo colectivo; y quizá si también la satisfacción de no haberme comportado remiso ante la oportu-

nidad personal que, iluminando mi conciencia y poniendo fervor en mi espíritu, me concediera aliento para exteriorizar una voz chilena en favor de una causa justa y de ningún modo lesiva para país alguno; que vivirá lo que viva un pueblo, y que menguado fuera negarle importancia y actualidad por mucho que se crean oxidados sus fundamentos y hasta se pretenda dar por muerta su raíz vital. No conviene dejar de tener presente que los anhelos reprimidos son los más vigorosamente duraderos. Además, un enfoque de apreciación estrecho, exclusivo y unilateral en una cuestión que presenta innumerables facetas dignas de consideración, siempre me pareció y continuará pareciéndome un imperdonable dislate.

Pero lo más cercano a la obra que estoy presentando, es mi labor histórica sobre la guerra del Chaco, en cuya compañía ingresé en el estudio de la última y más aguda crisis del drama geográfico boliviano.

De aquel trabajo no puede deducirse otro mérito —amén de su independencia editorial— que el no haber experimentado arredro frente a lo voluminoso e ingrato de la tarea, a la que hube de tributar diez años de actividad compiladora y un esfuerzo de análisis perseverante.

En medio de estos afanes imperiosos, aunque voluntarios en su origen, no pude dejar de pensar en ocasiones en la máxima «Quien dice la verdad se queda sin ella»; mas juzgándola nociva a fuer de engañosa, no trepidé en rechazar sus insinuativas advertencias.

Nada de afecto a diplomas de conducta y a inútiles reverencias, pude sentir la fruición de la verdad y de proclamarla como el más fervoroso y a la vez más humilde de sus partidarios. Y así como no carecí de valor moral para disentir de esa suerte de modalidad «patriótica» que gusta amazacotar intolerancia declamatoria y destemplanza de juicio, propendiendo genéricamente



### III

más a afilar sus zarpas que a realizar intercambios comprensivos y benéficos, en el terreno histórico-militar me fué placentero hacer causa común con lo creí era más digno y meritorio, sin tener en vista interés material el que menor.

Pregunto ¿pudo haber regalo o beneficio en las condiciones de independencia e imparcialidad con que realicé mi trabajo?

La respuesta parece obvia; más bien, todo aquello debió suponer una efectiva contribución de estudio desinteresado y de pasión idealista, sin contar una desviación de rumbo escasamente promisoria, por lo que pudiera significar para el criterio corriente; y por afectar a alguien que, con ese paso, resultaría desprovisto de influencias públicas y hasta destituido de aspiraciones y expectativas propias.

En lo que se refiere a mi Historia de la conciencia del Chaco, la hubiera tenido como más incompleta todavía de lo que es, si no asociara a la multitud de hechos descritos y comentados una figura de las más emblemáticas en los dominios de la Alta Conducción; la que debía, naturalmente extraer del campo beligerante a que se ciñeron mis desvelos y se ajustaron los más puros movimientos de mi corazón.

El soldado raso boliviano, integrante de la masa anónima y sufrida, ya ha recibido mi homenaje de admiración y de respeto, en toda ocasión que aprecié de viso su abnegación o su valor; y más tarde cuando hube de ocuparme con la pluma, convertida a veces en escarpelo, de los fastos bélicos felices o desgraciados, por lo común heroicos, en los que participara con nunca desmentido desnudo e inagotable afán de sacrificio.

Estas someras consideraciones liminares, quiero que hagan de pórtico a este libro de cuyas páginas sur-

girá la existencia pura, tranquila y sin embargo apasionada de uno de los héroes más auténticos y efectivos de la campaña del Chaco:

Bernardino Bilbao Rioja.

En esta afirmación no cabe hipérbole ni adulo.

Los hechos se alzan macizos y airoso pregonando la verdad de lo que queda sentado. Y es así como el protagonista de estas páginas puede ingresar con fundamento derecho en esa porción selecta de la especie, que está facultada para hablar a las generaciones por sobre las barras del tiempo o prescindiendo de clasificaciones actualistas y políticas, de algo más elevado y positivo, además de perenne, de lo que es usual en el bataneo por esencia intonso de la agitación cotidiana.

La luz no requiere de la luz para justificar su poderío. Ella al generar los colores y hacer derroche de su gracia maravillosa, se impone y triunfa por sí misma. De una manera análoga, las hazañas de conducción de Bilbao Rioja serán para los bolivianos y también para los sudamericanos del porvenir, un filón de enseñanzas estimulantes, de esas susceptibles de enaltecer patrias regionales y honrar igualmente un sector fraterno de mayor radio aunque de naturaleza invariablemente afín.

Y porque estoy convencido de esto he compuesto este libro. Haré un breve esclarecimiento. Para mi modo de ver, la existencia individual de un hombre que esté marcada por dotes sobresalientes, y más todavía que por esto, por un valeroso espíritu de superación, rebasa el límite siempre estrecho de toda acción personal para convertirse en representativa de una necesidad o de un ideal colectivos.

Un sujeto de aquellas condiciones puede en circunstancias normales escapar a la percepción de la sensi-

bilidad pública y aun ser inasible para cualquier suerte de notoriedad; pero en épocas de crisis exterior o de choque con otra comunidad, las intuiciones y exigencias de prevailecimiento, acrecentadas por el riesgo, hace más difícil que aquello ocurra con los hombres mejor dispuestos y capacitados para los ejercicios de la responsabilidad.

De esta manera surge el hombre-guía, el héroe de la conducción, y este fenómeno de raíz natural y muchas veces espontáneo tiende a definir y a expresar una aspiración general.

Puede haber un tipo de héroe de hazañas que linden en lo legendario y que exciten hasta el paroxismo la imaginación popular, como puede haber otro de característica más profunda y reposada, cuyas concepciones y decisiones acerca de los grandes acontecimientos, no obstante de señalarse de un modo nada de espectacular y hasta con ignorancia de los más, sean de una trascendencia enorme para el éxito de una causa o la vida de una nación.

Cuando el individuo se convierte en arquetipo de una virtud o de un sentimiento colectivos y actúa en concordancia con su misión, concluye por adquirir un indisputable valimiento histórico, puesto que será punto de intersección de los deseos y las esperanzas de un conglomerado, conjuntamente con el acicate de las responsabilidades anejas. Toda esto significará una meta y un puntal para la histografía.

Así, pues, el concepto del arquetipo no tendrá tanto valor en cuanto a la individualidad íntima que lo interpreta como por el vigor que le imprime la representación de un intenso anhelo generalizado.

De esta guisa, la historia del acontecer humano nos muestra con frecuencia que un solo hombre, en veces apenas ajustado a reglas de organización política, encarna lo que es patrimonio y sacude el espíritu de millones de seres.

El hombre en tal situación parece que estuviese aislado en su soberbia o que fuese un caudillo voluntarioso y omnipotente; mas no hay tal: es simplemente un reflejo del ambiente y una concreción determinada de un común estado de ánimo.

La Biografía puede hacer descollar de preferencia las cualidades intrínsecas de sus personajes, pero no podrá prescindir del engarce de equéllas con los intereses y valores de gestación comunaria. Una biografía que no cumpla este requisito puede ser más amena, pero carecerá de altura y aún de utilidad.

Lo precedente no quiere decir que el hombre de mando deba resentir su singularidad para hacer más simple y llevadera su fusión con las ansias colectivas, no; nada más lejos de lo conveniente y de lo eficaz. El hombre-cabeza debe conservar celosamente sus atributos de selección no para propia y exclusiva vanagloria, sino precisamente para posibilitar y hacer más respetable su cometido representativo. Casi siempre, el estudio profundo del alma individual y de las particularidades y hechos intrascendentes de una vida excepcional, conducen a explicar mejor la conducta pública o moral del protagonista; pero en el entendido que no se aparte de la referencia formal de que ninguna actividad individual está autorizada a divorciarse de un móvil de beneficio general.

Para mí hubiera sido más llano y menos comprometido, preocuparme en este libro solamente de la

vida personal del general Bilbao; pero ello habria significado defraudar la contribución que persigo aportar a la Historia boliviana. No en balde una consciencia histórica ordena mis propósitos y guía los puntos de mi pluma en coincidencia con toda la deferencia de que soy capaz hacia la seriedad y la dignidad de lo verdadero y de lo justo. El lector boliviano sabrá apreciar si he conseguido o no este objetivo, ya que con esta publicación no podría ambicionar razonablemente ningún otro.

Por otra parte, creo que, desde que pude hacer uso del entendimiento experimenté saludablemente lo que podría dominar la pasión admirativa, ésta no tanto abocada hacia los hombres de talento chispeante o de exteriorización brillante, cuanto hacia aquellos seres de condiciones superiores por la orientación de su inteligencia, la bondad de su corazón, la incorruptibilidad de sus principios, la irradiación de su saber y la fe abnegada y profícuca de sus voliciones temperamentales. En éstos, además de la energía consciente para domeñar instintos y canalizar mejor el caos multitudinario, siquiera en parte mínima, —lo que no podrían realizar los talentos frívolos y acomodaticios— vi siempre lo más granado del fruto humano y, por ende, los nuncios más radiosos de lo que puede llegar a brindar el concierto de los hombres honrados y capaces en servicio de sus semejantes.

A mayor abundamiento, una exégesis biográfica que ostente acierto en la elección de su personaje protagonista; y que sea vertida con probidad y suficiente aval documental, puede llegar a ser un auxiliar poderoso para los motivos de índole histórica y moral que tejen incessantemente la trama sutil y sensible de la evolución de un alma colectiva.

Omitiré la finalidad literaria —si hubiera alguna— pues nunca importará lo que aquéllas.



Se deberá inferir entonces, que la relación histórica de la campaña boliviana en el Chaco, quedaría como mutilada si no se aportasen al juicio público antecedentes precisos acerca del más revelante y glorioso de sus adalides.

Escritores paraguayos o neutrales han hecho resaltar con justicia los méritos guerreros del mariscal Estigarribia y del coronel Franco, principalmente. Los de Bilbao Rioja no le ceden en nada a los nombrados —hay que tener presente que Estigarribia, en las proximidades de Villa Montes, sólo pudo divisar las colinas del espaldón de dicha población, como le ocurriera a Anibal Barca en las alturas que dominan a Roma, al espaciar sus pupilas codiciosas sobre esa Meca de sus sueños—; pero cierta negligencia ambiente, añadida a determinado trabucamiento de los hechos, han retardado o aminorado la amplitud del juicio vindicatorio.

Como auténtico y libre de toda mácula especulativa combatiente del Chaco, como testigo de viso y con la indispensable base académica para sentar mis conclusiones, el «sentarme, dejar pasar y luego olvidar», no representó, no obstante la temperatura propicia de tal postura, un desiderátum para mi espíritu. De aquí que, en ley de verdad, mis trazos de historiógrafo se escandecieran de admiración hacia ciertas actuaciones y actores y se apagaran penumbrosamente para otros.... cuyo mayor o menor estigma graduarán equitativamente las generaciones que vengan, las que seguramente recibirán los antecedentes de las malandanzas de la referida campaña como lección emuladora y hasta provechosa.

En síntesis, un afán aquilatador me hizo distinguir entre los que se acomodan a lo ancho o a lo estre-

cho del deber; y no tuve duda por ende para dirigir mis preferencias hacia los fautores de lo meritorio, hacia los que tributaban lo mejor de su savia en servicio del interés común, hacia los que proyectaban virtudes anímicas excepcionales; y no hacia los que, desprovistos de lo anterior, viven de la frondasón retórica de la propaganda habilidosa, de la purpurina de una ajetreada falsa sugestión, a la manera de los camaleones que se alimentan del aire.

Se podrá argüir que el que se preocupa de historiar debe ser prudente y aún genuflexo ante los desplantes avasalladores del éxito o de lo que se tiene por consagrado, por más inmerecido que sea esto en su origen; mas esa consigna no reza con la realidad de lo sucedido —hasta hoy poco apreciado por el discernimiento corriente— y menos con las convicciones y el albedrío de quienes han hecho del ejercicio publicitario algo franco, elevado y veraz. En lo que a mí toca, preferiría mil veces romper mi pluma modestísima, antes que rendir acatamiento a lo falso o a lo postizo, o someterme a cualquier forma de adulo o de lisonja.

Lo dicho implica un molde férreo para moverme entre los breñales de la elucidación histórica. Además, pienso que la Historia y sus cultores, por mucho que pudieran sentirse constreñidos por restricciones localistas, deben salvar, por sobre todo, el basamento ecuménico inseparable de la estricta función de historiar. Hacer lo contrario sería bastardear hasta lo infinito la ciencia de Clío y anquilosar o desvirtuar su experiencias; y con una orientación semejante se llegaría hasta el absurdo de que habrían tantas versiones de un acaecimiento cualquiera, cuanto bandos, partidos, caudillos o personas interviniesen o supiesen de él, y esto con menosprecio o malicio-

sa interpretación de los antecedentes fidedignos que diseñaron su estructura formal.

Así, pues, lo que muchos toleran misericordiosamente en obediencia a inspiraciones que nada tienen que ver con la moral de la Historia y sus paradigmas ejemplarizadores, para mí solamente traducen concesiones formularias a lo transitorio, o simpatía, bastante humana por cierto, a lo mediano o a lo ambiguo. Nadie ignora que este equilibrio medido puede ser excelente género para el teje-maneje de la urdimbre cotidiana; pero tampoco parece dudoso que resulta material fundente para las expectativas de perfeccionamiento social de un agrupamiento que incube ideas de superación.

Para mi concepto, la zona esplendente de la Historia es una, y la sombría es totalmente antípoda. No se puede confundir, sin estrabismo óptico o moral, lo recto y lo curvo. Quien no haga mezcla de los tonos y matices en tan delicado asunto, bien puede ufanarse de ello.

Por mi parte, para hacer algún discrimen tuve, como faro guiador la prueba documental y aún la más fehaciente de los resultados descarnados, para desentrañar e individualizar participaciones y responsabilidades. Mi razonamiento pudo de esta guisa descargarse de marrullerías cómplices y acercarse todo lo que fuese dable a la lógica y unidad de una fórmula matemática.

Un pueblo, en cuanto a supervivencia de una fe y de una premonición de destino, siempre tendrá que observar con beneplácito un modo de hacer categórico y expedito al respecto. Lo distinto sería inducirlo a engaño y a confusión mefíticos. Por esto creo y afirmo haber sido honrado y leal con Bolivia y sus hijos desdeñando para lograrlo ventajas que no dejaron de tentarme.

Y si cierta suerte de incomprensión adversa --horra ordinariamente de aliento comprensivo-- se cernió sobre mi estrecho horizonte y mi labor de escritor, bien venida fué, pues de rechazo robusteció mi conciencia, haciéndola más libre, altiva, pujante y hasta generosa, aunque necesariamente recatada e introspectiva en su expresión habitual.

Volviendo al cauce perdido, confieso haber experimentado desde muy temprano el prurito de interesarme por la verdad y por lo grande. Esto me ha significado tropiezos; pero, en cambio, me ha proporcionado serenidad y hasta una meta de referencia para mis pensamientos y conducta.

He aludido al sentimiento de admiración hacia la grandeza, y no sufro vacilación al hacerlo. Para mi criterio, actúa con grandeza todo héroe civil o militar. El primero encuentra por la general un vasto campo para emplear sus cualidades de sabiduría o de voluntad. El héroe militar ordinariamente sólo tiene para aquéllo la palestra de la guerra; y su mayor desiderátum no puede ser otro que conducir con conciencia y probidad las masas que le fueran confiadas, al triunfo en la batalla.

Bernardino Bilbao Rioja es un vencedor auténtico en grandes acciones de guerra. Es un héroe militar por tanto, y no requiere de otro título para que su nombre viva por siempre asociado a los más resplandecientes fastos de la nacionalidad.

Además, mi emoción de cabal Voluntario al servicio de Bolivia en esa guerra, que debió acrecerse por la esencia espontánea y ninguna finalidad práctica de mi gesto, encontró en Bilbao Rioja, como también en otros jefes y camaradas dilectos verdaderos sustentácu-

los animicos para salir con bien y con férvido recuerdo de la empresa.

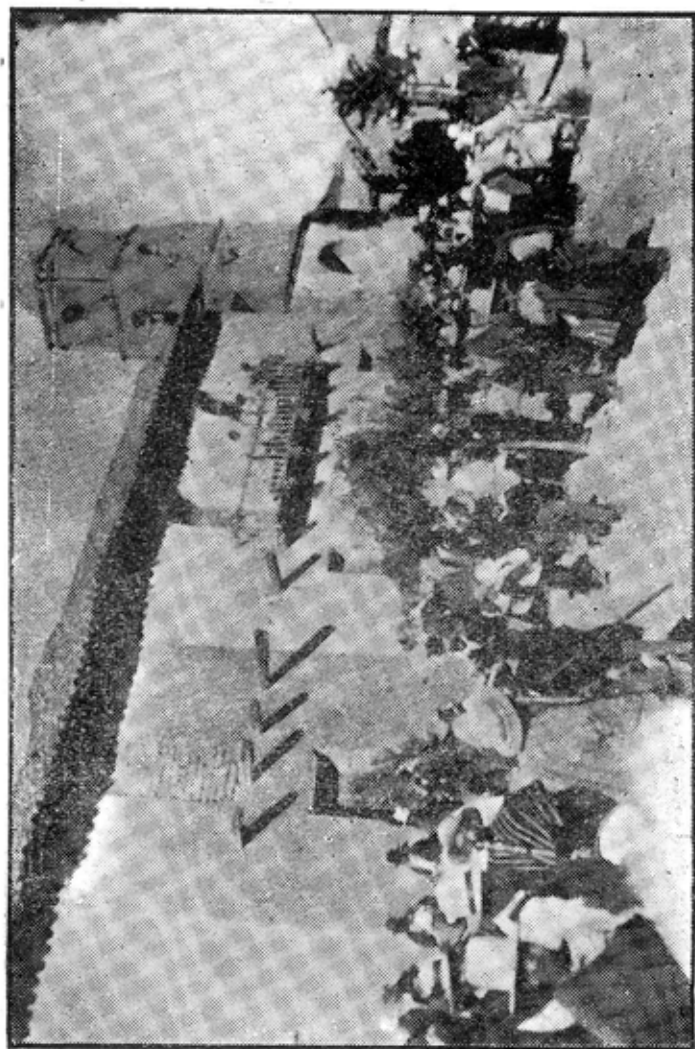
Pero Bilbao significó aún más que ésto para mí. Militar por tradición, sangre y carrera, sentíme urgido con imperio a compenetrarme e identificarme con la tragedia bélica. Los reveses de conducción, las inadvertencias o debilidades que colegí desde mi resucitada condición castrense, acaso hubieran podido destemplan en proporción apreciable la cuerda de mi entusiasmo y decisión. Nadie puede contentarse y rehacerse indefinidamente con el desconcierto y el infortunio. El soldado puede resignarse a la derrota, pero jamas aplaudirla.

Mas hubo hechos fulgentes y gloriosos que rectificaron el curso sinuoso de sucesos deprimentes, como la batalla de Villa Montes, sin ir más lejos, que no solamente será blasón inmarcesible de la nación boliviana, sino también orgullo para los que participaron en ella bajo las órdenes del coronel Bilbao Rioja, dueño de alientos tan preclaros con mixtos de valor y de previsión ejemplares.

Así, este jefe, de un modo análogo a otros hombres de diferentes épocas y latitudes, que no morirán en mi recuerdo, vino a introducir una influencia benéfica en mi espíritu, por lo demás nunca divorciado de las inmanencias del corazón.

De un sinnúmero de antecedentes y precisiones irrefutables surgió mi admiración hacia el conductor de de tropas dignas de sus arrestos; y su derivación ulterior a la estampa del libro no podría sorprender a los que han conocido la solidaridad del oficio, en cuanto a mando o subordinación, en el campo de batalla.





**Arapampa**



*«A fuerza de ir, mal todo  
irá bien»*

**(Proverbio ruso)**

# I

Existen regiones en la tierra donde la vida humana adquiere un sentido adusto, de perenne gravedad y muy intensa preocupación. El rigor de la naturaleza obliga a tener lo difícil como pan cotidiano y el esfuerzo para conservarse y progresar, bien que esto último sea en estrecho radio, representa para el individuo algo así como un torniquete acicateador, que nutre alternativamente de desalientos y de esperanzas, según sea las veleidades de lo que es negado u otorgado en concepto de lo que se observa como indispensable para subsistir. Así, bajo este signo se vive, se labora y se muere en Arampampa, villorrio ubicado en un breñal de la meseta andina de Bolivia, a 3800 metros de altitud sobre el nivel del mar y en la parte más septentrional de la subdivisión política de Potosí.

La tristeza del páramo en que se halla enclavada la pequeña población, el viento frígido de la puna que con frecuencia la azota, lo accidentado y penoso de sus accesos y comunicaciones, hacen de ella un lugar de escasa atracción y movimiento, con perfiles físicos y morales de islote acantilado en medio de la majestad sor-

prendente por lo vasta, uniforme y desolada de la altipampa circundante.

Naturalmente, las enunciadas características topográficas y climáticas llevan aparejadas condiciones de productividad lenta y asaz problemática, pues, además que los cultivos están librados a la generosa o avara intersección de las aguas pluviales, ha existido siempre en el apartado vecindario el factor negativo de una insuficiencia de brazos para destripar la tierra y hacerla fecunda en una mayor extensión. Esta última dificultad se explica porque la juventud del lugar, de vieja raigambre española no obstante su matiz bronceado derivado del inmemorial influjo solar, suele emigrar en procura de otros horizontes más halagüeños y tras de expectativas fervidas que conciben con la leyenda clásica del Eldorado, que más que la realidad la imaginación viene secularmente ubicando en las explotaciones de minerales de los departamentos de Potosí y Oruro.

Con lo insinuado queda dicho que en Arampampa y aledaños no hay propiamente población pura autóctona, que se fisonomiza por su afincamiento tradicional y apasionado el suelo de su cuna, marcado, sino por la posesión libérrima en todos los casos, por los desvelos y sufrimientos de incontables generaciones. Los auténticos aborígenes poco o nada supieron de la fiebre y sortilegio del nomadismo, ya que donde nacieron gustaron morir. En cambio, los descendientes o mestizos de vascongados, extremeños, castellanos y andaluces, al ímpetu de la aventura heredado del espíritu turbulento de la progenie, añadieron el afán de conocer y conquistar, y bien sabido es que esta clase de ansias no se compadece ni halaga con lo que es sobradamente conocido o se tiene por propio.

De aquí que la mayoría de los mocetones de esa comunidad perdida, fuertes y animosos como pocos, buscasen en las pesadas pero incitantes faenas del minero o en el comercio de productos de tierra tropical, o simplemente manufacturados, especialmente circulando por los más densos y acogedores poblados de los ubérrimos valles cochabambinos, un nuevo cauce para sus afanes. Estas peregrinaciones no representaban empero ausencias definitivas ni siquiera prolongadas, pues el arampampeño una vez colmado su cominillo de probar fortuna o de adquirir lo que se propusiera para el más regalado sustento o atuendo de su persona y de sus familiares, venciendo una vez más senderos de cabra empinados sobre fragorosos precipicios, con inacabables altibajos para ejercitar la reciedumbre de los músculos y la entereza del ánimo, cruzando una y otra vez corrientes dormidas o conteniendo exaltación por las crecientes, sorteando durante semanas y hasta meses las inclemencias de la ruta por despoblado, volvía al terruño frío y penumbroso, pero siempre querido.

Este retorno ocurría y quizá siga ocurriendo aún, de preferencia en la época de siembras o de recolección de cosechas. En los intervalos de alejamiento, casi siempre las mujeres, los ancianos y los niños cuidaron de las sementeras en germinación, fuesen de papas, maíz o trigo, productos que con algún ganado constituyen la única riqueza del lugar.

En tiempos de proveidez los pobladores de la cañada han solido renovar sus vestimentas, mejorar sus efectos caseros y hasta obsequiarse con uno que otro artículo de comodidad y buen ver; pero en períodos de sequía o de cosechas misérrimas; sólo con vivir bastaba, y esto

con todas las restricciones mortificantes que la penuria largamente admitida sólo puede hacer tolerable. Se diría entonces que esos rústicos, pacientes y dignos en su pobreza, se asimilaban a la condición de esas avecillas que sólo viven de la munificencia de Dios.

A no dudarlo, las variables circunstancias telúricas que remozan o entenebrece la existencia arampampeña han fortificado el sentimiento de previsión y de disciplina de los moradores de la agreste quebrada. Así, durante centurias probablemente, de un modo pausado y metódico las gentes han debido surtirse para su bebida del agua fluente de algunas pequeñas vertientes, acrecentadas por las lluvias cuando las había y disminuidas hasta casi extinguirse cuando aquéllas se ponían remolonas. En esas ocasiones el respeto ancestral por la buena convivencia se ponía a prueba con severidad espontánea y el racionamiento del precioso líquido se practicaba con la solemnidad de un rito antiguo. Nadie dudaba de la benignidad de la Providencia, que se la veía esquivar momentáneamente. Acaso acrecía la devoción, terrenamente interesada en este caso, hacia los oficios divinos del párroco en la vetusta iglesia de barro encalado adornada por imágenes y retablos arcaicos y de un confuso barroquismo. Acaso también la piedad impetrando votos ofreciera diezmos al culto con más largueza que la acostumbrada, pero lo que parecía inequívoco era que nadie perdía la calma ni se veía rebajada en lo más mínimo esa sensación de solidaridad y paz con el vecino, que viene a ser la virtud más sólida de la existencia asociada.

De todo lo aducido se infiere, que ese medio geográfico, donde se palpaban como en ningún otro las

interferencias del azar y, de lo imprevisto, tenía forzosamente que dar pujanza, valor y resignación a quienes fatalmente se veían en la precisión de domeñarlo para no perecer o tener que reconocer su vencimiento. En la disyuntiva vital no cabían vacilaciones, ni desánimos. Ante el presentimiento de la derrota punto menos que inevitable, no queda sino elevar los corazones para conjurarla y orquestar en lo profundo los acordes de la energía que puede hacer del hombre un ente pasmosamente resistente frente a las calamidades y hasta en presencia del infortunio mismo. Virtudes del trabajo honrado, de la continencia y de la abnegación que permiten esperar con suprema calma las sorpresas de cada amanecer. Y esto era lo que hacía por lo general el arampampeño en cada minuto de confrontación con su suerte, su deber y su destino, éste tan delimitado como un espacio murado. Y si de esta lucha incesante surgía alguna amargura, ésta se recibía como un tónico sostenedor o simplemente acreedor de las potencias de fortaleza del alma, ya que para los espíritus íntegros en su sano primitivismo, lo adverso y hasta el mismo acibar de la desgracia suelen convertirse en sustentáculos para arremeter con voliciones y pensamientos más elevados.

Conozco a Arampampa, sus pobladores y su sencilla existencia poblana sólo a través de referencias. He creído dar una visión imperfectamente aproximada de su paisaje porque ocularmente he conocido otros semejantes; imagino desentrañar con algún verismo el alma de sus moradores, porque las andanzas que se le atribuyen y sus dramáticas preocupaciones de sustento en beligerancia con eventualidades irrimisibles, me han situado nuevamente, por ese alado transporte que efectúa la aso-

ciación de cuadros, ideas e imágenes; en el solar milenario de la raza generadora, testigo de mucha gloria pero también de no poca desventura, que hicieron posible el altivo orgullo fundado en la grandeza humana a la vez que en una paradójica sumisión al dolor.

He asociado a la estampa figurada del humilde caserío de Arampampa, a la hondonada de tono cambiante que le insufla vida, al yermo inacabable que lo rodea, al marco estrecho, ríspido y sin embargo feliz en que se desenvuelve la existencia de sus hijos un aliento de la tierra madre, pues ahí vivió dilatadamente bregando por el bienestar y la formación moral de los suyos, y por el adelanto del desamparado conglomerado, un hombre modesto, sencillo pero de magnífica voluntad de superación, que en los redaños de su alma sostendría sin claudicaciones un alto ideal, seguramente confuso e inexpresado habida consideración de su instrucción incompleta, y en todo caso aparentemente inaccesible para su posición y reducidos recursos, como era la de dejar en un surco imborrable la irradiación de un nombre y de un ejemplo. Y como esto era ilusorio lo consiguiese él mismo con su vida constreñida por la fatiga del trabajo y de la responsabilidad familiar, depositó toda su fe en el porvenir de sus vástagos, por medio del instrumento de las sanas inducciones, cosa que podía realizar de un modo fácil y barato sólo exhibiendo su conducta intachable, y de una educación que pareciera quimérica si se la relacionaba con su aislamiento y con la positiva cortedad de sus medios. Con todo, este ciudadano de excepción, con el valor y el desprendimiento de un varón justo de las Escrituras, puso mano en la obra y ya no cejó hasta verla culminada. Inútil sería decir, por consiguiente, que debió en adelante



mucho sufrir, mucho delirar hasta vivir en plenitud una «vida heroica», como diría Nietzsche.

Tal es la historia sintética de don José Bilbao Pastor; lejano descendiente de un vizcaíno emprendedor que apellidaba Bilbao La Vieja, quien sentó reales en el colonial territorio de Charcas una media docena de generaciones atrás

El joven Bilbao, hijo de Arampampa, sería con ayuda del tiempo el padre y el guía benéfico del hombre cuya existencia y hechos fluirán caracterizando y jerarquizando esta obra.

Este último ha dicho de aquél: «Mi padre fué agricultor, talabartero, albañil, herrero, sastre, zapatero, carpintero, pintor, escultor, comerciante, etc., etc.».

En verdad no cabe testimonio de mayor reconocimiento de un virtualismo enciclopédico humilde, pero de enorme eficacia social, a la vez que demostración de ternura filial que honra tanto al padre artesano como al hijo que obtuvo encasillamiento preclaro en los fastos más granados del desarrollo histórico de su Patria.

---





**Señor José Bilbao Pastor**



*«Cada familia es un poema»*

(Lamartine)

## II

Don José Bilbao Pastor, como ya se ha dicho, vió por vez primera la luz en la población de Arampampa; de la Provincia Alonso de Ibáñez, del Departamento de Potosí. Su padre don Juan Manuel Bilbao descendía de una generación a la que perteneció el militar español don Dámaso Bilbao La Vieja Alquiza, con título de Castilla de marqués del Haro; que nunca ostentó por haber abrazado la causa independiente; este oficial tomó parte en las tres expediciones argentinas al Alto Perú (1811-1817); pues sirvió en ese ejército durante 13 años. Al regresar a Bolivia, su tierra natal, continuó en el servicio castrense e hizo así las campañas de la Confederación a las órdenes de Santa Cruz, de quien fué edecán.

Posteriormente, como primer ayudante del Estado Mayor General de Ballivián, actuó en la campaña de cuarenta días contra las fuerzas peruanas de Gamarra, que tuvo su desenlace en los campos de Ingavi. Por su desempeño en esta acción fué ascendido a General de Brigada.

Más atrás todavía y en línea directa está el teniente coronel Antonio Bilbao La Vieja, oficial al servicio de las armas del Rey Católico. Cabe señalar que, como era usual en ese tiempo entre las personas de pro, no pocos Bilbao, hombres y mujeres, se singularizaron por su afección a los desempeños castrenses y su devoción al Culto. Así, no es raro imponerse, al revisar el árbol genealógico de esta familia, de numerosas vocaciones cumplidas, como monjas y capellanes, de parte de sus miembros, lo que le da un tinte melancólico de misticismo y renunciación a las galas terrenas. Por esto quizá, en lo que respecta a las virtudes del alma y aún a las teológicas, un Bilbao, de la era republicana de Bolivia, el prebendado don Primo Bilbao Arrieta, pudo llegar a constituir en su persona y en su apostolado tal número de requisitos de erudición y de condiciones de valimiento, que le merecieron un aprecio público considerable, con la aureola del intelectual y del virtuoso, lo que no escapó al estímulo Papal que le confirió la distinción de Monseñor, esto a pesar de su acendrada y muy cristiana modestia, del todo incompatible con la pompa de las exteriorizaciones y de las apariencias.

Con lo dicho, queda en claro la raíz que vivificó el espíritu de don José Bilbao Pastor. Hay en ella no solamente la presunción de un digno abolengo sino su más inequívoca constancia, ya que el fundamento más cabal del mérito humano sólo puede arrancar de la austeridad y nobleza de los buenos ejemplos, que encuentran su más sólido engaste en la inteligencia bienhechora acoplada a generosos impulsos del corazón.

Aunque una definición muy admitida del abolengo lo explica como el historial de los servicios que ha

prestado a su patria un conjunto familiar, no es desdeñable tampoco un basamento de carácter moral exclusivo, afincado en principios señeros de honorabilidad, solidaridad y respeto humanos, bajo la inspiración de que el trabajo y el deber, bien entendidos y puros en su aplicación, son las fuentes más pródigas de que puede manar en abundancia la utilidad y el buen concierto del esfuerzo del hombre en función del bienestar y progreso de una comunidad cualquiera. De aquí que la falasia de lo material y las refulgencias del poder o la riqueza, no siempre condigan con lo que debe ser esencial de un linaje o abolengo acreedor a la admiración y acatamiento de cuño perdurable de parte de las generaciones.

Se ven así energías y disposiciones que se agitan con un arrollador dinamismo por alcanzar determinadas metas prácticas, que no son precisamente las que pueden autorizar a figurarse escalar, siquiera en sueños, la escala de Jacob. Acaso puedan prevalecer aquéllas en lo fatuo y en lo transitorio, pero a buen seguro no obtendrán la recompensas de lo excelso y menos la consagración augusta del tiempo, amén de que, en el fondo, serán rémoras para la obra constructiva y edificante propia de la obligación de superación social. La vieja divisa de «Sólo arder para quemar a los demás», es regresiva a los fines de la especie y antípoda a todo principio de abolengo auténtico. Una desmandada ambición puede agotar y proyectar oprobio sobre una o muchas vidas, tanto como un noble ideal puede sostener victoriosamente, enaltecer y aún renovar el cauce vital de también una o muchas existencias.

No quiere decir lo anterior que se deba caminar siempre con el tranco cansino o indiferente de una

mula de noria a través de los vericuetos del destino; pero sí, si se aviva el paso y se robustece el desear, no perder de vista que la vigencia de lo recto, de lo justo y de lo veraz es lo único que, en definitiva, puede dignificar la misión del hombre sobre la tierra.

Don José Bilbao Pastor, a no dudarlo vivió ceñido a este principio, con la fidelidad de un poeta a la Musa de sus ensueños. Inoficioso sería acumular un exceso de pruebas en este sentido. La educación, más que instrucción, que proporcionó, en lucha ardua con su pobreza y desamparo, a sus hijos, es toda una lección de coraje, en la voluntad nunca desfallecida y en su perseverante consecución y muy bella culminación. Hasta el año 1900, don José Bilbao Pastor trabajó en Arampampa, entre tanto su prole aumentaba y ganaba en desarrollo, lo que añadía desvelos por el porvenir y sufrimientos por la responsabilidad que se acrecentaba. A sus habilidades manuales, que eran más útiles a sus contemporáneos que a él mismo, se añadían sus esfuerzos de agricultor, roturando y cultivando infatigable unas tierras de pan llevar, cedidas en arriendo o en partición comanditaria. Todo se hacía poco para sustentar a los suyos, pero esto hubiera sido una parte llevadera de la tarea, sino se hubiese mezclado a ella el ansia irreprimible experimentada por ese tipo legítimo de «páter familias», consistente en hacer de sus vástagos el filón de un nuevo abolengo.

Si no hubiese sido por este pensamiento, por este misterioso mandato, amasijo de propia inspiración y de atisbos superadores de progenie, quizá si don José Bilbao Pastor hubiera seguido sin saber de la lucha agria, ni de las horas marcadas por los relojes implacables de la



labor recargada, guiándose como lo hiciera desde niño por el pausado y monótono girar del sol de cada día y sin otra amenidad que los cambios climáticos de la Naturaleza, acondicionadores de la faena cotidiana y de sus períodos de preparación y de logro.

El protagonista de esta biografía Bernardino Bilbao Rioja, ha escrito sobre su padre:

«Su educación general la había adquirido más por sus viajes durante su juventud, estando al nivel del medio y del ambiente en que vivió. Tenía un sentimiento religioso profundo. Ningún Domingo o día feriado faltó de escuchar o atender las ceremonias religiosas de los templos católicos.

Pocos hombres he conocido en mi vida con una pasión tan tenaz por el trabajo material. Tanto como recuerdo trabajaba de doce a catorce horas diarias sin la menor muestra de fatiga.

Tenía un carácter suave, comprensivo y demostraba mucha experiencia de vida; tenía un concepto exagerado de la honradez y de la dignidad, para no humillarse ante nadie.

Fué amante de la lectura, especialmente de libros de Historia, siempre que su trabajo manual le dejara el tiempo para ella.

Mi padre fué muy querido, apreciado y considerado por todas sus relaciones. Durante su vida, ayudó mucho a los conterráneos con la educación de sus hijos. Cientos de estudiantes arampampeños le deben gratitud».

Estas expresiones tiernas y sencillas del hijo General de don José Bilbao Pastor, están suficientemente corroboradas por el asentimiento y la opinión de los que le conocieron. Cuando falleció éste, en 1938, algunos dis-

tínguidos hombres públicos y de letras, se encargaron de interpretar aspectos de su vida saturada de probidad y de anhelos benéficos, con una diáfana elocuencia y emoción, que adquieren mayor relieve desde cuando es el homenaje a un hombre de gran corazón y valimiento anímico, pero que no ocupó sitios privilegiados o de favor de ninguna clase.

El señor C. Fernández N. escribió en un órgano de publicidad de La Paz, lo siguiente:

«Un día, su señora y él, modestamente, dejaron su pueblo. No traían más riqueza que cuatro hijos, responsabilidad y preocupación.

La necesidad, el infortunio, timonel de almas superiores le ensayaron en varios oficios, en los que se desempeñaba con maestría. Y desde entonces, ni él, ni sus hijos, ni nadie en la casa hallaron tregua, derecho al descanso; no tuvieron tiempo para pensar en futilidades, para diluirse en la molición. Desde el alba: obreros del pensamiento y de la acción, limpios y ordenados, enormemente alegres, al compás de la canción mayúscula del padre; «Estudien, estudien, hijos míos»; la casita era un refugio de virtudes y promisoras esperanzas.

Así, don José Bilbao, de contextura fuerte, puro de alma y corazón, forjando cinco HOMBRES.

Quiénes?

Daniel Bilbao R., médico, conceptuado como uno de los mejores cirujanos de Bolivia. Actualmente en Alemania.

General Bernardino Bilbao R., aviador; estratega. Su honra: Kilómetro 7, Cañada Strongest, Villa Montes, en la guerra del Chaco.

Eustaquio Bilbao R., abogado, catedrático; segunda vez ocupa la banca parlamentaria.

Mayor Sinforiano Bilbao R., uno de los pocos, cuya valentía reconoció el Paraguay, cuando cayó prisionero en Campo Vía.

Napoleón Bilbao R., odontólogo, ex-Decano de la Facultad de Odontología de La Paz. Su mayor galardón reside en haber sido el más bueno para con sus padres. Prestigioso profesional, llegado del Exterior; aún lo veo salir de la estación, orgulloso del brazo de su padre obrero.

Don José: es corta la vida humana, sufriste mucho, pero también el tributo a tu tierra alcanzó el más alto grado. Duerme en paz, satisfecho de haberte superado en el triunfo ascendente de tus hijos y haber dejado una estela luminosa».

Otro panegirista desinteresado dijo en la misma oportunidad:

«Sin tener los grandes conocimientos de escultores y artistas extranjeros, esculpió con sus propias manos, varias imágenes sagradas, calificadas de perfectas por los arzobispos, obispos y sacerdotes que pasaron por el Curato de San Isidro de Arampampa. La iglesia también es obra de su esfuerzo y solicitud para obtener la cooperación del vecindario, comenzando por doña Andrea, su señora, que donó el terreno. Fué también un padre y un protector para todos los arampampeños, a quienes los incitaba al trabajo y al estudio, tal cual lo hiciera con sus propios hijos».

Finalmente, don José Bilbao Pastor, en una de sus cláusulas testamentarias, poco antes de morir, afirmó «haber vivido feliz y orgulloso en medio de su modestia,

por haber tenido cinco hijos varones que le suministraban la subsistencia, quienes ocupan situaciones destacadas en la vida pública del país y a quienes dejaba como única herencia su acrisolada honradez».

No puede haber deformación la más mínima en el correcto sentido y enorme sinceridad de estas palabras, expresadas en un instante solemne y con la conciencia ya desprendida de todo cálculo profano.

Es cierto que las trapacerías cometidas por el hombre suelen disimularse y aún purgarse en la cercanía del confín inicial del «más allá», puesto que el poder de transformación de los conceptos del entendimiento y hasta los del espíritu, es grande y ejerce albedrío variable sobre la voluntad y el pensamiento en constante duda o mutación. A esta facilidad natural, se agrega el manejo desaprensivo del idioma, que puede hacer ludibrio de la razón y de la verdad más comprobadas. De aquí, tantas posturas penitentes que pretenden edificar, cuando no borrar un pasado sombrío, tantas frases felices que pueden apañar hasta lo más tortuoso; tantos gestos, aparentemente ennoblecidos por el arrepentimiento o el sofisma, que apenas si dejan vislumbrar acciones reprobables o equívocas.

Empero, en el caso de don José Bilbao Pastor no pudo haber la menor sospecha de fingimiento o de actitud convencional, ya que su inteligencia no supo de los entresijos cómplices que misteriosamente abren las puertas, cuando no las ventanas, del éxito, y su alma, en fogosa e iluminada combustión, no se apartó un instante de la senda dolorosa que conduce a la suprema satisfacción personal del deber cumplido. Hay entonces una absoluta congruen-

cia entre el testamento moral de ese carácter probo y su vida azarosa pero plena de altivez y de decoro.

Por otra parte, don José Bilbao Pastor no estuvo solo en la edificante función que se impuso de hacer de sus facultades bienhechoras y de sus medios de trabajo, bastante limitados, un puente de superación familiar tendido hacia los horizontes del futuro. Le acompañó en este propósito con nobleza y abnegación nunca domeñados por el cansancio, la frialdad irónica de los más, las señas desestimulantes del padecimiento físico y hasta por la presencia garbosa del mismo dolor, su esposa, doña Andrea Rioja, que a su valor de tipo espartano, como madre de leyenda, unió prendas insuperables de firmeza y de perseverancia.

Bernardino Bilbao Rioja, mejor que nadie, puede ilustrarnos sobre la que fuera su madre muy amada.

«Mi madre — escribe — fué una mujer sencilla, trabajadora y muy inteligente. Sabía cocinar, bordar, tejer, lavar, planchar y cuanta labor requería la atención de la casa. Nunca necesitó de ayuda o de sirvientes.

En temprana edad, perdió a su madre y por el año 1876, viajó con su padre a Pisagua, donde se radicó, recibiendo la instrucción de las primeras letras. Su padre fué bachiller, situación que le capacitó para encontrar trabajo de oficina.

En la guerra del 79, el padre murió en la defensa de Pisagua, quedando ella sola, sin parientes o amigos. Por los azares de la guerra, se incorporó voluntariamente a la Cruz Roja Boliviana, donde sirvió como simple enfermera, habiendo asistido a las acciones de San

Francisco, Tarapacá y el Alto de la Alianza en Tacna. Después de la catástrofe de Tacna, regresó al pueblo de Arampampa, a pie, después de pasar la cordillera y los desiertos de Lipez, Sajama, las pampas de Aullagas, etc.

Después de la muerte de mi madre, un Decreto Supremo del año 1929, de la época del Presidente Siles, la declaró «Mujer Meritoria de la Campaña del Pacífico», sin premio alguno de dinero.

Mi madre fué una mujer cariñosa, llena de bondad; sacrificada y capaz de sufrimientos sin límites. Raras mujeres se han sacrificado tanto para proporcionar la educación a sus hijos.

A los 25 años de edad, mi madre fué atacada de una enfermedad terrible al corazón, enfermedad que se agravó y prolongó hasta su muerte. Sufrió lo indecible con aquella enfermedad, pero nunca se quejó, y siguió atendiendo las muchas necesidades de sus hijos. Fué una verdadera santa».

No es necesario descriminar mucho para llegar a comprender la valentía y abnegación de esta mujer excepcional, y que fuera agraciada con un reconocimiento oficial de ello, aunque, como pasa comunmente con lo meritorio, de un modo póstumo.

Su travesía realmente dramática de las cordilleras y de las altiplanicies, seguramente superior a un recorrido de un mil y medio kilómetros, hace evocar el aliento propio de semidioses de los conquistadores españoles. Nada, en una mujer, puede compararse a la resolución de que hiciera gala Andrea Rioja. Su acción se enlaza a lo épico y coquetea con lo legendario. Así sólo se explica la descendencia altiva y fuerte que, no obstante de sus penurias físicas y morales, animara el vigor ma-

ternal de esa mujer que supo ser madre por encima de todas las cosas y de todos los sentimientos. Testigos de su hazaña juvenil fueron el sol inmisericorde que flagela y a la vez vivifica la puna; las noches ventosas y gélidas que ponen ateridos los miembros y hacen vagar la imaginación por claro-oscuros de filiación lunar, y por fin, la sobriedad angustiante del páramo inacabable y alucinador. Sólo un carácter grave, profundo y apasionado puede representarse bien la belleza y la majestad que encierran determinadas decisiones humanas. El gesto valeroso de Andrea Rioja le comprometía su salud y hasta su vida; pero ella no se arredró con tal de volver al lar de sus antepasados. Prefirió lo incógnito antes que resignarse al amargo pan de los vencidos. Su patriotismo, labrado en la adversidad, es, en el caso pertinente, una expresión feliz y respetable del espíritu. En él no hay cálculo, comodidad, ni especulación: hay solamente sacrificio, concepto del deber y tributo immaculados. El distinguido hombre de letras e internacionalista boliviano Miguel Mercado Moreira, con motivo del fallecimiento de la señora Rioja de Bilbao, en un diario de Buenos Aires, del mes de noviembre de 1927, le rindió sentido homenaje por intermedio de las líneas que se reproducen a continuación y que son corroboración de todo lo dicho anteriormente:

«Era una señora que había formado un hogar modesto con cinco hijos, todos varones. En ese hogar rico en ideales, había una alta comprensión de los deberes de la patria potestad; se aspiraba a formar de los hijos, cinco buenos profesionales. Y los medios?; faltaba la alta dirección cultural de que gozan otras familias; allí no existía más que la voluntad.... La voluntad pues-

ta al servicio de una buena causa, produce los más óptimos frutos.

Y es así, el esposo y élla colocados dentro de un cuadro que no daba margen para grandes comodidades, multiplicaban igualmente sus aptitudes y su ingenio, desempeñando la dirección moral de los hijos. Comprenderéis que la abnegación de una madre o de un padre, es capaz de improvisar todo. Este detalle que a muchos les parecerá vulgar, constituía a mi juicio lo más meritorio de aquella familia.

No son muchas las familias capaces de esta recíproca comprensión. A menudo los hijos no responden al trabajo de los padres, o éstos no atienden las aspiraciones de aquéllos. Por eso anoto este rasgo excepcional en la vida de la familia Bilbao, y lo anoto con ternura como un bello ejemplo, digno de ser imitado.

Esta vida de perseverancia había durado veinte años, al cabo de los cuales el éxito coronó los sacrificios. Cinco hijos profesionales: dos médicos, dos militares y un abogado, y todos ellos desempeñando en la actualidad altas funciones públicas».

Los padecimientos suelen ir contra el éxito en la vida, mas, como es lógico, si no se los domina o neutraliza de algún modo; asimismo, las realidades desventajosas crean a la larga imposiciones crueles y limitaciones esterilizantes. Los esposos Bilbao-Rioja, como ya se ha dejado entrever, vivieron corrientemente familiarizados con el desfavor de su desamparo y la suerte de impotencia derivada de la cortedad de sus medios, pero no por ello se dejaron abatir. Una inspiración, quizá si también un sentimiento y en todo caso una fuerza acudieron en su



ayuda. La inspiración fué luminaria para sus cerebros; el impulso se fué convirtiendo en voluntad. Y nada pudo ser más alentador y eficaz para sus propósitos de recta ascensión de los frutos de su sangre, que la corriente entusiasta que emanara de su fiebre de progreso y de su fe en los principios morales, muy sólidos y precisos no obstante el marco necesariamente restringido de su filosofía y desenvolvimiento. Desde el instante que la aspiración de ser aún más útiles de lo que siempre fueran cuajó en sus mentes, lo que sólo podían hacer a través de la educación de sus hijos, tanto el padre como la madre dejaron a la espalda toda duda. El porvenir continuaba como siempre sombrío y hostil; pero, con todo, creyeron contar con la materia prima indispensable para encararlo, amén de un talismán para subyugarlo un día: la Voluntad, ese gran galvanismo oscuro y ciego que empuja a los espíritus hacia el Bien o el Mal, que oscila pendularmente entre lo benéfico y lo desorbitado, imantándose con el falso señuelo o con lo veraz, con la devoción social o con su mera explotación. Pero el rumbo adoptado por la pareja fué de aquellos sin curvas ni alternativas, y de esta guisa la conciencia de su utilidad y de sus posibilidades de cumplimiento estuvo constantemente muy por encima de los deliquios y desvíos tentadores de la imaginación, conjurando cualquier sombra de extravío en lo esencial y fundamental de su plausible ensoñación.





**Señora Andrea Rioja de Bilbao**



*«El pie va donde le lleva el  
corazón»*

(Proverbio árabe)

### III

El protagonista de estas páginas, general Bernardino Bilbao Rioja, se ha referido al cambio de escenario que, un buen día, experimentaron los suyos:

«Por el año 1900, mis padres se radicaron en la ciudad de Cochabamba, para iniciar la educación de los hijos. Recuerdo que en el viaje de los 100 kilómetros, mi hermano Daniel cargó en sus espaldas un Cristo Niño, que mi padre había adquirido de uno de sus viajes al Cuzco; yo seguía el viaje a pie, detrás de una recua que transportaba víveres y algunos enseres de casa.

Durante muchos años; dicho Cristo Niño, recibió diariamente nuestra devoción y la fe ciega que depositaban mis pobres padres en sus oraciones».

No es difícil imaginarse el cuadro migratorio de la familia Bilbao Rioja, que fué venciendo con sus plantas breñales y extensiones desérticas aparentemente sin término por la confluencia siempre huidiza del lejano horizonte. Conviene recalcar que las bestias de carga, que llevaban sobre sus lomos los restos del menaje del derruido hogar y lo indispensable para el sustento, aunque auxi-

liares magníficos de la faena del hombre en la alta meseta andina, no son muy susceptibles de ser cabalgados, tanto por sus proporciones menudas y algo escurreidizas como por su temperamento avispado. Es así cómo la mula de la altiplanicie, cuya progenie está en los valles más tibios y umbrosos, prestándose a maravillas para soportar y trasladar grandes pesos, se resiente en cambio para usufructos ecuestres. De aquí, probablemente, el rápido y valiente caminar de los pobladores del Altiplano, quienes si tuviesen bien alimentados y fuesen debidamente entrenados para el objeto, no podrían tener rivales en el Mundo en cuanto a abatir distancias, tal es su vigor para marchar incesantemente sobre la tierra superficialmente calcinada por los infrangibles azotes del sol. Y cabría agregar todavía la carencia o escualidez de los refugios artificiales, ya que por docenas de kilómetros, en ciertas regiones, no se encuentra un techo, un árbol, ni siquiera un arbusto para el reparo de las fuerzas y dedenderse de la canícula o del relente.

En este traslado de la familia Bilbao Rioja, de Arampampa a Cochabamba, se revela el coraje consciente que infundía ardimiento a los progenitores para salvar todo obstáculo en interés de un designio que les embriagaba el corazón. El porvenir se veía indescifrable o simplemente temible, pero ya fuese bajo la fatiga luminica del día o al cobijo del reposo, envueltos por el cierzo nulamente acariciador de la noche, esas almas afligidas pero anhelantes, prescindiendo de sus continentes corpóreos maltratados se empecinaban en continuar soñando.... Podría decirse con propiedad que los esposos Bilbao Rioja ponían su valor ante la vida a la altura de su aspiración suprema, que para ellos incaudaba toda la gloria te-

renal, por más que el razonamiento la apreciara tan difícil de alcanzar cual si fuera una utopía.

El padre, el jefe, fundaba en su noble artesanía el logro de sus proyectos en pro del enaltecimiento de sus hijos, y desdenaba la tácita advertencia, con que en sus momentos de flaqueza el escepticismo le corroía la ilusión, de que el dinero es la vara de Moisés de todos los tiempos y de que el Mundo, al final de cuentas, no es sino una ergástula donde se ve colmada la apetencia de los poderosos a costa de la esclavitud de los demás. Este pensamiento le ponía alerta pero no le sobrecogía. Seguramente, mientras don José Bilbao, durante pausas de prolongada atención o breves diálogos con su compañera, se extasiaba contemplando el mundo de estrellas que vagaban por el domo infinito de todo lo creado, desde la posición horizontal, precursora del dormir, sobre mantas y aparejos del caminante, pensaba también que en contraposición al fiero egoísmo de la existencia organizada había el estímulo y la ayuda provenientes de la estimación de los buenos. En esto no se equivocaba, pues la comprensión de los mejores suele ser un galvanismo para las substancias análogas. Esta esperanza se transformaba en lo interior de don José Bilbao en una sensación alquitarada que era casi una porción tangible de felicidad. A la vez, la prudencia con que se prometía manejar sus asuntos, parecía ofrendarle por adelantado, con ademán de pitonisa, una llave de seguridad para sus iniciativas por venir. El sabía positivamente -no en balde había leído a bastanza y aún corrido algunas tierras- que la Fortuna es coqueta y esquiva por naturaleza, y que tan presto proyecta crepúsculos como auroras sobre

las determinaciones y anhelos de los seres. Además, él propiamente no había tenido trato muy cercano con la dicha, y, por tanto, su instinto discriminatorio de las cosas y de los fenómenos que columbraba, era muy superior que si hubiera ejercido maridaje estrecho con aquélla. En efecto, ninguna maestra puede ser más lúcida y penetrante que la adversidad. Esta sí que puede prohiar los más acabados análisis y las más acertadas deducciones. De aquí, entonces, que don José Bilbao Pastor, al igual que un soldado romano de la Era de César, erigiera dentro de su mente un altar a la pequeña fortuna que codiciaba, pues su honradez y la conciencia de su órbita de prevalecimiento hacían que subordinase sus voliciones y ambiciones a la justeza meditativa y sabia de un propósito sensato: educar superiormente a sus vástagos.

Lo anterior, con el esfuerzo y la paciencia podía alejarse gradualmente de lo utópico. El optimismo de don José no era exagerado, y por tanto su cerebro distaba de elucubrar fantasías. Su acendrado amor por el trabajo y su exclusiva en moral, ambos atributos de las almas vigorosas, le proporcionaban confianza en la vigencia de la bondad y del calor de justicia en el prójimo en general y, por ende, no dudaba o dudaba poco de la procedencia espontánea en la calificación y retribución de lo meritorio.

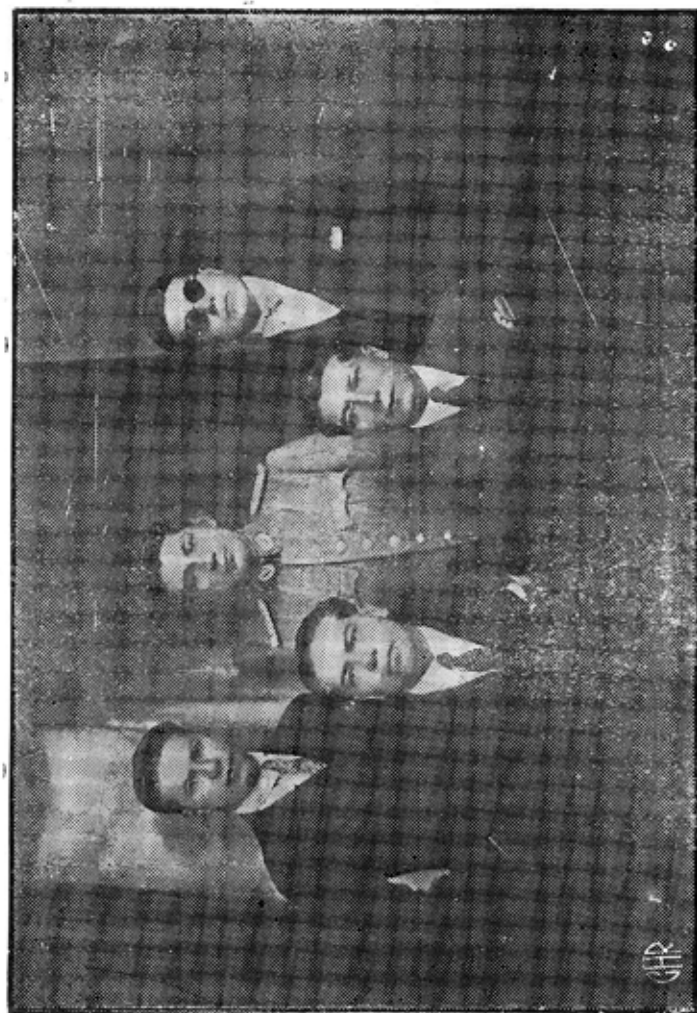
Con esta idea matriz el hombre, ya maduro, que durante muchos lustros habíase reglado cotidianamente por preocupaciones humildes y prolijas sin inquietarse mayormente ante el porvenir, puesto que no tenía hijos o los tenía muy pequeños, fundó su doctrina más íntima y más querida, cual si fuese un voto eucarístico para ser ofrendado a los deberes de la convivencia social, y alzán-



dolo todo lo que podían sus limitadas energías, y cual si fuera un legítimo caballero andante, llevando como enseña en lo profundo un blasón intacto de honor, castidad y pobreza, con el cual se creía capaz de allanar todas las dificultades y hasta matar al dragón mitológico de la leyenda, si tal cosa se precisaba hacer, don José Bilbao, con su perfil de pionero ya ahuesado por los años y sus embates, muy orgulloso de su resolución y de la esperanza que ponían en su responsabilidad los suyos, hizo su ingreso anónimo, sólo contemplado con aire indiferente por algunos viandantes ocasionales y seguida la reducida tropa por la curiosidad de unos cuantos arrapiezos, a las pedregosas calles de la entonces colonial Cochabamba.

---





Señores Bernardino, Daniel, Eustaquio, Sinforiano y Napoleón  
Bilbao Rioja.



*«Porque en la mucha sabiduría  
hay mucha molestia; y quien  
añade ciencia, añade dolor».*

(del Eclesiastés)

#### IV

No deja de ser cosa singular, sobre todo en el medio latino-americano, que una familia numerosa, sin estímulo intelectual inmediato, corta en recursos y ayuna de la más mínima protección, que, para mayor tropiezo, se ve obligada a bregar duramente por lo más elemental para el sustento, se impusiera la costosísima y aventurada empresa de salir a flote utilizando con carácter exclusivo la herramienta del estudio, a que ordenada y disciplinadamente debían ceñirse sus vástagos. Don José Bilbao creía en el poder de la Providencia, pero su pensamiento tampoco se apartaba del conocido aforismo de «Ayúdate, y Dios te ayudará».

No son raros los casos de que padres pobres pero bien orientados y en cierto modo afortunados en cuanto a vinculaciones, consigan colocar a uno que otro hijo sobre el primer peldaño de alguna ascensión promisoría. Esto suele ser más cuestión de suerte que de propósito deliberado o empeñamiento a fondo de la voluntad.

Pero, en la estada y pasión de la familia Bilbao Rioja en Cochabamba, sólo vemos en acción la dinámica

impulsadora de los padres, saturada de fe y esperanza y dentro de una férula de atención vigilante que es toda una constante vigilia. A esto debía corresponder en su oportunidad, pues todo en la vida gana su sazón, el ánimo de los jóvenes Bilbao, tan superiormente nutrido por el ejemplo de sus mayores, como bien dotado para asimilar enseñanzas,

Bernardino, con su franqueza exenta de orgullo y de vanidad, que tanto le honra y que es el matiz más acentuado de sus opiniones y actuaciones, ha escrito sobre sus inicios de escolino: «De 1900 a 1906, época de mi infancia, cursé las escuelas elementales sin demostrar mucha dedicación al estudio ni capacidad intelectual.

Mis padres me predicaron diariamente el amor al estudio y muchas veces a látigo; pero, desgraciadamente, no pude llegar al nivel de mis hermanos mayores, quienes entonces, siempre rendían exámenes de etiqueta, esto es de sobresalientes. Mi padre rara vez tomaba algunas copas, y cuando lo hacía, nos reunía a los hijos para imponernos más estudio, haciéndonos también largas pláticas sobre la honradez. Este punto, fué siempre su tema favorito. Nos decía «hay que ser honrados, pero no sólo de palabra, sino realmente», y luego analizaba la situación de sus amigos y relacionados y la forma deshonestas como hacían fortuna en sus negocios. Estas pláticas hicieron y han hecho, en mi vida, una gran impresión. Por ello, todos somos pobres y sin recursos».

Algunas conclusiones se obtienen fluidamente de estos recuerdos del general Bilbao Rioja.

En lo que se refieren a su progenitor hay un tácito voto de gratitud para su sacrificio de educarlo y

hacer de él un hombre útil a la sociedad y honrado por encima de todo.

El padre, laborioso e íntegro como era, fincaba, como se ve, su orgullo en dos preferencias de clara alcurnia: creía en la virtud y amaba la preparación que descubre y realza el talento. Un poderoso instinto le decía que la verdadera moral sólo puede ser sostenida por la cultura.

Aquello de sus tópicos favoritos cuando, en el calor hogareño sentíase más verboso e iluminado que de costumbre por causa de alguna chispa artificial de entusiasmo —él, que podía tener tan escasas horas de expansión, por la magnitud agobiadora de sus compromisos y la conciencia de su exigida responsabilidad— hace recordar el cuadro del varón justo del texto bíblico y también al salmista cuando dijo: «Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino y que anduviese mi corazón en sabiduría....».

En cuanto a las sensaciones afectivas reveladas por el que con el correr del tiempo sería el salvador de su patria en la guerra con el Paraguay, es innegable que la que más luce es la de su modestia varonil; luego su amor a los suyos y su particularísima devoción fraternal, que sería en su existencia entera un hermoso sentimiento predominante, y, por fin, una inclinación irreprimible hacia lo exacto, lo digno y lo justiciero. Se puede afirmar que estas han sido las tres dimensiones de su arquitectura espiritual.

Con estos antecedentes, no sería infructuoso imaginarse lo que fué en esos tiernos años el niño Bernardino Bilbao cuando cursaba los cursos de primeras letras en el establecimiento particular que regentaba don Fa-

cundo Quiroga, que era un pedagogo distinguido y de bastante renombre.

En lo físico, sería probablemente algo pequeño, bien proporcionado, nada de esmirriado, de facciones simpáticas, con una vaga tonalidad acelunada. Su semblante revelaba signos precoces en cuanto a voluntad y discernimiento de lo que le rodeaba. No era hosco ni taimado, pero acusaba tener noción de su albedrío y cuidaba de no ser lastimado en su delicadeza sensorial. Esto le llevaba hacia cierta suerte de recorcentración del ánimo, que le proporcionaba una actitud aparentemente medrosa y algo melancólica. Poseyendo esa excelente salud de los que prevalecen sobre las inclemencias de una Naturaleza vigorosa, que en circunstancias suele ser intempestivamente mal intencionada, de niño, Bernardino, es casi seguro, no supo mucho de los juegos y recreaciones infantiles corrientes, que, es verdad, no hacen pensar; pero, en cambio, proporcionan flexibilidad a los músculos, aire al espíritu, diafanidad a los rasgos fisonómicos y hasta contribuyen al desenvolvimiento del instinto de relación. En cambio, estamos informados, Bernardino, en determinados lugares de la ciudad, preferentemente en los extramuros, donde se brindaban accidentes naturales, solía acaudillar a un enjambre de niños de todas las cataduras y condición, señalándoles imperativo y despabilado consignas y movimientos de combate. Ninguno dejaba de reconocerle autoridad en estas materias, y la desordenada algarabía de esa minúscula porción de humanidad, tan inquieta como el azogue y entusiasta por la libertad, se veía como constreñida y encauzada por los desplantes y voces de orden de ese muchachito que, para mandar y sugerir se despejaba de su habitual cortedad, revistiéndose



de los atributos de mando indispensables, vale decir un palo cualquiera como corcel, una gorra con una visera descomunal como distintivo de jerarquía, y un alambre con toska empuñadura como símbolo de fuerza y de castigo.

A buen seguro, las dotes de gran conductor de tropas reveladas por el coronel Bernardino Bilbao Rioja en la campaña del Chaco, tuvieron su remota raíz en esas maniobras de remedo castrense que él intuitivamente dirigiera en las calles o bordes de la campaña cochabambina, al frente de una multitud de almitas eufóricas con las sensaciones de la lucha figurada. De lo que sí estamos ciertos, a fuer de testigos de viso, es que el estratega boliviano del inmenso y misterioso escenario chaqueño, usaba una gorra muy característica por su enorme visera, y que en vez de sable —descartado por su inutilidad— jamás se le veía caminar sin portar un fuete. Cuando posteriormente supimos aquello de su atuendo diferenciador del de sus tiernos compañeros de juegos, en las batallas en el paisaje cochabambino, asociamos incontinenti su visión a la que treinta años más tarde hubo de hacérsenos familiar en el Chaco. La gorra de campaña del coronel Bilbao nos hizo evocar alguna vez el tricorne de Bonaparte. Infimos aditamentos materiales que parecen insuflados de vida por la irradiación personal de quienes los lucen.

Los niños no definen las ideas, pero disponen de un extraordinario palpito para sentir y discriminar sentimientos. Son curiosos y observadores y buscan la emoción con ardimiento. En veces esta suele tener índole morbosa, cuando el temperamento y el mal ejemplo

arrastran sin que existan el freno regulador de los padres y de las prédicas y correctivos oportunos. Para Bernardino Bilbao la infancia no significó propiamente felicidad, pero sí un precoz proceso de aquilatamiento de las cosas y de gobierno de sus sensaciones. Se puede asegurar que fué serio y de carácter férreo desde pequeño. Así, no conoció la sensualidad de las vanidades ni los halagos que rodean la cuna y el decurso a la complaciente deriva de los afortunados. Tampoco tuvo mayor apego por las frivolidades que a ratos amenizan la existencia. Su estímulo más hondo lo constituyó su afán de capacitarse para poder retribuir el sacrificio hecho por sus padres, sirviendo antes que todo a su patria, cuya accidentada y desventurada historia, más había intuido con el corazón que a través de conocimientos transmitidos. De aquí, seguramente, que Bernardino jugase a los soldados con un gesto algo adusto y con dramática seriedad, que no era muy comprendida por sus amigos de correrías, pero que se sentían subyugados con su aire y tono de caudillo en ciernes. Con todo, en la infancia del niño Bilbao faltaba ese equilibrio espontáneo y placentero que es común a la psicología de la edad. Una necesidad congénita de supremacía, de mando y de responsabilidad contrastaba con la sencillez y la docilidad que es patrimonio de las voluntades sumisas y de los que sólo piensan en divertirse y en no ser castigados en sus casas. Se puede asegurar que las meditaciones de Bilbao le apartaban del término medio corriente, que falto de volición, inteligencia y audacia se nutre agradecido con las ideas imperantes y que es por tanto como la veleta al viento en materia de orientación. No puede columbrarse, por ende, que nuestro protagonista fuese un optimista, a pesar de que la sujeción a los límites y dictados de sus cortos años pu-

diesen haberlo inducido a ello. Más bien su naturaleza reconcentrada y su espíritu vigilante, prevenido prematuramente de las humillaciones y retorsiones a que son tan dadas las gentes, indicaban en germen al hombre enérgico, prudente, estudioso y sincero que había en su trama vital. El hilo de la cronología de las devociones y trabajos de este ser marcado por el destino pueba su disciplina interna y su fervoroso anhelo de cumplir con sus inspiraciones más profundas, nunca distanciadas de la aspiración del bien, de ver a su tierra digna y respetada y a los seres de su sangre en una holgura modesta y decorosa. El hombre de mando y de grandes resoluciones muchas veces, casi siempre, se alternó con el hijo de familia y el jefe de hogar, demostrando una apacible inclinación a la vida tranquila y leal de los afectos correctamente cimentados.

Pero vemos que nos descarriamos un tanto de la indispensable unidad de tiempo, por más que esta licencia, a la que bien pudieran agregarse las alteraciones de lugar y de acción, son en nuestra opinión lógicas cuando se trata de la vida de un hombre que encerró en la arcilla de su contextura y en la urdimbre de sus nervios y fluidos psíquicos, el secreto único e indivisible de su robusta personalidad, desde que se iluminó su conciencia hasta que se consolidara plenamente.

Volvamos a los tiempos del aula, tan llenos de zozobras como de presentimientos. Bernardino Bilbao, como sujeto más que como alumno era la contrapartida de la tesis materialista que niega al hombre y hace burla de las distinciones individuales.

Sólo las personas vacuas y epidérmicas se resisten a tener pensamientos serios y elevados. Esto no

subentiende que el niño Bilbao fuese un empollón en el colegio, vale decir un muchachito asilado exclusivamente en el estudio y dispuesto siempre a exhibir conocimientos y adhesión a la materia en presencia del juicio del profesor. Esto lo hubiese colocado en la clasificación de los, en cierto modo, adocenados del aprendizaje, a lo que es lo mismo entre los que revelan tesón y paciencia por encima de toda otra cualidad noble. Con todo, esta condición del sometimiento a una tarea prolija y perseverante muchas veces es reveladora y hasta prohibidora del genio, el que entregado al capricho de una desatención desdénosa acaso concluiría, como se constata en infinitos casos, a no frutecer de manera alguna. Alguien dijo en este respecto que el genio es sólo una prolongada virtud de paciencia, y puede que tuviera razón. Y para demostración de este enunciado, habría que remitirse a la sagaz calificación que sus profesores de la Escuela Militar de Brienne hicieron inicialmente del jovenzuelo isleño, que poco después llenaría la Historia con su nombre y sus empresas: «Extraordinariamente estudioso; no da confianza a ninguno, sin amistades, parece devorado por ilimitada ambición».

Difícil parece desentrañar el complejo de la ambición a una edad tan temprana; pero un grado de fuerte reconcentración es una presunción de ello. Como que el éxito en la vida depende principalmente del principio de atención, de análisis y hasta de alerta a que pueda ceñirse la voluntad activa de los que se proponen surgir aunque sea contra viento y marea. En cambio, el inteligente y superiormente dotado que guste o no pueda impedir el distraerse, irremisiblemente estará perdido. De todo lo cual se podrá inferir que la observancia de los cánones

del estudio, de la vibrante atención, del desmenuzamiento de lo útil y de lo benéfico, del ansia espoléadora de ascender, del propósito de servir y edificar, deberá hacerse sin perder de vista un objetivo señeramente superior y atendiendo a cada instante los imperativos de la propia dignidad. Creemos que así actuó desde infante Bernardino Bilbao Rioja, es decir, realizando sus funciones de escolar a conciencia, pero reservándose la libertad de espíritu suficiente para obtener juicio sobre las cuestiones y problemas generales que el ensanchamiento de su cultura le suscitaba. De este hábito probablemente nació su concepción muy seria y hasta dramática de la existencia y del papel a jugar por el hombre en ella. Su patria, Bolivia, en la desbarajustada guerra del Chaco obtendría los beneficios de un concepto y de una voluntad semejantes.

La consigna de prepararse aceptada con el corazón, los progresos algo lentos en un comienzo de la asimilación, la ambientación en un medio ruidoso y desaprensivo, la visión persistente del cuadro familiar debatiéndose con las rudezas inmisericordes de las exigencias materiales, y en buena parte algunos brotes profundos de observación reflexiva y cauta, hicieron de Bernardino Bilbao escolar, un mocito retraído, preocupado y taciturno.

La vida para los realmente elegidos—distamos mucho de referirnos a calidades de responsabilidad política, casi siempre circunstanciales e hijas de eclosiones temporarias de intereses o de sonajas del reclamo—suele tener particularidades y antinomias realmente peregrinas. Así, hombres que intrínsecamente estuvieron llamados para ser caudillos o guías de su generación, tu-

vieron una infancia macilenta e ignorada por los más de sus compañeros. De éstos, alegres, ricos, bulliciosos, expansivos, proselitistas, a no dudarlo hubo más tarde presidentes, ministros, generales, embajadores y todo lo más granado y succulento del oropel de las jerarquías; pero seguramente no hubo, en este rutilante escalafón, sino que por excepción, una conciencia pura ni una inteligencia victoriosa.

Con todo lo estampado podríamos forjar un molde sintético de lo que fuera cuando impúber, púber y adolescente Bernardino Bilbao Rioja. A buen seguro sus pupilas estuvieron absortas y su mente obsedida por las cosas serias, sin ensamble con las preocupaciones y gustos corrientes. No sabemos por qué nuestra imaginación, al unísono que trazamos estos perfiles del alma, se transporta al recuerdo del alumno flacucho, desamparado, habitualmente ensimismado en sus cuitas, de poquísimas palabras, de gesto evasivo y muy esporádicas expansiones que hiciera célebre a la poco antes nombrada Academia Militar de Francia solamente por haberlo egresado a la profesión en cuyo ejercicio asombraría al Mundo y a las edades. Esta licencia de paralelo, ciertamente amparada por el correspondiente resguardo en proporciones, diferencia de medio y disimilitud de épocas y oportunidades.

En medio de vicisitudes de corta trascendencia, que sacudían la rutina del bregar cotidiano y del pensamiento obcecado, vino a producirse un acontecimiento que puso cascabeles de alegría en el conjunto familiar de los Bilbao Rioja, a la vez que renovaba el acicate que empujaba a todos los hermanos por la erizada cuesta que podía conducir a la estabilización de un deseo legítimo y digno.

El mayor, Daniel, hubo de partir hacia Santiago de Chile, en cuya Universidad debía seguir estudios de Medicina. El éxito en un exámen de competencia le había puesto a su alcance una beca, que haría de llave maestra para franquear los umbrales de un destino que no sería parco en conquistas científicas y otras obras meritorias.

El general Bilbao Rioja ha escrito sobre este particular: «Este hecho, recién nos abrió los ojos para perseverar en el estudio y mantener una aspiración para conseguir una carrera futura». Y esto debió ser así, puesto que del plantel de don Facundo Quiroga, el entonces mocito, que presentía incitaciones más amplias de porvenir, ya poseedor de una buena base, pasó a la escuela fiscal de último grado y luego al colegio secundario «Sucre». En este establecimiento cursó los cuatro primeros años de humanidad, distinguiéndose por su aplicación, seriedad y conducta, aunque no de un modo expreso en materia de capacidad, que el interesado calificaría mucho más tarde de «regular y nada de sobresaliente y excepcional».

Este suele ser el principio de los hombres llamados a descollar más tarde por su idiosincracia libremente cultivada y su propensión a la reflexión cualitativa de la humanidad y sus fenómenos; sin ser eco sino voz en el concierto de las ideas y de las cosas. En estos seres, capaces de desarrollar grandes iniciativas y de asumir fundamentales responsabilidades, el reflejo ajeno sólo ha podido influir a través de la criba de un juicio selectivo muy depurado y, en todo caso, bastante sensible y obediente a los reflejos propios.

La disciplina contraída y pasiva del «niño prodigio»; generalmente es desafecta a actos o rumbos de di-

finición propia. Se contenta con actuar dentro de los límites prefijados, pendiente de la voluntad del maestro, embebido en su estímulo o privanza, y huérfano a toda inquietud extraña al esquema de las asignaturas. De aquí que con maestros perezosos y remolones, o bien de cortos alcances, las peticiones y anhelos de estos discípulos cómodos y tranquilos sean siempre exaudibles. Logrado esto, todo vendrá «por añadidura» como rezan las Escrituras,

Con el método ecléctico de estudiar todo lo preciso pero sin perder de vista el acto reflexivo interno, se afirmará la personalidad pero no se dará tanto gusto a los profesores y a los apoderados. El complejo intelectual, en definitiva, será más sólido, aunque no se demuestre prácticamente, en los que dominan por sí las materias y algo más que éstas, que en los que se atengan exclusivamente a la técnica de las repeticiones y a las excelencias de «fin de fiesta» del estilo memorioso. Pero lo que con bastantes probabilidades derivará el sistema esquemático y desprovisto de pasión de almacenar en los compartimientos cerebrales conocimientos a granel, será en detrimento de otras potencias del intelecto o del alma, que tienen por filón explotable la inquietud y la intuición del ego propio. De aquí que los que se demostraron por temperamento e inclinación recalcitrantes estudiosos, sin diferenciación alguna en orden a preferencias, con esclavitud al cartabón establecido y sin mayor ambición que la de repetir con fidelidad literal las lecciones y de optar en todos los casos a las distinciones externas del régimen escolar, podrán más tarde ser ciudadanos de pro dentro de la comunidad social, quizá si con más títulos prácticos que los que aprendieron los conocimientos básicos y generales



bajo el módulo de interpretaciones personales; pero, en cambio, confirmarán su predisposición para los encasillamientos dentro de lo unilateral, se conformarán con lo estatuido o con lo que prevalezca, sea bueno o malo, justo o injusto, y no tendrán mejor estrella tutelar que las conclusiones del número o de lo concreto. La ausencia de originalidad será su divisa y no podrán evitar de hacer en las ocasiones el efecto de los soldados veteranos que tienen la espontaneidad de alinearse instintivamente apenas ingresan en filas.

De lo anterior podrá desprenderse que el niño simplemente estudioso, por más que sea inteligente; tendrá adquirida una tendencia y no muy parva por cierto, a desenvolverse cuando adulto, a ser dependiente de la lógica de los demás, a eclipsarse frente a la presión del conjunto, a ser con exceso maleable a las imposiciones estereotipadas del prejuicio o del sofisma. En suma, la instrucción de la mente llevada a cierto nivel avanzado de utilitarismo infantil (zalamerías, bombones, diplomas y medallitas), no puede ser siempre agente benéfico para el desarrollo de otras dotes anímicas, que sólo en cierto modo dependen del atiborramiento cerebral; pero que, lo esencial, precisan un clima de libertad para el espíritu y de una relativa holgura para el entendimiento. El recargo de la función receptiva, sólo puede efectuarse a costa de un gran desgaste de sustancia gris y de energía, lo que aconsejaría una suerte de moderación y de mayor amplitud en los programas y métodos didácticos, los que podrían tener un sentido más activo y vital para la transmisión de los conocimientos indispensables y realmente útiles para el comercio social y el progreso de la cultura en

su función inspiradora del talento, ya sea éste especializado o general.

Hemos dado un prolongado rodeo disquisitivo para representarnos y poder sentar la tesis que el niño Bernardino Bilbao Rioja no carecía de condiciones intelectuales de primer orden y de afán de comprensión de las cosas, no obstante el resultado moderado de su aplicación y retentiva durante su transcurso por las aulas primaria y secundaria. Acaso, y sin acaso quizá, lo que perdía de digerir cerebralmente lo ganaba en percepciones más suyas y más hondas, dentro del plano moral con preferencia al intelectual.

Desde luego, el nos refiere:

«Mi infancia entre el año 1900 y 1911, se combinó entre la escuela y la práctica de un oficio. Sucesivamente, pasé como aprendiz y ayudante en los oficios de carpintería, herrería, sastrería, talabartería, imprenta, mecánica, etc. Mi haber semanal fué de sesenta centavos a un peso veinte centavos bolivianos. Todos mis hermanos fueron educados en la misma forma».

Como se ve, la complementación de aptitudes, a lo Rousseau y Franklin, era severa, y probaba que el ejercicio de la mente y de la habilidad manual en lo posible no deben separarse.

Bernardino podía ser un alumno algo apocado entonces, pero es innegable que se capacitaba dentro de una órbita de más desprendido ruedo para encarar con más eficaces armas la existencia y, lo principal, ayudaba con su esfuerzo de párvulo a sus padres a sostener su educación y mantenimiento. En un muchachito imberbe aún, esto significaba una tierna ejecutoria de abnegación filial

y una verdadera promesa de lo que devendría su carácter laborioso.

Los profesores que más recuerda el teniente general Bilbao, de ese período lejano y algo brumoso, descontando a don Facundo Quiroga, que fuera el que más influyera en la formación de su ser moral, fueron, conforme nos ha declarado recientemente, los señores Julio Paz, Fidel Anze, Wilge Rodríguez y Abel Aranzbar. Estos serían los mejores promotores de su ilustración.

A este pasado remoto, verdadera génesis de su carácter y voluntad, debe estar sutilmente enlazado esto que escribiera cerca de medio siglo después:

«En 1940, tuve la impresión de que mi carrera militar había terminado; entonces decidí cambiar de profesión, e inicié estudios de Ingeniería Industrial, carrera soñada en mi infancia.

«Seguí los estudios durante cinco años como un escolino, trabajando día y noche para vencer los cursos. Rendí 82 exámenes en diferentes materias, y después de los exámenes de grado, me recibí de Ingeniero Industrial en el mes de abril de 1945. Copias legalizadas de todos mis exámenes remití anualmente al Ministerio de Defensa, para que se incluyan a mis hojas de servicios.

«El día que recibí mi diploma, mi mujer me abrazó tiernamente con las siguientes palabras: «Ahora que tienes un Diploma, retírate del Ejército, para trabajar en tu nueva profesión.

«Nuestras mujeres creen que un Diploma es suficiente para triunfar en cualquier profesión.

«A los CINCUENTA AÑOS, debía cambiar de profesión. Había fracasado en la carrera militar, pero ahora se me abría otra carrera, quizás de mayor porvenir

económico, para el resto de mis días. Parecía el horizonte claro y despejado de todo obstáculo para lanzarme en busca de trabajo.

«Pocos hombres comprenderán lo que se impone para ser algo a los cincuenta años. Generalmente, a los cincuenta, debe esperarse una coronación de profesión y luego pasar al descanso para el resto de la vida; pero, iniciar a los cincuenta una carrera profesional de competencia con muchachos de 18 a 20 años, parece ilógico; sin embargo la historia mundial muestra muchas excepciones de personas que fueron verdaderos talentos.

«Debo confesar que yo no tengo inteligencia ni talento, soy un simple mortal con perseverancia, y quizás con algo de carácter que heredé de mis padres. No obstante, muchos militares y civiles, en Bolivia, creen que no tengo carácter. El carácter, afirman ellos, es el despotismo con todos, el atropello con o sin razón a las personas, y hacer sentir el peso del cargo y situación que momentáneamente se ocupa. Si éstas son exactas, no tengo carácter, porque no puedo tratar al más humilde ciudadano en esa forma. Fui educado en la escuela de tolerancia, de dignidad, de honradez y de respeto a mis semejantes, incapaz de hacer daño por premeditación.

«En caso mío, debiera servir de ejemplo para que las generaciones de nuevos oficiales, vean que nunca es tarde para iniciar estudios profesionales, cuando se quiere ser algo».

Tampoco sería lícito y congruente separar del cuadro de sus intuiciones y atisbos de la infancia, los gustos e inclinaciones que nuestro biografiado nos ha mencionado como partes integrantes de su ser maduro y experimentado.

Nos ha declarado Bilbao Rioja, escribiendo un resumen de sus aficiones gratas o instintivas:

«Me gusta la lectura de libros científicos. Tengo preferencia por la Historia, la Geografía Comercial, libros sobre industrias en general: petróleos, goma elástica, plásticos, cemento, azúcar, papel, vidrio, agricultura en general, química, electricidad, etc., etc.

«Me gusta la Opera y la música en general. Envidio al que sabe tocar algún instrumento. No tengo oído para tocar, sin embargo de que estudié y practiqué algunos instrumentos.

«Hablo varios idiomas, pero mal, no tuve el tiempo necesarios para perfeccionar o estudiar gramaticalmente. Me considero satisfecho si entiendo y leo un idioma.

«Soy amante del atletismo, el boxeo y la natación. Durante mi juventud, practiqué dichos deportes, habiendo sido presidente de muchas sociedades deportivas en La Paz y Oruro.

«Soy muy amante de las flores, especialmente de las rosas. Paso largas horas estudiando la genética de las flores.

«He visitado en mi vida, casi todas las naciones sudamericanas, y algo de los Estados Unidos. De las naciones europeas conozco casi todas ellas, excepto Rusia y Grecia.

«No he pertenecido ni pertenezco a ninguna logia, militar o civil; no pertenezco a ningún partido político. En mi carrera sólo me interesó la Política Internacional.

«Soy Cristiano y Católico por educación».

No puede ser discutida la continuidad existente

entre la infancia y la madurez de todo ser humano. Lo que se ha sido y pensado en la edad de la experiencia y la reflexión seguramente ha tenido un germen aparentemente perdido, que fuera desarrollándose gradualmente a través de todas las alternativas y circunstancias de un largo proceso de sueños, propósitos y realidades.

En la síntesis que reproducimos prima sobre toda otra consideración el deseo siempre juvenil de ampliar conocimientos, y estos orientados a materias que no dejan lugar a abstracciones de ningún género. La visión de la patria necesitada de industrialización y de fundamentos económicos propios para no seguir dependiendo inacabablemente de la importación extranjera, obsede al cumplido ciudadano y patriota abnegado que es el teniente general Bernardino Bilbao Rioja.

El hombre de buen gusto y de costumbres plácidas aparece también de cuerpo entero por los ventanales de sus aficiones predilectas. No se perfila mucho el romántico, sino más bien el ser de disciplinas positivas, por más que su condición moral y su fe en los principios superiores lo coloquen en un alto plano de idealismo, pero no verbalista sino constructivo.

Tampoco una mente ilusionada por lo real y tangible, puede ser dada a cabalgar en un alado Pegaso de fantasías. Eso desentonaría con la trama fuerte de sus nervios hechos para la acción y el esfuerzo a medirse por toneladas. Así, las ensoñaciones tan comunes a la mayoría de los jóvenes con alma soñadora e insatisfecha, de pisar con sus plantas un Santo Graal difuso e hipotético, de ensayar virtudes líricas más o menos latentes en loor de lo fantaseoso o ligeramente alado del espíritu, de hacer de la prosaica existencia algo más que un erial o una palestra de combate, por medio de la literatura, del

arte y de las interpretaciones de los paisajes en función de las más sensibles reacciones recónditas, ciertamente que no tuvo cabida dentro de la preocupación penetrante y tenaz, de la esclavitud oprimente del tiempo en fuga, y de los trabajos imperiosos que estimularon a la vez que laceraron los empeñamientos sucesivos, jamás suspendidos por períodos de abandono o de nirvana, del héroe de estas páginas.

Su vida, desde niño significó un caminar firme, conmovido y aquilatador por los senderos del perfeccionamiento y de la ofrenda, teniendo en vista su conciencia más que los respetos humanos.

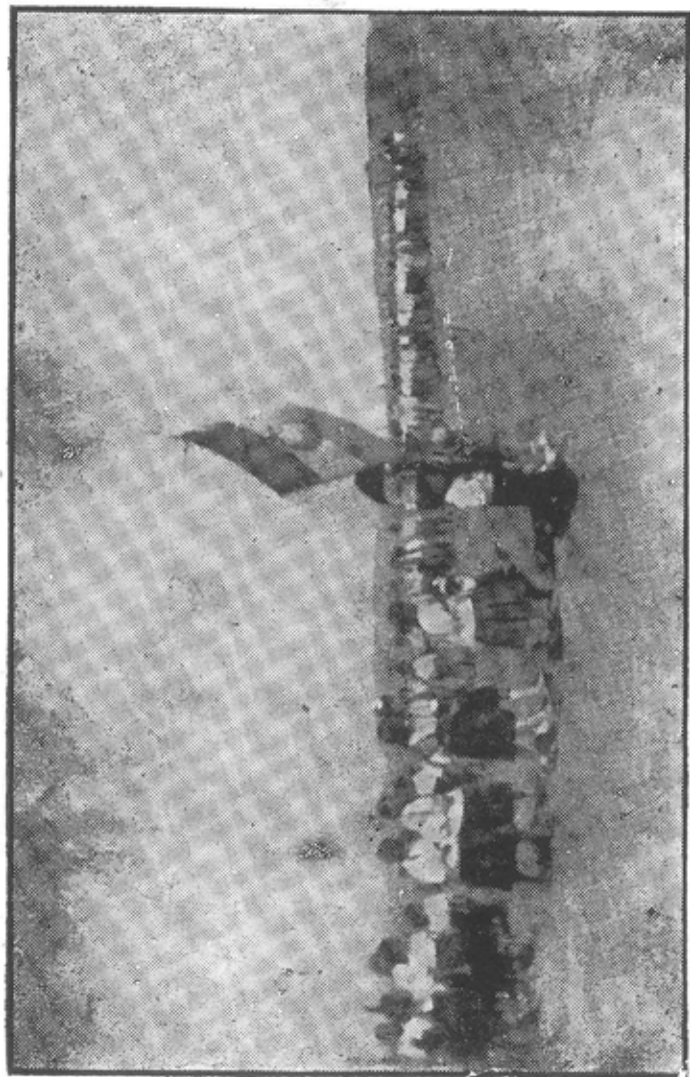
De este modo, con alteraciones de penurias y contentamiento, de luz y de obscurecimiento, filó el período incipiente de sus años; hasta que un día de octubre de 1911, el ya adolescente Bernardino, que frisaba en los quince años de estada en el Mundo, pudo dar un paso trascendente en procura de su destino, lo que hiciera en obediencia a la resolución de una disyuntiva dentro de su ser y también en obediencia al impulso que le dieran sus padres.

El aludido imperativo no puede ser desconocido en su génesis, desenvolvimiento y culminación por el biógrafo que esto escribe, puesto que, en el mismo año y con anticipación sólo de unos meses, en distinta capital americana, sintió quizá las mismas impresiones y tuvo probablemente sueños análogos a los que enfervorizaron al joven Bilbao Rioja en ocasión de su ingreso a un plantel profesional.

En ambos casos, los antecedentes que tenemos de lo que aconteciera con Bilbao y el recuerdo que nos asiste de los que nos pertenecen, son indicativos que se había operado en nuestros corazones el efecto de un despertar vocacional.







Escuela «Andrea Ríojas de Bilbao»  
(Arampampa)



*«La felicidad consiste en la  
realización de la vocación»*

(Bernard Shaw)

## V

Sobre su iniciación en el servicio de las armas, el teniente general Bilbao ha vertido las impresiones que se reproducen:

«Mis padres decidieron las respectivas profesiones para los hijos. Yo, debía ser militar, carrera que me gustaba mucho, aunque intimamente sentía mayor aspiración por los estudios de la Ingeniería Industrial o Mecánica».

En esta parte cabe hacer una acotación. Bilbao satisfizo a lo largo de su existencia sus dos aspiraciones más imperiosas. Es cierto que la nombrada en segundo término, y que él cree era la preferida en su edad moceril, ya en los dinteles de la senectud y como consecuencia de inesperados e injustos acontecimientos que de un modo lacerante estropearon su sensibilidad limpia y delicada. La suerte de compensación que tienen las cosas y aún los bajos humanos, vino a hacer posible, con una obtención normal, aquello que había deseado cuando niño y que fuera pospuesto por su pacto con la carrera militar, concertado por su albedrío en coincidencia con la brújula paterna.

Sobre esta bifurcación de su destino, el general Bilbao se ha explayado:

«Mis padres habían gastado todos sus recursos y economías en la educación de los hijos mayores, especialmente de los dos primeros, quedando por tanto en una situación de verdadera pobreza. El trabajo duro de mis padres, no rendía lo suficiente para atender los gastos de las necesidades tanto del hogar como las atenciones educacionales. Constreñidos por la situación general, antes de quedar con un oficio manual, pensé que mi futuro estaba en la carrera militar. La ocasión y el destino, impacablemente hicieron el resto».

En realidad, don José Bilbao Pastor, hubiera podido decir como Sarmiento «Mi vida tan destituida, tan contrariada, y sin embargo tan perseverante en la aspiración de no sé qué elevado y noble». Con el esfuerzo económico rendido y con la parvedad de los réditos de su fatiga muscular, había aceptado sonriente, casi complacido, al igual que su abnegada consorte, primero las visitas intermitentes de la estrechez, y luego la frecuentación asidua de la miseria. No había bastado para evitarlo su ánimo y tesón peculiares para encarar todo trabajo que pudiera interesar al sustento y encasillamiento provechoso de sus hijos. Los salarios entonces, como expresión de cifras, eran bajísimos, mas, con todo, la vida se hacía llevadera con cualquier jornal por minúsculo que fuese, debido el fenómeno al robusto valor intrínseco del signo monetario, lo que se traducía en un costo discreto de los medios de subsistencia y de cualquier artículo importado.

Don José, colocado entre la cruz y la espada, y apreciando que sus disposiciones manuales fluctuaban a veces perezosamente por disminución de las oportuni-

des, se decidió a alejarse un tanto de las comodidades de su instalación en procura de una suerte más estable, no importándole fuese más árida. En su lugar, en el tibio hogar colmado de efectos y comprensiones, encuadrado por los muros de adobón y techumbre de teja, que él en persona alzara en un terreno adquirido para la debida consistencia de un propósito — propiedad que aún continúa indivisa entre sus herederos — quedaba al frente de las responsabilidades doña Andrea, sostenida en la batalla cotidiana y en la previsión de todos los minutos para augurar un buen despertar, por ese su enorme fervor interno, especie de temperatura del heroísmo, que insensible y silenciosamente cual ciertas aguas que suben de nivel, se va apoderando y haciendo suyas a determinadas naturalezas dignas de su codicia. Como que el verdadero heroísmo, y todavía más el moral que el físico, no gusta de connotarse ni puede perseguir finalidad especulativa alguna.

Don José Bilbao, entretanto continuaba sin asomos de suspensión el programa de ir saliendo adelante con los estudios de sus hijos, que en número de cinco varones, demandaban textos, indumentos decorosos y demás bagatelas de la existencia estudiantil, se soterraba en las penosas faenas de la construcción del camino a Tunari, con el salario semanal de sólo treinta pesos bolivianos, que debía abastecer todas las necesidades. Quizá fué este el período más crudo y amargo de todos cuantos venciera. Verdad era que dos de sus hijos habían conseguido encimar el Bachillerato, lo cual equivalía a una porción de alivio amén de las promesas correspondientes al buen rumbo diseñado: el uno seguía cursos de Medicina en Chile; el otro se dedicaba al Derecho, y para facilitar su camino, hacía clases como maestro de primeras letras.

Pero; no obstante lo avanzado, lo que restaba era todavía mucho y los recursos y también las fuerzas animadoras se iban debilitando gradualmente bajo el imperio de los cánones biológicos que amortiguan el impulso vital de la especie negándole al fin efectividad a su poderoso instinto de supervivencia. Empero, la sentencia divina de que no sólo de pan debe vivir el hombre, tenía en el conjunto de los Bilbao Rioja, una adhesión sentida y vigorosa. De aquí que los jóvenes leyese con ahinco cuanto era posible a sus ímpetus, tanto en relación con el aula como lo que simplemente iba a caer a sus manos, sin que desdénasen borrajear tampoco mucho papel con apuntes y ordenamiento de números, que decían de las cumbres remontadas en la ascensión del aprender y del retener.

Y mientras esto ocurría con los pequeños, los padres, apegados tanto más frenéticamente a su parcela de dicha —que excusado es decirlo, la significaba el porvenir modesto pero digno que propugnaban para sus hijos— no desperdiciaban esfuerzo ni escatimaban cansancio en el cumplimiento religioso de cada etapa y aspecto de su empresa, fundada en la porfiada atención de todas las experiencias y pormenores imaginables, sin descuidar prácticamente nada y aún recurriendo a bien inspirados consejos de personas de sus relaciones ausentes de toda idea o tendencia a la proclividad.

Y en este devanar continuo y en una buena dosis de tino vino a radicar, a no dudarlo, el resorte mágico de una tangible victoria del pensamiento matriz.

El mérito y la belleza del plan residía en la sobriedad útil del anhelo que lo informaba. Había innegablemente un contenido de ambición en éste, pero era de aquellos nobles y de savia proficua, por estar destinado

más que a forjar un eslabonamiento con lo que compete a las ansias de las personas aisladas del interés comunario general, a solidificarlo con el alma de la colectividad y sus más honrosas finalidades.

La noción exclusiva de la comodidad material, supremo anhelo de todo espíritu mediatizado por los prejuicios o las lisonjas de Calibán, se iba alejando en esa familia en proporción a la admisión plena del concepto que la vida sin cultura, sin libertad del espíritu y sin fines de enaltecimiento no vale nada. El consejo del filósofo de congraciarse con la felicidad cuando es posible hacerlo, y de lo contrario temporizar con el sufrimiento, que es lo que se ofrece con más frecuencia, no era desoído por esos padres ejemplares.

Además de los tropiezos naturales de la ruta, del hecho inevitable de toparse a cada paso con los zarcillos que es corriente se opongan a cualquier obra meritoria, de tener que tropezar con los guijarros de la incomprensión o de la impiedad de los hombres, de los resultados de la constatación de que los imitadores del cordero tienen menos poder que los émulo del zorro en el concierto social, y de que la mayoría de estos últimos fingen balar como los primeros, don José Bilbao comprobaba la verdad de lo aseverado por Gracián, de que no todo lo que se prosigue adelanta. En efecto, transcurrida una década de afanes y privaciones, el tiempo y los sacrificios consumados aún no redituaban ni siquiera un mínimo porcentaje de lo invertido y lo soñado. No obstante, los itinerarios particulares de los hijos parecían cumplirse con regularidad y hasta con fortuna, pero el logro seguro y reposado aún se veía distante, casi como en la época de los atisbos y cosquilleos del presentimiento, que se ba-

rajaban interminablemente en los coloquios de la intimidad arampampeña, que por estar envuelta en soledad mustia y desprovista de halagos parecía brindar una desentrañada sensación de infinito, como que la soledad del hombre puede no ser baldía ni perdida si se engarza con el vuelo de ideas grandes y benéficas, de esas que no arrastran grilletes de anclaje ni se amilanan ante límites timoratos.

La férrea resolución empeñada, más que los trazos señalados por los vigías de la inteligencia razonadora y del espíritu anhelante, aunque precavido, iba cavando profundamente el surco de las posibilidades. Y conocido es que no hay nada, estímulo ni galardón, que pueda interesar más a la sanidad pujante de una política hecha carne por convencimiento, que la conciencia ardorosa de una voluntad en suelto y riesgoso juego.

El ya adolescente Bernardino, de un modo quizá insensible, debió dejarse conducir por el sendero diseñado, luego de ser meditada la orientación muy largamente y con múltiples razonamientos de pro y contra.

El nos refiere:

«En octubre de 1911, rendí exámenes de competencia para el ingreso al Colegio Militar. En dicho examen fui aprobado. Entonces, salí por primera vez de mi casa para buscar nuevos horizontes de estudio y porvenir. Cuando inicié el viaje, mis padres y hermanos, me acompañaron con lágrimas en los ojos hasta los extramuros de la ciudad. En esa época aún no existía el ferrocarril de Cochabamba a Oruro, teniendo que hacer el viaje a mulo, y por desgracia en tiempo de lluvias. Mi padre me regaló cinco Bolivianos, y mi madre dos, sumas con las que



creí llegar no sólo a La Paz sino a Buenos Aires u otra capital sudamericana».

Esta escena hace recordar algún episodio patriarcal de viejos tiempos. El jefe firme, estoico, sobreponiéndose a la natural congoja; la madre, trasunto de éste, afligida, estremecida de zozobra, pero sin dejar de revelar entereza, con ese valor admirable que la mujer sabe extraer de su flaqueza; y los hermanos llorosos y ofuscados por tantas ideas imprecisas y alucinantes despertadas de súbito, como una bandada de pájaros que se pusieran de un golpe en vuelo, ante la certeza de una partida hacia remotos confines, que para la órbita de sus imaginaciones sería entonces lo incognoscible.

El cadete presuntivo volveríase muchas veces hacia la grupa de su rocín agitando el pañuelo del adiós. Y paulatinamente el grupo familiar iría compactándose hasta ser visto desde la distancia en crecimiento como un punto de la perspectiva en difuminación.

---



*«Las poderosas esperanzas nos  
hacen hombres»*

(Tennyson).

## VI

En el año 1912, el cadete Bilbao Rioja inició su vida militar. Luego de tres meses de estudios denominados de preparación hubo de pasar al primer curso, con lo cual quedó definitivamente incorporado al cauce normal de la enseñanza.

Bilbao, sobre esta circunstancia, anota: «En este examen, pasamos 32 alumnos, siendo mi antigüedad el número 26».

Como salta a la vista, la prueba para Bilbao no resultó muy brillante, y hubiera sido para alguien menos seguro de su poder interno una cruel decepción. Pero nuestro héroe no estaba hecho de pasta blanda, y en sus reacciones de hombrecito reflexivo, puesto de espalda a la fortuna, residió la clave de sus futuros progresos y de su mismo destino. Sobre el particular, él nos informa: «Mis estudios se intensificaron en forma constante, y sobre todo de verdadero interés, pues no deseaba ser el último de mi curso sino el primero».

Tendría algo de presuntuosa esta declaración, si no tuviese amparada por la sinceridad de un elevado

propósito, acaso informado por un misterioso mandato de su daimón íntimo, en el sentido de que su paso por la vida no sería estéril ni apocado. En un muchacho frívolo y consentido las expresiones «Yo lo puedo todo» y «Yo lo sé todo», propias de un Bonaparte o de un Mahoma respectivamente, al ser parafraseadas con un airecito sentencioso o despectivo, podrían ser tenidas como inconvenientes, o como esa «Vana Verba» que señala en una de sus páginas el texto bíblico; pero en un adolescente retraído, observador y sufrido, como era Bilbao, que no conocía del Mundo sino el lado áspero y preocupado, el desco de sobresalir era un ejercicio lógico de las potencias puestas sobre aviso por su formación moral y por la conciencia del costo sin tasa que sus expectativas de futuro significaban para sus ya ancianos y debilitados progenitores.

Bajo la advocación de todos los instantes del cuadro hogareño, mientras otros condiscípulos se daban pisto de inteligentes y de sabihondos, sobre todo, de «vivos», el cadete Bilbao Rioja se contraía por entero a sus estudios y obligaciones aceptando resignadamente un doblegamiento de esclavitud para todas las ansias juveniles de su ser.

Así, durante los años 12, 13, 14 y 15, Bilbao ocupó el tercer lugar entre sus compañeros, y en su hora esta clasificación le concedió el distintivo y la responsabilidad de brigadier.

No siempre el empeñoso cadete manifestó conformidad con las calificaciones que le hacían sus profesores. En cierta ocasión, ante una nota pobre en el ramo de Historia, que contrastaba con la de sobresaliente asignada a otros alumnos, el preterido formuló una seria reclamación solicitando a la vez un cotejo especial con los más

favorecidos. El profesor rechazó la protesta, fundándose en la disciplina y en lo insólito del precedente. Bilbao, seguro de sí mismo y terco por la mala acogida, llevó su queja hasta el estrado máximo del establecimiento, desde el que actuaba el Coronel-Director. Este se inhibió de la cuestión y el profesor mantuvo su fallo y, probablemente, aumentó su ojeriza e indiferencia hacia el reclamante, a quien, para más señas de su parcialidad, en todo el curso del año no había interrogado sobre sus conocimientos.

Bilbao rememora este episodio: «Si en los años anteriores había tenido similares dificultades con algunos profesores y oficiales, esta vez derramé lágrimas de impotencia por la parcialidad tan clara contra mi persona».

Por nuestra parte, conocemos bastante lo que llega a representar el favor humano influido por la simpatía o la reciprocidad que suelen incubar la lisonja, la actitud humildosa y el aludo. Los alumnos «excepcionales» son ciertamente los favoritos o regalones de sus maestros, por lo menos en una buena proporción de los casos. Esta inclinación de favorecer al prójimo por encima de lo justo, es un contrabando motivado por un complejo de causas que sería realmente ocioso discriminar, aunque se puede afirmar apriorísticamente que las distinciones estudiantiles no se fundan tanto en la receptividad cerebral y emanación espiritual de los agraciados, cuanto en el consenso que se haya cristalizado respecto a su docilidad de carácter, a su ánimo quedo o inmóvil y principalmente a su método memorioso. Es común ver equivocarse a los maestros sobre los gérmenes en embrión del intelecto y del complejo moral en sus educandos. De una manera análoga parecen marrar las colectividades en su discernimiento político y electivo.

Un primer o segundo lugar en las condiciones reseñadas, es cosa sabida y que se cae de madura, en verdad no reviste una gracia exorbitante ni es indicio de esperanzas muy fundadas. Pero, en cambio, se puede sentar la conclusión de que puestos como los indicados, o un tercero como el que le fuera concedido al cadete Bilbao, conquistado con relativa adustez de semblante, con un comportamiento correcto pero frío y con frecuentes exteriorizaciones del alma individualista e independiente, si que encierra algo meritorio. Un tercer lugar así obtenido, y cuesta arriba de la apreciación juzgadora, vale muchísimo más que los que fueron empeñados, pongamos por caso, entre recomendaciones familiares, sonrisitas de de premio y palmoteos de estímulo. Aquello de que «los grandes espíritus se encuentran», y los mediocres también —añadimos— en veces no tiene cortapisa de edad y de condición. Un profesor zafio o miope de perspicacia tienen por lo corriente como cartabón sopesador y encomiador la rutina del oficio, la parte rasamente externa y no gusta adentrarse ni por asomo a explorar algún venero de posibilidades. De esta guisa, lógicamente, nada descubrirá o le llamará la atención que no sea groseramente objetivo.

El curso a que perteneciera el hoy teniente general Bilbao, tuvo más tarde una prueba máxima y concluyente, como es la de una guerra internacional, y la verdad es que hubo tan distancia entre la capacidad, preparación y dotes anímicas, revelada por el a la sazón coronel Bilbao y los que le precedieron o escoltaron en el escalafón al egresar al Ejército, que todo término de comparación resulta inoficioso. Pero esto no se había reconocido ni siquiera intuido antes, y, con alguna hipérbole, esto no se ha corregido hasta hoy de un modo edificante,

por más que los hechos sean tan tangibles y macizos como ábsides de viejas catedrales.

Los planos inclinados de la catástrofe, la sangría y el desencanto de una nación y de su castigada masa armada, equilibrándose para no desmoronarse y poder cumplir con honra su tarea, pusieron elocuentemente en evidencia quién mereció ser el más aventajado de esa promoción.

Bilbao ha recordado su última clasificación de cadete: «En los exámenes finales del III año, tenía seguridad de ser el primero, pero mis sacrificios quedaron sin recompensa por mala voluntad y parcialidad de algunos profesores».

Es esta una franca acusación, aparentemente desorbitada en un educando; pero sus hechos posteriores la concilian con la verdad y la justicia, por mucho que la declaración incaude un interés personal. No obstante, no debe verse solo vanidad de estudioso y trabajador en estas actitudes retrospectivas de Bilbao, pues es indiscutido que su corazón fuerte y su mente clara, que le deparraron una aura de elegido y no de sometido o de partiquino de cualquier comparsa, fueron influenciados desde muy niño por la vulnerabilidad de una aguda sensibilidad, hasta hacerlo casi un hipersensible. Este complejo inmanente y preponderante tuvo necesariamente que dominarlo con desusado gasto de energía y así, casi siempre, consiguió ocultarle en el rincón más recóndito de su corazón; por más que esto no priva a Bilbao de ser en puridad un romántico de ideas finas y generosas. Su propio impulso incontinente por el estudio, que afloró desde que era muy tierno infante, no es una postura artificiosa, convencional ni menos especulativa, ya que es una confesión

tácita talentosa y comprensiva la de que el hombre de por sí y con raras excepciones es muy débil e ignorante, siendo esta la causa principal si no la única de su desventura sobre la tierra y del fracaso de sus inspiraciones asociadas.

Bilbao ha sido pertinazmente herido; y estas heridas le han llegado muy hondo, pero ha sido también bastante soberbio y consciente de lo que es para huir de toda quejumbre planífera. Una disconformidad apacible, sin desplantes de cólera, sin clamar al cielo como el Tenorio y sin reprochar a sus enemigos y a los que le infirieron afrenta, ha podido construir la serena y sabia resistencia de Bilbao para encarar su signo adverso en lo espiritual, decretado con menosprecio de un severo virtualismo histórico por el egoísmo y la estulticia de algunos hombres investidos de medios ejecutivos como para perpetrar tal designio.

La «divinidad que moldea nuestros destinos», de que habla Shakespeare, no debió ser muy benévola para el cadete Bilbao, el que incomprendido en sus cuitas, que probablemente nadie compartía, al dirigirse a su padre, le decía: «Como su desventurado hijo que nunca se olvida de Ud.». Instintivamente el azorado adolescente transportaba su espíritu al lejano rincón donde ardía la llama votiva de los efectos leales, confortándose con su recuerdo y consolándose con sus propios pensamientos, estos amasados con exaltados atisbos de un desquite venidero.

Se puede entrever, recorriendo algunos antecedentes escritos y orales de ese tiempo, que el cuitado se refugiaba en su intimidad con marcada obstinación. Al parecer, no existía entre él y sus compañeros una iden-



ticación psicológica de esas que puedan producir efectos de simbiosis. El caudillo en ciernes, con esa gravitación irresistible del barrunto del «yo» —cuya conciencia avasalladora señaló Stendhal—; se apartaba todo lo que le era dable de la cizaña que devora la mies y entenebrece la existencia humana, prescindiendo de la banalidad de ciertas ambiciones, desconfiando de la pequeñez de determinados caracteres y entristeciéndose con la miseria de no escasos sentimientos. Como los grandes hombres, se aferraba a la realidad de su vida y pensaba en el porvenir de los suyos y de su nombre, con una pasión reconcentrada y avara. Su afán inmoderado de estudio y aquilatamiento de las cosas, su franqueza ruda para exponer lo que estimaba ser verdad o justicia, su acendrada vocación por el deber, le concitaban resquemores, críticas cuando no burlas de parte de la mayoría. Ignoraba Bilbao el valor práctico de las concesiones a lo simpático, lo liviano y lo fácil; y en una edad en que todo suele ser ligero y momentáneo, tomaba la vida tremendamente en serio, como más tarde tomaría la guerra en que le cupo actuar, lo que sería de una enorme importancia para su patria más que para el mismo.

Aquello naturalmente sorprendía y confundía a sus condiscípulos que estaban cortados por el patrón corriente en materia de concepciones y presentimientos de futuro. Al igual, durante la guerra hubo de llamar poderosamente la atención, hasta singularizarse netamente entre los grandes conductores, la decisión y la pulcritud que ponía el coronel Bilbao en sus cometidos.

Uno de los episodios que el general Bilbao parece rememorar con fruición, es su participación, como cabo de escuadra en el batallón 4 de línea, en las grandes

maniobras efectuadas entre Calacoto (Pacajes) y la ciudad de Viacha, en octubre de 1912 bajo la dirección superior del coronel Hans Kundt.

Seguramente fué esta la primera oportunidad en la que el que llegaría a ser gran conductor de tropas, puso sus antenas en vibración ante el espectáculo que esconde los secretos plausibles de la concepción de los movimientos lógicos a realizar por las formaciones armadas. Por alto de los esquematismos de lo ritual y rutinario, seguramente que el imberbe cabo osó, dentro del círculo restringidísimo de desenvolvimiento que le correspondía, un ensayo de interpretación personal de lo que ocurría con las marchas y el empeñamiento de las unidades, abocetando de este modo su primera hipótesis y su consecuente tesis.

Conjuntamente a sus desvelos de escolino, el corazón de Bilbao no deja de batir en todo momento con ritmo conmovido por los suyos.

A su madre le escribe en cierta ocasión: «Mamá de todo mi cariño; quizá el único hijo que ha gozado menos de tus caricias, recuerda hoy día el venturoso día de tus natales, pero sintiendo no poder darte el abrazo de gratitud por los excelsos sacrificios».

Esta expansión filial tiene un calor de endecha que acusa al hijo que se desgarró con la ausencia persistente e implacable.

Asimismo, a su padre, con motivo del término de uno de sus cursos, le escribe: «Después de rendir mi examen con brillante éxito, me incorporo hoy al batallón 4 de línea para salir el 7 con dirección a Corocoro. Participo que el 2 o 3 de noviembre ya estaré a su lado go-

zando de la familia». Ciertamente, trae frescura al espíritu este acápite que anticipa una tan sana y regalada fruición.

Su amor a la familia y un pálpito de precoz responsabilidad vigilante hacia todos los de su sangre, que sería con el transcurso del tiempo y de las situaciones, en Bernardino Bilbao, un Norte magnético para sus pensamientos, se revela en estas líneas dirigidas a su hermano menor Sinforiano, a quien muchos, durante la guerra con el Paraguay llamarían el Abaroa del Chaco, por las seis o siete heridas que recibió en distintas batallas, con intrepidez y altivez indómitas. El hermano mayor decíale al que le seguía; «Me alegro mucho por los grandes adelantos en materia de instrucción, que has podido hacer; ojalá que sigas en la misma forma para tener prestigios en tu vida de estudiante y llegar a ser algún día un hombre de ciencia y saber».

No se puede negar que en estos despuntes juveniles hay una eclosión de cierta madurez de ideas no frecuente en la edad moza, por lo común agitada por inquietudes de tipo muy diverso, por curiosidades epidérmicas y aún por exuberancias de los sentidos en palpitación eufórica.

Como le es habitual, Bilbao al evocar su pretérito de cadete asocia a sus reminiscencias, con esa gratitud sincera que sólo puede brotar del hondón del alma, a algunos de sus antiguos y más venerados maestros, tales como el teniente coronel Julio Zuna Avila, mayor Mejía, doctores Juan Francisco Bedregal y Eduardo Sagárnaga, el mayor José C. Quiroz, el capitán Armando Bretel, quienes, dice «me mostraron aprecio y siempre tuvieron palabras de estímulo para mis estudios».

Luego, en contraposición, declara que no dejó de tener un buen número de profesores o instructores «parciales, incompetentes y arbitrarios». Si no hubiese sentado esta franqueza, seguramente hubiera disimulado la verdad, pues, en el punto o en la labor en que se reúnen más de dos personas, de inmediato y de manera automática surgen las eternas diferenciaciones de calidad y de intención que acompañan como una maldición a los componentes de la más alta alcurnia de la Creación, haciendo de su obra algo obscuro y ofuscado y proporcionándole flaqueza e imperfección a los resultados de sus esfuerzos. Bilbao, con su carácter rectilíneo y acerado, debía trasegar constantemente en su espíritu la amargura que producen los actos humanos regidos no por el análisis y la conciencia, sino por el instinto y la incontinencia de los impulsos.

Sobre aquéllos que no merecieron una cita del recuerdo complacido y grato, y que pertenecen a las clasificaciones antes consignadas, Bilbao agrega con leve ironía: «algunos de los cuales, al correr del tiempo, trabajaron bajo mis órdenes en la Campaña del Chaco».

También conserva memoria, como «suerte y honor excepcionales» el haber rendido una vez examen de fin de curso en presencia del Presidente de la República Eliodoro Villazón, quien — añade — «me felicitó y deseó un brillante porvenir»,

Bilbao se ufana al revivir este momento de su adolescencia, y anota la coincidencia que durante su breve periodo de Comandante en Jefe del Ejército (1939), le correspondiera representarlo en el sepelio de los restos de «aquel hombre probo, notable estadista y único Presidente de Bolivia que se impuso por la ley y el amor a la Constitución», al que dedicara en ese momento una vibrante oración fúnebre.

En las líneas transcriptas está contenido el ideario político de este soldado sin mácula, puesto que siendo extraordinariamente apasionado de su carrera, esto no le impidió jamás ser un decidido y respetuoso partidario de los fueros de la ciudadanía. Así, su deber militar nunca pudo estar contrapuesto a su religión cívica, formando ambos un todo armónico que resalta de por sí la estatura moral de quien lo posee.

Además, Bilbao, casi desde que era púber, alentaba meditaciones muy hondas sobre las causas de desdoro o de aflicción para su patria, siendo esto realmente insólito en alguien que todavía no ha asomado sus narices al mundo, y aumenta aún la extrañeza de lo prematuro, el hecho de que sus reflexiones toquen el fondo del asunto, cual lo hicieran muy pocos. Para prueba de esta superior orientación, basta con extraer algunos párrafos de un trabajo escrito que tituló «Patria» y está fechado en marzo de 1914, vale decir cuanto todavía era un simple cadete.

Amén de su espontaneidad, el mencionado trabajo está saturado de una intensa angustia, que contagia de dolor a cualquier corazón bien puesto, sin discriminación de lugar de nacimiento, pues es un grito de rebelión contra los sufrimientos del cuerpo y del alma de su tierra nativa. Estos acápites explicarán su contenido:

«Desgraciadamente nuestro país, se halla cerrado entre gigantes de granito que obstaculizan su salida al mar; se encuentra soñando en un porvenir brillante, pero, es preciso que despierte y realice sus grandes ideales porque sus hermanas americanas, ya la han dejado lejos en el ascendente camino del progreso.

«Si ayer nuestra Patria fué estropeada y calificada de mercado donde se vendían tierras sagradas y vidas

preciosas; llegará otro día en que sus hijos cumplan su deber y cuyos espíritus se mantengan inflexibles ante el oro corruptor de corazones y conciencias, venguen el honor de nuestra Patria y reconquisten el suelo vendido; estos serán los que vayan por la senda del bien y afiancen su carácter con el estudio y las buenas ideas. Ante tan sentimentales recuerdos, se despierta en el corazón de todo boliviano que ama a su Patria, una protesta que clama la justa reintegración territorial. Este sentimiento se despierta sobre todo, en los jóvenes de preocupación patriótica y de sanas ideas».

Nos parece son muy contados los que, apenas adultos, puedan poner tanta unción de convencimiento en procura de remediar los pesares inequívocos y sustantivos de su patria. El joven solo piensa en sus entretenimientos, o en el mejor de los casos en labrarse una posición que le abra ruta hacia sus ilusiones predilectas. De aquí que sienta las necesidades o anhelos colectivos con cierta desaprensión; sin escatimar entusiasmo en ocasiones, aunque sin hondura ni continuidad. Fuegos fatuos e imaginерías ponen en acción los impulsos volitivos y muy vivaces de la juventud; pueden ser ruidosos y simpáticos sin dejar de ser efímeros.

Bilbao se apartaba de la regla y formulaba su crítica de un modo penetrante y justiciero. No se encara con quejumbres o expresiones resentidas contra el vencedor; más bién su censura va dirigida a los que no fueron firmes y altivos para aminorar las consecuencias del desastre y se avinieron una y otra vez a realizar negociaciones penosas y de irremisibles malos resultados. Su concepto en este tópicó casi secular de la existencia boliviana, será nítido y uniforme desde que lo sustentara de niño:

los territorios perdidos por la nación, más que por la conquista ajena lo han sido posteriormente por la enajenación concertada. Es este un elocuente punto dilucidatorio, que por lo general no es tenido en cuenta por la parte que fuera lastimada mayormente por las conclusiones políticas y diplomáticas elevadas a la categoría de pactos.

La estolidez y las sollamas tan propias del mundo político y diplomático, con su inconvencible lenguaje engañoso y la complacencia de sus halagos, no cuadran con una mentalidad recia y digna como es la de Bilbao.

Tanto el cadete como el general victorioso y cubierto de gloria y pundonor sostuvieron la tesis fundada en la necesidad y justicia de la reintegración marítima de Bolivia, pero ambos sentaron con claridad la premisa que lo que las armas habían perdido, con eventual carácter transitorio, los conductores de la cosa pública se habían encargado de convertirlo poco menos que en definitivo a través del instrumento de la venta o de la compensación. Y siendo este hecho tangible y operante, por mucho que interese y convenga modificarlo por aquello de sus efectos contraproducentes, malsanos y despiadados, su invocación se transforma en una sensata definición con mucho de sentencia histórica.

Bernardino Bilbao Rioja, desde que frisaba en los 17 años y cuando aún se tocaba con una gorrita de cuartel igualitaria y poco asentadora, ya sabía a qué atenerse en esta materia, la esencial para la estabilidad y progreso de su patria y que por serlo de esta magnitud, es hoy problema americano y de observación universal. Una prolongada crisis espiritual más que de los medios físicos de la nacionalidad, había hecho posible la consagra-

ción jurídica de una lamentable realidad, que desde hacía más de medio siglo viene produciendo tartamudeos, evasivas cómplices y zozobras reales a los estadistas de la América que Bolívar y San Martín soñaron con ver unida y sin rivalidades mezquinas entre sus componentes fraternos.

No puede haber, por tanto, un más luminoso epígrafe para el período de cadete de Bernardino Bilbao a la vez que nuncio resplandeciente de su sistema mental y moral, que las palabras hurgadoras de viejas responsabilidades y de aliento para ordenar la función del porvenir, que estampara en una composición en la que no sólo vertió su ternura para su lar, sino también su respeto hacia la lógica de la razón pura.



*«El espíritu es una fuerza  
cantrípeta».*  
(Goethe)

## VII

Ya tenemos a nuestro héroe luciendo las sencillas palas de subteniente de infantería. Está por finalizar el año 1915.

Ante la mirada absorta del hombre de 20 años que tiene pasmo y admiración por todo lo que le rodea, el joven oficial se siente estremecido de intuiciones y esperanzas. Su estrellita solitaria en cada hombrera sabe que no es gran cosa y su haber mensual no puede ser mas corto (105 Bolivianos) pero, con todo, forman la solera angular de una vida por construirse. Bernardino no siente en el trance de transmutación a la existencia del propio albedrío, ningún adormecimiento de sus sentidos siempre alertas. Se propone seguir huyendo de la banalidad y controlando con firmeza y método los impulsos mórbidos del excedente de vitalidad. Se lo ha oído reiteradamente a sus padres, y él lo confirma con convencimiento, de que cualquier paso en falso dado en la juventud no puede dejar de repercutir en el destino total del hombre. De aquí que en su imaginación no fantasee sino con lo preciso e inevitable, y que su vida corporal se mantenga dentro de prudentes límites de ascetismo. No es falta de libertad del ánimo o de ocasiones tentadoras lo que moldea el

programa del joven oficial, es su conciencia advertida y su pensamiento que no puede desprenderse de un vaho de ternura que le oprime el corazón. La primera experimenta la influencia pertinaz de la inclinación sería al trabajo y al cumplimiento estricto de las obligaciones horarias del cuartel, que entonces por su recargo no podían ser ni espaciadas ni livianas, y lo segundo es todo un poema de efecto y de gratitud hacia los suyos, con quienes se siente tan identificado en alma y propósitos, que por ningún motivo del mundo quisiera defraudarlos. De aquí que la leyenda de mujer, vino, baraja y valentía que por lo corriente orla la afiebrada frente del militar mozo, en Bilbao no tuviese una exacta aplicación.

No decimos con esto que haya sido refractario en demasía a los ardimientos y sugerencias de la edad, no; pero sí que en Bilbao se cumplió la excepción de un fenómeno de autojustiprecio, que le otorgó deberes más que beneficios, restricciones más que expansiones, pesares más que bienandanzas, todo esto por sentir germinar en las procelas de su espíritu una fuerza potencial que lo arrastraba insensiblemente y sin consulta casi de su discernimiento, bajo el sortilegio de signos consoladores y estimulantes, por lo general difusos, hacia una realización cuya secreto y desfloramiento quedarían librados al porvenir. Este presentimiento constituía ciertamente una fuerza, por lo que incaudaba de serio, de inquietud constructiva y de sinceridad, la que se acrecentaba en sus prolongados soliloquios y confrontaciones con la realidad, al sentirla apoyada por una convicción maciza y una decidida voluntad que lo instaban a respaldarla y a proclamarla sin ambages, por más que esto no rebalsase del terreno íntimo.

En este punto, Bernardino Bilbao, acaso sin comprenderlo con exactitud, representaba un coeficiente de imponderable valor para la asociación comunaria— lo que se demostraría fehacientemente más tarde en circunstancias en que su patria encarara gravísimos peligros— que se ratificaba por su decisión espontánea de confirmar su orientación por medio de hechos singularmente elocuentes y por una conducta intachable.

Posiblemente, hubo también en sus impulsos rectores subconscientes un adarme o un buen porcentaje de ambición de gloria, pero ello no substraería mérito a su plan y galvanismo de acción, pues aquella aspiración, amén de ser consubstancial a las naturalezas bien provistas, en lo esencial no representa otra cosa que buscar o empeñarse en conseguir la estimación de los hombres. Quizá esto en puridad de filosofía pudiera ser baldío, por más que también sea lógico y legítimo el tratar de ganar aquélla honrada y desinteresadamente.

Las causales de poquedad y de aflicción que se acumulaban sobre el flamante oficial, eran más bien un incentivo para la lucha, pues reconocido es que los humanos batallan mejor por lo que no tienen o contra factores adversos, que en conservar lo que se imaginan les es concedido graciosamente por la Providencia o un azar benevolente. En esto, haciendo la debida transposición al plano de lo moral, parecía cumplirse la advertencia sagaz de Reclús— que tiene a menudo confirmación incontestable— que la Naturaleza suele revelar su energía a través de sus agentes más débiles.

Bernardino Bilbao ya no podía ignorar a esa altura de su experiencia que sobre unas cabezas se cier-

nen todos los hados venturosos, derramando sobre ellas un sin fin de prodigalidades, y sobre otras todos los inconvenientes y penalidades. Una síntesis de lo que había sido su vida y de sus preocupaciones siempre renovadas, lo empujaban a momentos hacia muy hondas y atribuladas cavilaciones.

Los sacrificios que demandaba la prosecución de su destino, particularmente la condición material míserima de los padres y la incertidumbre que rodeaba el esfuerzo que cumplían sus hermanos, se hacían una idea obsesionante que le torturaba el cerebro y le roía el corazón. El había sido y continuaba siendo testigo del dolor de sus progenitores, que partidarios a ultranza del valimiento de la especie y de sus buenas obras, no habían trepidado en sufrir en silencio y caminar con unción iluminada y con semblante sonriente hacia las más duras pruebas, de esas que liberan o matan.

Tal cúmulo de consideraciones y de dudas, hacían oscilar su mente reflexiva entre una suerte de pesimismo y una vaga insinuación de optimismo. A Bilbao no se le ocultaba que lo primero puede ser enervante y en todo caso desagradable, pero que tampoco deja de tener algo educativo, sano y moralizador; y en cuanto a lo segundo, aunque para lo externo lámpara mágica con múltiples resplandores engañosos, a veces corruptores y desorbitados, puede espolpear positivamente las latencias adormidas del espíritu.

En este tira y afloja de las sensaciones, bastante ambiguo e incómodo, el subteniente Bilbao orientaba su brújula a lo tangible, a lo real: trabajar intensa y honradamente, no apartarse por ningún motivo del trazado del deber; y velar por los que llevaban su sangre y se deba-

tían por sobrenadar entre las corrientes encontradas del destino. Acaso algunas veces también se reconfortó con la conformidad orgullosa de la pobreza digna, que Romain Rolland tradujera en su célebre apotegma impregnado de verismo filosófico y humanitario: «Cuando menos tengo, más valgo».

Pero, para acomodarse a su sentido y extraer algún provecho de resignación de él, se hacía absolutamente indispensable contar con grandes reservas de carácter y de tenacidad, las que un recio y alto convencimiento podía forjar; y solo así, disponiendo de este verdadero presente de la Divinidad, pudo Bernardino Bilbao hacer su carrera con el disfrute pleno de sus más caros conceptos e ideales.

El trabajo le seducía con un noble orgullo; proporcionándole esa confianza en sí mismo que no puede proporcionar el regalo y el halago heredados; la certeza de actuar inalteradamente dentro de muy severos cánones de honor, le infundía una exaltación productiva; el hecho de no frecuentar como títere tertulias y salones del gran mundo, le ahorraba de familiarizarse con las vaciedades a que invita el ambiente cargado de apariencias y fustas, del que aún el sujeto más independiente no puede distraerse ni libertarse del todo; y esta circunstancia que, para un mozo consentido y vanidoso hubiese equivalido a una desgracia o prueba desamistosa de la suerte, para Bilbao representó el goce de poder influir concienzudamente en la formación de su ideario, y acompañarse con éste a modo de lenitivo en las horas de reconcentración que a menudo le deparó su afán de soledad y de horizontes más vastos, con sus anejas responsabilidades, así mentales como morales.

¿Estuvo esta manera de ser reñida con la esperanza? Ciertamente, no. La aspiración de ser bueno, de ser eficiente, de ser útil, de ser grato jamás se distanció de los presentimientos y actuaciones de Bilbao.

Cierto escéptico sostuvo que no era saludable tener alguna esperanza o siquiera soñar con ella; pero Bilbao desoyó el consejo de los que niegan la bondad y el acierto del hombre, y se ofrendó a la sociedad en que le cupiera actuar con la fe mística de un cruzado. No otra cosa significa su dilatado sacerdocio con el servicio de las armas, su conducta valerosa e irreprochable en una guerra exterior, su capacitación sacrificada en otras materias que podían ser útiles al bienestar de sus conciudadanos, y su espera atenta de todos los minutos, cual si fuera un enamorado que aguarda anhelante el cumplimiento de una cita de amor supremo, para ofrecerse rendidamente, en cuerpo y alma, al servicio y al progreso de su patria, no obstante el anillo cerrado de incomprensiones y de envidias que su nombre y proezas, por muchos títulos ilustres, y sus magníficas intenciones por doquier suscitaran.

Bilbao, como auténtica personalidad superior que es, fué marcado en la frente por el maleficio goecico de una incomprensión ciega e implacable, y luego de haber visto culminar una gloria personal indiscutible e indisputable, sin causa ni siquiera aparente tuvo que resignarse, en plena lozanía de sus medios, a vegetar en la sombra y a conocer formas y críticas más o menos proditorias de la proclividad social; pero ya Rembrandt nos mostró que hay sombras más expresivas que la misma luz.

Hemos hecho coincidir la iniciación entusiasta de la carrera militar del teniente general Bilbao Rioja

con su lánguido ocaso inmerecido e inmotivado, como un sarcástico contraste de las valorizaciones humanas y también como una moraleja que pueda ser útil a las generaciones bolivianas y americanas del futuro.

El sufrimiento y el abandono moral que por lo corriente hace presa en las individualidades de excepción, es ciertamente para ellos un privilegio de nobleza y de incorruptibilidad, aunque no exento de desgracia para las mismas y tampoco para la comunidad que hubiera podido servirse de sus inspiraciones y ejemplos tutelares. Es, en este respecto, realmente increíble cómo las colectividades encumbran mediocridades presuntuosas y parlóteras y desdennan a los que tuvieron títulos para ser sus guías y cuidar de su porvenir. La supresión moral que deben sufrir determinadas individualidades suele volcarse, de rechazo, sobre el porvenir de las comunidades que toleraron o hicieron la vista gorda a la injusticia y al error consumados.

Por lo precedente, el olvido de las generaciones forma un extraño y paradójico débito, que deben pagar con clamores y lágrimas muchas generaciones y a defectos de éstas, la Historia honorable y desprovista de las pasioncillas del tiempo presente.

El joven subteniente del Regimiento Loa comenzó su labor con una dedicación absoluta a las prácticas de su oficio, y no podía ser de otra manera habida consideración de sobreponerse a las dificultades que exornaban su panorama íntimo, para cuyo remedio la «voluntad de poder», fundamento de la filosofía nietzscheana, era la gimnasia salvadora de todas las horas y actuaciones.

Bilbao ha sintetizado sobre este período de su carrera profesional:

«Los años 1916 y 1917, mi trabajo se redujó a la preparación e instrucción de reclutas en las instrucciones individual, de escuadra, sección y compañía».

De esta etapa probablemente arranca la compenetración vigilante y afectuosa, casi paternal, que invariablemente tendría con sus subordinados en el transcurso de su vida militar; así en la paz como en la guerra. De este modo, cuando otros colegas de mando insistían en ser provistos del mayor número posible de artefactos bélicos, Bilbao fijaba sus desvelos en la conservación y revitalización así física como moral del material humano a sus órdenes. Esta fué siempre en él una tendencia irreprimible, y se fundaba tanto en la buena doctrina como en su acendrado espíritu de solidaridad humanitaria. Exigía hasta lo indecible a sus subordinados, pero resguardaba los factores que preservan su fuerza y su ánimo.

Además, Bilbao careció de las posturas hinchadas y ficticias del orgullo personal. Tuvo, por ejemplo, siempre a honra la condición modesta de sus mayores, sin tener en cuenta los entronques y rastros de fortuna y de selección que indicaban una continuidad adentrada en el pasado de su ascendencia de estirpe castellana. El pregonó ser hijo de la masa humilde y sufriente que es el pueblo, y esto no lo hizo por instinto demagógico, puesto que jamás hizo política proselitista, sino obedeciendo a su natural distinción de espíritu y teniendo presente la situación de pobreza y desamparo que algunas generaciones de los suyos habían experimentado. En este particular, refiriéndose a sus padres, en cierta oportunidad estampó: «Mis padres fueron humildes hijos del pueblo, carentes de fortuna personal, pero con un concepto exagerado del honor, de la dignidad, de la honradez y un amor raro para el trabajo».



Es que el concepto de aristocracia para nuestro biografiado no depende de meros signos externos y sólo congruentes con exigencias y manifestaciones tendenciales de un criterio superficial y vacuo. Aristocracia, para Bilbao y para toda persona cuerda, es selección de méritos, virtudes, esfuerzos y capacidades, tanto intelectuales como morales. Aquello de vivir muellemente, haciendo alardes de pereza y sibarismo, con el gesto displicente en los labios acusador de suficiencia y que deja suponer jactanciosamente que todo lo bueno y lo fácil ha de llegar por misterio teúrgico, amén de ser un violento contrasentido en estos tiempos de cariz igualitario, lo es aún más para hombres que, como Bilbao, han hecho de su obligado tránsito por el mundo algo serio, razonable y digno.

De aquí el severo y grato ascendiente que caracterizara la gestión de mando de Bilbao, preferentemente ante la tropa. Fuimos testigos en tiempos de este fenómeno psicológico de raigambre recíproca. El superior confiaba en las calidades de disciplina, abnegación y coraje del subalterno, a condición por cierto de intervenir en la tarea la conducción concienzuda y el buen ejemplo, y éste retribuía la confianza con entusiasmo y decisión inigualados, seguro como se hallaba de no obedecer a un burócrata galoneado del oficio, sino a un auténtico conductor, de esos que imprimen el sello de su austeridad y de su eficacia en todo lo que ponen mano.

Las batallas decisivas del Kilómetro 7 al Norte de Saavedra y de Villa Montes, donde el grueso del ejército boliviano tuvo que combatir desde una trampa mortal, son testimonios de granito de lo que llega a ser la recuperación moral de una masa combatiente bajo el exclusivo acicate de un gran aliento animador.

INTERVISTA. Pero situémonos todavía en los tiempos de noviciado del oficial boliviano en general. Por más que el subteniente Bilbao Rioja comenzó a prestar sus servicios de cuartel en el Regimiento Loa, en la ciudad de La Paz, como quien dice en la principal y más grande población de la República, podremos siempre apreciar imaginativamente lo que es el cuadro cotidiano de la faena de la mayoría de las guarniciones, en las que a su turno Bilbao también debió actuar en las diversas escalas y oportunidades de sus destinaciones. Ni ciudades ni cuarteles adecuados son su uniforme característica, salvo, naturalmente, las capitales de departamento y alguna excepcional sede política provincial. De lo que se infiere que si hay lugares de destino estimulantes y placenteros, con instalaciones medianamente confortables y que satisfacen los dictados de un discreto vivir y holgar, estos no son precisamente los que se diseminan por la vastedad de la altipampa boliviana. Los aludidos a menudo son pueblos primitivos de rancia cepa autóctona, donde la modalidad moderna de la vida apenas si cuenta con determinados indicios. Los cuarteles son construcciones punto menos que rudimentarias, de barro, aconchabadas y propendiendo a cierta estética por una capa delgada de estuco o simplemente por brochazos de cal; los techos densos de material pajizo, que requieren ser repajados a la aproximación de cada estación pluvial, parecen ofrecer dudas de su impermeabilidad, por más que esta sea eficaz, sobre todo cuando la tempestad y el chaparrón se han desencadenado y el firmamento es sacudido por horribles descargas eléctricas y la tierra toda gime y se quebranta de pavor bajo el alud de las aguas. Entonces es cuando el ser humano se empequeñece y se amustia transido por el azote de las energías cósmicas desatadas; entonces es

cuando se puede evocar con más imperiosa codicia la protección de las verdaderas ciudades y añorar con ansia nostálgica el tibio refugio hogareño. Una instalación como las descritas, casi aislada en uno de esos pueblos dormidos tiene en cambio la imponderable ventaja de preparar aptitudes de resistencia y de estoicismo, a hacer al individuo parte inseparable de la Naturaleza, con la cual se confunde con espasmos de protesta y de amor, a fortificar la asociación de los seres, hermanándolos con la disciplina de la soledad y de la renunciación a las galas terrenas dignas de tal nombre.

Casi siempre, en Bolivia, tuvimos que admirar esta obligada y al mismo tiempo natural escuela de sacrificio para el oficial, que depara tanto el mandato telúrico como la heterogeneidad de la raza, y sus diferenciaciones seculares, a lo que se une la resultante contradictoria del progreso en los hábitos que va aparejada a la escasa densidad de población de la enorme altiplanicie.

Va diferencia, ciertamente, de trabajar en un cuartel con hermosas, amplias e higiénicas acomodaciones, con la amenidad al alcance de un bien amoblado y decorado casino, y la contigüidad inmediata de un bien surtido centro de vida dotado a porfía con todos los atributos deseables para el regalo y la voluptuosidad de los sentidos.

En cambio, en la guarnición pobre y apartada, circuida de hosquedad y monotonía, sólo el trabajo intenso o el vicio groseramente materialista llegan a componer la tríaca indispensable contra el aburrimiento y el desaliento. Es un pie forzado que tiene sus ventajas e inconvenientes. En realidad, puede tonificar a los que de suyo son ya fuertes y destemplan aún más a los congénitamente débiles.

La selección es así operante, sobre quicios de regularidad, y el que se hiergue intacto de esas condiciones deprimentes, tiene asegurado su autocontrol, además de su poder de asimilación y fortaleza para los ambientes más extraños y complejos, lo que no deja de ser una suprema cualidad en el hombre de armas.

Como contraste a los halagos de la existencia fácil; que no existen sino en feble proporción, las guarniciones de la meseta andina ofrecen particularidades muy favorables para la instrucción y entrenamiento de combate de los soldados. Bajo el aguijón de un sol abrasador que propende a la dureza del hombre, hollando a voluntad y sin obstáculo el que menor las extenciones que se quieran y sintiendo bajo las plantas la emanación ardiente del suelo seco, como impermeabilizado por una costra calcinada, al menos en la superficie, el soldado se hace tremendamente aguantador para las inclemencias del medio físico.

Y si espaciarnos los ojos de la imaginación más allí de los confines familiares aledaños al cuartel, la topografía, con sus planicies, cursos de agua y collados brinda todo lo apetecible, menos nemorosa vegetación, a la variedad de enunciados tácticos y al aprovechamiento sin regateo de las trayectorias balísticas.

El subteniente Bilbao Rioja fué un instructor acucioso y estricto, cuyo deleite principal era instruir y educar a los contingentes a su cargo, con preferencia del elemento indígena, cuyas posibilidades potenciales solían ser su asombro. De esta guisa, cada jornada de labor siempre le pareció corta, como todo lo que se realiza en forma expeditiva y clara. Esto lo apartaba de las horas de molicie o de rebullicio del casino, donde se solía jugar

y beber con las extralimitaciones furtivas que son de rigor, y de las tentadoras asechanzas de la mundanidad, algo parco en esos años, de la urbe metropolitana.

El no esquivar conscientemente el licor o dejarse llevar por la atracción de las faldas, cosas tan al alcance de la juventud, significaba para el análisis del reflexivo egresado un peligro de significado deprimente, que podía llegar a cristalizar en un hábito morboso, además del correspondiente aflojamiento de la voluntad, quizá si también la pérdida de la salud y quién sabía cuántas otras amarras o espinosas consecuencias. De esta concreción mental y moral Bernardino Bilbao estrajo una línea de conducta singularmente definida a seguir. Ella importaba una dura restricción para sus posibilidades y ensoñaciones primaverales, pero le desbrozaba la senda que conducía a sus conceptos ideales. Las grandes voluntades son las que menos realizan sus caprichos y sus propios fines, pues, si son grandes es en razón de un magnetismo especial que las imanta y las absorbe. El ambicioso y el vividor no experimentan este fenómeno, por mucho que sus desempeños se rodeen de éxito y brillantez, pues sus órbitas de pensamiento y de acción son más limitadas por perseguir metas personalistas o interesadas. La grandeza de estos designios se amengua con la disminución de individualidad que hubo que pagar como precio de la cooperación interesada.

Bernardino Bilbao, ateniéndose al refrán que aconseja que de los sueños y fantasías hay que creer los menos, condenando a una práctica esterilidad sus innegables dotes de tacto y simpatía para el trato social, prescindiendo de halagos que fácilmente pudieron envolverlo, se asiló en sus deberes, pensamientos y libros de consulta

cual si formasen la atmósfera saturada de oxígeno indispensable para su desenvolvimiento anímico y vital. No por ello fué insociable y huraño, no tal; por el contrario, su ánimo de servir, su excelente educación, su ya no escasa ilustración general, fueron el vehículo más expedito para una relación afectuosa, aunque invariablemente con cierto matiz circunspecto, con sus jetes y compañeros.

Como instructor; el subteniente Bilbao Rioja se exhibía exigente pero ponderado y, sobre todo, pedagógicamente comedido con las posibilidades de asimilación de los instruidos. Empero de ser vibrante y animoso de voz, no se aficionaba a gritar desaforadamente y por cualquier minucia como lo hacen tantos otros, pues estaba seguro que las reflexiones vocales inoportunas y estridentes perturbaban la función de hacerse entender y hieren la estética y acústica de una labor con destemplanzas sin objeto valedero.

Para formarse una idea de lo que es la nota ruidosa de un patio de ejercicios militares en las horas de agitación, basta con figurarse que una media docena de oficiales y unas dos o tres docenas de clases y cabos, están gritando, cual si fuese una trailla monorítmica y desajustada, correcciones, órdenes e interjecciones sin dar tregua a la «sin hueso». Se dice, por lo común, que la sonoridad verbal excesiva puede llenar el vacío de la inteligencia, y esto tiene alguna explicación dentro del automatismo indeclinable de la función militar rudimentaria, de genuino sentido tropero.

Pero Bilbao no estaría mucho tiempo sometido a este rígido y rutinario molde de la instrucción de reclutas en el patio, en el terreno y en el polígono, a base de posiciones, giros, manejos de armas, ejercicios de puntería, formaciones y evoluciones de orden cerrado y abierto.

Primeramente, la atención de sus jefes se posó en él para ser designado como ayudante del primer batallón. Luego a fines de 1917 fué destinado en comisión al exterior, por lo que viajó a Chile para incorporarse a la Escuela Militar de Aeronáutica de «El Bosque», que en ese entonces representaba lo más adelantado que en el Continente suramericano había en materia de vuelo mecánico.

En Bolivia el interés por la nueva arma se había obstaculizado y diferido un tanto, siendo uno de los motivos de este atraso la creencia muy divulgada no obstante ser errónea, que la escasa densidad atmosférica propia de las elevadas altitudes harían punto menos que imposible el vuelo a motor de aparatos más pesados que el aire. No faltaron en este orden preclaros jefes del ejército y hombres de prestigio científico que afirmaron rotundos que un avión jamás llegaría a desprenderse de la tierra y sustentar sus alas sobre la altiplanicie.

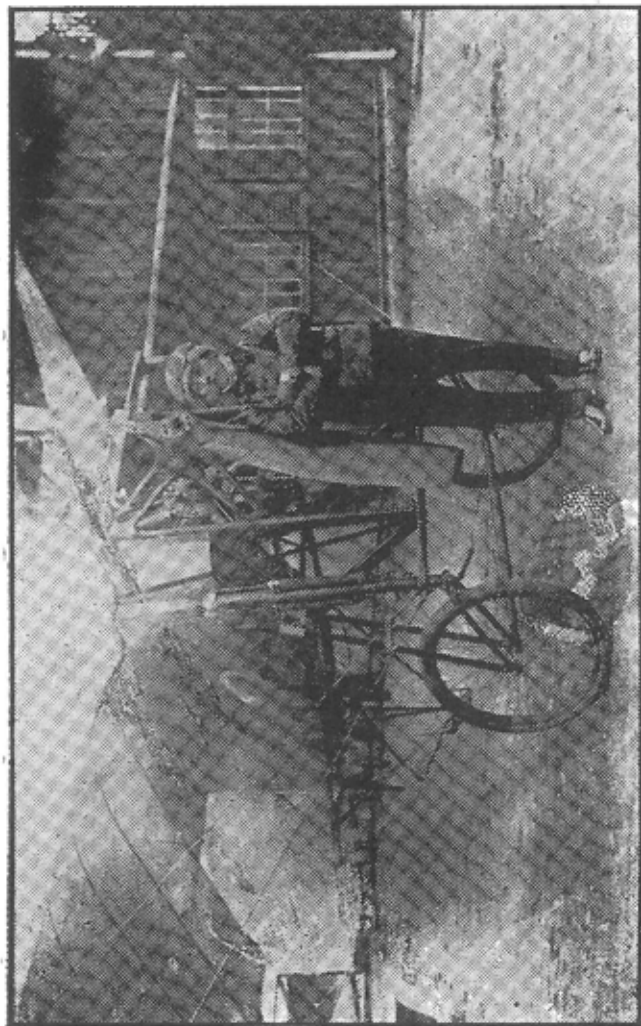
El subteniente de infantería Bilbao, dado a los estudios y revelaciones de la mecánica como era, no trepidó en ser de los primeros en revestirse con las alas de Icaro y partió a Chile con el corazón rebosante de esperanzas. En la aviación, podía decirse, se fundaban las dos grandes aspiraciones de su mocedad: la ciencia militar, fundamento de su vocación preponderante, y la mecánica aplicada a la conquista más prodigiosa y trascendente de la civilización.

Los nombres y hazañas epónimos de los hermanos Wright, de los Bleriot, de los Santos Dumont, de los Farman, de los Delagrangé y otros famosos precursores del domeñamiento de los espacios, probablemente tejieron el cendal de ilusiones que pusiera en la ruta augural a uno de los más grandes, modestos y cumplidos pilotos militares

de Bolivia y a quien correspondiera por vez primera en el hemisferio occidental organizar y probar la eficacia de combate de la fuerza aérea en una guerra regular.

Al alejarse de su patria y de su ya querido regimiento, el subteniente Bilbao dejaba al extremo inicial de su huella de peregrino sus afectos más caros junto con un voto de reconocimiento para el que había sido su jefe regimentario el ilustre coronel Néstor Montes, su jefe del Detall teniente coronel Teófilo Villa y el comandante de su batallón el mayor José C. Quiroz, «por sus consejos paternales en los primeros años de mi carrera».





**Tte. Bernardino Bilbao Rioja**  
**Piloto aviador y aeronauta**



*«Ojalá no puedas moverte de  
un sitio en toda la vida».*

*(Maldición tártara)*

## VIII

En la comisión al exterior conferida al subteniente Bilbao conjuntamente con otros dos oficiales, los subtenientes Crespo y Arévalo, hubo una innegable previsión gubernativa y profesional de parte de las autoridades que la dispusieron. Significaba un esfuerzo para ponerse a tono con las relaciones que el acelerado progreso aéreo iba determinando en todos los ámbitos, lo que azuzaba curiosidades e inquietudes.

El entusiasmo juvenil y los estremecimientos íntimos de la hégira romántica, que cada cual lleva en su interior por más que en circunstancias tenga el sopor de una boa dormida, despertaron en Bilbao un afán de horizonte a la vez que un curso positivo para enderezar el rumbo de un destino. Y no podía significar otra cosa el adquirir una especialización de gran porvenir, así en paz como en guerra, en la que el entendimiento, la voluntad y la energía nunca pueden estar ociosos. Esto sin contar que la navegación por los espacios permite mirar desde lo alto el vasto panorama de las realizaciones y luchas humanas. Y quien dice ver desde lo alto no incurre en falsa perífrasis si también agrega más alto.

La destinación a Chile representó en suma para Bilbao un vigoroso estímulo, no obstante que comprendía

las dificultades y responsabilidades que irrogaba la alternación en un medio extraño, y particularmente cuando es vecino inmediato, si se trata de asuntos militares. A esto, de esencia genérica, se podía agregar los conflictos latentes y las predisposiciones encontradas que, por un torpe fluir de la política y de la historia, han solido hacerse crónicos y transformarse en almacigueras implacables de suspicacias, en determinadas regiones de esta América tenida por muchos como paradisíaca..... Para Bilbao, observador y reflexivo como era, no podía disimularse la situación de insatisfacción y de recelo que, como resultado absurdo de una contienda absurdamente liquidada, permanece estacionaria oxidando las buenas intenciones y las inteligencias fructuosas, esto cuando la desconfianza y la amargura no asoman su faz hosca en los inevitables momentos cíclicos o de crisis propios de todos los padecimientos que no llevan visos de remediarse, entre su patria y el país que le obsequiaba con su hospitalidad.

Lo anterior hubiese sido quizá condición de desanimo para un temperamento más tímido; pero para Bilbao representaría un incentivo más, puesto que, columbraba, un conocimiento cordial y franco con una porción de la oficialidad chilena, podría traducirse en derivaciones de alguna claridad trascendente para los acuerdos del futuro. Y tal esto es así, y con perdón de una transposición de tiempo y lugar, que durante la guerra del Chaco, en la que participaron bajo el pabellón boliviano más de un centenar de oficiales chilenos, el coronel Bilbao Rioja, dentro de la plana mayor de los máximos conductores, fué el más llano, el más abierto, el más comprensivo, el más amigable y justo de todos, en su trato y decisiones con los oficiales chilenos que tuvieron el señalado honor de servir a sus órdenes.

Bilbao, aludiendo a esto ha expresado lo siguiente: «La permanencia en Chile me fué muy provechosa, conocí a un buen número de jefes y oficiales, que más tarde compartieron conmigo días inolvidables de lucha en la campaña del Chaco. Entre ellos los tenientes de esa época, Ignacio Aliaga, de Aviación; Contreras de la Escuela de Sub-oficiales, Espinoza; y otros que no recuerdo sus nombres, pero que están en mi memoria.

En estas líneas se transparenta el hombre de sentimientos afectivos y substancialmente caballeroso. Bilbao podía tener desacuerdos fundamentales con los entresijos y dictados de la política de vecindad chilena en desfavor de su patria, pero nunca, hallándose en posición privilegiada y determinante, observó una conducta reservada o prejuiciosa con el elemento chileno que al combatir por Bolivia no sólo demostró simpatía a esta nación, sino que aceptó tácitamente el papel de promotor de un desagravio moral, que, por muchos conceptos, el rival del siglo pasado mereciera sobradamente.

Ahora, en cuanto a la vocación íntima del aspirante a aviador, es de todo punto indudable que la orden de partir, a objeto de capacitarse para ser efectivamente uno de los precursores de la organización aérea boliviana tuvo para su entusiasmo el resultado del ascua que se aplica a la cera, tal fué la combustión de goce y de sorpresa al cerciorarse que sus disposiciones y anhelo de ser cada vez más útil, comenzaban a definirse en un plano superior de actividad.

En unas cuantas líneas, el general Bilbao Rioja ha resumido sus trabajos iniciales como aviador:

«A fines de 1917, fui destinado a Chile, par

hacer estudios de aviación en la Escuela Militar de Aeronáutica de El «Bosque».

«Mis cursos fueron lentos por falta de material; pero, después de los exámenes teóricos y prácticos en 1918, me recibí de Piloto Aviador, y al poco tiempo de Piloto Aeronauta, en globos libres, en el Aéreo Club de Chile.

«Conservo gratitud para mis antiguos jefes e instructores, entre ellos para el coronel Carlos Lira Quintanilla, capitán Arturo Urrutia, capitán Aracena, capitán Magnan, teniente Darío Aguirre, teniente Godoy y otros».

Luego, agrega Bilbao, con esa modestia tranquila tan peculiar de su carácter: «Como piloto nunca sufrí un accidente, pues creo que tenía cierta habilidad y control de mi persona, sin embargo de que en la instrucción práctica el progreso fué lento por escasez de material».

El no tener accidentes aéreos en esa época de motores con poder ascensional y de sustentación realmente ínfimo si se hace comparación con los actuales, y con fuselajes de los aparatos tan frágiles que los hacían parecer zancudos o a lo más garcetas, ciertamente indicaba un conjunto de equilibradas condiciones, en que la medida y el tacto, desechando fulgores y aspavientos, concluyen por imponerse sobre el azar y lo imprevisto.

El radio intelectual y moral de un hombre que se prepara para dominar los resortes de la guerra y vive atenaceado dentro del molde ordenancista, forzosamente tiene algo de restringido y de opaco en cuanto atañe a problemas generales y a cosas del espíritu. En puridad, el campo de la iniciativa individual es bastante limitado, y todo lo que se propusiera alguno en el sentido de ensancharlo, automáticamente queda bajo la consigna crítica

y la casi siempre demoledora discriminación de la ley del oficio. El oficial, con mayor razón si es joven y de baja graduación, debe pagar un constante tributo de pleitesía y obediencia a los reglamentos y modalidades rigidamente constrictores de la profesión y ser punto menos que un esclavo de la fría, en veces poco discernidora, pero siempre imprescindible y eterna deidad disciplinaria. Así, no es raro que la evolución espiritual del hombre de armas sea más lenta y, en la mayoría de los casos, bastante anónima y circunscrita a límites familiares. Es cierto que el discípulo de Marte se nutre de una ciencia y se ejercita en un arte, el más abrigado por la historia, que prácticamente engloban la casi totalidad de los compartimientos que registran los conocimientos humanos.

Pero el método y circunspección de aquella enseñanza y luego un inobjetiva aplicación en tiempo de paz —que no sea en exhibiciones y ceremonias de relumbrón— hacen que no engarce en el rodaje de los pensamientos y preocupaciones de una mayor amplitud y actualidad permanente.

Como al militar le está vedado hacer actos de afirmación de ideas, de parcializarse por doctrinas, de propender a la agitación de conciencias, de señalar asuntos de interés general, de aconsejar remedios para las lacras o grietas que se presentan en el organismo social, se tendrá como corolario una resultante de inferioridad para su gestión, que contrasta sombríamente con la libertad y expectativas que desparraman la mayoría de las profesiones. Por esto, un abogado, un médico, un ingeniero, un empleado de cualquier naturaleza, un periodista más o menos epidérmico, un político, un politicastro, etc., actúan en un plano muy diverso, por más que sus condi-

ciones sean algo o bastante intonsas. Se diría que lo que es luz y patrimonio de todos los entendimientos no alcanza con la misma radiación para el sacerdote de oficios castrenses. Una insatisfacción, muchas veces es el resultado de este de cosas, que suelen agravar las desconfianzas y las ambiciones desorbitadas de uno y otro lado. De aquí, casi siempre, que el deseo militar de hacerse del poder civil no pase más allá de ser un ingenuo antojo de desquite, pues sabido es que en cuanto a casta y empleando la filosofía que rije sus métodos y deducciones el elemento militar es incapaz de gobernar con acierto, ecuanimidad y sutileza. Su incontrastable fuerza material y poderosa inercia orgánica, conjuran toda posibilidad para el desiderátum anterior.

Esta premisa ciertamente no indica que el militar no pueda encarar con fortuna y dignidad las más elevadas funciones públicas; pero esto, para ser lícito y conveniente, deberá estar en consonancia con antecedentes y valimientos personales, explícita e implícitamente reconocido por el consenso general, y no precisamente por puntos de vista específicos y resentidos de unilateralidad de la colectividad armada. El descrédito de los regímenes de tipo militar ha estribado casi siempre en llevar al ejercicio del poder, o lo que es lo mismo al control de la vida ciudadana, raciocinios y procedimientos esenciales de una confesión determinada, aunque ajenos y hasta contradictorios para la psicología colectiva. En cambio, cuando un militar de meritorias prendas y de buena preparación, gobierna un conglomerado cualquiera con independencia de criterio y distante de compromisos e inspiraciones de casta, cuyo sectarismo puede ser excluyente de otros consorcios benéficos de voluntades, es seguro que su labor



quedará grabada entre las correctas o producentes.

Los oficiales suramericanos, particularmente chilenos y bolivianos; educados en la inflexibilidad de la escuela prusiana, proporcionaron en los cuatro primeros lustros de este siglo el espectáculo verdaderamente extraño por lo edificante, de vivir totalmente apartados y despreocupados de las contiendas de bandería. Mas o menos coetáneamente también este precedente magnífico y que había echado profundas raíces, fué abandonado en ambos países como si se hubiesen puesto de acuerdo para ello.

En Chile, la ambición desalada de un político impaciente, Alessandri, produjo primeramente una conspiración o logia de jefes, en servicio de sus aspiraciones, acto que derivaría posteriormente en otros similares, como la movilización de tropas en 1920, en el norte, auspiciada ladinamente por el coronel Cabrera Negrete, quien luego se sirvió de ella para infuir decisivamente en la dirimición del entredicho presidencial Alessandri-Barrros Borgoño.

Y en Bolivia, el derrocamiento del liberalismo del poder, efectuado por un pronunciamiento de fuerzas militares.

Hasta 1919, año en que se inicia la inquietud política con intervención del factor armado en los dos países materia del paralelo, tenemos al subteniente boliviano Bernardino Bilbao Rioja como alumno de un plante militar chileno. Es muy probable entonces que haya podido seguir las incidencias de la vasta conjura debelada por el gobierno de Sanfuentes, y formarse un criterio definitivo sobre lo inconveniente de tales intromisiones.

El autor de esta obra era a la sazón teniente del ejército chileno, y hasta principios de 1918 prestó ser

vicios en la guarnición de Santiago, como oficial instructor de artillería en la Escuela Militar. En más de una oportunidad tuvo que visitar la escuela de aviación de «El Bosque», pero Bilbao todavía no había hecho su ingreso. Después, una comisión al exterior, que se prolongó sobre los dos años, le impidió hacer trato personal con el camarada boliviano. Mas a su regreso a la patria, tuvo referencias del comportamiento y grato recuerdo que había dejado, conjuntamente con sus compañeros de comisión.

Se decía que Bilbao Rioja era un oficial cumplido, cortés con sus compañeros sin llegar a la familiaridad y menos a la chabacanería, vicio de tan corriente predisposición de la edad moceril; sumamente respetuoso con sus jefes e instructores, inalterablemente enamorado del trabajo y muy austero y metódico en sus hábitos. Como que para Bilbao, desde pequeño, nada ha habido de más insinuante y tentador que la entrega absoluta de su ser a la tarea señalada por el deber de cada momento, amén de su culto desinteresado por la tierra que le vió nacer y su amor entrañable a la astrología familiar, de la cual extrajera siempre sus más puras y reconfortadoras emociones.

Reproducimos, en este respecto, párrafos de una carta fechada en diciembre de 1917 en «El Bosque» y que prueban la solidez y exaltación de esos principios que gradualmente iban moldeando su fecunda y recia personalidad moral.

Bilbao escribía a sus hermanos menores —Sinforiano y Napoleón— que eran, lógicamente los llamados a aprovechar los consejos del hermano mayor y que ya había conseguido cimentar la gran experiencia de esos años inciertos: espaciar una mirada por un redil vecino.

«Al respecto me permito darles algunos consejos, que si bien brotan de una persona que se sacrifica en pro de la carrera militar y tal vez tenga una manera de pensar distinta a la de vosotros, al menos les ruego tengan la gentileza de leerlos y tomar a bien que es el deseo ardiente de vuestro hermano, que trata de llevarlos hacia el rumbo seguro de la vida. No puede haber estudio más alto para con nosotros mismos y para con los demás que el control del pensamiento, del dominio de sí mismo, y que da como resultado el desenvolvimiento del individuo. Tal vez porque el pensamiento es en sí intangible y la mayoría de nosotros ejerce tan poco dominio sobre él, tenemos la idea de que dirigir los actos mentales es algo muy difícil y abstruso, algo que requiere penosos estudios, sosiego e instrucción.

«Nada hay que esté más lejos de la verdad. Toda persona por ignorante que sea, aunque no tenga ninguna cultura y esté muy afamada con sus ocupaciones, tiene dentro de sí mismo todo lo que necesita y todo el tiempo preciso para rehacer su naturaleza intelectual, su carácter y hasta su cuerpo y vida.

«Cada cual tendrá una tarea diversa que cumplir, diferentes problemas que resolver, y querrá alcanzar diversos fines; pero el procedimiento es siempre el mismo y la transformación es tan posible para uno como para otro.

«Recapacitando un momento, encontramos que se nos ha encomendado a nuestra dirección algo mucho más delicado, de mucho más valor que un buque, por ejemplo; nuestra propia vida, nuestro propio pensamiento.

«Hay que preocuparse de la dirección que se le da, y no permitir que los vientos de la cólera y de la pa-

sión lo impelan en cualquier sentido. Somos en realidad los capitanes del buque, y tratamos de dirigirlo a un puerto seguro, de paz, de felicidad y de éxito. Ya notan, hermanos, que lo único que hago es dirigir vuestros esfuerzos e instruirlos en el empleo del poder mental para formar vuestro carácter y para que se libren de muchas penas y sinsabores que ensombrecen la vida de los que no han podido aprender la lección más grande que ella nos enseña.

«Sólo en un estado positivo de ánimo y nunca en un estado negativo, podrán hacer una cosa difícil. La fuerza más, no la menos es la que hace las cosas. Las cualidades denominadoras son todas positivas, afirmativas, agresivas y requieren una actitud mental correspondiente a ellas para su ejercicio y aplicación. El que no posee estas cualidades dominadoras no puede jamás ser independiente ni ser «leader»; es sólo un imitador, un rutinario, hasta que cambie sus pensamientos de negativos en positivos; de vacilantes y dudosos en ciertos; de retraídos y tímidos en afirmativos y avanzados. Triunfa el hombre de espíritu positivo y decidido.

«Si quieren ser algo en el mundo no permitan ni por un momento que penetre en vuestra mente la idea de que no tienen suerte, de que son menos afortunados que otros; aprendan a no reconocer jamás que son débiles y a no pensar en sus defectos mentales, físicos y morales y verán cuán ventajoso es empezar el trabajo todas las mañanas con la mente dispuesta al éxito y la realización, empuñándola en pensamiento de prosperidad y armonía, ya sea por la repetición de algún aforismo o sentencia u otros medios».

Nadie puede entrever en esta plétora maciza de afirmaciones categóricas, la menor tendencia hacia los

halagos de la imaginación y de la fantasía. A la inversa, lo que parece interesarle a Bilbao sobre todas las conquistas son realidades prácticas, de sentido constructivo material, dejando en verdad estrecho campo para los afanes u obras del pensamiento puro, como igual cosa para el ejercicio y solaz de virtudes simplemente estéticas o de corte romántico, que tanto seducen a los jóvenes.

El vigor de ese espíritu parece también algo incompatible con la inclinación a la aventura o con el gusto por los devaneos sensuales tan propios de la edad refractaria al convencimiento de la economía y a la necesidad de guardar reservas, ya que el cuidado que acompasa con sus pasos excluye mentalmente cualquier idea de traspiés o de abandono, por más placenteras que sean las sombras que inciten a la comodidad y amenidad del trayecto, y de este modo, como el sortilegio de lo desconocido y principalmente el de la mujer conducen irrefrenablemente a cierta suerte de juego incierto y peligroso, la antimonía entre ésto y aquéllo no puede ser más evidente.

Fluye también de la energía mentalista de nuestro héroe un relativo candor —característico del poderío idealista— como es el que incauta la confianza de que el mundo resguarda el camino recto y protege y anima a los que transitan por él. En esta premisa un tanto nebulosa y sujeta en cada caso a confirmación, cifra cierto desdén por la suerte y el acaso.

La inspiración de las perfectas realizaciones queda cimentada en espontáneo consorcio con la voluntad activa; pero subsiste en lo penumbroso el trastrueque dirigido por el dolo, la envidia, la indignidad y el resentimiento.

miento, que trastornan la armonía del vivir y producen deformaciones en los acontecimientos mejor previstos y más sanamente orientados.

Tenemos en consecuencia a Bernardino Bilbao, al frisar los veinte años convertido en catedrático, para sus hermanos, de energía vital, pero conliadamente iluso en las propiedades de la rectitud, del saber y de la bondad. La jactancia de su credo espiritual le infunden una seguridad resplandeciente. Hay ciertamente grandeza en su fe aunque no deja el análisis crítico de exhibir aquí y allá, entre sus concepciones, la morisqueta de lo vario, de lo azaroso, de lo ineluctable que es todo proceso humano. Los rasgos de la duda pueden ser esfuminados, pero dejan cuando pasan un rastro de sinsabor y de ironía...

Pero, con todo, se trata de un autoretrato moral, de medio busto, y esto es más importante para el conocimiento de un hombre que la apreciación que pueda flotar en su contorno.

*Y pronunciados al mismo  
tiempo nuestros nombres  
fraternales servirán de  
ejemplo».*

(A. Soumet)

## IX

En febrero de 1919, Bernardino Bilbao recibe su ascenso a teniente, lo que casi coincide con la obtención de sus títulos chilenos de Piloto Militar y Aeronauta. A fines del mismo año se halla de vuelta a su patria y nuevamente prestando servicios en su antiguo regimiento, el «Loa», pero esta vez en la ciudad de Oruro.

Bolivia puede ufanarse entonces de contar con pilotos del aire, por más que todavía carezca de aviación organizada. Aún no se han echado las bases de ésta, tarea que exige ingentes capitales y una conciencia directora que, en medio de las complejidades de lo nuevo, tardará todavía algo en plasmarse. De aquí que el joven piloto, que siente un verdadero ardor por surcar incansablemente los espacios, deba resignarse a volver a las tareas específicas de su grado en su arma de origen. Ahora, el teniente vuelve a actuar como ayudante, aunque esta vez de regimiento en lugar de batallón; y en cuanto a sus contactos con la tropa, ya no los ejerce como oficial de fila, sino como comandante de compañía.

Se advierte en multitud de rasgos y detalles una más certera orientación para todo cuanto piensa y ejecuta ese joven que aún no ha transpuesto la raya del cuarto de siglo de existencia. Parece que la primavera, con sus sueños, tentaciones mórbidas y donaires amenos, apenas si hubiese influido en el desenvolvimiento de esa alma encandecida de acción y de pureza. Ni el amor, a la manera que suele estilarse en la edad de todas las ardentías tumultuosas; ni la fantasía, ni la propia belleza de las formas, parece instilarse en su daimón interno para afiebrar su cerebro y desordenar el ritmo de su voluntad. Bilbao intuye también que buscar asilo dentro del arte o de lo abstracto, como por desengaño del hombre común paradójicamente lo insinuaba Nietzsche, es anularse para la acción, y ésta, en fin, constituye el «*deux et machina*» de todas sus sensaciones y ambiciones. El raciocinio y el análisis, que forman el criterio exacto y trazan los derroteros prácticos no saben mucho en realidad de los hechizos y ánimos a desprender de los sentimientos estéticos. Estos son elementos que campean en libertad, de un modo sutil y fluido, en proporción cambiante y proteica, alegrando o entristeciendo la vida del hombre a su antojo, aunque insuflando algo de divinidad en su comportamiento y en la dinámica de sus nervios y sensibilidad. Por esto, las gentes de raíz positivista niegan al amor-pasión, a las alucinaciones de los sentidos y a la tendencia admirativa hacia lo incorpóreo todo adarme de cordura y de lógica, y pueda que estén en la verdad por aquello de que la vida humana es demasiado breve para emplearla en contemplaciones y disquisiciones de corte metafísico, y según este criterio, hasta el color literario no merecería acatamiento ni diferenciaciones.



Por de pronto, a Bilbao le gana el interés de compenetrarse a fondo con su carrera, que, con la nueva especialización adquirida, le ofrece un ancho campo de estudios y meditaciones. El tiempo siempre le será demasiado escaso a este activo y celoso admirador de las horas. La cualidad laboriosa y tesonera adquirida de su padre, y la voluntad enérgica heredada de la entraña materna, harán de Bilbao en lo sucesivo y por siempre un trabajador recio e incansable, dentro de la atmósfera de una eficiente y alta cultura profesional y general.

El joven oficial, en ocasiones, sufre esa «embriaguez sin vino» —que tan grata de sentir fuera a Goethe— cuando encuentra un venero en que su curiosidad e inquietud puedan ser satisfechas.

Muchos casos de comprobación hay en las actuaciones de Bilbao acerca de esta euforia, con alcance profético, de sus entusiasmos.

Así, sin ir más lejos en un número de la Revista Militar de 1922, nos topamos con un artículo del capitán-aviador Bilbao Rioja, que resulta una síntesis bastante equilibrada y certera en sus anticipaciones de lo que ha llegado a ser el poder aéreo. Hay en ella precisión de doctrina y sabor de lo que se ha evidenciado después. En definitiva, un extracto afortunado de los progresos alcanzados y por alcanzar por esta temible arma de combate. Puede haber algo de lecturas en él, pero el mérito no se ausenta por esto, desde cuando el comprender y asimilar representa a veces tanto como crear.

Copiamos algunos párrafos:

«La utilización del bombardeo aéreo, como método general de combate data de poco tiempo, habiendo sorprendido la imaginación no sólo de los profanos sino

también la de muchos pesimistas el resultado de las grandes destrucciones.

«El rol normal del bombardeo es modesto y útil, él prolonga la acción del cañón, destruye todos los medios de guerra del adversario, gana sus movimientos y debilita el valor y la energía del enemigo, siguiendo una serie de operaciones con toda precisión fijadas por el Comando; su trabajo es particularmente rudo y anónimo, necesitando para cumplir su rol, de hombres de fierro de una energía física y moral muy elevadas; son atletas y héroes a la vez.

«El efecto moral, el pánico, las destrucciones y los incendios son indescritibles, principalmente cuando se bombardean las reservas, acantonamientos, fábricas de armas y municiones, hangares de aeroplanos y dirigibles, aeródromos, estaciones, cuarteles, depósitos de municiones, ferrocarriles, diques, grandes ciudades, etc.

«La obra destructora de las bombas ocasionan pérdidas de sumas fabulosas, terminando siempre con un voraz incendio.

«En el campo de batalla, retarda la llegada de los refuerzos y aprovisionamientos, destruye los pasajes, desrriela los trenes, preparando así el desarme y la derrota del enemigo.

«Los resultados militares son efectivos, su eficacia como arma de combate es indiscutible,

«Las expediciones a largas distancias se ejecutan una sola vez, por la falta de pilotos, aparatos y provisiones de las circunstancias atmosféricas; su repetición con cierto intervalo es casi imposible porque el adversario repara con mucha actividad las destrucciones, estableciendo su defensa anti-aérea en forma de abanico. El

bombardeo se ejecuta de día y de noche utilizando aparatos y métodos diferentes».

Lo que decíamos antes, estas ideas y definiciones, algunas de apreciación conjetural entonces, por su tono de rotundidad frente al hecho aún no demostrado, pueden no haber sido fruto exclusivo de la observación o pensamiento de Bilbao, pero si nos atrevemos a poner de manifiesto que en lo estampado por el juvenil piloto hay un aliento de seguridad vidente para lo porvenir, que le marca una estela vigorosa de atracción personal, de la que no se separará en el curso de su carrera. De este modo, el infatigable organizador y jefe de la aviación boliviana en la guerra con el Paraguay, como se apreciará en su oportunidad, palpita de entusiasmo y coraje en cada instante hasta el extremo de poder señorear libre y temido, emulado dignamente por sus subordinados, siendo su nombre y sus eficientes directivas escuetas ejecutorias de victoria. Esto fué entendido de una manera casi unánime e hidalgamente reconocido por el adversario.

Años después, como consecuencia de la incomprensión conspiradora y cómplice por parte de algunos hombres a quienes la política o sus amañes encumbraran a las alturas del mando, Bilbao, que es ya general y que se aproxima al medio siglo de su vivir, permanece en Londres en lo más agudo de la conflagración mundial, sin desear moverse a otro sitio, lo que está a su alcance hacer, puesto que casi la totalidad de los extranjeros han buscado por anticipado guarecerse bajo cielos más tranquilos. Bilbao se mantiene donde está para observar, con los correspondientes riesgos, la formidable y prolongada batalla aérea desencadenada con su centro de gravedad sobre la vasta metrópoli de las islas británicas. Así,

tranquilamente, cree cumplir con un deber que nadie le ha señalado, ni siquiera en mientes sus más enconados y gratuitos enemigos, quedándose con los suyos, esas porciones vivas e integrantes de su corazón que son su esposa, de nacionalidad inglesa, y sus hijos adoptivos, en lo más tétrico y furente de la zona sacudida por el estallo de las bombas y alumbrada siniestramiento por el centelleo de las detonaciones y el resplandor crepitante de los incendios.

Su alma de aviador, emancipada de toda cuita terrena, no puede ser indiferente a la cita de la destrucción y de la muerte que se dan en esos brumosos cielos sus colegas ingleses y alemanes, y prefiere por encima de su seguridad y la de su familia bien amada, esperar el gigantesco y sostenido duelo. En una de sus cartas, rechazando cualquier intervención oficiosa de sus familiares en Bolivia para obtener del gobierno un cambio de destino o una orden de alejamiento de Londres, Bilbao, con la serenidad del estoico declara que se somete a los dictados de la Providencia y a la ley, que puede favorecerlo o quebrantarlo, del «cálculo de las probabilidades», y que por motivo alguno se alejará de la región teatro de los combates. No hay un deber taxativo que llenar, pues su cargo de jefe de la comisión de adquisición de materiales en Europa, resulta absolutamente nominal en esas circunstancias; pero con su decisión el teniente general de Bolivia y piloto aviador, prescindiendo de lo que tiene por menos importante, consigue ser actor pasivo y observador perspicuo del drama militar que hizo temblar a la capital inglesa, deduciendo de él enseñanzas y experiencias que algún día, piensa obstinadamente, podría ofrecer a su patria, caso de requerirlas. Las virtudes morales

del profesional y del hombre se hallan esparcidas y en gran número a lo largo de su transcurso por la vida.

En cierta oportunidad Bilbao; con ese su inexorable prurito de sentar normas de ética para moldear saludablemente el espíritu y la mente de los futuros conductores del Ejército, como delegado del Estado Mayor General, en el año 1924, se dirige a una promoción de cadetes que egresaba, discriminando entre otros tópicos, y con original maestría, el del honor personal:

«Mucho se habla entre nosotros del amor propio y del amor propio herido. No olvidéis que nadie puede tocar o manchar nuestro honor personal, no siendo nosotros mismos. Este es el verdadero concepto del honor. Si tenemos la conciencia limpia, pueden hablar de nosotros lo que quieran y en este sentido nadie puede herirnos. Pero si cometemos una falta que no es digna de hombres, si no tenemos la hombría suficiente para confesar una falta cometida, si recurrimos a las evasivas de los cobardes, a la mentira, si no podemos dominar nuestras pasiones, entonces, efectivamente, sufre nuestro honor, pero no por culpa de otros, sino por culpa nuestra. Por consiguiente, no son los pundonorosos, aquellos que sin ser los mejores, en todo momento se quejan de su aparente amor propio herido; sino aquellos que realmente saben mantener limpio su honor, con una conducta intachable y la sinceridad en sus hechos y en sus palabras».

El impulso moralizador de Bilbao, como le es habitual no desdeña ocasión para manifestarse con esa ansia expansiva de selección y madurez, que es el principal sustentáculo de su conciencia cristalina y codiciosa de que todo acto suyo o de los que están a su lado guarde es-

trecho maridaje con las mejores facultades posibles puestas en ebullición. Las palabras pierden bastante su magia arrobadora cuando se resienten de sinceridad y no se aplican como expresión de un estado de alma bien sentido. En tal caso son falaces y perniciosas. Pero, si nos fijamos bien en la trayectoria moral de Bilbao y en no importa cuál de sus actuaciones, comprobaremos invariablemente esa inmensa preocupación de fidelidad en la traducción de sus sentimientos que lo posee por entero. No sólo se advierte el orgullo espiritual de ser como es, sino que también propensión de didacta y una buena dosis de abnegación apostólica. Bilbao ha creído a veces, no por cierto sin razón, que una buena proporción de los hombres está constituida por entes en verdad no muy susceptibles de ser transformados en sujetos dignos de la gracia divina; y de aquí su fervor realmente iluminado, dentro de la órbita prudente de sus desempeños e influjos, en procura de mejorar lo existente, no obstante el lastre pesadísimo que involucra el reconocimiento de lo primero. Por esto Bilbao ha sido siempre, a pesar de su carácter reconcentrado y de su temperamento pacífico y desprendido, un luchador potencial. Y no podía dejar de ser esto último, ya que hombres de su enjundia intelectual y moral no pudieron jamás conformarse con esa suerte de pasividad claudicante con que se abandona lo inerte al principio de la gravedad. Esto puede deparar ventajas y aún consagraciones, pero los que han recibido, como Bilbao, el don augusto de la personalidad libérrima, la propiedad de autojustiprecio y de reflexión para gobernar con acierto su timón orientador y hasta las inspiraciones suficientes para trazar una línea propia y aún señera como interpretación y cooperación a lo que se estima más

útil y puro, no pueden desentenderse de esos ensueños de acción y de sacrificio que les señala el destino, y que son el testimonio vibrante de lo mucho que hierve y se intensifica dentro de un alma predestinada a jugar su papel exclusivo. La ramplonería mental y moral de cualquier tagarote laureado o galoneado, no puede ser ejemplo ni meta de referencia para los espíritus libres y enérgicos que experimentaron en su existencia, junto al dolor y la hiel de la incomprensión y de la ingratitud, la dicha inefable que se puede derivar del ejercicio del bien y de lo honorable, de poseer principios rectores limpios y cristalinos, de utilizar en todos los momentos una conciencia diamantina en servicio de pensamientos y anhelos de estro elevado. Esto, amén de ser balsámico y alentador, es privilegio de los fuertes, de los excepcionales, por mucho que arrastren la túnica descolorida del desencanto y aparentemente se vean como menguados bajo la sombra lóbrega de los injustos embates y las necias pretericiones. La satisfacción interna, puede decirlo con énfasis y orgullo el teniente general Bilbao, será absolutamente superior a los halagos que gusten conceder la adulación, el medro bien explotado y la diestra fortuna.

Hombres de este temple son despreciados por la política, que es el supremo arbitrio de lo práctico y de lo directo, pero acaso podrían ser dignos de figurar en esa casta idealista, sacerdotal y guerrera, que Nietzsche echaba de menos para la elevación espiritual de las sociedades humanas.

Bilbao, que no tuvo sueños que pudiesen semear pensamientos desmandados, pero sí objetivos de perfeccionamiento de las cosas y de los hombres, que contrainformó con cautela la fantasía nutricia de los deseos y del

optimismo, que tampoco se dejó avasallar por el pesimismo ni el materialismo de ciertas conclusiones filosóficas, aparece como un ente raro, refractario a las tendencias del egoísmo y de la insensibilidad corrientes y a incontables codos por encima del pensamiento erigido como norma de obtención de lo material y con bastante singularización todavía de las ideas y afanes de su generación, esto en cuestiones sustantivas, por cierto.

Desde su categórica definición del honor, formulada ante el cuerpo de cadetes, elevando el pundonor del hombre, como si fuese el rubor de la mujer virtuosa, a un plano de intangibilidad absoluta, hasta sus concepciones fundamentales en lo que dice relación con el servicio de la colectividad y de las buenas causas, Bilbao es él y solamente él, y jamás, aún en los instantes más duros que debió cargar sobre sus hombros, experimentó esa sensación tan propia de los pusilánimes, de sentir que se ha perdido el juego y que el alma se va a los talones. Se puede decir sin hipérbole que el gran caudillo boliviano del Chaco conoció esa especie de grandeza que hace impasible a los hombres ante los bienes y males que el azar distribuye. No le marcó por consiguiente el éxito ni la lisonja; no le apabulló tampoco la afrenta y el escarnio injustificados.

El antiguo dolor de Job que asoma su faz lívida incesantemente renovando la espectación atemorizada y sufriente de la especie, no le afligió el corazón sino que con una que otra gota de amargura. Por lo demás esto nunca se sabrá bien, puesto que el orgullo de su delicadeza íntima puede ser hasta aquí el epígrafe de esta vida revelante. Si alguna vez formuló un reproche duro y cáustico, lo hizo ante personas de su particular estima-



ción y confianza. Tampoco pretendió jamás variar el curso a que le ciñeron sus ideas y sentimientos, decantados y sopesados largamente. Aceptó aquello del árabe, que el destino de cada cual está marcado a fuego en su frente, y continuó avanzando imperturbablemente, casi siempre solitario o bien entre una doble fila de ardores o prevenciones hostiles. Más bien las injusticias de que fuera víctima y la indiferencia prevenida que lo rodeara, le sirvieron para fortalecer su respeto al prójimo y cultivar con más ahinco sus predisposiciones cristianas, pues sus invocaciones al Supremo Hacedor y a Dios son frecuentes en sus piezas epistolares. Su desengaño, con todo, debió ser grande ante la ingratitud cristalizada, ya que temperamentos como el suyo tienen en vista menos la fama que la consideración y la confianza. La adulación denigrante ofrecida por doquier a personajes sin relieve y sin obra, la aureola descompasada y en el fondo plebeya con que se exalta y se celebra a la fortuna y a los afortunados, posiblemente, desde muy joven, lo hizo sentir la tragedia de despreciar a los hombres; pero esto, a no dudarlo, sin dejar de amar a la humanidad y a la vida, puesto que lo primero no inculca necesariamente lo segundo. En lo profundo de la naturaleza de la especie hay una aceptación fatalista para lo inevitable, así sea desencadenamiento de cataclismos telúricos como tempestades para el corazón. Esta condición crece y se valora en las individualidades de excepción, hasta el punto que se les facilita la tarea de olvidar y hasta de perdonar, como escudo protector de ese légamo nocivo que significa vivir para devolver golpes o simplemente para odiar.

Ahora, volviendo al quicio cronológico y dentro de la sucesión normal de los años, destinaciones y pro-

mociones, hasta el mes de octubre de 1923, durante cuya vigencia Bilbao fué ascendido a capitán, se presentaron en su carrera algunas novedades, entre las que pueden destacarse las que van a continuación.

A mediados de 1920 fué destacado, como piloto, a la flamante Escuela de Aviación de «El Alto» de La Paz. Sirvió allí a las órdenes de dos o tres sucesivos directores; pero poco debe haberse hecho en punto a desplegar las alas, cuando Bilbao ha hecho constar este recuerdo: «Todo el trabajo de ese tiempo se redujo al rutinario, escribir oficios, cartas y proyectos que quedaban en la nada».

En el mismo año, el entusiasta piloto fué honrado con una comisión en los Estados Unidos de Norte América, a objeto de perfeccionar sus estudios en el ramo. Desgraciadamente esto no llegó a realizarse. Una revolución político-militar, que señaló una fuerte transmutación del orden institucional, a la vez que un funesto precedente para la clase armada, que quedó iniciada en la tórbida flaqueza de no resistir en lo sucesivo los llamados de sirena del poder y sus tentadores espejismos emergentes, motivó el anulación de la misión conferida.

En 1921, el teniente Bilbao tomó parte de un viaje de Estado Mayor, que dirigió de cuerpo presente el general Hans Kundt, organizador del moderno ejército boliviano, y cuyo circuito fué La Paz-Patacamaya-El Saja-ma-Curaguara de Carangas-Calacoto-Corocoro-La Paz.

A raíz de esta oportunidad de demostración de atención, conocimientos, iniciativas y agudezas de visión y previsión, el teniente Bilbao primeramente fué adscripto al Estado Mayor General, y luego pasó a ocupar un cargo de planta en una de las secciones de la referida institución.

En el mismo año concurrió a las maniobras con que se finalizaba el periodo de instrucción doctrinal. En 1922, fué parte de la excursión de Estado Mayor que tuvo por escenario la zona de Uyuni-Lípez-Challapata-Uncia-Oruro. Al término del periodo de conscripción del año indicado, actuó Bilbao en las maniobras combinadas de Oruro.

En 1923, en su calidad de miembro de Estado Mayor General participa en los ejercicios de combate de Viacha.

Al ser promovido al grado de capitán, Bilbao continúa en el organismo superior del Ejército, donde se desempeña como jefe de la Plana Mayor y posteriormente de la sección primera.

No conocemos calificaciones de este tiempo para sus rápidos ascensos y los cargos de responsabilidad con que es distinguido reiteradamente, nos mueven a suponer que aquéllas fueron siempre óptimas. Además, la acusada disposición de su espíritu hacia la labor orgánica y de alta conducción, patentiza suficientemente el empeño laborioso que pusiera en todas sus actuaciones y cometidos, sin fallas de omisión y comisión. El mismo ha declarado en este particular: «Durante mi permanencia en el Estado Mayor redacté varios reglamentos, directivas y una serie de trabajos anónimos, en servicio de Estado Mayor».

Hasta aquí apreciamos a Bilbao como técnico de gabinete y como experto en esquemas teóricos y aplicaciones figuradas de la táctica en el terreno.

Estaba próxima, empero, la ocasión de llevar al campo de la realidad las concepciones de la doctrina conjuntamente con el resto de las virtudes complementarias.

rias que hacen al hombre de guerra y sobre todo al jefe.

La excelente organización mental receptiva de Bilbao, descubrirá en lo pequeño — el papel jugado en dos expediciones destinadas a debelar aislados focos revolucionarios — las aptitudes de cálculo, sagacidad y decisión, que diez años después ratificará en mayor escala en una contienda exterior.

Veamos ahora otro aspecto consubstancial del hombre. En capítulos anteriores hemos visto que el profesional de armas que mora en nuestro biografiado, no puede separarse del ser efectivo y embargado de preocupaciones por los que llevan su sangre. Se diría que son dos cuerdas de igual repercusión y que tienen la virtud de templarse armónicamente. Su trabajo militar es una; su devoción al lar progenitor y su inquietud fraterna forman la otra. Así su vida y su mundo se aferran a dos cabos muy sólidos, pudiendo desdeñar el rebullicio de la vanidad y de la petulancia que fisonomizan otras tendencias más efímeras.

Anotaremos unos pocos antecedentes reveladores de aquel sentimiento. Acaso puede ser cosa corriente entre personas vinculadas por la consanguinidad máxima vivir en estrecha alternación de ideas y de afectuosos propósitos recíprocos, pero en Bilbao adquiere el afecto por los suyos una honda sinceridad y un continuado y persistente fervor, lo que le otorga una elevada singularización.

A su hermano menor Sinforiano, le escribe desde Oruro, en diciembre de 1919.

«Por el momento no tengo nada que decirte y sólo tiene por objeto saludarte muy cariñosamente y con mucho afecto a nuestros papás, a quienes los recuerdo con ansias de verlos, pero, como te dije, no puedo ir a esa

sino por los aires como demostración de cariño y simpatía; pero no está lejano el día porque el aparato encargado a Norte-América debe llegar en la presente semana y no sería raro que en los primeros días del mes de enero, vaya volando por los aires a esa hospitalaria tierra. Pero dejemos a la voluntad del Divino Hacedor.

«....Pero es así en la carrera militar, no hay que inmutarse tanto; más bien sufrir un poco y aprender a formar el verdadero carácter que manda la voluntad.

«Te recomiendo que en las horas de descanso que te deja el servicio no dejes de estudiar por tu cuenta las materias que se llevan en el curso de Derecho que te corresponde, y así puedas rendir tus exámenes en diciembre.

«Te remito un giro postal por Bs. 10 para tus gastos menores como lavado, papel, etc. y te prometo mandarte cada mes siquiera una pequeñez».

Al año siguiente, ese mismo hermano debe hacer su servicio en el regimiento de artillería de guarnición en Viacha, y con este motivo el teniente Bilbao se prodiga tierno y paternal no solamente con su experiencia y mayor conocimiento de los achaques militares, sino que también con su escuálido peculio.

Asimismo Bernardino acepta complacido el mandato paterno y el propio de su corazón en ayuda de de los estudios de Odontología a que debe entregarse en Chile el menor de sus hermanos.

Seguramente esta decisión representó una pesada «via crucis» para sus compromisos propios, atendidos

escasamente por la parvedad de sus haberes; posiblemente se gozó también en flor alguna ilusión y quizá aún si agostó algo más su ánimo ya algo nuboso y triste acerca del bregar cotidiano por la estabilización y el éxito, a base de adustez y de dura probidad. Pero la soportó sin vacilaciones ni reticencias, como si el porvenir de su hermano fuese el suyo propio, haciendo constar su alegría a cada etapa vencida, y también a cada paso venturoso que interesara a cualquiera de sus hermanos. Las prenda de generosidad del oficial pobre se acrisolaban con el ardor de la ternura y la confianza en la correspondencia de los sentimientos. Por ello la solidaridad creada por esta clase de asistencia y de ofrenda entre la mayor parte de los componentes de la familia Bilbao Rioja, es ejemplar y se tiende a través del tiempo con la fe y el cariño de los días iniciales, que por cierto fueron los más inclementes e inciertos.

Bernardino cedió algo así como la mitad de su reducida paga para que su hermano Napoleón pudiera labrarse su porvenir con una capacitación profesional. Habrá otros que hayan y sobre todo puedan hacer lo mismo, pero deben ser tan raros como las piedras preciosas en un erial.

La generosidad de la naturaleza del teniente Bilbao fué puesta a prueba en el momento que el corazón busca expandirse y surgen atropelladamente por el nimbo de la fantasía los antojos característicos de la edad. Acaso esta oblación trajo una mayor continencia, un más definido desvelo, una suerte de clausura íntima que forzosamente debía derivar hacia un acrecentamiento de otras condiciones que, de no ser acuciadas por la necesidad y el sacrificio hubiéranse mantenido en latencia y extrañas

a todo cultivo proficuo. Como que la servidumbre de la pobreza y del dolor es útil para surgir a la existencia y a la libertad como un buen bagaje de experiencias y filosofías.

Estos renglones de Bernardino Bilbao, entonces teniente casi honorario en materia de liquidación de haberes por causa de sus aportaciones familiares, podrán dar la medida de esta singular contextura moral.

A su hermano Sinforiano, en 27 de febrero de 1920, le escribe:

«Napoleón se irá el 20 de marzo a Chile a estudiar como sabes, Odontología; me he visto obligado por nuestro papá a mandarle cada mes 100 Bs., que es mucha para lo poco que gano y mis exigencias, pero me sacrificaré».

Al mismo, en 17 de junio del año nombrado, lo reflexionaba extensamente:

«Dadas las circunstancias que atravesamos, faltos de recursos en toda la familia, sin apoyo de nadie; quien nos pueda guiar por la senda que tan tropicalmente lo repetimos, y siendo tan difícil la vida en estos últimos tiempos, creo llegado el caso para darte un aliento y labrar tu porvenir, siquiera con mis consejos, ya que en otra forma no puedo.

«Pues te aconsejaré que sigas la carrera militar; con tu preparación hasta el segundo año de leyes y tus conocimientos científicos del colegio; te ponen en la actualidad a un noventa por ciento superior a cualquiera de los oficiales en servicio, base que te favorece para el porvenir. Yo con tus conocimientos actuales para ingresar a la carrera militar, me hubiera puesto muy alto, por encima de todos; pero despraciadamente el Destino fué

fatalmente tenaz por la parte económica.

«Pasa el año de estudio y saldrás de subteniente al ejército con un haber de Bs. 180; con una carrera que fácilmente la adquieres; es cierto que de subalterno se sufre un poco; pero así se va subiendo por la escala de la jerarquía, hasta llegar a la más alta categoría militar.

«Por último saliendo de oficial tienes tiempo para seguir tus estudios de leyes y recibirte también de abogado, que seguramente te afianzará más a la carrera militar o, caso contrario, puedes retirarte en cualquier momento para ejercer tu profesión de abogado. Esto sería seguramente el «record» entre tus hermanos, que tanto esperamos de ti, por tu porvenir brillante.

«Figúrate cuando salí de oficial durante un año he ganado 105 Bs. mensual; después de 6 meses, 125 Bs. luego un año 150 y después 175 Bs. según estas cifras, comprenderas que la recompensa va subiendo; al año los subtenientes ganaran 180 y hasta que salgas seguramente aumentarán a 200 Bs.

«Ve a nuestro pobre Eustaquio con cuatro o cinco años de profesorado no puede ganar más de 180 y en su profesión de abogado parece ni cinco centavos. Así es difícil la vida.

«Por otra parte no hay esperanzas para que vayas al exterior como..... ofreció hace tiempo. A todas las cartas insinuativas o suplicantes que le he escrito respecto a tu futuro, no me ha dado respuesta, así es que no te fíes de nadie y toma mi consejo. No pienses mucho, hazlo inmediatamente y algún día, bien o mal, tendrás los motivos de reconocimiento a este pobre hermano que



así lo piensa y desea.

«Te remito un giro postal para que el día de tus natales tomes una copa de espumosa cerveza y decidas entrar en la carrera del kaiserismo, como tú la llamas....

En la fecha posterior le decía:

»Tu carta de días pasados me llena de satisfacción al ver tus esfuerzos para poder rendir los exámenes del tercer año de leyes, y que lo hayas hecho me alegra sobremanera y te felicito muy cariñosamente y te deseo que sigas en la misma forma en adelante para labrar tu felicidad que será también mía.

.....  
«Te doy la nueva igual manera a nuestros papás y hermanos de que Napoleón rindió con toda felicidad sus pruebas del I año de Dentística, según un telegrama que tengo a la vista».

El 23 de enero de 1923, le escribía a su hermano Sinforiano, ya oficial de Ejército y de guarnición en Santa Cruz.

«Posteriormente, les dí a nuestros papás una sorpresa muy agradable con mi segunda ida a Cochabamba, con objeto de la distribución de contingente. Este viaje lo hice en autocarril juntamente con el señor General Jefe de E. M. G. Aprovechando de esta oportunidad ya tuve ocasión de estar con Eustaquio y señora, en la ciudad de Oruro donde se han establecido muy modestamente».

«Nuestros papás me han informado que hace algunos meses que no les has mandado la mensualidad que acordamos aquí. He tenido que disculparte indicando que estuvistes en una comisión en Valle Grande y que por esta circunstancia tal vez no habías podido mandar; pero te

insinúo muy eficazmente que en lo sucesivo no te olvides de mandarles porque he visto el grado de pobreza en que viven, que es digno de toda compasión y reconocimiento. En esta virtud, manda siempre siquiera alguna insignificancia de dinero, que será mucho para ellos y quedarán sumamente agradecidos. Es una verdadera lástima que yo no pueda mandarles algo; pero hará lo posible de mandarles siquiera unos diez o veinte Bolivianos desde el mes de marzo, en vista de que con el matrimonio de Eustaquio llevé objetos de regalo que los adquirí en préstamo, como también para obsequios de los papás.

.....

«Siempre que tengas tiempo, escríbeme relatando las costumbres, vida que se lleva, la clase de juventud, etc., etc., y especialmente si en el curso de este año te inscribistes en la facultad para continuar tus estudios y si tienes probabilidad de terminar hasta recibirte de abogado.

»Aquí de novedades, siempre la política que embarga totalmente a los hombres públicos y parece que en estos días que clausuran las Cámaras por las continuas luchas personalistas y ambiciones de partido».

En 21 de junio del mismo año, a igual destinatario:

«Eustaquio, después de una campaña fuerte, salió como diputado electo por la provincia de Carangas; tú comprenderas que tiene que trabajar intensamente para conseguir su iniciación en esta nueva actividad; que por cierto es sumamente difícil y escabrosa; todo dependerá de su actuación en la Cámara, para abrirse campo en la vida parlamentaria.

«Te insinúo no te olvides de ponerles algunas líneas a los papás, porque es su única esperanza recibir comunicaciones de sus hijos dispersos por aquí y allá. Felizmente, ellos me decían, con mucha satisfacción, que recibían siempre tus giros que les ayudaban muchísimo. Por mi parte te agradezco infinito por este sacrificio, que dice muy bien de tus sentimientos. Sabes que, por el momento, no estoy en condiciones de remitirles alguna suma, debido al hermano Napoleón, que me tiene siempre preocupado. Terminará sus estudios recién el mes de septiembre, para lo que necesita quinientos pesos chilenos para la Memoria y algunos arreglos que tiene que hacer. Seguramente en el curso de estos meses reuniré dicha suma para girarle, fuera de la pensión mensual que matemáticamente le mando adelantada los primeros días de cada mes».

De fecha 24 de junio de 1923 son estas acápites

«..... quiero al menos expresarte con el alma, lo que en años anteriores había hecho de viva voz los miles de votos que formulo por tu felicidad completa en tu carrera, que es también la mía, y levantar el unísono nuestras aspiraciones de ideal para labrar la base sólida de los fundamentos de la familia.

«Por ninguna de tus cartas sé que en este año te has inscrito en la facultad para proseguir tus estudios de Leyes. Supongo que no estarás perdiendo el tiempo, más al contrario quieres darme una sorpresa con el resultado de tus exámenes. Te recomiendo que concluyas estos estudios que serán de una inmensa valía para el desarrollo de tus aspiraciones».

Y del 10 de agosto de 1924, las siguientes líneas destinadas al teniente Sinforiano Bilbao, de guarnición ahora en Achacachi:

«He visto de cerca la situación difícil de nuestros papás en materia económica, por lo cual te ruego encarecidamente, que cada mes pases con seguridad por lo menos unos ochenta pesos, para disminuir en algo su situación afflictiva. Como sabes, por mis muchas deudas a raíz del examen de Napoleón, no he podido mandarles algo, pero desde este mes, remitiré puntualmente la suma de cien Bolivianos, que para dos personas con lo que mandes, será suficiente para que vivan y tengan algo en su ancianidad. No es aceptable bajo ningún punto de vista que vivan olvidados de sus hijos, por quienes se han sacrificado hasta el último momento en que han tenido fuerzas. Es algo terrible ver sus situaciones, en especial de nuestra anciana madre enferma, con un mal incurable, rodeada por doquier de dolor. Espero que nuestro cariño filial les brinde algún reposo en los últimos días de su vida, puesto que antes no hemos podido hacer algo por ellos».

Hasta para la observación más superficial resultará siempre saliente, emotiva, hasta patética esta nota casi monocorde de preocupación angustiosa. Es que Bernardino Bilbao no entiende los deberes de conciencia de un modo formulario, sino que se enraiza y se esclaviza a ellos; como sus padres están ya quebrantados para seguir rindiendo la tarea de cerca de medio siglo, por lo áspero y prolongado de la batalla, él, que dista bastante de ser el primogénito, asume la nobilísima función de apretar en un haz los sentimientos dispersos, a la vez que, dando el ejemplo, coordinar la solidaridad material que de esto pudiera desprenderse.

Ni siquiera como matiz difuso se traslucen alegrías o expansiones y bien analizado esto no puede ser de otra manera. La lucha permanente y difícil puede temprar el corazón, pero ahuyenta la expresión feliz de lo placentero y el buen humor del sistema nervioso. Se diría que la juventud que pasa reposada y dramáticamente por aquel trance experimenta prematuramente el efecto gélido y oprimente de la responsabilidad desproporcionada a sus años y contradictoria a su visión más agradable de las cosas, lo cual se traduce en esa suerte de apagamiento grisáceo que suele ser patrimonio de la senectud.

Y esto, cual si fuese una predestinación, es el signo más constante, en veces obstinado como una superstición y tan fatal como la órbita de los astros, de esta naturaleza privilegiada y que, por el hecho de serlo, debió afrontar los rigores de ese infortunio que encarna la ingratitude y la poca sindéresis de los hombres.

---



*«El personalismo es al espíritu de los ejércitos lo que el fanatismo al espíritu religioso: una alteración y un exceso».*

(General Trochu)

## X

Luego de la intervención armada en el derrocamiento del Presidente Gutiérrez Guerra, fatalmente hubo de producirse un cisma moral en el Ejército. La idea de desquite debió prender en buen número de mentes, a la vez que los trabajos del proselitismo político avasallaban el dintel antes solemne de la prescindencia de regla en la institución castrense.

El gobierno del Presidente Saavedra, con su particularidad alerta y ágil morigeraba los impulsos con medidas no siempre livianas y aconsejables en una democracia. El santo y seña parecía ser festinar los conatos antes de que naciesen. Los instrumentos de la legalidad estaban en su manos, por más que fuesen aplicados comúnmente con un desenfado discrecional y de avanzado tinte partidarista. Por su parte, la oposición, sirviéndose de una actividad sigilosa no malgastaba su tiempo, y sabedora por anticipado que sus aspiraciones no llegarían a debatirse en la palestra de las luchas cívicas nor-

males, conspiraba sin proporcionarse tregua, hurgoneando toda clase de oportunidades. Nada puede, entonces, hacer mayor daño a la reflexión y al comportamiento prudente de los hombres que un estado crónico de desasosiego y de desconfianza como el que queda insinuado. Se diría que la mezquindad y bajeza ponen en juego sus mejores recursos en la tarea de acometer y de resguardarse. Ausentes los ejemplos de desinterés y los sanos preceptos reguladores de los desacuerdos entre las fracciones inflamadas de espíritu de facción, se abre insensiblemente la espita de la violencia. Es cierto que ésta en ocasiones puede ir de bracero con la ley, pero no por ello deja de ser lo que en esencia es. Los gobiernos «democráticos» autoritarios o que se ven precisados a defenderse para sobrevivir, no tienen nada que envidiar en procedimientos dominadores a los de extracción genuinamente dictatorial. Sus hechos acaso pueden ser paliados con mayor derroche de dialéctica eufemística, pero fundamentalmente tienen entre sí un estrecho parentesco, salvo excesos excepcionales, imputables más a la calidad intrínseca de los hombres que a la perfección o imperfección de los sistemas. Así, por ejemplo, la matanza ya lejana perpetrada por el coronel Yáñez en el Loreto de La Paz, las más recientes ejecuciones criminosas de Oruro y los tenebrosos ultrajes a la vida humana de los Yungas de La Paz, efectuados a la sombra de regímenes de fuerza, palidecen si se les compara, aún sumados, con el odioso exterminio de setenta jóvenes, en su mayoría universitarios, indefensos y amparados por la túnica cristiana de los caídos, ocurrido en el local de la Caja de Seguro Obrero de Chile, sita a veinte pasos del edificio de gobierno, durante la segunda administración de Alessandri, tenida



como muy democrática y respetuosa de la ley y de los fueros humanos. Hay una marcada diferencia, sin embargo, si el culpable desaguisado es cometido por personeros de un gobierno de raíz autocrática o de una situación representativa. Y consiste en que los primeros suelen responder con su vida de sus actos frente a las inevitables tornavueeltas de la fortuna. En cambio, el mandatario de generación democrática, responsable si no autor intelectual de un crimen colectivo de naturaleza odiosa o infame, puede seguir tan campante sobre la ruta de los honores políticos y ciudadanos, con prescripción absoluta del caudal de sangre tan torpemente derramada. El caso de don Arturo Alessandri Palma es una constatación irrefragable de la complicidad ambiente, pues ni como jefe del Estado ni como ciudadano más tarde ensayó siquiera sacudirse de la bruma que le envuelve, lo que se hacía indispensable y continúa siendo imprescriptible dada la magnitud y características de horror de la afrentosa masacre.

En realidad, los Torquemada y los Marat suelen surgir esporádicamente en el escenario de los pueblos y, naturalmente, sin que la estructura y filosofía de no importa cuál sistema de Gobierno sea un factor determinante de ello. Así, la política de matadero... casi siempre es atribuible en mayor grado a la condición moral de los hombres dirigentes que a la perfección o imperfección teórica de los sistemas de gobierno.

De este modo, un régimen republicano democrático puede paradójicamente llegar a representar una tiranía de grupos o colectiva feroz e irresponsable, como un régimen teocrático y de puño duro puede llegar a ser en la práctica un gobierno paternal y bondadoso. Dentro

de la naturaleza humana siempre primó lo interno, lo profundo sobre las circunstancias externas y las apariencias de ficción.

El Presidente de Bolivia a la sazón de los recuerdos de este capítulo, don Bautista Saavedra, personaje de talento y de grandes energías, no manchó con sangre su alta prosapia espiritual, pero tampoco fué de los más rehacios para perseguir a sus enemigos, por medios más humanitarios si se quiere, pero no por esto muy recomendables. Saavedra tuvo verdaderos idólatras como amigos y partidarios, así como no escasearon apasionados o irreconciliables adversarios de su persona y política.

Ya hemos visto cuál era el criterio normativo del capitán Bilbao Rioja en materia del deber militar. El respeto a la disciplina y la obediencia jerárquica representaba su basamento incommovible; luego la prescindencia del ejército de todo cuanto no fuese su función específica, y por último el orgullo de comprobar que la institución a que pertenecía no sólo era guardadora del patrimonio físico del país, sino que el más eficiente y desinteresado apoyo del orden jurídico-institucional. Estos puntos de doctrina, elevados a la majestad de dogmas, constituían el ideario cívico y profesional del hombre y del soldado. Mas en una nación sobreexcitada por un período anormal de su política, se ofrecen multitud de corrientes encontradas, de fuerzas surgentes y deprimentes, de acciones y reacciones ligeras y casi siempre irreflexivas, que instilan vigor o zozobra en los espíritus, bajo la luz acomodaticia y fluctuante de la alternativa de las circunstancias y de la valorización de los hombres.

Bernardino Bilbao no carece de conciencia de su

personalidad en pleno desenvolvimiento, ni tampoco deja de deleitarse en ocasiones con el bizarro desafío del peligro y de los obstáculos; pero el deber le ciñe de tal modo, que lo que está fuera de él es como un retal adumbrado de su preocupaciones.

La epidemia política infiltrada en las venas del organismo militar luego del pronunciamiento contra el régimen liberal, abatía y hacía suyas inermes numerosas voluntades. Se formaban a su cobijo tiendas personalistas y despuntaban aquí y acullá brotes caudillistas. Bilbao era enemigo de este tráfigo, prometedor de brillantes exteriores aunque en el fondo repleto de lacerías. No en balde era refractario acérrimo de todo lo que tendiera a la influencia política de los militares, y particularmente de la labor de zapa de los ambiciosos y conspiradores que concluían por hacerse maestros en las superaciones de la intriga. No podría ser tildado Bilbao de obstinado teórico ni de sentimental en asuntos democráticos, pero su espíritu franco y noble, marchando por caminos de soledad, donde cabía holgadamente la meditación analítica y la gobernación prudente del pensamiento, suscitaba en el núcleo íntimo de su robusta personalidad en germinación, el criticismo hondo y sincero de lo que se define y sopesa debidamente. Todo esto, naturalmente, le concitó alguna animadversión y hasta cierto vapuleo desembozado de parte de un buen golpe de sus camaradas, pero ello no podía quebrantar el mármol de su convicción templada por las experiencias y enseñanzas de una juventud realmente difícil y por lo común cuesta arriba.

Por otra parte, la conciencia cívica del capitán Bilbao Rioja simpatizaba con la obra de progreso y de redención social iniciada por el Presidente Saavedra

cuya identificación de alma con la masa del pueblo era entonces formidable. Con el doctor Saavedra, más caudillo popular que gobernante político y estadista; se abría la era de las compensaciones sociales en el terreno político y económico. Mas, el espíritu tradicionalista se atrincheraba en sus amenazados privilegios y añorando con nostalgia su antiguo predominio, se aprestaba a luchar como pudiese y viniese al caso.

El movimiento insurreccional de Yacuiba, que pudo ser potente chispa de una más vasta conjuración contra el régimen de Saavedra, sorprendió a Bilbao dedicado por entero y fructuosamente al ejercicio de su profesión y, por tanto, predispuesto a cumplir su deber militar con la prontitud y firmeza que sus ideas le señalaban.

El destino, su falta de atracción por los escorzos simuladores y los matices sinuosos y, más que todo, su magnífico don de ordenamiento mental de las cosas, que es fundamento inapreciable de todo conocimiento bien asimilado, lo pusieron por vez primera en la disyuntiva de darse a conocer como conductor de soldados en el campo de la acción real.

El coronel Oscar Mariaca Pando era Delegado Nacional en el Gran Chaco, con asiento en la pintoresca y acogedora localidad de Yacuiba. Probablemente su escasa afección al Gobierno y principalmente sus tendencias afines con el credo liberal, lo impulsaron a rebelarse en armas contra el régimen de Saavedra. El destacamento montado de Caixa — lugarejo cercano a Yacuiba — de sesenta hombres, al mando de un mayor apellidado Miranda, fué el núcleo primario del alzamiento. Sin duda, su exigüedad para tan ariesgada empresa era manifiesta; pero se contaba con la adhesión de otros ele-

mentos, según como soplasen los vientos, y con un objetivo de importancia relativamente próximo, la ciudad de Tarija, capital del departamento del mismo nombre.

A Mariaca Pando se agregaron, como se había previsto, algunas fracciones y oficiales de la no muy distante guarnición de Villa Montes, entre estos los mayores Alfredo Rivas y Zacarías Murillo, que eran jefes jóvenes y de algún arrastre.

Naturalmente, el avisado Presidente Saavedra y el Estado Mayor del Ejército no hesitaron en adoptar previsiones militares para doblegar a los revolucionarios. Una de ellas fué el destacamiento del capitán Bilbao Rioja en Tarija como oficial de enlace, entretanto se preparaba el envío de fuerzas de cierta consideración que debían operar en la región convulsionada.

Es interesante conocer cómo procedió, de propia iniciativa, el capitán Bilbao. Celoso cumplidor de la consigna del oficio, no vaciló en poner al servicio de la causa que el deber le hacía abrazar, mucho más que lo que las instrucciones impartidas le fijaban. Se puede decir entonces sin hipérbole que la actitud del oficial de referencia constituyó el factor primo de la debelación del movimiento subversivo.

Impongámonos ahora de una versión resumida hecha por el protagonista de la fulminea operación.

«Los revolucionarios tomaron Yacuyba, Carapací y llegaron hasta Lajitas, cerca de las alturas del Suaruro, a los 18 kilómetros al sudoeste de la población de Entre Ríos, en Tarija.

«El Estado Mayor General, me nombró oficial de enlace, en Tarija. Llegado a esta ciudad, fui informa-

do por el Prefecto Navajas Trigo, que los sublevados se encontraban en las afueras de Santa Ana, a pocos kilómetros de Tarija.

«De Villazón, llevé para mi protección personal diez hombres de policía, a mando de un teniente Barrón. Con este grupo de combate avancé contra los sublevados para tomar contacto y tener personalmente noticias exactas. Sucesivamente llegué a Santa Ana, Narvaes y Entre Ríos, sin encontrar ningún rebelde. De este último punto, avancé hasta las alturas de Suaruro, consiguiendo contacto de vista y de fuego.

«Preparé una emboscada para el día siguiente, la misma que resultó un éxito. Murieron cuatro o seis soldados sublevados, escapando herido el Mayor Murillo. Tomé armas y municiones, como algunos mulos con sus sillas.

«Luego, tomé otra disposición de emboscada más cerca a la tropa revolucionaria, la que no demostró ningún esfuerzo para descubrir la suerte corrida por la Vanguardia. Parece que la noticia de la emboscada produjo pánico en los sublevados, quienes desde ese momento, trataron de ganar la frontera hacia la Argentina.

«A los cuantos días, me llegó un refuerzo de una Compañía de infantería y una pieza de montaña, y, 24 horas más tarde, un escuadrón del Regto. Ballivián.

«Entonces, se pudo organizar un Destacamento, a las órdenes del Coronel José C. Quiroz, y yo como Jefe de E. M. del Destacamento. Este avanzó con rapidez a Lajitas, Caraparí, Campo Pajoso y Yacuyba, sin resistencia ni oposición alguna.

«Después de pocos días la masa del Destacamento regresó a Tarija, quedando yo en Yacuyba, con un

escuadrón, como Jefe de Plaza. En esta guarnición estuve cuatro o cinco meses, regresando luego a La Paz, al Estado Mayor General.

«Esta campaña, como se llamó en las esferas del Gobierno, me sirvió de entrenamiento apreciable, pues conocido el terreno, sus peculiaridades, dificultades y ventajas, ofrecían maravillas para la guerra de bosques».

Como está a la vista, el capitán Bilbao demostró no sólo arrojo y adhesión a la responsabilidad, sino que también singular pericia. Su espíritu reposado, aguilatador y resuelto encontró la manera cabal de apreciar los diversos elementos del producto revolucionario, y, una vez hecha su composición de lugar, y orientándose por las alternativas y noticias de su marcha de aproximación, se jugó por entero y sin pensar en su propia seguridad.

Acaso sin tenerlo en vista expresamente, Bernardino Bilbao ciñó su conducta a la plausible recomendación del genial Moltke: «examinarlo todo atentamente, enseguida arriesgarse».

Aunque con efectivos risiblemente débiles, el comandante de esa Descubierta sin Vanguardia, pudo sacar un partido sorprendente de su disposición aventajada en achaques de guerra. Su ya proverbial dedicación al estudio y a las prácticas doctrinales del manejo de tropas comenzaba a cristalizar con tanta fluidez como si se tratase de una transformación lógica de cuerpos naturales a influencia del frío o del calor. Además, desde el interior de su ser emergía ya una fuerza que suscitaba confianza y acierto. Sería esto un embrión de ese magnífico coeficiente que formaran en su hora su propio acervo y la fe de sus soldados, que se revelaría vigoroso y temible en la enigmática floresta del Chaco, decidiendo favorable-

mente para las armas de Bolivia los trances obligadamente cruciales de la guerra sostenida con el Paraguay.

Desde las escaramuzas afortunadas de la zona tarijeña, quedaría de manifiesto la propensión refractaria de Bilbao a pertenecer a esa categoría tan abundante de jefes militares que sólo se enteran de lo ocurrido una vez que está consumado el desastre. Y si aquéllo no es virtud magna de esclarecido capitán, no sabemos cuál podría mejor serlo.

De su expedición contra las huestes de Mariaca Pando, Bilbao —como lo reconoce— extraería buen número de experiencias de la manera de operar en región boscosa. Este soldado acucioso nunca perdería de vista las peculiaridades del terreno en función de los medios y del objetivo para planear sus movimientos y establecer sus correspondientes resguardos. Sería esta preocupación uno de los secretos de su efectividad como conductor. Orquestando la mayor suma de los factores concurrentes, Bilbao concluyó por adquirir esa técnica sabia y serena que no desdeña pero que tampoco teme al enemigo.

En el curso del año que le vemos actuar en la zona colindante con el Chaco, una nueva campaña, que se prometía real y bastante intrincada, se brindó a la inquietud de ensanchamiento de sus conocimientos militares.

El pacificador de Yacuiba volvió a ser alistado en el Estado Mayor de la expedición que debía restablecer el orden alterado en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra por una insurrección de su guarnición, aparentemente dirigida contra el gobierno central.

Bilbao, aun lamentando como patriota la suerte de desbarajuste que se cernía sobre el país con esta clase de explosiones, se solazaba, empero, de compene-



trarse con un nuevo y desconocido medio físico al que debían aplicarse las tareas logísticas y posiblemente tácticas de la marcha de guerra.

El análisis y la experimentación deducidos de las jornadas de movimiento, de los reconocimientos, de las pausas de reposo y de vivac, de los abastecimientos y de las medidas de seguridad, constituían un venero de atracción y de meditación para el ya fogueado capitán, que ya, se puede decir, poseía un propio esquema y un iris de ancha visión de las exigencias de la lucha armada y organizada entre los hombres.

A las características de la función del combate en el bosque enmarañado y dilatado, sin caminos y virtualmente inexplorado, se añadía ahora la familiarización con la topografía accidentada, dura, abrupta, estrecha y encajonada de las vías montañosas.

En la primera campaña, de naturaleza montuosa, había habido, como ya se ha registrado, aunque en reducida escala, algunas fintas frente al enemigo y algo de lucha de fuego. En la segunda, prácticamente faltarian las actitudes a que obliga un comportamiento hostil del adversario; pero, con todo, las enseñanzas de la marcha en pos del encuentro formal, con sus supuestos tácticos y entrenamientos alternativos para uno u otro desempeño, necesariamente debían ser más consistentes que tareas análogas cumplidas dentro delo rutinario y excesivamente esquemático.

El teniente general Bilbao ha dedicado a su participación en la expedición liberadora de las autoridades de Santa Cruz, las líneas de recuerdo que siguen:

«La segunda revolución, se produjo en Santa Cruz de la Sierra, estando de Prefecto el Teniente Coro-

nel Angel Rodríguez. El alzamiento estuvo encabezado por civiles, oficiales y jefes cruceños, y la guarnición de Santa Cruz, totalmente cruceña. Parece que, en general, se había sublevado el pueblo con tendencias separatistas contra el gobierno del Dr. Saavedra.

«Asistí a esta campaña, la que dirigió personalmente el General Kundt, con una División. Tomé parte como oficial de Estado Mayor. La División avanzó penosamente de Cochabamba hasta Santa Cruz, por malos caminos y sin preparación especial.

«Sofocada la revolución sin lucha alguna, y liberando el Prefecto, juntamente con el Teniente Coronel Banzer, la División regresó al interior, dejando una pequeña guarnición.

«Esta campaña fué muy provechosa para mí, porque completé en gran manera mis estudios sobre la guerra de montaña. Por conducto del Estado Mayor General, publiqué un pequeño folleto narrativo de las experiencias, que el General Kundt aprobó, haciendo circular en el Ejército, naturalmente con su firma».

Lógicamente, la decisión operante en Bilbao Rioja para corregir de raíz el morbo de los pronunciamientos militares, debió concitarles censuras y hasta animadversión entre los afectados por la pureza de su sentir. Como que un oficial enérgico y resuelto, amén de fértil en concepciones, suele ser un turbafiesta para las asonadas o avasallamientos de tipo personalista, representando para sus promotores un inquietante presagio.

A mayor abundamiento, ya desde esa época se estimulaban irregularmente, incluso desde sectores civiles, determinados círculos, vulgo camarillas, que se daban a ensalzar y postular ciertos nombres para funciones

directivas militares y políticas. El propio general Kundt no parecía ser muy desafecto a esta tendencia, pues, no obstante tener carácter disciplinario, se dejaba inciensar por las adulaciones y espejismos de la política militante.

La historia de Bolivia de estos últimos lustros prueba que esa labor diligente, tesonera y por lo corriente audaz, tuvo eclosión exitosa para sus fines en no escasas circunstancias, sin dejar de representar como denominador constante un pródromo de indisciplina y de desconcierto muy perjudiciales para el desenvolvimiento de la institución y aún del país mismo.

Bernardino Bilbao, cualquiera que fuese su graduación, no simpatizó con esta política de plano inclinado, y cada vez que estuvo a su alcance echó su cuarto a espadas contra ella.

Esto, a buen seguro, le valió un menoscabo de popularidad camaraderil, en su rumbo proselitista y mezquino, y una ausencia crónica de esa vena fácil y singularmente bucólica y regocijada que le insufla vida e influencia, pero en cambio, le otorgó la confianza de sus jefes, especialmente de aquellos de severa enjundia profesional, la admiración de buena porción de sus camaradas vocacionales y los respetos de algún sector de la opinión pública.

El militar culto, inteligente y capacitado, que no tuviera otras ambiciones que las jalonadas en la perspectiva genuina de su carrera, pasaba como un ente extravagante para los criterios ofuscados por la petulancia o la codicia. Aquello lo hacía desmerecer en concepto de los desasosegados, pero podía ganarlo definitivamente para honra y provecho de la responsabilidad militar, que un día cualquiera podía exponerse a una prueba suprema.

La incorruptibilidad moral de Bilbao, su amor al deber escueto y pudoroso, pudo acaso malograrlo para el ejercicio triunfante de la política, pero le otorgó la conducta inmaculada y perenne del gran soldado, más necesario a la existencia de su patria que toda una generación de políticos acomodaticios y vacilantes.

Por lo demás, la naturaleza íntima del oficial arampampeño, nutrida de vida interior honda, enervorizada y analítica, se apartaba instintivamente de todo procedimiento doloso y obscuro.

Por este camino señero, y fué una suerte para Bolivia y su historia, Bernardino Bilbao pudo continuar independiente e incontaminado a objeto de rendir la tarea que le asignaba, desde los redaños que aislan la génesis de los grandes acontecimientos, ese superior Destino que, por ende, debía ensamblar con el marchamo fecundo de una triunfal premonición.



**Señora Phyllis de Bilbao Ríoja**



*«Uno se cansa de todo menos  
de comprender».*

(Renán)

## XI

Nuestro personaje protagonista, ya con una corta saturación de aplicaciones prácticas de sus conocimientos, esmaltado como había sido de cierta experiencia su comienzo de madurez, y cerrado que fuera el breve ciclo de perturbaciones levantiscas, volvió con renovado entusiasmo a sus labores profesionales de rutina. En esta aserción, sin embargo, se suscita un esclarecimiento, pues Bilbao, en ninguna de las etapas de su existencia dejó de sentir la inquietud de abarcar nuevos horizontes mentales y de benéfica acción práctica, con un inflamado prurito de hallar bienestar y progreso para sus conciudadanos. Así, como profesor de la flamante cátedra de aviación en la Escuela Superior de Guerra de La Paz y como oficial de Estado Mayor encuentra su espíritu investigador y a la vez dadivoso con sus captaciones y deducciones, un campo propenso para propalar reflexiones impregnadas de virtuosismo didáctico y de orientaciones especulativas. Empero de esto a Bilbao no se le oculta el reflejo de algunos tropiezos frutos de una relativa incuria y de los hábitos renuentes de muchas generaciones que fueron acompañadas por el ritmo de sólo realizar lo mínimo, lo estrictamente indispensable.

Bilbao se exhibe como un revolucionario en cuanto a la modalidad del trabajo se refiere. Su estilo es de aquellos plétóricos de anhelos grandes, y por tanto, parece estar siempre insatisfecho. Comprende la necesidad de sentar una escuela de labor a base de una evolución razonable en orden a los conceptos rectores tenidos como ortodoxos, y más que esto de hallarse al día en la comprensión y proporcionada utilización de los inúmeros adelantos con razonamiento científico y técnico que ofrece el desenvolvimiento prodigioso del arte militar contemporáneo.

El númen de Bilbao en este orden no es egoísta y mucho menos persigue la fama personal. Sabe que su país y su ejército pueden quedar abocados en cualquier instante a una dura prueba de capacitación y destreza, y su conciencia le impone no estar por su parte desprevenido. Pero para fecundar el terreno se precisa desbrozarlo y airearlo lo suficiente, y esta fué, es y será tarea sempiternamente incomprensida y hasta riesgosa.

El capitán de «élite» que es Bilbao, piensa desde entonces en los servicios constitutivos para cimentar un buen rodaje técnico y administrativo, como fundamento de la transición del estado de paz al de guerra; y pugna de acuerdo con este predicado lógico y dentro de su esfera de acción para que se absuelva el problema principalísimo de todo Ejército: disponer de la mayor eficiencia posible en los centros nerviosos de la conducción, esto es, contar con comandos superiores debidamente capacitados y entrenados para mover la maquinaria militar.

En lo tocante a la corriente reorganizadora y de modernidad en los métodos que procuraba echar imanes para atraerse la voluntad de la Superioridad del Ejército,



se debía contar en ese tiempo, en Bolivia, con la resistencia obstinada y en muchos aspectos involucionada del Jefe del Estado Mayor general Hans Kundt.

La escuela de este oficial pudo ser en multitud de aspectos magnífica; pero su mentalidad privativa y disposiciones preferenciales, lo inclinaron más al parorrama de la instrucción de los contingentes que al de la cumplida preparación de las escalas más elevadas del Mando. La guerra del Chaco resulta el mejor cartabón para justipreciar lo que queda dicho. En una de sus fases más dilatadas y provistas y de mayor influencia decisiva, el Comandante en Jefe Kundt, sus discípulos dilectos y sus métodos de conducción, debieron experimentar la prueba de fuego de la realidad y los resultados obtenidos no pudieron ser más insatisfactorios.

«El teniente general Bilbao ha sintetizado sus desvelos de oficial en servicios de Estado Mayor, del modo que se reproduce:

«El año 1925, continué en el Estado Mayor. Mi trabajo fué recargado, duro y de mucha responsabilidad. En cambio, con oportunidad de las revistas individuales, de escuadra y otras, conocí el país casi en todos sus departamentos y provincias, viajes que sirvieron para ampliar mis conocimientos teóricos y tener un concepto cabal de Bolivia con todos sus problemas.

«Mis relaciones con el Jefe del Estado Mayor y el Sub-Jefe, fueron, muy cordiales y mis trabajos apreciados, y gocé del aprecio del Sr. General Kundt, dentro de los actos del servicio; pero, cuando se trataba de alguna discusión científica sobre cualquier tema, este caballero se demostraba intolerante e incapaz de captar la mentalidad de la oficialidad joven o de asimilar y adap-

tar sus conocimientos y experiencias a las necesidades del país. Nunca aceptó la menor sugerencia de sus inferiores. Su tema fué: «En Alemania esto es así y en Bolivia esto debe ser así». En el fondo, tenía mucha vanidad y no poca terquedad. Tuvo el apoyo ciego de los Gobiernos.

«Cuando no se tiene la base científica y técnica de la profesión entonces se sigue indefinidamente por el camino del oficial tropero. Estas son las razones del por qué de la falta de preparación y orientación de los oficiales superiores en el Ejército para los Comandos.

«El espíritu de intolerancia de los altos comandos, es un mal de pobreza mental, científica y técnica, que acarrea generalmente el fracaso de las instituciones que dirigen o regentan.

«Los resultados hemos sentido en carne propia en días trágicos de nuestra Historia Militar en los campos de batalla».

Naturalmente, estas apreciaciones transcritas, que fueron confirmadas de una manera irrefragable por los acaecimientos, no dejan suponer que el general Kundt fuese consubstancialmente un jefe mediocre. Por el contrario, su tendencia acusada al entrenamiento del soldado y la efectividad en sus desempeños de combate por las distintas unidades y aún combinadas, deja entrever un saldo muy favorable para su espíritu laborioso y amante de las prescripciones reglamentarias, pero, la verdad, este es función muy diferente a la del conductor de grandes masas que debe accionar con ellas sobre líneas estratégicas y en relación con objetivos posibles, y considerando anteladamente las opugnaciones de igual carácter que haga el adversario. Kundt pudo tener maes-

tría para la utilización táctica de una fuerza ya desplegada frente al enemigo, mas, los hechos se la niegan en lo que se relaciona con los planes y resoluciones que condujeron a los desplazamientos y empenamientos de importancia. En este particular, tanto la aplicación doctrinaria como el cálculo, la oportunidad, la interpretación de los sucesos y la visión del mañana se resintieron de una manera profunda y lamentable.

Bilbao, que en la contienda con el Paraguay hubo de rectificar en ocasiones trascendentales y de solemne expectación, las consecuencias que se derivaran de procedimientos operativos y de mando francamente defectuosos, desde que sirvió en el Estado Mayor del Ejército como oficial subalterno pudo colegir que había algo de fallido y que prometía resultados truncados en los sistemas y rumbos que se tenían como saludablemente dogmáticos.

Por lo demás, la inclinación indolente, parasitaria y cómoda de encuadrar la tuición superior entre jaulones de simpatía e antipatía de estro personalista, no fué jamás compartida por Bilbao. Como que éste, separándose de la costumbre de observar de preferencia a los individuos desde el ángulo de las afinidades externas, se daba a la tarea más encomiable y benéfica de estudiar y sopesar los intereses generales y más auténticos de la colectividad, o lo que es lo mismo, de vivir con el pensamiento y con el corazón vigilantes para ser un honrado servidor de su pueblo.

A fuer de sinceros, nos parecerá siempre mejor y con mayor engarce con los fines de la misión del hombre sobre la tierra, observar pueblos y no mezquinos consorcios formados por el azar o la atracción de intereses comunes, de naturaleza transitoria, muchas veces

trivial cuando no inconfesable.

Siguiendo su pauta de irradiar el organismo militar todo lo más apetecible en materia de aptitud para la acción y el esfuerzo profícuos, el capitán Bilbao Rioja, en agosto de 1924 organizó, de conformidad a directivas por él sugeridas al Estado Mayor General, la primera olimpiada militar boliviana. La reconstitución en pequeño y debida al elemento armado de las clásicas justas de Atenas, marcó un acontecimiento auspicioso por sus proyecciones para el futuro, probando a la vez el sentido acucioso y el temple organizador de su joven animador.

Antes de finalizar el año el capitán Bilbao fué agraciado con la distinción de formar parte de la delegación militar que concurrió a las fiestas centenarias de la batalla de Ayacucho, celebradas con inusitada pompa y gran alborozo en la capital del Perú.

Bilbao nunca fué muy afecto, como ya lo hemos hecho constar, a las ceremonias recargadas y aparatosas del boato oficial. Al menos este capítulo no fué uno de los más absorbentes para su mente abierta y desprejuiciada; pero en su espíritu constructivo e inclinado a influir en la plasmación de las generaciones, y amante por añadidura de las tradiciones de mayor realce y de más completa sustentación de su pueblo, hirvió siempre un sentimiento de admiración y gratitud intensas hacia los héroes y patricios, que desplegando dotes de genio o alguna virtud valerosa singular, manipularon con éxito los elementos nobles de la historia y su perpetuación indefinida en el crisol creador y conservador de las naciones.

Bilbao, desde que era un niño, no desconoció la influencia que sobre el buen destino de las comunidades tienen los manes de sus hijos ilustres, y como bolivia-

no fervoroso inalteradamente rindió tributo de cariño agradecido a la figura moral, austera y emblemática del Mariscal de Ayacucho José Antonio de Sucre, genuino fundador de la nación alto-peruana, y quien, como lo hiciera resaltar el historiador chileno Vicuña Mackenna, por sus altas virtudes y pureza de alma mereció más que ningún otro de sus contemporáneos el apelativo de Washington del Sur.

Por otra parte, el protagonista de esta obra nunca dejó de creer y propugnar que el mejor aliciente y sostén para una institución, señaladamente la militar, lo forman sus servidores preclaros, aquellos que haciendo abstracción de sus personas e intereses labraron su gloria y consolidaron su reputación ante los siglos.

Este punto de vista, profundamente sentido y certero, ha sido inseparable de su acervo de jefe y de crítico de los hombres y de sus actuaciones. Bilbao ha sostenido que los militares que han ilustrado verazmente los fastos de la profesión o que con su denuedo y acierto de su inteligencia han conjurado realmente peligros para la nacionalidad, no deben ser distanciados de la mente y del corazón de las promociones jóvenes, y que, como en casos análogos se estila en las naciones más viejas y suturadas de historia y de reconocimientos ejemplarizadores, los merecedores a pertenecer a esa categoría selecta, debieran seguir figurando hasta su muerte, destellando paradigmas y bellas evocaciones, en los puestos de honor del escalafón.

Nuestro héroe, con el correr de los años y de las fluctuaciones humanas, a pesar de haber culminado su carrera como teniente general — grado en el que permaneció cerca diez de años — empero no obtuvo el título de

General, que le correspondía con creces, y todavía como peldaño de transición para que un día la gratitud de la nación boliviana pudiese materializar lo que le debe, elevándole al rango máximo de Mariscal, premio que sólo pueden alcanzar los que como él han ganado grandes batallas en una guerra exterior.

Mas, en este punto de aquilatamientos y de premios, precisa tener presente que en veces se presentan verdaderos sarcasmos de la suerte, como el caso de Marzana, el defensor glorioso de Boquerón, que fuera honrado con los respetos admirativos del adversario por su denodada y sacrificada resistencia, y que viera posteriormente concluida su carrera como Coronel en medio de la indiferencia y olvido de su generación.

El año 1925 Bolivia festejó su inscripción secular de vida republicana, y el país entero vibró de entusiasmo y de fe en el desarrollo de la celebración centenaria.

Bilbao, luciendo esta vez sus charreteras de oficial superior (fué ascendido a Mayor en 3 de agosto de 1925) desfiló como Ayudante General del Estado Mayor de las fuerzas en la magna parada militar que se realizara entonces.

Poco después el mayor Bilbao fué confirmado en su nuevo papel de jefe con un destino de real y efectiva responsabilidad, como fué el de Director de la Escuela Militar de Aviación.

El General ha recordado este período con estas líneas:

«El año 1926, trabajé intensamente para organizar y dar vida a la Escuela Militar de Aviación. Compré material nuevo, formé, los primeros pilotos y mecánicos, bajo la vigilancia del Instructor Haeberly. Entre los

pilotos titulados, recuerdo a Coello, Paravicini, Rico Toró, Rojas, Rivera, etc.

«A fines de ese año, se inició una campaña de prensa contra mi persona; en resumen, intrigas de otros jefes y oficiales que aspiraban a la dirección del Instituto».

Respecto a esto último, tan desorbitada y sin base debió ser la inquina desatada contra Bilbao, que el Gobierno dispuso su traslado en comisión a Inglaterra, con la finalidad de hacerlo intervenir preponderantemente en las adquisiciones de material aéreo. Así sus ansias de perfeccionamiento profesional y sus inquietudes de aviador y de persona culta hallaron una expansión maravillosa.

De Bilbao son estas líneas que se refieren a este nuevo y honroso desempeño:

«La Comisión Militar de Adquisiciones estuvo presidida por el General de Brigada Dn. José Pol L. Fui encargado de la sección de Aviación. Según los contratos ya establecidos en Bolivia, vigilé la construcción de los aviones de caza, de cooperación, de entrenamiento y de los de escuela. Todo este material fué excelente para la época de su adquisición.

«Durante mi permanencia en Inglaterra, fui incorporado por períodos cortos a las Fuerzas Aéreas Británicas habiendo pasado por escuelas de instrucción, bombardeo, navegación, tiro, radiocomunicaciones, etc. Todos los estudios y observaciones me proporcionaron una mayor experiencia».

Si bien las funciones de su cometido, un tanto absorbentes, le distraían el ánimo y le llenaban sus horas, no dejaba de tener tiempo para pensar en lo mucho y muy querido que había dejado allende el océano. El recuerdo

de la patria lejana y de sus familiares, le conmovía, como en otras ocasiones de larga ausencia, de un modo vivo y persistente.

A esto se añadía su corazón dolorido por la bajeza de los que poco antes le habían zaherido injustamente. Aunque su posición fué siempre incommovible ante las artimañas y saetazos, la sensibilidad de Bilbao Rioja hubo de sufrir con esta suerte de incomprensión y alevosía en la emulación, que era tan ajena y discordante para su temperamento y sentimientos.

Así, desde Londres, unos pocos días antes de que concluyese el año (1926) escribía a su hermano el capitán Sinforiano Bilbao:

«Dentro de algunos días fenece al año, que para mí es de recuerdos tristes.... muy tristes. El corazón se subleva ante las injusticias de la carrera y la vida, pero en fin todo se acaba. Nacen otros ideales y aspiraciones para el futuro».

La amargura reflejada en estas líneas parece haber concretado en su ánimo una decisión en cuanto a dejar de algún modo la carrera en la cual sus procederes bien inspirados y rectos comenzaban a encontrar tachas y tropiezos inesperados. Felizmente aquello no ocurre, y pronto la labor de gabinete, de inspección fabril y los viajes para satisfacer este fin, que llevan al mayor Bilbao de un punto a otro de la Europa industrial, en procura de las mas ventajosas adquisiciones, normalizan, por así decirlo, su estado psíquico, proporcionándole la desdeñosa indiferencia que la actitud gratuita y la injusticia de los móviles irreflexivos y tendenciosos, hacen germinar como broquel protector de las conciencias sin mácula aviesamente lastimadas.



Bilbao se despreocupa del zumbido ya extinguido de la agresividad maldiciente, y se dedica en los viejos centros de la cultura universal a estudiar y observar todo lo que puede abarcar su órbita de captación y de receptividad. Su mente ágil y abarcadora, su pupila siempre despierta, su corazón animoso y plétórico de bellas imágenes y gratas sensaciones, no se dan reposo en la tarea de extraer síntesis y conclusiones que puedan ser útiles a su carrera y propia ilustración.

Ahora, la parte del sentimiento filial, reactivada por la lejanía, se hace más palpitante. A sus hermanos les escribe sus andanzas e impresiones, y en ninguna de sus cartas emite la evocación emocionada de sus progenitores, conjuntamente con la invitación a que se mantenga para con ellos la tributación filial proporcionada a la gratitud adeudada y a sus necesidades agudizadas por el agobio de los años y la cuota de sacrificios y privaciones rendida generosamente sin pensar jamás en el mañana ni en la tristeza cada vez próxima de la vejez y del desamparo.

Suyos son estos párrafos en correspondencia consignada a su hermano Sinforiano:

«Es necesario que no te olvides de ellos con tu pensión mensual de unos 50 Bs.. Debes darte cuenta que en la edad última, requieren los papás más cuidado y el cariño de sus hijos. Esto te lo ruego y recuerdo como un deber sagrado para los pobres papás».

El escritor también pugnaba por validar su parte en este concierto de actividades.

Bilbao se ha referido a este aspecto:

«Escribí y publiqué varios folletos sobre la Aviación, entre ellos; Programas de Instrucción; Técnica

y Táctica de la Aviación; Manual de Pilotaje; Motores de Aviación; Ametralladoras para Pilotos; id. para Observadores, etc.. Todas estas publicaciones se hicieron en España y Bolivia, con mis propios recursos y sin ayuda económica alguna».

No puede negarse que Bilbao escribió por vocación y de una manera docta y extraordinariamente generosa.

Al leer algunos de esos libros, se advierte que están escrupulosamente compuestos, con cuidadosa discriminación y ordenamiento de sus elementos, amén de una expresión de estilo sencillo, conciso y claro, que hace que el texto sea siempre ameno, fácil y diáfano aún para los profanos de las materias tratadas.

La pluma de Bilbao no descansaría más tarde, sobre todo en oportunidad de la conocida por Segunda Conflagración Mundial, que hubo de seguir casi en su total desenvolvimiento, desde su residencia en Londres, donde acontecimientos de índole ingrata le radicaron por el espacio de buen número de años hasta su venturoso retorno a Bolivia ocurrido en diciembre de 1946.

Durante este último período, el general Bilbao volcó en valiosos informes sus observaciones y estudios acerca de determinadas campañas típicas tiránicamente configuradas por la naturaleza y condiciones singulares de los escenarios en que debieron desarrollarse, como ser la del Norte de Africa y la de Birmania y la India, que eligiera por considerarlas las más sugerentes para los presuntos teatros de operaciones de su patria. Estos trabajos no fueron editados por sus características especiales, pero constituyen, a no dudarlo, una magnífica contribución dilucidatoria de las exigencias y adaptaciones que el em-

pleo de las formaciones y materiales de guerra modernos precisan en determinados territorios de estructura complicada y misteriosa, sean estos desiertos, zonas montañosas o boscosas.

De las obras de juventud de Bilbao, escritas cuando era mayor y luego teniente coronel, y que hemos tenido a la mano, pueden estractarse algunas noticias y párrafos reveladores de su mérito específico, a la par que algunas referencias que las fisonomizan y jerarquizan dentro de la bibliografía militar boliviana:

Consignamos estos antecedentes:

«Guía para la Instrucción Militar de las diferentes unidades de Aviación». Mayor Bernardino Bilbao Rioja (Oficial de Estado Mayor) Editado en 1928, en Barcelona (España) 131 páginas.

En el prólogo el general Hans Kundt, expresó:

«Si bien es cierto de que no todas las prescripciones de la Guía son aplicables a las circunstancias especiales de la Aviación Boliviana, sin embargo, ella contiene una orientación que se puede decir completa sobre todos los ramos de la armada aérea, la cual servirá de una ilustración profunda a todas las personalidades responsables, a quienes les corresponde ahora elegir y adaptar los principios que más necesita el país para el progreso y desarrollo de su flota aérea.

«Pero la publicación del Mayor B. Bilbao R. tiene todavía otro mérito: es un ejemplo muy ilustrativo de la forma en que un militar boliviano, mandado al exterior, debe aprovechar estos años de estada en el extranjero en bien del país y del Ejército. No obstante de su trabajo recargado en la Comisión de Armamento, el autor no ha ahorrado ningún esfuerzo, sacrificando sus horas de

descanso y venciendo todas las dificultades de un idioma extranjero, para redactar el presente trabajo, animado en cada momento por el pensamiento único de: como puede ser útil a su Patria?».

«Principios Generales de Organización, Táctica y Técnica de la Aviación Militar», por el Mayor Bernardino Bilbao Rioja (Oficial de Estado Mayor). 1929.

Editado en Barcelona—151 páginas.

«A la memoria de mi madre, la señora Andrea Rioja de Bilbao enfermera de la Cruz Roja Boliviana en la heroica campaña del Pacífico, Homenaje de mi profunda veneración, gratitud y cariño». Londres, 3 de febrero de 1929.

En la introducción afirma este concepto:

«La aviación se combate con la aviación; con la doctrina de guerra de llevar el ataque al país enemigo, con la resolución firme de destruir y agotar la fuerza opuesta y obtener el dominio aéreo, para que las fuerzas terrestres o navales puedan coronar las operaciones militares».

El prologuista Tcnl. Felipe M. Rivera, afirma:

«Las enseñanzas que a primera vista se deducen del libro que nos ofrece el Mayor Bilbao, dejan en el lector una impresión cabal de lo que la aviación militar significa y el rendimiento que demanda en el personal de ella, lo cual deseáramos remarcar con la suficiencia que merece.

.....

«Vaya entre ellos nuestra palabra de aliento para el camarada Bilbao, quien, en medio de su atareada y delicada misión, no ha omitido esfuerzo alguno para

preparar el presente libro; que a no dudarlo, prestará un valioso contingente no sólo a los del ramo, sino también a todos los miembros de la clase armada del país, y personalmente séame permitido felicitarle por el digno precedente que nos señala a todos los que hemos tenido la oportunidad de salir al extranjero.

«Manuel de Pilotaje» La Paz—1930.

El aviador de las Reales Fuerzas Aéreas W. H. Banting, al servicio entonces de la Aviación boliviana, al prologar este libro proporciona sobre su texto y antecedentes las noticias siguientes:

«El conocimiento combinado de los instructores de la escuela de Gesport (Escuela Especial de Vuelos, Fort Grange, Gosport, Inglaterra, en 1917), juntamente con la experiencia adquirida y acumulada por la Real Fuerza Aérea de la Gran Bretaña, durante y después de la Guerra Europea, han sido incorporados en estos volúmenes, comprendiendo todas las ramas del vuelo en tiempo de guerra y en el de paz.

«Una sencilla traducción de estos volúmenes podría haber sido de un valor inestimable para la Aviación Boliviana; pero el trabajo del Tte. Cnel. Bilbao, va mucho más allá, puesto que él ha obtenido una adaptación de estos volúmenes para las necesidades prácticas de la Aviación Milltar Boliviana, un trabajo que podía haberse llevado a cabo, solamente por un instructor que posee un conocimiento eficiente del entrenamiento militar desde el punto de vista personal. Por mi propio conocimiento el Tte. Cnel. Bilbao ha efectuado este trabajo durante un período de diez y ocho meses, totalmente a su costa en sus pocas horas de descanso, y el hecho de que ha conseguido en tan poco tiempo, y bajo muchas dificul-

tades una revisión y adaptación de volúmenes de naturaleza altamente técnica tales como estos, es una prueba evidente de su incansable energía e intenso cariño y propósito por los que ha estado animado. Como uno de los primeros instructores de la escuela de Gesport puede hablar con alguna autoridad sobre la materia del entrenamiento y hacer sobresalir la gran importancia de estos volúmenes y podía remarcar de que todo el entrenamiento llevado por mí en Bolivia, ha estado de acuerdo con la información que ellos contienen.

.....  
«Con este trabajo, el Tte. Cnel. Bilbao ha dado a la Aviación Boliviana el conocimiento esencial para la organización y el empleo de una eficiente Fuerza Aérea, un arma que, bajo las condiciones actuales de la guerra, solo puede poner a Bolivia en un estado de poderío, que puede capacitarla a volver a ganar su antiguo prestigio e influencia en Sudamérica, y como un resultado de este será estimado como uno de los servicios más positivos prestados al Ejército de Bolivia en cualquier período de su historia».

Estos conceptos los remitió el prologuista desde Nueva York, donde a la sazón se hallaba. Por lo demás, sus augurios no serían desmentidos por la espléndida actuación que cupo a la aviación boliviana en el Chaco.

«Lecciones Elementales sobre los Motores a Explosión».

Tcnl. Bernardino Bilbao Rioja en colaboración con el capitán Luis Ernest Rivera.

La Paz —1931—Dedicado a la memoria de los pilotos aviadores Cap. Horacio Vásquez., Cap. Lucio Luizaga y Tte. Adolfo Borda Monje.

Muertos trágicamente en los «Tiestos Chicos» (República Argentina).

Igualmente, a la memoria del sub-oficial piloto aviador Alfredo J. Fernández.

Autor de todas las figuras de este folleto, muerto en Ayata (D. de la P).

Otras publicaciones de Bernardino Bilbao Rioja.

«Ametralladora Automática «Vickers»

(Calibre 7,65 mm. Clase «F» para Observadores, Modelo Liviano.

En 1931, anunciaba en preparación:

«Fotografía, Tiro y Bombardeo, Navegación Aérea».

En el concepto de Bilbao que se inserta sobre el porvenir estratégico de gran radio y volumen de la Aviación, se incauda la fortuna, precisión y actualidad de su síntesis. Bilbao como pocos jefes, de cualquier país que sean, ha dispuesto del raro privilegio de estar siempre al día en su profesión y de poder vertir por ende una ilustración amplia y repleta de previsiones exactas, algunas no obstante visionarias por adelantarse al tiempo de su difusión.

Pero no todo sería en la estada del mayor Bilbao en Europa ordenamiento antecedentes técnicos, verificación de diseños y de cálculos, preocupaciones de escritor y de editorialista, viajes e inspecciones ensimismadas a la siga de un modelo ideal de máquina aérea; también su natural sentimental, su fibración más íntima y esencialmente humana reclamaría su parte, a fin de ser compensada de las pretericiones que el trabajo imperioso

y cordialmente admitido y el sentido riguroso de sus deberes filial y fraterno le habían impuesto casi con olvido de sí mismo.

Este despertar de su ser a una alborada distinta, que su ilusión hacía tiernamente dichosa tanto como reconfortante y consoladora —la que no sería defraudada con el transcurso de la vida — consistió en su enlace matrimonial con la señorita Phyllis Grace Smith, celebrado en Londres estando en curso el año 1928.

De esta guisa Bilbao comenzó a realizar prácticamente el mandato del aforismo árabe de engendrar un hijo, publicar un libro y plantar un árbol.

En lo primero Bilbao debió sufrir el dolor de ver malograrse, sin expectativas de reedición, los primeros frutos de su vocación genésica. Pero él se resignó con la voluntad paciente de los que tienen filosofía y hábito de observar los designios de Dios. Aunque su entraña paternal no se amenguó por ello, pues halló campo para ejercerla, como le era conocido, con sus hermanos que le seguían en edad y que adoran en él, y con la expansión bondadosa de su corazón hacia los niños, de los cuales adoptó a dos.

Bilbao ha escrito sobre este episodio fundamental de su existencia:

«Me casé en 1928, con la señorita Phyllis Grace Smith; tuve dos niños que murieron. He adoptado dos niños, Sandra y Douglas, de 7 y 5 años respectivamente».

Dijimos antes fundamental, puesto que la vida total de Bilbao, múltiple e intensa como ha sido en una cantidad de aspectos, ha guardado siempre un indestructible y cariñoso vínculo con su hogar, que para su sensibilidad delicada y prudente representó además de un anhelo



sentido, un romance de calma acogedora; un vivero de ideas, buenos propósitos y de siempre crecientes energías espirituales, a la vez que un efluvio atemperador para las reacciones y accidentes de la lucha a que fuera condenado por sus principios e ideales; amén de esa inmensa voluntad de servir y de ser útil que es congénita en él.

Y la confirmación de todo esto, la encontramos elocuentemente en esta declaración del general Bilbao, en la que campean al unísono la gentil ufanía del enamorado y del hombre grato:

«En mi matrimonio tuve suerte, pues me casé con una mujer comprensiva, trabajadora, asimilable a cualquier medio, y sencilla. Mi señora tiene, como yo, predilección por los niños».

---



*«Los que se conducen mal:  
son los que se equivocan»  
(Sócrates).*

## XII

Este pensamiento algo sibilino y revelador de escepticismo materialista formulado por el maestro de Platón; ciertamente no podría establecer compatibilidades con el vigor severamente analítico y dado a la más estricta justicia apreciativa que exornaba la aventajada y ya recia personalidad de Bernardino Bilbao. Por el contrario, el joven jefe del Ejército, observador y amante de la verdad como era, no se inclinaba a aceptar como dogmas de fe los eufemismos en boga para paliar desastres, disimular la ausencia del estudio o de visión de las cosas o disminuir consecuencias de errores o desaprensiones en el manejo de la gestión pública. Aunque refractario a toda intromisión del elemento armado en la política, no cegaba por ello la discriminación que se autorizaba su inalienable fuero ciudadano; esto, naturalmente, en cuestiones asaz fundamentales y que afectasen de un modo grave al porvenir de la nacionalidad. Así, Bilbao, quizá sin proponérselo siquiera y guiado por su exigente daimón interno, estudiaba y analizaba con la paciencia y el recato de un alquimista los antecedentes y consecuentes de las desdichas pasadas o rumbos malos para el porvenir. Y, al hacerlo no obscurecía su dis-

cernimiento con preferencias o desamores, ni con simpatías ni antipatías, no con incitaciones más o menos capciosas del «ego» personal, sino con un ajustado sentido crítico para lo básico y preponderante. No es Bilbao de los que orillan las cosas y los fenómenos humanos. Gusta por temperamento y conceptualismo adentrarse en lo verdadero, remitirse al núcleo más recóndito de los asuntos que merecen la pena ser carmenados. Esto supone sinsabores y peligros, pero Bilbao no ha querido nunca saber de éstos estando de por medio una satisfacción de su conciencia o un mandato de su bien entendido y muy definido patriotismo. En este punto y lugar ha poseído la rigidez de espíritu proporcionada a la magnitud y solidez de sus convicciones. Así, ha desdeñado las maleabilidades de comportamiento que conducen, de acuerdo a las circunstancias —que para él frecuentemente fueron bastante pródigas— a las posiciones ventajosas, y ha optado en cambio, con raro instinto de varonilidad y sacrificio, a permanecer en la sombra antes que claudicar, o bien a jugarse entero por una opinión bien decantada y de igual modo establecida.

Tampoco ha sido Bilbao de esos hombres pesimistas que barruntan enemistades por doquier y temen descubrir dolo por todas partes. Al contrario, su serenidad de espíritu, su educación amable, su sana y efusiva cordialidad, sus positivas disposiciones de hombre comprensivo y de vasto mundo, muchas veces fueron pasmo, al comprobarlas, para los que tenían algún prejuicio acerca de su persona o simplemente no le querían bien.

Nos llamó siempre la atención al tratar de cerca a Bilbao Rioja, ya fuese como jefe o amigo, esa decisión pronta, franca y magnífica en él tan caracterís-

tica. Esto quizá ha sido causa de no pocos de sus tropiezos. Las gentes por lo común no desentrañan el valor de las afirmaciones categóricas y, se puede decir, no gustan de ellas sino en la medida que favorecen sus deseos o intereses. Pero corrientemente prefieren las mentalidades ambiguas, las definiciones lisonjeras, las respuestas ingeniosas, cuando no la hipocresía y la falsa modestia de los que esconden su «yo» íntimo. Cuando alguien prorrumpe en un «indiscutiblemente», en un «indubitabilmente», en un «seguramente», en una charla cualquiera, se produce un leve rozamiento de alas con la sensibilidad poco predispuesta a lo rotundo del auditorio. Es que éste preferiría algo más sinuoso y de sentido relativo, como por ejemplo, «en este momento presumo», y «por ahora me parece», «imagino que hoy»..., y así por el estilo. Con esta táctica y no con la anterior, se crean las reputaciones políticas, los «talentos» irradiantes y hasta se levantan y magnifican los pedestales de la fama. La humanidad es así, podrá argüirse, aunque el reconocer sus flaquezas, sus vacíos y sus vicios, supondrá siempre una cualidad necesaria y promisoría. Si todos, absolutamente todos se dejarán llevar por la corriente del racionado esfuerzo individual, del contagio colectivo, de los prejuicios triunfantes, de la hojarasca de las apariencias, equivaldría a negar las leyes de la selección y del progreso. Y entonces tendríamos al sufragio universal de la política imperando hasta en los estratos más refinados de la capacidad y posibilidades de la especie. El hombre sería inseparable de la masa —como lo quieren el proselitismo comunista, los sectarios de la demagogia y hasta algunos higienistas mentales partidarios del nivel raso— y lo que la masa no pudiera realizar por sus condiciones pe-

culiars y de sobresaturación instintiva, quedaría sin hacerse en el limbo inane para la abstracción engendradora, aunque fértil como fermento de las pasiones y de los apetitos multitudinarios nutridos por el objetivismo sensible de lo concreto y lo práctico.

Bernardino Bilbao, ya jefe de hogar, desde agosto de 1929 teniente coronel de Ejército, con experiencia de viajes y de milenarias culturas, autor de meditados libros profesionales y didácticos, incuestionablemente había llegado a la mayoría de edad de su espíritu, impulsada aún por brisas juveniles pero a la vez temperada por anticipados efluvios de una madurez cavilosa.

Existe en la vida de cada hombre un momento preciso —que se puede aprovechar o malbaratar— en que se produce algo así como un deslumbramiento interior, que permite inundar de claridad hasta lo que se tenía como más remiso a la luz y a la explicación descifrable. Si antes hubo enigma, sensación de complejo, lucha contradictoria, al punto se ven las cosas y los problemas con mayor diafanidad y casi sin zozobra para el ánimo. El nacimiento de una armonía entre lo almacenado por el entendimiento, la experiencia de lo observado, los propios impulsos y el filar de un número apreciable y variado de acontecimientos, que la acumulación de un buen número de años sólo puede poner de manifiesto, marca el jalón de una nueva existencia, en que lo espiritual comienza a dejar atrás a lo material. Desde esa intersección parecen bifurcarse y señalarse más nitidamente los caminos del raciocinio y de una mayor pujanza del alma. Las fuertes dudas que antes pudieron existir en innúmeros aspectos, concluyen por reducirse a las de orden metafísico y a la eterna supeditación a lo incognoscible.

Pero, en lo tocante a lo que se piensa y siente dentro del minúsculo mundo de cada ser, parece acrecerse la facultad del convencimiento y de la sensación mayormente plástica. Se vislumbra con mayor discernimiento lo que se es y lo que se desea; la ingenuidad algo tumultuosa cede el paso a la experiencia razonadora; lo que antes embriagaba el juicio de los sucesos y sus actores se transforma en equilibrio sopesador y en impresión alquitarada de estar interpretándose con mayor acierto que el conocido, como asimismo el contorno del casillero atómico y fugaz en que se labora.

Entonces, y sólo entonces, es cuando se puede llegar a comprender que la verdad, la integridad y la sinceridad son los más valiosos sostenes del hombre y de su valimiento. También puede aflorar la percepción en los que no son débiles o ignorantes, que el ejercicio de la virtud, a pesar de las ingratitudes anejas, redunda en grandes ventajas para el propio espíritu, pues lo colma de satisfacciones animadoras, y de bienandanzas en el sentido de hacerlo apto para mantener a raya las claudicaciones de la voluntad y de los años, amén de poder desdenar con superioridad las tentaciones triviales. Y si a esto se agrega el concepto de que la felicidad terrena está casi a nuestro alcance, puesto que no debe exigirse de ella un caudal grande, permanente y sonoro, sino más bien cortas satisfacciones que puedan renovarse a diario, tenemos la obligación del hombre que tenga motivos para autoestimarse y para vivir sencilla y noblemente, de afirmar cada vez más, aunque sea en medio de la incompreensión ambiente y del aislamiento, y esto no podrá ser efectivo si no se hace convergir la inteligencia del en-

tendimiento y las ansias del corazón en servicio de lo remediable que pueda afectar al connacional y al ser humano en general, sin otra limitación que la de órbita y la de proporción que determinan la posición de cada cual. Y Bilbao Rioja experimentó siempre la atracción de este norte magnético altruista, propio de los elegidos. Nunca se dijo como tantos otros, parodiando a Góngora y Argote «Ande yo caliente — y riase la gente». Tampoco se dejó convencer por la idea de que es inútil y contraproducente la resistencia al mal quizá si para no exacerbarle.

Muy por el contrario, vivió constantemente aferrado al criterio que el hombre debe someterse a los imperativos de su ego sano, y que, sin otra preocupación interesada que la de sortear en lo posible las piedras farisáticas, está obligado a entregarse a la acción, verdadera fiesta para un espíritu valiente, no precisamente en pos de situaciones y laudatorias, sino para cumplir con la porción de destino reservada a cada ser como significado y utilidad de su paso más o menos filante por el mundo.

Tampoco Bilbao, en ninguna de sus edades, perteneció a esa secta pletórica de individuos que se sienten más de lo que son y se ufanan de virilidad porque aborrecen a muchos o ponen guijarros en los caminos que no son suyos. Su natural bondadoso y su cerebro discernidor como artifice de su corazón, sin perjuicio de la energía y aún dureza que es imprescindible derrochar en ocasiones, han sido inagotables manaderos de rectas y benéficas inspiraciones. Esto pudo no ser reconocido generalmente, pues su naturaleza siempre se rebeló contra el hábito que los mejores sean substituidos por los menos aptos, y los más generosos e idealistas por los apegados



a los realismos prosaicos o a las mamas de la política productiva.

Nuestro héroe se negó a contemporizar o a compartir responsabilidades con estos elementos; salvo en circunstancias en que el deber militar enfrentando al enemigo exterior le inducía a ello, aunque en este caso sin distanciar su espíritu de la sentencia de Epícteto: «En todo hacer lo que depende de uno, y para lo demás manifestarse firme y tranquilo».

En situaciones en que parecía se tocaría el fondo rocoso de lo irremediable, Bilbao sacrificó todo a la causa patriótica, y de sus labios no salió jamás una queja ni de su talante un gesto reticente.

Mientras los ases y treses de la baraja convencionalistas se animaban con el juego, Bilbao se reconcentraba en sus cavilaciones y se limitaba a advocar se hiciera la claridad en los criterios ambigüos.

Muchos de los dislates de los hombres se cohonestan con la «buena intención» atribuida a los ejecutores. En esto hay poquedad, bondad, irresponsabilidad y en ningún caso númen constructivo o moralizador, pues preferible mil veces es atenerse a las consecuencias de la obra consumada y a sus derivaciones cristalinas, para enjuiciar a un hombre o a un grupo de tales en un trabajo asociado, aunque las colectividades muchas veces carecen de una intuición avisada a este respecto, por culpa principalmente de los plumarios intonsos y adulones que sólo tienen pujos de historiadores. La intención pudo haber sido buena, pero si la consecuencia es mala, ésta debe prevalecer sobre aquella e informar el juicio y el paradigma respectivo. Además, de acuerdo con un humorístico refrán inglés, hay que tener presente que existen

muchos hombres muy buenos, inmejorables en ciertos aspectos y hasta excelentes para el comercio social y otras funciones reptantes, pero que en su ignorancia serían capaces de propinar coques a sus cabalgaduras.

Los pueblos y las sociedades deben cuidarse de no exagerar los atributos incoloros de estos especímenes, puesto que sus hechos por lo general son vagos como lo indeterminado e incoherentes como las pesadillas.

Bilbao, porque estuvo intrínsecamente muy distante de pertenecer a esta categoría de seres, indolentes o aviesos, conoció la amargura de los embates enconados y de las odiosidades gratuitas y desprovistas de toda explicación razonable. Este era su sino, y lo soportó invariablemente con noble entereza y hasta con galanura de espíritu.

Los azares de la vida política de Bolivia en 1930, le colocarían, sin pensarlo ni desearlo en una imprevista situación de responsabilidad, un tanto ajena a las actividades que había ejercido durante cerca de veinte años sin solución de continuidad la más mínima. No fué ciertamente su culpa, ya que su voluntad no influyó en ello para nada.

Mas, antes de exhumar este capítulo de su vida, llenaremos con una síntesis hecha por él mismo, el espacio comprendido entre su retorno a la patria y su incorporación como miembro de la Junta Militar de Gobierno que presidió el distinguido general Carlos Blanco Galindo.

«A principios de 1929, regresé a Bolivia, habiendo sido destinado como Director de la Escuela Militar de Aviación.

«La Aviación, mientras mi estada en Europa,

había llegado a un nivel bastante inferior del que dejará al partir.

«A mi llegada, inicié un curso de instructores, bajo la vigilancia y responsabilidad del Capitán W. Banting, piloto inglés, que trabajó tenazmente durante los años 1929 y parte del 30. Por primera vez se titularon instructores nacionales, con una preparación excepcionalmente satisfactoria. Entre los instructores titulados estaban: Pavón, Coello, Jordán, Ernest, Rivera, Paravicini, y yo. Con esta preparación, personal y material, la Aviación tomó parte desde la primera parte de la Campaña del Chaco. Pienso sinceramente, que la Aviación de mi país, me debe algo de gratitud, la misma que nunca recibí, y al contrario sólo sufrí decepción y amargura por su indiferencia.

«Como piloto militar instructor, tengo aproximadamente 600 horas de vuelo, tiempo que en circunstancias normales es apreciable; pero para el tiempo de guerra es suficiente.

«Me gusta y encanta la acrobacia, como todas aquellas pruebas arriesgadas y de precisión. Durante mi carrera como piloto, no tuve ningún accidente ni dificultades en los vuelos nocturnos.

«Bajo mi dirección se construyeron los nuevos hangares, los talleres de mecánica, y se establecieron clases especiales para tiro, fotografía, servicio meteorológico y radio».

Mucho queda aún por decir de la actuación de Bilbao como aviador y jefe de estos servicios, y bastante más aún de su conducta como comandante de la fuerza aérea de combate en el Chaco, cargo que sirvió en dos etapas interrumpidas por los lapsos en que trabajó con

las unidades de tierra en los puestos que sus condiciones personales y su capacidad como conductor de tropas le señalaron.

Desde su romántico desafío a batirse en singular combate aéreo, hecho al afamado piloto argentino Almonacid —del que no tuvo respuesta— que fuera contratado por el Paraguay, hasta sus desempeños habituales en la guerra como líder de escuadrillas en misiones de combate, Bilbao jamás se dió reposo ni vió mermado su entusiasmo, a pesar que su ya ganada gloria inmarcescible del «Kilómetro 7» de Saavedra podía legítimamente haberle insuflado un poderoso orgullo personal y de mando.

Pero habrá todavía oportunidad para referirnos a aquellos, en ocasiones extraordinarios desempeños, que por lo común merecieron la más calurosa aprobación de los grandes comandos bolivianos, señaladamente del general Kundt, que exteriorizó este sentimiento por conducto de muy honrosos y expresivos documentos de aplauso.

Llegó el año 1930 y su mes de junio. Bolivia se debatía en una situación política confusa e incierta, que se acentuaba por una terrible crisis en la exportación del estaño. La nación se hallaba gobernada por un hombre joven, cultivado y probo, con cualidades revelantes de estadista, pero que mal aconsejado y aupado por un círculo bastante presionante y ligero de amigos e incondicionales, se había sometido a la aspiración de que obtuviera, dentro de procedimientos aparentemente legales, una prórroga para su mandato, lo que parecía admisible y hasta benéfico para el país, habida consideración de su versación y honorabilidad, pero que escollaba irre-

mediablemente con un precepto constitucional que prohibía escueta y categóricamente cualquier forma de reelección presidencial.

Hubo así mucho de encaprichamiento y de ceguera en las circunstancias que crearon estos propósitos desatados de alterar lo establecido.

La oposición creció y se alborotó con este motivo, y el Presidente Siles se dejó llevar entonces por una extraña efervescencia de lucha y de mando, tanto más extraña cuanto su espíritu equilibrado y estudioso ofrecía por lo común en sus determinaciones una ecuación placida y razonadora.

De esta guisa, aproximadamente, se presentaron los elementos de desacuerdo, que fueron agravándose hasta que el estallido de la violencia se hizo inevitable, correspondiéndole a la ciudad de La Paz ser escenario de luctuosos sucesos. El teniente general Bilbao se ha referido a su participación en los acontecimientos generados por el intento de prórroga del doctor Siles, en estos términos:

«A mediados del año 1930, me vi envuelto, sin querer ni pensar, en la revolución constitucionalista contra el Gobierno del Dr. Siles.

«Esta revolución, en el fondo, no fué del Ejército, sino del elemento estudiantil y obrero del país. El Ejército se sumó en apoyo del pueblo.

«La oficialidad joven me eligió como a uno de miembros que debía formar parte de la Junta Militar, la misma que fué presidida por el General de Brigada Dn. Carlos Blanco Galindo.

«Desempeñé interinamente la cartera de Guerra y en propiedad la de Fomento y Comunicaciones.

«Mi actuación puede apreciarse en la Memoria que presenté al Congreso elegido por el pueblo.

«En dicha cartera, trabajé sana y honradamente, sin buscar ningún objetivo político posterior.

«Mis relaciones con los otros Miembros de la Junta, fueron un poco frías; pues, la mayoría sentía cierto apego al liberalismo conservador, sin comulgar con mis ideas de renovación fundamental.

«Una vez elegido el Presidente Constitucional, Dr. Salamanca, por voto del pueblo, a mediados de 1931, fui destinado por Orden General como Director de la Escuela Militar de Aviación».

El teniente coronel Bernardino Bilbao Rioja, explicando las finalidades del movimiento cívico-militar; de junio de 1930, entre otros puntos dejó sentados los siguientes: «La misión social del Ejército, de respetar y hacer respetar la Constitución, es la base de la institucionalidad, de la paz y del progreso de los pueblos. En cumplimiento de este sagrado deber, el Ejército Nacional, asume momentáneamente el poder público, para dar garantías y libertades a todos y restablecer la normalidad de la República.

«El Ejército hace un llamado patriótico a todos los bolivianos, para que deponiendo odios y rencores emergentes de las luchas políticas, piensen con serenidad sobre la suerte futura de la Patria y trabajen por el restablecimiento de la paz pública y de todas las garantías y al dar este paso, responda al juramento de honor prestado ante la bandera, haciéndose el guardián de la Carta Magna del Estado.

«Jefes y Oficiales del Ejército: Habéis cumplido con honor y hombría vuestros sagrados deberes de ciu-

dadanos armados de Bolivia al restablecer las Instituciones Tutelares, a vuestros cuarteles, con la conciencia tranquila a seguir laborando por la GRANDEZA DE LA PATRIA».

Ahora, en la actividad genuina del Departamento a su cargo, el ministro Bilbao cumplió una tarea ponderable, preocupándose de estudiar o llevar a ejecución importantes obras imprescindibles para el progreso de las vías de comunicaciones y en general para el fortalecimiento de la economía del país. Como no se atuvo a consideraciones políticas, casi siempre de valor transitorio, su labor pudo estimarse ampliamente proficua, venciendo para ello las limitaciones de la interinidad de su mandato y sobreponiéndose a la excesiva parvedad de entonces de los recursos del erario público.

Como Miembro de la Junta de Gobierno, Encargado del Despacho de Fomento y Comunicaciones, el teniente coronel Bilbao Rioja, en la Memoria presentada al Congreso Nacional Extraordinario de 1931, hizo la advertencia preliminar siguiente:

«En medio de la penuria fiscal, con las rentas mermadas y el tesoro exhausto, no era posible pensar en emprender ninguna obra nueva de vialidad o edificación; todo el empeño de la Junta y especialmente del Ministerio de Fomento tuvo que reducirse y concretarse a evitar la paralización de los trabajos de algunos caminos y ferrocarriles, pues ella hubiera significado la pérdida de las inversiones ya efectuadas en las obras».

Dentro de esta pauta obligada, el Ministerio a cargo de Bilbao debió conformarse con activar la prosecución del ferrocarril de Potosí a Sucre, venciendo todas

las dificultades financieras y técnicas que se oponían al avance de los trabajos.

En materia caminera, el ministro Bilbao sentó en la referida oportunidad el concepto que se estampa:

«Conforme hemos apuntado anteriormente la conveniencia más efectiva y económica para el país estriba en la construcción de una red de caminos carreteros permanentes que vinculen las diversas zonas de la nacionalidad.

«Los recursos para tal fin primordial son escasos, pero pueden ser acopiados y distribuidos sistemática y ordenadamente, mediante una reforma de la ley de prestación vial».

«La base esencial de la reforma —a nota Bilbao en otro acápite— consiste en la separación de los recursos y servicios de la prestación vial de toda intervención de las autoridades políticas, haciéndolos depender de organismos autónomos técnicos y administrativos, responsables e idóneos.

«Este aspecto fundamental deberá considerarse siempre en cualquier reforma de la ley de vialidad. Solamente una oficina técnica debidamente organizada será capaz de formular un plan completo y progresivo para la construcción de la red de caminos, haciendo una obra conjunta y eficiente y no despilfarrando recursos y brazos en obras incompletas».

Como salta a la vista, el militar en delegación funcionaria, de 34 años de edad, estaba asistido ya por una idea fundamental acerca del enervamiento que producen los disentimientos y conflictos de la política partidista, derivados de tendencias antagónicas, de intereses regionales, de campanario o simplemente particula-



res, y para evitarlos o siquiera morigerarlos, no desperdiciaba ocasión de afirmar la correcta y proficua doctrina de dar a lo técnico y verdaderamente nacional la debida autonomía que corresponde a sus fines y naturaleza.

Quien revise la copiosa y bien ordenada memoria referente a las actividades de las secciones a su cargo, se impondrá del enorme celo acucioso que puso el teniente coronel Bilbao Rioja en su función administrativa de unos cuantos meses, en circunstancias verdaderamente extraordinarias y soportando el lastre de una deprimente falencia de medios con motivo de la aguda baja del principal rubro de exportación del país.

Todos los servicios bajo su supervigilancia le merecen al joven Ministro la más cuidadosa de las atenciones, no con objeto de satisfacer posibles clientelas ni de obtener laudatorias, sino guiado por su vigoroso prurito principista que todo marche bien y dentro de límites de eficiencia y honradez bien acentuados. Ferrocarriles, caminos, puentes, hidráulica, servicios aéreos, de correos, de telégrafos, con su anexo moderno de la radiotelegrafía, de contabilidad y de estadística, atraen por igual su despierta atención.

Especialmente, el desarrollo de la estadística dejaba bastante que desear en ciertas reparticiones, por lo cual el ministro Bilbao se dió a la tarea de obviar esta deficiencia, poniendo en juego los resortes del caso. Suyo es este párrafo de la precitada Memoria:

«Es innegable la importancia que tiene en el movimiento administrativo la relación de datos y la acumulación de documentos estadísticos que demuestren el desarrollo adquirido periódicamente por los servicios nacionales».

En fin, queriéndose tener una idea cabal del estado de los ramos dependientes del Despacho de Fomento y Comunicaciones, en Bolivia, en la vigencia del periodo comprendido entre el mes de julio de 1930 y el de marzo de 1931, y aún de poseer una aproximada síntesis histórica del desenvolvimiento de estos servicios y de sus proyecciones para el futuro, no tendría más que estudiar el nutrido volumen de 417 páginas, en formato grande, en el que el Miembro de la Junta de Gobierno Encargado de los Ministerios de Fomento y Comunicaciones, vierte la claridad de sus sugerencias conjuntamente con el más completo material documental y estadístico que sea dable ambicionar.

En suma, el teniente coronel Bilbao Rioja, al frente de las reparticiones enunciadas, demostró un patriotismo empeñoso y diligente a la vez que condiciones y predisposiciones revelantes para dominar la alta técnica de no importa cuál servicio de importancia nacional.

Pero lo que reputamos más expresivo e interesante de la joven personalidad del militar-estadista, está contenido en una carta que dirigiera a su hermano el capitán Sinforiano Bilbao, en la cual abordó con noble franqueza, imparcialidad y versación un largo periodo de la historia política contemporánea boliviana.

Por considerarlo un capítulo extraordinariamente dilucidatorio en multitud de aspectos, los cuales a pesar de su trascendencia no han sido debatidos y aclarados suficientemente y con ánimo a extraer resultantes, lo reproducimos integralmente en estas páginas, seguros como estamos de que contribuirá poderosamente a tonificar el verismo de la Historia y aún a sentar conclusiones en más de un tópico tenido hasta hoy como asunto controver-

tible y de apreciación sinuosa, según el color del partidismo político comprometido en la responsabilidad de su gestación o en las reacciones negadoras de la oposición.

Bilbao, probablemente se acordó de la agudeza de Campoamor, que decía que no creía una palabra de la historia antigua desde que había visto cómo se componía la historia contemporánea, y se decidió a ser justo y preciso en la búsqueda de la verdad y severo y hasta cáustico en la exposición de los errores y trapacerías que, por lo corriente, plagan los ciclos de trastorno y de vencimiento. El documento en cuestión no llegó a hacerse público, pero es lo suficientemente informativo del criterio sano, equilibrado, recto y pletórico de aspiraciones de perfección que guiaba la pluma de su autor.

«La Paz, 26 de julio de 1930—Sr. Capitán Sinfioriano Bilbao— Fortín Muñoz. (Gran Chaco).

Ante todo te agradezco tus palabras de felicitación, por haber sido honrado por los camaradas, con la designación de Ministro de Estado en el Despacho de Fomento y Comunicaciones, en la Junta de Gobierno que hoy preside los destinos del país. Ha sido en realidad, una imposición del Ejército inexcusable, ya que, personalmente, habría deseado continuar mis actividades en la organización de nuestras Fuerzas Aéreas o bien en el Comando de tropas en Colonias.

«Tú más que nadie, conoces mi pensamiento en estos asuntos; pues, sigo creyendo firmemente, que el Ejército no debe actuar en política y debe concretarse a su misión específica, cual es la de prepararse permanentemente para la defensa de las fronteras de la Patria y sólo en forma muy eventual y pasajera, para imponer el imperio de la Constitución y de la Ley.

«El país nos ha dado una profesión y nos ha sostenido. Realmente sería un crimen desviar nuestra función social y de actividades específicas, derivándolas hacia la política, que en nuestra Patria es sin doctrina, estrecha, mera lucha de ambiciones bastardas, deseo de figuración y lucro, verdadero concurso de audacia de gente sin escrúpulos, incapaces de elevarse al plano del ideal, inútiles para discutir como hombres de doctrina, los problemas fundamentales de la república, de ahí sus permanentes tanteos y constantes contradicciones, que denotan muchas veces falta de conocimientos generales, de hábito de pensar y captar en el panorama universal, pesadez en la concepción por falta de entrenamiento, que solo la gimnasia mental puede despertar.

«Estas características de nuestra política, obligan a meditar seriamente en la educación cívica de las nuevas generaciones y en crear el ambiente hacia una política elevada de principios, donde las ideas se discuten con las ideas, en el plano de la vida mental, despertando interés por los problemas de bien público, tan desdeñosamente vistos por escépticos, pesimistas e indiferentes. Quiero decir, que todos los bolivianos sean civiles o militares, deben preocuparse por la política noble que eleva y purifica a hombres y pueblos y crea un ambiente de mutuo respeto, tolerancia y comprensión; y que no solo debe ser el campo y dominio de los que han creado el mito de que la política es ciencia árida y difícil, inaccesible a la cultura media de los hombres, que requiere una cultura especializada muy superior para ser dominada. Casi en la generalidad de los casos, estos elementos constituidos en ídolos y que no resisten al menor análisis, han formado castas cerradas, soberbias y engreídas, para explotar la

leyenda y la ingenuidad de las gentes; falsos apóstoles, que por salisfacer sus conveniencias económicas o por vanidad, vendieron su propia conciencia y la pusieron al servicio de la oligarquía y del capitalismo internacional; castas sin moral y sin patriotismo, complicadas en los errores y peculados del pasado, que han conducido al País por la pendiente de su desintegración, empobrecimiento, desorganización y desprestigio.

«Está la Nación en ruinas, respirando apenas la atmósfera de la esperanza, después de más de un siglo de ensayos y negaciones, con un pueblo enervado, que arrastra su miseria y lo que es más, que ha perdido casi completamente su fe.

«Está la Patria por hacerse, o hay que rehacerla desde los cimientos, porque todo en ella ha sido fruto del impulso momentáneo, del egoísmo, de la pasión innoble y del espíritu de lucro; todo ha sido improvisación, simulación, fraude, engaño, por eso que el ideal no ha llegado a cristalizar y la Patria no ha encontrado su rumbo definitivo. Es que hay que edificarla con estudio y trabajo, con cariño, con sacrificio, con absoluto desprendimiento, despertando en todos el interés por el bien colectivo. Hay que iniciar una etapa, con miras a la organización definitiva de la Nación, a su progreso y a la felicidad de todos nuestros conciudadanos, sobre bases profundamente reales, históricas, sociológicas y económicas; así aconseja la amarga experiencia y hasta el buen sentido, ya que sus elementos al traducir la realidad social y económica, nos darán la pauta que encadenando el pasado con el presente, nos señalará la solución del porvenir; la acción que habrá que desarrollar en el futuro. Prescindir de aquellas realidades es continuar la vida que hemos llevado hasta ahora y que sólo puede conducirnos al completo fracaso.

«Es necesario, ante todo, unificar y afianzar las inquietudes espirituales y ahogar todo sentimiento contrario a ese ideal, evitando el caos proveniente de la imposición de doctrinas contrapuestas, que son la manzana de la discordia de los pueblos, la causa de todos sus fracasos, desgracias y muchas veces de su ruina. Nada de ideologías extrañas al medio; garantía y armonía constante entre el capital y el trabajo. Todos los bolivianos debemos deponer consignas de grupo, para coincidir en una común inquietud nacional y tomar el camino de la paz, del orden, del trabajo, del entendimiento y buena voluntad, en un movimiento de concordia nacional y noble afán de superación cívica. Debemos trabajar con pasión, con orgullo por nuestra Patria, por nuestra raza, sin olvidar que el indio es la esencia de la nacionalidad en el pasado y en el presente, base del porvenir de Bolivia, de su grandeza, de su futura gloria, ya que indios somos todos los bolivianos.

«Hay que sintetizar nuestro pensamiento, ordenándolo en función de la realidad nacional, sin olvidar que toda fuerza viene de la tierra, y que para triunfar es condición indispensable no perder contacto con esa tierra, que es ancestro, tradición, historia, geofísica, espiritualidad, es decir, Patria.

«Si hacemos un balance político económico de nuestra vida republicana, llegaremos a la dolorosa conclusión de que casi todo ha sido desacierto; parece que nuestros hombres y partidos políticos, hubieran buscado únicamente la manera más rápida de arruinar el País. No quisiera mencionar los gobiernos sombríos de Melgarejo y Daza, culminación de la ineptitud, al mismo tiempo que de la irresponsabilidad y sólo he de referirme al ciclo histórico que se inicia con un afán de regeneración y re-

forma, después de la dolorosa tragedia del 79, que privándonos del acceso al mar, nos coloca en situación de país semi-soberano, de independencia ficticia y nominal, circunstancia que pesa indefinidamente sobre la vida y el porvenir de la República. Es entonces que se organizan los llamados partidos científicos: conservador y liberal, con diferencias momentáneas de apreciación de los problemas nacionales; en el fondo, imitaciones mal interpretadas del conservatismo dominante en la época y del liberalismo francés. En realidad son partidos sin base doctrinal adaptada al País, absolutamente personalistas, cuya actividad se reduce a la lucha de caudillos, por llegar al poder y cuyos actos en la oposición o en el gobierno, son la más tremenda acusación de su falta de patriotismo, de su ineptitud y de su miopía.

«He aquí resumida, la labor de estos partidos: 400.000 Kilómetros cuadrados de territorios cedidos a la Argentina en 1889 durante la presidencia de Aniceto Arce. De 1880 hasta 1898 se emite Bs. 1.055.000 en moneda de vellón, es decir comienza la deuda pública interna, para cubrir los primeros déficits del presupuesto, que empiezan con Bs. 255.813, sobre un ingreso de Bs. 3.100.000 y que aumentan en posteriores gobiernos, al mismo tiempo que disminuyen paulatinamente la altísima cotización de nuestra moneda, que en esos tiempos era de 32—1/2 peniques, el máximo alcanzado y que nunca volveremos a tener, ya que nuestra moneda ha tomado la pendiente de la desvalorización, que nuestros estadistas han sido incapaces de detener.

«Es de justicia reconocer que en tiempo de Arce, se construyó el primer ferrocarril en territorio nacional,

el de Ollagüe a Uyuni, que nos comunica con Antofagasta y que en su tiempo, se consideró una traición a la Patria, tendiente a facilitar la penetración chilena.

«Bajo el régimen conservador, se inicia la corrupción política y la simulación democrática del voto popular, empiezan los milagros de la magia electoral y del cohecho, es decir, la cotización de la voluntad ciudadana. Continúan los métodos de violencia, restricción de libertades ciudadanas, destierros, confinamientos, clausura de imprenta, etc. Ninguna acción por las clases desvalidas, por el indígena, por su educación; no hay acción social, ni se piensa en los problemas económicos del País, nada por su industrialización, por elevar su miserable standard de vida. Esa ha sido la política del Partido Conservador en el poder.

«El Partido Liberal, que inicia sus campaña proselitista con el lema «Viva el orden, abajo las revoluciones», busca su encumbramiento por medio de conspiraciones y revoluciones; y es autor de la sangrienta guerra civil del regionalismo, llamada también la Revolución Federal, que ha dividido profundamente a la familia boliviana.

«El Régimen Liberal, perfecciona los métodos de violencia, las elecciones dirigidas, conculca las libertades ciudadanas, inicia el período de fraudes y peculados, como por arte de encantamiento nacen las fortunas privadas; y las cesiones territoriales son su principal característica, que le han valido el calificativo de «período geográfico». De este período es el lema «Kilómetros más, kilómetros menos».

«Este gobierno, mediante tratado de 17 de noviembre de 1903, cedió el Acre al Brasil, con 191.000 ki-



lómetros cuadrados portentosamente ricos en caucho, quina, petróleo, castaña, diversidad de maderas, ríos navegables y tierras de una fertilidad difícilmente superada. La entrega del Acre por ££ 2.000.000, hizo que el Brasil por solo concepto de impuestos fiscales lo recuperase en cinco años; habiendo percibido hasta ahora por el mismo concepto algo más de ££ 10.000.000, esto sin tomar en cuenta el valor de los territorios y de lo que seguirá produciendo al Tesoro del Brasil, en el curso de los años venideros. Esta enajenación territorial, es mayor aisladamente a la extensión total de las Repúblicas de Uruguay, Nicaragua, Guatemala, Costa Rica, Honduras, San Salvador, Santo Domingo, Panamá, Haití y Cuba en América; y Austria, Bélgica, Bulgaria, Checoslovaquia, Dinamarca, Danzik, Estonia, Grecia, Holanda, Irlanda, Islandia, Letonia, Lituania, Luxemburgo, Mónaco, Portugal, San Marino, Suiza y Hungría entre las naciones europeas.

«A este Gobierno, debe Bolivia su enclaustramiento y la tutela aduanera a que queda sometida en virtud del tratado de 1904, con Chile, que implica la pérdida de 100.000 kilómetros cuadrados y lo que es peor, la pérdida del vital acceso al mar, base de toda independencia política y económica. Para Chile, el Litoral lo representa únicamente por concepto de impuestos en 45 años, la suma de \$\$ oro 2.000.000.000. Para una idea más clara, será suficiente mencionar que sobre un ingreso de \$\$ oro de 141.000.000 recaudados por Chile el año 1920 por derechos de importación y exportación, correspondían \$\$ oro 48.000.000 a las aduanas del Litoral, Antofagasta, Iquique, Taltal, Tocopilla y Pisagua. El valor del salitre explotado hasta el año 1920, se estima en 2.235.000.000 de \$\$ oro y las reservas de mineral en

400.000.000 de toneladas, sin tomar en cuenta los subproductos como el yodo, que desde 1916 hasta 1921, ha dado a Chile \$\$ oro 9.749.500; ni tampoco al cobre de Chuquicamata, que ha significado para el tesoro central y propietarios americanos, sumas igualmente enormes.

«Este mismo régimen, cedió al Perú, 250.000 kilómetros cuadrados de territorios, similares en riqueza a los del Acre, en virtud del Laudo Arbitral argentino.

«La pérdida total de territorios en 20 años de gobierno, ha sido de 541.000 kilómetros cuadrados, extensión mayor a lo perdido desde la fundación de la República en 75 años, que alcanza a 500.000 kilómetros cuadrados y queda aún en perspectiva, la posibilidad de perder 9.124 leguas cuadradas de territorios, en virtud del Protocolo Pinilla-Soler de 12 de enero de 1907, que destruyendo nuestros derechos sobre el Chaco Boreal, despierta en forma ilimitada las aspiraciones paraguayas.

«En el aspecto financiero, el monstruoso Contrato Speyer, es otra de sus mayores responsabilidades. La estafa más grande, en cuya virtud, Bolivia se halla sometida a leyes especiales del Estado de Saint-Louis de los Estados Unidos, donde a raíz de una escritura firmada ante un notario, funciona una entidad sin capital y con un directorio que sin la menor idea de las necesidades del país, rige sus destinos ferroviarios. El engaño de que ha sido víctima Bolivia, no tiene precedentes; el contrato es impreciso, lleno de contradicciones, como pasaremos a demostrar en puntos generales.

En virtud del Art. 1º., los banqueros Speyer y Co. y National City Bank, organizan una compañía ferroviaria con el nombre de Bolivian Railway y Co., anunciando que disponen de un capital social de 10.000.000 de

dólares, pagados en su totalidad y piden al gobierno la autorización para transferir sus derechos y obligaciones. El gobierno con fecha 30 de noviembre de 1906, dicta la Resolución Suprema, dejando constancia de que dicha transferencia no exime a los banqueros de sus garantías y obligaciones, y aprobando el traspaso a la nueva Compañía. El 27 de febrero de 1907, se celebra el contrato de transferencia de los banqueros a The Bolivian Railway y en cada acápite de la escritura, se deja constancia de que en adelante, ni los banqueros, ni los tenedores de bonos o acciones, tendrán responsabilidad alguna. El capital social de la Compañía, por un juego de contabilidad queda reducido a 3.500 dólares. Después de dar ingreso en sus libros a los 10.000.000 de dólares, los volvieron a retirar inmediatamente, anotando en el Debe 9.996.000 dólares, por derechos de transferencia, que cobraban los banqueros a la Compañía, que ellos mismos habían organizado y a esta Empresa con un capital tan exiguo, entrega Bolivia ££ 3.750.000, monto del préstamo acordado por los banqueros, emitidos en bonos de primera hipoteca y con garantía de los ferrocarriles a construirse, mientras que el capital aportado por Bolivia en efectivo, se garantiza con bonos de segunda hipoteca, vale decir, no se garantizan, ya que los bonos de primera hipoteca son privilegiados para un caso de quiebra o insolvencia. En resumen: La The Bolivian Railway, con un capital de 3.500 dólares, adquiere el derecho de manejar ££ 6.250.000, de explotar los ferrocarriles en su casi total y absoluto provecho; el privilegio del control de tarifas ferroviarias, lo que significa la entrega del porvenir del desarrollo industrial del país, la posibilidad de someterlo a extorsión; todo esto, fuera de una serie de opciones en

favor de la Compañía, como la implantación de industrias, monopolio de vías de comunicación, concesiones de tierras en las zonas de influencias, en cuya virtud obtuvo posteriormente 2.000.000 de hectáreas de tierras petrolíferas. El 19. de enero de 1927, debía haber cancelado la Compañía ££ 5.750.000 valor de los bonos de primera hipoteca, garantía e intereses sobre obligaciones privilegiadas; pero estas obligaciones a plazo vencido, no fueron cubiertas, se estableció el estado de falencia de la Compañía y estuvimos en trance de perder total y definitivamente el enorme capital invertido, y el gobierno de entonces, para aminorar la hecatombe, tuvo que llegar a un acuerdo, que si bien aminora en algo las condiciones del leonino contrato, no salva definitivamente nuestros intereses.

«Hasta el año 1908, no teníamos deuda externa y fué el gobierno liberal, el que inició esa etapa, contratando el empréstito por \$\$\$ oro 2.400.000, mediante la firma Chandler y C<sup>o</sup>. La deuda total dejada por este régimen, asciende a Bs. 104.000.000 entre deuda externa e interna, que se descompone así:

Bonos de la Deuda Interna.....	Bs.	5.060.305
Bonos del Pacifico y del Acre.....	«	2.437.500
Bonos de Indemnización del Acre.....	«	352 300
Bonos del Estado de 1914 .....	«	10.000.000

Emisiones moneda níquel en los años 1901, 1907, 1908, y 1918 por un total de Bs. 4.250.

Vales de Aduana. déficits presupuestarios y otras obligaciones, que sumadas al empréstito externo, hacen los 104.000.000.

«Durante este mismo gobierno, empezó también la explotación minera en gran escala, sin dejar ningún

beneficio para el país, sólo huecos en las montañas y en los pulmones de los trabajadores mineros. Las utilidades van a enriquecer desproporcionadamente a los propietarios, que reciben grandes dividendos en el extranjero, y con el consentimiento de los gobiernos, trasladan su sede social y el 60 % de sus capitales fuera del país, para así burlar las leyes, medida que imitan las empresas nacionales, adquiriendo personería jurídica extranjera, para protegerse en sus leyes y el evidente afán de amedrentar y extorsionar al país, en caso de conflictos internos.

«El Partido Liberal, no ha dejado ningún beneficio de aspecto social; por el contrario, no se ha preocupado por las clases humildes, en cuya explotación inhumana se ha complicado. Nunca ha habido mayor distanciamiento entre las diversas clases sociales y un mayor descontento de las masas obreras, cuyas justas peticiones, fueron violentamente acalladas. Sin embargo, en el haber de este gobierno, debemos anotar en justicia, el incremento de la instrucción sobre bases científicas y la organización del ejército sobre principios técnicos. Una fracción del partido liberal disiente de la política gubernamental y sostiene una tenaz y obstinada campaña de oposición y desprestigio que culmina con la Revolución de julio de 1920, por cuyo medio asciende al Poder el Partido Republicano, que luego se divide en saavedrista y Genuino, ambos personalistas y de gran ambiente popular.

«El primer grupo en el poder, se caracteriza por su deslealtad a su tesis portuaria, sosteniendo en el gobierno, el respeto a los tratados en general. no obstante haber sido su plataforma política la tesis contraria en lo referente a Chile, es decir, la nulidad de dicho tratado.

«Legado de este gobierno es el empréstito Nico-

laus, el más oneroso que el país ha soportado, con interés del 8%, con la imposibilidad de poderlo redimir sino en plazo fijo y con un precio de 5 puntos, comprometiéndose por otra parte todas las rentas públicas, hasta fondos que no lo pertenecían, como los bonos Morgan y las riquezas y rentas que pudiera tener el país en el futuro, hipotecando además las acciones que la Nación tenía en el Banco de la Nación Boliviana, agregando a todo esto, la inspección fiscal permanente de los banqueros sobre la recaudación de las rentas con que se garantiza el empréstito, que implica una declinatoria de la soberanía nacional. Este empréstito si bien se empleó en parte para convertir los empréstitos anteriores, no se explica tomando en cuenta que el interés pagado fué superior en dos puntos al que se pagaba por las deudas convertidas, con un 6% de interés.

«Otro empréstito de este gobierno, con parecidas características fué el Clyn Mills y Co., por \$\$ oro 2.916.000 que se destinaron al ferrocarril Potosí-Sucre.

«La Patiño Mines, aprovechó el estado de penuria económica del país, para comprometer al gobierno la estabilidad de los impuestos internos, durante cinco años, a cambio de un empréstito interno de ££ 600.000.

«El total de la deuda que deja el partido republicano, alcanza a Bs. 165.000.000, porque a los anteriormente señalados, hay que agregar los Bonos Pro-Centenario, Vales de Aduana y los déficits de presupuestos. Si se toman en cuenta las deudas convertidas, el saldo de la deuda de este gobierno, es de Bs. 50.000.000. En esta época, comenzó lamentablemente la relajación de la disciplina militar. Este período, fué uno de los más difíciles de la vida republicana, por repercusión de la crisis mun-

dial emergente de la Guerra Europea y porque el régimen, tuvo que pasar con el arma al hombro para defender su estabilidad amagada por conatos revolucionarios; por estos motivos, fueron constantes los estados de sitio, las persecuciones, confinamientos y destierro de ciudadanos opositores. La acción social en favor de las clases trabajadoras fué intensa, con la promulgación de las primeras leyes sociales, que benefician al obrero y proletariado en general.

«Llegamos al periodo del Presidente Siles, que desde el gobierno, organiza el Partido Nacionalista, con una pléyade brillante de juventud, que lamentablemente se malea en el poder. Durante este período, se coloca el empréstito externo con Dillon Read y Co., por \$\$ oro 14.000.000 y otro de \$\$ oro 32.000.000; a los que debe agregarse los Bonos de la South American Mines; el resultante del monopolio de fósforos; los déficits presupuestarios y otras deudas flotantes que sumadas a las anteriores, hacen un total de Bs. 147.000.000, de los cuales se pueden computar como deuda neta Bs. 50.000.000, ya que el saldo se empleó para redimir empréstitos anteriores.

«Durante este gobierno, continuaron los métodos de violencia contra las masas indefensas, fueron restringidas las libertades y derechos ciudadanos, siguieron los confinamientos y destierros, clausura de diarios, etc.

«Es de justicia reconocer que el Presidente Siles, evitó la guerra con el Paraguay, un conflicto armado que parecía inminente a raíz de los sucesos de Vanguardia; en circunstancias en que Bolivia no estaba preparada para la guerra. Su política internacional, supo sortear las dificultades, y sobreponerse a la enorme presión po-

pular que en momentos de efervescencia patriótica irreflexiva, pedía soluciones de hecho.

«Entre paréntesis, yo particularmente, sin haberme preocupado nunca del gobierno ni de sus componentes, últimamente he sido objeto de una agresión a mano armada, en circunstancias en que me recogía a mi casa y gracias a la oportuna intervención de mi amigo el Comandante Eléspuru, Adjunto Militar de Perú, me he librado de un seguro asesinato; nuestro hermano Daniel, no obstante su alta investidura de Presidente de la H. Cámara de Diputados, ha sido agredido en pleno recinto del Parlamento; nuestro hermano Napoleón, ha sufrido iguales vejámenes. Así, una enorme suma de atropellos a las garantías constitucionales, han culminado con el propósito de continuidad del mandato presidencial, que como violación de principio constitucional, ha precipitado la revolución y el estado actual de cosas.

«La Junta Militar de Gobierno, no tiene otro anhelo, que el de imponer el imperio de la Constitución; que el pueblo elija libremente a sus conductores, para que en seguida vuelvan los representantes de las Instituciones Armadas a sus cuarteles.

«Con esta larga carta, he querido recordarte algunos aspectos de preocupación, para en su caso, orientar a los gobiernos futuros, sin tomar jamás una ingerencia directa en política; a fin de que nuestro pueblo, no sea más engañado por los traficantes, cuyos errores y responsabilidades he delineado rápidamente; para deducir experiencias y buscar el origen de los males que aquejan a la Nación, a fin de que medites sobre los graves problemas de nuestra Patria y para que los buenos bolivianos, encuentren soluciones definitivas, particularmente,



los que como tú, han tenido la suerte de tener cultura universitaria.

«Sé que estás en ese fortín, como Cmdte. de Destacamento; trabaja al servicio del Ejército, con el entusiasmo y voluntad de siempre, para responder dignamente al cargo en esa frontera de la Patria, donde todo debe ser disciplina, carácter, perseverancia y abnegación en ese sacrificado puesto del deber; sin olvidar que siempre, es un gran honor prestar servicios militares, en la dilatada zona de fronteras del País».

Nos parece que Bilbao, aún inédito como quedó su prieto y valiente extracto, ingresó por el sólo hecho de una exégesis de esta clase, tan minuciosa como bien saturada de método y conclusiones, a ese reducido grupo de historiadores puntuales, veraces, imparciales, sin que el miedo, el rencor o la propia aflicción puedan intervenir a torcer el camino de los juicios exactos y ejemplarizadores. Demás estará decir que los que se guían por esta suerte de principios y traducen o interpretan los acontecimientos históricos con afán de hacer respetable y perenne lo que escriben y dejar buena opinión de sus personas y sentido crítico, son los únicos que laboran bien encaminados para que la Verdad sea el basamento angular de la Historia, conductora y émula de los tiempos, testimonio de lo pretérito, paradigma y nuncio de lo presente, anticipación y advertencia de lo futuro.

---



*«Hay pocos hombres que, poseyendo entendimiento, estén al mismo tiempo capacitados para la acción. El entendimiento ensancha pero paraliza; la acción vivifica pero limita».*

(Goethe)

### XIII

Por Orden General de 9 de marzo de 1931, el teniente coronel Bilbao Rioja fué destinado como Director de la Escuela de Aviación Militar.

Por esos días asumía el mando constitucional de la República el Dr. Daniel Salamanca, personaje que había descollado con luz propia e innegable autoridad moral en la política boliviana de este siglo.

A sus dotes de talento y de desprendimiento cívico, el Dr. Salamanca unía magnificas condiciones de orador, académico en el decir e incisivo en la intención, por más que su aticismo, en veces cáustico, estuviera siempre regulado por la nota discreta de su modestia personal, de su simpática inhibición para connotarse y de su depurada educación y muy amplia cultura. El Parlamento había sido la principal palestra de sus triunfos, ya que la sutileza elegante de su espíritu había rehusado in-

tuitivamente tener un exceso de familiaridad con las masas. Su desconocimiento de los resortes demagógicos, por otra parte, le había inclinado a servirse de la verdad y de la lógica como no es corriente que se vea en el campo litigioso y prosaico de la política. Así la figura intelectual y moral de Salamanca llegó a tener relieves inconfundibles, lo que no podría ser negado ni por sus más inclementes adversarios. Aquel conjunto de disposiciones le indujeron insensiblemente a hacer de la oposición parlamentaria su gimnasia preferida a la vez que el broquel de su alma sedienta de justicia y de pureza.

En un momento de desorientación y de zozobra tal cual fuera el derivado de los dramáticos episodios del mes de junio de 1930 y de los hechos sucedáneos, con contadas excepciones y prescindiendo con rara uniformidad de los apasionamientos partidaristas, la ciudadanía boliviana dirigió su visual selectiva hacia ese hombre de físico enteco, de natural reservado y hasta taciturno, pero que practicaba una vida limpia y, sobre todo, que sabía acomodar tan bellas cuanto sencillas galas retóricas, deslumbrantes como una epifanía y de sobria precisión en sus pinceladas afirmativas.

El incontestable talento general y particularmente jurídico del doctor Salamanca, aunque sustentado por un espíritu imbuido de superioridades éticas y un carácter erecto lindante con lo voluntarioso, empero no se había ejercitado lo suficiente en el terreno de la acción y de las responsabilidades materiales. Su temperamento era de luchador bajo formas suaves y parsimoniosas. Un gran idealismo de acción restallaba en lo profundo de su ser, por más que su sempiterno afán opositor le hubiese estratificado de algún modo entre paredes de duda y de

escepticismo. Cierta fanatismo de apreciación, aunque fundado substancialmente en la pureza y el ascetismo con relación a las ambiciones, a las lisonjas y a los honores, empujaba a Salamanca a las soluciones extremosas, así en lo moral como en lo político.

Lo contrario de Siles, que miraba con penetrante desconfianza una guerra por la irrestricta posesión del Chaco Boreal, el doctor Salamanca creyó que una afirmación rotunda de soberanía ahí sólo podía derivar promisorias consecuencias, amén de retemplar una gran fe nacional para lo venidero. La salida propia al curso navegable del río Paraguay; la aparición, por ende, de Bolivia y de su comercio en el inmenso sistema fluvial del Plata; el crecimiento de la personalidad internacional del país conjuntamente con las expectativas promisionistas que podían deducirse de una faena militar cumplida con holgura, pujanza y brillo, decidieron en el ánimo del doctor Salamanca y en el de sus colaboradores inmediatos la idea de que para represar con ventaja el cominillo expansivo del Paraguay en la contendida selva chaqueña, no había mejor solución que la de «pisar firme en el Chaco».

Se puede decir que, desde este instante, quedó abierta la puerta a la beligerancia armada entre las dos naciones, pues eran frecuentes e inevitables, por ambas partes, las incursiones explorativas y de afincamiento en la vecindad de las escasas cañadas con agua y nemorosas de vegetación alta, que se buscaban como el oro por patrullas armadas a través del dédalo enmarañado de esa enorme y al parecer indigna de disputa región desolada.

Felizmente para Bolivia, durante la Administración Siles se había concluido la carretera que unía Ta-

rija con el territorio del Chaco, y se había materializado con igual afortunada previsión el contrato de adquisición de implementos bélicos con la firma inglesa Vickers Armstrong; pero esto, ciertamente, siendo de capital importancia, no era todo lo deseable y justificado para autorizar el desencadenamiento de una guerra. El Paraguay, consciente de la crisis que se avecinaba y que sus propios móviles de mayor penetración provocaban, había realizado ingentes preparativos para habérselas con un adversario tres veces más poderoso económica y demográficamente hablando. Esta desproporción favorable a Bolivia no hubiese sido cuerdo desconocerla, pero, con todo, estaba sujeta a la condición «sine qua non» de que los diversos elementos constitutivos del potencial de guerra fuesen despertados, estimulados, armonizados adecuadamente a la verdadera magnitud de la tarea y puestos en acción simultáneamente o con un escalonamiento razonable en el distante y azaroso escenario, muy próximo a los centros poblados y activos del Paraguay, donde debía operarse la decisión, por lo menos de trascendencia inicial o parcial.

El doctor Salamanca, con genialidad teórica y notable valentía de corazón, no se arredró ante la incógnita ni permitió ser avasallado por las dificultades de la empresa, y soñando ver a su patria enaltecida en el concepto general y disfrutando de una soberanía sin restricciones, que su iluminado fervor patriótico probablemente vislumbraba para tiempos no remotos realizándose pacífica y provechosamente sobre los dos océanos a que tiende la gravitación geográfica y económica de Bolivia, sin pleguerías difusas ni exceso de circunloquios se dispuso a jugar su papel de «Señor» de la guerra, si ésta se

hacia inevitable. Nada era más extraño a la naturaleza de excepción de don Daniel Salamanca que el bizantinismo calculador y ambagioso de los cabildeos políticos. Su número y su alma abominaban de la indeterminación y de los trapicheos sórdidos, y, se puede decir, sus inspiraciones, a fuer de rectas y cristalinas, se remontaban a regiones algo etéreas para poder ser traducidas y aplicadas en la realidad de los fenómenos tangibles. Y era que Salamanca, aunque intuía mucho con su poderosa inteligencia y asotilada imaginación, no se percataba bien del interior de los hombres..... o lo hacía demasiado tarde. El dominio de lo real, de lo escuetamente objetivo no era su especialidad, pues se extraviaba en las subjetividades de quita y pon de los llamados a crear o conducir los hechos concretos. Sus puntos de vista e ilusiones, casi siempre en lo esencial bien fundados, empero carecían de esa consistencia que sólo puede otorgar la compenetración sagaz de todos los materiales concurrentes a su plasmación. Así, el Presidente Salamanca, a menudo se vió confrontado por durísimas realidades, de despejo relativamente fácil, pero que para él adquirían la insubsanabilidad de lo ineluctable, pues vivió apegado, con la tenacidad adhesiva de la yedra al muro, a sus métodos y a sus hombres, que podían ser eficaces en determinados aspectos, pero no expeditivos y acertados en lo principal.

Se afirma que ningún humano puede marrar su destino, y esto es aún más verosímil en las naturalezas altivas y conscientes de su fuerza.

El Presidente Salamanca, transformado en Capitán General de un ejército en campaña, por ficción constitucional, concluyó, luego de dilatadas y dramáticas

vicisitudes, por ser el principal responsable del fracaso en una guerra exterior en la que pusiera indoblegable entusiasmo y una enorme esperanza redentora.

No obstante haber tenido especialísimos aciertos para apreciar no pocos momentos y disyuntivas, se resintió de firmeza por motivo de esa desorientación y de esa inseguridad que son indivisibles de las intuiciones divorciadas de los convencimientos doctrinarios.

El hecho fehaciente e intensamente visto de que Comandos remisos con reiteración a la lógica de las armas y plagados de insuficiencias notorias, como señaladamente fueron los ejercidos por los generales Kundt y Peñaranda, que se perpetuaron inmutables ante la pasividad del poder nacional, incrédulo y desconfiado en lo profundo, hasta la consumación de hecatombes de conducción que hubieran podido evitarse, prueba que Salamanca —como Tejada Sorzano a continuación— fué sólo un director nominal de la campaña; pero esto no excluye ni puede aminorar su responsabilidad moral e histórica, ya que a un Jefe de Estado, en trance de guerra internacional, lo menos que se le puede exigir es acierto en la elección de los conductores técnicos de las fuerzas; y Bolivia, los sucesos lo demostraron, tenía hombres suficientemente capacitados para esta función, por más que habitualmente resultasen relegados por el juego de intervenciones ajeno al interés militar, o sólo utilizados —como ocurriera con el coronel Bilbao Rioja— para enderezar lo defectuoso o salvar lo que no se podía perder, aunque en artículo *mortem*... y, una vez conjurado el peligro, se volvía a lo anterior...

Un poder de esencia civilista como fué el ejercido por Salamanca, fatalmente debió rodearse de sus-



picacias acerca de la lealtad de los militares, que resultaban realzados en el concepto público por causa de tenerse entonces como inminente una guerra extranjera. En este respecto hay que hacer notar que el Presidente era muy celoso de sus prerrogativas, lo que es frecuente advertir en los hombres que han subido al poder luego de haber practicado sistemáticamente la oposición a los gobiernos. Por esto, quizá, y previendo reacciones o formación de camarillas adversas, el Presidente Salamanca se aconsejó rodearse con un grupo denso de amigos personales, eligiéndolos de preferencia entre sus conterráneos de la «patria chica» (Cochabamba), cuyo sentimiento de orgullosa adhesión a su persona de hijo ilustre de la región, podía ser suficiente resguardo contra los riesgos y avatares de otras procedencias. Se puede decir que, no obstante ser la cultura de Salamanca de las más aventajadas, y de tipo universalista en lo intelectual, en lo moral se supeditaba a las limitaciones que imponen los sentimientos y los afectos del terruño natal. Se confirmaba esta tendencia por el sello patriarcal de su carácter y hábitos, y por el hecho, algo insólito en un hombre de su condición y medios de fortuna, de no haber tenido contacto directo con el mundo exterior. De esta guisa, la vitalidad de pensamiento y de reflexión que había en don Daniel Salamanca tendió a la introversión, y su horizonte mental que intrínsecamente era muy amplio, se vió a menudo deprimido por las nebulosidades de las clientelas políticas o simplemente por absorbentes compromisos de campanarios.

Por lo demás, lo anterior representa un mal insensiblemente generalizado en los países que, como Bolivia, arrastran en su torrente circulatorio un se-

dimento variable aunque constante de pasión regionalista.

El Presidente Salamanca llevaba en su retina y en su alma la visión de una patria grande y redimida de dolores ancestrales, pero no dejaba de ser humano, y como tal, en sus delirios, buscaba el báculo cariñoso que él creía que sólo sus áulicos podían ofrecerle. De este modo, su esfera de acción fué paulatinamente restringiéndose, probablemente sin que él mismo lo advirtiese. La guerra del Chaco y particularmente su curso accidentado y ominoso, vino a poner en evidencia una especie de eclipse para la autoridad moral del Dr. Salamanca, que antes fulgurara como un sol.

Y la explicación de esto hay que buscarla más en el círculo de hombres que le colaboró, que en su persona misma, ya que la tenacidad de carácter que se le reconocía al primer mandatario de la nación, y que para muchos era indomeñable terquedad, se desvanecía corrientemente a influjos de la amistad y de la sugestión afectiva, pues, a despecho de su exterioridad seca, que hacía presagiar un inflexible ascetismo del espíritu, el doctor Salamanca poseía un fondo sensible y propenso a las intensas emociones del corazón.

La experiencia dejada por los regímenes anteriores, en cuyo ejercicio se había agitado como badajo de campana hasta la saciedad la jactancia retórica acerca de la libertad y garantías individuales «impolutas», lo que estaba contradicho por la realidad de las cosas, había concretado, como resultado más o menos permanente de la revolución constitucionalista de 1930, una fuerte aspiración en el sentido de evitar en lo sucesivo los exce-

sos de autoridad y las extravasaciones legales o morales de los gobernantes y de la política.

El Ejército, que se había asociado al pueblo en este propósito y que había encarnado la aspiración de rectitud y legalidad en el manejo de la gestión pública, durante su paso interino por el Gobierno, parecía ser tácitamente el llamado para velar no solamente por el orden institucional del país, que es su deber taxativo, sino también por las sanas prácticas del juego democrático, a objeto de conjurar todo nuevo intento de recaída en los personalismos de otrora.

Esto podía ser tildado como una extraña función tutelar, posiblemente extemporánea y peligrosa en su raíz, pero no hay que olvidar que la nación todavía estaba convaleciente después de una grave crisis y, lo que era aún más substancial, se hallaba cada día más abocada a sostener una guerra exterior con motivo de la ambición paraguaya de ensanchar su ocupación en la zona que Bolivia tenía como patrimonio suyo por considerar había formado parte de la colonial jurisdicción de Charcas. El teniente coronel Bilbao Rioja, por su prestigio tan justamente ganado, por sus responsabilidades morales emergentes de su desempeño en el Gobierno del país, por su probada convicción legalista y de prescindencia del Ejército en achaques políticos, era uno de los bolivianos que más inquietud experimentaba por el porvenir de la nacionalidad.

Bilbao creía y probablemente argumentaba en corrillos serios, que los gobiernos y el Ejército debían ajustarse estrictamente a la órbita marcada por sus deberes específicos, sin invadirse sus funciones y prescindiendo de atraerse o inculparse capciosamente, y que

si alguna alteración se presentaba en este orden, debía sé, en procura de la normalidad, apelarse sin demora a la majestad de la Ley, para evitar mayores males, cuyos nocivos ejemplos por lo demás estaban a la vista con la disociación ocasionada en el país y agravada profesional y espiritualmente en el seno de la institución militar, como consecuencia del conflicto interno del año 1930.

El punto de vista de Bilbao, era claro y patriótico: trabajar cada institución y cada sujeto en su puesto, descartando el uso de combinaciones y triquiñuelas dirigidas a satisfacer apetitos subalternos, a objeto de poder alcanzar el máximo de organización y de eficiencia para encarar en su hora y con las mayores probabilidades de éxito la suprema prueba de la defensa nacional.

Esta tesis honrada y a la altura de un consciente amor a la patria, no dejó de producir suspicacias en los círculos políticos y produjo un desabrimiento hostil en no pocos militares. La verdad es que una doctrina semejante lastimaba orgullos y expectativas en gérmen y se chocaba con lo inveterado en la materia y que se tenía por bueno y hasta excelente, puesto que producía intermitentemente turnos auspiciosos para buen golpe de personas con el consabido disfrute de las regalías del poder.

En este estado las cosas, el teniente coronel Bilbao Rioja recibió orden de trasladarse al Chaco, donde debía efectuar una trascendental y severa labor preparatoria para un presunto empleo de combate de la fuerza aérea. Fué esta una gran previsión, una de las pocas de este carácter, de parte del Gobierno y del Estado Mayor General. Acaso fué también inspirada por un móvil preventivo en lo relacionado con el creciente prestigio de

Bilbao Rioja. No sería ello improbable; mas, con todo, la misión que le fuera conferida significó un paso impostergable para entonar la serenidad de los ánimos alterados por las cotidianas noticias de los aprestos bélicos que realizaba el Gobierno del Presidente Guggiari en el Paraguay.

Nuestro biografiado se ha referido a este episodio de su carrera:

«En esta época, se inició la fiebre de abrir caminos en el Chaco, y efectuar una serie de exploraciones aéreas. Con este motivo fui designado para dirigir la ampliación de muchos campos de aterrizaje en el Chaco y construir hangares en Villa Montes. Me trasladé al Chaco y con ayuda de mi personal, cumplí en forma satisfactoria la misión. En este trabajo tuve la cooperación eficaz de los obreros nacionales Julio Lazarte, Mercado, y otros, cuyos nombres no recuerdo, quienes trabajaron un minimum de 14 horas diarias por varios meses. Todos los materiales de construcción los compré y transporté desde Tucumán.

«En los primeros meses de 1932, regresé a La Paz, encontrando el ambiente político en las esferas del Gobierno con bastante temor en contra de mi persona; no supe las razones».

La verdad es que por razones de intrigas, torcidas emulaciones o por apreciarse por algunos la sana ideología constructiva de Bilbao como una amenaza latente de caudillaje, el Gobierno observaba con el rabillo del ojo los pasos de aquél. En esta incertidumbre, un político muy afecto al Presidente Salamanca, y que tenía la particularidad de haber sido condiscípulo de Bilbao en Cochabamba, deseó tener una conversación amistosa con

éste. En la charla, de la mayor cordialidad e intimidad, se cambiaron multitud de ideas sobre los métodos que mejor podían influir para encarrilar benéficamente las dispersas energías nacionales, pues el estallido con el Paraguay parecía entonces cosa de días o a lo sumo de semanas.

El teniente coronel Bilbao, con la franqueza que le es innata puso los puntos sobre las íes en numerosas cuestiones que clamaban por buenos arbitrios y que a la sazón se veían abandonadas, preteridas o mal encauzadas, e instó a su confidente, que era personaje connotado del régimen, a que el Gobierno las absolviese de algún modo.

De resultas de esta charla, el Gobierno informado infidente y alarmistamente de su sustancia, adoptando disposiciones policiales y órdenes de apremio, decidió la inmediata salida del territorio de la República del confiado Jefe de la Fuerza Aérea, por medio de su nombramiento como Adjunto Militar a la Legación acreditada en la República Argentina. Es de advertir que el flamante representante militar en la nación del Sur fué escoltado hasta Villazón por polizontes del régimen, amén de la distracción en que se incurrió de no abonarle bagajes ni viáticos.

La breve estada en Buenos Aires, del teniente coronel Bilbao, pudo ser estimada profícua para Bolivia y su grado de advertencia política y militar. Su Adjunto Militar, posponiendo toda consideración mezquina, se dió a su labor con el celo y el tesón en él característicos en todo lo que podía relacionarse con la ventura o la seguridad de su patria,

Suyas son estas frases sobre el cumplimiento de su misión:

«Una orden General del mes de mayo de 1932, dispuso mi salida del país, como Agregado Militar en la Legación de Bolivia en Buenos Aires, cargo que desempeñé hasta mediados de agosto o principios de septiembre del mismo año; regresando a Bolivia a petición expresa mía, para tomar parte en la contienda con el Paraguay.

«Durante los preliminares de la campaña, envié por conducto de la Legación, una amplia información semanal de todos los preparativos del Paraguay.

«En mis funciones, tenía personal que pagado por mí, viajaba hasta Asunción y Concepción, para captar informaciones exactas de lo que pasaba con la movilización del Ejército Paraguayo. Muchos documentos se han insertado en los libros del Coronel Dn. Aquiles Vergara Vicuña.

«Mi haber, fué de 220 pesos, suma con la cual apenas podía pagar una habitación amueblada y atender los gastos de alimentación.

«Como secretario de la Cruz Roja Boliviana en Buenos Aires, compré y remití personalmente, 50 catres de campaña para el primer hospital de Villa Montes, y 200 machetes de monte para la tropa.

«El Dr. Sánchez Bustamante, Ministro de Bolivia, antiguo amigo personal, me guardó mucha consideración, al igual que su respetable señora y familia».

Estas actuaciones de Bilbao Rioja en Buenos Aires, en sí mismas valiosas por lo que contenían de iniciativa y avisada diligencia, serían un anticipo de lo que

su cerebro razonador y espíritu vibrante, alistaban como ofrenda a la patria apenas ésta traspasase los umbrales de lo incierto y de lo trágico, que es siempre una colisión violenta entre pueblos.



*«La vida es tan solo la piedra  
de toque para probar en  
ella el alma»  
(Browning).*

#### XIV

Comenzaremos la síntesis de la actuación del teniente general Bilbao Rioja en la guerra del Chaco, con un esbozo preliminar suyo:

«Al regreso a La Paz, al día siguiente de mi llegada, recibí un Memorándum del Estado Mayor General, firmado por el Sr. General Osorio, para trasladarme a Villa Montes y Saavedra, y desempeñar las funciones de Inspector General de Aviación, habiendo recibido también instrucciones para la organización de la Aviación Militar como asimismo la de transporte.

«En mi carácter de Inspector noté inmediatamente la incapacidad del C. I. C. E. (Comando del I Cuerpo de Ejército) para un empleo técnico de la Aviación. En pocas semanas, se había agotado al personal con misiones absurdas y gastado el material de aviones y los pocos repuestos de que aquella disponía.

«Después de haber volado sobre Boquerón y estudiado todo el teatro de operaciones desde el punto de vista técnico y atendiendo a las numerosas reclamaciones ya presentadas al Estado Mayor General, busqué una en-

trevista con el Comandante del I. C. E. General Quintanilla. Esta entrevista, se llevó a cabo con oportunidad de la visita del General don Ismael Montes al Chaco, en Muñoz. En dicho acto, me permití una exposición respetuosa y muy disciplinada, de la forma del empleo de la Aviación y evitar una suspensión indefinida de cooperación por el agotamiento y carencia de repuestos y combustibles de aviación. Al principio me oyó, y luego, se indignó de tal manera, que levantó la voz y quiso tratarme en la forma que acostumbraba tratar a otros subordinados. Perdí la calma y la serenidad, contestándole en forma más fuerte y rotunda. Sacó una pistola, pero la mía ya estaba sobre el cráneo de Quintanilla. Ante esta algarabía de voces, salió de una habitación el General Montes, quien nos aconsejó mayor prudencia y entendimiento.

«Es el caso que, después de tres o cuatro días. Quintanilla salía del Chaco, destituido por el Estado Mayor General y por el Capitán General del Ejército, por su incapacidad en las acciones de Boquerón».

«Es de esperar, que dicho General, antes de su muerte, escriba el comunicado oficial de la caída de Boquerón, porque oficialmente, hasta hoy, siguen combatiendo nuestros soldados en la defensa de Boquerón, contra los soldaditos paraguayos con pantalones blancos».

Como se deduce de lo anterior, amén de la vena varonil y hasta humorística que Bilbao luce en ciertas aserciones, lo principal era que el instrumento de combate que tan concienzuda y pacientemente había preparado, había corrido en parte la suerte de la desorientación técnica y desarticulación orgánica, a que se vieron sometidos el Gobierno y los altos comandos militares, du-

rante la fase inicial de la contienda abierta entre Paraguay y Bolivia.

Fundamentalmente se había desdeñado al adversario y su potencial bélico puesto en el terreno, por más que, poco antes, el mismo Bilbao Rioja, desde su cargo de adjunto militar en Buenos Aires, enviara mucha información a La Paz, acerca de la cuantía de los contingentes que partían desde Asunción entre charangos y vítores esperanzados, hacia Concepción y Casado, puntos de concentración de las fuerzas destinadas a operar en el Chaco.

Se había, además, prescindido de las leyes de la lógica y de la logística, según las cuales un ejército de campaña sólo vale y es poderoso por su capacidad práctica de hacer suya la iniciativa y poder llevar adelante con los medios suficientes, la explotación de la sorpresa o de alguna situación ventajosa. En este punto, se había literalmente pasado por alto la enorme diferencia abismal por entero a las expectativas del Paraguay, como a la condición y extensión comparativas de las líneas de comunicaciones que unían a las tropas en contacto directo con sus respectivos centros de operaciones. Además se agregaba que la punta de rieles de Villazón (Bolivia) distaba no menos de mil kilómetros de la línea de batalla, en tanto que la de «Coronel Martínez» apenas si estaba alejada por unos pocos del sitio de reunión y ramificación de los grandes agrupamientos tácticos paraguayos. Todavía, se puede añadir, Bolivia no tenía organizado siquiera un remedo de servicio de transporte —los vehículos motorizados que se requisaron para el efecto, a pesar de insuficientes resultaron casi totalmente inadecuados para sobreponerse a las características de las rutas c

queñas, y esto sin tener en cuenta las interminables y afiebradas etapas. De aquí que el Paraguay estuviese antes de treinta días en situación de mover ofensivamente tres Divisiones, fuerte cada una de seis mil hombres, dotadas del armamento y equipo aconsejables para encarar una lucha moderna; y que Bolivia sólo pudiese transportar con un enorme sacrificio y de un modo desesperantemente escalonado para reforzar las unidades virtualmente en cuadros de 4<sup>a</sup>. División, unos pocos regimientos de línea robustecidos por una movilización de reservistas bastante parsimoniosa en cuanto a previsión y efecto de masa. El dicho popular en boga entonces, de «acción con cuenta-gotas», traduce con incontestable propiedad la fisonomía del esfuerzo desenvuelto por Bolivia al inaugurarse el ciclo de las furias desatadas. Pero, lo más negativo y desconcertante no fueron precisamente las dificultades logísticas ni las omisiones orgánicas y técnicas; lo más trágico residió en el incurable optimismo de un Gobierno —que veía la desproporción financiera y demográfica favorable a Bolivia, volcada como por arte de encantamiento en el confín remoto y carente de todo recurso en medio del misterio y de las acechanzas de la disputada jungla—, y en porción no más pequeña, en la defectuosa apreciación que sobre el problema militar se formularon y exteriorizaron. con ficción promisoría y al parecer convincente, los comandos superiores de las fuerzas altiplánicas.

Así, pues, el choque rudo con la realidad, aunque sorprendió de una manera desconsoladora a los altos jefes bolivianos, no les deparó por ello un raciocinio salvador, y la obstinación orgullosa continuó por algún tiempo insumiendo gastos ingentes, gestos heroicos, des.

plantas de bravura, energías aisladas y nulamente dosificadas, mucho dolor y cuantioso despilfarro de sangre, para sostener posiciones ligadas a objetivos indeterminados cuando no extravagantes, que la razón de Estado imponía ciegamente con su propia ceguera, pero que la lógica de los sucesos y guarismos en confrontación ordenaba ceder antes que fuese demasiado tarde.

En cambio del malgasto, casi irredimible, de los mejores soldados instruidos de Bolivia, de una buena cuota de su oficialidad profesional, de la moral, que se desgasta y se deprecia cuando se ve menospreciada por la fortuna, surgió límpida y airosa la epopeya: BOQUERON!

Y este nombre sirvió de conjuro para evitar el desastre total de los espíritus, mas no de igual manera para impedir el descalabro físico y la consiguiente pérdida de energía moral aneja a éste.

Bilbao Rioja, como Jefe de la Fuerza Aérea y como piloto él mismo; se había podido dar cuenta cabal del proceso dislacerante y dissociador que el error y la terquedad traían consigo. No obstante de que frecuentemente los medios aéreos eran utilizados por el Comando de las fuerzas de tierra de un modo indocto y caprichoso, incluso en misiones nerviosas y pueriles, casi siempre exhaustivas y estériles, los escasos aviadores bolivianos, dueños del espacio como eran, habían conseguido captar una visión general y también pormenorizada de lo que realmente estaba ocurriendo y de lo que como fatal corolario le esperaba al ejército en campaña de su patria.

A pesar de que los paraguayos se desplazaban cautamente, cuidadosos de su material vital, de suyo reducido, las consecuencias del desproporcionado choque

fueron visibles desde el comienzo del despliegue afectuado por las frescas y bien dotadas divisiones bajo el mando del teniente coronel Estigarribia. Mas el Comando boliviano no lo estimó así, y su empecinamiento y miope visión de los acontecimientos, arrastró al ejército de cuatro a cinco mil hombres, que Bolivia había logrado concentrar para romper el cerco de Boquerón, a una condición cercana al más pavoroso de los vencimientos.

Al cansancio de una lucha dispareja, prolongada con ardimiento por dos meses, sin tregua, respiro ni estímulo, se unió la depresión del abandono, de la hosquedad de los elementos, de las penurias orgánicas en condición incoercible, de la inhabilidad de la conducción superior, que destilaba lentamente la desesperanza... De esta guisa, las cesiones de líneas, las pérdidas de vidas y de materiales, las sangrías aplicadas como sanguijuelas en la fe y en los ánimos, la desesperación de continuar existiendo sin vivir ya ninguna forma de vida plena, la duda hiriente y sarcástica de que luego de esa dilatada era de tinieblas no habría seguramente la alborada de ningún amanecer más pródigo, fué paulatinamente minando las naturalezas, aún más superabundantemente dotadas, y royendo los espíritus resistentes con el escepticismo de la guerra y del deber y la negación total de la idea altruista.

Fué un complejo colectivo morboso que el Comando paraguayo no advirtió en toda su intensidad y que, en todo caso, desaprovechó.

Luego de la pérdida del importante nudo estratégico de Arce, se pudo ver con alguna claridad, aún por los más obcecados optimistas, el curso desastroso de los acontecimientos. Parecía en verdad que en un mo-

mento cualquiera Bolivia tendría que recurrir a una solicitud de paz para salvar los últimos restos de su poderío militar en el Chaco. Hubo consiguientemente cambios y relevos. El general Osorio fué reemplazado por el general Lanza en la Jefatura del Estado Mayor General. El general Quintanilla por el coronel Francisco Peña, en el Comando del I Cuerpo de Ejército.

Este último cambio, sin embargo de su esencia transitoria, pues Peña asumió el mando de las tropas con carácter interino, debía ser trascendente en resultados inmediatos.

El ex-Cmdte. de la 4<sup>a</sup>. División, coronel Peña, inteligente y avisado, se había penetrado exactamente de las realidades, y ya en los días del asedio paraguayo de Boquerón, había salvado su responsabilidad profesional e histórica elevando al Comando de Quintanilla las más perentorias sugerencias en pro del repliegue desde Boquerón, cuando todavía era posible efectuarlo de un modo producente. Incluso Peña llegó a dictar para Marzana la orden de abandono del fortín, la que no fué cumplida por la interposición dilatoria y en el fondo reticente del Comando del Cuerpo.

Con este grado de advertencia, era natural que Peña torturase su magín en la búsqueda de un oficial superior de condiciones suficientemente idóneas para abocarlo al restablecimiento de la situación. Pocos días más que transcurriesen en ese estado de abulia y de frustración anímica, eludiéndose hasta la expectativa de organizar un sistema de contención, y seguramente las consecuencias de ello hubiesen sido irreparables.

El coronel Peña, aunque abrumado por las noticias procedentes de la línea, que en sus sucesivos replie-

gues forzados ya no tenía ni una mera estructura de tal, decidió una medida sencilla pero eficaz.

Era un hecho visible que, ya fuese por el cansancio producido por la prolongada brega o por factores atribuibles a la conducción intrínseca de sus principales personeros, el Comando de la 4ª. División se hallaba desorientado y como empequeñecido ante la magnitud de la tarea. A esto se agregaba, el estado de anarquía y de rebelión que denominaba en la casi totalidad de la tropa, que ya de una manera ostensible se negaba a sostenerse firme en el terreno que las directivas fijaban.

La deducción a extraer de todo esto era evidente y, sin embargo, verdaderamente difícil de reconocer y patentizar en esas jornadas inciertas y turbias: inyectar una nueva tónica de capacitación y de moral en el Comando de las tropas.

El coronel Peñaranda era un soldado honrado y valiente, pero requería a su lado un oficial de carácter; imbuido de los secretos de la conducción y de amplia versación técnica.

Peña desenredó el ovillo que el problema significaba y pidió al Inspector General de las Fuerzas Aéreas que se hiciese cargo de la Jefatura de Estado Mayor de la 4ª. División.

Bilbao pudo bien resistirse a este requerimiento del angustiado coronel Peña. La situación militar a que se había llegado era por demás deplorable y no ofrecía ningún resquicio prometedor. Además, el cargo que desempeñaba el teniente coronel Bilbao en la Aviación era autónomo con respecto a los grandes comandos del Chaco, y su jerarquía era superior en mucho a la del arriscado y plagado de responsabilidades demoledoras que se le ofrecía.



Pero, felizmente, el criterio conceptuoso del requerido se inclinaba a creer como Tennyson que «hay que buscar, hallar, luchar, y no ceder» en las horas de prueba, y este imperativo recóndito, propio de su fortaleza de alma, le decidió a compartir el amargo pan de los desaciertos y de las claudicaciones de que otros fueron incuriosos o culpables autores.

Se requería de un gran patriotismo, de una serenidad luminosa de espíritu, de una abnegación personal rayana en la renunciación, de una impasibilidad estoica frente al peligro, para aceptar en pleno pródromo de las más tristes realidades, el cargo que el coronel Peña invocando la Patria desgarrada y los manes de la amistad, le ofreciera en un instante único por la desolación de lo trágico y la grandeza del infortunio. Quizá pocas veces Bernardino Bilbao Rioja fué más digno de sus merecimientos y de su destino que en esta ocasión. Nada podía ser auspicioso para ensayar un vuelco de la fortuna. Solamente cierta flojedad y aun pasividad que denotaba a partir de la toma de Arce el adversario, parecía brindar tímidamente la última probabilidad de reconstitución del valor combativo de la castigada tropa. Pero, para llegar a ello cuánto había que alistar y luchar! Sólo pensarlo escalofriaba y hacía torcer el ceño a los más resueltos.

La verdad era que en esos días, a todo lo largo y ancho del ámbito boliviano, las conciencias enmudecidas por la desgracia anhelaban cualquier solución que pusiera fin a tanta penalidad, y este pensamiento parecía admitir implícitamente los perjuicios inherentes a la desventura que sus armas sufrieran.

No hay necesidad de poseer una triscadora imaginación para formularse una idea aproximada de lo

que fueron esos días y esas vicisitudes desde la bifurcación de Arce, pasando por Alihuatá, hasta llegar a la línea contentiva y bañada por una luz refulgente de promesas redivivas del KILOMETRO 7, linde Sur de un ancho y extenso pajonal ubicado al Norte del fortín boliviano Saavedra.

Bilbao Rioja había sobrevolado centenares de veces sobre ese campo, que con su aridez atenuada por los movimientos ondulantes de un hierbal de tono variable, a influjo de la estación, de la luz y de los vientos, contradecía las leyes vegetativas del Chaco, procreadoras de la maraña y de la impenetrabilidad sombría aparejada a los horizontes ahogados, sin perspectivas de espacio ni referencias orientadoras.

En el conocido y gigantesco pajonal, el ojo clínico profesional vislumbraba excelencias defensivas de primer orden, al contarse con la decisión y los medios como afianzar una resistencia tenaz.

Sería esta la línea fijada por el flamante Jefe de E. M. de la 4<sup>a</sup>. División, después que aceptara la honrosa tarea que le fuera confiada. Con anterioridad siempre había pensado en ella, llegando de esta guisa a familiarizarse con sus características. También el coronel Peña señaló las ventajas del referido campo y coincidió entusiásticamente con la apreciación de Bilbao; y, por fin, el coronel Peñaranda, que en un comienzo había proyectado reorganizar sus unidades en el punto a donde había llegado, es decir, en la línea de Alihuatá, que resultaba amenazada desde Charata, al Oeste, y desde Gondra, al Este, también manifestó su conformidad firmando la orden de reorganización de las unidades y de repliegue al Kilómetro 7, que su nuevo Jefe de E. M. le presentara cuando,

en la tarde del 24 de octubre de 1932 éste se apersonó en el precario puesto de Comando, en el fortín Alihuatá, a raíz de la arenga conocida por este nombre, por medio de la cual y de un modo fuertemente singular pero que parecía estar aprobado por las circunstancias, el Comandante de la División llegó a formular una interrogación colectiva a sus subordinados acerca de su disposición para continuar llenando el deber patrio y militar.

Sobre la reorganización operada el día 24 de octubre, ya al descaecer de la tarde, en Alihuatá, es importante para dar a conocer el relieve que alcanzaría la actuación de Bilbao Rioja, y de los abnegados «Voluntarios de Alihuatá», atenerse a los siguientes antecedentes:

Del Cmdte. de la 4ª. División al Cmdte. del I. C. E., Alihuatá, 24—X—32.— Hs. 7.35.

.....

«De acuerdo su comunicado de ayer he seleccionado personal oficiales y tropas que aún conservan valor combativo.

Desgraciadamente efectivo es escasísimo que apenas asciende alrededor de 300 que sumamos al «Loa», «Campero», «Campos», que deben incorporarse dará cerca de 700, que quedará organizado hasta mañana.

Resto Cuarta División que viajó ésa (Muñoz) órdenes coronel Ariñez, es masa incontable como defensores suelo patrio, a la vez que debemos la vergüenza y pérdida nuestros puestos militares, por no contar con soldados para defensa; aunque asisteme convicción que al menor éxito de otros sectores, reanimáranse volviendo recobrar brío demostrando en muchas acciones heroicas.— (Fdo.) Cnl. Peñaranda».

El coronel Peña comunicaba, a su vez, esta novedad dramática, al Jefe de Estado Mayor General en La Paz, con estos acápites.

«Intentamos a base pocas tropas quedan de «Campero» y «Loa» organizar Destacamento con voluntarios seleccionados Cuarta División que llegarán máximo a 400 hombres.

«Fué imposible conseguir reaccionar tropas con las que ensayóse todos medios. No se puede tomar medidas rigor contra tres mil hombres armados dispuestos a victimar oficiales.—(Fdo.) Cnl. Peña».

Como dijimos en nuestra «Historia de la Guerra del Chaco», tomo segundo, página 257. «Todo el contenido de estos despachos es pavoroso, al parecer irremediable, a pesar de la nota de alivio de haberse perdido el contacto con el enemigo, lo cual indicaba que éste no ejercía en esos momentos ninguna clase de persecución».

Y aquí insertamos los comunicados pertinentes a la designación y toma de posesión del teniente coronel Bilbao Rioja, de su cargo:

«MUÑOZ; 24-X-32.—ESMAYORAL-LA PAZ.

Por enfermedad Mayor Ayala y de acuerdo a plan proyectado con Sub-Jefe Esmayoral, Tcnl. Bilbao viajó posesionarse cargo Esmadiv. de Cuarta Div.—(Fdo.) Cnl. Peña».

«C. I. C. E.—MUÑOZ, 24—X—32.— Hs. 10.30.

Hoy viaja ésa Tcnl. Bilbao a reemplazar a My. Ayala que puede venir a medicarse a ésta en cuanto llegue Bilbao.— (Fdo.) Peña».

Sobre su nombramiento, Bilbao Rioja ha dejado sentado lo siguiente:

«A fines de octubre de 1932, una mañana, fui llamado por el Coronel Peña, a su oficina en Muñoz. En la entrevista me relató con lágrimas en los ojos la verdadera situación de las tropas del Norte del Fortín Arce, y me rogó, como amigo, que le ayudara a salvar la terrible situación, por Bolivia y por el Ejército. Entonces yo podía haberle negado mi ayuda, por el simple hecho que yo tenía una misión clara y definida con la Aviación, dictada por el Estado Mayor General, y no tenía por qué inmiscuirme en asuntos del Ejército, en los que no había intervenido en forma directa desde la iniciación de la guerra.

Por otra parte, como Inspector de la Aviación, no dependía ni tenía nada que hacer con el C. I. C. E. Mas, a tanto ruego de amistad, acepté el cargo de Jefe de Estado Mayor Divisionario, y me trasladé de inmediato al Fortín Alihuatá.

«El resto, se puede seguir en la «Historia del Chaco» del Sr. Coronel Vergara Vicuña.

«El Teniente General Toro, afirma en su publicación, que fué él, quien me hizo el marcado servicio de destinarme a dicho cargo, afirmación que carece de verdad».

La regla filosófica utilitaria que se condensa en el apotegma de conducta «Seguid vuestro interés», y que afinca su savia en lo más profundo de la condición humana, en ésta, como en muchas otras ocasiones, fué desestimada por Bilbao Rioja.

Como ya hemos adelantado, la situación que de un modo imprevisto e irregular se le ofreciera por conducto del coronel Peña y a instancia exclusiva de éste, no

podía halagar a nadie que tuviera conciencia de lo que pasaba y que alentara alguna pretensión de connotación para lo porvenir.

A Bilbao Rioja no podía escapársele que un reorganizador de elementos maltrechos y desmoralizados, en la hora nona de quebranto, llevaría consigo para sus propósitos un abrumador porcentaje de probabilidades de fracaso; y aún más, si por una regalía de la suerte y de la Providencia, su esfuerzo personal pudiese ser coronado por el éxito, su actuación pasaría inadvertida, puesto que sobre su autoridad realmente ejecutiva estaría la emblemática del jefe de las fuerzas.

Felizmente, en este punto, la previsión del coronel Peña llegó hasta considerar formalmente un otorgamiento de licencia al coronel Peñaranda, fundándose la resolución en el dilatado período de trabajo y desgaste que había soportado este jefe, y en el hecho más decidor aún, que su División virtualmente se debía deshecho.

De este último antecedente surgió la necesidad de acomodar los planes a los medios con que se contaba, y de aquí se derivó el nacimiento airoso y promisorio del DESTACAMENTO BILBAO RIOJA a base de los SETECIENTOS VOLUNTARIOS DE ALIHUATA, los que por su coraje y denuedo bien pudieron ser homólogos y émulos de los trescientos espartanos de Leonidas que defendieron hasta perecer el célebre desfiladero de los Termópilas.

No podría prescindirse tampoco de la circunstancia afortunada que significó para la labor de «restablecimiento» de Bilbao Rioja, el grueso y exagerado despliegue de elementos que el Comandante en Jefe paraguayo coronel Estigarribia utilizó para despejar la incógnita

de la ruta Ballivián - Platanillos - Arce, desde la que creía ver una solapada y grave amenaza operativa boliviana.

Estas medidas refluyeron considerablemente en la especie de pasividad, y aún de descontacto, que se advirtió en la zona de Arce-Saavedra, lo cual redundó en bienes inapreciables en favor del repliegue boliviano hasta el KILOMETRO 7, y luego en la organización y gradual reforzamiento del dispositivo de la defensa, pues se contó con unos pocos días para ello.

El autor de este libro, a fuer de historiógrafo apasionado de la exactitud y de la justicia, lo que constituye un inextinguible aliento de su corazón, ya durante la vigencia del año 1941, en el tomo II de su obra sobre la Guerra del Chaco aparecido entonces, vertió, en momentos ofuscados de desconocimiento oficial para la persona y los hechos del animador y conductor de las grandes batallas del KILOMETRO SIFTE, los siguientes conceptos justicíferos para el hombre-guía de esas y otras memorables acciones, que hoy nuevamente ratifica con la emoción inexpresable de la propia satisfacción, que es el único premio a que debe aspirar el que ha proclamado lo cierto y pregonado lo meritorio.

«Bilbao pasa a ser desde el 24 de octubre, que se apersona en Alihuatá —dijimos— un eficaz auxiliar del coronel Peñaranda y, posteriormente, al reemplazar en el mando a este jefe que debió ausentarse transitoriamente de su puesto por motivos de salud, el Jefe de Estado Mayor Divisionario admite sobre sus hombros la responsabilidad más grande y honrosa que oficial boliviario alguno haya cumplido durante la campaña: tonificar un espíritu colectivo deprimido y restablecer una situación militar que se creía perdida.

«En este particular, el reconocimiento, la justa apreciación y la gratitud, sabido es que suelen ser patrimonio tardío cuando no póstumo en el alma de las colectividades. Esto es ley fatal de la lógica, o mejor dicho, de la incongruencia de los humanos confundidos y cegados por las inevitables pasiones y resquemores de la especie, con todo su negro cortejo de ambiciones y mezquinas emulaciones; pero la verdad histórica, fundada en la afirmación documental incontestable, en la imparcialidad y desinterés en el juicio, y, sobre todo, rubricada experimentalmente por los hechos, no puede silenciar lo que se debe a aquellos caudillos que en un momento dado fueron gloriosos pilares de la nacionalidad, cuando ésta se debatía en la más agobiante de las zozobras y oteaba hacia el escaso horizonte de su porvenir con la angustia de la desesperanza y del definitivo renunciamento...

«El teniente coronel Bernardino Bilbao Rioja representó para las armas de Bolivia en retirada.. el sustentáculo anímico y ejecutivo de su restablecimiento, y las acciones del «Kilómetro 7» al Norte de Saavedra, que a continuación narraremos y comentaremos desde el ángulo de la crítica profesional, son la más radiosa y concluyente afirmación de que Bolivia había encontrado dentro de su nueva generación de jefes, la individualidad enérgica, austera, serena, bien orientada y capacitada, por ende, por espíritu de resolución y aptitudes singulares para el mando, para hacerse cargo de misiones fundamentales y de grave riesgo; y si esto es puesto en tela de juicio por algunos —ya que no faltan los émulos y los descontentadizos— ahí están erguidos y desafiantes, mirando hacia la Posteridad, esos monumentos amasados con fibras dolientes de humanidad, con altivo sacrificio de los que se



batían y con certera conducción de una espada que sabía ejecutar y pensar a la vez: «KILOMETRO 7» y VILLA MONTES, unidos indisolublemente al nombre, que será epónimo en los fastos militares de Bolivia, de BERNARDINO BILBAO RIOJA».

Por último, en lo tocante a la elección del campo del «Kilómetro 7», no puede dejar de asociarse al nombre de Bilbao el del coronel Francisco Peña, que le nombra para el cargo que con tanta honra y valimientos cumpliría. En comunicación a los Comandos de la 4ª. y 7ª. Divisiones, bajo su mando, el coronel Peña, desde Muñoz, en 25 de octubre de 1932, a horas 14.35 les decía: «Las condiciones especiales del terreno del «Kilómetro 7» entre Saavedra y Alihuatá hacen que este Comando crea sea indispensable ocupar dicho punto, al que se replegarían las tropas de la 4ª. Div. para construir fuertes posiciones defensivas, que aseguren una tenaz resistencia.»

---

*«Si la individualidad es miserable, ¿que hay, pues, más estimable en la colectividad?»*

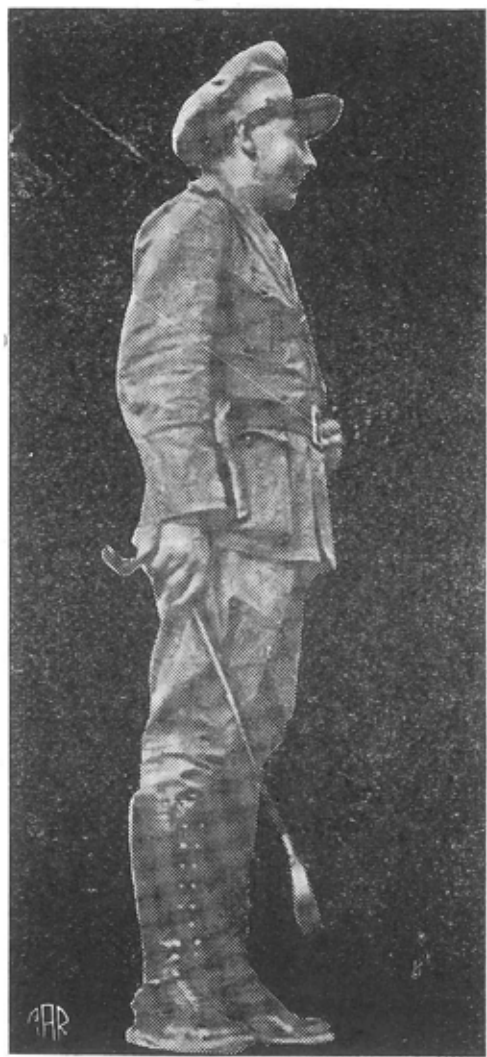
(Bentham).

## XV

Recapitularemos. Al asumir su puesto en el Comando de la 4ª. División, el teniente coronel Bilbao pudo darse cuenta que la capacidad de resistencia propia en ese sector fundamental estaba destruida.

Cuatro quintas partes de los efectivos eran llevados con rapidez lejos de la zona de operaciones, a objeto de evitar la presencia y presión de un contagio letal. Con el ínfimo resto librado a la desmoralización había que hacerlo todo en el primer momento de la segura aproximación del potente adversario intacto y victorioso.

Parecía un hecho inconcuso que el coronel Estigarrabía, apenas se sintiese aliviado de su obsesión investigadora que le había inducido a moverse con el gruesso de sus fuerzas en procura de Platanillos, desharía lo andado para caer como un alud sobre la ruta que virtualmente se ofrecía despejada hacia Saavedra y Muñoz. Y la caída de estos puntos, asientos de grandes Comandos, bases de operaciones y centrales de abastecimientos, ar-



**Teniente Coronel Bernardino Bilbao  
Rioja, Defensor del «Kilómetro Siete»  
(Chaco)**



senales y maestranzas hubiera decretado la inermidad del esfuerzo boliviano para sostenerse en la región contendida del Chaco. Una perspectiva de este género representaba la victoria paraguaya, de mayor o menor extensión y trascendencia según fuese la intención de sus caudillos.

La tarde del 25 de octubre en Alihuatá, seguía impresionada por la fatiga, la laxitud y el desasosiego. En esos momentos más preocupaba la cuestión de la disciplina, del aterrador interrogante del mañana, que lo que pudiera hacer directamente el adversario. No se temía a la muerte, pero se desconfiaba del porvenir, y lo que era peor, la tropa estaba a un gemo de perder toda fe en sus conductores grandes y pequeños. La verdad es que los que se disponían a seguir luchando, lo hacían ya bajo la consigna admitida por el honor y el amor propio de morir pero no de triunfar. Dos meses de descalabros ininterrumpidos y de imprevisiones tremendas habían mellado el vigor resistente de los organismos y quebrantado el candor iluso que aceptara la utilidad y la belleza de la guerra.

Bilbao Rioja, con ojo certero y decisión pronta se propuso volver los elementos y los ánimos a sus planos normales, a sus verdaderos quicios, con la fe profunda de que si se conseguía esto, no solamente se presentarían oportunidades de un restablecimiento técnico promisorio, sino que, lo capital, también podría obtenerse un ronzamiento de la hasta entonces aterida alma colectiva nacional hacia una más definida e incitante esperanza.

Para lo anterior había primordialmente que reorganizar las unidades, dotarlas de oficiales idóneos y valientes, proporcionarles los medios de que carecían,

asistírlas con los más vigilantes cuidados, amén de establecer incontinenti una serie de resguardos y previsiones urgentes, entre los cuales apremiantes medidas de seguridad, que infiltraciones de patrullas paraguayas de contacta hacían impostergables; luego concertar el orden de un repliegue realmente operativo en la vecindad del enemigo, y disponer las instrucciones adecuadas para hacer sostenible desde el primer minuto la línea de contención designada.

Bilbao Rioja, alentado por su fervor de trabajador consciente y enamorado de la responsabilidad, a la que se añadía el hálito de plena confianza que su actividad expedita despertaba en la reducida tropa, pudo, en coincidencia con las primeras sombras del atardecer, presentar a la firma del coronel Peñaranda, la orden de repliegue a realizarse en el transcurso de esa noche.

Al día siguiente, la ceja de bosque enmarcadora por el Sur del campo que sería de la hazaña, ofreció el espectáculo enaltecedor de unos cuantos centenares de soldados que con sus cuchillos-bayonetas, platos y marmitas de rancho cavaban las posiciones que debían auxiliar su resolución y ardor combativo a la vez que intensificar la defensa del terreno con una solemne identificación, casi fusión, con la tierra que no se pensaba ceder.

El teniente coronel Bilbao había marchado a pie a la par que sus soldados, absolviendo personalmente todas las dudas e incontables deficiencias. Desde entonces hasta el día 27 continuó infatigable, asesorado por esos oficiales de memoria epónima Jordán, Montán, Castriello, Sinforiano Bilbao, Santiago Pool, en los comandos principales, estructurando la línea y planeando la mayor suma de inventivas y de recursos para suplir la insuficien-

cía del número con los arrestos de la calidad. Fué una tarea ardua y alucinante, en cuyo desenvolvimiento incesante por dos veces alumbró un nuevo sol, sin que se pudiese pensar en reposo el más mínimo. Cuando a la hora meridiana del día en cuestión, el Jefe de Estado Mayor de la División regresó al sitio que se había elegido para la instalación del Comando, se encontró con la novedad que el Cmdte. de la División y otros altos jefes disponibles habían sido llamados desde Muñoz, donde el mismo día 27, el general de brigada Guillén había reemplazado al coronel Peña en el Comando del I. C. E. El día 26 el coronel Peña había emitido una última y vibrante clarinada de recomfortación a las Divisiones de su mando, de entre cuyos párrafos reproduciremos los siguientes:

.....

«El oficial y el Jefe deben ocupar su puesto de combate ejerciendo control sobre los Comandos subalternos y victimar sin vacilaciones a todo mal elemento que no cumple su deber. El Comando del I. C. E. da a este respecto las más amplias atribuciones a todos los Jefes y Oficiales de ambas divisiones; debe hacerse hasta el último esfuerzo para salvar el deshonor y vergüenza que decretarían la muerte de la Patria. Debe hacerse saber a todas las tropas ambas Divisiones que el Comando del Primer Cuerpo de Ejército haciéndose intérprete del sentir nacional y en defensa de la Santa Causa de la Patria, exige a las tropas de su mando no dar un paso más atrás, sin infligir sangrientas pérdidas al enemigo.—La Cuarta División ha llegado al último límite del repliegue y es preciso que en él se sostenga con el valor y la bizarría de sus bravos actuales soldados que, poseídos de la más clara

concepción del Deber aún quedan en pie para defender la honra de su División».

.....

La última comunicación elevada por el coronel Peñaranda, es de horas 4.10 de la madrugada del día 27 de octubre.

En lo principal dice:

«1.—Se ha organizado definitivamente un Destacamento compuesto de dos regimientos en la forma que sigue:

Comando del Destacamento: 9 oficiales, tropa 15.

Regto. «Jordán», comandante mayor Germán Jordán.—Comandante del Batallón «Loa» Cap. José A. Castrillo.—Cmdte. del Batallón «Campero» Cap. Santiago Pool.— 23 oficiales, 2 cirujanos, tropa 488 y 8 sanitarios.—La anterior unidad ha sido formada con tropas de línea.

Regto. «Montán», comandante mayor Florián Montán.—Cmdte del Batallón: Cap. Sinforiano Bilbao Rioja, con 19 oficiales, 2 cirujanos 10 sanitarios, tropa 344. La anterior unidad ha sido formada con todas las tropas voluntarias de reservistas.

«2.—Tenemos jefes excedentes: Cnl. Enrique Peñaranda, Tcnls. Bernardino Bilbao Rioja, Demetrio Ramos, Vicente Jáuregui y Antonio Suárez.—Mayores: Enrique Eduardo, Manuel Caballero, Rodolfo Jordán y Oscar Fernández.—Capitanes..... etc., etc.

El último punto del comunicado revelaba la adhesión a la responsabilidad del joven jefe que había organizado y distribuido los elementos de la defensa. Decía.



«Esta distribución de Jefes, Oficiales y tropa se ha hecho en vista de las necesidades de servicio, insinuando a ese Comando no hacer nuevas alteraciones».

El alejamiento del Comandante de la División, vino a significar una categórica confirmación del mando y responsabilidad del teniente coronel Bilbao Rioja y una ratificación del cometido asignado al Destacamento por el coronel Peña, que fuera aprobado por el Estado Mayor General en La Paz.

Así todo quedó en vía y listo para iniciar la epopeya.

El día 28 de octubre a horas 12, el Comandante del Destacamento elevó su primer parte en calidad de tal.

«1.—Esta mañana entre 7.30 a 8 horas se ha oído un prolongado fuego de artillería en dirección Agua Rica. 2.—En el sector sin novedad.—(Fdo.) Tcnl. Bilbao».

En el volumen II de nuestra «Historia de la Guerra del Chaco», nos referimos a la situación de esos días:

«Como es evidente, la organización defensiva en el KILOMETRO 7 se efectuaba hasta ese momento—situación que se prolongaría algunos días más—libre de la más mínima presión del enemigo, lo que significó una suerte casi providencial para las armas de Bolivia, puesto que si no hubiese ocurrido esta singular particularidad, acaso, el plante en el límite Sur de Campo Candia hubiera sido imposible».

No han faltado personas y aún profesionales que han atribuido casi absolutamente el éxito obtenido por el Comando Bilbao Rioja en las porfiadas acciones

libradas en el «Kilómetro 7», a las características favorables para la acción defensiva del campo y a las «magnificas fortificaciones» que se prepararon.

Lo anterior tiene mucho de gramática parda, como suelen decir los españoles.

La realidad es que Bilbao Rioja, mientras pudo cumplir siquiera en parte con sus iniciativas — entrabadas casi siempre por la intervención escasamente alinada del Comando del Cuerpo— inspiradas por una penetrante y a la vez prudente previsión suya y contando con la colaboración de oficiales que estimaba idóneos, fué vencedor no solamente en la defensiva sino también en la contra-ofensiva; y que sus tropas, paulatina y discretamente reforzadas, sin llegar a constituir en ningún momento una gran expresión numérica, concluyeron bajo su dirección por ganar una eficiencia y vigor combativo de tal naturaleza, encarando casi sin intermitencias el impulso desesperado tanto de tendencia frontal como desbordante, del grueso del ejército paraguayo, que las hiciera punto menos que invencibles en la referida línea y contra ese despliegue operado por el adversario.

Esto fué tenido como milagro y llenó de pasmo a los ases de la conducción paraguaya, quienes vieron frustrarse una y otra vez ante la sagaz y siempre despierta previsión de Bilbao Rioja todos sus embates y sus más ardidas maniobras rebasantes.

En cuanto a las obras de fortificación, la verdad es que éstas fueron robusteciéndose gradualmente, pero nunca pasaron de ser abrigos ligeros de campaña, es decir, zanjás con parapetos y cubre-cabezas de madera y tierra y, por ende vulnerables a los fuegos de artillería y morteros,

Lo positivo es que la fuerza material boliviana en la línea del «Kilómetro 7,» siempre fué inferior a la que tuvo al frente, pero ello estuvo compensado por la eficaz dirección y la más alta moral de lucha, que emanaron como de un potente dinamo de la inflexible voluntad y recia personalidad de ese joven que se exhibía a todos los ojos como un galán impetuoso y rendidor apasionado de la Gloria.

A este nivel alcanzado por la rememoración de los sucesos históricos, creemos de alguna utilidad extractar lo que dijimos en nuestra obra profesional tantas veces citada, sobre las características del escenario y antecedentes prohiladores de las grandes acciones que en él se desarrollaron.

«El denominado Campo Candía es una enorme llanura que se extiende en una medida de cinco kilómetros de ancho, de norte a sur, por unos cuarenta de longitud, de oeste a este, hacia el monte de Nanawa. Es un terreno relativamente despejado, de los que en el Chaco se conocen con el nombre de «raladas», o más propiamente pajonales, donde crece la yerba hasta una altura de 80 centímetros cubriendo como un oscilante mar la planicie, y donde de trecho en trecho, a manera de salpicaduras o festones surgen manchas de vegetación que se denominan genéricamente «islas» o «isletas». El bosque a distancia, tanto el más contiguo a Saavedra como el que tiene su lindero en el Kilómetro 12 ofrece una línea sinuosa, con salientes y entrantes caprichosos.

«Aunque el bosque no ofrece grandemente protección contra el fuego enemigo, sin embargo, por el encubrimiento y el mimetismo, puede contribuir decisivamente a desorientar su acción en cuanto al trazado del dispositivo de la defensa, ubicación, número y densidad

de las diversas líneas en profundidad, obstáculos naturales o artificiales que puedan existir, distribución y efectivos de las tropas, planes de fuego, posiciones de apresto desde donde puedan partir los contra-asaltos, como asimismo en lo que atañe a las reservas del Comando de las tropas y otros escalonamientos a retaguardia.

«Las dificultades de la observación tanto terrestre como aérea redundan en perjuicio del atacante y complementan las ventajas de la defensa cuando de sostenerse dentro de un bosque se trate, sobre todo cuando éste se organiza en fajas sucesivas, pues la incertidumbre acerca de los preparativos del adversario y el desconocimiento del terreno, influirán despresivamente en el ánimo del ofensor, el cual se desplegará y avanzará medroso puesto que no ignora que estará más expuesto a las sorpresas del fuego y de la maniobra, que si actuara en campo abierto.

«En cambio, el defensor conocerá por adelantado, de acuerdo con los caminos que conducen a la posición, la dirección de marcha del enemigo y su probable ramificación, pudiendo orientar y disponer acertadamente sus medios ofensivos, o mejor dicho, contentivos; le será fácil a la vez ejecutar sus movimientos y desplazamientos sustrayéndolos la vista del enemigo; podrá mimetizar o enmascarar la ubicación de su línea adelantada (primera línea de resistencia, a continuación del velo y línea de retenes avanzados), la que puede hallarse muy cerca o en el propio límite del monte y mantener del todo protegido y encubierto su despositivo escalonado en profundidad. Además, la propia determinación real de las alas, es tarea difícil y en veces engañosa, ya que la espesura del monte permite que ínfimas fracciones dotadas de una buena

potencia de fuego pueden dar la sensación de una extensión desmesurada del dispositivo lineal, sin que ello sea del todo efectivo.

«Como es sabido, en general los bosques como los ríos, alturas y desfiladeros posibilitan la resistencia de fuerzas numéricamente inferiores contra un adversario mucho más numeroso y potente, permitiendo ganar un tiempo considerable y de trascendencia para los fines frustratorios que persigue la defensa y aún para las miras operativas del Comando, fijando efectivos desproporcionados del atacante, por lo cual éste se verá impelido, en principio, a procurar obtener la decisión por otros medios más conducentes al objetivo, y si no lo hace con oportunidad (el caso paraguayo frente a Saavedra) verá certísimamente alterada la sustancia de sus planes de mayor envergadura y disminuida en el hecho su superioridad.

«El Comando paraguayo, en lo tocante al ataque de las posiciones bolivianas del «Kilómetro 7» cometió este gravísimo error, pues su conducta, no obstante las severas lecciones que le infligiera a sus tropas la defensa, no varió en un sentido más favorable a sus intereses, empecinándose en ir contra lo estatuido por la lógica en estos casos, al persistir en quebrantar la defensa boliviana, robustecida por su organización y advertida conducción, con sólo una División, en circunstancias que las otras dos del agrupamiento operativo, durante un buen lapso de tiempo se hallaron escalonados a retaguardia, o bien ejecutando operaciones sobre la base de desplazamientos que no concordaban con la realidad del tablero estratégico.

En cambio, la dirección boliviana fué acertadísima desde mucho antes de iniciarse la nueva y prolon

gada pugna. La línea defensiva alcanzó en un comienzo aproximadamente unos cinco kilómetros en total, a ambos lados del camino Saavedra-Alihuatá (orientado de norte a sur, casi rectamente) y fué diseñada siguiendo las ondulaciones de la vegetación sobre la misma linde del monte, unos cien o docientos metros adelante, contrariando acaso superficialmente lo que suele ser axiómico en circunstancias análogas, de que el límite del bosque con la llanura sea cubierto por la línea de puestos avanzados, a efecto de neutralizar el efecto del fuego de artillería que, ciertamente, se encarnizará sobre él a falta de otra referencia, disponiéndose de esta suerte que la primera línea de resistencia se halle dentro del bosque; aunque en la oportunidad de nuestro comentario, tales prescripciones no podían ser sino facultativas dada la insuficiencia de efectivos y la necesidad de valerse sin restricciones de las muy favorables condiciones del campo visual y de tiro para recibir al adversario y batirlo por medio de la sorpresa de fuego, desde el instante mismo de su aproximación que sería revelada por el repliegue de los retenes propios destacados en las «islas» adelantadas; a lo que todavía podía agregarse la ventaja proporcionada por el mimetismo de las posiciones, que en partes se confundían con la sombra que el denso arbolado proyectaba a sus espaldas, amén de encubrirse detrás de los innumerables chaparrales que tapizaban el pajonal.

«En resumen: el Comando boliviano a cargo del joven teniente coronel Bilbao Rioja, pues, como ya se ha dicho, el coronel Peñaranda, por causa de un resentimiento de su salud, fruto de tantas semanas de vigilia y de agotador esfuerzo físico y de agobiadora tensión moral habíase visto impelido a ausentarse temporariamente

del frente con el fin de restablecerse, supo aprovechar con inteligencia, carácter, asunción plena de la responsabilidad y acertado criterio apreciativo, lo siguiente:

a) Campo de tiro despejado, a objeto que el efecto de las armas alcanzara sus posibilidades máximas.

b) Visibilidad segura y lejana, con garantía de advertencia de los movimientos del enemigo, a la vez que de ocultación de los propios.

c) Linde bien dibujada y bordeada de una densa vegetación, que permitía mantener oculto el dispositivo el mayor tiempo posible a los ojos del enemigo.

d) Coeficiente de seguridad en cuanto a resguardar la propia tropa de bajas cruentas o desproporcionadas, derivado del adecuado aprovechamiento del terreno y de las medidas de organización y de previsión adoptadas.

e) Fácil y encubierta transitabilidad a retaguardia ya fuese por caminos paralelos o perpendiculares al frente, libres de toda observación enemiga. Además, una segunda línea fuerte comenzó a organizarse dentro del monte, para el caso de que fuese roto el «velo».

«No pocas dificultades hubo que vencer para organizar defensivamente el terreno; pues las unidades en su retirada precipitada habían dejado atrás la mayor parte de su impedimenta y con ésta las herramientas de zapa, de modo que las primeras trincheras que se cavaron —utilizándose los cuchillos-bayonetas y los platos de aluminio del rancho— eran más propiamente pequeñas zanjas, de muy escasa profundidad al principio, con protección desmedrada para disparar desde la posición de tendido, vale decir una simple excavación con menguado parapeto para el apoyo del fusil.

«Posteriormente, la línea de posiciones fué extendiéndose hasta alcanzar unos diez kilómetros de longitud, al mismo tiempo que perfeccionándose en el sentido técnico de la palabra, con profundidad suficiente, zanjas de comunicación, taludes, revestimientos de troncos y de tierra, cubre-cabezas; en suma: fortificación de campaña digna de tal nombre.

«La mayor tarea rendida por el teniente coronel Bilbao Rioja, luego de haber orientado la estructuración general del dispositivo, fué la de una conveniente distribución de su escasa tropa, de modo de solidificar en todo cuanto fuese posible el desmesurado frente a cubrir, apoyando las alas con internación y ligero doblamiento dentro del monte, y sostenido por el pensamiento fijo de que allí estaría por largo tiempo el foco central de la lucha y posiblemente la decisión misma de la campaña.

«No solamente a estas líneas de trazo continuo se tradujeron los aprestos bolivianos, también fueron ocupadas por fracciones munidades de automáticas algunas de las «islas» de vegetación que se ofrecían deseminadas delante de las posiciones, aproximadamente a dos kilómetros, en las cuales se instalaron convenientemente mimetizados «nidos» de ametralladoras.

«Entre otras, la histórica «Isla Cortada, llamada de esta guisa porque por su centro pasa, cortándola en dos mitades, la recta de Saavedra a Alihuatá, posición ésta que llegó a constituir el imán de mayor atracción para los dos ejércitos, pues de su dominio dependía en gran porcentaje la posibilidad de atacar uno u otro de los sistemas que encuadraban al pajonal de Campo Candia, en los kilómetros 7 y 12.



«A la derecha de esta «isla»—llave existían otras tres «isletas», y a la izquierda cuatro, más o meros a la misma altura, cuya posesión fué disputada durante cuatro meses de sangrientos combates y continuos hostigamientos de fuego, por bolivianos y paraguayos, aunque en realidad de verdad permanecieron casi permanentemente en poder de estos últimos.

«Lástima grande fué para las armas bolivianas que el Comando no hubiera podido llevar a la realidad el propósito de establecer una verdadera línea fortificada a base de las «islas» en cuestión, puesto que ello habría contribuido poderosamente a obstaculizar las manio'ras ofensivas del adversario, y aun amenazar en su propia estabilidad la línea del Kilómetro 12. La escasez de efectivos, por una parte, y la premura del tiempo, por otra, impidieron que esta exigencia fuera satisfecha, contentándose el Comando con sólo ocuparlas débilmente.

«Entre tanto ocurrían estos afanes en el campo boliviano, el ejército paraguayo victorioso en Yujra y Arce, se detenía en cierta suerte de pasividad, la cual redundaría en general provecho del adversario, no obstante la situación de peligro que se le crearía al sector meridional boliviano con los acontecimientos que no tardarían mucho en producirse con la ocupación de Plataniillos por los paraguayos».

Sobre la situación de los flancos estratégicos del «Destacamento Bilbao», de la misma obra desglosaremos los párrafos que van a continuación:

«Un vistazo panorámico a la situación de conjunto de esos días deberá comprender este nuevo aspecto, desfavorable para la situación estratégica boliviana, ya

que el sector Saavedra-Muñoz y fortines tributarios, podría llegar a ser afectado en lo sucesivo por los acontecimientos que amenazaban producirse en la zona de Platanillos. Empero, la ventaja grande que conquistarían los paraguayos en dicha región, estuvo compensada en parte, en favor de Bolivia, por el exceso de previsión y de cautela —desplazamientos desproporcionados y pérdida de tiempo— con que el Comando del coronel Estigarribia rodeó a su nueva operación, de aspecto divergente por lo menos en su primera fase, y que parecía hallarse subordinada a una mentalidad prejuiciosa y poco comprensiva de la realidad, esto por deficiencia de la exploración aérea y también por la falsa creencia de que cuanta maniobra de descontacto y de repliegue que ejecutaba el ejército boliviano, obedecía a un plan ardidoso y bien calculado en sus ulteriores efectos.

«Esta concepción operativa, bastante desorientada en lo que se refiere a la situación del adversario y al factor, algo variable, de sus intenciones, derivó consecuencias retardantes y, por tanto, deplorables para los principales objetivos paraguayos, ninguno de los cuales llegó a prosperar nitidamente en esta fase de la campaña».

«En la guerra gana quien prevee más», puede ser un axioma perenne y casi infalible de la profesión militar, bastante aproximado a la sentencia de Bonaparte de que el cálculo vencerá al azar.

Bilbao Rioja en sus desempeños, por definición y temperamento jamás se apartó de aquel significado perspicuo. Por el contrario, luego de dominado lo general y fundamental en materia de despliegue, escalonamiento y objetivo, se entregaba acucioso a la tarea de desentrañar y describir la mayor suma posible de peque-

ñas hipótesis y aparentemente menudos porminores, a fin de capacitar a sus soldados para enfrentar exentos de sorpresa y de paralogización todos los eventos imaginables, y dotarlos, por así decirlo, de una inteligencia avisada para cada caso.

Esta tendencia reveladora de una excepcional aptitud de observación —que contrasta con el criterio incurioso que se afina en el sometimiento a lo habitual y esquemático, y que determina corrientemente apreciaciones y resoluciones superficiales— representó una acusada modalidad peculiar en la conducción de Bilbao Rioja.

De esta guisa, no solamente los oficiales sino hasta el último soldado obtenía una noción completa y adelantada de lo que debía ser su actitud frente al enemigo. Lo que no proporcionaba la escasa intuición de la masa ni los aprendizajes rutinarios de la instrucción de cuartel, lo suplía con aguda observación el jefe cauto e infatigable para absolver dudas y perplejidades.

En lo tocante a la batalla del «Kilómetro 7», ofreceremos más adelante una prueba manifiesta de esta salvadora propensión para auxiliar al músculo con las sutilezas animadoras del pensamiento alerta y comprensivo de la mayor suma de exigencias.

No todos los profesionales han reconocido la influencia que tuvieron en las escasas oportunidades fructuosas para Bolivia estas singulares disposiciones. Quizá muchos se han inclinado a creer que cualquier jefe hubiera podido hacer otro tanto que Bilbao en tales momentos decisivos. Acaso esto también pudo haber sido, aunque la negación de facultades certeras y brillantes de mando que algunos empecinados formulan para desestimar a

Bilbao, no puede pasar más allá de ser un extraño estrabismo de orden técnico y moral.

El capitán Santiago Pool Barrenechea, uno de los oficiales con mando de tropa en el histórico «Kilómetro 7», sintetizó poco después y de un modo justiciero la impresión general de la oficialidad que se había batido en primera línea a las órdenes de Bilbao Rioja: «El combate del día 10 de noviembre realizado en los campos del «Kilómetro 7» ha sido el más interesante porque los paraguayos se presentaron por primera vez a nuestra vista. Antes de esta fecha no sabíamos cómo eran, pues siempre andaban emboscados.

«LAS ACERTADAS DETERMINACIONES TOMADAS POR EL COMANDANTE DEL SECTOR TENIENTE CORONEL BERNARDINO RILBAO RIOJA, JOVEN JEFE DE VISION MUY CLARA Y DE NOTABLE PREPARACION PARA LA GUERRA, SURTIERON TODO SU EFECTO».

Esta sí que es una opinión autorizada por emanar espontáneamente de un auténtico combatiente de esas homéricas jornadas, amén de su reputación idónea y cumplida de oficial estudioso y reflexivo.

En este respecto, felizmente, para honra de Bolivia y de los sentimientos de gratitud de su pueblo, su esclarecido mandatario doctor Daniel Salamanca, en su Mensaje Presidencial al Congreso leído al inaugurar el período ordinario de sesiones, en 6 de agosto de 1933, dijo estas palabras que por su elevación de espíritu y precisión de estilo recuerdan a Tucídides, y que seguramente acogerá en su hora, como merecido epitafio, el mármol o el bronce que rememorarán la hazaña y la vida en la inmortalidad del reconocimiento de las generaciones, de aquellos que la hicieron factible:

Dijo el Presidente de Bolivia:

«EN EL TERRENO DE LAS ARMAS, DESPUES DE NUESTROS DESASTRES, EL HONOR DE BOLIVIA FUE SALVADO POR UN PEQUEÑO GRUPO DE MODESTOS JEFES Y OFICIALES Y POR UN PUÑADO DE 700 HOMBRES QUE SE DETUVIERON EN CAMPO JORDAN PARA HACER ROSTRO AL ENEMIGO. SOBRE ESTA TRINCHERA DE VALIENTES, SE SUSTENTO Y SE SALVO LA CAUSA DE BOLIVIA. LA HISTORIA PATRIA RECOGERA EN URNA DE ORO LA MEMORIA DE ESTOS HEROES. ESTE FUE A MI JUICIO EL MOMENTO HEROICO DE NUESTRA LUCHA POR EL CHACO. LOS SALVADORES FUERON, LO REPITO, UNOS POCOS SOLDADOS Y ALGUNOS JEFES Y OFICIALES, QUE EN TIEMPO DE PAZ NO HABIAN BRILLADO EN PRIMERA LINEA».

Esta expresión pública, el día 22 de agosto del mismo año el Presidente Salamanca la ratificaba y aun ampliaba en el terreno particular en carta dirigida al doctor Eustaquio Bilbao Rioja, hermano del vencedor de la gran batalla.

Escribió el doctor Salamanca: «Quedo muy agradecido a sus benévolas apreciaciones. Al hablar en el Mensaje Presidencial, del acto de Campo Jordán en la tragedia del Chaco, he expresado con sinceridad la convicción que tengo formada; y sólo a medias, la profunda y casi dolorosa emoción con que recuerdo ese varonil sacrificio que salvó el honor de Bolivia. Yo debía ese recuerdo de justicia a los héroes de Campo Jordán».

Otro síntesis justiciera y encomiástica fué la que hiciera el meritorio general y ex-Presidente de la Re-

pública Carlos Blanco Galindo, al ofrecer el homenaje del Consejo Municipal de Cochabamba al coronel Bernardino Bilbao Rioja, en sesión de honor celebrada en 28 de septiembre de 1935.

«Pero la Guerra del Chaco ha sido el palenque donde se han revelado las virtudes de este ilustre Jefe. Toda situación difícil, arriesgada y decisiva, tuvo en el Coronel Bilbao, la cabeza y el corazón capaces del sacrificio y de todo esfuerzo en sentido de salvar el honor nacional y la integridad Patria: donde colocó su espada, el enemigo no pudo avanzar más.

«Así lo vemos actuar con otros valores indiscutibles de nuestro Ejército, en Kilómetro 7, en Cañada Strongest, Villa Montes y otros campos de sangre y de gloria para nuestro Ejército.

«Coronel Bilbao: el Comité Pro Cochabamba, asociación de hombre patriotas y justos, amantes de esta tierra, a la que vos también profesais cariño, ha querido anticipar a los fallos de la historia, con este acto de justicia a vuestros méritos de hombre de armas, haciéndolo constar ante la Patria y todo el Continente de América, que vos sois uno de los representantes del valor, la ilustración, la disciplina, la sobriedad y el noble espíritu del Ejército; y os reconoce como el Jefe que veló como un padre por sus soldados, con solicitud y cariño, haciendo llevaderas las torturas de un ambiente hostil y lleno de dificultades, como es el Chaco.

«Recibid también la cariñosa gratitud del pueblo de Cochabamba, representado en este acto, por todas sus clases sociales, y por mi parte el caluroso abrazo del amigo y del compañero que admira vuestras virtudes varoniles y de inteligencia».

Se puede decir que el país entero por conducto de todas sus instituciones, organismos sociales y medios de expresión, se asoció a la gratitud que debía a los vencedores del «Kilómetro 7» y a su inclito caudillo. Reproducirlos en toda su extensión y vibración magnífica sería tarea imposible. El pueblo, principalmente, erigió en su corazón un tabernáculo para enaltecer y honrar a quien le había proyectado prestigio y honor. ¡Y qué decir de los combatientes anónimos de la obscura masa templada en el sacrificio! Sencillamente estos fundieron sus esperanzas en la trayectoria del héroe másculo y puro: Bilbao Rioja.

Así, Sócrates Olazábal, cabo del Regto. «Campos», dijo en un reportaje:

«La organización de la defensa del «Kilómetro 7» se debe principalmente al carácter y patriotismo de los Bilbao, que la nación debe reconocer esta acción».

Como se vé este modesto clase asociaba al Jefe la conducta valiente hasta la temeridad que abservara en una jornada álgida el capitán Sinforiano Bilbao Rioja, comandante de batallón del «Campos», que herido gravemente no obstante siguió combatiendo hasta que las fuerzas físicas debilitadas por el desangre le pusieron en condición inerme, lo que hizo posible su evacuación a retaguardia.

Cerramos este capítulo, reproduciendo las indicaciones dictadas por el Comando del DESTACAMENTO «BILBAO», en fecha 2 de noviembre de 1932, que galvanizaron aún más el fuego combativo de sus tropas y cuya eficacia se demostró en numerosas y brillantes acciones triunfantes, en que Jefe superior y subordinados llegaron al más acabado grado de simbiosis así en el esfuerzo como en lo espiritual.



«Las presentes indicaciones, tienen por objeto tan solo hacer conocer ciertos procedimientos de astucia empleados por el enemigo para engañar a nuestros oficiales y soldados. Muchos de estos detalles, son dignos de ser tomados en cuenta por oficiales y tropa, para reglar su conducta de acuerdo a este engañoso proceder de que se vale el enemigo para conseguir sus fines.

Los puntos sobre los que se debe insistir en la instrucción teórica a la tropa, son los siguientes:

1.—El enemigo suele presentarse con uniformes nuestros despojando a muertos y heridos encontrados por él; en el campo de batalla.

2.—Se han presentado casos en que fracciones paraguayas, sin lanzarse al asalto, han dado atronadores gritos de «VIVA BOLIVIA», para atraer hacia ellos a nuestras tropas desorientadas y luego diezmarlas con su fuego.

3.—Acostumbran levantar las manos o pañuelos blancos en señal de rendición con fines netamente engañosos, y mientras sucede en apariencia, ametralladoras enemigas bien ocultas en el monte, esperan la aparición de nuestros soldados que vayan a tomarlos o por lo menos se incorporen en sus mismas posiciones, para romper un fuego inesperado que naturalmente produce, y con facilidad, muchas bajas en ese sector.

4.—Tratan de entablar conversaciones manifestando que ellos no quieren pelear y que son nuestros hermanos, etc, etc, con lo que han logrado atraer a los nuestros y engañarlos miserablemente.

5.—Ofrecen a nuestros soldados darles agua; comestibles, cigarrillos, etc., etc., prometiéndoles no hacerles nada y adelantándose ellos a arrojar sus armas e



invitarles a aproximarse con toda confianza, y mientras tanto les preparan una indigna emboscada.

6.—Se presentan como parlamentarios, sin armas, con pañuelos blancos, etc., siendo respetados como tales por nuestros soldados, pero sus fines, lejos de parlamentar son de conseguir la salida de los nuestros de sus posiciones a su encuentro, para retirarse oportunamente y desaparecer en el terreno sin dar tiempo a los nuestros a proceder en la misma forma, porque el enemigo que espera listo, les rompe un fuego de sorpresa.

7.—Nuestro personal de la Cruz Roja y camilleros; no han sido respetados por el enemigo, habiéndoles éste, roto el fuego antes, en momentos que cumplían su noble misión de auxiliar y recoger a nuestros heridos en el campo de batalla. Esto hace que también nosotros tengamos derecho a proceder en igual forma, como justa represalia.

8.—Nuestros prisioneros caídos en poder del enemigo no han sido tratados con las consideraciones que merecen como indefensos, habiendo, por el contrario, sufrido actos de ultraje y crueldad. Se ha comprobado que durante sus ataques han obligado a nuestros prisioneros a marchar en primera línea y sin armas.

9.—Además de los puntos anotados, es necesario que la tropa esté prevenida sobre la particularidad que ha caracterizado a esta acción anterior, en tratándose del combate mismo. Por lo expuesto, los soldados no deben extrañar un fuego intenso de ametralladoras, que sin tener ningún efecto, suele producir una confusión inmotivada y perjudicial desde los comienzos del combate. Generalmente el fuego enemigo se caracteriza por ser muy

intenso y muy alto, dirigido casi siempre hacia la copa o parte superior de los árboles.

10.—Dentro del monte, los paraguayos se posicionan por lo general encima de los árboles para romper sus fuegos desde allí, lo que debe constituir un llamado de atención para que nuestros soldados observen minuciosamente estos puntos peligrosos.

11.—La presencia de patrullas enemigas en el frente, como se ha visto, tienen por principal objeto provocar nuestros propios fuegos, para limitar el sector de nuestras posiciones de defensa y una vez conocido esto, proceder al envolvimiento por una o ambas alas. Por ello, a la presencia de estas patrullas, es preferible dejar que se aproximen y no dejarse descubrir para armarles una emboscada segura y eficaz. Romper un fuego prematuro sobre dichas patrullas es colaborar al cumplimiento de la misión que tienen, de reconocer la ubicación de nuestras propias posiciones.

12.—Se ha visto también, muy especialmente con la tropa recién llegada, que al primer disparo motivado por la aparición de una patrulla enemiga todos se han puesto nerviosos y el fuego ha sido abierto en casi toda la línea, lo que constituye un grave error y un derroche insulso de munición. En este sentido, recomiendo a todos los comandantes de unidad, hablar mucho a la tropa sobre la serenidad y reflexión que debe tener cada soldado para impedir estas falsas alarmas, muy particularmente durante la noche. De una de estas falsas alarmas producidas sin motivo, será directamente responsable el Comandante de la unidad en que haya tenido lugar este hecho.

13.—Es urgente que la tropa se familiarice con el monte: el enemigo casi nunca se presenta ni lleva el ataque por los campos descubiertos, sino que hace sus apariciones sorpresivas por dentro del monte a distancias sumamente próximas. Esta manera de proceder del enemigo, suele producir gran desconcierto en la tropa cuando ésta no está prevenida, ni espera sorpresas de tal naturaleza. En esta situación lo más aconsejable es conservar la serenidad y combatir con valentía, seguros de que el efecto de su fuego ha de rechazar al enemigo, y en circunstancias aún más difíciles, se tiene el recurso de luchar al arma blanca. Se ha observado a menudo que el enemigo rehuye todo encuentro para esta lucha. Han habido fracciones nuestras que los han puesto en fuga con solo dar la orden «ARMAR LA BAYONETA» y lanzarse al asalto. Este punto débil del enemigo debe ser tomado muy en cuenta por los oficiales y tropa para explotarlo con rapidez y resolución en cuanto se presente la oportunidad.

14.—En todos los combates, la mayor intensidad del fuego ha sido siempre de parte del enemigo, con el único fin de amedrentar a nuestros soldados. El efecto de dicho fuego, como hemos anotado ya anteriormente, es ineficaz y no debe tomárselo en cuenta.

15.—Tiradores paraguayos armados con pequeñas ametralladoras «Bergman» han logrado producir desconciertos en los nuestros, con la manera que tienen de emplear esta arma. Se ha comprobado que un solo tirador disparó con su pieza en todas direcciones y hacia arriba con solo cambiar de frente después de cada golpe de fuego; lo que en un comienzo produce la sensación de estar recibiendo fuego de todas direcciones y estar com-

pletamente rodeado por el enemigo. Utilizan también esta arma y hay que reconocer con mucho acierto, para comunicarse por medio de golpes de fuego y darse cuenta de los lugares alcanzados por sus propias columnas dentro del monte.

16.—Con frecuencia se infiltran hasta las líneas de retaguardia patrullas paraguayas, que posicionándose bien ocultas, en el borde del camino esperan el paso de nuestros camiones de abastecimientos, aguateros, etc.; para romperles fuego sorpresivo ejerciendo actos de un verdadero cuatreraje y desapareciendo luego.

17.—En sus avances hacia el combate, aparecen delante de las propias posiciones únicamente débiles patrullas para atraer nuestra atención hacia el frente, mientras tanto el grueso de su columna avanza a descubierto hacia nuestros flancos y retaguardia.

18.—Para prevenir y contrarrestar los golpes sorpresivos dentro del monte, es aconsejable tener organizada la tropa en pequeños grupos de combate, cuyos hombres tengan la observación distribuida en todas direcciones.

19.—Sobre el fuego de artillería enemiga, deben los comandantes hablar mucho a la tropa, pues este fuego más que un efecto aniquilador tiene poderosa influencia moral en los soldados, que cuando no están bien instruidos sobre las características del arma y la eficacia de sus fuegos, suelen desmoralizarse con mucha facilidad, como ha ocurrido en nuestras tropas en combates anteriores.

Deben tener en cuenta que los pequeños cañones «stockes» de infantería, que tienen los paraguayos, no

pueden producir un efecto desastroso en frentes de combates tan extensos y con alcance máximo de 2.000 metros. Son destinados más que todo para destruir «nidos» de resistencia y producir un efecto moral más o menos grande en las tropas.—TENIENTE CORONEL BILBAO —COMANDANTE DEL DESTACAMENTO».

La elucidación de ciertos maquiavelismos arteros de la guerra, tiene en esta pieza sitio al lado de muy fundamentadas advertencias de carácter técnico-experimental. Como dijimos antes, estas recomendaciones pueden referirse a asuntos de interés parcial o circunstancial, pero ello no faculta para dejar de tener presente que el éxito en la lucha, de cualquier especie que sea, lo forma el mayor cúmulo de sumandos integradores de la suma total. Así, ninguno de los pormenores registrados resulta desdeñable, ya que particularmente la acción de desgaste es una larga prueba de observación y de paciencia para saber cómo y dónde se ha de herir con mayor eficacia y comprometiendo menos riesgo propio. Esta clase de sabiduría en la conducción la demostró poseer Bilbao Rioja de una manera fehaciente, y de esta guisa se explica que luego de dos meses de batalla los paraguayos, sin embargo de disfrutar siempre en conjunto de la superioridad numérica y de reemplazos frêscos o recuperados por temporadas de reposo detrás de la línea, debieron admitir su impotencia y aun remitirse a una defensiva de signo pasivo con muchas insinuaciones de abandono de todo lo ganado. Y si esto no llegó a confirmarse en los hechos, se debió exclusivamente a la deplorable conducción que imprimió a las operaciones el nuevo Comandante en Jefe boliviano general Hans Kundt, transcurridos sólo dos meses de la iniciación de la batalla del «Kilómetro 7» y

y cuando ésta se podía considerar como definitivamente ganada.

Nuevos hombres, concepciones y procedimientos vinieron a esterilizar los frutos de la enorme victoria obtenida por Bilbao.

*«Los temperamentos fríos, severos y tranquilos observadores de la naturaleza, conocen frecuentemente mejor que nadie, las cuerdas delicadas que conviene pulsar».*

(Diderot)

## XVI

Sobre las acciones que durante más de dos meses fué responsable en el «Kilómetro 7» el teniente coronel Bilbao existe ya una opinión ciudadana e histórica que se asienta en basamentos de granito, no obstante la labor capciosa de ciertos pseudos críticos y estrategos que maliciosa e interesadamente se han propuesto adulterar lo ocurrido, adjudicando a la vez prez y fama a personajes que nada tuvieron que hacer con los hechos materia del encomio, y que si alguna vez participaron en ellos fué sólo para entorpecerlos o disminuirlos en los alcances y resultados que merecían obtenerse.

El teniente general Bilbao posteriormente, con modestia que le honra, nunca se ha querido referir, que no sea de un modo sucinto, al desarrollo dilatado del drama de que fuera el más importante protagonista. Ha rechazado así toda vanagloria especulativa sobre el asunto

ciñéndose al molde recatado y sencillo que de un modo tan armonioso engarza con su temperamento equilibrado y la modestia encerrada en su corazón. Como auténtico soldado que es, ha preferido no apartarse de los documentos que rolan en la historia técnica de los acontecimientos, principalmente de sus resultados, cuya trascendencia ninguno boliviano, ni paraguayo, puede ignorar.

A nuestro requerimiento, se ha limitado a esclarecer sobre lo ya suficientemente conocido dos o tres puntos, sobre los cuales quizá no se hiciera especial mención.

Ha escrito Bilbao:

«En el «Kilómetro 7», la unidad que se distinguió en forma brillante, fué el Regimiento Campecs. Su comandante, el mayor Florián Montán, jefe humilde y de gran comprensión, merece mi especial aprecio, y la gratitud del pueblo boliviano.

«La muerte del mayor Jordán, es un caso de indolencia y de descuido. En mis diarias visitas al frente, siempre le encontraba en primera línea, parado o sentado. Reiteradamente, le ordené trasladar su puesto de comando por lo menos a 400 metros detrás de la primera línea, para no ser blanco de una bala perdida. Mis órdenes no fueron cumplidas, con el resultado lamentable de la pérdida de dicho jefe.

«Durante octubre, noviembre y diciembre de 1932, las órdenes, contraórdenes y un sin número de telefonemas que recibía del I. C. E., siempre estaban fuera de la situación real. Tengo idea que no se amoldaban a las circunstancias, por costumbre. Si hubiese tomado en cuenta algo de las órdenes, seguramente en este momento estaría bajo tierra sin poder contar nada de lo pasado».



Sin tratar de repetir una descripción y menos una crítica de lo ocurrido en la defensa de la línea estratégica de «Saavedra», se puede decir, de un modo general, que en las acciones del «Kilómetro 7», hubo acentuadas fallas de apreciaciones y de resoluciones de parte de los Comandos superiores rivales (Comandos del Primer Cuerpo de Ejército paraguayo y Comando del Primer Cuerpo de Ejército boliviano).

Bilbao, en posición subordinada había sostenido insistentemente el principio de ser reforzado con la mayor celeridad posible, a la vez que recabado un ensachamiento para su iniciativa, de modo de poder proceder con diligencia y eficacia en la primera oportunidad favorable que entreviera. En estos respectos había sido en parte satisfecho, pero sólo en cuanto a la remisión de algunos refuerzos. Pero en lo tocante al principio de la guerra cuyo ejercicio reclamara el Comandante del Destacamento, el comando del general Guillén se manifestó más que reticente, cerrado. En efecto, su excesiva cautela y desconocimiento de la realidad inmediata del sector de fuego, y más aún que ésto, la negligencia para admitir que la situación podía en cualquier momento oscilar a influjo de las circunstancias por producirse o de nuevos factores que entrasen en juego, le llevaron a ser partidario de una resistencia estática y en el hecho sometida a la libertad de acción del enemigo. De aquí sus directivas de índole parsimoniosa y nugatorias para la libre elección del momento y de los objetivos que pudiera informar la apreciación y decisión del jefe inmediato de las tropas.

Por su lado, el Comando paraguayo dispuso primeramente el avance aislado, hacia la recuperación

del contacto perdido, de un solo regimiento; aunque fuerte de mil quinientas plazas —el «Corrales», al mando del mayor Torreani Viera—, permaneciendo el resto de la Segunda División paraguaya, a que pertenecía dicha unidad, concentrada en Arce, es decir, a cincuenta kilómetros del escenario del probable choque.

Bilbao Rioja había reunido entre tanto mil quinientos hombres aproximadamente, más dos baterías de artillería, una al mando del mayor José L. Rivera, y la otra, a cargo del capitán Luis G. Velarde.

Intuyendo perfectamente lo que significaba el regular período de descontacto que habían establecido los paraguayos; lo cual no podía obedecer sino a imperativos de una defectuosa «diversión» estratégica, el Comandante del destacamento boliviano se proponía extraer partido de tal ventaja inicial pasando sorpresivamente a la ofensiva, que ciertamente no podían imaginarse los paraguayos después de haber tenido noticias fidedignas del desastroso repliegue hecho por la División Peñaranda desde Arce. Además, Bilbao, había adquirido el convencimiento que las fuerzas en contacto con las suyas no las depasaban en número ni en moral combativa.

En síntesis, Bilbao había llegado a la conclusión que un desproporcionado esfuerzo paraguayo se empeñaba en otro teatro de operaciones (Arce-Platanillos) y que los embates y sondeos de que era objeto su dispositivo tenían un marcado carácter demostrativo. En el tomo II de nuestra obra sobre la guerra del Chaco, nos explayamos sobre el particular de la manera siguiente:

«Felizmente para los paraguayos la exigüidad de los efectivos bolivianos del «Kilómetro 7», quizá sí, con todo, un poco superiores a los del regimiento atacante y,

principalmente, la desorientada y tibia conducción por parte de Cmdo. del I C. E. que desaprovechó la oportunidad favorable por exceso de cautela, al no poner con la debida presteza a disposición de Bilbao algunos pocos refuerzos, y sobre todo, al limitar la iniciativa de este jefe, tratándose de reducirlo a una defensiva estática, cuando todo aconsejaba y el Comandante de la línea lo solicitaba con encarecimiento, tomar la iniciativa con resolución para batir a la desconectada y no temible agrupación enemiga».

Condiciendo con el criterio ultra-defensivo prohiado por el Comando del Cuerpo, el comando del Destacamento dispuso, luego de un severo ataque paraguayo, el repliegue de las fracciones adelantadas en las «islas», puesto que, en un caso dado, por hallarse condicionada su volición de movimiento, no podría acudir en su socorro que no fuese con la anuencia antelada del Cuerpo, la que podía retardarse por cualquier motivo o rémora en las comunicaciones.

Sobre este particular, en la obra antes aludida, dijimos:

«Desde un punto de vista crítico, a «posteriori», no es aventurado afirmar que este repliegue significó un error de consideración, ya que la pérdida de esos retazos de monte destacados involucraba la renuncia a un aprovechamiento ofensivo de la situación táctica que, aunque incierta, pareció favorable en las primeras jornadas de su desarrollo. Pero en esto es de justicia considerar que, dentro del módulo defensivo sostenido por el Comando del Cuerpo, Bilbao no podía realizar otra cosa, puesto que su preocupación principal estaba sometida al sostenimiento de una línea y no precisamente a derrotar en campo

abierto al enemigo. Error de concepto y de oportunidad no imputable al Jefe del Destacamento —que supo apreciar con clarividencia la situación real de esos días— y que de no haber sido limitado por la vía jerárquica habría quizá adelantado un contra-asalto boliviano que hubiera podido batir y, posiblemente destruir a la temeraria y solitaria unidad que comandaba el mayor Torreani Viera».

Desde el día 6 de noviembre, la caída de Platanillos en poder de los paraguayos anunciaba por sí misma una nueva reconcentración paraguaya y que el eje operativo seguramente sería endilgado en la dirección de Saavedra.

Debido a lo anterior, Bilbao se afanaba por obtener del comando del Cuerpo una plena aquiescencia a su hipótesis, sin conseguir por ello un resultado apreciable.

Después del acontecimiento antes enunciado era más que probable que la Segunda División se movería hacia el pajonal al N. de Saavedra, y que esto se haría con premura no podía ser dudoso, desde cuando a los altos jefes paraguayos no se les ocultaba la inminencia de un trance difícil para la unidad tan intrépidamente destacada, peligro que se acrecentaba por no haberse comprobado la existencia de grandes contingentes de tropa en la zona de Platanillos. Y como el coronel Estigarribia se limitara a desplazar hacia el «Km. 7» a la División 2 solamente, Delgado Cmdte. de la Div. 4 obrando de propia iniciativa en el comienzo ordenó se pusiera en marcha un regimiento de su unidad de Arce al Sur. Simultáneamente el Cmdo. de la Div. 2 disponía que el regimiento «Dos de Mayo» hiciera su aproximación del modo más acelerado que fuese posible.

En nuestro antes citado volumen sobre esta fase de las operaciones y argumentando sobre los proyectos ofensivos del teniente coronel Bilbao Rioja, nos expresamos de esta guisa:

«Como antecedente previo del propósito de contra ofensiva boliviana, conviene tener presente la actividad fructuosa desenvuelta en los días 6, 7 y 8 por el Regimiento «Corrales», cuyo incansable embate había concluido por poner en peligro el ala derecha del dispositivo boliviano personificada por el Regimiento «25», unidad está que se sintió vacilar en algunos momentos, fenómeno felizmente de corta duración y que fué corregido con presteza por el Comando, con la oportuna intervención del Batallón Pool del «Campero», pero que tuvo la consecuencia de permitir que los paraguayos siguieran amenazando la integridad ya resentida del dispositivo con su instalación en la punta saliente del monte del «Kilómetro 7» y con su estabilización en posiciones a distancia mínima de asalto de las trincheras bolivianas.

«Esta situación y los peligros inherentes a ella, no pasaron desapercibidos al Comando del Destacamento, dedicándose con ahínco Bilbao, a pesar de las reticencias limitativas del Cmdo. del I C. E. a preparar una operación de naturaleza ofensiva, aunque fuese de marco circunscripto, que permitiera alejar esta amenaza; que habían visos se haría inminente apenas el contendor fuera reforzado, lo que no podía tardar en ocurrir; a la vez que entonar moralmente a la tropa con un éxito, no importando fuese meramente táctico, siempre que se obtuviera en campo ocupado por el enemigo, éxito que tendría la virtud de devolverle al personal la confianza en sus medios, la que a ratos parecía eclipsarse del todo por motivo de

ciertas actitudes [observadas en algunos de los regimientos durante las primeras jornadas de contacto defensivo con el enemigo.

«Para evitar todo asomo de repetición de este mal y al mismo tiempo ensayar propinarle al invasor un rudo golpe que lo hiciese trastrabillar y aún vacilar en sus intenciones operativas, el teniente coronel Bilbao Rioja preconizaba el único recurso posible, el santo y heroico remedio de las acciones de guerra en plan de debilitamiento: la vuelta a la ofensiva, o por lo menos, a la defensiva activa. Loada fué y será siempre esta disposición de ánimo de Bilbao Rioja, sobre todo, cuando de consuno con su pensamiento, el Comando paraguayo, que había podido corregir su primitivo descuido con relación al destacamento del Regimiento «Corrales», se proponía a su vez acentuar su esfuerzo en procura de abrirse de una vez el camino hacia Saavedra y Muñoz.

«Cuando algunos días transcurrieron y se rectificó en parte la exagerada previsión del Comando del Cuerpo y comenzó a madurar el concepto ofensivo, las circunstancias ya no fueron las mismas, puesto que, desde el 8 de noviembre púsose en movimiento desde Arce el resto de la División 2 (Regimiento «Dos de Mayo» y «Acá Verá», al mando del teniente coronel Gaudosio Núñez, en apoyo del «Corrales» cuya situación fué y pudo ser aún más comprometida).

Sobre este punto, el general paraguayo Nicolás Delgado, ha depuesto con posterioridad a la campaña lo siguiente.

«El día 8 púsose en marcha la Div. 2, en dirección a Saavedra, para apoyar a su Regimiento Inf. 3 «Co-

rrales», que se encontraba aproximadamente a unos cincuenta kilómetros de su masa principal, con el agravante de haber sufrido subidas pérdidas frente a las primeras posiciones defendidas seriamente por el enemigo. En la misma fecha, sabiendo la situación real de la División 2, alejada y aislada de sus bases y con un efectivo escaso, consideré prudente, proponer al Comando del Cuerpo, trasladar por lo menos un regimiento de la División 4 a Alihuatá, a objeto de acercarlo, 20 kilómetros hacia la División 2 y asegurarle su retaguardia en esa región, etc., etc. ....»

Parece entre tanto indudable que el Comando Guillén-Toro no atinaba con ninguna hipótesis razonable, pues se afirmaba en restringir la iniciativa del Jefe que con su clarividencia y fuerzas a sus órdenes podía despejar un tanto o totalmente la incógnita.

Prueba aún más este grado de confusionismo y de nulo presentimiento, cuando el Cmdte. del Cuerpo, a horas 12 del día 8 de noviembre, al comunicar a Bilbao un parte de observación aérea, le agregaba reforzando su contenido: «Impresión general dan ellos es tratase de reducidas fuerzas, que atrincheránse al sentirse débiles con propósito exclusivo amarrar frontalmente para facilitar acción táctica sus fuerzas contra nuestras alas».

Empero de ser esas fuerzas escasas y débiles el Comando ponía una nueva dilación a la impetración de Bilbao en el sentido que se le permitiese atacarlas sin pérdida de tiempo.

Por esto, a horas 19 del mismo día 8 de noviembre, el teniente coronel Bilbao se dirigía al Comando de Saavedra, con esta sensata y grave advertencia, en cuyo fondo palpita la protesta del profesional que sabe lo que hace y por qué lo hace.



«SIENTO VERDADERAMENTE QUE ORDEN PARA MANIOBRA DE MAÑANA HAYA SIDO SUSPENDIDA, PUES CONTABAMOS GRANDES PROBABILIDADES DE EXITO QUE HUBIESEN LEVANTADO GRANDEMENTE ESPIRITU PATRIOTICO CON PRIMERA VICTORIA; PERO ME PERMITO HACER CONSTAR RESPECTUOSAMENTE QUE LA SITUACION MAS TARDE PUEDE SER ADVERSA A NUESTRA CAUSA.—RESPETUOSAMENTE.—(FDO.).—TCNL. BILBAO».

Sobre este momento álgido y de naturaleza trascendente, en oportunidad ya lejana argumentamos de este modo: «Aunque lo preceptuado por el Comando del Cuerpo en orden a la oportunidad del contra-ataque, es cosa esencial aplicable a toda función de guerra, el caso palpable es que se hallaba muy desorientado en cuanto a la calificación de dicha oportunidad, máxime cuando, en conocimiento de la caída de Platanillos, debió pensar, lógicamente, que quedarían desocupados fuertes contingentes paraguayos para frustrar la precaria y momentánea oportunidad favorable, tal cual lo auguraba en su respetuosa y atinada representación el Jefe del Destacamento. A mayor abundamiento, el Comando del Cuerpo noticiaba al del Destacamento, en 8 de noviembre — como se ha visto con la reproducción del comunicado pertinente— de que se trataba de «reducidas fuerzas enemigas que atrincherándose al sentirse débiles, sin actividad alguna frente a nuestras alas, con propósito exclusivo de amarrarnos frontalmente», todo lo cual de por sí bastaba para calificar de inmejorable la oportunidad de asumir la contraofensiva, no importando mucho que fuese de radio limitado, tal como lo pensaba y sugería el teniente coronel Bilbao».



Este comentario nuestro fué originado del conocimiento de la respuesta que el Cmo. del Cuerpo dió el mismo día 8 (Hs. 19.30) a la severa y deslindadora advertencia de Bilbao.

El telefonema de referencia decía:

«He ordenado Comandante Séptima División ponga a su disposición Reg. 50, inmediatamente después llegue Saavedra. Debe Ud. emplearlo de acuerdo situación, procurándole pequeño descanso y haciéndole conducir con guías en caso quiera Ud. emplearlo para contraataque proyectábase y cuyo éxito depende exclusivamente de oportunidad en que realizárase, procurando, en todo caso, no resulte prematuro,—(Fdo.). Gral. Guillén».

La lógica del momento indicaba que cualquier postergación podía ser nociva al proyecto de Bilbao. La preocupación de lo prematuro se reñía con la libre disposición de por lo menos dos divisiones paraguayas, que podían entrar de refuerzo luego de haber concluido su misión hacia Platanillos. Por tanto, no era ciencia infusa desprender deducciones muy aproximadas de lo que podía pasar. El Comando del Cuerpo, es cierto, reforzaba con un regimiento de 500 plazas el dispositivo del «Kilómetro 7», pero diferiendo la operación se exponía a que, en el mismo tiempo, dos o más regimientos de más de mil plazas cada uno, se unieran a Torreani Viera, singularmente después del día 9 de noviembre, ya que desde el día 8 —cuarenta y ocho horas transcurridas de la caída de Platanillos— se inició, con el movimiento retrógrado del grueso paraguayo hacia Arce, la nueva fase operativa con objetivo Fortín Saavedra. Y este teorema de guerra resultaba sencillo preverlo con un simple raciocinio de

probabilidades en función de los factores de tiempo y espacio aplicados a la iniciativa de ningún modo declinada por el Comando paraguayo.

Bilbao, avisado y competente profesional, se forjó sobre este particular una hipótesis cercana a la certeza. El Comando del Cuerpo, en cambio, actuó con criterio medroso y casi a la zaga de los acontecimientos. Esto debió producir una especie de antinomia entre ambos conceptos, que se traduciría en una dilación del esfuerzo unitario, que de ningún modo resultaría beneficiosa para las armas bolivianas.

El Jefe del Destacamento medía minuciosamente las probabilidades de pro y contra. Su optimismo de poder resistir se contrabalanceaba discretamente con la confrontación de sus medios con los que, hora por hora, se le podían atribuir al enemigo. Era este un proceso fluctuante que, para apreciarlo debidamente, requería una enorme labor previa y una gran serenidad de los nervios, a la vez que bastante claridad de discernimiento. De esta guisa, un calmo equilibrio del raciocinio y una voluptuosa posesión de la responsabilidad presidían todas las resoluciones del ilustre jefe. No se entusiasmaba, pero tampoco se dejaba abatir.

Una prueba de esta disposición de su ánimo la ofrecen algunos párrafos de un detallado informe elevado al Comando del Cuerpo, fechado en 7 de noviembre. Así, por ejemplo, el acápite N.º 5 dice: «Mi opinión personal, dada importancia misión Destacamento es favorable siempre que refuerzos necesarios lleguen a intervenir oportunamente. Caso contrario conceptúo que situación tornarase delicada.—6.—Situación aclarada en día hoy háceme dar fe a parte pasado ayer respecto número y

composición enemigo.—7.—Situación favorable a que me refiero podrá continuar sosteniéndose siempre que en el transcurso de esta noche pueda disponer de un refuerzo mínimo de 200 hombres, dependiendo también esto de la conducta que observe el enemigo en el curso de esta noche. Mas en toda circunstancia expresóle respetuosamente que Destacamento mi mando encuéntrase resuelto a sostenerse hasta el sacrificio de acuerdo a órdenes que reciba de esa superioridad»..... Como salta a la vista, Bilbao asumía una actitud digna y veraz. Garantizaba una resistencia tenaz victoriosa siempre que se le enviase por el momento un refuerzo de 200 hombres —que era bien poco pedir. Pero el que esto no ocurriera tampoco le desaholaba, pues ofrecía sostenerse en la línea marcada por el deber hasta el sacrificio, por más que tuviera que cargar con las consecuencias de un desastre. Raro privilegio éste y sólo conocido por los grandes capitanes, en los cuales la alacridad de la mente sincronizara con la dura probidad de resignarse a lo ineluctable.

En nuestra descripción y crítica de la batalla del «Kilómetro 7», contenidas en la obra tantas veces citada, registramos lo siguiente:

«El teniente coronel Bilbao Rioja entrevió que su pequeño ejército se hallaría expuesto a una grave contingencia si se subordinaba por más tiempo a dejar hacer al enemigo, permitiéndole con una defensiva pasiva ultimar su reforzamiento y preparativo, y aún realizar sus movimientos tácticos preliminares sin ser molestado mayormente.

«De esta apreciación, razonada y profundamente lógica, nació su decisión de pasar a la contra-ofensiva, aunque ésta fuese con un carácter temporal y limitado, ya

que a un caudillo de su ponderación y capacidad no se le podía escapar que a la obtención de mayores usufructos no se debía exponer, habida consideración de su todavía feble preparación, y si se aquilataba reflexivamente el potencial superior que podía oponer el adversario con sólo adelantar sus grandes unidades escalonadas entre Arce y el «Kilómetro 12».

«Con todo, siendo acertadísima la resolución de Bilbao, la maniobra táctica con que debía traducirse, no era cosa baladí ni dejaba de estar amagada por peligros muy serios, puesto que un enemigo advertido, superior en número y diestramente dirigido, puede contra-maniobrar con relativa facilidad sobre un rival más débil que abandona su posición abrigada para correr el albur de lo imprevisto, llevando como consigna un objetivo que no sólo depende de cálculos e hipótesis propios, sino que de ese factor esencialmente variable, casi indómito a la previsión, que es la conducta o reacción del adversario en presencia del desarrollo del plan esbozado.

«Bilbao acertó plenamente cuando basó su esquema de batalla en la maniobra sorpresiva y audaz, con miras a un fulminante aniquilamiento del enemigo, pues había presentido que el Comando oponente estaba muy distante de pensar — como así era en efecto — que el Destacamente boliviano, consciente de su verdadera potencialidad, pudiera alimentar otra esperanza táctica que la identificada con la defensiva pasiva; y habría dicho Comando estado en lo cierto sosteniendo esta convicción, si sus previsiones y sus órdenes se hubiesen amoldado a las exigencias imperativas que determinaron sus pasados éxitos, vale decir: no haber dado punto de reposo a la persecución, que es la clásica herramienta que consagra la

victoria, con proyecciones no circunscriptas al campo táctico, que son las que en definitiva impiden las convulsiones reactivas y de restablecimiento de parte del vencido en la víspera».

Abreviando, el día 10 recién pudo desencadenarse la acción tan insistentemente alentada por Bilbao Rioja. ¿Qué había ocurrido para que esto se hiciera efectivo? Antes, en otro libro, ya lo dijimos;

«Veinte y cuatro horas más tarde, Bilbao Rioja se apoya en una débil autorización del Comando, el que parece ahora dejar a su arbitrio la oportunidad de la operación —no obstante las limitaciones, reglas y recomendaciones con que al propio tiempo trata de reatar su decisión a un método observante y de sentido tardoso— para lanzar sus tropas en toda la línea contra la vanguardia de la División 2 paraguaya.

«Es este un momento glorioso y espectacular. Si el ataque se hubiera podido adelantar veinte y cuatro horas, la destrucción o arrollamiento del Regimiento Corrales habría proclamado una victoria boliviana contundente y quizá de influencia decisiva en las operaciones de ese frente, puesto que una previsión elemental a la vez que la observancia del principio de la economía de fuerzas, hubiera inducido a los paraguayos a reconcentrarse en los alrededores de Arce, llave de ambas líneas de operaciones, con una tendencia marcadamente defensiva, ya que la inutilización de una de sus mejores unidades, amén de la repercusión moral desastrosa, habría compensado con creces las pérdidas bolivianas experimentadas desde la iniciación de la campaña, sin excluir las de la rendición de Boquerón.

«Desgraciadamente para las armas bolivianas, el excesivo celo desplegado por el Comando del Cuerpo en resguardo del factor seguridad del dispositivo malogró esta bella oportunidad, y sólo permitió, aunque tíbiamente, en la hora undécima, que Bilbao desencadenara su acción impetuosa, la que ya no pudo tener un objetivo sencillo como había sido el Regimiento «Corrales» aislado, sino las fuerzas casi íntegras de la División 2 paraguaya, la cual, precisamente el 10 de noviembre, pudo hacer sentir su presencia en el campo de batalla».

Desmesurado resultaría reseñar el desenvolvimiento del contra-golpe de Bilbao que hizo trastrabillar cual si fuese un ebrio al dispositivo paraguayo. El plan ejecutado por Bilbao, que constaba fundamentalmente de una recia acometida frontal en combinación con un ataque de índole sorpresiva sobre el ala derecha paraguaya, fué realizado pese a los tropiezos que nunca faltan en la guerra, con una decisión y coraje dignos de todo encomio, sellando esta particularidad una honrosa recuperación de la moral profesional y del espíritu combativo tan proverbial en el soldado boliviano.

El general paraguayo Nicolás Delgado, que fuera a la sazón de estos acontecimientos Comandante de la División No. 4 paraguaya, en un libro que escribiera sobre sus recuerdos de la campaña, ha dejado sentado lo siguiente:

«El día 10, nos despertamos con un intenso cañoneo hacia Saavedra, indicio revelador de alguna reacción enemiga importante contra la División 2. Ese cañoneo no cesó toda la mañana. Nosotros no sabíamos a qué atenernos ya que no podíamos obtener de dicho Comando, ninguna comunicación, a pesar de los esfuerzos desplega-

dos en tal sentido, porque los teléfonos no funcionaban. Aquellas horas, fueron de intensas preocupaciones dramáticas para nuestro patriotismo. Por la imposibilidad de disipar nuestras terribles dudas, nos concretamos a conjeturar con los oficiales del E. M., quienes estaban de acuerdo, en que una acción importante se desarrollaba contra la División 2 pero a pesar de eso, teníamos absoluta fe en la victoria, por la moral muy elevada que poseían las unidades de dicha División. El Comando del Cuerpo, tampoco podía recibir informaciones durante la mañana, sobre el particular. Desde luego, nuestros medios de transmisiones eran precarios. Lo normal era que se produjeran esas fallas justamente en la hora de mayor peligro, cuando los Comandos responsables más necesitaban comunicarse para la conducción feliz de las Grandes Unidades, encargadas de cumplir tareas importantes, encomendádales dentro del conjunto de las maniobras.

*«A las 13 Hs. recibí comunicación telefónica del Comandante del Regimiento «Corrales», Mayor Torreani Viera, quien me informaba sobre la situación desesperada de su Unidad, a causa de un recio contra-ataque boliviano, que había conseguido romper sus líneas en ciertos puntos, llegando hasta su Puesto de Comando, en el centro, donde él vióse obligado a defenderse con personal de ordenanzas y rancheros y que no podía comunicarse, desde hacía tres horas, con su Comando de División. Me informaba a la vez, que el enemigo, a pesar de su ataque fulminante, había sido rechazado en su ala derecha y centro, pero que en el ala izquierda, no era clara la situación de su Unidad. En vista de esto, tomé la responsabilidad de autorizarle a informar directamente al Comando de Cuerpo, prometiéndole a la vez que el Regimiento*



«Boquerón», partiría inmediatamente de Alihuatá en su apoyo y que por consiguiente, debería sostenerse ese día, a toda costa, para dar tiempo al Regimiento que llegara en la misma noche, a tomar contacto con la Unidad. Por eso, sus informaciones, me merecieron la más absoluta fe. Estaba seguro, que no podía ser resultado del pánico, ni debilidad de su espíritu, el panorama que acababa de pintarme. En consecuencia, no titubeé en anticiparle, las medidas necesarias para apoyarlo lo más rápidamente posible, sin esperar orden alguna del Comando del Cuerpo. *A grandes males, grandes remedios.*

«Ante la imposibilidad de obtener comunicaciones telefónicas con el Comando del R. I. 6, resolví comisionar al Jefe de E. M. Tte. Cnl. Francisco Brizuela, a Alihuatá, con amplios poderes para tomar medidas en mi representación, según las circunstancias y asegurar el traslado rápido del Regimiento hacia los campos de Saavedra, para apoyar a la División 2, restableciendo la línea de defensa en caso de que ella fuera rota, o evitando que esto ocurriera, por falta de reservas. Mientras tanto, el suscrito se preparaba a partir de Francia (Arce), con el grueso de la División, al atardecer, salvo opinión contraria del Comando del Cuerpo, que no parecía probable, *puesto que, era lógico pensar, que se acudiría con la masa principal en apoyo de la Unidad empeñada en malas condiciones, en un sector donde, habíamos fijado la vista para nuestro objetivo cardinal próximo.* Y en verdad, a las 11.30 horas, el Coronel Estigarribia, hizome buscar precipitadamente en su automóvil. Una vez en su puesto de Comando, con la calma habitual en él, me refirió ligeramente la situación creada a la División 2 en los alrededores de Saavedra, con estas palabras textuales: «PARECE



QUE ALLA, LE HAN GOLPEADO UN POCO FUERTE AL R. I. 3 Y R. I. 1, ES DECIR; A LA DIV. 2 Y SERA CONVENIENTE, QUE SE HAGA PARTIR ENSEGUIDA DE ALIHUATA AL R. I. 6 PARA APOYAR A LA BREVEDAD POSIBLE, A LA DIV. 2, EN LOS ALREDORES DE SAAVEDRA. LUEGO, CON EL GRUESO DE LA DIVISION, UD. PARTIRA HOY, ETC. Yo a mi vez, aproveché la oportunidad para informarle que ya conocía la situación y que las medidas ordenadas estaban tomadas, noticia que mucho le agradó porque ganábamos un tiempo precioso para accionar lo más pronto en apoyo de la División, cuya situación continuaba siendo delicada, aunque habíase conjurado la crisis del primer momento. Luego, continuamos cambiando opiniones sobre la mejor forma de hacer concurrir la Div. 4 lo más pronto posible al combate, en apoyo de la Div. 2 etc., etc.»

Sobre lo anotado por Delgado, nosotros dijimos en ocasión pertinente:

«Con lo narrado hasta aquí por el general Delgado, se palpa la evidencia que si el ataque boliviano se hubiese lanzado con 24 horas de anticipación, habría sido del todo ilusoria para los paraguayos la maniobra de reforzamiento, que ya pudo hacerse efectiva durante el combate mismo, lo que no dejó de ser una favorable coyuntura para la unidad de Torreani Viera».

Bilbao había podido organizar el Regimiento «Loa», con 500 hombres de un destacamento de refuerzo, de modo que, si no hubiese mediado la nugatoria intervención del Comando del Cuerpo que suspendió el ataque preparado para el día 9, el Regimiento «Corrales» hubiera sido totalmente aniquilado, y esto hubiera también deri-

vado como consecuencia la desorganización de una División paraguaya y, consiguientemente, un vuelco completo en el campo de las probabilidades.

El Cmdte. del Destacamento había advertido con extraordinaria precisión al Comando de que dependía lo que estaba por ocurrir, pero éste desoyó la sugerencia, o, al menos, introdujo en ella una dilación perjudicial en todo extremo.

Sobre este punto, en nuestra obra sobre la guerra argumentamos:

«La profecía corriente, ciertamente que no es admisible en cuestiones tan complejas como son las militares; pero, con todo, el análisis certero, con base histórica y de la realidad, con los mayores cálculos de certeza posible y las hipótesis más razonables y ceñidas a los factores conocidos, puede dar como resultado una previsión y hasta un vaticinio que habrán de confirmarse más tarde en un porcentaje del cien por ciento.

«I esto, sin ir más lejos, fué lo que ocurrió con la advertencia que hiciera el Jefe del Destacamento boliviano, a un Comando que dió pruebas de desorientación y de escasa energía, y que, aunque animado de una gran voluntad, empero festinó la oportunidad única que se le presentara por algunas horas el teniente coronel Bilbao para sacudir con un golpe mortal a la unidad aislada de la Div. 2 paraguaya»

Con la consumación del contra-ataque del 10 de noviembre, no obstante de que su resultado material no fuese de aquellos definitivos, la campaña tomó un sesgo completamente diferente al de que los acaecimientos anteriores depararan.

Desde luego, las unidades de la Div. 2 paraguaya al quedar terriblemente maltrechas tuvieron que ser relevadas de la línea de contacto, así como a modo de imprescindible trasfusión de sangre, por las unidades aún frescas de la Div. 4. Esto trajo como consecuencia, que la superioridad numérica de las tres Divisiones del coronel Estigarribia quedara en buena proporción resentida. Y esta circunstancia, totalmente imprevista para la conducción paraguaya, debió proscribir de momento toda iniciativa de estilo desbordante sobre el frente boliviano de Saavedra, y paralizar para mejor ocasión cualquier intento ofensivo en el sector Platanillos-Ballivián.

De lo cual se infería que un buen golpe táctico, encuadrado en la oportunidad y dirigido a una parte neu-rálgica de un sistema, podía concluir por producir un traumatismo en todo el conjunto y singularmente en las concepciones operativas que se hubieran adelantado a la realidad de los sucesos.

A lo anterior debió, en definitiva, el ejército boliviano su restablecimiento absoluto y que una buena dosis de probabilidades de triunfo pasasen a robustecer su haber y sus esperanzas. Esto lo había conseguido el acierto conductor de Bilbao y el coraje decidido de la tropa de su mando, cuya tributación al Moloch de las batallas se representó en 3 oficiales y 40 soldados muertos; en 7 oficiales y 179 de tropa heridos, amén de 88 desaparecidos, entre estos un oficial.

El notable e inesperado éxito boliviano, a medida que los jefes paraguayos iban impresionándose por sus consecuencias fué determinando aun mayores efectos estratégicos. El principal de éstos fué el desplazamiento de la Div. 1 paraguaya, desde Platanillos al frente de

Saavedra, con lo cual cuatro quintas partes del ejército paraguayo resultaron atraídas y fijadas, al parecer por tiempo indefinido, frente al todavía reducido en medios pero poderoso en alta moral y en espíritu de sacrificio del Destacamento «Bilbao».

Así, el intrépido y advertido Comandante hubo de soportar, grata y conscientemente, sobre sus hombros la casi totalidad del embate adversario, ya que cerraba el paso al grueso paraguayo hacia «Saavedra» e indirectamente anulaba, por arte fructuoso de amarramiento, toda amenaza sobre Ballivián desde Platanillos.

Bilbao, decididamente, le había arrebatado la iniciativa a Estigarribia, y si éste se empeñaba en conservarla sólo podría hacerlo a costa de la vitalidad de sus hombres, cuyo forzado desgaste podría llegar a convertirse, como se confirmara en el hecho, en una amarga renunciación de la idea ofensiva.

En su circunstanciado informe sobre la acción del 10 de noviembre, el teniente coronel Bilbao Rioja, además de reseñar con prolijidad escueta las diversas incidencias de la operación, en la parte destinada a hacer un esbozo de crítica, apuntó observaciones de sumo interés para ser consideradas por sus camaradas y por el país en general.

Así, por ejemplo, dejó sentado:

«En esta acción de armas se ha tenido la oportunidad de comprobar el indiscutible valor de nuestros soldados y su gran espíritu ofensivo, que sensiblemente por deficiencias del Comando Subalterno no se ha podido sacar todo el partido posible en provecho de las operaciones en todos los sectores. Por lo demás la parte táctica merece un estudio comparativo y detenido de los informes de los S. S. Cmdtes. de unidades».

Al final, agregaba:

«El hecho de que los S. S. oficiales son destinados a las unidades recién llegados, no es un inconveniente que haga fallar la conducción en sus menores detalles, si desde un principio se toma interés en vigilar todas las distribuciones, inspirando así confianza en sus subordinados.

«En resumen, es una acción que nos demuestra palpablemente hasta donde puede llegar el espíritu ofensivo de nuestra tropa bien conducida y controlada. La misma situación de los frecuentes combates me impide tener la oportunidad de hacer una crítica formal, detallada y exacta de todas las fases del combate».

En su oportunidad, nos referimos al informe de Bilbao Rioja de esta guisa:

«El profesional consciente y pundonoroso se revela en las anteriores líneas.

«Vencedor en una acción de enorme importancia moral, el teniente coronel Bilbao Rioja no se ufana con el triunfo, antes bien, lo limita en cierto modo, exhibiendo los errores cometidos y manifestando su crítica y condenación para los defectos y omisiones, tanto personales como tácticos, en el desenvolvimiento de los cometidos impartidos. Es este un sistema honesto y conveniente en grado superlativo, el cual aunque contrario a las ideas de proselitismo y de popularidad, empero es indispensable y hasta salvador en un ejército en operaciones, puesto que sólo el concepto elevado de la responsabilidad y de la abnegación, sostenido por un mando exigente y una crítica justiciera, podrán afirmar un nivel de eficiencia recomendable, tanto de naturaleza ética como práctica en una masa orgánica combatiente».

Con el fuerte desangre sufrido por las unidades de la División 2 paraguaya —que Bilbao en su Parte calculó modestamente en 250 bajas, excluyendo los 48 prisioneros— con la propia revaluación de los atributos del mando y de la responsabilidad en la oficialidad; con el sentimiento expansivo y alegre de haber vencido una crisis amarga como el acíbar y temible como la muerte que experimentara la masa combatiente boliviana, otra vez erguida y sirviendo de broquel a su honra, el ejército había hallado por fin su camino y el país su destino.

Bilbao, el artífice y el nervio de esta transmutación, continuaría impávido perseverando en su gran misión, sin recibir otro estímulo que el eco amortiguado de frases y arengas laudatorias que se producían muy lejos.

En la retaguardia cercana y en la más distante los espíritus vibraban con la extraordinaria nueva. Se ofrecían brindis y agasajos en todo el ámbito nacional; del exterior llegaban juicios admirativos que trasuntaban extrañeza por lo sucedido. Todo parecía indicar que la visión del futuro de la guerra emergía resplandeciente de la órbita penumbrosa de un prolongado eclipse.

Bolivia estaba en salvo!

Todavía tronaba el cañón en el ya histórico campo del «Kilómetro 7», pero la angustia que oprimiera los corazones se ponía ya en plan de completa evanescencia.

El presentimiento de una gran victoria se refundía como por la acción de un crisol milagroso con la figura emblemática del gran caudillo que el dolor y la adversidad habían puesto de relieve.

Nadie se equivocó en este palpito ardiente, pues Bilbao Rioja continuaría hasta Villa Montes en con-

dición y actuación de invicto, a despecho de las caídas verticales que gradualmente iría sufriendo la situación de conjunto.

Dicho en claro romance, la nación había encontrado en el joven jefe un verdadero guía para sus armas, mas, en definitiva, desdeñara la ventaja de servirse de él y de su poder orientador. Culpa esto de los pueblos que sólo pueden redimirla con muchos años de penalidades y de deprimida historia.

---





*«Infinita es la ayuda que  
el hombre puede prestar  
al hombre»*

(John Ruskin)

## XVII

Pocas veces, como en el «Kilómetro 7» se materializó de un modo más acentuado la elocuencia veraz del pensamiento del epígrafe. El vigor espiritual y la serenidad de una apreciación y de un convencimiento emanados de un hombre, conjuntamente sus valiosas decisiones técnicas y su generosa ardentía moral, se concertaron para producir un resultado óptimo e inesperado, mucho antes que la acumulación de recursos materiales hubiese podido dar vida a una ecuación de seguridad. En virtud de lo anterior, el Paraguay, a la ofensiva, hubo de rectificar designios y resignarse a una actitud oscilante que en la práctica equivalió a la defensiva estratégica. Esto, en puridad significó el anulamiento de la mayor parte de las inmensas ventajas técnicas y morales que el país había ganado con sus hijos en armas durante más de dos meses de consecutivas victorias. Y no se diga, en este respecto, que su rival, Bolivia, consiguiera sobreponerse en el plano material o llegara a sobrepujar el esfuerzo cuantitativo de su adversario; nada más lejos

que esto. Los efectivos del Destacamento «Bilbao» habían sido aumentados, es cierto, pero no para rebasar la cifra y medios de combate de una sola de las Divisiones de las tres con que contaba el coronel Estigarribia para presionar en dicho sector tenido como decisivo.

Además del desempeño decidido de las unidades bolivianas y de su admirable conducción, contribuyó eficazmente a estabilizar la situación el criterio expresado por el teniente coronel Bilbao Rioja, que involucraba la orgullosa pero bien fundamentada seguridad de no ser desalojado y menos arrollado por el enemigo. Este concepto debió enfrentarse a los pesimistas y agoreros que sugerían en todos los todos que se continuase el repliegue hasta Ballivián. En esos momentos de realidades tangibles y auspiciosas, fué lógico y justo que terminara por prevalecer la opinión del joven y victorioso jefe. Este jalón, en el dilatado proceso de la guerra marca uno de los más importantes servicios prestados a su patria por nuestro biografiado.

No estará tampoco demás indicar que el propio Comando Superior de las fuerzas (I. C. E.) se demostraba partidario de que se continuase la retirada, y hasta el Jefe de Estado Mayor General, sugestionado por la impresión algo desmayada del general Guillén en este particular, llegó a decidir medidas en pro del repliegue. Pero Bilbao Rioja y su gente se habían convertido en un baluarte de granito del ejército y de la nacionalidad, y el alma popular identificada con ellos les enviaba por el éter el fluido caudal de su fe, de su inmensa gratitud y de su aliento a perseverar.

La concreción de la voluntad enérgica del gran caudillo militar que los acontecimientos se habían encar-

gado de revelar, está en su proclama del día 12 de noviembre de 1932, que amén de digno colofón de la gigantesca tarea, es el documento más efectivo y trascendente de la literatura militar del Chaco.

«Se ha sumado un día más a nuestra heroica defensa de Campo Candia, demostrando al pueblo boliviano y al Continente, que mantenemos aún la sangre guerrera de nuestros antepasados, que nos legaron patria y libertad.

«No pasarán! dijimos al posesionarnos de este campo, Vamos cumpliendo nuestra resolución con fe inquebrantable, haciendo morder al enemigo el polvo de sucesivas derrotas. Aniquilemos a los invasores para que, en el momento oportuno, con los refuerzos que vienen llegando, emprendamos la reconquista de nuestros fortines perdidos y de todo el territorio detentado desde tiempo atrás por el Paraguay» Y no puede ser de otra manera, porque no sólo se juega en estos momentos el prestigio de cada jefe, de cada oficial, de cada soldado; no sólo se juega el prestigio del ejército; se está jugando algo más grande y sagrado: el honor nacional, la dignidad de la República, el porvenir de la patria misma, y nuestro deber en estas circunstancias angustiosas, es levantar muy alto el prestigio de la patria y de nuestros hombres para que sirva de ejemplo a nuestros camaradas y a las generaciones venideras.

«Un hombre sin honor es un presidiario que camina siempre con la cabeza baja, avergonzado de mirar al sol. Una nación sin dignidad, es un miserable tolderío que no merece figurar como estado soberano. No permitamos que nuestra patria sea pisoteada y humillada. Elevémonos, si es posible, hasta las alturas del heroísmo y

rompamos con nuestras bayonetas todos los obstáculos que se opongan a la victoria.

«Habéis visto por los prisioneros, como están aniquilados los enemigos y no es posible retroceder ante un adversario que se muere de hambre y de sed.

«Señores jefes y oficiales: la indisciplina, la desorganización, el desaliento se vencen con la voluntad y la energía. Conquistad ante todo la fe y la confianza de vuestros soldados y tendremos asegurado el éxito de la jornada.

«Soldados: somos hijos de una patria pobre y no es posible exigir muchas comodidades. Bolivia, con élla nuestros padres, nuestras mujeres y nuestros hijos, nos piden valor y sacrificio. De uno a otro confín de la República, las mujeres bolivianas exigen armas para venir a borrar la afrenta de las retiradas. «Si no hay hombres, aquí están las mujeres» exclaman dispuestas a derramar la última gota de sangre en defensa de la patria.

«De nuestro esfuerzo y de nuestro sacrificio depende la suerte del Chaco y de Bolivia toda. — (Fdo.) Teniente Coronel Bilbao Rioja, Comandante del Destacamento».

El prestigio y la elocuencia del lenguaje se acrecentan de un modo extraordinario, casi increíble, cuando a la justeza de su expresión se añade el dramatismo de la emoción hondamente sentida. Así, la feliz exhortación de Bilbao Rioja llevó un hálito de orgullosa satisfacción a la tropa combatiente y una sensación placentera de confianza a la ciudadanía toda. Se abandonaron desde ese instante las ideas medrosas y en el histórico pasional, en sus trincheras vibrantes e inmaculadas, quedó rubricada con el gesto y con la sangre la consigna de no ceder.

Una reacción afortunada se presentó también en el Comando del Primer Cuerpo de Ejército, y de esta guisa se obtuvo la unidad de propósito para el sostenimiento del frente de Saavedra, sin perjuicio de explotar en su oportunidad, con otros núcleos de fuerza, otras líneas de operaciones que permitieran con mayor celeridad recuperar la Iniciativa, ya que esta probabilidad era precaria en el sector de Saavedra, donde se hallaba desplegado o escalonado el grueso del ejército paraguayo.

En el particular, la imaginación de tendencia operativa, que podía lucubrar y hasta soñar con directrices brillantes, en lógica y razón era justo y previsor se subordinase a una realidad táctica que comprendía la hermosa y ambicionada virtualidad de neutralizar casi por completo, con un triunfante fijamiento, toda iniciativa peligrosa de parte del ejército enemigo. Que existían nuevas y fascinantes líneas de operaciones a ensayar, como eran las de Ballivián-Platanillo-Arce y Camacho-Corralles-Toledo-Isla Poy, nadie puede ponerlo en duda; pero los paraguayos también las conocían, y prevalidos de sus éxitos y menores inconvenientes logísticos, realizaban a la par las preparaciones destinadas a preservarlas o a explotarlas, lo que reducía considerablemente las expectativas forjadas por el genio maniobrero. En todo esto los cálculos no podían alejarse de la hipótesis, y la concreción que podían llegar a adquirir los deseos y los planes de ejecución quedaban librados a multitud de factores de naturaleza variable y de presentación cambiante.

Lo contrario, en el «Kilómetro 7» la línea boliviana había parado, al parecer definitivamente, la intención ofensiva paraguaya, dejando maltrecha a una fuerte División, que tuvo que ser retirada y sustituida en el cam-

po (Div. 2 por Div. 4), y en términos de mayor claridad todavía, el peligro de la libertad de acción pujante que imperara a las huestes de Estigarribia, se había desvanecido en aproximación a un punto de casi seguro eclipse.

Un aforismo de la profesión tiende a consagrar el principio que una tropa vale lo que vale su jefe. También es lícito inferir que ambos valores, en un sentido de cualidad, pueden llegar a representar una simbiosis magnífica, ya que una tropa disciplinada, instruida y valiente puede ser el númen inspirador de un jefe apto y concienzudo, como también aquélla puede llegar a un extraordinario galvanismo de acción y de sacrificio si experimenta en su espíritu y sistema arterial colectivo el influjo poderoso, vigilante y dilatador de una mente iluminada y firme y de un corazón animoso y puro.

El magnetismo personal de Bernardino Bilbao Rioja, que seduce el afecto y dirige los corazones ciegamente hacia la obediencia y la fe, el tino que utiliza para acercar a los hombres a sus deberes, esa especie de promesa cierta de que donde él se halle reinará el orden, la austeridad y la seguridad y, en fin, esa incansable solitud que hace resaltar al jefe severo, exigente pero a la vez humano y paternal, florecieron de tal manera en los campos de batalla del Chaco, que donde él se hacía presente un presentimiento lisonjero y animador se imponía como por arte de encantamiento en su contorno y en los que debían obedecer sus órdenes.

El autor de este libro se siente ampliamente autorizado para sentar esta premisa y certificarla con una experiencia privativa de sólida observación y de honda y pertinaz raíz, pues en carácter de Comandante de Artillería del Sector Pilcomayo, en la defensa que se pro-

metfa angustiada de Villa Montes, pudo apreciar de viso el poder del extraño sortilegio que un jefe de las calidades profesional y moral de Bilbao Rioja puede llegar a ejercer sobre sus subordinados, no importa el grado penoso de amargura o de desabrimiento a que éstos pudieran haber sido conducidos anteriormente por la imprevisión o flaqueza atribuible a otros. Volviendo al «Kilómetro 7» no insistiremos en las causas que motivaron el desaprovechamiento de las ventajas ahí ganadas con el contragolpe del 10 de noviembre, que llevara el estupor al Comando paraguayo y quebrantara, bien que transitoriamente, el impulso ofensivo de sus mejores unidades. El hecho escueto fué que el sistema boliviano del «Kilómetro 7» pasó a considerarse como estabilizado, y los refuerzos que pudieron nutrirlo para imprimirle un vigor determinante, fueron utilizados en crear —siempre a medias y encontrando en cada caso la correspondiente frustratoria oposición paraguaya— distintas «diversiones» operativas. Esto acaso pudo justificarse en cuanto a la preferencia por objetivos geográficos y militares de naturaleza teóricamente ideal, aunque a la sazón distantes de tener enlace con los recursos disponibles y las realidades en plena constatación. El general Guillén, Cmdte. del I. C. E., que tantas vacilaciones sufriera en los comienzos del contacto en las proximidades de «Saavedra», concluyó convencidamente por solicitar se considerase el frente del «Kilómetro 7» como el preponderante y de carácter decisivo en el tablero de la beligerancia. En efecto, un despacho cursado en aquel sentido, no deja lugar a duda respecto al cambio de espíritu y de ánimo operado por la rediviva y valerosa resistencia de las tropas y su encomiable y certera conducción en manos de Bilbao Rioja.

«MUÑOZ, 17-XI-32.—Cifrado 150.—ESMAYO-  
RAL.—LA PAZ.—VILLA MONTES.

Para asegurar victoria «Kilómetro 7» de la que depende toda suerte Chaco, precisamos apurar más posible marcha tropas refuerzo utilizando todo medio.—(Fdo.) Gral. Guillén».

Sin embargo, la hesitación no concluyó del todo en el Comando de Muñoz, y una prueba de ello la dió el Comando del Cuerpo el 19 de noviembre, en un extenso comunicado en el que prescribía movimientos y ubicación de tropas, diciendo en lo pertinente:

«Aparte acción Busch por momento no conviene apresurar ninguna operación por ala izquierda que creemos firme a base sostener Regimiento 28 en Puesto Montaña». Esto significaba la imposición del criterio estático, y como derivación, una mayor posibilidad de que el esfuerzo adversario pudiera nuevamente ser impulsado en las condiciones de holgura que es presumible atribuir a la autodeterminación. Bilbao contestó el mismo día, noticiando al Comando que la actividad ofensiva paraguaya se reiniciaba ostensiblemente, y esto era natural habida consideración de que la reorganización de sus unidades y el reposo de más de una semana habíale inyectado una fresca energía y, por cierto, nuevas posibilidades de fortuna.

En su cifrado, Bilbao Rioja fué terminante, descubriendo una punta del velo de la impaciencia que le producía el hecho de hallarse reatado a directivas que no se compadecían con la situación del momento y de cada momento, cosa que sólo él podía juzgar con precisión y



oportunidad, dado su estrecho engarce con la línea y sus novedades.

«1.—Enemigo concéntrase punta tres al E. nuestras posiciones desde donde efectúa ataques nocturnos.

1.—Para evitar envolvimiento Regto. Abaroa escalonó ala derecha en profundidad y dispone como reserva Compañía Murillo.

3.—Por extensa línea defensa resultan alas sin potencia de fuego impidiendo descongestionar frente.

4.—Senda a retaguardia Regto. Abaroa terminó ayer.

5.—SITUACION ACTUAL TERMINARASE MEDIANTE CONTRA—OFENSIVA.

6.—Anteriores reflexiones inducenme insinuar a Ud. apresurar acción combinada con Séptima División, desde Oriente a Puesto Montaña.

7.—Urge apresurar llegada tropas brevedad posible por exigirlo situación presente.—(Fdo.) Teniente Coronel Bilbao».

Sobre esta divergencia de opiniones, en las páginas 431 y 432 del volumen segundo de su Historia sobre la guerra del Chaco, el autor de esta obra formuló las apreciaciones que ahora se reproducen:

«Este cambio de reflexiones entre el Comando superior y el subalterno, demuestra la diferenciación psicológica con que apreciaban el momento los Comandos, operativo y táctico. Mientras el primero tendía a diferir—igual que antes del contra-ataque del 10 de noviembre—cualquier empeñamiento ofensivo de importancia, el segundo se esforzaba por despejar cuanto antes la situación por medio de una contra-ofensiva rápida y decidida.

«Es verdad que el Comando del Cuerpo debía velar por la estabilidad del conjunto, vale decir por los dispositivos cubiertos por las dos Divisiones de su dependencia; mas, con todo, su falta de audacia operativa, no obstante los muchos estudios y planes madurados, podía ser a la larga un peligro mayor que el que se propusiera evitar con el método de la prudencia. En cambio Bilbao, imbuido de la filosofía de la acción — no exenta de preparación, por cierto— se inclinaba decidido hacia el culto axiomático del ataque, ya fuese éste circunscripto a una ideación ofensiva como defensiva, consciente como estaba de que no hay dentro de esta última modalidad éxito alguno si se la práctica con criterio estático. El joven caudillo del «Kilómetro 7» prefería atacar a ser atacado, y ciertamente que esta posición de espíritu, reveladora de personalidad propia y de confianza en sus medios, se conformaba con los postulados clásicos del arte militar, que exige la moral vigorosa del combatiente en el ataque, que es a su vez la antesala más conocida de la victoria».

Ahora, el éxito alcanzado por la conducción de Bilbao, su individualidad evidenciada de un modo tan categórico, el aplauso con que le rodearan cual si fuese un aura de admiración y de gratitud el país, y su prestigio de gran soldado revelado de súbito ante propios y extraños, habíanse concitado —una vez disminuido el peligro proveniente del enemigo —por crearle una atmósfera de recelo y de negación por parte de muchos, inclusive entre sus compañeros de armas, que no podían librarse de la exigencia penosa que en cuanto a la aquilatación cumplida del mérito, tiraniza y anarquiza en los estratos más

profundos y sinuosos de la condición de la especie. Bien se dice también que lo colectivo es antípoda de lo personal y su más encarnizado adversario, y el pecado de Bilbao había estribado únicamente en relevar personalidad—tan necesaria e imprescindible en ese agudo trance creado por los paraguayos— y en despertar consiguientemente a émulos y envidiosos. Así, subrepticamente habíase iniciado en esos días, que aparentemente tornaríanse de calma, una campaña destinada a disminuir la importancia de la tarea rendida por Bilbao, llegándose en este rumbo, sirviéndose de argumentos estrafalarios, hasta aseverar que el éxito obtenido en la drámatica contención, no era propiamente de la paternidad del joven jefe del Destacamento que la operara, sino de Sutano, Mengano y Perengano.....y por este camino de afirmaciones se solía incurrir en extravagancias.....

Sobre este particular, el autor de esta biografía fué ocasionalmente sorprendido, años después de terminada la contienda, por la opinión que le participara un ministro de Guerra durante la campaña. Según este amable interlocutor, que era doctor en Leyes, la ventura de la jornada se debía a un comandante de regimiento—ciertamente muy meritorio— que nombraba, y para robustecer su atrevida tesis se afirmaba en que uno de los batallones del jefe de referencia había actuando en el ala izquierda mientras el restante lo hacia en el ala contraria. Con esta extraña teoría se le atribuía al dicho comandante el dón de la más perfecta ubicuidad, suponiéndole hallarse con una pierna en un extremo de la línea y con la otra en el opuesto, salvo que hubiese actuado desde la central de mando donde se expedía Bilbao, substituyéndole en su función específica.

Registramos a título exclusivo esta reveladora anécdota por tratarse del juicio de una persona que, en razón del cargo que desempeñara y de su prestigio intelectual plenamente admitido en el campo político, debió tener una abultada participación influyente en la dirimición superior de los negocios de la guerra.

Aun durante el desarrollo de la batalla, Bilbao Rioja, a fuer de subalterno, hubo de experimentar la sorpresa de una orden emanada del I C. E., la que virtualmente introducía una cuña en el concepto unitario de su comando, sin que ninguna razón específica se diera para ello.

La orden de referencia esta fechada en 22 de noviembre y su parte pertinente dice así:

«Dada situación actual, convendría ponga Ud. a nuestra disposición en Saavedra un regimiento antiguo, avezado en combate bosque para utilizarlo en operación pensamos realizar por senda Pool, contra espalda enemigo y que ahora, más que nunca, se impone para aclarar situación».

Antes, al formular una apreciación crítica, el autor de esta obra glosó esta proposición:

«No es discutible en este respecto que el Cmdo. del Cuerpo de Ejército solicitó que un buen regimiento fuera colocado a «nuestra disposición, para utilizarlo en operación pensamos realizar por senda Pool, contra espalda enemigo, etc.»... lo cual entrañaba, como cae de cajón, el debilitamiento en la unidad de mando, de concepción y de ejecución, como lo representara de inmediato el teniente coronel Bilbao.

«El Comando del Cuerpo al responder a su subordinado declara «no pensamos nunca en acción parcial»,

lo cual se contradice flagramente con lo apuntado más arriba, pues «nuestra disposición», significa substraer la unidad pedida a la conducción de su Jefe inmediato».

Lástima grande fué que la alta conducción boliviana de la guerra, no defendiera desde el primer minuto a fondo, con la mayor concentración posible de recursos, a raíz de la situación prometedora creada a partir del diez de noviembre, el cauce operativo principal para no demorar el esfuerzo, tal cual lo solicitara con reiterado encarecimiento el teniente coronel Bilbao Rioja.

Al no existir probabilidades congruentes para montar en tiempo y mover en espacio una certera maniobra excéntrica sobre Arce, mil veces preferible hubiese sido galvanizar de elementos y de acción al victorioso agrupamiento táctico del «Kilómetro 7».

Pero esto no fué entendido de un modo claro y expeditivo en los dichos Comandos superiores, y así se montó una nueva línea de operaciones en la dirección Ballivián-Platanillos-Arce, con medios y conducción que resultaron cortos y menguados para siquiera llegar a amargar este último punto.

Sin dejarnos seducir mucho por la sugestión de lo hipotético y por los mirajes de lo que pudo ser mejor, creemos firmemente que si se hubiese aceptado la sugerencia de contra-ofensiva elevada por Bilbao, al menos durante la vigencia del mes de noviembre, las unidades paraguayas, como estaban, magulladas y desmoralizadas seguramente hubiéranse visto obligadas a replegarse hacia sus posiciones primitivas de partida, y como consecuencia más feliz el despejo de la pavorosa incógnita, que por tantos años había cultivado la rivalidad entre los dos

pueblos contendientes, hubiera tendido a concretarse en acuerdos razonables y profícuos.

El general Guillén, en comunicado a Bilbao de 10. de diembre, sintetizaba su pensamiento de esta guisa:

«Acción inmediata de quinientos hombres sería más suficiente para recuperar Platanillos y Fernández haciendo presión sobre Arce. Octava Div. tampoco precisa más de mil hombres para la retoma de Toledo. Ejecución ambas acciones previas, permitiríanos realización grande ofensiva en sector «Kilometro 7» y la que dada condición terreno y recursos región tendría que ser llevada forzosamente sin interrupción alguna hasta Arce».

Bien aquilatado el criterio sustentado por el Comando del Cuerpo, deja traslucir una especie de antinomia entre su premisa y sus conclusiones. Verdad podía ser que la posición previa de Platanillos y Fernández podía derivar la plasmación del esfuerzo más contundente sobre Arce, con todos los reflejos de naturaleza estratégica correspondientes; como la idéntica de Corrales y Toledo, podía aún, con más justo título llevar la lucha decisiva a la zona de Isla Poy. Pero bien analizadas las cosas, los quinientos y los mil hombres presupuestados, respectivamente, no habrían podido realizar lo más mínimo de aquellos proyectos, y en cambio podrían haber constituido un factor determinante para derrotar o quebrantar seriamente a la 4ª. División paraguaya, única que se hallaba en condiciones —con el castigo sufrido por la Div. 2— de intentar cerrar el paso hacia Alihuatá y Arce a los soldados de Bilbao Rioja.

El comandante de la Div. 4, teniente coronel Delgado, con ulterioridad a esos acontecimientos, ha reconocido implícitamente su inferioridad de medios y su de-

sorientación psíquica en cuanto a sus expectativas de logro, al declarar:

«En vista de que el enemigo mostrábase poco activo, resolvimos hacer un reconocimiento el 15 de (noviembre), en el ala izquierda del R. I. 6. a objeto de «constatar el valor de las fuerzas del enemigo en sus posiciones y procurar hacer prisioneros».

Nada puede evidenciar más que lo recién transcrito la condición de pasividad a que tuviera que resignarse el grueso del Ejército de Estigarribia como resultado del contra golpe de Bilbao del 10 de noviembre.

El general Delgado ha abundado sobre esta verdadera encrucijada de la campaña:

«..... pero los acontecimientos frente a Saavedra, presionaron sobre el ánimo del Comando para apurar la ejecución del ataque, contra aquellas posiciones con la totalidad de la masa principal; ordenando en consecuencia, el regreso inmediato de la Div. 1 a Francia (Arce). Este movimiento, significaba para la nombrada División, la ejecución nada menos que de 200 kilómetros, en pocos días, con una alimentación deficiente y con una también precaria organización sanitaria de las unidades, cuyas causas hemos dejado anotadas más arriba. Algunos días después, cuando la Div. 1 pudo concentrarse en el fortín Francia, *hallábanse sus regimientos completamente incapacitados a proseguir enseguida ninguna maniobra, por el completo agotamiento de la tropa*».

Finalmente, Delgado, al dar cuenta el Comando de que dependía sobre las acciones ofensivas que había ensayado en la mañana del día 16 de noviembre, que tan categórico rechazo encontraron, ilustraba a aquél con la opinión siguiente:



«Considerando que los resultados probables, no compensarán sacrificios inevitables, he resuelto suspender las operaciones, salvo orden contraria de ese Comando. Conceptúo que solamente operaciones de mayor envergadura, llevadas a efecto con la totalidad de nuestros medios, podrán dar resultados satisfactorios».

No es de ningún modo dudoso, por tanto, sentar la afirmación de que los tres mil hombres de Bilbao levantarán una barrera infranqueable al ímpetu paraguayo, el que para no darse por vencido y evitar algún colapso ulterior de sesgo peligroso, se veía obligado a recurrir a la totalidad de sus medios de presión.

Esto lo ha confirmado el general paraguayo Delgado de una manera muy franca y explícita:

«La insinuación de la Div. 4 para realizar operaciones de mayor envergadura, aunque estuviere de acuerdo con el criterio del I C. E., tenía que postergarse todavía por la imposibilidad material de reunir la totalidad de sus elementos, con especialidad de la Div. 1 que estaba reponiéndose de su gran fatiga en el fortín Francia, a 50 kilómetros del lugar del combate, con el cincuenta por ciento de sus efectivos, enfermos y agotados, no hallándose por consiguiente, en condiciones de poder concurrir a la batalla antes de un tiempo prudencial».

Con los escasos antecedentes que esta vez se exponen —los que podrían aumentarse hasta la saciedad en el mismo sentido concordante— nadie estaría autorizado a dudar que la contra-ofensiva inmediata que proponía Bilbao Rioja hubiera alcanzado un magnífico resultado, posiblemente completo y hasta decisivo. Pero la norma excesivamente cautelosa y en el fondo desorientada impuesta por el Comando del Cuerpo de Ejército,



impidió el aprovechamiento de la oportunidad favorable y malogró en ciernes la naciente expectativa boliviana. Y como testimonio imparcial de lo que hubiera podido ocurrir no se requiere sino imponerse de la explicación proporcionada por el Comandante de la División 4 paraguaya, sobre su frustrada contra-ofensiva del día 16, en la que, luego de referir numerosos episodios desagradables vividos por sus tropas en su intento de progresión, en cierta parte afirmó:

«La falta de instrucción de las tropas (reclutas en su mayoría), fué otro de los factores negativos para el buscado éxito de esta operación, en la cual no se alcanzó el objetivo propuesto. El II/R. I. 7, por ejemplo, desbándose sin combatir, en el bosque, y si los bolivianos, hubieran demostrado alguna actividad fuera de sus trincheras, nos hubieran colocado en situación apremiante, molestando e impidiendo, tal vez, la reorganización del mismo Regimiento 7. Felizmente para nuestra causa, contentáronse con el derroche de sus municiones, sin mayores consecuencias».

Alguna vez ya comentamos este punto:

«Extrañó, en nuestra opinión sin razón, al general Delgado, que la potencia del fuego boliviano hubiérase mantenido con viveza y persistencia mientras la Div. 4 dió muestras de querer avanzar. Lo censurable, desde el plano defensivo, habría sido que esto no ocurriese. pues en tal caso la ejecución de las concepciones del Comando paraguayo habríanse facilitado enormemente, y no se habría presentado seguramente el caso de impotencia y desorganización de sus filas, si el fuego opositor hubiese sido débil o intermitente».

Y agregamos:

«Conviene en este respecto añadir, que sólo el fuego de la defensa paralizó y desconcertó la tentativa de arrollamiento por parte del adversario, puesto que no hubo del lado boliviano la menor iniciativa de contra-ataque, ni siquiera de contra-choque, pues las instrucciones superiores pertinentes así lo determinaron. Cuando el distinguido jefe paraguayo habla de una acción boliviana de este estilo, es porque incurre en el error de hipertrofiar alguna acción de patrullaje o de reconocimiento especial salida de las líneas bolivianas, puesto que es inquestionable que desde el día 11, la defensa boliviana se fundó en un buen empleo del fuego, con exclusión de toda maniobra que no fuese de índole esencialmente defensiva. Y cuando se emplea este método de contención, de contra-preparación y de neutralización del enemigo, todo derroche que se haga de munición es poco y, además, plenamente justificado».

También en nuestra obra sobre la guerra dijimos:

«Es innegable que la situación de la Div. 4 paraguaya, luego de su frustrado intento ofensivo, habíase tornado precaria e insegura, desde un doble aspecto, táctico y logístico. Y esta situación había permanecido estacionaria, casi sin sobresaltos, durante más de una quincena de días, sencillamente porque los bolivianos no se movieron de sus trincheras, sino para cumplir con los prácticas de patrullaje que son de rutina.

«Se recordará que el teniente coronel Bilbao había opinado y propuesto una nueva contra-ofensiva, iniciativa que fué morigerada por el Comando del I C. E., quien mientras faccionaba planes y preparativos de ma-

por envergadura, dejaba pasar una ocasión quizá única, pues, a atenerse a las noticias que proporciona el jefe de la Div. 4 paraguaya, el grado de instrucción y de moral, y aún de asistencia desde la retaguardia, de su tropa, era bajo; empeorado esto por la constante y bien concertada maniobra de fuego sostenida por los aviones y cañones bolivianos, y por el inconveniente cierto de no poder recibir de inmediato ayuda de parte de las otras grandes unidades, por hallarse ambas quebrantadas y en plan de reposición y de reorganización: la una, por causa del rudo castigo del 10 de noviembre; la otra, por la fatiga extenuante de los exagerados desplazamientos y de las enfermedades y debilitamientos fisiológicos que son consecuenciales en esa zona».

Pero no solamente el Comando del I C. E. boliviano había frenado las iniciativas de Bilbao en todo ensambladas con la doctrina y la realidad, sino que también se aprestaba a dar un paso más categórico para ponerlo en segundo plano, como fué el de la reposición en el cargo de Comandante de la 4<sup>a</sup>. División de su antiguo jefe el coronel Peñaranda, quien en virtud de esta resolución reasumió el mando del ya consolidado frente el día 29 de noviembre.

Es cierto que el teniente coronel Bilbao Rioja continuaba como Jefe de Estado Mayor de la División y consiguientemente como garantía inapreciable frente a los futuros acontecimientos que la nueva y grande concentración paraguaya hacían preveer; pero, con todo, ya no sería el jefe y primer responsable, con su inspiración e iniciativa preferentes y guiadas por la vibración del ego personal, sino que un simple colaborador, aunque eficiente y denodado cual ningún otro. En ese instante y en

esas circunstancias, la subordinación de Bilbao a Peñaranda significó en el hecho, si no en la intención, una estocada moral para el primero, y un repunte de la tendencia tan humana como poco razonable del aprovechamiento del trabajo ajeno, aparejada a aquel otro principio que tiende a la negación o inanidad de la obra acabada y meritoria; cosa que los hombres, acaso inconscientemente y dejándose arrastrar por ese instinto arbitrario e ineluctable de la condición humana, han solido en erigir en móvil y desiderátum de sus ardimientos. Lo que sucedía en este orden parecía muy claro: una vez dominado el peligro y vencida, aunque transitoriamente, la adversidad, la intriga de la ambición emuladora se concitaba con el olvido y producía una sentencia paralogizadora de «cosa fácil y sin mayor trascendencia» para lo recién operado en el «Kilómetro 7». No detenía a los que así pensaban la consideración suprema que el teniente coronel Bilbao hallábase ya plenamente identificado con el espíritu y el músculo que animaba a los defensores del histórico campo y en general a todos los elementos en armas de Bolivia. A la ausencia de estímulo oficial y profesional —Bilbao en su persona no mereció siquiera una citación del Comando inmediatamente superior, y menos un ascenso, a pesar de que pocos meses más tarde el Presidente de la República declarararía a la faz de la nación que los nombres de esos heroicos adalides del «Kilómetro 7» merecerían guardarse en urna de oro— se agregaban ciertas notas y alcances confusos, que tendían en el hecho a diluir la condición de acierto y la gloria del Comando que echara sobre sus espaldas la tremenda responsabilidad de la gran batalla contentiva en trance por demás dudoso e incierto.

Quien estaba más llamado y autorizado que nadie a deslindar actuaciones y discernir méritos, como era el que había sido Jefe de Estado Mayor del Ejército durante el desenvolvimiento de la epopeya, general de brigada José L. Lanza, lo hizo más tarde, cuando ya había dejado aquellas funciones, de un modo hidalgo y explícito, aunque ya, desgraciadamente, sin investir sus palabras ningún carácter oficial.

El general Lanza, contestando al discurso de agasajo pronunciado por el Presidente del Club La Paz don Guillermo Morris, en grandiosa manifestación ofrecida como aplauso al restablecimiento militar de las armas de Bolivia, el 14 de enero de 1932, entre otras consideraciones hizo las siguientes:

«Habéis querido exteriorizar, con este acto, vuestro aplauso por la labor que me cupo desenvolver en el Chaco. Ella, en verdad, ha sido muy pequeña. Es cierto que tuve la suerte de llegar al frente en momentos de una gravedad extremada; pero también es cierto que pude contar con la colaboración de Jefes y Oficiales de mérito indiscutible, quienes teniendo un claro concepto de la situación y de sus deberes militares, detuvieron con energía y abnegación incomparables, la ola de desaliento que parecía cundir en el Ejército. Entre todos ellos resalta la figura del Tcnl. Bernardino Bilbao Rioja quien fué el centro y el eje de la resistencia practicada en el Kilómetro 7 hoy, con justicia, «CAMPO JORDAN».

En este respecto, prudente será advertir que Bilbao Rioja estuvo por una corta temporada en la ciudad de La Paz, para medicinarse, en enero de 1933, no recibiendo en esa oportunidad ninguna demostración colectiva de estímulo de parte de los altos círculos oficiales y

sociales. Esto no obstante, el vencedor en el «Kilómetro 7» debió experimentar a cada minuto y a cada paso la amable emoción de sentir su persona y sus hechos adentrándose por un camino de luz hacia el corazón del pueblo; de sus compatriotas sencillos y humildes, cuya admiración y gratitud enfervorizadas viven hasta hoy como una hermosa perpetuación de lo más puro y ejemplarizador que se derivara de la sacrificada y estéril contienda. La satiriasis del orgullo y de la ambición que poseyó a otros fué desconocida por Bilbao; en cambio serena, honrosa y modestamente, como un fluido caudal de agua que se desliza extraño a las violencias contradictorias de la tempestad, supo cubrirse de gloria sin hacer genuflexiones a la popularidad y sólo teniendo en vista el deber. Así la gloria es heroísmo, pues nada la macula y todo la ensalza.

El doctor León M. Loza, pulcro y erudito historiógrafo nacional, se ha referido a la consigna sobre el deber que impartiera Bilbao en momentos de desesperación y casi de desesperanza:

«Hubo una voz en cambio, una voz más que elocuente en medio de su sencillez, que expresó los anhelos nacionales y moduló con naturalidad la solemnidad del momento histórico, que exigía de los bolivianos en campaña el cumplimiento de su deber. Fué esa voz la del teniente coronel Bernardino Bilbao Rioja, que estalló así: (Aquí la proclama del Km. 7)».

Como se ha visto, la compulsa de todos los antecedentes, la realidad misma, como los rayos de un sol que en la hora meridiana se deja sentir sin brumosidades que los estorben o atenúen, llevan al convencimiento pleno y luego a la más absoluta evidencia, que el princi-

pal si no el único autor de la iniciativa y organización de la triunfante resistencia en el «Kilómetro 7» fué el teniente coronel Bernardino Bilbao Rioja.

Sin embargo, sinuosidades de los espíritus o de los intereses pugnaban, acaso sin proponérselo, a distribuir de una manera antojadiza cuando no inequitativa los honores preferentes de la gran etapa. No se negaba a Bilbao Rioja ni sus virtudes militares, pero se le discutía la primacía de sus decisiones ejecutivas y aún participación guiadora en las acciones, apreciadas al trasluz de una visión pormenorizada.

El mismo jefe superior que solicitara de Bilbao Rioja el sacrificio de emprender la abrumadora tarea, sin que se contara con efectivos, disciplina y elementos en grado apreciable; de detener al pujante ejército paraguayo que se desbordaba como un alud en la floresta del Chaco, años más tarde (14 de marzo de 1944) en una publicación exculpatoria que viera la luz en un diario de La Paz, reflejaba este curioso y ambigioso estado de ánimo crítico con estas frases:

«Y allí labraron dos jefes para Bolivia la página más bella de esta guerra: Jordán en la acción y Bilbao en el Comando. Bilbao no cayó en la debilidad del Jefe de Arce (Peñaranda), y adoptó las «medidas de extremo rigor» autorizadas, iniciando la heroica defensa con los primeros 700 hombres que llegaron de Alihuatá».

A no dudarlo, el distinguido coronel Francisco Peña, en el vértigo de la composición literaria olvidó que la dinámica de la acción en una batalla sólo puede emanar para el conjunto del acierto de las resoluciones del Comando y de la eficacia que proyectan a todo el ámbito su fe y su energía. Esto dicho con todos los respetos de-



bidos al gran comandante del regimiento Campero, quien, a poco de la aguda crisis, con el sacrificio de su sangre generosa e intrépida legara su nombre al campo de la lucha para coexistir asociados en la vivencia inmortal de la posteridad.

En «La Razón» del 7 de noviembre de 1933, aunque avanzando en la elucidación del enigma creado por la solapada controversia de opiniones y testimonios gratuitos, por lo corriente inexactos, aparecieron estos párrafos en los que la afirmación y la duda parecen disputarse el centro de la preeminencia:

«Faltan aún valiosas informaciones para ajustar la historia de la defensa de Campo Jordán desde sus comienzos, a la verdad de los hechos, pero las opiniones coinciden en atribuir al teniente coronel Bernardino Bilbao la iniciativa de contener al enemigo en el Kilómetro 7. Hubo dos heriocos jefes que coincidieron con Bilbao y ellos fueron Germán Jordán y José Castrillo, cuya participación resultó valiosísima en la brillante empresa del ejército boliviano. Inmediatamente Bilbao dispuso la organización de las fuerzas combatientes que encontró a mano y tomando él el comando de la acción».

Todavía, posteriormente, en determinados escritos — frutos de la pluma engorrosa de algún historiador «tramposo» — como diría el poeta español León Felipe — se loaba más a un jefe titular ausente, que nada había tenido que ver con la preparación y desarrollo de la batalla, por lo menos en su fase liminar y más cruda, que se nombraba a Bilbao Rioja, al que sólo se hacía aparecer como un mero eco de aquel jefe, quien, desde centenares de kilómetros de distancia, quizá si por virtud de algún arte teúrgico podía hacer la reedición novísima



y americana del Cid Campeador, influyendo en las batallas aunque estuviese ajeno a ellas como este último podía ganarlas aún después de muerto.

Mas, con todo lo que se ha dudado o tergiversado, la verdad y la devoción de proclamarla, hacen decir que Bilbao Rioja se cubrió de gloria cual ningún otro en el «Kilómetro 7», pues sobre su númen descansó la concepción y la organización de los medios propios que aligeraran la superioridad del adversario, y sobre su inflexible ánimo y vigoroso ejemplo tomó marcado impulso la vibración espiritual y corpórea que precede al sacrificio personal y a la imposición de una aspiración colectiva. Todo esto pudo hacerlo Bilbao porque no permitió, con envidiable entereza, que nada ni nadie anonadara su conciencia y su voluntad de patriota y de soldado en servicio de la nacionalidad, que clamaba en trance mortal para que sus hijos la asistiesen y no la desamparasen.

Pero la exposición a la tremenda responsabilidad por parte del Jefe del Destacamento, tuvo además la dolorosa aunque edificante tributación de sangre familiar, en la persona de un hermano suyo muy querido, que era su subalterno. El capitán Sinforiano Bilbao Rioja, comandante del único batallón del regimiento Campcs, a las órdenes de Montán, se batió con notable altivez y dramático arrojo en la jornada del 10 de noviembre, siendo traducción exacta de su prolongada prueba de estoicismo la breve relación siguiente:

«A las diez de la mañana el capitán S. Bilbao R. es herido en el muslo izquierdo, y continúa en su puesto; nuevamente es herido por una bala que casi le corta la muñeca; a las tres de la tarde, una tercera bala hiere

al capitán, penetrando por el muslo derecho, sin orificio de salida. Después, casi desangrado por sus tres heridas tiene que ser recogido por la Sanidad».

Se refiere por un testigo presencial que al tener noticia de la evacuación, casi en artículo de muerte, de ese ser de su sangre y de todas sus afecciones, el Cmdte. del Destacamento corrigió la congoja que se le escapaba del corazón poniendo un ceño imperturbable, a la vez que siguió impartiendo órdenes destinadas a sus tropas que luchaban aún intensamente.

La batalla fructífera y salvadora del «Kilómetro 7», en su primera y más apasionante fase había tenido la importancia y la trascendencia que otrora, hacía cerca de un siglo, había tenido la celeberrima acción de Ingavi.

No es posible desconocer con fundamento una similitud entre los dos hechos de armas. La derrota en Ingavi hubiera amenazado hasta los cimientos de la nacionalidad, sin probabilidad alguna de ofrecer una nueva resistencia contra el infortunio; la del «Kilómetro 7» hubiera también, con características siamesas, proyectado sombras fatídicas sobre los destinos de Bolivia. Bilbao, por tanto, en el terreno militar representa una constelación análoga a la de Ballivián. La diferencia entre ellos está en el tiempo y no en la hazana.

El vencedor del «Kilómetro 7» desde entonces fué un freno para los paraguayos y una luminaria para el corazón angustiado de sus compatriotas que tan oprimidos alcanzaron a hallarse bajo los signos adversos del quebranto. Constituyó así una revelación, cual si fuese un plasmó de Leonidas, por su heroísmo, y de

Marco Aurelio, por la serenidad profunda y armoniosa de sus ideas y comportamiento.

Y el producto de sus desvelos y de sus convicciones, aunque no reconocido y exaltado justicieramente por el oleaje contradictorio de los contemporáneos, ha pasado a la inmortalidad de una historia local, que también puede proyectarse hacia confines más remotos con esa virtualidad expansiva de la obra de arte o de la acción bella y singular.

---



*«No es frecuente profesarse  
a sí mismo todo el respeto  
necesario».*

**(Quintiliano)**

## XVIII

Durante el transcurso del mes de diciembre de 1932, el esfuerzo paraguayo para quebrantar o arrollar las posiciones bolivianas del «Kilómetro 7» se ejerció de un modo intenso y denodado. Prácticamente, todo el volumen de empuje que le fuera dable concentrar al coronel Estigarribia llegó a ser utilizado en el prolongado y pertinaz intento. Se podría decir en este punto, que la alta conducción paraguaya hubiérase impuesto el pie forzado de jugar en ese campo y en esa oportunidad su más frenético empeño de decidir la lucha a su favor, pues no escatimó energías y sacrificios en las arduas y estériles reiteraciones de sus propósitos.

El coronel Peñaranda era ahora el jefe de la línea boliviana, en su carácter de comandante de la 4ª. División; pero no hay que olvidar que el teniente coronel Bilbao continuaba siendo su principal auxiliar en el mando, como jefe de Estado Mayor divisionario.

La función del mando es tan unitaria e indivisible en un comando organizado, que en el hecho representa el ejercicio de una sola responsabilidad, por más

que sus decisiones hayan sido el fruto de una concurrencia de dos o más inteligencias y voluntades. Bajo aquel signo doctrinario no es lícito argumentar sobre nada que tienda a aminorar la función del superior o establecer primacía de determinada participación influyente en el complejo de las apreciaciones y resoluciones, ya que la responsabilidad mayor si no la única radica en la persona que encarna el mando. Y esto, así en la buena como en la mala fortuna.

Sin embargo de lo que acabamos de decir, en las acciones del mes de diciembre en el «Kilómetro 7» en justicia y lógica no se podría omitir la consideración de que las iniciativas, trabajos, experiencias y ascendientes cimentados como si fuesen una luminosa estela por Bilbao Rioja, continuaban de propio peso irradiando sus prestigios, siendo esto una contribución inapreciable para el reincorporado coronel Peñaranda, amén de la asesoría y vigilancia de parte de un jefe de Estado Mayor con arrestos y comprobaciones de gran conductor.

En suma, la presencia del coronel divisionario en la línea, no podía ya alterar los delineamientos ya previstos para el sostenimiento de la defensiva en el «Kilómetro 7», significando como siempre una garantía eficaz para todo lo que allí se ofreciese como alternativa de la lucha.

Bilbao Rioja mismo, en un arranque de sinceridad que incauda una tácita y justificada protesta por haber sido subalternizado, sin motivo valedero alguno, con desconocimiento virtual de los buenos y edificantes resultados rendidos por su mando y todavía en circunstancias de que las expectativas de éxito concluyente se habían hecho más tangibles, ha declarado:

«En «Kilómetro 7», trabajé más que nadie, día y noche, con una pasión loca, teniendo en mi mente sólo el ejemplo del trabajo de mis pobres padres, sin buscar situación alguna para mí».

No parece exagerado lo afirmado por Bilbao, desde cuando hubo y todavía existen muchos centenares de testigos de que aquello fué como queda expresado. La preparación profesional del joven teniente coronel, su intuición avisada, su celo despierto e infatigable, antecedentes estos añadidos a su continencia moral y su reciedumbre corporal, hicieron de él verdaderamente un hombre singular, de extraordinarias aptitudes para encarar lo difícil y riesgoso.

De aquí que tuviera que resignarse frecuentemente a no ser más que un incomprendido; por lo mismo que su corazón de héroe sin trampa tuviera que adormecerse a menudo con las tristezas de la ingratitud o del desamparo moral.

Nunca será placentero ocuparse de las pasiones desembridas o nocivas entre los hombres; pero el biógrafo y el historiador no tienen por delante otro camino honrado que adentrarse en los «misterios» de la urdimbre de los hechos, para deducir las moralejas o paradigmas que puedan proyectar algún bien a los contemporáneos.. o, mejor dicho, a los que vengan..

Es lo anterior la nube gris para los que se doblan al duro oficio de ser escritores públicos, y cuando se ofrece el caso de actuar bajo aquel sopor ceniciento, no queda sino recordar las palabras de Calderón de la Barca: «Lo que es imposible de callar, es imposible de decir!».... y seguir adelante.

El teniente coronel Bilbao Rioja, al quedar nuevamente bajo la mayor jerarquía del coronel Peñaranda, no obstante de haberse jugado entero y expuesto toda su responsabilidad, su porvenir y hasta su vida misma en el tenido como imposible «restablecimiento» del Kilómetro 7», debió experimentar una cruel desazón en las fibras más sensibles de su corazón. Sin embargo, su concepto del deber patrio y militar rayaba a un nivel tan alto que, posponiendo toda consideración personal o subalterna, se avino gustoso a seguir actuando, ya en plano secundario y anónimo, a pesar de la no disminuida eficacia de sus desempeños, en la batalla que se prolongara con intensidad y heroísmo en el campo que había sido escenario de la hazaña inmarcesible de él y de sus hombres.

Bilbao Rioja ha conocido y practicado desde que tuviera uso de razón las reglas del espíritu en cuanto a conciencia personal sobre la autoestimación, dignidad y delicadeza en sus tratos y manifestaciones. pero como hombre inteligente y abnegado que es por esencia, ha debido en ocasiones preterir los impulsos de su ánimo, agitado por alguna postergación o injusticia, para llenar el deber que en su opinión tuviese hacia la colectividad de su cuna o hacia sus miras concienciales de individuo probo y anheloso de servir bien y desinteresadamente a sus conterráneos.

En esta renunciación, que juzgamos generosa y altruista, Bernardino Bilbao Rioja ha debido sacrificar en veces el orgullo altivo de su alma vigorosa y sin mácula. Esto supone un verdadero heroísmo en los temperamentos conscientes de su fuerza y de su razón, pero, bien entendido, que jamás Bilbao Rioja incurrió en la desgracia de estimular algún giro cambiante en sus con-



viaciones. Si tuvo que transigir, lo hizo en mérito a consideraciones superiores, o bien obligado por la imposición avasalladora de las circunstancias, aunque sin mellar los respetos que se debiera a sí mismo ni enturbiar el sereno fluir de sus principios cimentados sobre incommovible soleira moral.

Pero la permanencia subordinada del teniente coronel Bilbao Rioja en la línea de fuego de «Campo Jordán», originó a su persona y prestigio profesional un nuevo, insospechado y esta vez ingrato tributo, como fuera el de ser comprimido a cargar con la responsabilidad de un grave desacierto operativo, imputable en todo a la iniciativa y «modus operandi» emanados de los Comandos superiores, inmediato y mediato, como hemos creído demostrarlo documentalmente en nuestro volumen III de la «Historia de la Guerra del Chaco».

Nos referimos ahora al contra-ataque boliviano del día 27 de diciembre de 1932 sobre la línea defensiva del «Kilómetro 12», a la que se había replegado medrosa y desconcertada la impulsión ofensiva paraguaya que resultara quebrantada en los recios embates sostenidos en el transcurso de dicho mes.

El dicho ataque, como es incontestable y fehaciente, se derivó de cábalas y resoluciones, no suficientemente esclarecidas en sus móviles y objetivos, de los Comandos estratégicos, no correspondiéndole por tanto al Comando táctico de las tropas ejecutoras sino la «culpa» de obedecer.

Por otra parte, el coronel Peñaranda como jefe no estimó del caso representar la aludida orden de ataque, y de esta guisa no hubo más remedio que cumplirla en la forma prescrita desde arriba

Bilbao Rioja, como auxiliar del mando divisionario, tuvo una correcta y diligente actuación para no desamparar a las tropas lanzadas en briosa e inconsulta arremetida de naturaleza frontal contra un dispositivo que podía suponerse fortificado y bien cubierto, y a su atinada intervención, siguiendo el flujo y reflujo de las unidades empeñadas, se debió que, a partir del profuso desangre y desfallecimiento de la acometida, el repliegue a las posiciones de partida se pudiese hacer en condiciones relativamente felices, dadas las circunstancias adversas, que de no ser sorteadas con tino y habilidad, bien pudieran haber derivado en un desastre para las armas bolivianas, de esos sin precedentes en lo ya corrido de la campaña.

No vamos a reseñar nuevamente los antecedentes y consecuentes de esta desgraciada operación pergeñada en el Comando de Muñoz y seguramente autorizada desde Tarija, donde a la sazón se hallaba el Comandante en Jefe Kundt.

Pero bastará para formarse idea sobre el fondo de lo sucedido con exponer, y no en su totalidad para no acumular precisiones de naturaleza ingrata más allá de cierto límite indispensable, lo que expresara Bilbao Rioja en legítimo descargo:

«En el contra-ataque de 27 de diciembre, en Campo Jordán, el Jefe del E. M. del I C. E., teniente coronel Toro, estuvo presente en el campo de batalla, observando como Napoleón con sus anteojos el desarrollo del ataque, y nunca tuvo una palabra para seguir o suspender el ataque. Este hecho, por cierto, no aparece en ninguna de sus publicaciones.

«El ataque, se efectuó por orden expresa del I C. E., firmada por el general Guillén. La Orden decía: «ATAQUE UD. AL ENEMIGO SIN ESPERAR RESULTADO DE RECONOCIMIENTOS» etc., etc.

«El combate fué duro, como había previsto con anticipación, pero había que cumplir la orden. Con oportunidad de la falta de éxito de este ataque, se inició la intriga de echar la culpa sobre alguna persona, y yo fui la persona que sufrí las consecuencias.

«El general Guillén, pasó un parte, según supe más tarde, al general Kundt, indicando que yo, sin orden y arbitrariamente había dispuesto el ataque el día 27 de diciembre a las posiciones fortificadas paraguayas en el Kilómetro 12. El general Kundt, a su vez pasó el parte al Sr. Presidente, en términos parecidos. El Sr. Presidente, según supe posteriormente, por información del Ministro de Guerra, había dispuesto mi separación del Ejército, mi enjuiciamiento y prisión preventiva en Villa Montes.

«En la guerra, se pueden perdonar muchas faltas, pero la Mentira y la falta de AMOR A UNA RESPONSABILIDAD POR PARTE DE LOS JEFES, SON DENIGRANTES Y MERECE SOLAMENTE EL DESPRECIO.

«¿Por qué el ataque contra mi persona? Había un comandante de División titular, el coronel Peñaranda, responsable directo, y yo en segundo lugar. La justicia se impone por la cabeza y no por la cola. En fin, yo llevé las consecuencias.

«En los primeros días de enero de 1933, o los últimos de diciembre, del año anterior, el General en Jefe

visitó por primera vez el «Kilómetro 7». Con ocasión de la visita, le expuse detalladamente la situación general, las órdenes recibidas del I C. E. y las órdenes de la 4ª. División para el ataque, hasta el momento en que llegó al puesto de comando. El Sr. General, ya predispuesto, y con una saña premeditada, no prestó mayor interés a mi exposición y presentación de documentos originales. A las dos horas de la visita, salía yo hacia Villa Montes, reemplazado en mi cargo. Mi estrella había sido nublada con la intriga, la mentira y la revancha de mis enemigos personales».

La protesta indignada que bulle en estas frases, y que parece, caso insólito, hacer perder los estribos a la habitual mesura de Bilbao, está empero justificada por la verdad diáfana de los hechos y su correspondiente corolario demostrativo.

Los documentos que esta vez reproducimos ya figuraron en el tomo III de nuestra obra sobre la campaña del Chaco, que viera la luz pública el año 1942, y, naturalmente, no me fueron proporcionados por Bilbao.

El lector actual y del futuro podrá, a través de ellos, hacerse una composición bastante aproximada de la sindéresis de ese General en Jefe, que no deducía ni infería nada de lógico ni de justicia, ni siquiera de advertencia, del contexto de esos papeles dilucidatorios, de los que se impusiera sólo para desdeñar su importancia y poder continuar ciego y sordo a las realidades de la conducción de tropas dependientes de su reponsabilidad.

El día 26 de diciembre, a horas 8.45, el Comando de la 4ª. División, al noticiar al Comando del Cuerpo de algunas novedades explorativas y de ocupación rela-

cionadas con el repliegue paraguayo, adviértale al mismo tiempo con reflexiva previsión.

«Pienso fundadamente que la resistencia enemiga se hará en desembocadura camino Alihuatá, sobre Campo Jordán. Mayores detalles elevaré a medida que se reciban partes de las patrullas para aclarar situación».

Este inopinado descontacto se producía por desgaste de las unidades paraguayas y por la necesidad imperiosa de reorganización y de reposo que se hacía sentir en sus raleadas filas. Había comenzado de esta manera una fase extremadamente crítica para las tropas del Paraguay, la que no fué explotada por el adversario, que bien podría haberse estimado entonces victorioso y superiormente potente.

El Comando Guillén-Toro, en comunicado de horas 2.25, del día 26, decía al comando subordinado Peñaranda-Bilbao:»

«1.—Situación general operaciones exige inmediato cumplimiento órdenes impartidas en telefonema Hs. 2.20.

2.—Transcurso primeras horas día hoy su División RECIBIRA ORDEN INICIACION OFENSIVA DIRECCION NORTE, CUALQUIERA SEA EL RESULTADO EXPLORACION Y RECONOCIMIENTO REALIZASE.

3.—DESTACAMENTO CONTACTO DEBE SER DESPRENDIDO ANTES POSIBLE CON MISION BUSQUEDA CONTACTO Y PERSECUCION A LO LARGO CAMINO CAMPO JORDAN-ALIHUATA.

4.—OTROS DESTACAMENTOS DEBEN SER ORGANIZADOS, DE MANERA QUE TERCERO SEA EL MAS FUERTE, A FIN QUE PUEDA VENCER MAXIMA

RESISTENCIA, CONSTITUYENDO VERDADERO CENTRO DE GRAVEDAD DIVISION EN CUALQUIER PUNTO LE TOQUE ACTUAR EN PROSECUCION OPERACIONES».

El Comando del Cuerpo de Ejército, como esta a la vista, prescindía de la reflexión hecha por el Comando divisionario, y en el hecho ordenaba «adelante y a toda máquina».

En oportunidad de la composición del capítulo que dedicaremos a esta acción, dijimos como comentario:

«Pocas veces se habrá impartido una orden de ataque a una gran unidad omitiendo mayor número de consideraciones elementales. Desde luego, no parece definida la índole de la misión, pues se ordena la iniciación de la ofensiva en dirección N. y no se precisa la menor noticia del enemigo, ni se da a conocer la intención del Comando, ni se especifica la naturaleza y límite de la operación por desencadenarse. Es en verdad una Orden sui géneris, que se contradice con la línea de parsimonia y de prudencia antes utilizada, con gran acumulación de noticias y exigencia previa de detalles, por el Comando del general Guillén. Pero lo más grave del caso incidió en que por dicha Orden se prescindía categóricamente del resultado de los reconocimientos ordenados por el Comando divisionario, con la frase increíble que volvemos a insertar: «...su División recibirá orden iniciación ofensiva dirección N.. cualquier sea el resultado exploración y reconocimiento realizase». Como se comprenderá fácilmente estas instrucciones menospreciaban un imperativo doctrinal de la conducción bélica y, por tanto, dejaban librada la ofensiva o la toma de contacto, cosas que

tampoco parecían definidas con claridad en la mente de los Comandos superiores; al acaso de lo que sucediera.

«No se podrá negar, por otra parte, que esta oportunidad de revivir la actividad, adquiriría una notoria importancia y trascendencia tanto en lo táctico como en lo moral, pues significaría la operación que naciera de aquélla, la primera intervención del flamante generalísimo boliviano en el terreno de la aplicación de los métodos técnicos y de la ejecución real de sus previsiones. De modo que, tanto en las filas bolivianas como en las paraguayas, la expectación debió llegar en esos días a un nivel difícilmente alcanzado en otras circunstancias».

«En otra sección del mismo capítulo, comentamos:

Se ha dicho que el Comando de la 4ª. División interpretó discrecionalmente una mera indicación del Comando del Cuerpo, o en otras palabras, que una orden para restablecer el contacto perdido —que era profundamente lógica— la había hecho extensiva a un ataque formal no autorizado y, por consiguiente, atribuible su resultados a su propia potestad. Mas la documentación dada a conocer hasta aquí prueba fehacientemente de que tan trascendental iniciativa fué del exclusivo resorte de los Comandos operativos, pues éstos prescribieron las modalidades e intención del movimiento hacia delante de la 4ª. División.

«Una sola justificación parecía tener la tentación de arrollar con rapidez el dispositivo paraguayo, y era aquella la de no darle tiempo a las unidades del teniente coronel Bray y del teniente coronel Fernández a completar sus preparativos; mas este presentimiento no

ténia sincronismo alguno con la realidad, ya que en Campo Jordán se había dejado de combatir el 14 de diciembre; pudiéndose apreciar con mucha aproximación de que los paraguayos habían cambiado de actitud desde esa fecha; de lo cual era fácil inferir de que sus preparativos para transformar su dispositivo ofensivo en otro de naturaleza defensiva habían comenzado también desde entonces.....»

En otro párrafo, agregamos:

«Aumentó el desconcepto del Comando Superior boliviano, el hecho de que se tuviera en poca cuenta en sus decisiones la configuración tan especial de ese terreno y en todo favorable a la defensiva, pues la experiencia de la resistencia en «Kilómetro 7» con fuerzas netamente inferiores en número, debió haber hecho pensar que podía reeditarse en el «Kilómetro 12» —de análogas características— máxime cuando esta vez los defensores iban a ser sensiblemente más numerosos que sus atacantes».

También aquella «.....PERSECUCION A LO LARGO CAMINO CAMPO JORDAN-ALIHUATA», que preconizaba en su directiva el Comando del Cuerpo, aclaraba toda duda acerca de la apreciación, objetivo y alcance de sus determinaciones. Y si alguien debió representar este impulsivo y casi suicida entusiasmo, debió ser el CORONEL Comandante de la División ejecutora y no el TENIENTE CORONEL Jefe del E. M. divisionario.

Lo anterior, que es cosa de Maese Pero Grullo en materia de procedimiento castrense, no fué acatado por las altas autoridades militares, lo que hizo que surgiera una víctima propiciatoria de los errores puestos de manifiesto. Y lo más curioso y abrumador del caso, aquella víctima escogida fué nada menos que la persona que sirviera de líder de esos oficiales epónimos, cuya me-



moria, al decir del Presidente Salamanca, se «guardaría por la posteridad en urna de oro», que sostuvieron en condiciones insuperablemente adversas la resistencia en el «Kilómetro 7», en cuyo éxito no sólo se sustentara la salvación militar del país en esa fase de la campaña, sino también el desprendimiento de una posición de holgura desde la cual se pudieron hacer ensayos mas o menos inconsultos, enaltecer nuevos «valores», y hasta paliar con simples habilidades omisiones y errores trascendentes.

No es lugar este para repetir toda la argumentación crítica que hiciéramos en el capítulo de historia militar que se refiere a esta debatida acción; pero con lo estampado en punto a ardimientos e impaciencias de parte del Comando del I C. E., se conquista de inmediato la clave de lo sucedido.

Ahora, el arrepentimiento experimentado («a posteriori» por los componentes principales de dicho Comando, una vez palpadas las consecuencias de un avance ofensivo sin la garantía de los resultados de los reconocimientos que lo autorizaran —como de un modo tan singular como extraño el mismo Comando había dispuesto— derivó en distintas manifestaciones de desacuerdo y en inculpaciones en detalles sucedáneos, dirigidas cual si fuese dardos más al teniente coronel Bilbao que a su superior el coronel Peñaranda, lo que involucrara un apasionado dislate y hasta un tratamiento indirectamente hiriente para este último, que era el jefe y el responsable en el marco de sus atribuciones y deberes.

A las tres semanas de haber decidido el General en Jefe la infortunada e ingrata sanción que hemos comentado, llamaba al teniente coronel Bilbao Rioja a reasumir el cargo de Inspector General de la Fuerzas Aéreas.

Así, nuevamente el teniente coronel-piloto reinició sus vuelos por el espacio en inspección de distintas misiones o participando de lleno en los frecuentes cometidos de combate.

Al General en Jefe siempre le merecieron las actuaciones de líder del Inspector de Aviación sus más cálidos elogios, y en su informe al Jefe del Estado posteriormente, con motivo de la dejación que hiciera de su alto mando, consignó en dos o tres oportunidades su aplauso y gratitud por el celo y acierto desplegados por los aviadores de Bolivia bajo la dirección técnica de Bilbao Rioja. Del General en Jefe Hans Kundt es la frase «la aviación boliviana es DUENA Y SEÑORA DEL AIRE EN EL CHACO», como consta en un parte oficial suyo. Lo que osaba negar a Bilbao Rioja en sus desempeños con las fuerzas de tierra, no se lo negaba, en cambio, por sus actuaciones específicas como aviador, lo que hubiera ocurrido también si hubiese sido Comandante de Artillería, pongamos por caso, debido al carácter coadyuvante y pasivamente cooperador de estas armas en el cuadro general de las operaciones.

Entre los hechos más notables en que tuviera dirección y empeñamiento personal nuestro biografiado, está la participación de un fuerte agrupamiento aéreo, —del que fuera cabeza y alma, como le era habitual— que desde la distante pista de Muñoz, en sorprendente vuelo nocturno, cayera como una tromba de águilas voraces repitiendo la suerte de utilizar sus bombas y metralla reiteradas veces sobre los atrincheramientos paraguayos de Toledo, al clarear la aurora de la gran batalla de este nombre, en el sector septentrional de la beligerancia en contacto de fuegos.

De un interesante relato del coronel Alfredo Santalla Estrella —uno de los comandantes de escuadri-

lla del agrupamiento— aparecido en una publicación periódica de La Paz, extractamos los párrafos siguientes:

«El 24 de febrero (1933), nuestro segundo grupo de aviación recibió instrucciones para efectuar en la mañana siguiente un ataque al fuerte de Toledo. Para el efecto, se formaron tres escuadrillas al mando del teniente coronel Bilbao Rioja y tenientes coroneles Jordán y Santalla.

«En plena noche, decollaron las escuadrillas en correcta formación y nos lanzamos al espacio en medio de una profunda oscuridad.

«Debo manifestar aquí, (que en toda mi carrera y en todos los casos en que he intervenido y presenciado tanto en la guerra europea como en la de Marruecos, jamás se ha realizado un vuelo en las condiciones de este ataque a Toledo».

Para poner fin a este capítulo, expondremos una muestra de la repercusión que tuviera en la opinión pública del país, el hecho, muy poco explicable, de que no se hubiese explotado con energía y oportunidad la situación de impotencia y de fatiga a que llegaron ostensiblemente las fuerzas paraguayas durante su contacto reñido y estrecho con las posiciones del «Kilómetro 7», tal cual lo sugiriera Bilbao Rioja con respetuosa aunque tenaz insistencia.

Distinto fué, naturalmente, el episodio de la inoportuna e impreparada reacción sobre el sistema paraguayo—organizado durante una calma de quince días—del «Kilómetro 12», a que nos hemos referido con alguna extensión en este capítulo. Las condiciones habían variado, ciertamente, al colocarse tranquila y sorpresivamente el dispositivo defensivo paraguayo detrás del pa-

jonal y sirviéndose de éste como inmejorable campo de vista y de tiro, calidad superlativamente favorable de su estructura ya experimentada por la resistencia boliviana en la ceja opuesta y análoga del «Kilómetro 7». Además, el nulo reforzamiento y la ninguna preparación previa de la arremetida aludida; añadidos estos factores a la inferioridad de los efectivos y a la carencia absoluta de reservas, proscribieron desde la partida toda idea de maniobra. Fué, así, un desangre improcedente y estéril, sobre cuyas características y responsabilidades de iniciativa ya nos hemos explyado.

Pero en la crítica y sentimiento bolivianos, aun en aquellos sectores que sólo podían ser inspirados por la observación del sentido común, brotó de un modo casi unánime una disconformidad con la pasividad de contra-ofensiva — aun de contra-ataque— exhibida, y a fe que esta censura tenía una raíz de razón profunda y tensa, a tal extremo que los propios caudillos paraguayos temblaban en los momentos en que sus ataques espiraban como oleajes de mar, a pocos metros de las trincheras bolivianas, ante la sola posibilidad que se presentara como consecuencia —lógica y doctrinaria— de los dichos frustramientos, una reacción de contra-choque boliviana.

Esto está ratificado por las impresiones de los jefes superiores de la línea e inclusive dió pábulo en esa época al consejo histórico sostenido por los ases de la conducción paraguaya, en el que se reconoció de una manera explícita la exigencia imperiosa que había de pasar a la defensiva, no escaseando opiniones — como la del teniente coronel Camilo Recalde— de que procedía, sin dilación, un repliegue hasta la línea de Boqueron. Mas, la atonía ofensiva boliviana animó a permanecer

allí, hasta que las circunstancias variasen por incremento de la preparación paraguaya, en esos días acuciada febrilmente.

El mando omnímodo del general Kundt, su omnisciencia absorbente y avasalladora, a la vez que el aupamiento del círculo cerrado de sus admiradores o de los que le habían entregado su confianza, más que sus dotes y preparación que pudieran reconocérsele, paralogizaron en una dimensión apreciable la crítica que se exhalaba de la mayoría de los labios, y la impaciencia que intranquilizaba las conciencias se moderó hasta el punto de que se siguiera confiando en que el paso tardo de la tortuga y el dormir de la marmota podían llevar también muy lejos, a despecho del desaprovechamiento de los momentos y elementos promisionistas.

Esto no obstante, hubo voces que parecieron destemplan el ambiente, en son de advertencia o de alarma por la falta de definición y de concentración en la energía que el flamante Comando Superior hacía gala en sus directivas operativas. En efecto, todo lo que en esta materia se irradiaba parecía estar dirigido a prolongar indefinidamente la lucha, por medio de la dispersión de los elementos y el desdeñamiento sistemático de las oportunidades. Por otra parte, la preparación de mayor volumen paraguaya forzosamente tenía entonces que ir despacio, de manera que el desproporcionado desgaste sufrido por sus unidades en sus embates contra la línea del «Kilómetro 7» era prácticamente irrecuperable en esos días, como se evidenciara, a partir del 14 de diciembre, por la propia actitud paraguaya. Mas el método operativo del general Kundt, de naturaleza vaga y difusa, y de consistencia débil debido a la previsión antelada de

que no se trabajaría con reservas —ya que estas no existían, casi por principio— en los sectores de ataque; ni siquiera en los puntos de decisión, llevó gradualmente al Ejército a una suerte de defensiva táctica inerte y crónica; y cuando por excepción se trasgredió la regla, se efectuaron operaciones, en cuanto a objetivo de dudoso influjo estratégico, y en cuanto a estructuración montadas con risible insuficiencia de medios y prescindiéndose casi siempre de los factores más decisivos, como son la maniobra bien planeada y dosificada y la influencia de la sorpresa, gran trampolín este último de la mayoría de las impulsiones victoriosas.

Como muestra del estado de desasosiego e incertidumbre antes enunciado, un hermano menor del teniente coronel Bernardino Bilbao, el capitán de Sanidad Militar Napoleón Bilbao Rioja (Cirujano-Dentista titulado en la Universidad de Chile), llevado por un ardoroso prurito patriótico y una inmensa y en el fondo loable preocupación por la suerte de las armas de su país, irrumpió —es verdad que omitiendo culpablemente consideraciones y pautas disciplinarias y de lógica subordinación— haciendo declaraciones públicas que en síntesis y lo más pertinente se refirieron a que las sugerencias del teniente coronel Bilbao Rioja, luego de las victorias de noviembre de 1932, en Campo Jordán, bien pudieron haber llevado a los paraguayos a una situación definitivamente crítica, aduciendo además que aquellas sugerencias habían sido aprobadas por el ministro de Guerra Dr. Joaquín Espada, pero que desgraciadamente habían sido desestimadas por el Comando del I C. E.

Ciertamente, no se descubre nada de aventurado ni de extravagante en esta suposición, que por lo de-

más está seriamente respaldada por el aval de los antecedentes y los hechos mismos, descartando naturalmente el aspecto de la observancia jerárquica y la índole específica y por tanto limitada correspondiente a un oficial asimilado.

El general Kundt, que ciertamente no era maestro de dicción y de ingenio, respondió en forma irónica y a la vez acre, por medio de la publicación que se reproduce:

«Se recibió en el Comando Superior el número de 27 de junio con la entrevista con el dentista Napoleón Bilbao Rioja. Hasta hoy los dentistas en ninguna parte del mundo han sido considerados como entendidos en materia bélica como los militares no pretenden entender algo de extraer muelas. Fuera de esto, que la mayor parte de las declaraciones del dentista Bilbao son falsas, algunas constituyen en la situación actual una verdadera traición a la patria. Es muy sensible que quizá por descuido la redacción de un diario tan prestigioso ha publicado la citada entrevista.—General Kundt».

La cantaleta usada sin discriminación de «traidor a la patria», suele ser propia de conformistas o de necios, y sirve a las mil maravillas para anular prestigios y hasta sanas aspiraciones perfectibles. Generalmente su aplicación es hija de la pasión, del confusionismo o de la represalia del momento, y en definitiva, por carencia de sindéresis o de raciocinio no alcanza mayor valor que una injuria gratuita cualquiera...

En esta virtud, que no requiere mayor comprobación el capitán de Sanidad Dr. Bilbao Rioja podía ser un refractario a la disciplina militar y a los códigos de campaña, pero de ningún modo un «traidor» a los bien entendidos intereses de su patria; y nada de lo que se for-



mulase como crítica a los métodos de conducción entonces en boga, podía ser ignorado por los adversarios, desde cuando lo ocurrido en el campo de contacto proyectaba plena luz sobre las hesitaciones y contradicciones de la retaguardia.

Imaginarse otra cosa era una demostración de inefable candor!

El Dr. Bilbao contestó, entre otras cosas:

«Como única respuesta y explicación al país, pido por su digno intermedio, que se me siga un consejo de guerra, para esclarecer la verdad de los hechos y hacer conocer muchas cosas que por patriotismo tuve que callar.

«Mis apreciaciones, jamás pretendieron llevar el sello de las opiniones militares; al contrario, son verdades de sentido común al alcance de todas las mentalidades; llevan además, el testimonio de un Ministro de Estado y de altas autoridades militares que en su oportunidad podrán ratificar.

«Así se demostrará señor Director, que el cumplimiento del deber con abnegación y sacrificio durante diez meses como miembro de la Sanidad Militar, hasta el extremo de ser herido, no puede ni debe calificarse de traición a la patria. Levantando la moral de la tropa y de la oficialidad en momentos angustiosos, fui boliviano en alto grado; aliviando el dolor y el sufrimiento, fui un sanitario. Esas fuerzas morales que son llevadas sólo en el corazón de los que tienen un gran ideal, jamás podrán calificarse de traidoras».

Tal el curioso incidente que permitió descubrir una punta del velo que cubría los entretelones nerviosos y desorientados de la retaguardia boliviana.



*«Yo, llamo virtud a la costumbre de realizar acciones penosas útiles a los demás».*  
(Stendhal).

## XIX

Había proseguido la campaña con las incidencias que son perfectamente conocidas y están ya suficientemente debatidas, lo que economiza la redundancia de volver sobre ellas.

Nanawa, Toledo, Fernández y otros episodios menores jalonaban la desperdigada, cruenta y estéril modalidad conductora del general Hans Kundt. No se había ganado ningún objetivo de importancia, pero tampoco se había perdido terreno alguno. El Paraguay se aferraba a la defensiva y Bolivia, cuya preparación militar había crecido notoriamente, realizaba algunos ensayos de ataques con miras estratégicas, pero pobremente condicionados en cuanto a plan, concierto y volumen.

«En marzo de 1933 —ha escrito Bilbao Rioja— una mañana, fui llamado por el General en Jefe, en Muñoz, y recibí una simple nota para cumplir una Orden de Operaciones para la retoma de Alihuatá. Leí la Orden e inmediatamente manifesté que el plan, tácticamente, no rendiría éxito, por la forma de ataque divergente una vez

llegado y tomado Alihuatá. El general Kundt, personalmente; me dijo: «Ud. ha sido llamado para cumplir una orden y no para dar su opinión sobre la misma; trasládese a su destino en 30 minutos y cumpla la orden».

«Esta forma de dirección y conducción de tropas, establecida por el General Kundt, siguió el año 1933, con los resultados conocidos en todas las operaciones en el frente. El resto, se conoce en detalle en la historia del Sr. Coronel Vergara Vicuña.

«En abril, 1933, fui relevado del puesto de Jefe de E. M. de la Div. y de Comandante interino de la División Gutiérrez, regresando a mi cargo anterior de Inspector General de Aviación, en Muñoz.

«En el cargo de inspector General de las Fuerzas, Aéreas, seguí hasta fines de diciembre de 1933.

«Dirigí todo el trabajo y cooperación de las fuerzas Aereas en reconocimientos, bombardeos, etc., etc., sobre Nanawa, Puerto Casado, Puerto Pinasco, Toledo, etc., etc. Todos los partes del rol de la Aviación durante dicho año, deben estar en el archivo del Comando Superior, los que darán una idea clara sobre el trabajo desarrollado.

«Mi labor en la Aviación, a medida que los resultados y el prestigio del arma sobresalían fué de trabajo duro y penoso, por la falta de material y de repuestos. Natural, que los éxitos, no dejaban dormir a mis enemigos personales dentro del mismo Comando Superior, quienes azuzaban a los pilotos para crearme situaciones molestas con actos de indisciplina.

«Un día, pedí al general Kundt, mi destino a cualquier unidad del frente, porque deseaba luchar en forma más directa. Esta petición la hacía en vista de

que había expresado que «la guerra del Chaco se dirigía y conducía a patadas». No faltó un oficioso del Comando que transmitió lo dicho al general Kundt, quien me hizo llamar y pidió una explicación. Esta fué sencilla, las acciones de Nanawa, Arce, Toledo, Rojas Silva, Pirijayo, etc., etc., en todas direcciones sin ton ni son y sin ningún objetivo y finalidad, me daban la impresión de un epiléptico que agita sus miembros. El general Kundt, al principio se mostró indignado; pero, luego se calmó y me dijo «Todo esto se debe a la falta de energía y cooperación de las unidades»; que él había hecho lo humanamente posible para conseguir éxitos, pero que estos, reconocía, estaban lejos de la realidad. Al mismo tiempo, me insinuó que viajara al II C. E. para hacerme cargo de la Jefatura de E. M. de una de las Divisiones.

«A las dos horas, listo en mi camión me presenté al general Kundt para despedirme, momento en que se emocionó como un niño. Intimamente sentía y pensaba como yo, y conocía la tela de los chismosos profesionales, que trabajaban bajo su amparo en busca de grados, honores y distinciones. Súbitamente, canceló la orden y me insinuó quedarme en mi situación anterior, que duró hasta el desastre de Campo Vía y su destino al interior del país.

«En el Informe Reservado del general Kundt al Presidente Salamanca, hay muchas referencias sobre la actividad de la Aviación y mi persona. (1)

---

(1) «Constituyeron otra preocupación no menos delicada, las apremiantes necesidades de la Aviación. Las propuestas de su Inspector General como siempre, muy bien meditadas y basadas en conocimiento profundo del personal y material, fueron aceptadas por el Comando Superior».

«Nunca esperé una palabra de elogio de parte del general Kundt; pero, a fe de caballero, posiblemente se vió en la precisión de reconocer algo de mi trabajo; tomando en cuenta mi labor y criterio profesional en la campaña».

La maniobra de Alihuatá, a que se alude en las declaraciones preinsertas, fué montada de un modo asaz insuficiente. Una pequeña agrupación que no llegaba a los mil quinientos hombres, y que asumió la pomposa denominación de 9ª. División, fué desconectada y lanzada prácticamente al inmenso abismo de lo desconocido....

Por su naturaleza excéntrica en espacio y farragosa coordinación en tiempo, con otros movimientos, a lo que se agregaba el raquitismo potencial de que estaba dotada, esta operación constituyó en sí misma una audaz temeridad. Confirmaba esta aserción el hecho verdaderamente extraño de que no se dispusiera reforza-

---

«En el mismo día.....nuestra Aviación; efectuaba el primer ensayo de vuelo nocturno, con un éxito muy halagador. Tomó parte en él, el Inspector General de las Fuerzas Aéreas, dando con ello un ejemplo de valentía personal a todos sus subalternos».

«El General en Jefe, también tuvo muchas entrevistas, con relaciones detalladas, con el Cmdte. de las Fuerzas Aéreas. La Aviación realizó numerosos raids importantes. Se deja constancia de la gran actividad, desarrollada siempre por el Teniente Coronel Bernardino Bilbao Rioja, quien siempre supo responder a las intenciones del Comando Superior, con mucho éxito y elogioso brillo».

(Extracto del informe, elevado por el ex-Comandante en Jefe del Ejército en Campaña Gral. de Div. Hans Kundt, a consideración del Capitán General del Ejército el Presidente Constitucional de Bolivia don Daniel Salamanca, el 10 de julio de 1934).

miento alguno para esas escuálidas unidades que debían descolgarse después de un recorrido misterioso por sendas; de unos ochenta kilómetros, sobre la lejana retaguardia del sistema paraguayo del «Kilómetro 12»; posición en que quedarían virtualmente emparedados desde todas las direcciones cardinales; vale decir, desde Arce, al Norte; desde el «Kilómetro 12», al Sur; desde Gondra y Rojas Silva, al Este, y desde Puesto Charata, al Oeste, surgían amenazantes directrices de compresión centripeta. Aumentaría la peligrosidad de la operación el hecho de que se advirtiese con antelación la ninguna posibilidad de que la División de maniobra pudiese ser reforzada en momento alguno de la consecución de su cometido, por fracción de tropa la más mínima.

De este modo, luego de la ocupación de Alihuatá por la minúscula División Gutiérrez, el teniente coronel Bilbao Rioja —quien con simultaneidad a aquel éxito inicial debió hacerse cargo del Comando de la División, debido a evacuación por enfermedad del coronel Gutiérrez— se halló abocado a la trágica disyuntiva de tener que distribuir sus tropas y desplegarlas ralamente en una suerte de dispositivo cuadrangular hueco.

Entre tanto esto ocurría, el general Kundt sólo movía; ¡pásmese el lector! sólo cien hombres sobres la retaguardia inmediata del «Kilómetro 12» (Fracción mayor Enrique Eduardo) presión que hubo de desvanecerse como una nube de verano, no obstante la decisión y coraje que puso en la demanda, resultando herido su comandante y a punto de ser destruida su reducida tropa.

Felizmente para la División Bilbao, el Comandante paraguayo tenía en mientes, habida consideración de sus fracasos en el pajonal de Campo Jordán, retirar sus

fuerzas a una línea de menor exposición, atraer hacia ella a su adversario privándolo de sus fuertes e invictas posiciones, para operar en su hora contra él acumulando mayores ventajas que las que hasta ese momento había dispuesto. Y como más teórica que prácticamente —dada la exigüidad de sus efectivos— la 9ª. División boliviana se había ubicado sobre las espaldas de las tropas que cubrían, a órdenes del coronel Franco, el «Kilómetro 12» era también del caso, más doctrinario que de necesidad absoluta, proceder al zafe.

Apelamos a la expresión «teórica», porque los mil doscientos hombres que obedecían a Bilbao Rioja, bien pudieron ser atacados concéntricamente, con bastantes probabilidades de éxito desde todas las direcciones, y posiblemente, en tal evento, haber sucumbido antes que la línea paraguaya del Sur imperfectamente interceptada —pues conservaba su comunicación con Gondra— fuese abatida o desalojada.

Pero, lo ya dicho, el Comando paraguayo ya pergeñaba una maniobra de gran estilo —para lo cual esperaba se completase la preparación correspondiente— y para esto requería que el grueso boliviano se alejase de sus seguras posiciones de la ralada al N. de Saavedra.

Este móvil de atracción, amén de la persimonia actuación de la 4ª. División boliviana en sus tentativas de cortar la retirada a la División 1 paraguaya, inspiró al Comando en Jefe del coronel Estigarribia la suficiente calma para adoptar las disposiciones de emergencia más procedentes, sin alucinarse con el miraje, algo fascinador en esos días, de pasar a la contra-maniobra, al menos contra el por varios días inerte dispositivo,

virtualmente cercado entretanto la División Franco no realizara su repliegue hacia el «Kilómetro 22» y Gondra, que se hallaba bajo la docta y minuciosa custodia del teniente coronel Bilbao Rioja.

Luego de consumada la resultante estratégica extraída de la maniobra de Alihuatá, y que en cuanto a ventaja positiva sólo representó un desmesurado alargamiento del frente a cubrir, el teniente coronel Bilbao Rioja, por disposición del Comando Superior volvió a reintegrarse a su antiguo cargo de Inspector General de las Fuerzas Aéreas.

No puede desconocerse que la tarea rendida por este jefe en la maniobra de Alihuatá —ejecutada en las más óptimas condiciones que podían permitir sus medios— fué de aquellas más riesgosas y expuestas a un quebranto total, como para dar calofríos a los más pirtiparados caudillos, ya que desconectada virtualmente en una penetración profunda, y con nula asistencia de reservas y hasta sin posibilidades de reforzamiento como se montara, quedaba librada al azar de lo imprevisto y a los impulsos de la voluntad enemiga. Ciertamente ésta estuvo paralogizada en el primer momento por la consecuencia inicial de la sorpresa operativa sufrida, pero tampoco se podía menospreciar por anticipado la facilidad de concentración y de ramificación de fuertes contingentes que, desde Arce, Rojas Silva y Gondra, podrían haberse movido reactivamente contra la escuálida 9ª. División al mando del teniente coronel Bilbao Rioja. Si tal cosa hubiese ocurrido, la estrella y hasta lo corpóreo de este jefe hubiera entrado en eclipse total o en trance de anulamiento; pero de ello siempre hubiera sido responsable el Comando Superior, por haber planeado una manio-

bra en exceso audaz, no precisamente muy acertada en sus lineamientos de destrucción de algún importante núcleo enemigo y, lo que era peor, sin los elementos suficientes para su cumplida consecución.

Además de lo anterior, como resultado del nuevo frente originado por la maniobra, tenida como exitosa en el campo boliviano, de Alihuatá, el Comando paraguayo pudo construir un sólido y homogéneo frente de atracción y fijamiento, que haría factible en un lapso determinado y con la intervención de una robusta preparación bélica que se gestaba en su no distante retaguardia estratégica, planes de mayor envergadura ofensiva y de más pletórica codicia.

Poco antes de la recaptura de Alihuatá, en carta de 4 de marzo de 1933, dirigida a su hermano mayor y médico de la Sanidad Militar, Dr. Daniel Bilbao Rioja, el teniente coronel Bilbao, refutando el incurable e iluso optimismo que presidía en los altos círculos de la conducción boliviana, le decía lo siguiente:

«El trabajo recargado y mis continuos recorridos de un punto a otro, no me han permitido ponerte algunas líneas; por otra parte, no he encontrado un amigo de confianza: para enviarte una carta; siempre con el temor de que no llegue a tu poder o se extravíe.

«A mi llegada a Villa Montes; en los últimos días de Enero, no pude hablar con el General Kundt, por haber viajado éste a La Paz con asuntos urgentes del servicio. A su vuelta, me recibió con deferencia no obstante los asuntos que tú conoces.

«Referente a mi destino, me propuso la Inspección General de Aviación o la Jefatura del Estado Mayor



de la 8ª. Div. Entre estos dos cargos escogí la Aviación, por muchas razones, entre ellas la de disponer de material nuevo de aviones y en número que ya ofrecía desarrollo y el plan general por seguir fué más temerario.

«En esos momentos, se iniciaba el ataque a Nanawa; se ha tenido el máximum de tropa 6.000 hombres, como no se dispuso antes de dicho número en ningún frente, el máximum de munición de artillería, de aviones (10), de bombas, de munición de infantería, etc., etc. 16 piezas de artillería dispararon 3.000 cartuchos en un día; el resto ya puedes imaginarte. Se pensó que no duraría dos días de bombardeo pero la realidad es tan diferente que decepciona. He ahí la gran táctica y estrategia de Toro y Guillén que han ofuscado al Comando Supremo sobre la realidad de los hechos y acontecimientos. El primer día de combate se recogieron 750 entre muertos y heridos. Hasta los seis días del ataque, nuestras bajas estaban en las cercanías de 2.000. En ningún momento se hizo el cerco de Nanawa, pues 180º del terreno estaban y están sin control, con sus propios caminos de abastecimientos. Mayores detalles te contarán seguramente los amigos que estuvieron allí.

«En el sector del centro, el ataque a Fernández fué otro fracaso. Ignoro las causas por las que no se pudo tomar dicho fortín.

«En el sector Toledo, se ha atacado con intensidad, pero se dice que el Comando no ha respondido. Se produce un fenómeno semejante al de Nanawa. Hay más de 700 bajas entre muertos y heridos.

«Recién todos se dan cuenta, de los esfuerzos que hice en el «Kilómetro 7» y la cantidad ínfima de ba-

jas que tuve. La ruda crítica cambia hoy radicalmente. Me han hecho injusticias y han querido presentarme ante el país en una faz distinta, que mis detractores se han enredado en sus propias patrañas».

La historia de una etapa, aunque sea veraz y sin fraude en lo esencial, suele desdeñar antecedentes muy valiosos que aclararían bastante de lo que se conserva en terreno de duda, batido por vientos de pasión o de juicio contradictorios, y sobre lo cual la conjuración de los intereses y del silencio cómplice pinta con caracteres groseros de ansiada perdurabilidad un punto cómodo de interrogación.

Lo que sucedía en la conducción militar boliviano de la campaña, durante el periodo de mando del general Kundt, era conocido y timbrado con acre censura por la mayoría de las gentes de criterio y de sobresaliente óptica moral; pero, desgraciadamente, también era coonestado por muchos otros, y de estos por lo corriente emanaba la influencia y decisión que va aparejada a los cargos de preeminencia o de privilegio.

El espíritu de círculo cerrado y propenso a la intimididad personalista en la confianza y privanza, que habitualmente proliferó en el contorno del General en Jefe, acuciado por el temperamento egotista y un tanto simple de éste, había concluido por crear una apreciación y un criterio resolutivo que no ensamblaba con las necesidades reales de la campaña y su más ecuánime conducción. Así, fatalmente, surgieron bandos y conceptos antagónicos, que no por ser invisibles para la generalidad dejaron de ser actuantes en sus disputas de opinión, de influencia o en la pugna tácita despertada por el constructivo afán de esclarecer lo que ocurría, con el sano sentido

decantar lo conveniente y lo justiciero. Actuaciones advertencias de esta clase concitaron por lo corriente reacciones impulsivas de quienes ejercían la autoridad material, con lógico desmedro de los intereses nacionales.

Donde unos afirmaban, otros negaban; lo que para determinados jefes era excelente, para otros representaba la condensación más ácida de lo desatinado; la esperanza de algunos de ganar la guerra e imponer la paz con los procedimientos en uso, era enfrenada severamente por aquellos que a diario tenían oportunidad de comparar en la práctica los errores y omisiones atribuibles al sistema de mando imperante.

Seguramente —hay numerosas pruebas corroborantes— algo parecido pudo verse en el campo paraguayo en materia de emulación del oficio o de fricción desamistosa entre los altos jefes; pero el sesgo afortunado de sus previsiones y desempeños, por lo general disimuló o hizo más tenues estas diferencias.

Nadie ignora en el supradicho respecto la profunda antinomia que existió entre el general Estigarribi y su más capacitado lugarteniente el coronel Franco, pero nunca pudo evidenciarse que el Comandante en Jefe prescindiera o menoscabara los servicios de su insigne cooperador. Posiblemente, entre ellos primaron algunas desinteligencias profesionales y aun desacuerdos psicológicos; mas, en los momentos cruciales de la acción se les vió actuar confundidos en la más auspiciosa unidad de miras, por más que sus sentimientos íntimos fuesen dispares y hasta antagónicos. A no dudarlo, el quicio fundamental del éxito operativo paraguayo lo constituyó la concentración de inteligencias y voluntades para encarar las fases de decisión, con la correspondiente preterición de los señuelos egolátricos.

Las actitudes profesionales y la entereza de carácter exhibidas por Bernardino Bilbao Rioja, le habían hecho imán de desabrimientos y hasta hostilidades de parte de quienes anhelaban cimentar situaciones de notoriedad o auto erigirse pedestales desde los cuales recibir el incienso público, y sin que para esto se tuviesen en cuenta los méritos que decorosamente se pusieran de resalto en el comportamiento militar y moral de cada cual en la guerra.

Bilbao hubo de experimentar entonces la reacción de una justificada protesta íntima, comprimida a límites de prudencia por el deber militar, que pudo, en ocasiones contadas, abrir la espita del desahogo para su corazón flagelado por la ingratitud y la incomprensión, que solieron levantarse como barreras a su ardiente anhelo de ser útil con eficacia a su patria.

No parece pueda existir mayor decepción que la de poder hacer conscientemente algo beneficioso o salvador para sus prójimos de cuna y verse imposibilitado empero a realizarlo por motivos fútiles y mezquinos. La sensación de malestar puede llegar en ocasiones semejantes a extremos indescriptibles.

A Bilbao le fué dado sufrir esta aguda molestia en incontables oportunidades de su vida militar y pública. Es esta la suerte que por lo general acompaña a la nobleza de convicción y a la energía moral. Como no se sabe transar en materia de principios fundamentales y se detesta la maleabilidad de las apreciaciones interesadas; la resultante de ello suele ser la preterición desdeñosa cuando no el embate sórdido proveniente del medio formado más de fibras utilitarias que de sensibilidad altruista.

En la época a que nos estamos refiriendo, Bernardino Bilbao exprimió una parte de la desazón de su espíritu acongojado, por conducto de breves misivas confidenciales dirigidas a sus hermanos. Así, al capitán Sinforiano Bilbao, le dice, en distintas fechas, y entre otras cosas, lo siguiente:

«Muñoz, 20 de junio de 1933.

Sé por muchas razones que ahora no podemos luchar contra las camarillas de siempre; pero quiero hacerte recuerdo que por ello mismo, debemos conservar nuestra vida para mañana. Estoy seguro que unidos una decena de muchachada valiente combatirá a todos los héroes de papel y tanto ambicioso que se aprovecha del trabajo ajeno.

«Tengamos paciencia hermano, los leones rugirán más tarde para hacer sentir solamente el peso de su valor».

«Muñoz, 24 de junio de 1933.

..... todos de corazón deseamos que tengas un porvenir brillante lleno de honor y orgullo, para felicidad del nombre que llevamos y para la grandeza de la Patria».

He visto algo o rumores de que este mes piensan ascenderte al grado inmediato, no tengo seguridad, pero no debemos esperar influencias para no deber a nadie nuestros grados. Si vienen ellos que vengan en buena hora».

24/VIII/33.

«¿Cómo estás en tus trabajos? Pon, querido hermano, el máximun de esfuerzo para sentir tu nombre a la altura que tu carácter y condiciones requieran. Trabaja

con fe, acarreando con el corazón de tu tropa el éxito de las operaciones.

Hay muchas dificultades, pero el hombre de carácter se sobrepone y vence con la idea de la Patria.

Mañana llegará la hora para hablar de esta campaña».

A su hermano Napoleón, capitán de Sanidad, le dice en cierta ocasión.

«Recibí tu carta. Te ruego por muchos motivos no hablar mucho sobre mi persona, pues trataban de anularme por todo y en todo, solamente por razones que puedes adivinar. Al mismo tiempo, del pedestal que me había formado en esta guerra por el esfuerzo y el sacrificio. Procediendo así quizá se disminuya la enorme cantidad de enemigos gratuitos que se levantan por todos lados. Estoy muy amargado».

(La fcha no está expresada, pero hay una alusión a su hermano Sinfiriano que estaba en el Regto. 34, cerca de Pirijayo).

Desalentador y penoso es verse obligado a juzgar las actuaciones humanas excursionando en sus móviles subjetivos, muchas veces ocultos detrás de espesos cortinajes o disfrazados por ingeniosos eufemismos de lenguaje.

De lo anterior fluye que el general Kundt sólo utilizó en tierra los servicios profesionales de Bilbao en la breve y sobre toda ponderación arriscada maniobra de la retoma de Alihuatá; pero no estará demás consignar, y sea hecha en honor de Kundt esta digresión, que hay antecedentes para afirmar que el Comandante en Jefe pensó en cierta oportunidad en Bilbao para el cargo de Jefe de E. M. del I. C. E., pensamiento que no se con-

virtió en resolución por el juego de influencias que se activó de inmediato, y al cual no es del caso referirse por la imposibilidad de que resulte edificante.

Ahora, si en el campo boliviano de esa etapa de la contienda no interesaba mucho que Bilbao estuviese al mando de tropas o sobrevolando incesantemente el «yermo» chaqueño, en cambio, en el Paraguay preocupaba vivamente dónde y qué pudiera estar haciendo el peligroso adversario. Así, en distintas ocasiones, para estimular la moral pública quizá, se le dió por muerto o prisionero, noticias que fueron perifoneadas con clarines de estridencia wagneriana por la emisora oficial paraguaya.

La rectificación al pie es una de las tantas pruebas de lo anterior.

«Pero hoy nos toca referirnos a la última y palpitante actuación del Chaco en la que los paraguayos anuncian muy sueltos de cuerpo, que entre los prisioneros que dicen haber tomado, se encuentra el glorioso Coronel Bernardino Bilbao Rioja, héroe máximo de la actual contienda, con sus hechos brillantes en el Kilómetro 7 y su arrojada actitud en la recaptura de Alihuatá.

«Estamos en posesión de datos fidedignos para desmentir categóricamente que el Coronel Bilbao no ha caído ni podido caer prisionero, una vez que después de aquellas magnas jornadas en las que actuó tan valientemente, no ha llegado a tener comando de tropa alguna, permaneciendo más bien a la cabeza de nuestras fuerzas aéreas que tan importantes como eficaces servicios presta a la causa nacional. Por lo tanto la honda aflicción del público por la noticia de su captura en las últimas emergencias de la guerra, no tienen razón de ser y nos apre-

suramos en anunciar a nuestros lectores a fin de tranquilizar el espíritu colectivo.—«Los Tiempos» de Cochabamba, 17 de diciembre de 1933.

En otra oportunidad Bilbao dirigió al propagandista paraguayo Cardozo, el radio siguiente:

«No se preocupe tanto de mi muerte en sus informativos. Para mal de sus pesares, estoy bueno y sano.—Cnl. Bilbao».

Los accidentes y peripecias de esta larga etapa, y sobre todo la esterilidad del desperdigado y convulsivo esfuerzo ofensivo boliviano — un día en Nanawa, otro en Fernández, otro en Arce, otro en Rancho Ocho, otro en Bullo, otro en Pirijayo, otro en Gondra, y siempre en rotativa y con medios muy flacos — probaban hasta la saciedad no solamente una corriente incoercible de desangre, agravado con el raleamiento de las líneas por un imoportuno sistema de licencias periódicas concedidas por el Comando Superior, organismo que creía no se precisaban mayores efectivos que los desplegados, sino también, y esto era lo más grave, que el Paraguay metódica y gradualmente se iba fortaleciendo hasta extremos que sus propios hijos insospechaban.

Para el teniente coronel Bernardino Bilbao Rioja este último no podía ser un misterio, pues la aviación persistentemente estaba elevando partes denunciadores de la creciente actividad paraguaya detrás de sus líneas y con preferencia en determinados sectores. Para los propios jefes bolivianos, aun para los menos perspicuos, no podía existir duda en el particular. Un dilatado período ofensivo frustráneo y caracterizado por un copioso derrame de sangre no puede, por principio, derivar en nada promisorio. El fracaso de una ofensiva es siempre el anun-



cio liminar de una reacción del enemigo, y esto lo presentaban todos, inclusive la castigada tropa, menos el Comando, y el Gobierno que informaba su criterio al trasluz de los informes de aquél.

Se estaba en realidad en vísperas de los trascendentales acontecimientos que prohiaría la iniciativa paraguaya, de Alihuatá y Campo Vía, con el aire cargado de amenazas y la incertidumbre en todos los ánimos; pero el optimismo de Kundt y de su séquito continuaba obstinado, a pesar de las innúmeras advertencias agoreras que brotaban aquí y acullá sobre un probable inminente vuelco de las operaciones. Bernardino Bilbao y sus hermanos Sinforiano —militar como él— y Napoleón, miembro de la Sanidad con desempeños por lo habitual cercanos a la línea de fuego, en los que cosechara alguna vez ser herido de cierta gravedad, vivían en verdad angustiados por motivo de estos siniestros augurios que con tanto desdén eran enjuiciados desde la olímpica torre de la conducción boliviana.

Se puede decir, que a la irregularidad de los tiempos y actuaciones que se pulsaban, caracterizados por la zozobra y la arrogancia inconsciente, correspondía también cierta anormalidad en la expresión y cauce de ciertos pálpitos y consideraciones que la vehemencia patriótica y un afán salvador sólo pueden y deben inspirar.

De este modo, el capitán Sinforiano Bilbao, héroe del «Kilómetro 7» y su hermano el capitán de Sanidad antes nombrado, asumiendo el ánimo valeroso y resuelto, amén de desinteresado y hasta riesgoso, de legítimos Gracos, se decidieron, el primero escribiendo desde la línea de fuego, de una manera espontánea y quemante de

franqueza sus inquietudes, y el segundo, a hacerlas llegar, en son de advertencia más que de queja, a manos del Capitán General Constitucional del Ejército.

La epístola del capitán Bilbao, estrechado como estaba en reducido sector, no puede ser crítica del cuadro estratégico ni de las intenciones de este género, pero en cambio, apunta consideraciones de un orden moral de íntimo enraizamiento con la justicia y la fe, base de toda disciplina, que deben alentar sobre el alma de una colectividad armada en trance de sacrificarse.

Insertamos en parte este curioso y altivo documento, sobre el cual no hubo pronunciamiento superior de ninguna especie, no obstante de haber sido conocido por el Presidente de la República.

Párrafos de la carta aludida, que está dirigida al Tcnl. Bernardino Bilbao Rioja.—MUÑOZ.

«...a mi me tienes en ésta, más o menos bien, pero aburrido por la misión que tenemos; todos harán algo...; mientras aquí, permanecemos «presionando» al enemigo en este famoso «campo Victoria»...

Decididamente, ya no se nos quiere tomar en cuenta para nada, nuestros nombres no deben estar ligados a acciones de armas de alguna importancia, porque sólo se nos toma en cuenta para responsabilizarnos de fracasos o descalabros. No sé que se puede, con la pandilla de logreros y aprovechadores....

Yo estoy tibio con tanto disparate que ordenan y se hace en este campo, hasta ahora tenemos más de 150 bajas, sin provecho para nadie...

Estoy convencido que la Revolución del 30, no nos trae más que represalias de toda índole, y hasta por

amor al arte, ya que yo por ejemplo, no tomé parte en ese Movimiento; pero, por extensión y familia quedo también excomulgado.

Hoy, la altivez es un crimen imperdonable; triunfará la hipocresía, la simulación y el fraude.

.....

A mí, me gusta ser comandado por gente que sepa más que yo, y de ascendiente, pero no por incapaces uniformados, por mucho que con la mayor seriedad ostenten grados militares, circunstancia única que no justifica los indebidos cargos que desempeñan. Creo que todo subalterno piensa lo mismo.

.....

No hay reacción en los Comandos, no se va a lo seguro o conocido, continuamos en el terreno de las experiencias, tratando a esta hora de buscar valores, entre los que no tienen ni nunca han tenido.

Se encumbra o se da los medios a los prosélitos y a los de la religión particular; a los otros se los sitúa en un plano inferior, negándoles toda cualidad buena. Se los tiene como carne de cañón, confiándoles misiones cuyo desenlace es fácil de preveer, porque ellos corren la suerte de los enfermos graves deshauciados en todas las juntas médicas.

Hay tanta pequeñez, mezquindad, emulación ruin, que desconcierta, si uno algo sube, en el primer descuido prácticamente lo empujan hasta el último peldaño, para que comience a escalar nuevamente desde el llano. Florece la canalla y la simiente del mal; la picardía y la perversidad infectan el ambiente imponiéndose con sus medios propios, ahogando todo sentimiento noble y aspiración sana.

Pero, después de todo, paciencia y carácter para sobrellevar tanta cobardía e injusticia, para soportar el reto oculto del cobarde «emboscado» en el Comando; valor y constancia para seguir adelante.

Que truene o relampaguee, reventar o morir, pero que se gane la guerra, para la Gloria, la Grandeza y el futuro Resurgir de Bolivia!

De esta Guerra Triste, ya nadie podrá arrebatarnos el orgullo que tenemos, tú, como único dirigente en la hora solemne de la prueba, de infinitas zozobras y de cruel angustia, deteniendo la avalancha de la barbarie guaraní, con la firmeza y entoicismo de aquellos que en una hora llevaron el máximo peso de responsabilidades, con la mirada fija en la suerte de la Patria, sin pensar jamás en recompensas ni honores.

Yo, como soldado, sellando con mi sangre la obra de tu creación....; en aquél 10 de Noviembre, que será algún día como el resurgir de Bolivia a una nueva vida.... Y Napoleón, con la integridad del patriota abnegado, valiente sufrido, corriendo con nosotros las mismas contingencias, los mismos peligros, con esa fuerza moral enorme que quiere avasallar todo, sentimientos y cualidades que tanto ennoblecen.

Hemos cumplido con nuestro deber, contribuyendo cada uno siquiera con un grano de arena a salvar el Honor de la Nación, haciendo respetar la integridad territorial y cumpliendo también como bolivianos, el solemne mandato del Gran Mariscal de Ayacucho, del más modesto soldado de la América: «Aún pediré otro premio más a la Nación entera y a todos sus administradores, el de no destruir la obra de mi creación y de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia. ...»

Vendrán otros con fácil palabra o ágil pluma, para escribir algún día sobre nuestros recuerdos fragmentarios, como Clemenceau: «Grandezas y Miserias... de una Campaña».

Tengo la impresión de que no sirvo para escribir una carta, no sé dónde comienzo ni dónde termino, mis frases incoherentes, nada expresan, pero quizás al través de ellas, se adivine el intenso amor a la Patria, ese culto que hemos hecho, laborando en la nueva religión, la de el patriotismo.

Con estas pobres ideas y desde mi «Sector, formulo votos porque tu salud sea completa y que te acompañe mi recuerdo en el día de tu aniversario natal; entonces, piensa que también yo pienso en tí, porque llevamos afinidad de sentimientos e ideales, regados por la misma sangre y nacidos con el dolor de la mujer que un día a los 15 años, lloró también con lamento desgarrador, las desgracias de la Patria.... allá en las playas del Pacifico, en los trágicos días de la «Guerra Injusta»....

Tu hermano que te abraza (Fdo.) Sinforiano».

(La Paz)

Ciudad, 10 de agosto de 1933.

Excmo. Sr. Presidente de la República Dr. Daniel Salamanca— Palacio de Gobierno.

Señor Presidente: Cumpliendo un alto deber patriótico, me permito hacer llegar hasta Ud. una copia de la carta de mi hermano el Capitán Sinforiano Bilbao Rioja, que da una impresión cabal de la Campaña del S. E. al mismo tiempo que señala claramente las causas por las que en un año de guerra, no hemos llegado aún a nuestros objetivos militares.

Es una lástima Sr. Presidente, que los directores de la guerra, no tengan la visión clara de los grandes destinos que se están jugando en estos momentos y que sigan inspirando sus acciones en los intereses creados de pequeñas camarillas, cuando las conveniencias del país deben obligar al olvido de diferencias y enemistades a fin de unificar todo el ejército en un solo pensamiento, en una sola acción: *la victoria*.

Aprovecho esta oportunidad, para ofrecerle mis respetos como su atento servidor.—Napoleón Bilbao Rioja.

El Presidente Salamanca, acusó recibo de esta guisa.

Ciudad, a 14 de agosto de 1933.

Señor Napoleón Bilbao Rioja:

Apreciado señor: Me es grato acusar recibo de su carta de 10 del mes en curso, junto a la cual se ha servido Ud. enviarme, copia de la carta pasada a Ud. por su hermano el Capitán Sinforiano Bilbao Rioja, relativa a la campaña del Sudeste.

Agradeciendo el envío de la copia, lo saluda su atento amigo y servidor.— (Fdo.) D. Salamanca.

El capitán Sinforiano Bilbao hubo de caer poco después herido, casi exánime pero siempre dirigiendo a los suyos en el combate durante la última jornada de la resistencia en esa especie de Sedán boliviano que se llamó Campo Vía.

Su encuesta, posteriormente, como prisionero repatriado es la siguiente:

P.—¿Cuántas veces fué herido?

R.—Fuí herido seis veces.—De oficial el 10 de Noviembre de 1932, en Kilómetro 7 (dos heridas). De

Jefe, en Charcas, frente a Rojas Silva, en 9 de septiembre de 1933 (una herida); finalmente el 11 de diciembre de 1933, en Campo Vía (tres heridas).

P.—En qué fecha cayó prisionero, dónde, por qué causa, con quiénes, en qué acción de armas?

R.—Caí prisionero la tarde de 11 de Diciembre de 1933, en las proximidades de Campo Vía; porque, en general, la situación de las tropas era falsa, a consecuencia de que el adversario, supo estudiar, preparar y coordinar lógicamente, a tiempo sus operaciones de conjunto, con mejor criterio táctico y estratégico y decisiva superioridad en el Mando.

Porque mientras las propias tropas se encontraban diseminadas en enorme frente, el enemigo cortó nuestra línea de comunicaciones, concentrando la totalidad de sus fuerzas disponibles, lo que le permitió disponer en el punto decisivo, para librar la batalla, de una potencia cuatro veces superior numéricamente en elementos bélicos (armamentos y municiones).

Porque el 11 de diciembre de 1933 debido a la falta de recursos oportunos (que no llegaron nunca), se esterilizaron esfuerzos y sacrificios abnegadamente desplegados en tres asaltos consecutivos iniciados por 238 hombres del Regto. 41 de Inf. «Colorados de Bolivia», perdiéndose todas las ventajas momentáneamente alcanzadas, por la falta de la necesaria masa y fuerza de choque, para proseguir con energía el avance e irrupción continuada sobre el frente enemigo.

Porque la tropa, a consecuencia de las marchas y contra-marchas, y por falta de agua se encontraba (como lo reconoció el mismo enemigo) en estado de deshidratación, lo que, consiguientemente, restó en momentos de prueba, un rendimiento más eficiente».



De un diario de campaña del Subtte. Carlos Ocampo, sobre la rendición del Regto. 41 de Inf. comandado por el mayor Sinforiano Bilbao Rioja, en Campo Vía.

«Ese es el espantoso final del sangriento drama en el que tuvimos cerca o más del 50% de bajas, peleando con fuerzas superiores en número y bien posicionadas. Los actos heroicos han sido muchos y muy difícil sería individualizarlos, porque en suma y realidad, todo el Regimiento acuña la misma moneda, ya que allí, hubo en realidad fe, valor, abnegación y heroísmo, aunque la suerte ha sido adversa. El Regto. 41 de Inf., no forma parte del conjunto que encierra la capitulación de Campo Vía, firmada en Gondra, esta unidad *ha caído luchando* desde la madrugada hasta el medio día, cinco horas de encarnizado y feroz combate en la mañana del 11 de diciembre (1933) son su legítima gloria en cumplimiento del deber, ha caído aniquilado, destruido, agotado, sediento y sin municiones, pero no rendido».

Por último, Sinforiano Bilbao complementó su estatura de héroe indiscutido, cuando en ocasión de una visita de damas bolivianas a los campamentos de prisioneros de guerra en el Paraguay, redactó para sus hermanos esta carta digna en todo de su bravura y de sus hazañas.

«Señores Daniel, Eustaquio, Bernardino y Napoleón Bilbao R.—La Paz—Bolivia.

Dado el estado actual de las tratativas de paz, es de esperar que el Supremo Gobierno, no ceda en lo más mínimo a las pretensiones paraguayas, que buscan apoyo sobre prisioneros, que los azares de una campaña dejó en su poder.



Nada es una situación y porvenir profesional, en bien de los grandes y superiores intereses de la Patria.

Con bajas de guerra— aunque sensibles— en ningún momento y *bajo ningún concepto*, constituimos un obstáculo para que Bolivia, *ante todo y por encima de todo*, salve su honor y dignidad de País libre, soberano e independiente.

VIVA BOLIVIA POR SIEMPRE!!!

Sinforiano. — Paraguarí, (Paraguay), 29 de agosto /35.

Un documento familiar de revelador significado unitario, en función del deber y del culto a la tierra natal, en torno a los esfuerzos y sacrificios desplegados en la guerra por los Bilbao Rioja, es el siguiente:

«Villa Montes, 26 de agosto de 1935.—Paraguarí.

«Querido hermano: Con la satisfacción del deber cumplido y después de haber desmovizado el último soldado que la Patria nos confió para su defensa, volvemos al hogar, sintiendo solo no hacerlo contigo.

Nos queda el orgullo de familia de haber respondido como sólo saben hacerlo los bolivianos, poniendo nuestro cerebro, nuestros músculos y energía al servicio del sagrado ideal.—Nunca buscamos recompensas ni honores, sino la satisfacción de nuestra conciencia de ciudadanos y de hombres.

No pesa sobre nosotros ninguna responsabilidad; nunca entregamos un solo prisionero, ni menos un fortín al enemigo; por el contrario el 95% de los prisioneros capturados al Paraguay así como las glorias más grandes de Bolivia: Km. 7, Strongest y Villa Montes, son la obra de la familia.

Volvemos a reanudar nuestras labores de tiempo de paz y a contribuir siquiera con grano de arena desde nuestras diversas actividades, a la reconstrucción racional.—Saludos cariñosos de tus hermanos.—Bernardino—Napoleón».

(Carta dirigida por el coronel Bilbao Rioja, vencedor en la prolongada pugna por la conservación de Villa Montes, y su hermano el mayor de Sanidad Dr. Napoleón Bilbao, al mayor Sinforiano Bilbao, cautivo de guerra en el Paraguay).

Como único comentario de estas confidencias familiares inspiradas en positivas afinidades y recíprocos afectos, y preponderantemente en la verdad de los hechos, esto al menos en cuanto a la función que le correspondiera cumplir al elemento más representativo en el orden militar de esa carta forjada para las tributaciones a la conciencia y al deber, se puede sentar al apotegma de que si un país cuenta con numerosos grupos familiares poseedores del espíritu que presidió en los componentes de la familia Bilbao Rioja que empuñaron armas en el Chaco, podrá considerarse en salvo de las más temibles asechanzas y aun de las mayores crisis que pudieran ponerlo a prueba. Además, se desprende de aquellas líneas una satisfacción ufana, de esas que son inseparables a la cancelación de una deuda o la realización de un honroso mandato, a la vez que una suerte de emoción y de orgullo enhiesto, de traducción inefable, que hace recordar el lema bizarro y fraterno de los mosqueteros immortalizados por Dumas, de «uno para todos y todos para uno».

Podrá parecer un tanto raro que se produzcan asociaciones de mancomunidad motivadas por el vínculo

consanguíneo o la solidaridad en determinados principios, durante una guerra exterior, en la que todas las diferencias de castas, de opinión y de sentimientos suelen deponerse en obsequio de la indispensable unidad; pero, cuando se apandillan algunas personas y sus móviles en coincidencias extrañas al interés unitario, como son las ambiciones de círculo a base de mirajes políticos de significado inmediato o ulterior, entonces surge la disyuntiva, entre la divisoria de lo recto y la flaqueza del desear immoderado, de adoptar un camino propio que se aleje todo lo posible de las concupiscencias malsanas.

Y como el coronel Bernandino Bilbao Rioja, auténtico exponente del genio y vigor de una raza, no se prestaba a combinaciones y cálculos de un jaez antípoda al deber militar, pudo advertir a menudo en su derredor los embates y los intentos de tropicamiento a cuyo sufrimiento solía ser condenado por la caprichosa ética prevaleciente. De esto arrancó la necesidad imperiosa de sostener un acervo moral y su correspondiente reputación, bien que esta defensa estuvo inalterablemente ceñida por un marco de conducta prudente, honorable y sobre todo, disciplinada.

A raíz del pavoroso desastre de Alihuatá y Campo Vía, el hermano mayor del vencedor del «Kilómetro 7, Dr. Daniel Bilbao Rioja, teniente coronel de la Sanidad Militar en Campaña, hizo pasar a su glorioso deudo el telegrama siguiente:

■ «Coronel Bilbao: Lamentando en el alma gloriosa caída nuestro hermano Sinforiano que enseñó a luchar con heroísmo. Deséote toda clase de éxitos en nueva situación de Comandante II C. E. El país espera de tu energía e inteligencia otro Kilómetro 7 para salvar a

Bolivia. En nombre de la Patria y como hermano, te pido que acabes para siempre con todas las cobardías con mano férrea, poniendo tu corazón y tu espada al servicio de la dignidad nacional. Morir o vencer debe ser tu lema antes de que se empañe tu brillante espada.—Carinosamente.—Daniel».

Por su parte, el doctor Daniel Bilbao, laborando con talento investigador en su órbita específica, había podido prestar un servicio de incalculable valor a sus compatriotas que eran evacuados a los hospitales de sangre heridos de gravedad en los miembros, pues por medio de la aplicación de su notable invención quirúrgica, conocido con el nombre de Simpatectomía Lumbar, o lo que es lo mismo la resección del cordón del Gran Simpático en su base de ramificación a las extremidades afectadas, había conseguido el efecto sorprendente de aminorar los sufrimientos y estimular el restablecimiento de los pacientes.

Por Orden General del mes de diciembre de 1933, el nuevo Comando en Jefe del Ejército boliviano designó al teniente coronel Bilbao Rioja Comandante del II C. E., pequeño núcleo de fuerzas, equivalente a dos regimientos, pero que no había caído dentro de las fronteras de quebranto que delimitaron la zona aciaga de Alihuatá y Campo Via.

Este nombramiento sería uno de los primeros e indisputables aciertos del flamante Comando Peñaranda, ya que el II C. E., integrado paulatinamente con los elementos necesarios y superiormente conducido por Bilbao se transformaría con el decurso de las semanas en la más sólida y eficiente pieza de la restaurada maquinaria de guerra boliviana.

El 27 de enero de 1934, el Comandante del II C. E. era ascendido al grado de coronel, con el que terminaría de un modo invicto y excepcionalmente honroso la campaña, haciendo inexpugnable la población y arsenal de Villa Montes, último bastión de las esperanzas bolivianas para retener una porción del Chaco,

Finalizamos este capítulo insertando un reportaje hecho por el diario «El Universal» de La Paz, que aprovechó para entrevistar al héroe del «Kilómetro 7» una corta visita que, por motivos de salud, éste se viera obligado hacer a la ciudad sede del Gobierno, durante la vigencia del mes de enero de 1933.

En las respuestas del diálogo, fluye con naturalidad, como siempre, la congénita modestia, la veracidad acrisolada y el temperamento sobrio y justipreciador del gran caudillo.

«El coronel Bilbao es un hombre de regular estatura, de rostro lampiño y cutis aceitunado en el que se notan las huellas de la enfermedad que ha padecido y por la que ha venido a La Paz. Su manera de hablar es meditada y sencilla y de todas sus expresiones se desprende la suave energía del hombre íntegro.

—Traemos el saludo de «Universal» para uno de nuestros más meritorios militares. Su actuación brillante en el Chaco...

—Les agradezco mucho. Pero no encuentro motivo para que se hable de mis méritos, siendo así que yo no he hecho más que cumplir con mi deber.

—Dentro del cumplimiento de su deber, Coronel, ha prestado Ud. al país servicios que se puede decir que nos han salvado del desastre.

—A esa salvación han concurrido todos, jefes, oficiales y tropas, con un esfuerzo verdaderamente heroico. Y todos no han hecho más que cumplir el deber. En momentos en que la situación era muy grave para nosotros y cuando el empuje de las tropas paraguayas venia ocupando nuestras posiciones, el formidable espíritu de jefes y soldados detuvo esa avalancha hasta transformar favorablemente nuestra situación en la guerra.

—Deseamos conocer algo de sus actividades en campo Jordán, donde sabemos que Ud. organizó la defensa.

—Me encontraba prestando mis servicios en la Aviación, mas cuando la situación se agravó en forma indescriptible solicité al Comando me permitiesen prestar mi colaboración en las fuerzas de tierra. Con los restos de los batallones retirados de Arce, que en total no eran más de 720 soldados, formé la reorganización en Alihuatá, junto con Germán Jordán y el teniente coronel Montán. Es sobre esta base que se pudo hacer la resistencia a un ejército paraguayo que lo calculo en 12.000 hombres. Pero todos estos hechos no deben ser objeto de publicidad inmediata. Con mayores detalles, después podré hacerles una descripción de esta parte de la campaña.

—Vean, Uds., mis amigos. Yo soy absolutamente enemigo del réclame, y, por otra parte, ese réclame no me corresponde. Puedo asegurar con entera convicción, que el éxito de los acciones en Kilómetro 7, depende de la admirable actuación de todos: los soldados con su disciplina incomparable, los jefes y oficiales con un heroísmo y un espíritu de sacrificio para el que no encuentro calificativos, y el Comando con su tenacidad, su capacidad y su energía.

—Hasta que punto juzga Ud. que los combates de Campo Jordán influyan en el resultado de la guerra?

—Sobre esto no puedo hacer declaraciones, en mi carácter de jefe del Ejército. Sólo puedo decir que esas acciones, desastrosas para el Paraguay, le han costado pérdidas enormes de sus mejores regimientos concentrados ahí; el «Boquerón», el «2 de Mayo», el «Corrales», «San Martín», «Macheteros» de la Muerte» y otros de nombres guaraníes. El Campo Jordán, que es inmenso, se encuentra hoy mismo cubierto de cadáveres de soldados paraguayos en una extensión enorme. En cambio, la situación del Ejército boliviano, tiene ya una consistencia firme de la que se puede augurar éxitos decisivos.

Vuelvo a repetir que no deseo hacer declaraciones, y mucho menos que Uds. se refieran a mí en términos elogiosos. Aunque es muy vulgar aquello de haber cumplido el deber, repito honradamente que en mi conciencia no tengo más que esa convicción.

Por su parte, «El Diario» de La Paz, en 11 de enero del mismo año, registró esta encuesta periodística, cuyo contenido confirma la pasta de nuestro biografiado.

«—Supimos que Ud. estaba asumiendo el mando de las fuerzas en el frente con gran energía y resolución.

—Así había que proceder. Creo que el militar debe tener el don de convertir hasta la misma derrota en victoria. Vivir íntimamente con las tropas, conocer sus necesidades y remediarlas, premiar al que lo merece y castigar inexorablemente, sin contemplaciones, así entiendo la labor del Comando en tiempo de guerra.

—Puede Ud. citarnos algún caso?

—Como no. A las 24 horas de nuestras grandes acciones, concedí ascensos a quienes lo merecían; tenía autorización para hacerlo. En igual tiempo me fué necesario asumir una inmensa responsabilidad, pero entendí que tratándose de la salvación de la Patria no debe haber contemplaciones.

—Cuál es la táctica enemiga?

—Muy clara, dominar nuestra ala izquierda, Fué preparada durante mucho tiempo como la finalidad máxima de la campaña.

—Qué opinión le merece Estigarribia?

—Ninguna. Los que allí mandan son otros, no obstante de que aquél está en frente.

—Cuándo fué más intensa la ofensiva?

—Del 1º. al 14 de diciembre, en que el Paraguay lanzó todo su Ejército en un esfuerzo desesperado.

—Cómo opera el enemigo?

—Lanzando contingentes, seguidamente, en forma ondulante. Hacen derroche de artillería pesada, cuyas municiones poseen en cantidad considerable. Los stoks y los cañones de grueso calibre no dejan de funcionar.

—Cómo es el espíritu combativo de las tropas enemigas?

—Qué puedo decir? Se batien.

—Cuál es su mayor deseo?

—Medicinarme rápidamente para partir al frente.

—Su recuerdo más emocionante?

—Mis dos hermanos, uno herido vandálicamente por el enemigo, que víctima a nuestra Sanidad, y y otro como recuerdo del 10 de noviembre, lleva tres heridas.



—Cuántas bajas se han inferido al enemigo en Campo Jordán?

—No menos de tres mil.

Las fortificaciones bolivianas de Campo Jordán se prepararon en una semana, a lo más. El coronel Estigarribia declaró en Asunción, que en ocho años».

---





**Coronel Bilbao Rioja, Comandante del II C. E., y paraguayos prisioneros en Cañada Strongest**



*«En la guerra moderna, el ejército que se retira es un ejército perdido porque el ejército que avanza se mueve con mucha más rapidez. La retirada no permite salvar el armamento o mantener una línea continua. Una retirada moderna no tiene límites».*

*(General Weygand).*

## XX

Ciertamente, la característica de selva impenetrable del Chaco Boreal y la consiguiente escasez de rutas camineras de internación y comunicación transversal, a lo que se añadiera insuperadas dificultades de movilidad, que seguramente hicieran moroso el pensamiento operativo del que se hallaba en condiciones de avanzar, fueron suficiente óbice para que el apotegma del epígrafe no alcanzara la confirmación que con tanta frecuencia se ha puesto en evidencia en los grandes escenarios de la batalla contemporánea.

Ahora bien, reorganizar al II C. E., hacerlo una entidad recia y animada de una alta moral de tesón y lucha, fué la tarea emprendida por Bilbao, con el

fervor acostumbrado, al asumir el mando de esa gran unidad nominal, pero esquelética en cuanto a efectivos y medios.

No era entre tanto improbable que el Comando paraguayo pretendiera asestar el golpe final en el sector de Platanillos-Ballivián, vista la consideración que el grueso del remanente del ejército boliviano, formado por los salvados de Campo Vía y las tropas que replegaránse de los sectores de Bullo y Nanawa, representaba aún un fuerte contingente que podía actuar a compás del desarrollo de los sucesos. En resumidas cuentas, el grueso boliviano, que reconstituyera orgánicamente al I C. E., podía hallarse en mejor aptitud para continuar encarando el agudo problema de la resistencia, que el escuálido y hasta entonces abandonado II. C. E.

En cambio, en el sector a cargo de este agrupamiento, excepción hecha de unas pocas unidades reducidas a menos de sus cuadros de paz, el impulso de arrollamiento podía, en teoría al menos, adquirir un carácter vertiginoso, dada la circunstancia antes anotada de la exigüidad de los medios contentivos y, lo principal, la imposibilidad manifiesta que existía de crear, dentro de las exigencias fluctuantes y desuniformes de un repliegue total, el indispensable contacto de alas interiores entre los dos agrupamientos estratégicos bolivianos, separados por una extensión implacable de floresta virgen, y sin comunicación física oportuna posible.

La uniformidad de un sintema eslabonado de defensa, sólo podía obtenerse mucho más atrás y con la intervención de una preparación meditada y acuciosa; para lo cual se hacía imprescindible domeñar al factor tiempo. Y mientras ésto y aquéllo no ocurriese era for-

zoso sortear los inconvenientes de la desfavorable situación estratégica, debatiéndose y luchando al azar de las circunstancias que la iniciativa plena en manos del adversario fuere creando.

Fué, sin duda, un acierto la elección del teniente coronel Bilbao Rioja para el mando del II C. E., agrupamiento que estaría predestinado a atraer las ambiciosas miras operativas del Comando del flamante general Estigarribia.

El nombramiento a que se hace referencia tiene data de 15 de diciembre, y, por tanto al nuevo Comandante le corresponde dirigir el repliegue del II C. E. a Platanillos, organizar la defensa eventual de este lugar, y luego continuar con la marcha retrógrada, ya bajo la amenazante presión enemiga, hacia «El Cruce» y «La China», y posteriormente hacia Campo Jurado. Desde este punto, luego de un breve período de estabilización y de contacto, se continúa el ahora previsto y reflexivo repliegue de los Cuerpos de Ejército I y II a la línea Ballivián-Strongest-Campo Santa Cruz, donde se afirmara recia y deliberadamente la resucitada resistencia boliviana, bajo las atinadas directivas generales impartidas por el Comando Superior y que fueran elaboradas diestramente por el teniente coronel Moscoso Gutiérrez, Jefe de Estado Mayor del Ejército en Campaña, y por el coronel Angel Rodríguez, Jefe de la Sección Operaciones de aquel Comando.

No forma parte de nuestro ánimo volver a reseñar y a formular consideraciones de índole crítica sobre esta etapa indecisa de reajuste de las posibilidades militares de Bolivia, tan seriamente quebrantadas a raíz de la destrucción de las Divisiones 4ª. y 9ª. de su ejército.

Peró creemos sea de interés insertar, a título de mayor información y de esclarecimiento de la labor desarrollada por el coronel Bilbao, algunas observaciones suyas que atañen a lo avanzado públicamente sobre la etapa y sector referidos por algunos actores o comentaristas de los hechos.

«Mi actuación en el II C. E., ya se conoce en detalle en la Historia de la Campaña del Chaco, del Sr. Coronel Aquiles Vergara Vicuña. La verdad analizada en dicha historia es totalmente IMPARCIAL, mereciendo mi aprobación.

«No tengo nada, nada en mi conciencia, para rectificar o modificar el juicio imparcial de la historia, juicio que respeto y acepto. Sin embargo, hay algunos puntos de importancia secundaria, que desearía se conozcan.

«En la defensa de La China, la salida del cerco de la División Arrieta, aparece como éxito milagroso de Arrieta. En verdad, la División Arrieta, salió por la senda que hice trabajar desde las mismas posiciones de La China, flanco sur, hasta Pozo Tortuga; senda paralela al camino, y distante cinco a ocho kilómetros más al sur del camino principal.

«Su salida no podía ofrecer dificultad, puesto que la senda fué trillada y lista para convertirse en camino para camiones. Esta disposición, de despliegue de caminos y sendas, obedecía a mi idea de concentrar mis dos divisiones en Pozo Tortuga, o más a retaguardia, para tener el control inmediato del Cuerpo de Ejército. Pero, concentrar el Cuerpo con un sólo camino de repliegue y abastecimiento, lo consideré inaceptable bajo todo punto



de vista táctico y estratégico. Hay otra razón, del porqué, para no haber concentrado el II C. E.

«Los contingentes que recibía el Comando Superior, en partidas de 50 y 100, llegaban sin armas, sin haber recibido un día de instrucción y sin previa aclimatación. Los pocos reservistas llegados se los transportaba de Tezén a la División de La China, División que debía contar con personal más o menos preparado, para enfrentar al enemigo. En esta virtud, la División de Tezén, era como si no existiera, por carencia de armas, municiones, y sobre todo instrucción.

«Tenía en mi mente, maniobrar con la División de La China, en movimientos de repliegue a sucesivas posiciones escalonadas entre La China y Tezén, para dar un mayor tiempo, por lo menos de un mes, a la División de Tezén, para que se prepare y organice. La maniobra paraguayana con la masa de su Ejército sobre el II C. E., fué retardada sucesivamente para ganar tiempo, sin embargo, mal de mi agrado, tuve que emplear la División Tezén por la situación abrumadora de las fuerzas enemigas.

«Si la División Arrieta hubiese cumplido mi orden de salir, quemando sus tres camiones y arrastrando sus dos cañones, se hubiese ganado tiempo para contraatacar con la misma División desde el Oeste del lugar cortado por el enemigo sobre el camino de La China a Pozo Tortuga. El Comandante de la División, esto es Arrieta, cortó su línea radiotelegráfica sin aviso ni conocimiento del II C. E., poniendo a éste en una situación crítica. Es difícil armonizar las ideas y el plan con personal que no tiene concepto claro de la relación del tiempo y del espacio. Arrieta, tardó 36 horas para salir de

La China, cuando la misma salida, la efectuó mi Jefe de E. M. teniente coronel Enrique Vidaurre y cuatro estafetas en cuatro horas, la mañana del corte, a pie.

«Durante las 36 horas, desde Pozo Tortuga, se trabajó con el mayor número de tropas disponibles, el camino para camiones para dar alcance a la División Arrieta y salvar su totalidad. Debe comprenderse claramente que la pérdida o destrucción de dos piezas y algunos camiones, no alteran en nada una situación de guerra; lo principal es obrar con rapidez y salvar la gente. Los materiales de guerra siempre se pueden reemplazar, pero la vida humana nó.

«Los señores Toro y Díaz Arguedas, dicen en sus publicaciones, que se perdió gente y materiales. Estas son afirmaciones sin fundamento. Mi parte oficial se refiere a dos carpas medianas de Sanidad y tres soldados insolados que quedaron sobre el camino, por falta de atención del servicio de sanidad en la División Arrieta.

«El teniente general Toro afirma que el II C. E., en ese momento, disponía de fuerzas considerables. La verdad puede encontrarse en los partes quincenales y mensuales de efectivos y armas. Se ha tratado de paralogizar al público con la afirmación de que el II C. E. disponía de fuerzas muy superiores y que no pudo resistir el avance enemigo. Si el I C. E., estaba amagado por un regimiento de Zapadores en Conchitas, y más a retaguardia, en cambio, el II C. E. estaba al frente de la masa del Ejército paraguayo, el que si hubiese sido conducido con mayor audacia y arrojo, hubiera arrollado totalmente, en una semana, todo el II C. E., en forma simple y llana; pero faltó de parte del enemigo el empuje necesario, dándome tiempo para tomar mis disposiciones

con calma y hacer mis repliegues en forma ordenada y sin pérdida de nada».

El principal antecedente estratégico de la peligrosa mantención del dispositivo adelantado de La China, consistió en la Directiva del Comando Superior que se reproduce a continuación:

«8ª. División debe defender actuales posiciones «La China».

Cualquier retroceso en el II C. E. compromete situación de conjunto pues obligaría a repliegue a espaldas del I C. E. que correrá grave peligro de ser cortado y estrechado contra el río a medida progrese avance enemigo en sector II C. E.—(Fdo.) Peñaranda».

Como está a la vista, se reataba al II C. E. —no obstante de conocerse que estaba amenazado por la masa principal del adversario— a una posición, que fácilmente podía llegar a ser insostenible, en nombre de la situación de conjunto, la que hubiera sido lógico modificar, sin que entrañase esto una condición de pie forzado y de grave riesgo para cualquiera de los agrupamientos estratégicos.

En la página 275, del volumen V de nuestra obra sobre la Guerra del Chaco, hicimos una corta glosa sobre este poco explicable juego directivo.

«No parecía muy justificada la resolución de que un nuevo frente, antes de conocerse la potencialidad y modo cómo había de atacar el Ejército rival, se ciñera a una defensiva estricta y tenaz, con la amenaza admitida de que si no se practicaba podían derivarse catastróficos peligros para la situación de conjunto. Era esta una po-

sición que sólo pudo ser cohonestada con el hecho de que uno de los jefes de Cuerpo de Ejército se había empecinado en sostenerse en la línea que le pareció favorable y desde la cual pensó asumir de inmediato una actitud ofensiva, lo cual difería abiertamente con las nulas posibilidades de éxito que se colegían para ella. En estas condiciones, el estreno del general Peñaranda como Comandante en Jefe, debió tropezar con muy graves dificultades, superiores acaso a las tareas de formación y de preparación de un nuevo Ejército, digno de este nombre por su organización y aptitudes combativas».

También añadimos en el mismo respecto:

«El Comando Superior boliviano pudo darse cuenta al reiniciarse las hostilidades que el centro de gravedad de la nueva ofensiva de Estigarribia se dirigiría sobre el II C. E., puesto que pronto se advirtió que el empeño ofensivo se descargaría sobre las tropas del coronel Bilbao Rioja, y que el III C. E. paraguayo reforzaba al I C. E. (coronel Núñez), como un recurso para arrollar a las unidades que tenía al frente y salir a retaguardia del Cuerpo de Ejército que comandaba el coronel Toro, quien guiado por un inexplicable optimismo, derivado posiblemente de la floja actitud de fijamiento por parte del adversario en su sector, persistía en el propósito de sostenerse donde estaba, desdeñando al enemigo en su verdadera potencialidad y desconsiderando la situación de conjunto».

.....

«La verdad parece haber sido que el Comando del II C. E. se atenía a las directivas y sugerencias del Comando Superior, sin aventurar un criterio general ni particular sobre la situación, conducta muy juiciosa en esos momentos de intensas dificultades.

«En cambio, el Comando del I C. E., atendiendo a lo que veía en su frente, se inclinaba decidido a una resistencia tenaz en su sector, lo cual podía precipitar muy graves acontecimientos si el ala N. del Cuerpo quedaba colgada como consecuencia de un revés o de un retroceso desordenado a que podía ser obligado el II C. E. dada su insuficiencia de medios y de preparación para desbaratar la maniobra del grueso del Ejército rival».

Sobre la situación general del cuadro estratégico avanzamos lo siguiente:

«Entre tanto esta fuerte presión paraguaya se desenvolvía en el sector del Norte, diseñándose inequívocamente la intención operativa de un nuevo Alihuatá, las fuerzas del III C. E. paraguayo comenzaban a hacerse presente en la línea del I C. E., bien que con notoria voluntad de no precipitar los acontecimientos, a objeto de que las divisiones que obedecían al coronel Núñez tuvieran el tiempo suficiente para realizar la maniobra principal sobre el Cuerpo del coronel Bilbao.

«En efecto, la situación se haría muy clara si se obtenía un éxito considerable en el sector: al ser batido o aniquilado Bilbao, quedaría abierto el camino a Ballivián, y el Cuerpo de Toro, amén de aislado y sin ninguna protección de flanco y muy escasa de retaguardia, se vería en el albur cierto de ser copado o destrozado, tanto por una acción llevada directamente contra él, como por la que se ofreciera de reflejo con el avance de las fuerzas de Núñez, libres de tropiezo, sobre el Pilcomayo.

«El Comandante del I C. E. boliviano apreciaba la situación de conjunto con un optimismo entusiasta, pero que tenía muy poco de analítico y que, a mayor

abundamiento, se hallaba desajustado con las circunstancias reales, a que antes hemos aludido.

«Así, el II C. E. no podía iniciar ningún movimiento retrógrado, por mucho que lo determinasen los acontecimientos, porque era indispensable proteger el ala Norte del I C. E., cuyo Comando parecía muy resignado y conforme donde se hallaba».

En otra parte de la aludida obra, comentamos:

«Comprendemos las dificultades que tuvo que vencer el Comando Superior para coordinar en debida forma los movimientos y conexiones de sus dos grandes Unidades operativas, siendo una de las principales de que alguno de los Comandantes de Cuerpo de Ejército se empecinara demasiado en sus concepciones propias y atendiera con preferencia el punto de vista emergente de su propia situación frente al enemigo, olvidando en parte la situación general de la línea y hasta las intenciones evidenciadas por el contendor. En este caso, el Comando de «Ballivián» debió hacerse escuchar y obedecer con estrictez, ya que la situación de peligro era una e indivisible, y no bastaba para conjurarla la apreciación y la responsabilidad del Jefe de uno de los grandes sectores, pues la interdependencia de ello era absoluta y decisiva desde cuando cada uno de ellos resguardaba una de las rutas que conducían al objetivo de término paraguayo: Ballivián».

Con relación a la salida de la 8ª. División (Arrieta) de la peligrosa área de La China, en nuestra obra tantas veces traída a colación, en las páginas 295 y 296, asentamos:

«En estas condiciones resultaba fácil prever que la gran maniobra paraguaya sería completada de un

momento a otro por fuerzas que podían estar avanzando desde el Este, en forma de persecución paralela, a tomar contacto con las tropas ya desplegadas sobre la arteria principal, y entonces la nube de un nuevo desastre se cernió sobre el campo ocupado por la 8a. División.

«Se había presentado el instante matemático de salvarse o perecer, y esto lo entendieron muy bien el teniente coronel Arrieta y el mayor Medina, quienes en el acto y asumiendo una grave pero honrosa responsabilidad decidieron las medidas de repliegue que el caso extremo hacía imperativas.

«Esta nueva orden de repliegue se dictó a horas 17 del día 4, para iniciarse su ejecución a horas 22 de la noche».

«Cuando, a las 23 horas de la noche del día 4, se hizo el primer alto, se pudo sentir el intenso combate que libraba hacia el Norte de las rutas de zafe el Regimiento Ingavi, unidad que había recibido orden del Comando del Cuerpo de despejar el camino interceptado para que pudiera utilizarlo en su retirada la División virtualmente cercada. Naturalmente, el cumplimiento de esta misión, errada en sí misma, en su misión específica, tuvo la ventaja providencial de distraer al adversario y despreocuparlo de la maniobra de desprendimiento que en esos momentos, realmente difíciles y aciagos, realizaban las unidades orgánicas y las de reforzamiento de la 8a. División boliviana».

Ahora bien, el nuevo antecedente —antes no registrado— que aportara el teniente general Bilbao, este es, la iniciativa e intervención que le cupiera anteladamente al Comando del II C. E. que a la sazón desempeña-

ba, en la preparación de la «picada» eventual de maniobra, viene a modificar por completo el alcance crítico que hiciéramos a la misión que este jefe diera a su reserva de Comando (R. C. 4), quedando entonces en pie que el empleo de esta unidad, amén de eficaz como lo fuera, tuvo un significado deliberado, y advertido, no precisamente para despejar la ruta de retirada ya bloqueada, sino para distraer y fijar fuerzas enemigas, entre tanto la División que se creía cercada operaba su magistral zafe.

El corolario de todo esto es, que el Comandante del Cuerpo de Ejército, coronel Bilbao Rioja, obligado como se hallaba por directivas superiores a mantener a una de sus Divisiones a ultranza en las posiciones de La China, no había descuidado la eventualidad de una situación catastrófica, y de aquí que su previsión se demostrara activa en orden a alistar con tiempo el recurso que permitiera conjurar el inminente riesgo. Por otra parte y de un modo concordante a lo anterior, el Comando divisionario Arrieta-Medina coadyuvó a aquel propósito — que era inobjetable y se columbraba con absoluta claridad— con notable oportunidad y pericia, todo lo cual, debidamente armonizado, concluyó en la afortunada ecuación que permitió el esguince de las fuerzas cercadas, y junto con esto un profundo y trascendente desconcierto operativo —sin tener en cuenta el malgasto de energía— para el Comando y las tropas que se imaginaban haber culminado fructíferamente una operación de cerco.

Alrededor de este resultado, dijimos en las páginas 297 y 298 del V tomo de nuestra obra general sobre la campaña:

Pero, lo principal estaba hecho: las dos columnas de la 8ª División habían logrado salir de una difícil



situación por las rutas de emergencia situadas al S. y no muy distantes del camino interceptado, sin que los paraguayos pareciesen advertirlo; y tal fué esto, que poco después de haberse alejado del sitio peligroso las unidades bolivianas se sintió hacia el Norte un fuerte combate de fuego, el que no podía explicarse de otro modo, ya que ninguna fracción boliviana había quedado atrás, que como un choque entre las fuerzas paraguayas que procedían del Norte, sobre el camino, y las que actuaran en contención del Regimiento Ingavi y de las fuerzas de la 3<sup>a</sup>. División que el coronel Bilbao moviera prestamente en auxilio de la 8<sup>a</sup>. División».

En conclusión irredargüible: el II C. E. boliviano, que fuera atacado peligrosamente por la masa del Ejército de Estigarribia, débil como se hallaba para comprometerse en una acción decisiva y ajena a las mientes de la propia dirección de las operaciones, había conseguido librarse de un premeditado abrazo mortal, sin sufrir pérdidas de ninguna clase ni disminución la que menor de su moral de resistencia.

La salvación del II C. E., con sus efectivos y materiales completos, no podía dejar duda razonable alguna acerca del golpe en el vacío propinado con sacrificio de tiempo, de energía y de expectativas por el Comando paraguayo.

La propaganda pregonada por los órganos oficiales y oficiosos paraguayos, fué exageradamente abultada y no tuvo coincidencia ni siquiera aproximada con la realidad de lo sucedido.

Muchísimo menos alcanzó justificación valedera la controversia interna acerca de «lo que pudo haber acontecido», naturalmente si Bilbao Rioja, Arrieta y Me-

dina se hubiesen dejado sorprender por los acontecimientos.

La tiranía del espacio nos obliga ahora a omitir la ponderada y muy discreta actuación que tuviera el Comando del II C. E., en materia de sugerencias y aún de representaciones de índole estratégica, durante el incierto y dilatado periodo del repliegue total hacia el sistema organizado, de característica ordinariamente continua, en que se afincara la voluntad boliviana para detener en seco la creciente progresión del avance paraguayo.

Como era lógico desde el punto de vista militar esperarlo, el sector meridional tendría para los paraguayos un interés demostrativo y de atracción y amarramiento de fuerzas, puesto de resalto por golpes intermitentes de ofensiva restringida, y dirigidos de preferencia sobre puntos topográficos que, no obstante su escaso valor militar, tenían la virtud de polarizar preocupaciones, propia estimación y emoción colectivas.

En cambio, el sector septentrional, a cuya guarda se hallaba el coronel Bilbao y su ya bizarro Segundo Cuerpo, por claro determinismo de la concepción natural operativa, le correspondía ser escenario, preponderantemente en su flanco Norte, del empuje maniobrero rebasante y de inequívoco sentido envolvente, en procura de cortar líneas fundamentales de comunicaciones y de presunta retirada de núcleos importantes, a desarrollar por el Gran Comando paraguayo.

Así lo entendía la doctrina más elemental del arte de la guerra, y hasta lo traducía la noción empírica ya suficientemente experimentada en lo que iba de corrido de campaña. Mas, existían criterios engreídos, per-

tinaces y en el fondo indoctos, que analizaban el panorama de las expectativas con optimista vehemencia y superficialidad técnica, influyendo incansables para la ejecución de planes de operaciones que carecían de razonamiento positivo y cuya ejecución incaudaba incógnitas y amenazas sin cuenta para una masa combatiente que no había concluido aún de restaurar su vigor material y moral.

Bilbao Rioja, estudioso, sereno, circunspecto y prudente fué en definitiva, y sin temor alguno de poder ser desmentido en la aserción que queda sentada, un inestimable compensador de los excesos imaginativos y los inflamados ardores de connotación que se asimilaran en sugerencias e incitaciones tan ligeras como inconsistentemente temerarias.

Entre tanto filaban las semanas, cada vez se pergeñaba con mayor nitidez la intención paraguaya de abierta decisión para efectuar el copo del ejército boliviano desplegado en el «saco» del sistema defensivo Ballivián—Cañada Cochabamba, a cargo del II C. E. paraguayo a órdenes del vencedor de Campo Vía coronel Rafael Franco.

Los paraguayos habían construido para esto, con el mayor sigilo imaginable, el denominado «pique Franco» (conocida esta ruta por senda Basgensen, por los bolivianos, luego que fué descubierta), que debía alcanzar una longitud de 120 kilómetros desde Camacho hacia el Oeste.

A pesar de las precauciones puestas en la tarea, la aviación boliviana conquistó el gran galardón de descubrir esta senda, y desde ese instante la consecución

de la maniobra paraguaya quedó virtualmente controlada. Los paraguayos debieron advertir que las ventajas inherentes al factor sorpresivo se desvanecían un tanto, mas no por ello abandonaron el plan que se habían trazado. En realidad, ellos pensaban que en una pugna de naturaleza decisiva y de sentido maniobrero, tendrían siempre de su lado el mayor coeficiente de éxito que podía ambicionarse. Sobre el enunciado paraguayo de la batalla que se conocería con el nombre de Cañada Strongest (Cañada Cochabamba) nos explayamos en tiempo pasado de esta guisa:

«La primitiva idea del coronel Franco, aceptada por el Comando paraguayo, de salir sobre el Pilcomayo e interceptar con un gigantesco cerco al Ejército de Peñaranda, ciertamente que podía calificársela de muy audaz y ambiciosa, y para paliar esta desproporción notoria, sólo la maestra utilización del factor sorpresa podía ensayarse en favor del éxito. El General Estigarribia confió al I. C. E. (Divisiones 7ª. y 8ª.) al mando del coronel Gaudosio Núñez, este plan.

«Es verdad también que el dislocamiento del Ejército boliviano en cuatro agrupamientos, con grandes soluciones de continuidad entre ellos, parecía hacer admisible la idea de buscar una acción decisiva de envolvimiento sobre el I y II Cuerpos de Ejército, de Toro y Bilbao respectivamente; pero, con todo, no se podía descartar el aspecto negativo de que las unidades del I C. E. paraguayo pudieran a su vez ser cortadas de su base de «General Camacho» a cerca de doscientos kilómetros de ella. Esta mala posibilidad acaso pudiera haberse disminuido en gran proporción, si en totalidad el ejército adversario hubiera sido atraído y fijado en el vasto sector

Ballivián-Cañada Cochabamba; mas las obras defensivas que permitían hacer su defensa relativamente con poca tropa; por un lado, y el activo movimiento de reservas hacia la línea, por otro, hacían que la maniobra de flanqueo que prepararon lenta e infructuosamente los paraguayos, tuviera en su contra, casi desde su iniciación, muchos factores adversos.

«En el punto recién afirmado, cabe agregar que tanto la ideación como la preparación de la ofensiva paraguaya habían sido excesivamente morosas, pues hay que tener presente que, desde el Armisticio finiquitado en los primeros días de enero, los paraguayos habían dispuesto de cinco meses en los cuales la libertad de acción para sus movimientos estratégicos fué absoluta, amén de una gran superioridad en efectivos y pertrechos de todo orden.

«Al término de este dilatado plazo, naturalmente los elementos de la ecuación se habían modificado apreciablemente ya que el Ejército boliviano había conseguido reorganizarse, levantar considerablemente su moral y hacerse nuevamente fuerte para la lucha de fondo que se avecinaba».

No repetiremos en mucha extensión lo que antes expusimos sobre la premeditada contra-maniobra boliviana; pero no omitiremos el nombre del coronel Angel Rodríguez, Jefe de Operaciones del Comando Superior, en su papel de fautor preponderante en la elaboración teórica del plan de la operación de «Strongest», plan que si bien fué inspirado por un notable acierto conceptivo, adoleció, en cambio, en su ejecución de errores y omisiones de importancia, siendo quizá la principal la casi nula acción del Comando general durante el desenvolvimiento

de la contra-maniobra, falla que se tradujo en la lamentable ineficacia del ala fuerte de envolvimiento (casi quince mil hombres), a cuyo cargo corriera lo fundamental del propósito de aniquilamiento.

En el hecho, el cebo de la contra-maniobra boliviana fué la separación vecina a los 40 kilómetros que existía entre las dos Divisiones del Cuerpo de Ejército mandado por Bilbao. Los paraguayos se habían servido en cuña de este claro para tratar de envolver el flanco N. de la 8ª. División, obligando a esta unidad, por impulsos sucesivos, a prolongar su ala con doblamiento hacia atrás para proteger el camino principal de abastecimiento y comunicación. Conseguido que hubiesen los paraguayos cortado esa ruta fundamental de retaguardia, el desastre de la totalidad del dispositivo boliviano no se hubiera hecho esperar mucho.

Para contrarrestar esta amenaza que iba cundiendo gradualmente, ya que la tropa presionada no fué reforzada, el Comando Superior boliviano decidió contraatacar vigorosamente en el ala opuesta; misión que se confió al agrupamiento organizado a base de la 9ª. División, que fuera transportado del sector Carandaití, y que fuera puesto a órdenes del coronel Francisco Barros.

Ya hemos acompañado en otra oportunidad al Agrupamiento Barros, ofreciendo una visión pormenorizada de sus ramificaciones operativas, de sus previsiones, de sus itinerarios de marcha y de combate en demanda de sus objetivos sustantivos, que eran la interceptación de la ruta eje Campo Jurado-Strongest-Villa Montes, a espaldas de las Divisiones paraguayas a la ofensiva, lo que representaba segar la yugular de sus posibilidades; y luego continuar avanzando hasta empalmar contacto con las

unidades desprendidas, en prevista colaboración, por la 3ª. División (Frías) del II C. E.

Hasta aquí todo va bien. La División Barros es sobradamente fuerte, y sólo continuando su progresión de avance y con sus propios medios puede llegar a cortar todas las sendas de emergencia que el instinto de salvación pudiera haber aconsejado trabajar a los conductores paraguayos, que sintieranse paralogizados primero y luego en penoso trance de vida o muerte al advertir el corte de la ruta troncal a sus espaldas, operado tan inopinadamente por los bolivianos.

Sobre este trascendental instante de la prosecución operativa, en las páginas 455 y 456 del volumen V de nuestra obra sobre la guerra boliviano-paraguaya, hicimos las consideraciones siguientes:

«En la noche del 19 de mayo, las fuerzas de Rivas cortaron el camino objetivo principal de la manobra más o menos a dos kilómetros al N. del punto C., a espaldas de la División 7 paraguaya que estaba atacando las posiciones de la 8ª. División boliviana.

«Al advertir el Comando paraguayo que se había producido contra sus tropas empeñadas aquella desagradable novedad, dispuso, imaginando que se trataba de una sola columna interceptadora, que avanzara en su contra el Batallón Estigarribia (capitán Joel Estigarribia) perteneciente al Regimiento de Inf. 16 «Mariscal López», que se había adelantado desde «H» para contrarrestar la operación de Rivas sobre el camino. El capitán Estigarribia avanzó animosamente sobre el frente invertido de Rivas, quien, naturalmente, hubo de hacer frente con otra línea, en formación de horquilla a este peligro algo imprevisto, ya que esta protección de espalda y de flanco

corría a cargo del Destacamento Rocha, que se movía paralelamente al Este con una separación de tres kilómetros.

«Por su parte, poco después de esta emergencia, el Destacamento Rocha llegaba a su vez a cortar el camino al S. del punto «C», tomando así por la espalda al batallón Estigarribia, que había comenzado a atacar la línea orientada hacia al Este del Destacamento Rivas.

«La interposición entre las dos columnas del batallón Estigarribia, hecho que pudo ocurrir por haber demorado en llegar a interceptar la ruta al S. de «C» el Destacamento Rocha, en razón de la mayor órbita de su radio, si bien es cierto que fué una especie de holocausto ofrecido a la situación de conjunto, que se viera seriamente amenazada, también tuvo la virtud de contribuir a neutralizar, por así decirlo, el avance hacia el Norte de la División de reserva a tomar contacto con la directriz de copamiento que desde el Norte dirigía la 3ª. División del Cuerpo del coronel Bilbao, lo cual hubiera significado, de suceder, la realización del «cerco grande» que era lo sustantivo de la operación proyectada.

«Pero, la intervención decidida del reducido batallón del Regto. «Mariscal López» para paralizar el ala envolvente Sur, malogró el propósito operativo de mayor envergadura, ofreciendo como compensación un «cerco chico», que a pesar de sus alternativas y el escurremiento en un momento dado de una parte de las fuerzas encerradas, logró consolidarse con sucesivas líneas de rodeo y estrechamiento».

Es este, esbozado a grandes rasgos, el antecedente que vino a dejar incompleta la misión primordial asignada al Agrupamiento Barros, el cual no obstante sus



grandes efectivos y poderosos medios de acción, debió resignarse a cumplir sólo una parte de su tarea. Contribuyó también a la suspensión de toda actividad del Comando en el sentido de arbitrar nuevas medidas de conformidad a las circunstancias que se iban produciendo, el hecho lamentable de la muerte en acción del mayor Desiderio Rocha, comandante de la columna interceptadora de la derecha, oficial que además reunía en su persona los cargos de Jefe E. M. de la División Barros y delegado del Comando Superior.

Basta exhibir escuetamente esta acumulación disímil de trabajo y responsabilidad para deducir la condición anómala con que se constituyera la alta dirección de la contra-ofensiva, hasta el punto de hacerla inoperante en multitud de aspectos (el conceptista de la maniobra coronel Angel Rodríguez se hallaba algo retirado del escenario, en Ballivián).

Por lo demás, con excepción de la Directiva General dada a conocer con anterioridad a la operación, el Comando Superior estuvo, a no dudarlo, absolutamente desvinculado de los lineamientos y accidentes de su ejecución, esto hasta el extremo que el ala Sur de la contra-maniobra (Barros) no sabía nada del ala Norte (Bilbao) y viceversa. Es incontestable, y se identifica con esta aserción, el hecho inconcuso que el Comando del II C. E. no recibió la más mínima información y menos indicación acerca del proceso operativo que afectaba al Agrupamiento Barros. Por lo tanto, el coronel Bilbao hubo de actuar, aunque inspirado por su talento militar, completamente a ciegas sobre lo que estaba sucediendo y sin otra referencia cardinal que cumplir y aún sobrepajar — como aconteciera — la porción de cometido a él asignada.

Y fué por esto último que la misión secundaria, a cargo del ala envolvente desproporcionadamente débil para la función que realizara, pudo trasformarse en principal y determinante, debido no a la casualidad ciertamente, sino a la advertencia y resolución de dos jefes ilustres y valientes: Bernardino Bilbao Rioja y Angel Ayoroa, puesto que a ellos más que a nadie se debe lo mejor y lo más imprevistamente cosechado en la batalla de Cañada Cochabamba.

En resumidas cuentas: el esquema teórico brillante no fué controlado por un mando vigilante, acucioso y centralizador, y en aptitud por ende de seguir paso a paso y minuto a minuto las diversas fases e inesperadas exigencias de su aplicación en el terreno, procediendo así a las rectificaciones y complementaciones que deben ser patrimonio inalienable de un mando superior eficazmente concertado con sus medios de prevalecimiento, bien orientado en la consecución de sus propósitos y dueño sereno de una responsabilidad mayúscula.

El coronel Barros, dijo en su informe:

«El desconocimiento de la situación general, el calor excesivo y la dificultad para aprovisionar de agua y munición a las tropas, habían imposibilitado la ampliación del movimiento hacia el N. E.».

Esto implicara elocuentemente una desestimación del objetivo señero de la contraofensiva, ya que sin soldadura de las columnas envolventes en acción concéntrica, las fuerzas paraguayas podían eludir la situación de apremio construyendo «píques» de emergencia o internándose hacia el Este a monte traviesa.

El teniente coronel paraguayo Caballero Irala, escribió sobre este particular:

«La crítica situación de la Div. 7 en la tarde del 21 de mayo, cuando los sucesos de Strongest, fué salvada mediante su eficaz intervención con la apertura, en 24 horas, del camino llamado de «la Salvación», de 14 kilómetros de longitud, por donde la mencionada gran unidad logró salvar íntegramente su personal y material».

El zafe de la División Ortíz y la pugna en contorno al «cerco chico» vino a eliminar toda posibilidad de mayor éxito inmediato para la División Barros, máxime cuando no se presentaban nuevas directivas que tendieran a ampliar su misión.

Quedaron así, dentro del ya hipotético cerco, que diseñaron desde el Norte dos regimientos de la 3ª. División (coronel Frias), los regimientos constituyentes de la División 2 paraguaya: «Dos de Mayo» 1 de Inf., «Corrales» 3 de Inf., «Sauce» 10 de Inf. y «Capitán Badc» 9 de Caballería.

Pero esta presunta presa ya no dependería del plan de cerco total, a la sazón interrumpido, ni de las iniciativas que optimistamente aún podían esperarse del Comando Superior, del cual el coronel Bilbao prácticamente se halló desconectado durante el desarrollo de la batalla. Había que proceder de propia autodeterminación y sin pérdida alguna de tiempo, pues ya habían suficientes indicios que las unidades paraguayas que se internaran hacia el Oeste en el claro entre las dos Divisiones 3a. y 8a. bolivianas, se hallaban en franca marcha de desprendimiento en procura de un camino cualquiera de salvación. Como el avance hacia el Sur tratando de ensamblar con la columna Rivas de los regimientos de Ramos y Bretel, había puesto algo incierto el zafe hacia la

arteria troncal a Campo Jurado, la dirección de salida paraguaya se enderezó al N. E.; precisamente tratando de explotar un claro que la excesiva progresión hacia el Sur, en afán de un contacto que se alejaba, había concluido por señalar entre el Regto. Campos, que avanzara desde el ala izquierda de la 8a. División y el frente invertido de los regimientos «Loa» y «Jordán».

Sobre este interesante particular, en nuestra obra sobre la campaña, adujimos:

«En efecto, las unidades de la División Vera pugnaban por salir hacia el N. E., es decir desbordando el extremo N. del dispositivo (ala derecha del Regimiento «Loa»).

«Ya el día 22 se advirtió esta intención; y desde ese instante hubiérase perdido totalmente la oportunidad de infligirle un golpe contundente a los paraguayos en ese sector, si el Comandante del II C. E. coronel Bernardino Bilbao Rioja no hubiese asumido la responsabilidad de desguarnecer el frente defensivo que cubría el Regto. Santa Cruz de la Sierra, dejando en él un batallón, y moviendo el restante a órdenes del coronel Angel Ayoroa, para formar el cerco completo en esa parte, desplegándose entre el ala izquierda del Regimiento Campos de la 8a. División y ala derecha del «Loa» (frente invertido). El I batallón del «Santa Cruz» diestramente conducido por Ayoroa, se hizo presente en el terreno del claro a horas 18 del día 22, pocos minutos después que desfilara por él el Comando divisionario paraguayo llevando consigo lo más primordial de su impedimenta, pues el resto, como asimismo la documentación, fueron quedando desparados en el trayecto de la rápida fuga».

También dijimos otrora:

«Con esto, la participación de la 3a. División llegó a tener un realce inusitado, puesto que dependió de su feliz o desgraciada actuación que la vasta complicada maniobra planeada y ejecutada en el sector de Cañada Cochabamba alcanzara un resultado apetecible o se desmoronara ruidosamente. Ciertamente que la presa hecha por las unidades de la División de Reserva en el llamado «cerco chico» podía ser una compensación de los restantes objetivos no culminados hasta ese momento; pero habrá que convenir en juzgar esta compensación como excesivamente pobre, sobretodo si no se pierden los términos comparativos que hay entre la captura de 200 hombres y el enorme despliegue de fuerzas y de elementos realizados».

Agregamos aún:

«Volviendo el escenario septentrional, tenemos ya, el día 24, debido a la diligente y enérgica actitud del coronel Ayoroa, que el adversario cercado, aunque por debilísima y aún no consolidada línea en el sector más propenso a la ruptura, se muestra desalentado para abrirse paso, ya que sus comunicaciones y suministros en realidad habían sido cortados. El coronel Ayoroa, con sus soldados recién desplegados y sin ninguna organización del terreno, mantiene, no obstante ardidamente una fuerte presión en el frente que ha venido a cancelar las expectativas de salvación paraguaya».

Los prisioneros paraguayos alcanzaron la cifra de 67 oficiales y 1389 soldados y clases, en su mayor parte —como es inequívoco— capturados en el sector de maniobra del II C. E., a pesar de que la Directiva para la operación en grande no le asignase a este sector sino que una participación secundaria.

Las sorpresas para las previsiones de los Comandos, en la guerra; suelen ser mayúsculas. En este respecto, nadie hubiera creído que el potente agrupamiento aglutinado en derredor del núcleo de la División de Reserva, y que constituyera el ala envolvente de trascendencia decisiva, tuviera a la postre que contentarse con haber realizado un «cerco chico»; como tampoco nadie hubiera imaginado que la proyectada participación del II C. E., reducida al despliegue cooperador de un regimiento para facilitar y asegurar la misión fundamental, se tradujera al final en lo único valioso y concluyente de la compleja operación, anotándose la victoria en el «cerco grande», a pesar de sus elementos dosificados a tono con su composición y cometido de gancho envolvente débil de la tenaza. Esto fué corregido, por Bilbao, de propia iniciativa, con el empeñamiento de un regimiento más que lo presupuestado, primero, y agregando otro batallón a continuación, con lo cual prácticamente el dispositivo que resguardaba la espalda del II C. E. sobre el camino proyectado desde Camacho, donde se operara en esos momentos una gran concentración de tropas para acudir en auxilio del Cuerpo de Ejército del coronel Núñez, quedó virtualmente confiado a la escasa tropa de un batallón del Regimiento Santa Cruz de la Sierra.

Como es de plena evidencia, por tanto, si no hubiese mediado la salvadora iniciativa del coronel Bilbao, la concepción de la contra-ofensiva de Strongest, se hubiera derribado con el estrépito con que azotaría el suelo una cúpula a la cual de un solo golpe se le abatieran sus pilares de sustentación.

La verdad histórica y moral obliga a reconocer que la contra-maniobra planeada y ajustada taxa-

tivamente al terreno por el Jefe de Operaciones del Comando Superior coronel Angel Rodríguez, se hubiera desmoronado absolutamente en su ejecución —cuyo éxito estaba basado casi exclusivamente en la acción de tenaza envolvente más poderosa— si el Comandante del II C. E. no hubiese arbitrado, comprometiendo su responsabilidad, las medidas de complementación y hasta de sustitución que el incumplimiento de lo fundamental hiciera imperativas, a fin de librar al ejército boliviano a la ofensiva del sarcasmo de caer con sus zarpas abiertas en el vacío.

El coronel Angel Rodríguez, que signara en mayo de 1944, durante una estada en la ciudad de Chulumani una serie de artículos sobre las responsabilidades conductoras de la guerra, bajo la intitulación de «LOS CULPABLES», que es un documento del cual no se podrá prescindir si se quiere ver claro en el proceso y derivaciones de la campaña, ha escrito sobre la acción corrientemente conocida con el nombre de Strongest:

«No quiero historiar aquella batalla, no sólo por el mismo hecho de que fué mi obra exclusiva, sino porque no es este el lugar. Pero ya que trato de los Culpables, también debo decir algo de los buenos y declarar que en la magnitud de aquella operación, en la que me fué imposible atender a todos los detalles, y mucho menos por teléfono, hicieron derroche de iniciativa profesional, los coroneles Bilbao Rioja como Comandante del Segundo Cuerpo, el Tcnl. Añez, su Jefe de Estado Mayor y el Cnl. Angel Ayoroa, Comandante de la Tercera División. No me permite el espacio ni el tema, aludir a los comportamientos sencillamente admirables, pero fueron los Coroneles Bilbao y Ayoroa, los que cerraron a las tropas que cayeron en nuestro poder. Yo hice el plan y ellos lo eje-

cutaron admirablemente. A no mediar la aparición casual del destacamento del Capitán Estigarribia, justamente en medio de ambos cortes efectuados en el camino, agregado a esto, que este oficial paraguayo se comportó como una verdadera fiera paralizando el avance de nuestras tropas en dirección Norte, que debían ir hasta tomar contacto con las de la 3ª. División, el cerco habría sido completo y el Comando paraguagó habría perdido una tercera parte de su Ejército. Por otra parte, si el Comando de la División de maniobra hubiese tenido un hombre de la capacidad del Cnl. Bilbao, el Capitán Estigarribia habría continuado cercado, pero el avance no se habría paralizado; desgraciadamente hubo que recurrir al Cnl. Barros para encomendarle esta misión sencilla, que sólo consistía en marchar al Norte. Tal vez este nombramiento constituye la falta más grave que yo cometí en aquella ocasión».

El autor de la serie periodística «Los Culpables» vino a confirmar implícitamente, en el mes de mayo de 1944 la reseña circunstanciada de la batalla de Cañada Cochabamba, que con la correspondiente crítica hicimos en el volumen que vió la luz de la publicidad en febrero del referido año, lo que comprueba en definitiva instancia que el plan faccionado por Rodríguez, si bien brillante en sus lineamientos teóricos, por lo demás muy indicados por la forma desaprensiva y temeraria con que actuaban los grandes núcleos paraguayos, desarticulados y hasta desconectados entre sí, no alcanzó la verificación victoriosa que anhelaba su creador. Y si se operó algún resultado de importancia a base de su esquema, esto no fué debido a las previsiones del Jefe de Operaciones, pues, como declara él mismo «le fué impo-



sible atender a todos los detalles, y mucho menos por teléfono», sino a las medidas extraordinarias y de libérrima iniciativa adoptadas por el coronel Bilbao y traducidas en el terreno por la acción perspicua y oportuna del coronel Ayoroa.

Comentando posteriormente Bilbao lo publicado por el teniente general Angel Rodríguez, en carta fechada en Londres el 9 de enero de 1945, consignada a su hermano el diputado nacional Napoleón Bilbao, el teniente general Bilbao en lo pertinente a Strongest dice entre risueño y sorprendido: «Es la primera vez que Rodríguez dice que yo fui el ejecutor de su plan de Strongest. Hasta antes de esa publicación, nadie reconocía un ápice de mi intervención y esfuerzos desplegados para no frustrar esa batalla. La historia del coronel Vergara, define tan claramente mi intervención que Rodríguez se ha visto obligado por los hechos a declarar la verdad».

El general Bilbao se extiende además, en la epístola de referencia, con otras notables consideraciones, cuya síntesis podría estar contenida en esta frase «En el terreno práctico, como ya le expresé a nuestro hermano Sinforiano en otra oportunidad, Rodríguez es uno de los grandes responsables por haber callado y no haber hecho conocer las miserias de la guerra en su oportunidad, salvando al país de diez años de gobiernos absurdos y nada menos de los elementos más responsables de la campaña».

Aún otras críticas tan justificadas como acerbas formulara en la citada ocasión el teniente general Bilbao, las que ahora no transcribimos para no echar más material inflamable que el necesario a la escombrera de los desacuerdos y las recriminaciones. Pero, ade

lantamos, son frases clarividentes e insufladas de santa condenación, que ponen a Bilbao muy por encima de lo que pudiera constituir su interés personal y que demuestran honrada prescindencia de cualquier acto de lisonja a su persona o de reconocimiento tardío a su labor.

No en balde, en la misma correspondencia, expresa con la entereza de un Macabeo: «Debemos en la familia, tomar el lema galo de «Luchar contra todo el Mundo en defensa de la Verdad».

En reportaje en Cañada Cochabamba, el 25 de mayo de 1934, aparecido en «El Universal» de La Paz, el auténtico héroe de la jornada, con la sobriedad en él característica, participó en el siguiente diálogo:

—Qué resultados puede tener este cerco de Cañada Strongest?

—En primer lugar, no se trata sólo de un cerco. Es una batalla de múltiples fases, que empezó el 13 de mayo con la primera ofensiva paraguaya y de la cual el cerco y la captura de prisioneros sólo son sucesos parciales. Se ha logrado desbaratar la ofensiva paraguaya y se ha comprobado que el Ejército está vigoroso y dispuesto a seguir luchando hasta vencer.

El mérito de esta acción consiste, además, en haber destruido lo mejor del ejército paraguayo. El «Corrales», que ha sido diezmado, el «Saucés», el «2 de Mayo» y el «Bado», eran los regimientos que siempre actuaban en la vanguardia del ejército paraguayo, abriendo paso a las demás tropas que después se posesionaban de los lugares a que estos regimientos les daban acceso.

Por otra parte es necesario hacer constar que esta brillante operación del Ejército Nacional, ha costado

un minimum de bajas, realmente increíble. En cambio, además de hombres, armas y vituallas, el Paraguay tiene infinidad de muertos y heridos dentro del cerco».

Por su parte, en 24 de mayo de 1934, cuando recién se daba por concluida la batalla, el diario «Ultima Hora» de La Paz, se hacía eco de la apreciación general, que entonces no se apartaba de la verdad, diciendo:

«La figura más relevante de esta acción victoriosa, que ha desbaratado la ofensiva paraguaya, ha sido, sin duda, el coronel Bernardino Bilbao Rioja, a quien se debe el movimiento envolvente que permitió embotellar al enemigo y tomarlo entre dos fuegos, precipitando su derrota».

Infelizmente para la ética profesional, con posterioridad, y con extraña similitud a lo que aconteciera con relación a la batalla del «Kilómetro 7», la opinión corriente, y aún la militar, fué desorientada en lo tocante a la distribución de las iniciativas fructuosas y sus consecuentes galardones. Muchos ignoraban la intervención preponderante y categórica de Bilbao en el escenario donde emergiera casi la totalidad del éxito de la acción; otros se limitaban, sin aportar razones, a negarla, influidos quizá por propagandas capciosas o mal instruidos por relatos «históricos» huérfanos de pauta y de sínderesis.

Sin vanagloria, tenemos en esta materia el alto honor de haber enfocado la descripción y determinados aspectos críticos de la gran maniobra, con inenarrable esfuerzo, pues no dispusimos de la colaboración necesaria, en términos y correlaciones que merecieran la aprobación de buena parte de los actores y entendidos, y particularmente el aplauso de la más alta autoridad técnica

y moral en la batalla: el teniente general Bernardino Bilbao Rioja.

A su hermano el teniente coronel Sinforiano Bilbao, el vencedor de Cañada Cochabamba, en carta dirigida desde Londres. con data 18 de septiembre de 1944, le decía:

«En lo concerniente al Tomo V de la Campaña del Chaco, tengo la impresión de que el amigo Vergara con el talento, la capacidad, el gran espíritu de honradez y probidad profesionales, el amor a la justicia y con sus dotes extraordinarias de investigador técnico, ha hecho un escrutinio sin precedentes en nuestra Historia Militar para dar a cada uno lo que es suyo. La obra de Vergara, que es la primera, dentro de su carácter histórico-militar, será con el tiempo un verdadero monumento de trabajo, de seria investigación y de documentación tan abundante, que dejará lecciones provechosísimas para muchas generaciones. Te ruego, si lo ves, felicitarlo calurosamente, y manifestarle que la Patria, algún día le premiará con su gratitud y reconocimiento, por su esfuerzo digno, correcto y ponderable bajo todo punto de vista».

Y a su hermano, el Dr. Napoleón Bilbao, en correspondencia de 9 de enero de 1945: «Con respecto al tomo último de Vergara, reconozco su imparcialidad, su espíritu sereno de estudio, de investigación y de verdadera capacidad técnica para apreciar los asuntos tan complejos de la guerra pasada. Si lo ves, te ruego saludarlo con deferencia excepcional».

Parodiando el viejo aforismo «nobleza obliga», «¡justicia obliga!» exclamamos siempre en nuestro fuero interno cuando tuvimos que hacer o referirnos a Bernardino Bilbao Rioja; y con esto pondremos punto fin a este ca-

pítulo, no sin antes añadir algunas consideraciones sobre lo que fuera y trascendiera de la victoria boliviana de Strongest.

En nuestro estudio de la batalla, asentamos:

«Un informe del general Peñaranda refuerza la aserción de que la victoria de Cañada Cochabamba, si bien conjuró un grave peligro y obligó a los paraguayos a someterse a la iniciativa recobrada por los bolivianos, por lo menos en forma temporaria, no alcanzó ni los resultados ni las proyecciones que se fundaron en ella, sirviendo más bien a los paraguayos de advertencia y de correctivo para su hasta ese momento inconsulto y temerario despliegue estratégico, que libraba la suerte de cada uno de sus grandes núcleos operativos a sus propios y limitados recursos, desde cuando el pronunciado dislocamiento que fuera la característica más acentuada de aquel despliegue, impedía que un Cuerpo de Ejército estuviera en condiciones logístico-estratégicas para acudir oportunamente en auxilio del Cuerpo que fuera atacado, como se demostró fehacientemente durante la batalla que hemos estado reseñando y comentando».

Dijo en este respecto el general Peñaranda.

«Por no haber podido cerrarse a tiempo el cerco de nuestras tropas, habían escapado dos Divisiones enemigas por una picada que pudieron abrir en la noche del 23 en dirección sudeste y por la cual pudieron salvar su artillería, después de haber luchado como leones.

«Sin embargo, se ha capturado fuera de los prisioneros un depósito con mil fusiles, 16 ametralladoras, 780.000 cartuchos, 1.200 proyectiles de artillería, equipos y variada documentación».

Por su parte, el general Estigarribia, diría, en acápites que entresacamos de su informe, lo siguiente:

«... Y olvidando objetivos mayores en el jolgorio de la presa visible cometieron errores infantiles.

«No estamos indemnes de culpa, faltas irreparables comprometieron la seguridad de ese cuerpo de ejército. Al término del conflicto se conocerán las responsabilidades.

«El resultado concreto de la enorme maniobra boliviana se redujo a la captura de dos batallones de la división primitivamente acorralada.

.....

«Las dos divisiones paraguayas que atravesaron el cerco sin pena, organizaron sus líneas para impedir la prosecución del plan enemigo. Los batallones encerrados sin espíritu de retorno, debieron sucumbir. Pero más de las dos terceras partes de la división acorralada lograron abrirse paso con lo que el gran tumulto del pueblo boliviano enardecido, festejó una victoria muy dudosa.

«Perdimos 1.500 hombres en total, 8 camiones incendiados, algunas armas automáticas, ningún cañón ni un solo mortero y pocas municiones, pues, como decíamos, más arriba, los bolivianos completaron el cerco dejando parques o intendencias divisionarias fuera del cerco».

Podrá imaginarse la sorna que hubiera alcanzado la acerada dialéctica del Comandante en Jefe paraguayo, si el coronel Bilbao Rioja no hubiese rectificado las omisiones y paliado los errores en la ejecución del plan de Strongest.

Ya hemos visto, y por propio testimonio está confirmado, el Comando Superior boliviano, aunque sin delegar atribuciones se mantuvo a distancia y en condición inoperante durante el prolongado desarrollo de la batalla.

En un evento como el diseñado ¿quién hubiera podido corregir lo que se desvirtuara, malograra o defeccionara, si no se produjo ninguna instrucción en aquel sentido? Mas, providencialmente para sus armas, el coronel Bilbao poseía una visión clara de lo que estaba sucediendo, y además conocía la iniciativa que debe ir aparejada a un Comando estratégico, como era el suyo, y esto en función de su amor a la responsabilidad, le impelió a la acción que floreciera en un tan esplendoroso y honroso laurel para la causa de su patria.

---





*«Cuando la defensiva deja de ser temporal y adquiere caracteres de constante, la ruina del defensor es un hecho inexorable».*

(von Bernhardi)

## XXI

No puede decirse que después del éxito de Cañada Cochabamba el ejército boliviano se pusiera en tren de pasar, ya sin resistencias, a practicar la ofensiva estratégica. El absurdo militar de malograr una superioridad numérica en posiciones estabilizadas (obstinación por conservar el peligroso y de ningún modo productivo frente de Ballivián, que consumía en sus trincheras, generalmente inactivas, la casi totalidad del Ejército) siguió rigiendo como norma dogmática de las elucubraciones bélicas.

Cierto es que, debilitando un tanto el frente nombrado, se ensayó alguna operación de intención estratégica a influir en el conjunto, en su extremo septentrional, desde donde podía pretenderse lesionar alguna arteria vital de la ramificación paraguaya; pero este ensayo conñado a un mando indocto y carente de concepciones y de energía cayó rápidamente en el vacío y estuvo a punto de tornarse en un nuevo desastre.

En cambio, el Comando paraguayo, fiel al criterio preconizado por el mariscal de Francia Foch «el movimiento es la ley de la estrategia», aunque con ya menguados efectivos procuraba mantener en pie la elocuencia de esta divisa. De esta manera, nuevos ejes operativos fueron planeados y llevados a su consecución en el vasto escenario, haciendo germinar inesperadas directrices.

El Comando boliviano siempre a la zaga de los sucesos, pagaba en realidad los réditos de un error visible, consistente en no haber confiado al II C. E. del coronel Bilbao las misiones ofensivas que tuviera en mientes. Estas al ser afianzadas por el éxito —que no podía ser puesto en duda en ese momento de superioridad de los medios y de gran ventaja moral— hubiesen asegurado el ejercicio pleno e irrestricto de la auto-determinación, puesto que, como se acaba de insinuar, fuerzas y elementos se tenían sobradamente para ello.

Por otra parte, nadie podía ignorar la buena organización, estricta disciplina, avanzado entrenamiento y elevado espíritu de acción del II C. E., que rayaba a un nivel insuperable. Tampoco se podía desconocer el desvelo vigilante que ponía su jefe en cuanto factor, aunque fuese de detalle, que pudiese contribuir a la mayor comodidad y vigor de sus tropas, amén de estar ya evidenciadas suficientemente sus dotes de avisado conductor.

Pero, ya muy tarde aunque siempre en oportunidad, el Comando Superior decidió emplear la masa del II C. E., concentrado ahora en el sector Santa Fe (Parapetí) como eje de la maniobra destinada a recuperar Pícuiba, aislar a las fuerzas paraguayas que enfrentaban al Cuerpo de Caballería, y a poner como consecuencia en la

región circundante al punto nombrado un fuerte agrupamiento (II C. E. y de Caballería), en disposición de pesar decididamente en el decurso de las operaciones proyectadas, a la vez que salvar, aun por presencia, al frente meridional, semi abandonado en esos días, de un probable y ya muy inminente contraste.

El teniente general Angel Rodríguez, a la sazón jefe de Operaciones del Comando boliviano, se ha referido en su publicación «Los Culpables», acerca de este particular, de esta guisa:

«Proyecté pues una maniobra en grande, que evitando la cercenación de nuestras fuerzas, nos diese un resultado positivo; pues tanto en la batalla de Carandaití como en la de Algodonal, el enemigo VENCIDO, había logrado llevarse un buen número de prisioneros y por mucho que el Cnl. Toro afirmase en sus órdenes que «el enemigo derrotado huía en completa desorganización», éste no tardaba en presentarse a corta distancia, como si nada le hubiese ocurrido de desagradable.

«Es efectivo lo que dice el Cnl. Toro en su libro, que el Comando del Segundo Cuerpo, o sea el Cnl. Bilbao, había indicado al Comando Supremo su vivo deseo de que «también se le diera una oportunidad para operar con sus fuerzas». Y eso era muy natural, aun cuando no fuese del agrado del Cnl. Toro.

«En estas circunstancias se me presentó la oportunidad, no solo de satisfacer los deseos del Segundo Cuerpo sino también de capturar Picuiba terminando esta maniobra con una concentración de 15 mil hombres de maniobra sobre este punto. No importaba al Comando Superior, que en esta maniobra hubiesen batallas o no hu-

biesen, que cayesen prisioneros o dejaran de caer; lo esencial era la concentración de una masa poderosa en Pícuiba, cuya sola presencia haría retroceder las tropas enemigas que amenazaban El Carmen. Hecho esto, las fuerzas que teníamos en este último sector, también se verían libres y disponibles para maniobrar por la picada Escóbar o más al Norte en completa concordancia de objetivos con la masa formada en Pícuiba. En resumen, la finalidad del Comando era amenazar Camacho con un Ejército de 20.000 hombres, efectivo susceptible de ir en aumento; tomar la iniciativa en todos los frentes y amoldarse a las consecuencias.

«No se vaya a creer que la maniobra era complicada y que ofrecía incertidumbres. Esta consistía sencillamente en que el II C. E. que se encontraba en Santa Fe y cuyos efectivos debían ser aumentados hasta ocho mil hombres, se apoderase de «27 de Noviembre», donde sólo había un regimiento enemigo; luego con la mayor velocidad y utilizando todos los camiones disponibles, continuase sobre El Cruce, cayendo en esta forma detrás de las tropas enemigas que se encontraban amarradas por el Cnl. Toro.

«La parte triste, era precisamente que el rol asignado al victorioso Cuerpo de Caballería fuese ahora un papel pasivo. Y algo peor..... era el Cnl. Bilbao el que debía cortar al enemigo, ya no a 3 o 4 kilómetros detrás de éste, sino a más de 15 kilómetros y con 8.000 hombres disponibles para cerrarle todos los pasos u obligarle a dispersarse en el monte a gran distancia de sus bases.

«Inútil decir que el Cnl. Toro se oponía a esta maniobra, que ya no era suya, sino del Comando Supe-

rior. Para obstaculizarla se valió de la influencia de algunos Ministros de Estado «a quienes había explicado sus proyectos en el terreno y merecido plena aprobación y entusiasmo de ellos»; y los cuales no dejaron de molestar al Comando Supertor con sus insinuaciones.

«Yo había conferenciado largamente y repetidas veces con el Cnl. Bilbao y su Jefe de Estado Mayor Tcnl. Luis Añez, sobre la maniobra en proyecto y en la que debía jugar un papel preponderante el Segundo Cuerpo. Ambos jefes se encontraban muy conformes y entusiastas de demostrarse en el terreno con una acción contundente. TENIA PUES LA SEGURIDAD DE QUE JAMAS CEDERIAN ESTE DERECHO TANTAS VECES SOLICITADO Y ESPERADO.

«Con esta seguridad y a fin de no romper relaciones con el Cnl. Toro por medio de una negativa rotunda, efectivamente le manifesté que si el Segundo Cuerpo aceptaba su proposición, el Comando asintiría en darle satisfacción para que por tercera vez maniobrase con su Cuerpo.

«Parecerá extraño que un plan meditado por el Comando Superior, se ponga en la mesa de discusión de los Comandos subalternos y se acepte lo que éstos digan al final... Pero así era prácticamente muchas veces. Mi autoridad, no se hacía sentir como tal, porque yo no era el Comandante en Jefe, era simplemente Jefe de Operaciones, muy débilmente respaldado por el verdadero Comandante, quien seguramente porque no entendía las sugerencias de su Jefe de Operaciones, siempre estaba dispuesto a ceder a los Comandos Subalternos y muy especialmente a las exigencias del Cnl. Toro, que en este terreno era sencillamente insaciable.

«Así fué como este Jefe, había destacado al Tcnl. Ichazo, su Jefe de Estado Mayor, para que convenza al Segundo Cuerpo, sobre la bondad y los grandes resultados de su nueva maniobra local, en reemplazo de la operación preparada por el Comando Superior. Y aquí viene lo raro: el Tcnl. Ichazo no llegó a hablar con el Cnl. Bilbao, pero logró convencer al Jefe de Estado Mayor Tcnl. Añez y ambos Cuerpos entraron de acuerdo para ejecutar el nuevo absurdo.

«Para qué agregar que la tan exigida maniobra del Cnl. Toro, terminó con otro abrazo al aire y que el enemigo se burló de él por tercera vez....».

Sumamente dilucidador es este documento del ex-Jefe de Operaciones, hoy General Angel Rodríguez. Se comprueba en él de un modo extraordinariamente categórico que el Comando Superior en Campaña era nominal en esto de dirigir las operaciones, cuando se trataba de dirimir en disyuntivas de este género, y que, a lo más, se reducía a presidir amables escrutinios de opiniones subordinadas, con el fin muy humano pero inaceptable en doctrina castrense, de no descontentar a nadie. El general Rodríguez, por su parte, se inhibe de la irresponsabilidad que acusa este sistema; mas en este punto, en justifico descargo de los Jefes del Comando Superior de mayor jerarquía que él entonces, precisa decir que la más alta influencia era notoriamente ejercida por Rodríguez; y si no que lo digan las intervenciones personales que tuvo el Jefe de Operaciones en esta insolita entresijo de que un Comando imparte una Directiva de maniobra para que sea debatida y resuelta por los llamados a acatarla y a ponerla en ejecución. Las dichas intervenciones se trasantan en estos acápite algo más reveladores que otros

que esta vez omitimos, por haberlos dado o conocer en el tomo VI de nuestra historia de la guerra.

Parece indudable que el coronel Rodríguez libró personalmente una batalla pero no a fondo, para sostener el primitivo punto de vista y aneja resolución del Comando de que formaba parte, pues existen variados rastros de actuaciones concordantes con aquel sentido, pero lo que también parece evidente es que una vez que fué vencido el criterio de hacer maniobrar preferentemente al II C. E. como ya estaba dispuesto— el Jefe de Operaciones se plegó a la nueva decisión, no formulando sino reservas muy tenues, y, en definitiva aceptando ubicación solidaria con la viaraza operativa.

Un fragmento de diálogo telegráfico, dará idea de las primeras escaramuzas en la materia:

(Coronel Rodríguez: No sé realmente cómo se puede hacer que resulte fácil el quitar unidades. Déjelo pasar a Mendez a piense Ud. en las dificultades que traería a la larga el hecho que ha Ud. deshaga el II C. E. sólo al paso por Carandaití, teniendo en cuenta que este Cuerpo tiene ya su misión.

«Otro punto que le ruego, y que le daré largas explicaciones al respecto es que durante el paso del II C. E. haga Ud. de cuenta que no existen, pues Ud. sabe las susceptibilidades, y en este momento nos traería graves daños para cualquier cosa».

«Coronel Toro: En el futuro responsabilizaré al Comando Superior de haber perdido una situación tan favorable que nos aseguraba un gran éxito y la recaptura de «27» y Picuiba.

Tenga Ud. en cuenta que mis fracciones adelantadas se encuentran a 2 kilómetros de Villazón y que

aumentar tropas a un sector donde está todo organizado es mucho más fácil que ir a sectores donde nada se ha hecho para asegurar, sobre todo, el abastecimiento de agua. Hasta luego.

Por su parte, el Director General de Etapas, asumiendo intempestivamente funciones de asesor operativo, se dirigía, el 26 de octubre, día señalado para que se iniciaran las operaciones, al coronel Felipe Rivera, Jefe de Estado Mayor del Ejército:

«He venido urgentemente llamado por el coronel Toro y me alegro de haberlo hecho. Me he puesto al corriente de la situación del enemigo en este sector y la de sus propias tropas llegando a la conclusión completamente acorde con él de una situación brillantísima para el desarrollo de una operación cuyo éxito, a no dudar, sería grande no sólo, para el sector mismo sino que sus beneficios serían para todo el ejército.

«Para la maniobra que él piensa y está seguro de su éxito, cosa que, como he dicho antes, estoy de acuerdo, requiere ser reforzado con dos regimientos como minimum.

«El plan del Comando cuyo resultado serían tardíos y probablemente de menos valor que el propuesto por el coronel Toro, tiene la desventaja de la tardanza en su desarrollo, de avisar al enemigo sobre nuestras intenciones y de darnos tal vez la posesión de un poco más de territorio.

«Al proyecto del coronel Toro le encuentro las siguientes ventajas:

Rapidez de ejecución, utilización de tropas perfectamente entrenadas en la maniobra, decisión de todos los Comandos, segura destrucción de un fuerte núcleo ene-



migo, casi seguridad de «27 de Noviembre» por parte de él, evitando cualquier peligro relativamente próximo sobre Strongest.

«Ha discutido ya el coronel Toro con el coronel Rodríguez y creo que no puede menos, después de vistas las cosas, que haber apreciado en lo que vale este proyecto. No creo naturalmente decidir al Comando con esta exposición, pero creo que vale la pena y en este sentido me permito rogar al general Peñaranda, Ud. y coronel Rodríguez trasladarse hoy mismo avión a ésta para estudiar situación que consideramos favorabilísima y muy difícil que se repita. Aquí coronel Toro explicará inclusive las desventajas que podrá acarrear el no maniobrar rápidamente en el sentido que él propone. Decidida esta operación podría iniciarse a más tardar, el día de mañana».

Como esta curiosa intervención del general Julio Sanjinés no fuera respondida de inmediato, el día 27 de octubre, el Comandante de Cuerpo de Ejército interesado por llevar la batuta en la orquestación del conjunto, desbordando todo límite de medida y de subordinación, se dirigió al Gran Comando del cual dependía, en estos agrios términos:

«Visto esto, debo expresar nuevamente a ese Comando mi completa disconformidad con su plan de operaciones que no responde a situación y que afecta en forma grave a verdaderos y bien entendidos intereses del país. Causa profunda pena constatar que él hace primar sólo por satisfacer intereses personales a raíz íusólita e inexplicable actitud Comando II C. E.

«Aprovecho esta oportunidad para dejar expresa constancia de que desde iniciación campaña, mi proceder personal al respecto fué siempre diametralmente

opuesto, ya que en momento alguno escatimé máxima colaboración, haciendo prescindencia de personas e intereses subalternos, en convicción que, sobre todo debe estar la Patria y bien entendidos intereses del ejército y del país todo.

«Estamos situación obtener triunfo como el que el enemigo alcanzó en Alihuatá y Gondra, copando por completo a 2 Divisiones enemigas, sin embargo no puedo obtener que ese Comando me preste la ayuda que preciso. Por esta razón creo de mi deber llamar a reflexión nuevamente sobre este particular, en la convicción de que yo personalmente respondo del éxito de la operación y de que estoy cierto que no se volverá a presentar en la campaña otra situación más favorable para obtener un éxito de carácter tan decisivo.

«Plan ese Comando tiende sólo ocupar terreno, haciendo que enemigo se retire intacto, en lugar buscar batalla para destruirlo.

«Simple ocupación terreno sumaránse cada vez más dificultades restando capacidad combativa a nuestras tropas, por dificultades inherentes aprovisionamiento de agua.—CORONEL TORO».

Bien analizada esta posición renuente y divorciada con la más elemental regla del oficio, era indicadora de su inequívoca tendencia a desconocer la autoridad del Comando Superior, y por consecuencia, incaudaba un flagrante intento de sustitución en el ejercicio de sus atribuciones privativas.

Inútil será referirse a los fundamentos, simplemente retóricos y plagados de la inmodestia del énfasis, que involuntariamente hacen recordar al célebre personaje literario de Daudet, de las piezas de «convicción»

recién insertas. El desastre de Cañada del Carmen, a 15 días vista; y el muy absurdo y trágico de Picuiba-Irindagüe, son el mejor comentario crítico a la desatentada y absorbente línea de conducta que reflejaban aquellas líneas de desobediencia culpable y de ilusión incontrolada.

El Comando Superior, en presencia de este dilema, que no era tan inexorable como se creyera, se inquietó y transó comodamente, con la autorización explícita que se buscara una ecuación de entendimiento entre ambos Comandantes de Cuerpo de Ejército, es decir, entre los coroneles Toro y Bilbao.

No llegó a producirse esta entrevista y ni siquiera fué planteada su necesidad. El coronel Toro se limitó a enviar como parlamentario al II C. E. a su Jefe de E. M. teniente coronel Antenor Ichazo. Este oficial solamente cambió ideas con su congénere el teniente coronel Luis Añez, Jefe de E. M. en el Comando del II C. E., y el acuerdo fluyó fácil y expedito entre los nombrados y sin que fuese consultado previamente el coronel Bilbao, que en esos momentos, como le era habitual, visitaba sus unidades.

Bilbao Rioja, haciendo honor a la confianza depositada en su auxiliar en el mando, al ser noticiado de lo acordado, no vaciló en ratificarlo con su conformidad. Esta decisión ponía una vez más de resalto sus grandes propensiones anímicas de caballerosidad y generosidad, aunque permitiendo que se resquebrajase la responsabilidad ya admitida y sólidamente apareada al deber que debía haber representado la ejecución de una directiva superior, a condición ciertamente que ésta de-

mostrase ser fruto de una voluntad inflexible y no un simple tanteo de posibilidades, como al final se demostrara.

Con todo, fué un error de contemporización el cometido por Bilbao Rioja, con el atenuante contenido en el párrafo anterior. La falta de perseverancia en el estímulo hacia su persona y tropas, de parte del Comando Superior, eran ya visibles cuando se ultimara el acuerdo. En las dichas condiciones, una naturaleza emotiva y sensible como la de Bilbao hubiera experimentado desazón y hasta desencanto al proponerse persistir en lo primitivamente resuelto y que se supiera luego que se deseaba alterar sustancialmente por los que tenían potestad legítima para hacerlo. Bilbao deseaba con todo su corazón un buen tributo de victoria a los manes de su Patria; pero tampoco podía desentenderse totalmente del grado de confianza y de ánimo que se le brindase desde la altura de la conducción de la guerra. Por esto decidió marginarse de todo papel transcendente cuando fué requerido diplomáticamente para hacerlo. Y esa, su actitud, que jamás hubiera adoptado por simple y calculado mandato de su ego, hubo de ser lamentada con buen acopio de imprecaciones dirigidas al cielo de lo irremediable, por la masa armada y la ciudadanía toda de Bolivia, que supieron una vez más lo que representaban de pavoroso las ofrendas al Moloch de la guerra cuando las cifras del sacrificio humano resultan abultadas inconscientemente por la superficialidad o el error de las previsiones, y esto en el marco estéril del vencimiento y la impotencia. Y para que esto se entienda aún mejor transcribiremos unas pocas piezas documentales que podrán explicar con ventaja cualquier otro elemento de juicio,

despejando una porción considerable del enigma, el porqué Bolivia, teniendo recursos de raza y de potencialidad como hacerlo, no llegó a practicar en grande y de un modo continuado y coherente la ofensiva estratégica en el Chaco.

El coronel Angel Rodriguez, cumpliendo quizá con órdenes superiores, pues él insiste en salvar su concepto personal, aun en el instante de dar paso a la inusitada claudicación, decía desde el Cuartel General de Samaihuate, por el hilo telegráfico, al coronel Toro:

«28-X-34.

YA QUE TANTO INSISTE UD., EN ESTE ASUNTO, YA HEMOS LOGRADO CONVENCER A BILBAO, LO CUAL DEMUESTRA QUE EL II C. E. NO TIENE ACTITUDES INSOLITAS. ESTAMOS AHORA MISMO A ORDENAR PARA QUE LE PASEN DOS REGIMIENTOS.

«DEBO MANIFESTARLE QUE A NO MEDIAR ESTE CONVENIO HECHO POR DOS COMANDOS DE CUERPO, HABRIAMOS PERSISTIDO EN NUESTRA MANIOBRA POR «27». CREAME UD. Y OJALA ESTE MUY EQUIVOCADO, QUE LOS RESULTADOS A OBTENERSE NO SERAN NI LA SOMBRA DE LOS QUE UD PROYECTA. ESPERO SE DIRIJA UD. AL CORONEI BILBAO INMEDIATAMENTE».

El coronel Toro contestó:

«LOS RESULTADOS, EN EL PEOR DE LOS CASOS, SUPONGO POR LO MENOS SERAN IGUALES A LOS QUE PERSIGUE ESE COMANDO».

Inútil será referirse a la realidad de este vaticinio. La operación de Villazón dió un total aproximado a trescientos prisioneros paraguayos, retirándose las uni

dades comprendidas en el cerco de Toro casi intactas y con todo su poder combativo. Bilbao con dos regimientos, se apoderó de «27 de Noviembre» y persiguió algún trecho más al regimiento «Cerro Corá» en retirada, hasta más allá de Piquirenda. Después de Villazón e Irindagüe, pasando por la recaptura de Pícuiba —que los paraguayos no defendieron en cumplimiento de sus planes de atracción— sólo vino la catástrofe, que no llegó a ser completa por la decisión y gran despliegue de iniciativa de parte de jefes subordinados como Félix Tabera, Rodolfo Flores y Roberto Ayoroa. De seguirse la pauta fijada por el remoto Comando de Carandaiti el desastre hubiera sido completo y Bolivia hubiera perdido su región petrolera. El mismo día de la charla telegráfica de Toro y Rodríguez, éste volvió a solicitar una conferencia para decirle a su colega del Comando de Carandaiti, lo siguiente:

«NO VAYA A SER QUE EL CORONEL BILBAO CONTESTE EN EL SENTIDO DE SI EL COMANDO SUPERIOR ORDENA ESTARIA DISPUESTO A CUMPLIR. ESTO SIGNIFICARIA QUE NO ESTA DE ACUERDO. INSTRUYA A ICHAZO EN ESTE SENTIDO».

Este era un intento resguardador y exculpatorio de la responsabilidad incurra, y que venía a probar la evolucionada ayuda del Comando Superior a los planes y exigencias del Comandante del Cuerpo de Caballería.

Sobre la actuación del Jefe de Operaciones del Comando Superior y su dubitativa intervención en el extraño amasijo estratégico, en las páginas 65 y 66 de la historia de la guerra, dijimos:

«Si el coronel Rodríguez fué forzado a aceptar esta transacción, debió de inmediato solicitar otro desti-

no para salvar su concepto operativo y su responsabilidad en lo venidero. Lástima grave fué que sus dotes de carácter no rayaran a la altura de su visión de las cosas y de su sagaz talento.

El coronel Bilbao Rioja, cortando el nudo gordiano de la cuestión se dirigió al Comando Superior con este cifrado:

«Tcnl. Ichazo vino explicar situación Cuerpo Caballería y planteó operación decisiva contra enemigo mi frente, Estoy de acuerdo a condición que dicha maniobra empiece a más tardar en dos o tres días más. Cuerpo ayudará envío 3ª. División con dos regimientos debiendo Cuerpo de Caballería reforzarla con otros regimientos.

«Caso no pueda por cualquier causa realizar operación proyectada en plazo indicado II C. E. continuará conforme directiva fecha 23.

«HAGO CONSTAR QUE COMANDO CUERPO DEJA DE LADO TODA CONSIDERACION AMOR PROPIO PERSONAL ANTE SUPREMO OBJETIVO DERROTAR DECISIVAMENTE ENEMIGO.—BILBAO».

Sobre este particular, hoy repetimos lo que antaño dijéramos:

«Muchos momentos de gran elevación espiritual ha tenido en su vida el teniente general Bernardino Bilbao Rioja, pero quizá ninguno más significativo que éste habida consideración la casi pública y destemplada actitud que en su respecto había asumido el Comandante del Cuerpo de Caballería.

«Las condiciones establecidas para su consenso por Bilbao, y que amparaban de modo relativo, casi

mínimo, la responsabilidad que por acto de desinterés patriótico había admitido, no fueron cumplidas, pero ya no se precisaría otra cosa para la alteración o traslado del centro de gravedad de la ofensiva».

Con los preinsertos antecedentes y respectivas glosas de comentario queda patentizado cómo el vencedor del «Kilómetro 7» y «Cañada Cochabamba» vió inerte malograrse la única oportunidad que se le concediera para actuar como líder de una masa preferente en la maniobra ofensiva y de sentido profundo.

Algunos preguntarán alrededor de esto ¿y Villa Montes? Mas este sería el caso de la defensiva esencial, de tono desesperado y llena de pródromos tormentosos, fisionomizados por la ansiedad. Bilbao exprimiendo el jugo de un pensamiento íntimo doloroso, escribió sobre sus relaciones de servicio y personales con los que fueron sus jefes o conductores importantes de los negocios de la guerra:

«Mis relaciones personales y oficiales, desde la iniciación de la campaña hasta el día de la desmovilización, con las autoridades superiores, esto es Comando de Cuerpo de Ejército, Comando Superior, Ministerio de Defensa, Presidencia, Etapas, etc., fueron frías y casi indiferentes. Nunca conté con una imparcialidad discreta, ni siquiera de palabras de agradecimiento y aliento.

«Todos ellos me consideraban un caudillo, arbitrario, fátuo y me atribuían todos los defectos necios que pudiera tener un hombre ambicioso con ínfulas presidenciales. No tuve un amigo en los Comandos para transmitirle mis inquietudes y quejas; parece que todos



formaban un bloque, sólo para aplastarme personalmente, y hacerme fracasar en la campaña. Pasaron los años y en mis largas horas de meditación, admiro cómo salí de aquella campaña con la frente alta, limpia de toda mancha, que moral o materialmente, pesarán sobre mi conciencia por el resto de mis días, por ese amor a las responsabilidades tan profundamente encarnado en mi corazón.

«Por mis años y lejos de las pasiones humanas, declaro, ante Dios y mi Nación, que nunca sacrifiqué la vida de un reservista inútilmente en los campos de batalla; que nunca entregué al enemigo un solo prisionero por descuido o incapacidad de Comando, y finalmente, que puse y di a mi Patria, el máximo de mi esfuerzo, capacidad y sacrificio.

«No fui a la guerra a buscar prestigio, o hacer campaña política para o favor de nadie. Consideré al enemigo, valiente, atrevido y montaraz, pero no fué él mi preocupación, porque sabía luchar en igual o mejor forma. El enemigo, estaba a retaguardia, en los Comandos superiores. Viví en la intranquilidad y zozobra, que íntimamente me hacían más daños que las enfermedades contraídas en el mismo teatro de operaciones.

«Una vez terminada la guerra, cuando la Comisión de Neutrales arregló en las posiciones de Villa Montes una entrevista con los leaders bolivianos con los leaders paraguayos, fui presentado al General Estigarribia, Coronel Franco y otros.

«El General Estigarribia, en presencia de los altos jefes bolivianos y de los S.S. militares neutrales, me felicitó con las siguientes palabras: «Es un honor e conocerlo Sr. Coronel Bilbao y felicitarlo por sus mereci-

dos prestigios ganados en los campos de batalla. Dios quiera ahora, que ambos trabajemos en la Paz como trabajamos en la guerra». He ahí la única felicitación que recibí en la campaña, no es de un compatriota, sino del leader más alto del ejército enemigo».

Hay cosas que el espíritu de mesura y la discreción timorata rehusan confrontar, pero cuando prohibieron hechos trascendentes o alcanzaron influencia determinante en el complejo de las decisiones históricas, con la correspondiente paternidad de consecuencias con libramiento a redimirse por la Eternidad, como son los hechos y conclusiones aceptados como definitivos, entonces fuera imperdonable cobardía el soslayarlas. En esta virtud, no podrá decirse que lo estampado por Bilbao, —no existe corazón humano que no sangre por alguna herida— en un vuelco de protesta de su corazón por el acumulo de agravio y pruebas de desamor, estas últimas tan aflictivas para su sensibilidad de hombre bondadoso y sin trastienda y por tanto exigente de honrada comprensión, no tenga un sólido engarce con el episodio de campaña cuya exégesis hemos hecho, aunque someramente, en este capítulo.

*«Por mí no quedará»*

(Antonio Maura)

## XXII

Llegamos a Villa Montes, donde las palabras y actitudes que desearan conservar su vitalidad y elocuencia, tenían que convertirse a cada paso en hechos.

Con los instrumentos ópticos de las baterías, a la vera de la orilla Sur del Pilcomayo, fuimos conmovidos testigos del avance célere y hasta desaprensivo de las Divisiones paraguayas en demanda de Villa Montes, cual si fuese una rediviva senda de Damasco. Avanzaban los invasores con el pie ligero y el corazón batiente de alegría de quien se propusiera y tuviera seguridad de asestar un golpe mortal a un encarnizado rival.

Cuando no era dado observar desde las alturas ribereñas o desde la copa de los árboles, que la vecindad de la corriente hacía más corpulentos, el movimiento de la progresión paraguaya, se advertían por el rumbo los combates de fuego entre las vanguardias que se abrían camino y las retaguardias que se obstinaban por obstruirlos. En las noches era más difícil precisar algo, pero no dejaba de oírse el runruneo sordo y lejano de las columnas motorizadas y algún tableteo de automáticas que gradualmente se iba desvaneciendo hacia el Occidente. Nuestro

dispositivo, aunque todavía ligado al resto a través del Pilcomayo, a la altura de Villa Montes, virtualmente se hallaba amenazado de quedar aislado y entregado a su suerte. No había muchas esperanzas que la bonanza, siquiera relativa, volviera a sonreír. Se desconfiaba de la efectividad de los grandes Comandos, y aunque los soldados continuaban haciendo cara al infortunio con ejemplar resignación, nadie se aventuraba a preveer el límite de esta abnegada labor en el cuadro tétrico de tanto dislate experimentado. Se pensaba que si el ejército no había resistido la acometida cuando formaba un todo orgánico y reciamente articulado, con menor razón podría hacerlo cuando se hallaba dislocado en núcleos separados y sin conexión oportuna posible, amén de hallarse de espalda a la serranía abrupta, prescindiendo forzosamente de las ventajas de conservar espacio a retaguardia, en la situación de una fiera herida que se empeñaba por mantener inviolado el acceso de su cubil, y sin otro norte que dilatar el efecto de los golpes de ariete de un victorioso e impaciente adversario, más obligado por la conciencia militar y el rubor del hombre que por la fe en algo más promisorio, lesionada de muerte por tanto contratiempo e inadvertencia tanta.

En cuanto a nuestro sector estratégico auxiliar, no se ignoraba que sólo podía continuar existiendo si Villa Montes se mantenía enhiesto. Nos hallábamos, con separación del río, que venía de crecida, sobre el flanco profundo del sistema de penetración paraguayo; pero sin otro medio de accionar que poner en juego esporádicamente y con racionamiento mínimo de proyectiles una media docena de baterías con tiro de alcance y sin otra referencia que la de las arterias camineras, conocidas aunque

mimeizadas en la superficie monótona del matorral. Lo demás no podía ser sino vigilancia del caudal de agua y sus vados, observación de los desplazamientos y preparativos que realizaba, algo desembozadamente el enemigo, pues no pensaba ingresar a Villa Montes por sorpresa sino por un asalto premeditado; y, sobre todo, cavilación, mucha cavilación, mental y moral, en la que la duda acrecida por tantos factores contrarios concluía por enroscarse cual si fuese una serpiente al corazón.

El frente nuestro había crecido, en razón de los repliegues operados en el sector principal, de sesenta kilómetros, que primitivamente se resguardaron, a ciento veinte, hasta empalmar con la línea de defensa que el retroceso hacia Villa Montes hiciera imperativa. No habían aumentado en lo más mínimo nuestros elementos, pero la exigencia protectora y el peligro se habían cuadruplicado. Un segmento, cual anillo de reptil, había debido crear de sí mismo otro, y otro... hasta llegar a las proximidades de la ciudad llave del desenlace de la guerra y del futuro de la riqueza en productos hidrocarburos de Bolivia. Allí, en forma de martillo, el ala septentrional del dispositivo del Pilcomayo enlazó con el ala apoyada en el río, con interposición de éste, de la masa principal que ensayaría la postrimera resistencia para salvar el lustre de las armas de Bolivia y conjuntamente su destino de nación heroica y altiva.

En verdad, en esos albores de la nueva tragedia, al malestar casi incoercible de la moral en desaliento, se añadía la fatiga corporal de los descabros reiterados y nunca evitados por los que podían hacerlo, el desconcierto de haber hollado en sucesivos retrocesos, no atribuibles a la vena de combate de la tropa sino a la

inercia de sus conductores, casi la totalidad del contenido territorio, y, por fin, la pena de apreciar como perdida para siempre la ondulosa y verdeante región selvática en que se exhumaran, como en un gigantesco campo sepulcral, los inúmeros sacrificios y las infinitas ardientes ilusiones, todo esto tragado por la inanidad y llevado lejos por los acueductos de la historia, a zonas pretéritas, que se hubieran tenido más tarde por ominosas.

No podía entonces ponerse en duda que la ansiedad por conocer o ser aún víctima del término que se tenía por inmediato, se transparentaba en todos los semblantes y una marea de angustia, con su flujo y reflujo, invadía cual un oleaje de ondas taciturnas el pensamiento y el ánimo de los que serían protagonistas de la singular epopeya.

El período de vacilaciones, cuando se pensaba trasladar al Comando Superior a Entre Ríos y ya se realizaban aprestos en este sentido, o se admitía la posibilidad de sostenerse en Villa Montes, o se creía descubrir en un jefe u otro la estatura profesional y moral que la gran empresa requería, hubo de concluirse bruscamente ante los apremios inmoderados de la urgencia. Personeros del Comando sondearon a algunos altos jefes, con ambiguo resultado, y cuando por fin volvió a las mientes y a los espíritus el recuerdo de la resistencia en el «Kilómetro 7 de Saavedra», se impuso no sólo el nombre del coronel Bilbao Rioja, sino la seria expectativa de salvar Villa Montes, es decir, de seguir pisando en territorio chaqueño, oteando con fiereza hacia el horizonte verde y desafiando a la pujanza ya devenida en jactanciosa de los paraguayos.

Bilbao Rioja, aunque ya figuraba, desde el 7 de enero de 1935, en la Plana Mayor del Comando Superior, como Jefe de una de las secciones de mayor importancia administrativa que militar, distaba de pertenecer al círculo privilegiado y aun no cultivaba otras relaciones que no fuesen las del servicio estricto con los miembros del trunvirato del mando. Tampoco había sido de los que aplaudieron al Comando por la deposición violenta del Presidente Salamanca y principales autoridades del Estado y del Ejército — estas recién nombradas por la potestad presidencial — operada en el mismo Villa Montes en las postrimerías del mes de noviembre de 1934.

Bilbao no se había hallado presente en el Chaco, amén de no tener ya Comando de tropas cuando ocurrió este lamentable desacato, pero lo había condenado de un modo que no pudo pasar inadvertido, a pesar de que los sentimientos de disciplina y de patriotismo, exaltados en presencia del enemigo exterior, le obligasen a someterse a lo inevitable y a continuar obedeciendo. Por lo demás, en esta línea de comportamiento, Bilbao no había hecho otra cosa que mantener su adhesión moral al Capitán General Constitucional del Ejército, como lo hiciera antes, en el mes de abril de 1934, en momentos de agudo conflicto entre el Presidente Salamanca y el Comando del Chaco, que culminó con una insurrección de cadetes en la ciudad sede del Gobierno, dirigiendo a aquella autoridad, en carácter de Comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, el siguiente mensaje:

«Presrepública —La Paz— El nombre de jefes, oficiales y tropas Cuerpo mi mando condeno enérgicamente ignominioso suceso ocurrido en La Paz. Extraño sobremedida que mientras glorioso Ejército cumple con abnegación sagrado deber en campo de batalla defendiendo

honor patrio, se tenga que lamentar ingratos acontecimientos.

Que el anatema de la historia y la vindicta social caigan inexorables sobre los verdaderos culpables de tan abominable delito. Sea esta una oportunidad para exteriorizar al E. Capitán General de Ejército, nuestra más decidida subordinación, formulando fervientes votos por solidaridad Bolivia y por triunfo final de sus armas.— Cnl. Bilbao Rioja—Cmdte. II C. E.

Había transcendido en tal forma la rectitud y espíritu disciplinado, a la par que disciplinario, de Bilbao, que, con motivo de la deposición violenta de Presidente Salamanca, «El Diario» de Asunción publicó una curiosa interrogación acerca de lo que haría el coronel Bilbao ante el golpe de Estado de 27 de noviembre de 1934.

Así, la designación del coronel Bilbao —un indisputable acierto del Comando— para asumir el mando del sector vital y decisivo de Villa Montes, más que el potencial mismo de las tropas y armamentos bolivianos, hubo de preocupar vivamente a la nación paraguaya, pues el objetivo resonante de la campaña, que hallábase al alcance de su mano, podía desvanecerse de un modo sarcástico y definitivo. La empresa de reducir el último baluarte boliviano en el Chaco fué estimada seriamente a raíz de la aparición de Bilbao encabezando la resistencia, con el teniente coronel Oscar Moscoso, oficial muy distinguido y fogueado en grandes cargos de mando, como Jefe de Estado Mayor. De aquí, seguramente, el lapso de algunas semanas que se tomara la preparación paraguaya para ultimar debidamente sus aprestos antes de lanzar sus persistentes asaltos, los cuales como, es



suficientemente conocido, fueron a morir, casi en su totalidad, como oleaje que se debate y se debilita gradualmente hasta calmarse en gesto de renunciación sobre los roquedales de una escarpada costa, a pocos metros de la invicta y única línea de resistencia (se había preparado una segunda, que no llegó a utilizarse, sino de un modo eventual y transitorio en algunos trozos que fueron objeto de irrupción).

En el campo boliviano, al principio, se temía el desencadenamiento de una ofensiva fulminante y avasalladora, que tuviera la fuerza del rayo; pero cuando éste, al fin volcó su ímpetu sobre el sistema defensivo, ubicado a 12 kilómetros escasos de la población militar seccionada por el Pilcomayo (San Francisco y San Antonio de Villa Montes), una claridad inesperada, aunque propia del rayo, iluminó los corazones que vivieran en penumbras, y refrescó las sienes calenturientas de los soldados de Bolivia. El prestigio moral de un hombre y la dinámica técnica de su acción, habían operado lo que antes se tuviera por milagroso, y desde entonces ya no se temió a la muerte, que ya no sería baldía, ni a ninguna tonalidad crepuscular: se había robustecido el pálpito que Villa Montes sería inexpugnable, y que solo una aurora triunfal podía suceder al choque bizarro y ahora sin tambaleos de las armas de la defensa.

Bilbao Rioja, al asumir la enorme responsabilidad, no se sintió inferior a la ardua tarea, ni tampoco se puso esquivo a coquetear con la gloria, pues es deber imperioso de todo buen soldado el rendirla y hacerla suya. Tenía confianza en si mismo —que era lo principal— y la tenía también muy grande en esa masa anónimo, sufriente, desgastada y escéptica poco antes, y ahora

poseída de un extraño galvanismo de combatir y de vencer, que estaba bajo sus órdenes. Al contrario de otros jefes, que cohonestaban sus errores y paliaban sus fracasos con la que llegó a ser socorrida cantaleta, de que el soldado indio no respondía a las exigencias de iniciativa y valor de los cometidos de combate, Bilbao siempre enalteció este producto autóctono de la raza milenaria, haciéndole la justicia debida y fortificándole su comprensión, su ánimo y su fe. Centenares de sacrificios impávidos no obstante ser pavorosos, probaban este aserto y daban paso a la confianza, fundada sobre todo en la obstinación del hombre para morir y no ceder, cuando de combatir frente a frente se trataba. Esto bien lo reconocían los paraguayos, pero existían no pocos bolilivianos que lo ponían en duda.

En cierta ocasión ya lejana, el 10 de septiembre de 1934, cuando el coronel Bilbao comandaba el II C. E., en Cañada Cochabamba, al recibir la visita de la señorita Laura Graciela de la Rosa Torres, Presidenta de la Liga Filial de Oruro, en jira por el frente de guerra, al ser preguntado por ésta sobre la aportación aborígen al esfuerzo militar, respondió de esta guisa:

«Se habla despectiva, hirientemente contra uno de los factores de la nacionalidad, el indio, y si hay justicia mucho debe reconocerle Bolivia, y está obligada a hacer algo por él, que por su comportamiento en el transcurso de la guerra merece la atención preferente para su educación, no circunscrita a una simple alfabetización con olvido de sus deberes y derechos. Si no ha dado el máximo de rendimiento, ha sido sin duda por el olvido absoluto en que ha convivido dentro de la nacionalidad y lo que ha hecho en la hora de prueba, mostrando sacrifi-

cio, abnegación, heroísmo, hubiera sido de sublime ponderación si esas fuerzas humanas hubieran estado canalizadas hacia una educación, y comprensión exacta de sus deberes cívicos. Y esta es la labor que debe subsanarse, y entiendo que al mostrar la «Liga Filial» sus impresiones de esta Campaña, realizará esa obra de ayuda a esos héroes de la guerra, preparándoles el ambiente más humano, que sea el resultado de una educación positiva, que eleve su moral y encauce su patriotismo, para no tener que improvisar y realizar gigantescos esfuerzos, en momentos de expectativa institucional para vencer los delicados y graves problemas de la vida internacional del Pueblo Soberano. A Uds. toca esta obra; subrayar los grandes errores, y tenga certeza de que el dolor, la tragedia que estamos viviendo, tendrá una proyección práctica: trabajo leal y sincero para la Patria y sus componentes»;

Ciertamente, esta profunda convicción de Bilbao, eclosionó en su fórmula, parodiando al «Surge et Ambula» de la resurrección de Lázaro, de «Surge y combate hasta el fin», que aproximadamente sería la traducción de su férrea consigna de Villa Montes. Y sólo, quizá, después de evocar esta su antigua fe en los componentes de la masa humilde, se sintió autorizado a declarar, produciendo pasmo general, no exento de algunos matices irónicos, en el campo paraguayo:

«BAJO EL CIELO DE VILLA MONTES SE ECLÍPSARAN PARA SIEMPRE LAS GLORIAS DE ESTIGARRIBIA, Y RENACERA LA FE EN LA VICTORIA DE LAS ARMAS BOLIVIANAS».

Y esta declaración —que muchos se imagina-

ron<sup>7</sup> era una baladronada— no era un rapto de retórica baladí o aventurada, pues en Bilbao, las palabras, como los hechos derivados de ellas, alcanzan sistemáticamente, por inducción de su ego como por capacidad rebosante de madura conciencia, un sentido vital y de rara ecuanimidad para exteriorizarse y actuar. Y si hay alguna duda al respecto, bastará con leer las líneas escritas por un joven periodista de talento y que después de la guerra sería un político descollante y un diestro parlamentario: Roberto Jordán Cuéllar. Sintetizó Jordán Cuéllar, durante la campaña, la emblemática figura de Bilbao Rioja:

«Bilbao es un elemento concentrado. Piensa y elabora, estudia y trabaja. Queremos sintetizar así sus mejores condiciones. Es de un temperamento movido, de un rico sistema nervioso. Ha consagrado horas de su vida a la lectura. A esa lectura que se apunta y asimila: Por lo que hace a los cronistas, es de aquellos de las constantes evasivas. Cuando se le interroga, pregunta al responder. Una especie de cocinilla que se provee de gasolina en cualquier parte. Su idioma es el silencio, aunque sus miradas están en todas partes captando, siempre captando».

En puridad de verdad, Bilbao en la campaña del Chaco, aunque siempre atento, educado y hasta afable con sus interlocutores de toda categoría, llevaba impresa en su fisonomía las huellas intensas del trabajo, de las prolongadas vigiliass y de la férvida preocupación. Y no podía ser de otro modo, pues la guerra era para él un problema muy serio, de esos de vida o muerte, amén de que debía estar casi siempre en mudo diálogo con su corazón desamparado de héroe, pues poseía la evidencia

que sus tributaciones a la disciplina y su eficiente labor como conductor de tropas, en momentos de angustia suprema, no eran suficientemente comprendidas y no parecían además ser objeto de mucho reconocimiento. Bilbao, como el escéptico altruista que no cree en la gratitud humana, y que practica la bondad solamente por prurito espontáneo de su alma, continuaba imperturbable ofrendando lo mejor de lo suyo al servicio de su colectividad, no permitiéndole que ningún impulso de disconformidad de su espíritu se adueñase de sus pensamientos para deprimírselos, y dando por curadas las lesiones que reiteradamente sufriera su amor propio. Esta posposición de su persona y de sus razones, practicada en silencio y sin mayores alteraciones puntillosas, acercaban al joven caudillo a las alturas más cimeras del valor moral, que después de todo, es lo único que puede emular y aún llegar a fusionarse con la grandeza humana.

La defensa de Villa Montes constituyó un problema táctico y moral, principalmente esto último. La defensa pudo reunir y disciplinar debidamente cinco Divisiones fuertes bastante bien equipadas y con la colaboración de una potente masa de artillería, que por vez primera se emplearía en el Chaco con la táctica correspondiente, a base de un discrimen adecuado en la gama amplia y variada de sus fuegos. A Bilbao se le debió también esta importantísima y que llegaría a ser fundamental innovación en el perímetro suficientemente conocido y de no excesiva extensión del campo atrincherado de Villa Montes, que por tener sus dos alas fuertemente apoyadas en accidentes naturales, hiciera obligada la pugna de característica frontal. Y mayor mérito alcanzó aquella previsión de la defensa, desde cuando la experiencia cha-

queña en materia de empeñamiento artillero se había inspirado en el desconcepto muy generalizado de que la falta de horizonte, que dificultara la observación, y la planicie uniforme del terreno impedía una utilización eficaz del arma de profundidad, de volumen sorpresivo y masivo y destructora por esencia.

Bilbao, en el «Kilómetro 7» ya había utilizado a fondo la cooperación artillera, con un criterio doctrinario exacto y un éxito superior a todas las expectativas, con la colaboración entusiasta y moldeada por la pericia del mayor José Rivera L., quien fué en el transcurso de la campaña el artillero más infatigable y de más eficaz influencia para colocar a su arma en el pie de acción que le correspondía. En este respecto, en la última línea de posibilidades de Villa Montes, Bilbao volvía a contar con la cooperación de Rivera, luego de unas pocas semanas de lucida actuación del teniente coronel Alfredo Peñaranda, en carácter de Comandante de Artillería del Ejército en Campaña, cargo este inexcusable en el régimen orgánico de un ejército moderno y que sólo se creara en la hora undécima por el Comando Superior boliviano.

Sobre no menos de 25 mil hombres, por tanto, se depositó la esperanza resurrecta de Bolivia, al organizarse otra vez desafiante en los aledaños de Villa Montes, Pero, si esa robusta concadenación de voluntades no hubiese estado animada por un soplo valeroso y edificante en la alta conducción ¿no hubiera podido acontecer lo que tantas otras veces, en que efectivos y recursos poderosos fueron aventados al igual que una orografía de arena al soplo imprevisto del huracán?

En un día a los fines de enero de 1935, al que esto escribe le fué dado presentarse al Comando

de la organización creada para la defensa de Villa Montes, con el nombre de Sector Sud, o lo que es lo mismo, Ejército del Sur. Tal presentación no la hacía a título de curioso, sino en carácter de Comandante de Artillería del Sector Pilcomayo, frente coadyuvante pero de importancia fundamental para el sostenimiento de la plaza amagada, a la vez que como resguardo del Comando Superior, que había decidídose a esperar el resultado de la lucha a librase en el campo atrincherado, echando el ancla en San Antonio de Villa Montes, ubicado en la ribera opuesta del río Pilcomayo, a la altura de la población principal.

Busqué, en la mañana, cerca de medio día, al coronel Bilbao, en su cuartel general del antiguo hotel Schnorr. Me recibió prestamente y con sobria y afable cortesía. Así, por vez primera le tuve ante mi vista y en disposición para enhebrar una charla cordial. El culto apasionado que siempre he sentido por las cosas y los hombres dignos y fuertes, me servía en esa ocasión de introductor y acuciaba a un extremo de alacridad indescriptible mis sensaciones todas. Aunque mi presencia en ese sitio, e invistiendo una extraña calidad, no estaba condicionada por ningún patriotismo dogmático —por mi inalienable y no olvidada situación de extranjero— ni por ningún sortilegio particular del pueblo al que me había incorporado como uno de sus defensores, al hallarme frente a frente a Bilbao comprendí bien, quizá si por primera vez en lo que ya había vivido de la campaña, que la solidaridad del afecto profesional, en contorno de una causa común y libremente admitida, puede fácilmente transponer barreras de separación o de frialdad, cuando queda

fijada sobre polos de comprensión de estro honorable y sincero, y de sentido recíproco.

Bilbao Rioja sabía bien que yo, auténtico voluntario en esa campaña, no había sentado plaza en el ejército boliviano en operaciones para ganar laureos materiales o defenderme de las exigencias cotidianas del vivir —que hasta entonces nunca pesaron de un modo despiadado en mi existencia— pues ni una y otra cosa podían ser determinantes en el proceso de mis preocupaciones y sus correspondientes señalamientos de rumbo. Tampoco ignoraba mi interlocutor —razón tenía para ufanarse de conocer a su gente— que un proyectil de obús había estado a punto de seccionar la yugular de mi tránsito terreno, en la acción de artillerías de Vizcacharal, pocos días antes de la entrevista que estoy recordando. Esto y aquello posiblemente habían tendido el puente de la confianza de Bilbao hacia mi persona. En cuanto a mí, era suficiente credencial de simpatía moral hacia el que era mi jefe, conocer su historial de la campaña, admirar sus gestos bizarros e impregnados de singular nobleza y ser testigo de su ardentía para asumir responsabilidades decisivas. Esto no me permitía situar a Bilbao en esa casta de seres ambiguos o de escasa vibración interna, que desdeñan o no pueden colocarse al nivel de su destino. También le sabía en pleno disfrute de una gran voluntad, a pesar de su aislamiento y de los fanatismos mordientes de la estulticia más o menos empingorotada. Ello me hacía columbrar en Bilbao cierta predestinación y hasta una inequívoca modalidad de grandeza, como un resplandor en su derredor, y, naturalmente, me hacía experimentar en lo profundo de mis sensaciones el orgullo de hallarme a las órdenes de un soldado excepcional, en



un común y para mí, no por ajeno menos atractivo y trascendente cometido.

En una habitación amplia, sencilla, pulcramente enjabelgada y sin adornos de ninguna clase, con los muebles más indispensables y una larga mesa congestionada de planos y esquicios, lucubraba y despachaba el Comandante del Ejército del Sur.

El coronel Bilbao, una vez anunciada mi visita, se adelanta decidido a mi encuentro, con una expresión acogedora en su semblante. Me tiende la mano como si fuésemos viejos amigos y sin hesitación la más mínima, luego de interesarse por algunos aspectos tocantes a mi persona y mis desempeños, comienza a hablarme, en límites de razonada explicación, de la tremenda misión que pesa sobre la defensa, sobre las probabilidades de éxito con que se puede contar y sobre los urgentes deberes de la hora de sacrificio que se aproxima. Ni excesivamente locuaz, pero tampoco reticente ni menos alambicado, Bilbao me brinda desde el primer minuto la impresión reconfortadora de que todo prometía ir bien en adelante. Sin embargo, al líder no se le ocultan los peligros abismales de la situación, y los cálculos técnicos para todas las hipótesis imaginables ya están hechos, siempre que la batalla en perspectiva pueda sostenerse en el área prevista de la resistencia, pues el espacio libre entre la última línea fortificada y la población es de una exigüidad angustiosa.

Hasta aquí, pendiente de las palabras de mi interlocutor, que suspendían mi ánimo y asaeteaban mi imaginación con el poder hechicero de incontables lenguas de fuego, ya que súbitamente me ponían en contacto con la inminencia de una prueba tan temida como anhelada, que podía llegar a ser tan negra y tormentosa como puede

serlo la tiniebla sin consolación de lo irremediable. Hecho el orden en mis ideas y confirmando mi decisión de no retroceder, puedo fijar más reposadamente la atención en mi jefe. Su talante físico y espiritual me predispone gratamente a su favor. Una estatura regular y una contextura ósea que hubiera sido recia si no se exteriorizara algo esmirriada por las frecuentes privaciones y desgaste nervioso de las prolongadas vigiliass. Un rostro rasurado, de matiz lindante con lo cetrino y marfileño por la transparencia de su tez, levemente acusadora de ese pigmento que los implacables soles de la meseta andina, desde centurias que se pierden en la noche de los tiempos, han impreso sobre sus pobladores; unos ojos oscuros, cargados de voluntad y magnetismo, en revelación de una vida interna poderosa y continente, y siempre dispuestos a rubricar con adecuada consonancia de reflejos el giro voltaico de sus afirmaciones o el más mitigado de dudas; un desembarazo cordial y de encantadora sencillez de sus gestos y ademanes —cosa rara en un caudillo—, amén de su indumento de campaña impecable, su camisa kaki con las insignas de su grado, sorprende en ese alto oficial sobre el que tantas leyendas desencaminadas de hosquedad y taciturnidad circulaban.

Bilbao no temía una irrupción en profundidad por parte de las Divisiones concentradas para el efecto por el general Estigarribia; pero si aquello llegaba a ocurrir, en concepto de aquél no restaba sino morir; y esta vocable en sus labios, musitado una y otra vez con cadencia de convencimiento y tono broncamente musical, adquiría un extraño diapasón de ritual solemne.

—Podrá tener presente el señor teniente coronel, que en caso de ceder nuestras líneas Villa Montes se

convertiría en una ratonera y las fuerzas del Pilcomayo quedarían cortadas y libradas a su destino. Las montañas escarpadas del fondo se opondrían a cualquier proyecto de repliegue de la masa principal; en cuanto a salir por el «Angosto», ello requeriría poder atravesar el Pilcomayo, que está de crecida, en ese casi inservible artefacto que es la única chalana existente, cuya ineficacia y riesgo Ud. bien conoce. (Efectivamente, ese mismo día, al pasar el río, me había tocado en suerte, bastante amarga por cierto, de enfrentar inerme a bordo de la dicha chalana cargada hasta el tope, detenida de improviso en lo más pujante de la correntada, por descompostura del viejo motor impulsador de sus cables, por más de una hora de trágica inmovilidad y crepitante tensión, el torbellino colérico de las aguas descendiendo como en un vértigo de la empinada meseta hacia el bajoplaneo).

—Además, señor teniente coronel—prosigue Bilbao—no obstante haber hecho salir a toda la población femenina e inútil de Villa Montes, se ha podido hacer el cálculo minucioso que se necesitaría que la chalana funcionase sin parar siete días y sus noches—lo que es imposible por el crecimiento de la corriente propio de la estación—para transportar de una orilla a otra a la tropa conjuntamente con sus armas y bagajes livianos. De modo que toda idea de evacuación, antes o después de un quebranto generalizado que pudiera sufrir la resistencia, hay que desecharla por impracticable y contraproducente. En efecto, una brecha profunda sería aprovechada por los paraguayos en pocas horas, y me resisto a ensayar la descripción del cuadro que se derivaría de un percarce como el insinuado.

—Por esto —continúa explayándose Bilbao— para poder cumplir con la consigna, he decidido que no se adelante labor alguna preparatoria de un repliegue, con lo cual bien puedo parodiar a Hernán Cortés en el trance de quemar sus naves, análogo al que ahora estamos abocado.

Concluida que fué la exposición que indulgentemente quiso hacerme el coronel Bilbao, a su invitación cambiamos ideas sobre la cooperación de artillería, con tiro de enfilada oportuno, pudiendo llegar al máximo de su alcance, por las baterías del Pilcomayo sobre las líneas paraguayas que se aprestaban a saltar como un leopardo sobre el campo atrincherado. En este respecto, como se hacía conveniente emplazar un cierto número de bocas de fuego en los asentamientos que permitieran practicar aquella clase de tiro, sin tener que recurrir, en lo posible, a posiciones de cambio, pues el tiempo se hacía breve para la elección esmerada de los objetivos y su correspondiente traducción astronómica en los planos directores, me tomo la libertad de interrogar a mi jefe acerca de su preferencia por la primera o segunda línea fortificada para desarrollar el esfuerzo supremo, caso de ser requerido por la actitud del enemigo. Me contesta que ello dependería siempre de las circunstancias; pero que todo su anhelo y su más vigorosa voluntad se afincaban en el mantenimiento de la primera línea (velo), por razones estratégicas, y sobre todo naturales, que era fácil colegir. Con todo, no podía asegurarse anteladamente que no hubiera que recurrir a la línea principal de resistencia.

La resolución, en principio, del comandante de la plaza y del sector, parecióme la más sabia, ya que permitiría controlar con oportunidad cualquier ruptura

parcial de la línea adelantada, contándose siempre, aun si progresaba la cuña, con el respaldo de una nueva línea, tanto a más poderosa que aquélla. En cambio si se abría una brecha en la última línea tal hendidura podía ser fatal, al ensancharse y profundizarse, ya que su único correctivo tendría que buscarse en acciones abiertas de naturaleza muy célere, procurando desesperadamente aferrarse al terreno, organizando febrilmente nuevas concentraciones, ensayando problemáticos despliegues bajo la voluntad ya avasalladora del irruptor; y todo lo anterior bajo el factor mil veces oprimente de ir a la zaga de los acontecimientos y bajo la insondable angustia de verlo estrecharse... hasta su tal extinción, el espacio para maniobrar.

La dinámica humana cuando está animada por algún soplo genial y una voluntad inflexible, suele llegar a transformarse en taumaturgia en cuanto a resultados. De esto pude ser testigo durante el periodo de algunas semanas en que se debatiera la suerte definitiva de Villa Montes y con ella el desenlace mismo de la guerra. No puede haber deformación de juicio acerca de los acontecimientos de naturaleza más histórica que militar ocurridos en el dintel boliviano del Chaco, pues ahí está su perspectiva airosa y resplandeciente, que podrán orgulloosamente contemplar por siempre las generaciones de Bolivia; tampoco puede haber grave desconcierto en la visión crítica de los hechos, ya que es de todo punto irrefragable que el comando del coronel Bilbao Rioja en Villa Montes, se sobrepuso triunfalmente a todos los peligros, a todas las dificultades, y hasta al desaliento mismo, cuyo proceso de carcoma se hallaba ya muy avanzado cuando el verbo profesional sincero y el comportamiento bizarro,

a modo de método quirúrgico, se concitaron para detener su progreso.

Y si de las precedentes afirmaciones surge un voto de respeto y de admiración por el jefe que realizó el milagro de infundir la esperanza en los corazones agostados por tanto infortunio, en buena hora que así quede de manifiesto, pues bien se lo merece. Y si el sentimiento público de lo admirativo puede enaltecer a quien es prodigado, no es menos positivo que puede honrar también a quien lo formula, desde cuando se requiere de un alma sin cálculo ni envidia, y de un espíritu independiente y de inspiración ecuménica en aquello de interpretar la justicia, para reconocer y pregonar desinteresadamente el mérito ajeno.

La atención personal de Bilbao no descuidaba nada en todo el extenso perímetro de la jurisdicción de su mando, desde Camatindi hasta D'Orbigny, este punto sobre la frontera argentina.

Una de esas noches tenebrosas y cargadas de incertidumbre, la red telefónica paralela al Pilcomayo se estremeció pávida con la amenazante novedad que fuertes fracciones paraguayas se lanzaban a forzar el paso del río. Se colegía de ello el propósito de anonadar la flanco-guardia estratégica del campo atrincherado de Villa Montes, para reducir a éste de un modo consecuente. En ausencia transitoria del coronel Rivas, comandante de la 4ª. División, custodia del frente que tenía al río Pilcomayo como baluarte, cúpome, de acuerdo con el Jefe de Estado Mayor divisionario mayor Rodolfo Flores, cuya excelente y eficaz solicitud encarnaban toda una garantía de previsión, asumiendo funciones de oficial más caracterizado, tomar participación en las cábalas y resoluciones

que se hicieran urgentes. Así, se cursaron rápidamente instrucciones de acción y apresto, y poco después el peligro, si realmente lo hubo, quedó conjurado. Los atacantes habían conseguido vadear sólo un brazo del río y quedaron a la expectativa en una isla que lo promediaba, hasta cerca del amanecer, haciendo fuego intermitente de contestación sobre la ansiada ribera. Cuando despuntó la nueva aurora, se pudo constatar que la fracción paraguaya —quizá una compañía— se había ya replegado a la orilla de partida.

Como era de rigor en esas circunstancias, se dió parte inmediato al Comando del Gran Sector y sin embargo que el peligro habíase desvanecido, el coronel Bilbao Rioja no tardó sino unas horas en hacerse presente en el asiento de Comando, luego de un recorrido de cuarenta o cincuenta kilómetros, en camión, por el pésimo y único camino ribereño al río, y que a estos inconvenientes sumaba el hallarse controlado, con ligeros intervalos, por las armas automáticas y morteros de la banda opuesta. Anoto esta circunstancia de la visita de Bilbao, pues no era frecuente recibir inspecciones en esa línea algo preterida y en exceso peligrosa para los viandantes, puesto que la vía de acceso a ella casi se confundía con la primera línea. Además, la velocidad necesariamente lenta con que se podía desplazarse y esos dilatados trozos de vía bajo la factible siega de la metralla enemiga, no invitaban en realidad a iniciativas de aquel género. Es de advertir también que el ancho del río fluctuaba entre los cuatrocientos y ochocientos metros de una escarpa a otra, encima de las cuales se tendían las trincheras de vigilancia.

En la ocasión rememorada, Bilbao, luego de visitar la línea, compartió con el personal del Comando



divisionario la ligera colación del medio día. Por tácito acuerdo con el mayor Flores, a mí me correspondió darle a conocer al jefe superior nuestras aprensiones y necesidades, conjuntamente con una síntesis de nuestro esquema defensivo, pues en esos días teníamos unánimemente por cierto, a causa de informaciones captadas en territorio argentino, y por los síntomas de actividad que se advertían en la banda contraria, que el Comando paraguayo pretendía —luego de frustradas sus primeras tentativas contra el campo atrincherado— domeñar la resistencia boliviana arrollando el flanco protector estratégico del sistema principal, pasando en fuerza el río Pilcomayo. El coronel Bilbao, con su seguridad acostumbrada, nos disuadió de este supuesto, afirmándose en que el adversario aun persistiría en hendir frontalmente las defensas de la plaza. En esto, los hechos concluirían por concederle toda la razón, no obstante que propiamente, aleccionado por la tremenda experiencia que ganara en sus tentativas parciales, el enemigo no llegaría a empeñarse en una batalla generalizada y persistente de ruptura con un centro de gravedad principal.

Bilbao recorrió en la aludida ocasión todo el sistema del Pilcomayo, apreciando con su serenidad y visión peculiares el complejo de sus particularidades y correctas exigencias.

Mi relación personal con el Comandante del Sector Sur tuvo aún otras oportunidades de hacerse más estrecha. Alguna que otra vez fui llamado a su despacho por determinada cuestión del servicio, o lo visité de propia iniciativa. Inalterablemente nuestra charla fué amena y comprensiva, dejando en mi acervo profesional y moral no pocas útiles inducciones. El coronel Bilbao,



aunque sin pretensiones de ningún género, es un catedrático fluido de lo esencial de las virtudes militares. Empero de que se suele aseverar que el orgullo es un fundamento imprescindible de la ciencia de mandar, el caso particular de Bilbao es que sabe hacerse obedecer como nadie, sin tener que recurrir a desplantes enfáticos o teatrales. En el vencedor de Villa Montes, la seducción imperativa habla al corazón de sus subordinados como si lo hiciera esa cauta y vieja maestra de la experiencia, vale decir en voz baja y con poderío de convicción inigualado, sin perjuicio de poderlo hacer también de una manera incisiva y con acento categórico. En este respecto, no puede ignorarse que Bernardino Bilbao, en momentos cruciales, no tuvo empacho el más mínimo para ser ejecutor de las vindictas extremas que la Ordenanza de campaña y el honor militar impusieran. La proverbial sensibilidad de nuestro biografiado, que a ratos se avecina a la perfecta bonhomía, sabe sacudirse cual lo hiciera la crinera de un león, en los momentos álgidos del ser o del no ser, para volcarse íntegramente e identificarse acto seguido con las resoluciones más temerarias. Un hombre sensible puede ser tan bondadoso como alternativamente enérgico. Y en Bilbao se confirma plenamente esta premisa,

No fué extraño entonces que a tan relevantes dotes intrínsecas del caudillo se uniera la eficiencia de sus previsiones técnicas, creando un anudamiento armónico de factores positivos y en todo concordante. A este fenómeno, creemos, se debió preponderantemente que Villa Montes no resultara una caja de sorpresas.

Si involuntariamente, por cierto, en oportunidad señalada que se nos presentara, no dimos a la publi-

cidad las principales piezas documentales de la histórica resistencia, hoy lo hacemos con hondo beneplácito y en la certidumbre de reparar una inexcusable omisión, no obstante que de ningún modo tuviera carácter de conspiración contra el mérito de los hechos.

## COMANDO SECTOR SUD

### Sec. Op.

C.G. Villa Montes, 24 de enero de 1935. Hs. 21.

Orden de Operaciones No. 1.

Para la Defensa del Sector.

### 1.— *Distribución de fuerzas.*

De acuerdo con la Orden de Ejército No. 6-35, las fuerzas del Sector Sud **quedarán organizadas en la siguiente forma:**

A).—A disposición del Comando del Sector:

3a. División (R. I. 16, R. I. 33, R. I. 41).

2a. División Cab. (R. C. 1, R. C. 20).

Regto. «Lanza» 5º. de Cab.

Grupo Arteaga.

B).—Primer Cuerpo de Ejército, con su formación actual.

C).—Cuarta División (R. I. 3, R. I. 6, R. C. Pilcomayo).

Detalle de la formación de guerra, en el cuadro adjunto).

### 2.— *Misiones:*

A).—Cuarta División: Defensa de la margen derecha del río Pilcomayo, desde D'Orbigny hasta la altura de la primera línea de resistencia del Campo atrincherado de Villa Mortes.

B.—Primer Cuerpo de Ejército; Defensa de Campo atrincherado de Villa Montes. El Comando del Sector Sud pone a disposición del C. I. C. E., por de pronto, la 3ª Div., 2ª Div. Cab. y el grupo de Reserva. La primera línea de resistencia será ocupada por dos Divisiones, quedando dos como reserva. Mientras se organice el último velo, quedarán también a disposición del C. I. C. E. el R. I. 6 y el Grupo Artega.

C).—Regto. «Lanza» 59. de Cab.; Defensa de los Pozos de Camatindi y al mismo tiempo protección del flanco izquierdo del campo atrincherado de Villa Montes.

3.—P. C. del Comando del Sector, en Villa Montes (Hotel Schnorr) donde el C. I. C. E. y la 4ª Div. enviarán sus partes desde el día de mañana, 25-1, a horas 12.

P. C. de la Cuarta División, continuará en Bella Esperanza.

P. C. del Primer Cuerpo, sobre el camino a Caigua, entre A y Ch. Mientras se hagan las construcciones, el Comando del Cuerpo se trasladará a Villa Montes, dejando fuera de la población zapadores e intendencia.

P. C. del R. C. 5, en Camatindi. Partes por radio.

#### 4.—*Disposiciones complementarias.*

A).—*Sanidad.*—El Cirujano Mayor del Primer Cuerpo de Ejército: sin perjuicio de la atención de su unidad, desempeñará interinamente el cargo de Cirujano Mayor del Sector Sud. Con el personal y material disponibles de las unidades que ocuparán el Campo

atrincherado de Villa Montes organizará el servicio sanitario en la siguiente forma: El personal y material de los Regimientos será completado; se organizará un Hospital Quirúrgico en Villa Montes; un Hospital de recuperación en San Antonio y el Hospital Central del Sector Sud en Puesto Central.

B).—*Intendencia*.—La Intendencia del Sector Sud se establecerá en el antiguo local del Hospital Meleán (Chalana). El aprovisionamiento de víveres hará la intendencia del Sector a las Intendencias del Primer Cuerpo y Cuartadiv. El Regimiento Lanza será aprovisionado mediante columnas de mulos. Depósito de municiones en Villa Montes.

C).—*Transmisiones*.—El Primer Cuerpo quedará con la Compañía de Transmisiones del Cuerpo. Las Divisiones con sus respectivas Compañías, el Batallón de Transmisiones del Primer Cuerpo pasa a depender del Comando del Sector Sud.

D).—*Transportes*.—La Maestranza de Villa Montes pasa a depender del Comando del Primer Cuerpo. La Maestranza del Batallón Tren No. 1 y las postas de la 1ª., 3ª. y 8ª. Divs. y la de la 2ª. Div. Cab. con todo su personal y material pasan a órdenes del Intendente del Sector.

CNL. B. BILBAO RIOJA.

Coronel, Comandante del Sector Sud,

COMANDO SECTOR SUD

RESERVADO

*Directivas complementarias a la Orden de Operaciones  
No. 1.*

(Para Comandos de División y de Regimiento),

*1.—Organización de Unidades.*

La Cuarta División está actualmente formada por el R. I. 3 y numerosos Destacamentos de reclutas en los que se hace sentir la falta de oficiales. Con objeto de hacer un encuadramiento más sólido, pasa a la Cuarta Div. el R. I. 6 que deberá ser completado a un efectivo de 1.500 plazas. Sobre la base del grupo de Caballería del Sud y completando su efectivo a 1.500 plazas, se organizará el R. C. Pilcomayo. Si queda tropa disponible se irá aumentando a las anteriores unidades, pero sin crear otras no contempladas en la formación de guerra.

El I. C. E., 3ª. Div. y 2ª. Div. Cab., incorporarán a las unidades consignadas en la formación de guerra todas las demás fracciones, las que; dentro de la situación actual, no tienen razón de existir.

El personal destinado a Intendencias y otros servicios, será reducido al minimum fin de poder aumentar los efectivos de las tropas combatientes.

Con las tropas actualmente disponibles en Villa Montes y los contingentes por llegar se irá completando los efectivos de los Regimientos de Infantería y de Caballería, por de pronto, a mil doscientas plazas.

Las Divisiones que tiene la misión de defender el Campo atrincherado de Villa Montes, estarán más reunidas, más a la mano de sus Comandantes. Es necesario

aprovechar esta circunstancia para que los Comandantes de División, Jefes de E. M. Divisionarios y Comandantes de Regimiento, puedan conocer minuciosamente su personal, dándose cuenta exacta de sus aptitudes y de sus deficiencias. El desarrollo de las operaciones en los últimos meses ha obligado a una nueva organización de las Divisiones y aún dentro de los Regimientos, los Batallones han estado en distintos sectores. Es urgente ahora conexionar las Divisiones y los Regimientos, desarrollando así la moral y el espíritu de cuerpo, factores de importancia decisiva en la campaña y en la batalla.

Los medios para llegar a este resultado, son dados a cada Comandante por su patriotismo y voluntad y entre esos medios no puede omitirse la instrucción (teórica y práctica), plan de trabajos, el contacto frecuente con oficiales y tropa y el estudio en conjunto de las hipótesis que se presenten dentro de la misión de cada unidad.

El resultado máximo de conexión habremos conseguido cuando cada Jefe y Oficial, esté seguro de que el superior inmediato, además de controlar su labor, está siempre dispuesto a ir en su ayuda con todos los medios de que dispone.

La disciplina ha sufrido un serio relajamiento por la misma dificultad de los Comandantes para seguir de cerca a sus subordinados. La mayor reunión de las unidades permitirá ajustar esos resortes flojos. Los Comandantes deben ser inexorables en esta labor fundamental.

En resumen, juntamente con la preparación de la batalla que seguramente se librará en Villa Montes, nuestra labor es de «organización». Estas labores nos

dan la mayor garantía de éxito en la batalla próxima y en las operaciones futuras.

El propósito del Comando del Sector es que los actuales Comandantes, se desenvuelvan ampliamente en su labor, evitando cambios que perjudican a los Jefes y a la tropa por falta de conocimiento y confianza recíprocos. Por esto mismo, recomiendo un estudio sereno de sus Comandantes subordinados para proponer cambios justificados.

## 2.—Misiones.

A).—La Cuarta División ve facilitado el cumplimiento de su misión por la creciente del río Pilcomayo. Mientras dure esta situación sólo es de temer golpes de mano del enemigo, para lo que las unidades deben tener instrucciones precisas para su desplazamiento al punto amenazado. Con la organización actual se presentarán muchas dificultades las que disminuirán al organizarse sólidamente las unidades previstas en la formación de guerra.

El desplazamiento lateral de las tropas y el juego de las reservas es consecuencia directa de la oportunidad de los partes. Para ésto, el Comando del Sector gestiona urgentemente la provisión de material a fin de que cada P.C. de Compañía pueda disponer de un teléfono.

El sector comprendido entre Palo Marcado y la primera línea de resistencia del campo atrincherado de Villa Montes debe ser sólidamente ocupado.

El Comando de la Cuarta División recibirá instrucciones sobre los nuevos trabajos que debe ejecutar en su sector.

B.)—El Primer Cuerpo de Ejército, reforzado con dos Divisiones, tiene grandes recursos para cumplir su misión y dar nuevas páginas gloriosas a su historia. Si el enemigo se propone tomar Villa Montes, empleará grandes masas y mucho material. Los partes recibidos señalan una gran concentración en Capirenda.

En los últimos meses, el enemigo ha preparado la batalla de ruptura con dos y más divisiones y su procedimiento ha sido el siguiente: Preparación de caminos y sendas paralelos y perpendiculares, respectivamente, a nuestra línea. Desde la base del camino paralelo hizo dos o tres tentativas de ruptura sobre un punto. Cambio del centro de gravedad a tres o cuatro kilómetros, sobre la misma base. Intensa preparación de artillería y morteros antes de lanzarse al asalto en columnas escalonadas en profundidad. Producida la ruptura, ensancha la brecha a 1—2 Km. y las fracciones encargadas de esta tarea se establecen formando callejón con frente a ambos lados. Unidades escalonadas atrás de las columnas de asalto avanzan resultantemente hacia su objetivo. En los caminos que cortan quedan fracciones que avanzan a ambos lados y se establecen formando callejón. Una fotografía del sector por atacar puede dar al enemigo una idea clara sobre los objetivos sucesivos y los medios a emplear.

Los casos probables en el ataque a Villa Montes pueden ser: (hipótesis).

—Ataques desde las direcciones de los caminos de Yacuapinta, Santa Teresita, Capirenda y Camatindi.



—Un solo ataque con la masa de sus fuerzas (gran objetivo)

—Ruptura cerca del río y aislamiento de unidades (Caso de Ibibobo).

Estas hipótesis y otras que planteen en los Comandos, determinarán también el estudio de:

A.)—Decisión del Comandante. Colocación de las reservas. Juego de ellas. Vías de acceso.

B.)—Emplazamiento de la Artillería, manejo de la masa de Artillería. Instalación de la red telefónica y de redes de emergencia.

C.)—Preparación de nuevas líneas de resistencia.

D.)—Escalonamiento y consumo de municiones.

E.)—Defensa inmediata del Puente y de la Chalana, para garantizar su funcionamiento, en caso de una ruptura profunda.

El estudio de estos problemas facilitara a cada Comando (Cuerpo y División) su decisión y la ejecución.

La idea de restar libertad de acción o de «inmiscuirse» debe ser suficiente para impedir a los Comandos su intervención en los Comandos subalternos. Al contrario, el Comando de cada unidad, como responsable, debe estar donde vea que su presencia es necesaria para dar órdenes o estimular la acción de sus subordinados.

El Comandante de Artillería del sector Sud, será el Jefe de toda la Artillería de Campo atrincherado.

El consumo de municiones de Infantería no debe limitarse. Se enviará al C. I. C. E. el detalle de las existencias de munición de Artillería y Morteros para prescribir su consumo.

El ala izquierda de la primera línea del campo atrincherado se apoya en una zona escarpada de serranía. Esta ala puede considerarse asegurada por algún tiempo (Dificultad de reconocimiento de parte del enemigo). Un envolvimiento es difícil por la naturaleza del terreno. En todo caso, desde la altura del último observatorio, debe dirigirse exploraciones hacia la serranía principal de Tarairi (N. E. y E. siguiendo las quebradas) y hacia el angosto de Caigua; todo con objeto de completar el estudio del terreno, que, como queda dicho, es sumamente difícil.

El flanco izquierdo del campo atrincherado está protegida por el R. C. 5. La serranía entre los Pozos de Camatindi y ala izquierda de la organización de Villa Montes, es sumamente escarpada. Sin embargo, es posible, por determinados puntos, abrir sendas por donde pueden «trepar» patrullas. El R. C. 5 que seguramente será atacado por la atracción que tendrán los pozos (visibles desde el llano) para el enemigo no tendrá un control, sobre toda la serranía sino en el tramo por donde pasa la senda Camatindi-Caigua, siguiendo la cumbre de la serranía. La senda anterior, a la altura de Tarairi y debido a la presencia del gran cerro de Tarairi, desciende a la quebrada de Caigua y sigue por ella hasta el angosto. Es en la zona donde la senda desciende a la quebrada que el I. C. E. debe mandar una fracción permanente de protección inmediata de su flanco izquierdo. Así el contacto del R. C. 5 será facilitado. La seguridad de Villa Montes, en su retaguardia, en el sector quebrada Caigua, Río Caipipendi y Pilcomayo será estudiada por el Comando del sector.

Después de un tiempo de preparación y organización del Campo atrincherado de Villa Montes, será posible, si la situación lo exige, retirar una o dos Divisiones a disposición del Comando del sector o del Comando Superior. El Comandante del Cuerpo debe prevenir este caso.

#### *Sanidad:*

La organización sanitaria dentro del Campo atrincherado se reduce a los puestos de Batallón y Regimentarios y al Hospital Quirúrgico de Villa Montes. Se suprimen los puestos colectivos y los Hospitales Divisionarios.

#### *Intendencia:*

En lo que se refiere a Intendencia, transportes, etc. el Comando del Sector tiene el propósito de descongestionar en lo posible la margen izquierda del Río Pilcomayo (San Francisco) y facilitar la labor del Intendente del Cuerpo llevándole con sus columnas los elementos que precisa. Mientras se organice el personal, la atención seguirá haciéndose como de costumbre.

En vista de la reunión en que quedan las unidades, las pequeñas distancias por recorrer y las consideraciones anteriores, se fija el número de camiones que tendrá cada unidad, en la siguiente forma:

Regimiento de Infantería	2
Comandos División	4 (incl. 1 para zapadores)
Comando Cuerpo	10
Comando Artillería Sector	1
Por pieza de Artillería	1 camión
Sanidad y comunicaciones con sus actuales vehículos,	

Todos los demás camiones deben ser recogidos por el Regto. Tren para su reparación y alistamiento en la maestranza de Puesto Central.

Con método y empleando cuando sea necesario, algunos camiones de artillería, las necesidades serán ampliamente satisfechas.

#### *Documentación:*

Es urgente poner al día las listas de revista y nóminas de personal. Estamos obligados a este trabajo permanente porque así nos exige nuestro deber de superiores, para asegurar la situación legal posterior de nuestros combatientes, el pago de sus haberes y socorros o para que ellos sean cobrados por sus herederos. Finalmente, es nuestro deber calmar en alguna forma, la angustia de tantos hogares por falta de noticias de sus hijos, padres hermanos.

---

El Comando del Sector será inflexible al exigir el cumplimiento de sus órdenes, de las que den los señores comandantes de Cuerpo y de División. Estos Comandos deberán proceder en igual forma y, dando el ejemplo, exigir que los comandos subordinados den sus órdenes claras y concretas y por escrito (salvo en algunos momentos del combate mismo).

Es tiempo ya de convencernos de que el incumplimiento de las órdenes ha influido en el desarrollo de las operaciones, trayéndonos serios contratiempos y comprometiendo muchas veces la situación de las grandes unidades.

La ineptitud se escuda en la indolencia. Hemos visto casos de oficiales que se han hecho «indeseables» en

su regimiento y división por su pereza y lo peor es que con esta conducta han conseguido lo que buscaban: ir a puesto de retaguardia.

La hora actual es de extrema gravedad para la Nación. Debemos exigir el máximo esfuerzo y el cumplimiento de los deberes y obligaciones que la situación nos señala.

Todos los informes recibidos hasta ahora en el Comando del Sector, hacen ver que la moral y el espíritu de la tropa son buenos, faltando solamente el estímulo y la conducción de sus Jefes y oficiales.

Recomiendo a los señores comandantes la máxima serenidad para apreciar la conducta del oficial. Así como han faltado sanciones, en muchas ocasiones no han habido recompensas. Al Jefe y al oficial que procede siempre con justicia, su tropa le respeta, le obedece y le sigue.

Villa Montes, 25 de enero de 1935.

CNL. B. BILBAO R.

Coronel, Comandante del Sector Sud.

## COMANDO SECTOR SUD

### Sec. Op.

C. G. Villa Montes, 20 de marzo de 1935.

Instrucciones para las fuerzas del Campo atrincherado del Villa Montes.

1.—*El enemigo* a partir del 16 de Marzo concentra fuerzas frente al sector del Campo atrincherado, conservando el centro de gravedad a la altura de Puesto Villa-Picada Tunari. Los caminos de la orilla del río Pilcomayo y los que vienen de la dirección Machareti han demostrado huellas de un tráfico muy superior al ordinario.

Las fuerzas que atacaron en el sector Ururigüa a la Séptima División, han abandonado sus posiciones sin haberse podido constatar hasta ese momento, la dirección y profundidad de su retirada.

La documentación que se ha capturado al Reg. Corrales, hace ver la magnitud del golpe sufrido por el adversario en los días 16 al 21 de febrero (lo que los paraguayos llaman Primera Gran Batalla de Villa Montes). Se ha encontrado la orden original dando por concluida su ofensiva, en vista de la fuerte resistencia ofrecida por el adversario.

Los últimos refuerzos han sido enviados precipitadamente de Asunción, consisten en 2,000 hombres (para todo su Ejército) de servicios auxiliares, hombres maduros y niños de 16 años que han entrado a la línea sin instrucción.

2.—*Nuestra situación* en lo que se refiere a efectivos y aumentos, es superior a la que teníamos el 16 de febrero cuando el enemigo inició la primera gran bata-

lla de Villa Montes. Las bajas sufridas por nuestras tropas el día 16 de Marzo han sido cubiertas con reservistas instruidos y en número superior a aquellas.

En el curso de hoy cada unidad del Sector del Campo atrincherado, recibirá como refuerzo a su potencia de fuego seis pistolas ametralladoras marca Wolothum.

El alto espíritu de la tropa se ha demostrado por su formidable empuje al romper la organización defensiva del enemigo en diferentes puntos y por la forma encarnizada como ha combatido.

- 3.—*La intención del enemigo* puede ser volver a su primer objetivo y reiniciar el ataque a Villa Montes. Con este objeto, es de suponer que monte una operación más vigorosa que la del 16 de Febrero.

El ataque nuestro del 16 de marzo nos ha revelado que el enemigo, hasta ese momento no tenía un dispositivo para la ofensiva de Villa Montes y sus preparativos han de demorar en algunos días (transportes de tropas, acumulación de municiones).

- 4.—*Misión del Primer Cuerpo de Ejército* continúa la misma, defender Villa Montes tenazmente.

- 5.—El Comando del Primer Cuerpo de Ejército dará sus órdenes para que a la mayor brevedad posible se organice el dispositivo de defensa que garantice el rechazar cualquier ataque que intentare hacer el enemigo. Desde luego, es necesario aprovechar todo el tiempo posible y dar la mayor intensidad a los trabajos para rectificar la línea del interior del bolsón a fin de acortarla y retirar el resto de las tropas empeñadas (uno de los objetivos del ataque del 16—Marzo); la reorganización de las unidades y el retiro

a segunda línea de los Regimientos que tomaron parte en la maniobra a fin de que puedan descansar y tomar su colocación como unidades de reserva.

- 6.—Es necesario que las divisiones, de su parte, activen por todos los medios a su alcance, la exploración y reconocimiento dentro de sus respectivos sectores, a fin de orientar al Comando sobre la densidad del enemigo, la distancia a la que se encuentra de nuestras líneas, los trabajos de fortificación que tenga y por consiguiente sus intenciones.
- 7.—El Comandante de Artillería pondrá toda su atención en la acumulación y distribución de munición.
- 8.—Del interés y actividad que cada Comandante de División, Regimiento, Batallón y Compañía, dependerá el mejor grado de alistamiento con que esperemos el ataque del enemigo en la segunda Gran Batalla de Villa Montes.

CNL. B. BILBAO R.

Coronel, Comandante Sector Sud

La hemorragia paraguaya frente a Villa Montes, permitió en rigor de lógica militar que el ejército de Bolivia recuperase la iniciativa estratégica y, por ende, la orientación, antes perdida, de la victoria final.

Aquello pudo hacerse en gran escala, con gran superioridad de medios y seguramente con resultados fustos para el Paraguay; pero si no se hizo fué porque la energía y la voluntad boliviana no llegó a convergir en una exigencia fundamental para alcanzar el éxito en una contienda bélica: disponer de un buen Comando.

Si Bilbao Rioja, por comportamiento feliz reiterado polarizó en su persona las ansias del país todo en



esto de alcanzar el vigor y los objetivos naturales de las armas bolivianas; el juego de los intereses en camino de consolidación y la debilidad exhaustiva de un gobierno inoperante, constituyeron un muro impenetrable e impermeable a toda innovación salvadora. Despejado el peligro inminente las cosas continuaron como antes.... Igual había ocurrido después del «Kilómetro 7».

Es cierto que el ejército pudo reaccionar eficazmente en servicio de sus ideales y del exacto cumplimiento de su misión; pero Bilbao Rioja, el hombre del destino, a la vez que imán de la confianza nacional, jamás quiso escuchar una palabra extraña a la convicción de su subordinación. En esto pudo, desde cierto ángulo, existir error, pero el gran soldado, cometiéndolo continuaría, como toda su vida, fiel a su ley observante de lo normal y estatuido sin discriminación permisible, a la vez que de espejo inmaculado del deber ciudadano y de la disciplina militar.

Ingratitudes, posposiciones y asperidades de Gólgota encontró, en cambio, por su desinterés y sus servicios eminentes. Ello estaba escrito en la frente del elegido, que recorre su trayectoria impávido a las asechanzas de la suerte e indiferente a las claudicaciones complicidades del cálculo, sin otra estrella tutelar que la de su conciencia enfervorizada y, acaso, la ambición de merecer, como una fresca aura póstuma, el respeto reverente de la Historia y de las generaciones que deberán inspirarse en sus sentencias.

Sobre lo insinuado antes, y a manera de colofón de este capítulo, será útil que el lector conserve memoria de lo que el coronel Angel Rodríguez, Jefe de Operaciones y delegado del Comando Superior a las confe-

rencias de armisticio celebradas en Buenos Aires, dijera en reuniones previas de la comisión boliviana, y que posteriormente diera a conocer en su serie periodística «Los Culpables».

«En las largas conversaciones que se llevaban a efecto en Buenos Aires, entre los miembros de la Delegación, yo guardaba un silencio absoluto, pues no me tocaba intervenir. Pero llegó el momento de conocer la opinión de cada uno para decidir si se aceptaba o rechazaba la cesación de hostilidades. Alguien opinó en esos momentos de responsabilidad, que se debía consultar al Comando. No pude más y levantándome del asiento dije enérgicamente: «EL COMANDO SOY YO!». Tenía en mi conciencia, que esta afirmación podía hacerla, con mayor derecho que cualesquiera de los dos que habían quedado en Villa Montes, planeando disparates.

«Acto seguido se comenzó a escuchar la opinión de los diferentes miembros. Cada uno emitía sus argumentos en pro y en contra, terminando casi fatalmente, en que sería de gran utilidad escuchar las opiniones del Asesor Militar.

«Cuando hubieron terminado todos, hice una exposición de la situación dejada; pinté la realidad; dije lo que se podría hacer CON UN BUEN COMANDO. En seguida pregunté al Ministro de Hacienda señor Carlos Víctor Aramayo, si se contaba con dinero para continuar la guerra. El señor Ministro contestó que no había dinero. Inmediatamente repuse en mi calidad de Asesor Militar y de personero del Comando: «es mi opinión que se acepte la cesación de hostilidades, PORQUE TAMPOCO HAY COMANDO.....»

«Como me mirasen asombrados por esta afirmación, pasé inmediatamente a explicar las actuaciones desacertadas del Cnel. Toro desde su ingreso al Comanco Superior y terminé con esta frase: Tengo el convencimiento de que al paso en que vamos, acabaremos por entregar nuestras petroleras...».

«Se aceptaron las condiciones propuestas con reformas aquí y allá, y el Dr. Elío, al terminar la reunión me dijo: «No olvidaré jamás, la ayuda que me ha prestado usted».

«Y aún hoy día, tengo el convencimiento de que he salvado las petroleras».

Al desdeñarse la posibilidad de contar con un Comando eficiente y dotado de una elevada capacidad técnica y moral, es incuestionable que la nación boliviana se vió obligada a cargar con el peso y la incertidumbre de un error irremisible, máxime cuando la superioridad lozana de los medios «vis a vis» del cansancio y del músculo ya exangüe del Paraguay, ofrecía las más fulgurantes expectativas de una recuperación casi absoluta de la mayor parte de lo perdido.

Pero continuó actuando un Comando algo indolente, vencido por el lastre de muchas caídas verticales y poseído por ende de ese complejo temeroso del que no ha confirmado superioridades en el campo de los hechos con relación a un rival más fuerte o más capaz.

La lucha en el Sector Central (zonas de Boyubi y del Parapetí), sin un exceso precognición permitió columbrar el porvenir que tendría la guerra entre dos contendientes con diferenciaciones tan marcadas; y éstas a pesar de que la tropa de ambos ejércitos continuaba,

sin apreciables distinguos, alentando un alto coeficiente de bravura y estoicismo. Mientras el Comando paraguayo se exhibía diligente, ágil y resuelto, y hacia dar a los suyos aquí y acullá terribles zarpazos de felino, los que eran escasamente explotados por su notoria escualidez de efectivos y recursos, la iniciativa boliviana —cuando no se hallaba inexcusablemente paralizada, pues poseía elementos sobrados para arrollar con todo lo que se le pusiera al frente— se traducía en maniobras lentas, retardadas, plagadas de intermitencias y carentes de agudeza operativa. La tendencia a la acción frontal y cuando más a realizar «cercos» con tenazas de formación lineal y rala; prescindiendo de la persecución paralela, para así llegar a interceptar con fuerzas suficientes la retaguardia de los paraguayos que se batían en retirada, representó la modalidad estereotipada en la conducción de la contraofensiva boliviana.

En dos o tres ocasiones, me fué dado, en viajes motivados por atenciones del servicio, de Cuevo a Villa Montes, visitar al coronel Bilbao, quien continuaba al frente de tres Divisiones, en el sector entonces pasivo de las operaciones. Un gesto de fatiga, de dolor o de melancolía, cual bruma de malos presagios, anubarraba ahora su faz. Al apreciar los resultados de los avances bolivianos —que tantas esperanzas habían hecho germinar— en los nuevos y amplios sectores de maniobra, se manifestaba condolido y escéptico. Deducía que la campaña, con ese confusionismo y embarullamiento de las directivas y objetivos, no llegaría a un feliz término. En sus palabras no había crítica personal para nadie, mas como profesional y patriota se rebelaba contra la tibieza y falta de sa-

gacidad, y aún de doctrina, de los planeos estratégicos. Cierta vez me dijo:

—Ya me he desprendido de dos Divisiones y de una porción de artillería; aún quieren más refuerzos en el Sector Central para avasallar a un enemigo tan pobre como el que tienen al frente. Ahora se corre el riesgo que retornen sobre Villa Montes, todo esto nada sería si hubiesen directivas bien planeadas y se ejecutasen como lo dispone el arte de la guerra, es decir, no perder de vista los objetivos y velar estrictamente los comandos subordinados sobre la congruencia de tiempo y espacio en los movimientos combinados y de sentido convergente.

Además, Bilbao Rioja experimentaba la desazón de que se comenzara a hablar de concertar la paz, antes de obtenerse por las armas una situación más propicia. También ciertos fermentos de formación de opinión política en el ejército, le preocupaban; pero él no podía intervenir ni remediar nada. Su alejamiento del círculo imperante y su desamor por los embates de la ambición, le imponían una prescindencia total.

Sin embargo, este documento es un reflejo de sus intensas preocupaciones sobre la pretensa paz y sus derivaciones:

Villa Montes, 5 de Junio de 1935.

**PARA SER CONOCIDA POR LOS SEÑORES JEFES Y OFICIALES DEL PRIMER CUERPO DE EJERCITO.**

Las últimas conferencias pacificadoras de Buenos Aires han producido una natural ansiedad en el país. Tanto el Ejército en Campaña como la Retaguardia han abrigado esperanzas de que concluiría honrosamente la

guerra del Chaco. Esta ha sido la más seria tentativa que las Naciones Americanas han hecho para resolver el conflicto. La participación de los gobiernos de Estados Unidos y Brasil que antes se excusaron, por una parte, y y la personalidad de los representantes de las distintas potencias, por otra, daban la impresión de que pronto se llegaría a un acuerdo entre los beligerantes.

Bajo estos auspicios se iniciaron las conferencias de los Cancilleres en la capital Argentina.

Varias informaciones que este Comando ha hecho conocer a los Comandos de División, muestran la obstinación del enemigo para imponer sus puntos de vista que, en el fondo, se limitan a una cesación de hostilidades, sin ninguna esperanza de tratar la cuestión fundamental. El Gobierno de Bolivia, en cambio, traduciendo el unánime sentir de la Nación quiere garantías de que concluirá la guerra, es decir que tiene el propósito de resolver en forma definitiva el último problema territorial de Bolivia.

Tres años de sacrificios necesariamente nos obligan a seguir adelante hasta asegurar una paz honrosa. Sería una mancha para la actual generación dejar pendiente un problema que nuestros hijos tendrían que ventilarlo por las armas. Nuestro sacrificio no puede quedar estéril.

Mientras la diplomacia trabaja activamente, corresponde al país dar mayor peso a esa acción. La mejor gestión diplomática es la que se apoya en un sólido Ejército. Los árbitros y mediadores más que los argumentos de una Nación ven el número de soldados, de cañones y sobre todo la contextura moral del Ejército de que dispone aquella. En el curso de las negociaciones

la opinión de un árbitro puede variar de un día para otro ante la situación militar. Esta situación militar es apreciada no solo por el dispositivo estratégico de un Ejército sino sobre todo, por la cohesión de esa institución armada y, por consiguiente, por su capacidad para la lucha.

Todo lo anterior nos induce a las siguientes consideraciones:

1.—Bolivia desea poner fin al conflicto del Chaco. Ante este imperativo, hará cualquier sacrificio. Nuestros antepasados lucharon quince años para obtener la libertad, sostuvieron guerras con países vecinos para consolidarla y defender el patrimonio nacional.

2.—La esperanza de una paz próxima trae como consecuencia un alojamiento del espíritu combativo. En el caso presente, según informes recibidos, la creencia de que la paz se precipitaría de un momento a otro, a influido decisivamente en las operaciones del sector Norte, donde faltó decisión en los Comandos subalternos y no se alcanzaron los objetivos señalados. A no haber existido esa falsa creencia la situación estratégica sería inmejorable y las pretensiones del enemigo no serían las de un vencedor.

3.—Si durante el período de negociaciones diplomáticas el valor intrínseco del Ejército influye poderosamente en ellas, en el largo período de hacer efectiva la paz, es el Ejército la mejor garantía de que se cumplirán los acuerdos o compromisos realizados.

Las anteriores consideraciones, resumidas en lo posible, señalan el deber de cada ciudadano, de cada soldado: incrementar las fuerzas materiales y morales del Ejército.

El Cuerpo de Oficiales constituye la más sólida columna del Ejército y por consiguiente en su acción reposa la seguridad de la patria. La misión del oficial es incrementar el valor combativo del Ejército. Con su ejemplo, el oficial inspira seguridad y confianza, cohesiona los distintos miembros del organismo que es el Ejército.

Debemos estar convencidos de que la paz que alcancemos será tanto mejor cuanto más sangremos al enemigo. Las negociaciones pacificadoras no deben en ningún caso disminuir nuestro espíritu y voluntad de castigar al enemigo. Solo en esta forma robusteceremos la acción diplomática, sin preocuparnos de lo que pasa en las cancillerías.

Recomiendo pues a los señores Jefes y Oficiales poner toda su fe y patriotismo para llevar a sus tropas el convencimiento de que ahora más que nunca precisamos hacernos y mostrarnos fuertes y alejar del soldado la falsa idea de que nuestros destinos se arreglarán diplomáticamente. Precisamos seguir la lucha con más energía.

Recomiendo finalmente a los señores Jefes y Oficiales multiplicar sus esfuerzos a fin de mantener siempre alto el espíritu de trabajo, de disciplina y la vigilancia del enemigo.

CNL. B. BILBAO R.

Bernardino Bilbao Rioja ha sellado su actuación en la guerra del Chaco, con estas frases que sintetizan su desinterés y su siempre vivo e intenso pensamiento familiar:



«Desde los primeros hasta los últimos días de la campaña, tuve la satisfacción de estar con mis hermanos. Daniel, que salvó miles de vidas en el hospital de sangre de Tarija; Sinforiano, que derramó su sangre en muchas batallas, teniendo el honor de salir de cada batalla con una o dos heridas; Napoleón, herido también en «Kilómetro 7», me acompañó con abnegación, fervor y sacrificio en todas las peripecias, pagándome así su gratitud por todo lo que hice para educarlo y formarlo en Chile, en su carrera profesional. Para este muchacho sólo tengo palabras de amor como verdadero padre, y agradecimiento eterno por haber cuidado mi salud en los años de la campaña.

«El equipo de los hermanos Bilbao, cumplió así su deber, dentro de sus esferas y responsabilidades, para con la Patria, sin ningún otro aliciente».

Ya lo dijimos al empezar esta obra. Los Bilbao Rioja, preparados como habían sido por la sabia y fecunda previsión de su mayores, concluirían por ser, debido a sus desvelos, valentía y sinceridad para servir sus convicciones y deberes, el plasma genitor de un nombre que perdurará en el tiempo. Por su cuenta, Bernardino, el hombre providencial del Chaco, había influido como nadie para reconciliar a sus conterráneos con el Porvenir, en papel de símbolo viviente de la pujanza siempre rediviva de una raza y de un destino.

En su actuación militar se demostró un caudillo inteligente y persistentemente aguijado por la seducción de la responsabilidad y de lo difícil. Como hombre, no actuó en ninguna conspiración contra la verdad, la decencia o las consideraciones debidas a la moral de la Historia. Fué acaso esta conducta propia de un soñador

dor, de un apóstol o de un pensador, pero, con todo, ella marcaría el prodigio de lo que no es corriente, de lo casi excepcional.

Concluiría la intervención del coronel Bilbao en la guerra con el Paraguay, según su relato, de este modo:

«A los pocos días de la desmovilización, pedí permiso al Sr. Tejada Sorzano, Presidente Interino de la República, para que me concediera algunos meses de descanso fuera del país; pues, en los años de la campaña, me atacó una uremia persistente que dura hasta hoy. Con mis simples haberes de grado y sin ningún cargo diplomático, salí con mi señora para Inglaterra. Mi curación fué lenta y cara».

Podrá notarse que en el título de «Presidente Interino», que le atribuye al Presidente Tejada Sorzano, está encerrada la clave del concepto político de Bilbao en la época del Chaco, alrededor de la deposición por vías violentas del doctor Salamanca. Para Bilbao este caballero sólo estuvo alejado, por fuerza mayor, de sus funciones legítimas.

*«La peor desinteligencia no es  
de ideas sino de sentimientos».*

**(Franz Tamayo)**

### XXIII

A su regreso de Europa —fines de 1936— el coronel Bilbao se encuentra con la situación política y general del país un tanto agitada. Factores de depresión económica y de un desear inmoderado llevan a la bolina al bajel del Estado.

Hay descontento, pero no hay rebeldía. En un clima de resignación florecen las incitaciones de estro dantoniano: audacia, más audacia y siempre audacia. El principal síntoma de incertidumbre se enraiza con la creciente inestabilidad de la Junta Militar de Gobierno presidida por el coronel David Toro, que a diario se ve obligada a toda suerte de equilibrios y transacciones para sostenerse donde está. Nadie augura éxito ni perdurabilidad a la gestión militar en la política, por más que se esparsan a todos los vientos ideas renovadoras de contenido social, con la correspondiente pirotecnia verbal y escrita de intención alucinante. La opinión ciudadana —suspendida en sus medios normales de expresión y privada de su instrumento electoral, de virtudes catalíticas— no se manifiesta ni a favor ni en contra del ensayo,

y se mantiene descoyuntada y como en atonía. Se oye sí decir con frecuencia, de un modo casi unánime, con acento de reproche o de sarcasmo, que el Comando responsable de la pérdida del Chaco ha recibido como premio el Gobierno.

Mas la causa principal del malestar no está en la actitud civil, sino en las corrientes antagónicas que van diseñándose gradualmente en el propio seno de la institución armada y gobernante. Ciertamente que hay uno que otro personero del mundo civil en el ensayo; pero estos casi siempre en flagrante minoría, en verdadera orfandad de autoridad, o simplemente en condición de áulicos. Lo incuestionable es que el resultado desfavorable de la guerra chaqueña, y la conciencia adversa que se ha extendido sobre la conducción castrense patentizada, pesa como una lápida de plomo sobre los propósitos de reconstrucción nacional que guiaran inicialmente a los círculos armados que se apropiaron del poder.

El Jefe de Estado Mayor del Ejército de la última fase de la campaña, la más desesperada y la más claudicante en multitud de aspectos, con la salvedad deslumbradora de Villa Montes, en la cumbre cimera del mando político; y el Comandante en Jefe del Ejército, conservando extrañamente su puesto luego de la consagración de la mutilación territorial sufrida, y como mayor y casi exclusivo respaldo de la anormal situación política, representaban una formula de superficie imbricada y de fondo insólito, muy poco explicable. Sólo un prodigio de agudeza por un lado, y de indiferencia por otro, habían podido conducir el proceso de las cosas a una posición semejante. El nervio colectivo relajado por el prolongado esfuerzo de guerra, y amustiado el pensamiento por el

acúmulo de decepciones corrosivas o sangrantes, no ensaya ni siquiera un desplante formulario para contener o restringir la absorción. Se contenta con guardar silencio, sin comprometerse demasiado en el aplauso o en la censura. Y los que por excepción regañan o exteriorizan algún desacuerdo, prestamente son confinados o extrañados. En realidad, el «Comando del Chaco» revela estar más despierto en la capital de la altiplanicie, aterrida por el cierzo de la contradicción y de la ambición, cuando no de la conjura, que en la canícula tropical entenebrecida a intervalos por las sorpresas paraguayas y amenizada, con las correspondientes intermisiones, por el tronar del cañón, o por los destellos del rayo atmosférico.

Ya en el solar patrio, y en disposición física para reanudar sus tareas profesionales, el coronel Bilbao es sorprendido con una invitación para formar parte del equipo gubernativo, en el cual debía asumir la cartera de Fomento. El agraciado por la distinción, se excusa de aceptarla, y esta actitud es interpretada como acto de renuencia y aún de oposición a la Junta y a sus miras. De este modo Bilbao es inscripto en la nómina de los que se tienen por adversarios peligrosos, y por ende, bajo la tácita advertencia que en sus pasos serán contados y sus menores gestos inventariados a objeto de deducir conclusiones favorables a la estabilización y prosecución del régimen.

Un azar verdaderamente providencial del destino, hace que en esa época el que esto escribe alquile una casa que está precisamente contigua a la del defensor de Villa Montes, en la calle Mayor Castillo, del barrio militar de La Paz.

Ya instalado en mi nueva residencia, tengo la amable sorpresa de saber que soy vecino de Bilbao; pero muy poco, sólo días dura esta vecindad que se prometía amable. Un amanecer cualquiera, con la natural estupefacción de mi parte, soy noticiado de que Bilbao había ya salido al exterior, con un destino honroso del Ejército pero apresurado nerviosa y diligentemente por la acucia policial.

Bilbao no había conspirado, pero sus sentimientos cívicos distaban de aprobar un proceso político —por plausible que fuese— desenvuelto a espaldas de la ciudadanía y pasando por alto las normas tutelares de la institucionalidad.

A su paso por la capital argentina, en viaje a Europa, el coronel Bilbao expresó juicio sobre algunos tópicos relacionados con su patria, que le fueron sometidos en el curso de una entrevista solicitada por «La República» de Buenos Aires, y cuyo contexto apareció en el número de dicho órgano de publicidad correspondiente al 24 de enero de 1937.

Entre otras cosas de actualidad, Bilbao declaró: «Con el achatamiento moral de los partidos tradicionales después de la campaña del Sudeste, se ha producido en Bolivia, una verdadera desorientación política, y de sus escombros no ha nacido aún el partido que realmente cristalice los anhelos de justicia y derecho de la colectividad. Por regla general, cualquier partido que se organice a la sombra del Poder, a base de puestos o creados intereses, no perdura; resulta apenas una floración efímera de aspiraciones de grupo».

En cuanto a la constitucionalización del país, el reportado contestó:

«Durante mi permanencia última he llegado a compenetrarme del pensar y sentir del pueblo boliviano, que íntegramente reclama la constitucionalización del país lo más pronto posible con un gobierno que traduzca la opinión unánime de la colectividad, en un torneo democrático libre y de garantías y que lleve su confianza, así como la fe en la vida interna y externa. Allí se busca al hombre que salve las instituciones tutelares, cualquiera que sea el credo político que abraza y que realice las doctrinas de una democracia moderna en la que todos tengan derecho a la vida y libertades más amplias».

Al ser interrogado acerca del porqué no había aceptado una cartera ministerial en la Junta de Gobierno Militar, Bilbao respondió:

«Sencillamente, yo no he sido el gestor y ejecutor de las deliberaciones militares de mayo del 36, y lógica fué por tanto mi excusa cuando se me ofreció un Ministerio. Mis camaradas insinuáronme la aceptación a nombre de la unidad de Ejército y la necesidad de mis servicios a la patria, para compartir las responsabilidades del poder militar en el nuevo periodo de reorganización institucional; conceptué sinceramente que los servicios que se me solicitaban eran políticos y por ética profesional no acepté tal invitación; si se me hablaba a nombre de la Patria, los tenía prestados con creces, con sacrificio de mi vida misma y salud en la campaña del Chaco, conforme consta al pueblo íntegramente. Soy militar ante todo, y si algún día la Patria boliviana requiere nuevamente mis servicios profesionales, volveré al seno de ella, como soldado que tiene conciencia del honor y del deber».

Sobre su pregonado retiro del Ejército para ingresar a lucha activa de la política partidaria, el entrevistado contestó:

«Al respecto debo expresarles, haber manifestado a las autoridades militares, mi anhelo de retirarme de las filas del Ejército a la vida privada, especialmente por motivos de enfermedad, para después encauzar mis actividades a la vida agrícola y minera. Les ruego desmentir categóricamente esa especie, de que mi retiro obedecía al deseo de tomar parte activa en política. Detesto personalmente la política criolla, y como a militar, me interesan solamente las soluciones de los problemas internacionales aún no definidos de mi patria, de la cual he salido conminado por el Gobierno, para desempeñar funciones de índole militar en Europa. No he sido ni quiero ser obstáculo en el plan de gobierno que intenta la Junta Militar y sobre todo, porque como patriota deseo la prosperidad y engrandecimiento de mi país, dentro de un marco de orden, libertad y garantías ciudadanas».

Como crisol resistente de su pensamiento puro de soldado, sin residuo el más ínfimo de protervía, Bilbao, como en todas las ocasiones de su vida, renueva su fe democrática y su aversión por la intrusión militar en negocios de la política. El gran caudillo del Chaco no se contenta con ver lo que tiene ante sus ojos, ni menos se deja imantar por los oropeles de lo fácil y de lo aparentemente consagrado; él piensa en los problemas externos de su patria más que en las disputas de la baraja política. Bilbao no se deja adormecer por el nirvana monótono de los intereses secundarios, con sus engañosos señuelos de destemplada actualidad y su caravana de éxitos efímeros. El, por encima de la retórica literaria y política, que en



raros momentos induce, pero que sólo por excepción precisa, sabe donde esté el nudo principal de los problemas de su patria. En este punto, no se deja engañar con divagaciones de carácter mítico, racial, telúrico, sociológico, y menos con esa fraseología retumbante y empalagosa, de contenido difuso y sentido irreal, que hace abstracción de los asuntos fundamentales en la penumbra de lo incierto y de lo vago, para concretarse a vivir al día y sin mayores preocupaciones que las que susciten el juego contradictorio de los intereses de partidos, círculos o gremios, y el consabido ordenamiento administrativo. Bilbao no ignora que la más reciente catástrofe de la vida republicana de Bolivia —la guerra del Chaco— se relaciona estrechamente con otra anterior —la guerra del Pacífico— y con la herencia de enclaustramiento y de soberanía mediatizada que ésta dejara como torturante cadena para los destinos de un pueblo. Seguramente, de no haber existido la clausura marítima, la guerra con el Paraguay no hubiese estallado nunca. Como un alto y visionario conductor militar y de multitudes, Bilbao desbroza el campo intelectual y moral de su patria, para llegar a la conclusión íntima y férvida que lo sustantivo del descoyuntamiento y malestar bolivianos, es su necesidad de complementación geográfica y política, con la canalización de su riqueza potencial, de su economía social y de sus expectativas innúmeras hacia el soñado periplo que sólo pueden brindar las costas propias y los mares abiertos. Obtenido esto, acaso piensa Bilbao, todo lo demás, economía, cuestión racial, equilibrio social, problemas de vitalidad e interdependencia internos, psicología serena y enderezada al entusiasmo en lo colectivo, al fin de cuentas asuntos adjetivos por no ser de naturaleza infu-

sa ni tener el sello de lo insoluble — como existe experiencia de otros países más afortunados o menos oprimidos— podría recibir un impulso adecuado, a la vez que hallado cada cosa su camino privativo en procura de la satisfacción o de la plenitud. Además, el fantasma de la guerra podría alejarse definitivamente; y así el sacrificio del Chaco, que fuera la derivación de otro anterior, no tendría heredero forzoso.

Pero, lo positivo, es que Bilbao cree que la nación debe sentirse de una vez gobernada; pero no para provecho y jactancia de conmitones, sino para realizar sus auténticos fines de entidad libre y amante del progreso. De esta guisa, Bilbao se abstiene de buscar coincidencias de opinión, que puedan significar menoscabo para sus principios y para la integridad de su acervo moral. Bilbao no obstruye, ni dificulta ni conspira, pero tampoco se presta a complicidades livianas. Como siempre, su voluntad tiende de preferencia a diafanizar su conducta y a mantener impoluta su conciencia. De este modo, y no de otro, cree hacerse digno de su patria y hallarse en condiciones de servirla con señorío y desprendimiento. Fuera de la moral del sacrificio, de la responsabilidad y del deber ciudadano, el militar empapado de ideales cívicos no ve ningún otro atributo que les iguale para hacer efectiva y enaltecedora la función de un hombre que se funde con la colectividad para serle útil y también para honrarla. Por eso, aún con riesgo de su persona y tranquilidad, Bilbao, en esta ocasión como en muchas otras, sabe y puede mantenerse exento de sugerencias alucinadoras, no significándole mucho que la ocasión de semblante placentero, que ha podido rozar con caricia de alas sus sueños, se aleje una y otra vez y hasta deje un mensaje de no volver....

Por otra parte, desde un ángulo ecuánime y positivo, Bilbao considera que es un síntoma anárquico que los atributos del Poder Público sean utilizados en servicio proselitista de un individuo o de un subagrupamiento cualquiera. Para el soldado-demócrata a lo Washington o a lo Sucre, un hombre representativo sólo debe encarnar privilegiadamente un espíritu de justicia pura, enérgico y señero; amén que un comportamiento inexorablemente imparcial y equidistante de los intereses de casta y de sus pasiones. El atraso de los hábitos de ciudadanía y los procedimientos no siempre recomendables de la técnica electoral, han constituido para Bilbao Rioja, y en general para toda persona de su categoría espiritual, un tormento indescifrable. Es este el drama interno del hombre público recto, cuyas convicciones morales y de cultura deben pugnar desventajosamente con la densidad farragosa de un ambiente elemental abrumadoramente mayoritario y que se deja impeler por puntos de vista que no siempre están ajustados a bien inspirados principios. Sagacidad y docilidad en la adaptación suelen hacer la fortuna del político, por más que esto no traduzca ventura para su memoria. Las circunstancias y la maleabilidad para identificarse con los hábitos imperantes, comprenderlos y domeñarlos, aunque sea en un sentido superficial y con una duración efímera, representan por lo común la cruz del sur de la orientación de los hombres que se dedican profesionalmente a la política. Las ficciones partidistas y electorales, en cambio, para una individualidad vibrante en convicciones lógicas y con voluntad sólida, no son atractivas y antes bien se hacen dudosas. A nadie que razone con serenidad se le escapará que el partidarismo exagerado —solera del juego democrático— incanda

fricciones inmotivadas y diferencias esterilizadoras. Idéntico aserto, por extensión, se podría fundar sobre las mezquindades estrechas y tercas de los nacionalismos excesivos y contrarios al desenvolvimiento biológico natural de la humanidad. Ambas tendencias, que pueden llegar a transformarse en regresivas, según el fanatismo con que se las practique, malogran en gran parte el esfuerzo serio y la inspiración generosamente amplia de los hombres bien dotados, hacen perder lastimosamente el tiempo, cuya buena inversion podría trocarse en frutos de bendición y bienestar, y ocultan a las masas desorientadas la clave salvadora de sus verdaderos destinos. Bilbao no ha querido desempeñar el papel del discrepante sempiterno o del agorero que todo lo ve mal; pero ha sostenido el ideal que se jerarquice la política conductora de su patria, en un rumbo de enfoque, estudio y resolución de los grandes problemas colectivos, con prescindencia del roce fascinante pero festinator de los problemas menudos hipetrofiados al rango de capitales.

Se ha dicho, o se deja suponer con frecuencia, que la demostración rendida por Bolivia en el Chaco ha significado una prueba de incapacidad orgánica y de invertebración del conjunto nacional. Ello no parece en verdad ni justo ni exacto, desde cuando Bolivia debió formar tres o cuatro ejércitos diferentes, en gradación sucesiva, sin cesar de combatir y a una inmensa distancia de sus bases naturales, para de este modo contrarrestar sus fracasos de conducción estratégica, repetidos a intervalos fatales. Se comprenderá bien que lo anterior habría sido imposible si la nación que debía generar tan extraordinario esfuerzo hubiese estado sometida a los cánones pesados y caóticos de lo inorgánico y de lo invertebrado. Por el contrario, no obstante de haber estado de-

ficientemente orientado, en cuando a objetivos y acumulación de medios, el esfuerzo de guerra boliviano, cada vez que fué exigido pudo rayar a un nivel considerablemente alto; y esto, sólo esto, pudo contener en definitiva la hecatombe, que pocas veces dejó de enseñar sus zarpas amenazantes. Lo dicho implica entonces la necesidad de reconocer que la mala estrategia produjo reflejos deplorables y perniciosos, que afectaron a los resultados tácticos primero, y luego repercutieron negativamente en la moral del combatiente y del ciudadano en general, con sacrificios materiales y de sangre ingentes y bastante estériles en su desproporción; y con obscurecimiento completo de la visión objetivista y de las expectativas de victoria. Lo que faltó, en suma, no fué organización del impulso bélico —que promediado que fué la campaña alcanzó excelente coeficiente en previsiones logísticas y recursos de todo género— ni tampoco tónica entusiasta ni estoicismo ni empuje de la masa para abnegarse —como lo comprueban las estadísticas del sacrificio— sino eficiencia conductora y algún porcentaje más o menos elevados de virtudes militares, de doctrina y de perspicacia, en los dos Comandos escalonadamente responsables de los períodos más dilatados como frustráneos de la contienda. En este punto podrá surgir la interrogación dubitativa ¿Bolivia disponía o no de mejores elementos para dirigir, precautelar y controlar la función del mando?. La respuesta es sencilla y simple: «Kilómetro 7»—«Cañada Strongest»—«Villa Montes» y muchas otras acciones menores, son comprobación de que el genio director y combativo de la raza bien pudieron llegar a una adecuada simbiosis, si se hubiese atendido a la experiencia de la campaña y de sus hombres representativos y también al clamor del sentido

común. En resumen, la falla capitalísima del ejército boliviano no radicó en lo inorgánico o invertebrado del país —ninguna región se demostró morosa o reticente para hacerse presente con lo mejor de su poderío en la zona del deber— sino en el hecho más simple, pero de trascendencia imponderable, que el Comando del general Estigarribia se exhibió muy superior en técnica belicista, amén de más diligente y advertido que los comandos de los generales Osorio, Kundt y Peñaranda. Así, jefes colaboradores del Comando en Jefe boliviano, de alta preparación y decidida voluntad, como los coroneles Felipe M. Rivera y Angel Rodríguez y el teniente coronel Oscar Moscoso, muy poco pudieron hacer fuera de sus cometidos específicos, sino paliar errores ya consumados o señalar peligros, en la atmósfera brumosa y tarda de la pasividad operativa impuesta por un estilo conductor vacilante y por demás débil a las influencias inmoderadas, y por tanto inoperante en cuanto a la decisión de imponer su propia voluntad sobre la del enemigo. En achaques de conducción militar no bastan los asesoramientos, siendo preciso llegar a la conclusión que si la máxima responsabilidad, cuyo depósito recibe un hombre, no está asistida por una vigilante e inteligente iniciativa, todo el andamiaje del mando puede desmoronarse como por ensalmo. En síntesis, un Comandante en Jefe debe preverlo y ordenarlo todo en materia operativa, siempre con la debida oportunidad y firmeza, no quedándole a lo subordinados inmediatos sino la clase y modo de ejecución de las disposiciones superiores. Este principio fué olvidado persistentemente en la conducción boliviana durante la campaña del Chaco; y el hecho de que el Ejército, situado bajo la férula de la disciplina, no llegase a corregir la deficiencia anotada,

demasiado visible para todos; y que el Gobierno no se formase la voluntad decidida de rectificar la flagrante anomalía, no implica obligadamente que la tributación del país fuera exigua o desmayada. Antes bien, la permanencia inusitada de lo erróneo y la reiteración consiguiente de los descalabros derivados, fueron motivos para que el porcentaje físico y la abnegación espiritual del esfuerzo tuvieran que acrecer enormemente hasta rebasar en ocasiones las medidas toleradas de la paciencia y del dolor.

Un ejército bien conducido, cuyas actuaciones se ven coronadas por el éxito, que no deja en poder de su rival ni territorio, ni materiales, ni prisioneros, y que, por ende, bajo el estímulo promisorio en lo moral, y el signo de la economía de fuerzas en lo técnico, hace gradual y conscientemente su camino en demanda de sus ansiados objetivos, a no dudarlo que puede llegar a un aligeramiento, en proporción inversa al desgaste que tenga su oponente, de su cuota de energía y de sacrificio. Por este no fué el caso del ejército boliviano en el Chaco; por el contrario, debió efectuar una labor máscula y gigante, a la vera que sus recursos disminuían o se malograban por causa de trágicas sorpresas, atribuibles casi siempre a negligencias o inadvertencias de conducción. Cuando un país experimenta el aniquilamiento de sus más granados contingentes militares y sin que al adversario le ocurra lo propio, pueda decirse que queda en neta inferioridad de medios y de acción, cualquiera que pueda ser la fuerza remanente de su vigor intrínseco.

Sólo una energía indoblegable para resistir al infortunio, y un coraje colectivo extremo y resistente pueden, en parecido trance, deparar algo de sólido o de fructífero. Este sería, en el Chaco, un legítimo logro de la



compactación corpórea y moral boliviana; pero para llegar a ello ¡cuánto exceso de penuria, qué de zozobras y de conflictos, cuán amarga cifra de esperanzas muertas, qué de desgarramientos más dilacerantes y disociadores en la carne y en el orgullo de la nación!

Y si no hubiese sido por la espada pensadora y tajante del coronel Bilbao Rioja, cabe formularse la interrogación ¿habría podido ser realidad la victoria sobre los umbrales mismos del desastres irreparable? Los que fueron actores o testigos de la epopeya tienen autorizadamente la palabra como respuesta. Por mi parte, sólo expresaré un voto de admiración por la intervención de Bilbao en el momento más álgido y desolado de la ya quebrantada pugna, cuando Bolivia se hallaba a un gemo de perder pie en el Chaco, conjuntamente con mi convicción de soldado de que si el mando en Jefe hubiese recaído en su persona a raíz de su hazaña fundamental, que significara la triunfante defensa de Villa Montes, otro hubiera sido el final de la campaña, como lo intuyera e hiciera constar en las conferencias preliminares de paz, en Buenos Aires, el Jefe de Operaciones del general Peñaranda, coronel Angel Rodríguez.

Durante su segunda estada en Europa, en el mes de septiembre de 1936, Bilbao tuvo que interrumpir su residencia en Inglaterra (177 Wymering Mansions—Elguin Avenue), para cumplir una orden superior de trasladarse a Berlin, y luego pasar a Dessau—lugar que visitara por segunda vez— con motivo de estudios y planes de adquisición relacionados con el material aéreo de la acreditada fábrica Yunkers.

Se está ya en esos días prácticamente en los prolegómenos del mayor conflicto armado de la historia



y, por tanto, las desconfianzas y las restricciones han instaurados vigilantes normas preventivas por doquier, sobre todo en el campo industrial bélico. Pero a Bilbao se le abren puertas que parecían herméticas, y esa nación de soldados luego se da cuenta que tiene por huésped a un oficial de mentalidad cultivada, profesor de experiencias y que amén de esto ha sido legítimo héroe-conductor en una guerra no por lejana menos conocida, cierto que minúscula en comparación a las europeas, pero con características muy resaltantes en cuanto al empeñamiento humano y a su extraordinario escenario, y que, por ende, ha apasionado a buen número de estudiosos y didactas del oficio. Bilbao es agasajado cordialmente por sus camaradas alemanes, y en cierta oportunidad es sorprendido con el verdadero honor para un profesional, de ser vecino contiguo de asiento, en un ágape, del gran almirante Reader, comandante en jefe de la flota del Reich.

En su tercero y ahora obligado viaje al viejo mundo, luego de una travesía normal, sin prescindir, como era en él un hábito, de hacer observaciones y acotaciones de interés general, reveladoras de su índole estudiosa y activa, Bilbao y su esposa llegan a Londres, donde se instalan en 82 Castellain Mansions-Castellain Road. No obstante de no haber recibido investidura oficial alguna, el coronel Bilbao y su esposa son invitados por las autoridades inglesas a la mayor parte de las ceremonias y festejos que constituyeron las fiestas de la coronación del rey Jorge VI, tales como la inauguración de las Cortes, acto de la coronación en la catedral de Wetsminster, recepción en Buckinham Palace, igual agasajo en el ministerio de Relaciones Exteriores, etc.

Visiones objetivas del fausto humano asociado a la evocación histórica y a la pompa del poderío y de la riqueza, ciertamente no con cosa baladí para el mortal corriente o procedente de repúblicas jóvenes y lejanas privadas de una tradición o de una posibilidad estética semejantes. Verdad puede ser que la exhibición del lujo y del ornato en una medida de derroche, como una lluvia de ignescencias de tonalidad oriental, acaso despierten atisbos de huranía y de reflexión filosófica en el complejo severamente aquilatador de las cosas; mas la grandeza del boato externo en veces va aparejada con sentimientos y recuerdos muy salientes de la formación espiritual de un pueblo o del renacimiento de un alma colectiva, de modo que aquella grandeza es el reflejo de una multitud de otras grandezas de variado tiempo y linaje. Hay así diferencia entre las exterioridades de la suntuosidad y aún de la respetabilidad artística a estilarse en medios de vida indecisos, con bastante de embrionario, que entremezclan ardores de sencillez igualitaria con pretensiones de vieja aristocracia finchada, y los que han ido jalonando al través de los siglos y del proceso del acontecer político, económico, social, artístico y guerrero, conjuntamente con las cada vez más marcadas huellas de progreso en los hábitos, un estado de florecimiento y hasta de plenitud en la armonía interna de una colectividad y en su correspondiente irradiación externa. Pueblos con vieja y resplandeciente historia no suelen hacer sacrificio de las ideas que antaño amasaron su pujanza, en pleitesía de alguna deidad modernista cualquiera, sin que signifiquen gran cosa por ende los ventarrones atorbellinados de lo nuevo. De este modo, la realeza en la Gran Bretaña, en los principados germánicos, en las satrapías

asiáticas, en la misma España ofrecen aún, por grande que sea la mudanza traída por los tiempos, una pulsación profunda y vigorosa, captable al tacto menos sutil. Las edades en connivencia con las galas del arte y del artificio han templado la convicción de lo excelso, naturalmente con fundamento más de ritual que de exégesis. De aquí que revivificar a los ojos de las multitudes democráticas de hoy los destellos del pasado, no importa su arcaísmo o disonancia, sea siempre en las viejas culturas algo imprescindible del ceremonial oficial y popular. Así, lo que se celebra o conmemora son puntadas que unimisman el pasado con el presente, las venturas y abnegaciones pretéritas con las ilusiones del permanecer cimero puestas en el devenir.

Ahora bien, a parejas de estos momentos optimistas y de una placentera e instructiva experiencia para los sentidos, el coronel Bilbao no deja de recordar con efusión y hasta nostálgico sufrimiento a su patria y a sus familiares. Son sus dos fibras más persistentes y delicadamente tensas; ellas no dejan pasar correo sin patentizarse de algún modo. A veces es el consejo, otras es la ayuda, no faltando tampoco el augurio condolido según sea la marcha de los asuntos. En la naturaleza enérgica y a la vez sensible de Bilbao, repercute todo aquello que se ha hecho carne en su cerebro o en su corazón, particularmente en este último. De esta vocación lúcida y realmente temperamental, no se apartará nunca, cualesquiera que fueran sus circunstancias o estado de ánimo.

Algunos párrafos de sus cartas exhibirán mejor que cualquier comentario la intimidad de su pensamiento

siempre despierto y anheloso de prodigarse en forma útil y bienhechora.

«Vea Ud. Tita, cuando me casé, no tuve nada. Mi haber mensual no pasaba de 220 Bs., pero con privaciones y esfuerzos hemos conseguido, poco a poco, en más de diez años, algo siquiera, una modesta casita».

.....  
«El Ejército se precipita más rápidamente de lo que pensé a su desorganización y desprestigio y quiera Dios que no veamos dentro de poco, la iniciación de una guerra civil de caudillos y de aspirantes al poder. Recuerda que en la próxima, estarán los oficiales subalternos. La indisciplina y la falta de respeto a los hombres de jerarquía y experiencia, precipitó los golpes de estado anteriores. Nadie piensa y reflexiona en Bolivia, para constitucionalizar el país. Los militares de la Junta anterior, tenían seguridad de permanecer en el poder por lo menos diez años. El actual, no creo que dure, sin embargo es de esperar que Rivera y Ayoroa, hombres de más experiencia, se impongan ante la muchachada.

Hombres y pueblos, alguna vez entran también en razón, reaccionando en sentido sano y honrado».

.....  
«Al contrario, tanto el Ministerio como el Estado Mayor, me encomiendan cablegráficamente una serie de estudios reservados y urgentes en Europa, a raíz posiblemente de mi carta personal al Ministro. Lo que quiere decir claramente que NO QUIEREN MI REGRESO AL PAÍS. Sé que el elemento militar y político, se movieron inusitadamente para impedir a todo trance mi regreso. Es una verdadera lástima que no pueda regresar, y hasta cuando será esto... NO SE».

«La época actual de desconcierto, deslealtad y ambiciones, pone al país nuevamente en un período de desprestigio. No sé cuando nuestro pueblo entrará por el orden y las garantías. Por Dios, es necesario y urgente se impongan la reflexión y el patriotismo sano. Caso contrario, veo para nuestro desgraciado pueblo, la iniciación de una guerra civil que nos llevará a la ruina.

Intencionalmente, no quiero hacer el análisis del momento en que se vive. Pero quiera Dios depararnos días de reacción, tranquilidad interna y reajuste de nuestros valores morales e intelectuales».

«En la lucha por la vida, cada uno de nosotros hemos llegado a ocupar una situación moral que impone el respeto y la consideración de nuestros conciudadanos. Si la fortuna nos sigue alejando de sus riquezas, es porque nunca hemos sido metalizados, hemos vivido en la pobreza, formado y levantado sin apoyo de nadie. Constituye un timbre de orgullo personal para la familia. Ahora es aun tiempo para seguir trabajando por nuestras familias y asegurar un porvenir fijo para el futuro.

Te agradezco mucho y recibe mi gratitud, por todo lo que has hecho por nuestra mamá, es decir el recuerdo póstumo y sus honras en la Basílica de La Paz. He leído los recortes de prensa respecto a la memoria de nuestra madre».

«Me alegro mucho que estés sano y bueno desempeñando ya el cargo de Comandante de Batallón, situación que el Comando Superior ha creído que te corres-

pónde por tus sacrificios de sangre en la campaña pasada. Yo continúo un poco mejorado de mis dolencias. La enfermedad de los riñones, que he estado sufriendo por cuatro años, ha mejorado notablemente, gracias a un tratamiento serio y prolongado por parte de los médicos; pero en cambio, desde el mes de mayo, se me ha declarado un reumatismo muy fuerte a las manos y brazos. He consultado a varios especialistas y seguido varios tratamientos sin conseguir una mejoría visible. Daniel, cuando estuvo aquí, me dió una serie de tabletas, las mismas que no han tenido mayor efecto. Posteriormente me recomendó que tomará yodo en gotas, tratamiento que sigo al presente. Sin embargo, he mejorado algo. Todo esto es el resultado de miles de sacrificios en tres años de campaña; es indudable que cierta forma de terciana, va haciendo su visita por mis diferentes órganos internos, atacando los más débiles. El organismo se gasta en pocos años con un trabajo intenso y de preocupaciones».

«Nuestro papá, según última carta, está sano y bueno. Te agradezco mucho por el envío mensual que le haces de 100 Bs. Pienso que con la dejación mía de 150 y aumentada con 100 Bs. más desde el mes de agosto pasado, ya puede llevar una vida un poco más holgada. Hay que tener en cuenta que su edad es muy avanzada; cualquier enfermedad puede serle de graves consecuencias. Entonces es tiempo, de que por lo menos pase los últimos años de su vida sin privaciones y temores de lo que pueda sucederle. Lástima que su matrimonio le agrave más sus dolencias y sea de mayores contrariedades. Por otra parte, a esa edad necesita una persona que le atienda de todo, por desgracia va perdiendo el sentido de

la vista y el oído. Pasa la última etapa de la vida, la más penosa y triste, a la que posiblemente llegaremos también algún día».

«La última temporada, he estado asistiendo a las maniobras de verano del Ejército inglés, que poco a poco, va tomando un carácter de Ejército totalmente mecanizado. Las condiciones generales de este país son totalmente distintas a las nuestras y quizá sus enseñanzas son solamente para los países europeos, sin posibilidades de aplicación en nuestro medio, por mucho tiempo, digo por lo menos para cien años.

Las Divisiones que he visto, totalmente mecanizadas, desde el comandante hasta el último soldado en toda clase de vehiculos, da la impresión de que todos son técnicos, chauffers, ayudantes, motociclistas; etc., con muy poco elemento de tropa, mucho armamento, especialmente fusiles anti-tanques, cañones anti-tanques y cañones de campaña.

Han habido dos ensayos medio revolucionarios en estrategia y táctica; la formación de pequeños destacamentos mecanizados e independientes como un velo arrollador, que en mí concepto ha fracasado, y la ocupación de frentes extensos, un batallón de tres compañías con un frente de 15 kilómetros en el ataque. Movilidad y transporte de tropas considerables como una División íntegra, de una distancia de 70 millas en dos horas; retiro de tropas de combate del frente de acción y empleo en otro sector del mismo frente, después de un recorrido mínimo de 120 kilómetros; muchas cosas fantásticas que se pueden hacer solamente contando con buenos caminos y cruzados en gran cantidad. El soldado de hoy no tiene idea de



lo que es marchar 30 kilómetros en los caminos del Chaco, sin agua, con todo el equipo y la munición, sin nada que comer y bajo un sol de trópico. En estas condiciones entrar al combate y resistir días y días. Francamente las maniobras europeas se efectúan en condiciones ideales, si ideales, y es una verdadera desgracia de que nuestros dirigentes pasados no hayan dedicado algo de su experiencia a las necesidades nacionales y no copiar e implantar medidas ajenas en un país tan pobre como el nuestro. A ver si algún día llega la serenidad en el país, para que todos los bolivianos en armonía podamos trabajar por la patria, lejos de tantas ambiciones personales. Es necesario y urgente la preparación de los elementos subalternos como medida de cooperación a los jefes.

.....  
«Por intermedio del amigo Rodolfo, hace un mes que te envié una carta respecto a mi idea de retirarme del Ejército, para entrar en la campaña electoral próxima.

.....  
Esperaba una contestación cablegráfica del Ministerio de Defensa, la misma que recibí cuando estuve en Alemania. Su tenor fué desconsolador, puesto que no podían remitirme mis haberes para poder regresar al país y retirarme de la carrera de las armas, para trabajar en la vida civil, como tantas veces te había manifestado.

La situación por el momento es la siguiente. El Estado Mayor y Ministerio de Defensa, me han encomendado recién una serie de estudios urgentes y muy reservados en materia de armamentos, que me imposibilitan regresar no sé realmente hasta cuando. El Ministerio de Defensa, me ha negado un adelanto de mis haberes



del primer semestre del año entrante, fondos con los que contaba para regresar al país: pues por la vida cara y tantas atenciones de carácter diplomático, no he podido ahorrar un penique para tener algo de fondos de reserva para emergencias. Por otra parte, la enfermedad de Juanita y la situación de nuestro hermano Napoleón, me han obligado a atender primero con pequeñas ayudas, como una obligación moral y material que tenemos. Las alegrías de mis hermanos me alegran, como las dificultades y amarguras de ellos, constituyen mi preocupación y pena.

Pues bien, NO PUEDO REGRESAR AL PAIS POR FALTA DE FONDOS Y TENER UNA COMISION RESERVADA DEL MINISTERIO, que posiblemente durará mucho tiempo»;

.....

«Desde Noviembre del año pasado, me tiene en constantes correteos, en una y otra nación de Europa, con asuntos de materiales para nuestro Ejército. Con este motivo, remití al Ministerio de Guerra, abundante documentación para que las secciones técnicas estudiaran una serie de propuestas de interés. Me temo fundadamente, que la situación económica del país no permita, por el momento, su consideración en forma seria. Sin embargo, se ha hecho algo, dentro de la penuria económica nacional.

Supongo que la situación política interna, ya se ha calmado hasta ahora, una vez pasadas las elecciones generales. Sobre este particular, aun no tengo una información del caso, para apreciar aunque sea ligeramente.

Cuanto lamento, que el Puerto Seco de Puerto Suárez, no haya progresado en algo. Te recomiendo mucho cuidado y especial atención de la situación militar en esa frontera. En mi concepto, el avance paraguayo, por ese lado, tiene mayores expectativas de éxito, por las mil dificultades de transporte, comunicaciones y la misma forma desagradable de la base de operaciones».

«Me alegra, que el caso de mi ascenso, haya sido recibido con satisfacción y aplauso en la opinión pública y en el seno del Ejército, especialmente entre la oficialidad joven».

Los párrafos preinsertos pertenecen a cartas dirigidas a sus hermanos Eustaquio y Sinforiano; es fácil distinguir los destinatarios, por la materia a que se refiere en cada caso. Los asuntos políticos y generales los dialoga con su hermano abogado, y los profesionales, con su hermano que ya es teniente coronel del Ejército.

Bernardino Bilbao Rioja fué ascendido al rango de teniente general, dentro de las pautas reglamentarias que norman estas promociones, el 22 de diciembre de 1937. Este ascenso, al igual que los anteriores, no inculcaba ningún estímulo especial. Representaba el rodaje normal que enriela el proceso profesional, de conformidad a las estipulaciones y requisitos a la ley de ascenso. La verdad es que el generalato llegaba muy tarde para el coronel que tres años atrás había salvado el desenlace de la guerra para su patria en el último reducto boliviano del Chaco.

Un año más tarde de ese auspicioso acontecimiento, que nimbaba al nuevo general de Bolivia con los

lauros del reconocimiento militar, al inscribir su nombre en una de las escalas más descollantes de la profesión, experimentó Bilbao el duro desgarrón de perder a su padre. El deceso se había producido a una edad muy avanzada y era por tanto previsible; mas, con todo, el espíritu del hijo ausente hubo de pasar por una desolada zona de pena y de angustia, tal cual es revelada en las frases dirigidas a su hermano Napoleón, que se insertan a continuación:

«Este par de meses, entre tanto trabajo y preocupación, he estado anonadado con el dolor y pena sin poder atinar absolutamente nada. Ya puedes imaginarte que a la distancia, estas desgracias se sienten más intensamente y no se pueden conciliar el trabajo cotidiano, con el pensamiento constante de la memoria de nuestro querido papá.

Lo principal, es que se atendió en forma que exigía nuestro deber elemental de hijos. Por nueva desgracia del Destino, yo no he tenido la suerte de ver a nuestro papá, en sus últimos momentos, al igual que los últimos días de mamá, motivos que aumentan mayormente mi dolor y pena.

Con satisfacción he visto los trabajos que hicistes para la capilla ardiente y el solemne entierro de los restos de nuestro llorado papá.

Bien hermano, para ti, nuevamente todo mi agradecimiento, por todos tus cuidados, atenciones y desvelos, en la desgracia que lloraremos por mucho tiempo y que en el orden moral, significa para nosotros un rudo golpe, el derrumbe del pilar principal del querido edificio de la familia... De los largos días de lucha y trabajo, ha

pasado pues al descanso definitivo, en la paz del Señor, y que la paz eterna, sea por siempre en su tumba...».

«El recuerdo de esa Navidad última viendo a nuestro papá alegre y bailando quiza los últimos aires de la tierra, no se apartaron de mi memoria en días pasados, en que celebramos el advenimiento de un Dios poderoso, que dispone de la vida de los hombres sobre la tierra.

No puede haber alegría; si el corazón siempre sangra de dolor y matirio, al recuerdo de los seres queridos que desaparecen o vuelan para siempre hacia lo desconocido.

El trabajo árduo en nuestras profesiones, quiera Dios mitigar nuestros sufrimientos del pasado, y nos abra un nuevo Porvenir que debemos labrarlo con inteligencia y perseverancia, para dignificar para siempre, el único orgullo, que nos dejaran nuestros padres: El Nombre. Un buen Nombre, puede ser un monumento en la vida de los hombres y de los pueblos, por consiguiente, no debemos decaer cuando aún tenemos el porvenir por delante, por responsabilidades de familia y de hogar.

Por mi parte, me dedico y preparo, para mañana ser también útil al país, y no solo dentro de los conocimientos relacionados con mi profesión, sino también en otras actividades que signifiquen aportes a su progreso, sin descuidar mi propia carrera, que tal vez, pueda tener interés para el futuro».

.....  
«En semanas pasadas, estuve desempeñando muchas comisiones en los países europeos, Suecia, Alemania, Checoeslovaquia, Francia. Por suerte mi señora

me acompañó para que a su vez tenga una idea del estado moral y material de estos pueblos. En general aquellas visitas fueron interesantes, especialmente para mí por mis estudios militares».

.....

En algún fragmento de la correspondencia recién transcrita, se observa alguna muestra de propósitos de Bilbao en el sentido de alejarse del Ejército y dedicarse de lleno al servicio público en el terreno de la política. Este proyecto —como también se constata en la dicha correspondencia— fué malogrado por circunstancias materiales punto menos que insalvables, amén de que también variaron las condiciones morales del pacto que Bilbao mantenía con su carrera vocacional, hecho aquél acusado por su promoción al generalato. No puede desconocerse, en este respecto, que el referido ascenso, aunque tardío y ser resultado de una decisión superior normal, casi de rutina, con todo advino para cimentar sobre base jerárquica la reputación ya ilustre de un caudillo vencedor en grandes e históricas acciones de armas.

En este particular del anhelo y ambición de Bilbao para servir a su país moviéndose en una órbita de mayor amplitud que la militar, es preciso hacer un breve digresión. Quien conozca bien el temperamento y disposiciones anímicas del caudillo del Chaco, o siquiera se imponga de las razones y antecedentes de sus actuaciones, deberá llegar plácidamente a la conclusión que Bilbao jamás pensó en la actividad política como un fin sino como un medio de aportar su preparación de estudioso, su entereza moral y sus correctas inspiraciones de cora-

zón al mayor prestigio y bienestar de la colectividad de su cuna. El general Bilbao no podía desconfiar tampoco de su personalidad ni de su capacidad para desenvolverse en un plano de esta clase, desde cuando sus arrestos de conductor de masas se hallaban suficientemente evidenciados por una campaña bélica, en la cual fuera él una neta y casi providencial excepción. Además que el arte de ganar batallas es privilegio de unos pocos y por ende infinitamente superior a los expedientes administrativos y a las triquiñuelas de la política, en imaginación y decisión; en medio de lo trágico y de lo incierto, la comunidad boliviana no había contemplado indiferente esa suerte de pericia y de abnegación que jalonara sus difíciles y salvadores desempeños frente a un peligroso enemigo exterior; y aunque suele verse a menudo que la colectividad pone una fisonomía desdeñosa a la personalidad (no se alude a la categoría de personalidad que esclaviza al triunfo material o subalterniza las preeminencias públicas) en el caso de la de Bilbao se formó una corriente poderosa de aliento de carácter espontáneo, lo que le restara expresión organizada, y sin designios especutativos de ningún género. Se vió entonces y se ve aún, que alrededor del héroe máximo de conducción en horas supremamente angustiosas, no se hace hincapié en hitos de separación partidarista, social o ideológica. El pueblo en general, inobediente a mandatos de clasificación clasista o doctrinaria, en lo profundo de su inmenso corazón y en su intuición de mejores días, ungió tácitamente al soldado invicto y probó como merecedor de conducir desde puesto máximo los destino de Bolivia. Un rosario infinito de antecedentes comprobaría fácilmente esta aserción. Mas el alejamiento de las pautas que plasman la

soberanía democrática indirecta, es decir el previo y resignado sometimiento a la preselección de significado electoral, no ha abierto cauce hasta aquí a las aspiraciones de reconstrucción y de progreso fundadas en el vencedor del Kilómetro 7 y de Villa Montes.

Ahora bien, no obstante que la acrisolada modestia del elegido representó siempre un verdadero obstáculo para aquel ansiar colectivo, la captadora asimilación de Bilbao no podía desconocer lo que la enorme mayoría de sus paisanos depositaban en él y deseaban de él. Algunos ensayos más o menos dudoso en cuanto a eficiencia política, realizados en los interregnos de la normalidad por otros caudillos militares, hacían todavía más anchuroso y espléndido el río de esperanzas que desembocaba en una solicitud clamorosa del nombre de Bilbao Rioja. Este no podía desentenderse tampoco de la vibración pública, de la que recibía a diario muestras elocuentes y hasta conmovedoras; y por tanto, más de una vez, su sensibilidad patriótica debió inclinarse hacia las inducciones externas y también internas, creadoras lógicas de los trazos tendidos al porvenir....

Por otra parte, para un militar de honor y de rara competencia, no podía existir zona vedatoria para el ejercicio de sus facultades e ideales, puestos con exclusividad en propósitos de mejoramiento y satisfacción de las verdaderas necesidades de su lar natal, ya que su prueba rendida en la guerra le investía de autoridad intelectual y moral, de seguridad en sí mismo y de un vigor óptimo para realizar la función pública directiva, que más que adaptación y ensamble del ingenio del conductor con el tira y afloja de las cambiantes perspectivas y de los intereses de grupo, exige preponderantemente la gal-



vanización de una individualidad en dinamia valerosa y actuante, y con privilegios de iniciativa y de mando que solamente la mayor capacidad y un franco y denodado amor a la responsabilidad pueden asegurar.

En resumen, el miraje político —presidencial, en puridad— de Bilbao Rioja; no incaudaba una aspiración de dicha personal o de plenitud orgullosa, sino que más bién una vocación abnegada. Acaso, luego que estuviese culminado este proceso de ordenar, servir y dirigir y con sereno discrimen de su labor, Bilbao Rioja hubiera logrado disfrutar en su interior de una porción de aquella dicha; pero esto, bien entendido, luego de analizada reflexivamente la obra edificada. La cualidad de algo no tiene medida exacta posible, pero sí podrían tenerla las concreciones tangibles productos de las condiciones armónicas y producentes que los hicieren viables.

Cuando el coronel Bilbao, en 1937, desde Londres, oteaba con las antenas de su espíritu y el vibrar de sus recuerdos, el panorama distante de su patria obscurecido en ese tiempo por un juego político que oscilaba entre asomos convencionales de constitucionalización jurídica y procedimientos dictatoriales de esencia más categórica, se decidió a escribir a su hermano las líneas prometedoras de un plan de acción personal en lo cívico, que se reproducen a continuación:

«De todos modos he resuelto lo siguiente:

1) Dejar el Ejército y tomar parte en la política del país. He sido enemigo de que el Ejército deliberes, y el que quiere hacerlo debe dejar su situación militar para no traer mayorer perjuicios al país.

2) Ir a las elecciones de Convencionales por la ciudad de La Paz, como medio de pulsar la opinión



general y ambiente: No me hago ilusiones sobre mi popularidad y alcance para llegar a la Presidencia de la República. Los hechos nos demostrarán las posibilidades,

3) No tengo compromiso, por el momento, con ningún hombre ni partido, para las próximas elecciones. Es necesario estar en el país, para ver claramente lo que se puede hacer.

4) Espero rodearme de todo hombre sano y honrado que no tenga taras, con la única finalidad de formar una patria Nueva. No conviene meterse con partidos u hombres gastados, que son los verdaderos causantes de todas nuestras desgracias nacionales.

5) El país está cansado de programas políticos. Lo que necesita son hechos. Engaño sobre engaño, no interesa al país.

Como no sé a punto fijo qué hará la Convención Nacional, te ruego comunicarme, si la Convención, cuya elección aun no conozco, fecha, ¿se ocupará de modificar nuestra Constitución solamente, o también nombrará el personal del Poder Ejecutivo dentro de sus sesiones? O es que el Gobierno militar llamará a elecciones generales para el Poder Ejecutivo y el Legislativo una vez disuelta la Convención?

Hay muchos puntos que necesito conocer para hacer un programa reservado de trabajos.

De todos modos he resuelto regresar al país posiblemente en la última semana de Noviembre, para tener tiempo para las inscripciones y correr los trámites de mi retiro del Ejército. No estoy seguro si podría inscribirme por poder en la ciudad de La Paz. Comunícame

todo lo que creas conveniente a esta nueva dirección de la casa, pues hemos cambiado.

Me olvidaba decirte que te autorizo manifestar que soy enemigo de revueltas y alteraciones del orden público. Todo debe hacerse bajo el imperio de nuestra Constitución y de nuestras leyes».

En esos días bastante tumultuosos y cuajados de incertidumbre —inclusa la amenaza de una reanudación de hostilidades con el Paraguay —el nombre de Bilbao polarizaba lo que quedara de corrientes de opinión, pues el partidatismo político inevitablemente se situaba en un plano claudicante, y sus manifestaciones de existencia eran casi del todo inanes. Aun viejos adversarios le rendían homenaje a su templanza y probidad, y nadie desconocía la necesidad imperiosa que se presentaría, de no solucionarse la cuestión chaqueña, de poner a Bilbao al frente de cualquier esfuerzo nacional por desenvolver. Así, entre muchos; el ex-Presidente Dr. Hernando Siles, quien no tenía muchos motivos para incorporar a Bilbao a la esfera de sus afecciones, en carta dirigida al Dr. Daniel Bilbao Rioja, decía:

«Desfallecieron todos los caracteres y llegó la relajación a los extremos que Ud. bien califica de increíbles.

Entre los jefes distinguidos estuvo el coronel Bilbao. He oído la opinión unánime de que su porte fué valeroso, a la par que honrado y circunspecto».

Los inconvenientes de índole involuntaria o de fuerza mayor antes referidos, a la vez que un nuevo cometido —ahora acompañado de un acorde de estímulo profesional como eran los entorchados de general— decidieron a Bilbao a preterir para mejor ocasión sus proyectos y los de sus incontables admiradores.

A no dudarlo, fué una desgracia para su tierra no haber recibido en esa oportunidad —o cualquier otra posterior— la aportación valerosa, edificante y honorable de un hijo todavía saturado de energías redentoras y capaz como ninguno de ejercer con efectividad no exenta de moderación las funciones del mando y de la orientación superiores.

Si tal hubiese ocurrido, se habría podido patentizar en Bolivia como certera y benéfica la frase del pensador que afirmó que «la paz y la continuidad de los Estados no se halla en la ciencia, sino en la conciencia»; con el aditamento de que el dominio que ejerce Bilbao sobre multitud de los resortes de la ciencia aplicada no desmerece de esa propiedad inmanente de su espíritu que hace a su conciencia, activa y sólida, un ajustado cedazo de todos sus actos y pensamientos.

---

A no dudarlo, fué una desgracia para su tierra no haber recibido en esa oportunidad — o cualquier otra posterior — la aportación valerosa, edificante y honorable de un hijo todavía saturado de energías rebenoras y capaz como ninguno de ejercer con efectividad no exenta de moderación las funciones del mando y de la orientación superiores.

Si tal hubiese ocurrido, se habría podido patetizar en Bolivia como certeza y benéfica la fase del pensador que afirmó que «la paz y la continuidad de los Estados no se halla en la ciencia, sino en la conciencia»; con el aditamento de que el dominio que ejerce Bilbao sobre multitud de los tesoros de la ciencia aplicada no desmerece de esa propiedad immanente de su espíritu que hace a su conciencia, activa y sólida, un ajustado redazo de todos sus actos y pensamientos.

*«Justicia es un símbolo que,  
incompatible con la realidad,  
sólo podrán reflejar las Bellas  
Artes en forma ideal y ale-  
górica»*

(Confucio).

## XX

A principios del año 1939 (6 de febrero) el teniente general Bilbao le escribe a su hermano militar.

«Respecto a mi situación personal, te rogaría comunicarme en pocas líneas y tan luego como te sea posible, si consideras que ya es tiempo para que pida mi regreso al país, ya sea para continuar en el Ejército o para pedir mi retiro y consiguiente jubilación.

Tengo la impresión de que el caos político y militar, ha llegado a extremos increíbles, por referencias de algunos amigos que me escriben.

Considero, que aún teniendo fuerzas suficientes para la lucha por la vida, estaría en condiciones de dedicarme a la agricultura, ganadería o trabajos de minas, para buscar alguna solución a la parte económica del futuro de mi familia.

Me alegra mucho que trabajes en el Estado Mayor, teniendo la seguridad de que tu experiencia y tus

conocimientos, serán de provecho para nuestro Ejército. Continúa con desinterés y mucha dedicación».

Se acercaba en el cuadrante de su destino la hora de disyuntiva máxima, algo así como el ser o el no ser del héroe shakespiriano. Como se deduce de lo anterior, Bilbao, sin embargo del amor que sentía por su carrera y de su irreductible interés por la marcha de los negocios públicos en su tierra, se inclinaba hacia una actividad de trabajo pacífico, independiente y honradamente productiva. Deberes para con sus familiares y la conciencia de que sólo una existencia laboriosa y de finalidad progresista justifica el tránsito terrenal del hombre, inducen a Bilbao a pensar en la aceptación de una bifurcación en su trayectoria. Además, en su patria las cosas no marchan bien ni por cauce normal. El Presidente Busch ha asumido con espontáneo gesto y sin motivo extremadamente fundado la dictadura; la oposición, en contrapartida lógica, comienza a sacudir airadamente sus infinitas cabezas de descontentamiento. La estabilidad dictatorial no parece hallarse amenazada, pero no por esto la lucha es menos tensa en su característica inclemente y sorda. El caudillo gobernante se escuda como detrás de un broquel en la reputación muy legítima ganada por su actuación en presencia del enemigo exterior, pero evidentemente cede terreno ante la complejidad en veces abstrusa de los problemas y la dialéctica avezada e incisiva de su expresión en medio de la fuerza y de la intriga, sorteando sus pasos entre la elocuencia y la emboscada, atando cabos entre lo que se dice y lo que se calla, vislumbrando a ratos un lampo de luz para caer luego en la amargura de lo que se presiente, más que se ve, entenebrecido. Así, Busch, empapado en ideales pa-

tríoticos, se debate empero en la atmósfera despiadada de la incomprensión y del rencor. Su quebranto final es-tribó en haberse ilusionado demasiado con la cooperación general, en circunstancias que su corazón proyectado como estaba hacia afuera, desdeñaba la filosofía de acumular reservas sustentadoras de análisis y de escepticismo. De este modo suele interponerse el destino en la ruta de los predestinados a ser siempre vencedores. Cuando no les ofusca tristemente, les suprime trágicamente la fe en el mañana y hasta les anonada el instinto de conservación.

El general Bilbao llegó a Bolivia, de regreso de Europa, promediado que fué el mes de julio de 1939, es decir unas pocas semanas antes de la tremenda decisión adoptada por el Coronel Presidente de la República en el sentido de autoeliminarse de la vida.

Busch había autorizado el retorno de Bilbao, y al llegar le nombró Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas.

En esos días, el que esto escribe hubo de ausentarse temporariamente de Bolivia, y apenas si tuvo tiempo para cambiar algunas impresiones con el dilecto jefe y amigo, a quien viera nuevamente en su habitual residencia paceña de la calle Mayor Castrillo.

Al quedar el Gobierno en sede vacante, se presentó el extraño caso que la sucesión legal fuera imposible; pues, aunque existía un Vice-Presidente de generación constitucional, la proclamación dictatorial para sí y las instituciones hecha posteriormente por Busch —con disolución del Poder Legislativo— anuló de hecho toda advocación legal, ya que no era concebible que el Vice-Presidente de la República, a la vez Presidente nato del

Congreso disuelto revolucionariamente, pudiese seguir como mandatario constitucional bajo la dependencia de un dictador sin ambages ni atenuantes. El Vice-Presidente devino así en Vice-Dictador como consecuencia lógica de su solidaridad con el Dictador.

El Ejército, sin premeditación la más mínima ni propósito deliberado alguno, vióse impelido a intervenir en momentos tan confusos y que amenazaban ponerse caóticos habida consideración de las ambiciones despertadas de súbito y su respectiva secuela de pugnas. Así, angustiado por los acontecimientos que iniciaron su germinación desde que se supo que el coronel Busch se hallaba en estado agónico, hubo de deliberar con prontitud en el sentido de organizar un período transitorio de gobierno de facto; que tuviera sobre el que fenecía con la desaparición de Busch, la ventaja de comprometerse a preparar, en un tiempo prudencial, la definitiva constitucionalización de las instituciones públicas.

No puede llamar a extrañeza que la oficialidad hubiese convergido en Bilbao Rioja para llenar la función de Presidente Provisional de la República, entre tanto el Estado volvía a enrielar su marcha legal. Se puede decir que el pensamiento fué unánime en aquel sentido, a lo que se añadiera el aplauso y la adhesión expresos o tácitos de la ciudadanía, puesto que Bilbao no solamente era acreedor a la fe de sus compañeros de oficio sino también a la de la masa civil.

Requerido que fué el teniente general Bilbao para aceptar el honroso encargo, se excusó de aceptarlo en mérito a sus viejas convicciones de que los custodios del Poder Público no podían mezclarse en asuntos políticos y mucho menos en bregas electorales. Bilbao, para



fundar su desistimiento tuvo que reconocer implícitamente, como un hecho próximo y evidente, que la opinión pública se uniformaba espontáneamente alrededor de su nombre, en una exteriorización directa y casi desconocida en el historial republicano, para ungirlo, en su hora, Presidente Constitucional de la República.

Esta situación no podía ser contrarrestada entonces por fuerza alguna, por más que los partidos políticos organizados pretendiesen no perder la batuta directora, consistente ésta en la vieja y algo desprestigiada fórmula de que el pueblo sufraga pero no elige. Con todo, era tan poderosa la marea de opinión que levantaba el nombre ya epónimo de Bilbao Rioja, que pareció existir un plano y generoso consenso para no obstaculizar ni diferir por mucho tiempo lo que se tenía y aparentemente se respetaba como un positivo anhelo nacional.

Para abreviar, el alto oficial que desempeñaba las funciones de Comandante en Jefe del Ejército, a la muerte del Presidente Busch, general Carlos Quintanilla, fué reconocido como Presidente Provisional de Bolivia, y al que se tuviera como sucesor legal del Interinato, teniente general Bilbao, pasó a desempeñar con el beneplácito de la institución militar y del país todo, el cargo de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

¿Fué un error práctico la aceptación por Bilbao de esta responsabilidad, observada con la mira de que sus actividades inmediatas forzosamente deberían abocarse a los negocios políticos? Seguramente, aunque no de tanta gravedad como sus adversarios y émulos lo propalaron a objeto de obtener un provecho inusitado de algo que no constituyera ni siquiera un pecado venial, si

se considera que existía un acuerdo general y al parecer sincero entre el deseo ya manifiesto de la ciudadanía y la situación de mando provisorio, con todos sus círculos e intereses allegados o por allegarse, para efectuar una libre y soberana consulta popular, al propio tiempo que amparar sus resultados. Además, y esto es capitalísimo para discriminar justicieramente la cuestión, Bilbao no aceptó desempeñar el Comando para fortificar sus expectativas eleccionarias —esto era del todo incongruente con su criterio moral, amén de absolutamente innecesario —sino exclusivamente para reorganizar el Ejército, depurarlo en el sentido profesional y técnico, y hacer por fin el juicio de responsabilidades emergentes de la liquidación que había tenido la guerra con el Paraguay. Esta tarea ineludible no la habían realizado, ni podían haberla hecho sus antecesores, si se considera la intervención personal que les había cabido en aquellos resultados. Bilbao, con razonamiento de estadista cauto y previsor, no podía subestimar el papel a jugar por las fuerzas militares en su presuntiva administración; y de aquí que se decidiera, por medio del ejercicio previo y naturalmente limitado del Comando en Jefe, a ponerlo en camino de capacitación y de eficiencia singulares, a la vez que imprimirle una tónica espiritual poderosa, reconciliando a la institución con los imperativos de la conciencia nacional e histórica, conjuntamente con un señalamiento de los deberes para el porvenir, aparejados a la política de reconstrucción del país y de solución de sus más vitales problemas, casi siempre preteridos o simplemente ignorados por las generaciones conductoras.

Por otra parte, a decir verdad, habían transcurrido cuatro años de la cesación de la lucha en el Chaco,

y ninguna explicación se había ofrecido a la nación de los acontecimientos allí producidos, como tampoco se había declarado oficialmente a quiénes el país debía gratitud y a quiénes repudio.

Bilbao juzgó previa y básica esta tarea, y de esto se infiere la raíz de su resolución de actuar una temporada todavía como militar antes de asumir mayores y más vastas obligaciones con la colectividad. Resultaba así risible y absurda la acusación que ulteriormente se le hiciera, por derivaciones implícitas y caprichosas interpretaciones directas, de haber retenido el Comando como un trampolín para saltar al poder. En este sentido se puede afirmar, sin temor de ser desmentido, que la base electoral de Bilbao era tan robusta como entusiasta y por todos los síntomas invencible; de modo que la continuación, aunque fuese por pocos días de su tarea castrense, involucró un daño incuestionable para su perspectiva presidencial. La elección en la ciudad de Cochabamba, efectuada cuando el gran soldado y aspirante a estadista se hallaba expatriado y calumniado, sin presentación ni trabajos de ningún género y menos propaganda, que hubiera sido interdicta, en que el nombre de Bilbao casi se sobrepuso en las urnas al de Peñaranda, candidato de la poderosa Concordancia, —que jugara al copo—, no obstante ser aislado, se puede exhibir como un índice significativo de lo que hubiera sido la elección para Bilbao, si éste hubiese podido continuar en su patria y en pleno disfrute de sus inalienables derechos ciudadanos.

Doloroso es historiar, por más que sea a grandes y evasivos rasgos, las incidencias que determinaron la anulación temporal de Bilbao y de sus aspiraciones —compartidas por la porción más numerosa y sana del

país—; y la consiguiente pérdida para Bolivia de una conducción eficiente, llena de templanza y rectamente orientadora, y que seguramente hubiera sido feliz y fructífera en multitud de aspectos.

Un militar apolítico, al menos en el sentido de independencia con respecto a los contubernios y compromisos de círculo, venía a destellar una luz nueva en los usos y hábitos que se tenían estereotipadamente como favorables al ejercicio y progreso del sistema democrático. Esta novedad, es cierto, se cohonestaba con el cansancio y aun el escepticismo con que la opinión pública miraba hacia las cosas y fenómenos del procomún después de la malhadada aventura del Chaco. Para decirlo sin eufemismo y poder trasuntar con alguna propiedad el pensamiento prevaleciente en esa época, la masa ciudadana se manifestaba desencantada de los procedimientos políticos clásicos y de sus consabidas subdivisiones y pugnas de bandería, pues se atribuía con no flaca razón a la enunciada modalidad, a ratos enconada y sectaria, en otros difusa y transaccional, y por lo frecuente bajo el denominador de la esterilidad; que suele ser lazarillo de las actuaciones sinuosas o que se hipertrofian inmoderadamente, de las contradicciones y las malandanzas de la existencia nacional en los últimos lustros.

Los gobiernos de Toro y de Busch apenas si habían logrado canalizar de un modo retórico los inesperados y todavía imprecisos ímpetus del nuevo ideario colectivo. El coronel Toro, persiguiendo un nuevo ordenamiento del proceso político, llegó al extremo de cancelar de una plumada la existencia de los partidos de opinión tradicionales. El teniente coronel Busch, por medio de su declaración dictatorial, no se quedó más corto que su

antecesor en cuanto a transformador político, y en lo que se refiere a innovaciones de fisonomía económico-social le aventajó de una manera categórica. Mas todo este fermento de rumbos y ensayos de índole novísima, incaudaba la necesidad más que la obligación de formar y estructurar doctrinariamente a corrientes de pensamiento distintas de las que antes habían prevalecido; y la verdad, en esta tarea, fuese por culpa de los conductores o del ambiente, no se pudo avanzar gran cosa, y los regímenes militares tuvieron que reconocer de un modo u otro su impotencia para reconstruir el país a base de un derroche de alucinantes teorías que no alcanzaban a ser confirmadas por las revisiones de la realidad.

Se tenía, sí, casi unánimemente como inconcuso que la evolución de la economía de tipo industrial y societario obligaba a un reajuste del equilibrio del pacto clasista regulado por la legislación y el Estado; y de aquí que el concepto de justicia social alcanzase un lugar prominente en el nuevo ordenamiento jurídico. Los partidos tradicionales, algo renuentes hacia tendencias innovadoras de lo antiguo y de lo que apreciaba como inmovible, sin obstaculizar doctrinariamente de frente los avances del ideario socialista y su traducción estadual, empero oponían la fuerza conservadora y reticente de lo habitual, de lo que en el fondo se observa como benéfico tanto en espíritu como en cuanto a molde. De aquí la fricción y hasta el choque entre las ideologías de izquierda y de derecha, entre avanzados y reaccionarios, situación que al no encontrar una ecuación armoniosa y equilibrada, y con un ensamble constante con las circunstancias económicas, amenaza conducir derechamente, por

la propia vía del sufragio universal, a la tiranía del número, que por esencia es comunista.

Bilbao, próximo a ser ungido por el ansia de estructuración orgánica y mejoramiento moral que emanaba del corazón del pueblo trabajador y sufriente, no ignoraba la divergencia de clases, más que política, que imprimía hosquedad y recelo al ambiente de post-guerra, por otra parte también cargado de incertidumbre y desesperanza.

Por este cúmulo de factores complicados, Bilbao pensó que si era inevitable una revolución ideológica, ésta debía impulsarse desde arriba y no desde abajo. Guiado por este criterio no vaciló en adoptar una línea, acaso nulamente política, pero de intención honrada, consistente en no contraer compromiso antelado alguno con las agrupaciones partidaristas, que no fuese en asuntos de carácter neta y trascendentemente nacional; manteniendo en todo caso un matiz de acción intermedio entre las corrientes antagónicas y complementando la nueva orientación económico-social con la solución de los grandes problemas públicos abandonados o aplazados, que interesan fundamentalmente a la nación toda sin distingos de barreras ideológicas, raciales, de fortuna y de castas. Para ceñirse a un programa de gobierno de esta enjundia, Bilbao se fortificó en la decisión de no apartarse de la neutralidad debida a las agrupaciones políticas que aún no conocían en toda su extensión lo que llegaría a ser su debilidad con motivo del advenimiento legal e irresistible del ejercicio sindical y del derecho de huelga anejo, ajustando sus propósitos de concordia y de acción concertada para las grandes líneas de beneficio comunario, sin excepciones exclusivistas ni excluyentes.

A la promesa cada vez más diáfana de la voluntad todavía en agraz de los pueblos, se unió, en 4 de septiembre de 1939, al antecedente — bastante influyente entonces — de la designación del teniente general Bilbao Rioja como Jefe Supremo de la organización de ex-combatientes del Chaco, hecha por la unanimidad de sus células regionales y departamentales. Bilbao reemplazaba al malogrado Busch en la dirección de esta fuerza juvenil y patriótica, en esos días animada por el gran aliento de forjar, con la cooperación del pueblo y bajo la advocación de las leyes tutelares, una nueva nacionalidad, poniendo fin a los desbarajustes del pasado y cauterio sobre las imperfecciones y vicios evidenciados en la no distante prueba de fuego. Y no solamente era el aura popular la que rodeaba y enaltecía al soldado a quien se llamaba a gobernar. Todas las clases sociales, con la salvedad quizá de unos pocos círculos cerrados e impermeables a toda influencia externa o extraña a su génesis y desenvolvimiento, depositaban su confianza y anhelos en el caudillo invicto de la contienda con el Paraguay. El Presidente Quintanilla, por otra parte, no demostraba aficionarse al poder para sí mismo, y, por el contrario, hizo ostensible su pensamiento de que la crisis política en gestación sólo podía solucionarse con la elección constitucional de Bilbao. Aunque se presumía que habían trabajos de zapa, que podían cavar muy hondo, poquísimas eran las personas que dudaban o se con- dolían de que el teniente general Bilbao fuera el nuevo primer mandatario de Bolivia. En esos días aun no se hacía visible esa opinión contraria a las justificadas aspiraciones del ilustre boliviano, y que cobraría cierto volumen más tarde por raciocinios arrancados por vías



violentas y arbitrarias. Verdadero polvo de oro para cegar a las gentes.

A la sombra de aquellos auspicios, llevando la representación del Gobierno y cumpliendo con un voto admirativo de su espíritu, el general Bilbao se trasladó a Cochabamba, con la misión de concurrir al sepelio de los restos del ex-Presidente Dr. Eliodoro Villazón, a los que despidiera en la necrópolis con una conmovida oración fúnebre.

El día 17 de septiembre, la sociedad de Cochabamba ofreció un banquete al Tgral. Bilbao. El ofertante Dr. Rafael de Ugarte, entre otros conceptos, manifestó:

«Basta recordar las heroicas acciones del Km. 7 de Strongest, la incommovible resistencia de Villa Montes y otras de la campaña, para mostrar que vuestras dotes militares señalaron días de inmarcesible gloria para Bolivia.

«Y si de otro lado dirigimos la vista a vuestra actuación en el campo administrativo y político no podemos menos que reconocer que ella respondió a los dictados de un sano patriotismo y de un inalterable respeto a las instituciones y garantías consagradas por nuestro Código Fundamental. Yo que tuve el honor de compartir en las fecundas y desinteresadas labores de la inolvidable Junta Militar de 1930, puedo prestar mi testimonio personal en este sentido.

«Señor General: los momentos son de prueba y si dirigimos la mirada a nuestra agitada historia política, veremos que más nunca hoy se deja sentir la ineludible necesidad de aunar todas las voluntades, sin omitir sacrificio alguno, en servicio de Bolivia, de su grandeza y



responsabilidad internacional. Arriemos, por el momento, las banderas que no fundamentalmente nos separan: consagremos toda nuestra energía hasta conseguir que, refundidos en un solo pensamiento y en un solo anhelo patriótico, ejército y pueblo, cada uno en la esfera de su noble cometido, laboremos por la felicidad de la Patria, sin divergencias ni antagonismos suicidas. Y es a vos, a quien el país confía esta misión salvadora».

El general Bilbao, contestó:

«Yo pienso, como vosotros, que la unión es la primera necesidad de la hora presente, para conseguir el restablecimiento institucional del país y entrar de lleno a una política nacionalista. Un gobierno estable, ciertamente, no puede existir sino sobre la base firme de la opinión pública. Sólo un gobierno legal, tendría también la autoridad suficiente para castigar el peculado y perseguir la improbidad funcionaria.

«La revaluación de nuestro signo monetario, la confianza que requiere la inversión de capitales extranjeros, las seguridades que necesita la propiedad privada, las garantías que reclaman las libertades públicas, la justa protección a las clases trabajadoras y como coronamiento de todo eso, la rehabilitación del buen nombre de Bolivia en el exterior, exigen la vuelta a la Constitución, con los Poderes Públicos legalmente organizados.

«Como Comandante en Jefe del Ejército, debo también dejar constancia, de que el retorno a la Constitución y el libre juego de la democracia, depende en buena parte, de la cordura de la ciudadanía nacional, que no debe encontrar en esta ocasión pretexto alguno para in-

tranquilizar el país. Debemos pensar que el patriotismo «no es la consigna logrera sino la solidaridad heroica».

A no dudarlo, hay en estas frases, intercambiadas en una atmósfera cálida de sinceridad, una invitación y una aceptación explícitas a asumir responsabilidades.

Es verdad que antes, en La Paz, al dirigirse en tren de gratitud a los ex-combatientes con estas palabras: «Las candentes luchas políticas, son las que menos deben llamarnos la atención en nuestras sanas y honradas actividades; ya que al final, la lucha de partidos casi siempre enconada en nuestro medio, no hace otra cosa que causar una escisión honda dentro de la familia boliviana, que hoy más que nunca, debe mostrarse ante la mirada de propios y extraños, bajo un solo pensamiento directivo: LA UNION NACIONAL, que significa concurso colectivo y uniforme de esfuerzos y voluntades en servicio de un solo Ideal Superior. Son los ex-combatientes, los llamados a imprimir las orientaciones dentro de la nueva educación moral y patriótica de las generaciones bolivianas, con su ejemplo.....» el general Bilbao había puntualizado la nueva exigencia de la hora boliviana; que en su opinión, algo temeraria, hay que reconocerlo, consistía en prescindir de las fuerzas divisionistas que revuelven el medio político, para caminar hacia adelante con otras miras y renovados designios. Esto, bien aquilatado, significaba un acto de adhesión y fusión personal con la nueva era política preconizada, que se fundaba en la acción democrática directa, de puro sentido electivo y casi plebiscitario, que se conformaba con la voluntad altiva y ajena a cábalas y sometimientos macilentos de su iniciador y sustentador.

Lo transcripto hasta aquí en materia eleccionaria indica que el general Bilbao condescendía con el homenaje que brotaba del corazón de un crecido número de sus compatriotas. No obstante, hasta el banquete ofrecido por la sociedad de Cochabamba —ciudad donde había transcurrido su infancia— no hubo un esclarecimiento público al respecto, por más que de un ámbito a otro del país circulaba el nombre del gran conductor militar como el símbolo viviente de las aspiraciones de la ciudadanía. Mas el día 18 de septiembre hubo de desvanecerse la última duda al respecto. Bilbao fué objeto de una fervida proclamación en la laguna del Stadium, corriendo con los discursos de agasajo el Dr. Miguel Mercado Moreira, el historiador José Macedonio Urquidi y los señores Antonio Mujía Blanco y Alfredo Mendizábal.

Bilbao respondió con un discurso de tono muy franco y de un acendrado vigor cívico, del cual resaltaron los períodos siguientes:

«El mundo entero sufre una verdadera crisis de moral y de fe; los pueblos en su totalidad reciben el influjo de las corrientes que amenazan dar término a su civilización milenaria y, circunscribiendo el fenómeno a nuestra Patria, contemplamos una tragedia todavía mayor; la de ver a los hombres convertidos en instrumentos del lucro, del odio o de su afán burocrático, que lastima a toda convicción honrada. Sin embargo, debemos ser optimistas, porque así como la buena moneda desplaza siempre a la mala, pienso que llegaremos a vivir el momento, en el que, en Bolivia se desenmascare a los que traficaron en la guerra como en la paz, con la dignidad bo-

liviana y con los tesoros de la Nación, hasta dejarla en el estado de la postración cívica y de indigencia en que se encuentra.

.....  
«... por el éxito de esta nueva era de nacionalismo superior, de conquistas sociales que es necesario emprender para elevar el nivel de nuestros conciudadanos, para normar el trabajo y el capital; por el triunfo de la justicia, de la verdad y de la democracia».

Luego de estas extraordinarias actuaciones cochabambinas, el Comandante en Jefe se restituyó a la sede de sus funciones para reanudar con ahinco su labor específica: A mayor abundamiento, como la etapa del Provisorio Presidencial aún no se hallaba definida y ostensiblemente éste abandonaba al juego de los partidos la fórmula de avenimiento para enfocar de un modo práctico el peliagudo problema en disyuntiva, el general Bilbao, prescindiendo de sus intereses electorales, siguió afanándose en la labor técnica y administrativa de poner a la institución armada en un pie de verdadera eficiencia, dentro de un elevado concepto de superación moral. El lector perspicuo habrá podido colegir que Bilbao se dedica de preferencia a trabajar por el progreso de la entidad militar y no precisamente por la causa proselitista que de modo tan afectuoso como insistente le solicitaba una ofrenda de su persona y de sus actividades. En resumidas cuentas, aunque comprendiendo el solicitado la responsabilidad y sacrificio que se contenían en la misión que parecía privilegiadamente otorgarle el destino, estaba empero muy lejos de bebersé los vientos por honores políticos que fuesen prohibidos por combinaciones y transacciones limitativas de origen partidarista. Bilbao

amaba y ama infinitamente más su hogar militar que cualquier otra cosa de la tierra.

Durante el transcurso de los meses de septiembre y octubre, el Comandante en Jefe del Ejército hubo de preocuparse activamente en la preparación de la Orden General del Ejército, documento de suyo importante y que por esa vez adquiriría una desconocida trascendencia, puesto que era seguro condenaría en su conjunto de promociones, sanciones y destinos la nueva pauta disciplinaria y de severa ética profesional que el criterio del nuevo jefe pensaba instaurar en la colectividad armada y en sus labores. Se puede decir que esta Orden General era tan esperada como temida, pues era suficientemente conocido que en materia de cumplimiento del deber y sus responsabilidades anexas, Bilbao, conforme a la expresión vulgar, «no se casaba con nadie». No podía resultar muy extraño por ende, que oficiales descontentos, suspicaces, o bien temerosos de algún juicio tácito sobre sus pasadas actuaciones en la campaña, que acaso pudiera desprenderse de las medidas por adoptarse, se empeñaran en servirse de múltiples expedientes para realizar el vacío, como si se tratara de una campana neumática, alrededor de los proyectos del nuevo guía de la institución; y como aquello resultaba difícil y problemático, habida consideración del prestigio y entereza moral de su autor, el terreno de la conjura apareció más susceptible al bordeamiento de la intriga que persiguiera oponerse a los planes de Bilbao, fuese contrarrestando estos o, en su defecto, anulando o quebrantando de algún modo su persona misma. Vino a coincidir esta sorda resistencia de ciertos elementos armados, con la situación política creada a las aspi-

raciones presidenciales del país compartidas por Bilbao, por la decisión «sotto voce» de algunas entidades del partidismo tradicionalista, en el sentido de no prestar apoyo al hombre sobre cuyo prestigio y arraigo nacional se había edificado la situación transitoria, que ahora resultaba autorizando el éxito y hasta la impunidad del juego un tanto peligroso y escasamente comprensivo y justiciero de los intereses creados.

No reseñaremos las incidencias que condujeron a la candidatura del general Bilbao a cierta orfandad con relación a los «visto bueno» y recursos prácticos dependientes de las organizaciones depositarias de la tradición electoral dirigida y al sistema de elección previa a que se ajustan por lo corriente los aspirantes a las funciones más descollantes de la democracia representativa. Bastará con decir que, en una reunión conspicua de distintos personeros de la política, de la sociedad y de las letras, que actuaban bajo el denominador común de Concordancia, a la que fué invitado el candidato presidencial, se puso en evidencia que no habría apoyo electoral para éste, sino se concertaba con prioridad un acuerdo político y quizá si programático. Expresado en claro romance, se exigía del candidato nacional una especie de sometimiento a determinada consigna partidarista.

Bilbao resistió, casi sin dejar escuchar su voz, lo que se deseaba de él, con sacrificio o modificación de sus convicciones, y por tanto la escisión quedó producida. En síntesis, los partidos políticos se negaron a patrocinar en las urnas, incurriendo en una grave responsabilidad histórica, el nombre del vencedor en el «Kilómetro 7», en Cañada Strongest y en Villa Montes. Se cohonestaba esta actitud con diversos pretextos de muy

difícil demostración. Uno de ellos, acaso el principal, se fundaba en que el general Bilbao preparaba una dictadura de orientación izquierdista o comunizante, pues se le reprochaba, en los medios de tendencia cerrada, su divorcio de los partidos llamados de orden, su afán de renovar con la aglutinación de nuevas corrientes de opinión el ambiente algo estancado de las ideologías, y su predisposición exhibida hacia un régimen libremente democrático, con prescindencia de los resortes y martingalas usuales, y con un exacto contenido de justicia social.

Vino a justificar en parte la actitud reticente de los allí reunidos, la especie de exégesis crítica o histórica que hiciera de la labor cumplida por los partidos, el teniente coronel Sinforiano Bilbao Rioja —que acompañaba al general—, pues cualquiera que haya sido el fondo de razón de sus argumentaciones, es innegable que ese no era el momento más propicio para formular censuras. Con la aludida intervención la tensión discordante que presidía la atmósfera acreció enormemente, con evidente perjuicio para las expectativas de Bilbao, quien se limitó a guardar silencio ante lo dicho por su hermano y no dando respuesta a las réplicas más o menos nerviosas que como consecuencia se levantaron.

Esta reunión, que en cierto modo despejaría la incógnita para dar curso libre a otros acontecimientos, se verificó en casa del señor Néstor Galindo, deudo cercano del Presidente Provisorio Quintanilla.

Se ha observado con frecuencia que el sentimiento de gratitud representa una carga menos llevadera para las colectividades que para los individuos aislados, y una demostración de ello está en el vuelco experimentado contra Bilbao, por cuestiones



de forma más que de fondo, de parte de la porción más cultivada y por tanto más consciente de la sociedad, como es la que imprime rumbos a la nación toda por intermedio de sus más poderosos organismos de opinión y de expresión. Pero, en este punto concreto cabe formular el interrogante, al sacudirse de esta especie de fatiga de la gratitud, ¿quién sufriría mayor daño, la nación boliviana, que al fin había creído encontrar un guía incontaminado y eficaz, o la persona que resultara víctima de la incompreensión y de otras ambiciones en germinación?

El historial lleno de altibajos, profundamente desorientado y plagado de debilidades de la administración Peñaranda, y el sinuoso y saturado de excesos del período Villarroel, ha venido a evidenciar que hubiera sido conveniente, amén de justo y hasta salvador, permitir el ensayo, naturalmente prohijado por la majestad del sufragio libérrimo de los pueblos, consistente en el ejercicio del mando supremo por el hombre que, además de poseer muy notables cualidades intrínsecas, había comprobado su eficiencia y su espíritu de sacrificio en el epicentro de la hecatombe de una guerra exterior defectuosamente conducida.

Entre tanto en los altos círculos políticos, sociales y militares se conspiraba contra Bilbao, en procura de hallar un recurso para interrumpir su ascensión al poder, el pueblo, de un modo espontáneo y pocas veces visto en lides de esta naturaleza, le hacía llegar a su elegido su más cálida adhesión. También, numerosos centros de población, a la usanza de cabildo abierto, cual si fuese un capítulo solemne, posiblemente efectuado por vez primera en la historia republicana del país, proclamaban de una suerte impresionantemente unánime



al teniente general Bilbao como futuro mandatario de Bolivia.

Como muestras, tomadas al azar de algunos periódicos, se reproduce algunas de las aludidas proclamaciones:

«El pueblo de Independencia, capital de la provincia de Ayopaya.

Resuelve: Proclamarlo como candidato único a la Presidencia de la República, y sostener su nombre en el torneo electoral que próximamente debe realizarse a convocatoria del Poder Ejecutivo, para constitucionali-  
zar el país, hasta obtener el triunfo completo, rechazando cualquier otra candidatura que se presentara en contra de la presente». Firman 73, y se agrega «(siguen las firmas)».

Proclamación de la candidatura en Trinidad.  
17 de octubre de 1939.

«El secretario de la Legión de ex-combatientes de la Legión departamental del Beni, puso de manifiesto las dotes sobresalientes de nuestro Jefe Supremo, abarcando las condiciones morales, intelectuales y las virtudes militares del ilustre jefe, y por aclamación, fué proclamado candidato a la Presidencia de la República, el Tgral. Bernardino Bilbao Rioja.

El pueblo de Sacaba, capital de la provincia del Chapare, 3 de octubre de 1939.

«La indiscutible popularidad del General Bilbao, auna todas las voluntades del electorado nacional en la presente hora, y es de esperar que toda la Nación, se ponga bajo la bandera que hiciera flamear gloriosa y triunfante en Km. 7, Strongest y Villa Montes, para llevarlo a regir, desde el más alto sitio los destinos de la

República». 211 adherentes, y la proclama reza» «(siguen las firmas).

«En el pueblo de Capinota la proclamación fué hecha sin distinción de partidos políticos ni clases sociales, en vista de los méritos del General Bernardino Bilbao Rioja». Firman 75 adherentes, y dice «(siguen las firmas)».

El pueblo de Totorá, en «acto solemne y espontáneo», proclamó la candidatura del Tgral. Bilbao, Aparecen en el comunicado 132 firmas, y dice «siguen las firmas», en el fundamento se asegura: «por haber sido el más heroico defensor de nuestra soberanía nacional y además, considerado sus relevantes condiciones de ciudadano ejemplar, de intachable integridad moral institucional, con la pureza de sus convicciones democráticas, moldeadas en el respeto a la ley y a la justicia social».

La Provincia «General Bilbao», proclamó su candidatura a la Presidencia de la República, con estos considerandos

«La Provincia General Bilbao» reunida en gran asamblea, sin distinción de colores políticos ni clases sociales.—Considerando: que en estos momentos de desorganización política, en que es necesario encarar gravísimos problemas de carácter social, político, económico e internacional; que sólo un hombre de excepcionales condiciones cívicas, morales e intelectuales, puede afrontar satisfactoriamente, para hacer de nuestra Patria, como todos anhelamos, una Bolivia grande, fuerte y rica.—Considerando: que la austeridad y patriotismo probados, la épica política intachable y las altas virtudes cívicas que encarnan la personalidad del General Bilbao Rioja, son una prenda de garantía para el honesto manejo de la cosa pública.—Que durante la pasada campaña del Sudeste ha

sido el más firme baluarte de la soberanía nacional, a cuyo servicio puso su máximo esfuerzo como boliviano.— Resuelve: proclamarlo solemnemente al General don Bernardino Bilbao Rioja, como candidato a la Primera Magistratura, por constituir la mejor promesa del mejoramiento institucional de la Nación.—Arampampa, octubre 9 de 1939». Firman 92 adherentes, «(siguen más firmas)».

*El Pueblo de Quillacollo.*

«Los ciudadanos que suscriben espontáneamente sin distinción de colores políticos ni clases sociales, manifiestan su adhesión a la candidatura presidencial que ha sido proclamada en la capital del Departamento, en favor del estadista y el más heroico Jefe del Ejército Nacional, Sr. Teniente General Bernardino Bilbao Rioja. Sus indiscutibles méritos personales, su ferviente patriotismo, su valor probado y su espada invicta, lo señalan como el más capacitado para conducir la nave del Estado, por certeros y luminosos rumbos de progreso.

El electorado nacional unido, como nunca, alrededor de su gloriosa personalidad, sabrá hacer triunfar esta candidatura, para imponerle la insignia presidencial de los libertadores, reservada a los preclaros hijos de la Patria.— Octubre 8 de 1939». Firman 192 adherentes. «(siguen más firmas)».

*Pronunciamento del vecindario del cantón Colomi de la Provincia del Chapare.*

«El vecindario del Cantón Colomi de la Provincia del Chapare, del Departamento de Cochabamba, sin distinción de colores políticos, se adhiere a la candidatura presidencial del General Bernardino Bilbao Rioja, que

ha sido proclamada en la capital del Departamento, y secundada hasta la fecha por la mayor parte de las provincias.

Los ciudadanos que suscriben cumplen un alto deber de civismo, agrupándose en rededor del héroe más auténtico de la Campaña del Chaco, seguros de que así como supo conquistar laureles de inmarcesibles glorias para la Patria, sabrá elevar también sus más caras instituciones, dentro de la ley y las garantías ciudadanas.— Octubre 2/39. Firman 75 adherentes, y dice «siguen las firmas».

Muchísimas otras evidenciaciones de este jaez llevaban al convencimiento que la base eleccionaria con que contaba Bilbao era amplia y sólida. Esto mismo hacia que los que pugnaban en su contra, especialmente en la ciudad sede del Gobierno y en los elementos próximos a éste, se esmeraran en mantener un silencio preñado de hipótesis e incertidumbres alrededor de la persona y actuaciones del general Bilbao. Se rumoreaba, así, con insistencia y de un modo sibilino, que Bilbao no pretendía tanto llegar al Palacio Quemado por la vía legal cuanto por un golpe de estado, para lo cual, se esgrimía el argumento, que el mando militar que ejercía el aspirante a primer magistrado representaba un magnífico escabel para aquel designio.

Las gentes al hacer esta aserción, olvidaban o fingían olvidar que Bilbao rehusó asumir el poder luego de la desaparición de Busch, a pesar de las instancias que le hicieron, precisamente por respeto a su convicción legalista. Mas la clave de los antagonismos ciertamente no estribó en que Bilbao ocupaba el Comando del Ejército en la todavía lejana víspera electoral, lo cual incues-

tionablemente fué un error suyo, aunque inspirado en consideraciones elevadas, como más arriba se insinuara. El busilis de la cuestión era otro, y éste fué explayado por el diario «Patria» de Oruro, de un modo certero:

«Había también otra división que se iba formando, la de derechas e izquierdas. La juventud creía tener el derecho de desplazar el elemento que ya había actuado en política y nació la lucha de generaciones. Con la fórmula Bilbao que aunaría todas las tendencias, desaparecería esta funesta lucha de los componentes de una sociedad, que no se basa ciertamente en motivos doctrinales sino en simples antagonismos.

«La formula presidencial del General Bernardino Bilbao Rioja es pues, una feliz inspiración nacional, que funde todas las voluntades en una y que lleva a la familia boliviana a la conciliación y la armonía, eliminando los motivos de lucha que habrían ahondado los abismos que se abrían en nuestro camino y que amenazaban con la ruina de la nación.

«La candidatura presidencial de este militar honesto y austero, que ha escrito páginas gloriosas de nuestra historia en la defensa del Chaco, es una prueba de que el sentido moral y la justicia prevalecen en el pueblo boliviano y que sabemos discernir los méritos de un hombre al llamarlo al más alto puesto de la nación. El héroe auténtico del Chaco, el hombre equilibrado y modesto que mantuvo su espada y su honra sin mancha es merecedor de la primera magistratura y será llevado a ella por la unanimidad de la ciudadanía boliviana que ve en él al ciudadano llamado a encarrilar al país en la senda del progreso y en el camino de la legalidad».

Lo que pasó en definitiva, fué que Bilbao no llegó a merecer la confianza de los estratos dirigentes del mando político y económico; y de esta guisa el conflicto de generaciones o de ideologías extremas a que se refirió «Patria», quedó planteado en un terreno de violencia, con todas sus aristas angulosas e hirientes y sus consecuencias imprevisibles.

En honor a la verdad, hay que decir que Bilbao no se apartó un solo instante de un concepto mediador y armonioso de transacción y de garantías para todos, al situarse ponderadamente en el fiel de la balanza, procurando equilibrar a las porciones divorciadas y hasta antagónicas de la escala social, como lo comprueba su declaración respondiendo a una pregunta hecha por la Revista Bolivia, en octubre de 1939.

«—¿Acepta Ud. que la clase media, en nuestro país carece de hombres ponderados para gobernarlo?

—La clase media boliviana ha dado hombres ilustres y en la guerra probó su capacidad y patriotismo. En la paz, es a mi juicio la que más se dedica al estudio y la que tiene mayor afán de superación; de seguir así, es indudable que ha de ser la más capacitada para actuar en el normal y progresivo desenvolvimiento de la cuestión pública. Tengo profunda esperanza en la clase media y soy un convencido de su valor individual y colectivo».

«Bajad el telón, que la representación ha concluido.....» se dejó escuchar en el ámbito boliviano, cual si fuese dicha por la voz sarcástica y descreída del viejo Momo de todas las mojigangas.

A la desinteligencia política producida, se agregaría, en el ardimiento de las pasiones desencadenadas, la brega entre lo normal, lo natural y lo real en materia

etnológica y telúrica y el pretencioso juzgamiento de raíz aristocrática, en América, por lo demás, bastante ficticio banal. Pero esto al menos serviría para deslindar campo de lucha, en una tentativa postrimera de cegar el caudal fluido e impetuoso de un verdadero anhelo nacional. Los adversarios de Bilbao, hallando un pretexto aparente para resistirle de frente, no hesitaron más para poner en acción sus poderosas reservas de influencia, y de este modo quedó sellada la lucha abierta. Naturalmente, vencer a Bilbao —que contaba ampliamente con el afecto y el reconocimiento de un pueblo— no era cosa baladí y que se cayera de madura, y para lograr el objeto había que recurrir a cuanta agudeza y complicidad pudiera simplificar el éxito. El proceso de este mecanismo fué un tanto sorondo y solapado; pero ninguna persona medianamente aversada en el curso sibilino de los amañes políticos, pudo ignorar que la proyectada ascensión al poder por Bilbao estaba siendo obstaculizada a todo trance. Se cumplió así la sentencia del poeta «de que un solo grano de impureza —en el caso pertinente, error de táctica política— hará de la noble substancia de un hombre un objeto de escándalo». Mas el aliento que provenía de la ciudadana era a la sazón tan avasallador que Bilbao pudo seguir constatando la emoción de quien ha ganado por medios lícitos la confianza popular y es consiguientemente estimulado por sus efluvios, sin que ostensiblemente se dejará advertir ningún escollo serio para sus expectativas. Si embargo, la delicadeza casi hipersensible de Bernardino Bilbao no se adaptaba a una situación de controversia que hacía columbrar detrás de sus redados más misteriosos una inequívoca suerte de incompreensión y de ingratitud hacia su persona, y guiado por este sentimiento —no resentimiento— hubo de formarse la decisión de renunciar



sus ensoñaciones cívicas, para poder continuar su programa de labor en la institución militar, donde; era notorio; hacía falta un jefe de sus condiciones anímicas y talentos. Infortunadamente, aquel paso a dar por Bilbao, y que sólo fué conocido por contados amigos, que debió ser exprimido a la publicidad el domingo 29 de octubre de 1939, fué invalidado nonato por el luctuoso acontecimiento ocurrido en el palacio de Gobierno en las últimas horas de la tarde del 26 de octubre, que mereció la gráfica e imperecedera mención de «atraco» de parte del distinguido intelectual y hombre de estado señor Demetrio Canelas.

Una pluma que se estime de pulcra se resiste a dar pormenores de esa bochornosa incidencia. El hecho escueto es que se le preparó al Comandante en Jefe del Ejército una celada en el edificio presidencial, habitado en ese momento por el Presidente Quintanilla, y que por su naturaleza y responsabilidad era el lugar en que menos se podía pensar fuese viable para esa suerte de atentados, Bilbao, de uniforme, sin compañía alguna y sin cargar sable siquiera, al retirarse de una de las salas del tercer piso — donde a la sazón funcionaba el despacho presidencial por reparaciones en el resto del local— luego de conocer, no sin asombro, por boca del Jefe de la Casa Militar, coronel Melitón Brito, que la conferencia a que recién había sido citado telefónicamente no se efectuaría, al descender por la estrecha escalera de comunicación al segundo piso, fué asaltado inopinadamente por un grupo numeroso de individuos, civiles y militares, alistados para el efecto, quienes después de golpearlo inhumanamente — el agredido confirmando su tradición de valor se defendió como pudo, hasta caer aturrido a golpes de laque, de pies y de puños— le despojaron de su unifor-



me y objetos que portaba; y luego secuestrándole le condujeron sigilosamente a un autocarril que se hallaba presto en El Alto de La Paz para emprender viaje a Arica, en cuyo trayecto el general Bilbao terriblemente magullado, enfundado en una ropa civil cualquiera y aterido por el cierzo de la altiplanicie y el ultraje de que había sido víctima, al reconstituir a medias el cuadro de lo sucedido, pudo tomar razón del miserable estado a que le habían conducido sus verdugos intelectuales y materiales. Ese trágico y amargo despertar, camino del exilio y en medio de la más despiadada desconsideración a su persona, títulos y servicios fué para el general Bilbao la contrapartida sarcástica de aquellos días gloriosos e infinitamente felices para Bolivia del «Kilómetro 7», de «Cañada Strongest» y de Villa Montes, cuyo eco distante parecía repercutir ahora en vano en las quedades del olvido fácil y tornadizo de las generaciones.

A este abismo caliginoso y expuesto a ser insondable e irredimible fueron a parar las ansias de legalidad que habían animado la conducta del gran caudillo del Chaco, así como también sus ilusiones de una pulquérrima sinceridad electoral, su patriótico y edificante optimismo y esa llama realmente devoradora de sus buenos deseos.

Al día siguiente, ante el estupor general, los diarios de la mañana insertaron el desparpajado comunicado del jefe inmediato subordinado a Bilbao hasta la víspera, que con ufania de cazador que ha cobrado una gruesa pieza, decía:

«A LA NACION.—

Es del dominio público que en los últimos días se había acentuado el rumor que un golpe militar, encabe-

zado por el Gral. Bilbao Rioja, se produciría para derrocar al actual Gobierno y subvertir el orden establecido, no obstante que el país había recobrado, gracias a los últimos Decretos, el goce de sus derechos y libertades, aprestándose el pueblo a volver a la normalidad constitucional en vista de la convocatoria a elecciones directas de los Poderes del Estado. Ese rumor, obedecía a hechos evidentes.

Esta actitud, comprometiéndolo en trajines revolucionarios a algunos elementos militares, constituía una desviación perniciosa de las funciones propias del Ejército, ya que éste, especialmente en sus elementos jóvenes, no es ya el instrumento propicio para encumbrar y deponer Presidentes.

Siendo preciso velar por los fueros de las fuerzas armadas y en el propósito de sanear la institución, cuyo deber primordial es guardar el orden público constituido, hacer respetar las instituciones fundamentales de la República y preocuparse de la defensa nacional, el que suscribe, Jefe de Estado Mayor General, con asentimiento de las fuerzas de las Guarniciones, en salvaguardia del prestigio del Ejército leal al Gobierno, y a la Constitución, en defensa del orden y la normalidad de la vida ciudadana.

#### DECLARA:

Que se ha visto en la dolorosa y urgente necesidad de proceder al alejamiento del territorio de la República del General Bernardino Bilbao Rioja, seguro de que el país recibirá esta determinación como prenda de afianzamiento de sus garantías y de sus derechos.—La Paz; 26 de octubre de 1939.—A. Ichazo, Cnl. Jefe del Estado Mayor General».—Imprenta Editorial del Estado.

De este modo brusco e irrazonado quedaba roto el cauce, hasta poco antes sereno y confiado, de la disciplina y del respeto jarárquico, y herida en lo más vivo la fibra más sensible del alma militar: la lealtad, fundada en el propio pundonor y en la digna subordinación.

La República debía pagar más tarde con mucha sangre e ingente dolor, el gesto y las conjuras exitosas realizadas por un grupo de hombres que se cegaron con la prepotencia de cargos que no se ajustaban a sus verdaderas condiciones, lo que les insuflara una desatentada vanidad de poder. El general Carlos Quintanilla y el coronel Antenor Ichazo cargaron sobre sí la enorme responsabilidad de haber producido por vías sorpresivas y violentas un vuelco de la situación que prohibaba el voto tácito de la ciudadanía y el consenso de los núcleos más ligados a los grandes problemas mayoritarios de la nacionalidad.

La intención formal de gobierno de centro, equidistante de los extremos, y de mayor representación de la clase media —que antes por lo corriente fuera preterida en las esferas del Ejecutivo— que fisionomizaba el programa administrativo del general Bilbao, en el cual se prometía un régimen abierto y franco, sin exclusivismos ni fanatismos estériles, fuesen estos de casta o de índole económica, quedó cancelada de un modo dramático, avieso y totalmente inesperado. Y lo que pudo ser armonía, paz, era constructiva y edificante, se transformó, como por arte demoníaco, en desconfianza, recelo, rencor, acre censura, afán de subversión y de represalia, al mismo tiempo que manos impacientes y codiciosas revolvían inmisericorde el polvo y el légamo de las mise-

rias humanas, quedando una vez más confirmada la soberana sentencia de Plauto: «El hombre es un lobo para el hombre».

Poco sabía ya Bilbao de este confuso y contradictorio ajetreo alentado por vientos de pasión y no de templanza. Extrañado primeramente en Arica, dirigió desde este punto un manifiesto «A la Nación», en el que explicaba sucintamente y con lenguaje elevado y severo las incidencias ocurridas en el Palacio Quemado en la aciaga noche del 26 de octubre, y luego de una pausa de varias horas en que permaneció en estado inconsciente, su deplorable despertar, inerme, luego del trauma físico, y esposado como se hallara, ya en las proximidades de la frontera chilena. Este histórico documento sólo pudo ser conocido meses más tarde y de una manera sumamente restringida.

Los errores morales del Provisorio fatalmente debieron repercutir en el amañado gobierno constitucional que inauguró el general Peñaranda, aunque bien sopesada las cosas, el advenimiento al poder de este jefe fué fruto de un acuerdo del binomio todopoderoso Quintanilla—Ichazo. Pero lo más curioso del caso, fué que Quintanilla estuvo a punto de ser derribado por Ichazo —y naturalmente, también Peñaranda, que ya era Presidente electo— dos o tres meses transcurridos del «atraco» al Comandante en Jefe del Ejército. Un conato revolucionario, invocando el nombre del Jefe de Estado Mayor General y a sabiendas de éste, se materializó en pleno día en la plaza Murillo. El que esto escribe vió pasar por la Avenida Saavedra el tren de combate formado por el Regimiento Escolta y los tanque del grupo motorizado, una mañana calmosa en que nadie se prometía distracciones revolucionarias. En realidad, quien fué

vencido en la intentona fué su caudillo, que se desmoralizara por una enérgica reacción popular desenvuelta en su contra, en momentos en que se encaminaba en automóvil, hacia el Arsenal, y no las unidades, las que en posición de apresto en las ocho boca-calles de la plaza Murillo, no llegaron a actuar. Fué realmente algo increíble que un gobierno oscilante y rodeado de tachas pudiera mantenerse después de lo acontecido. Pero todo se arregló cuando el caudillo frustrado, Ichazo, apareció sonriente y confraternizando entre los generales Quintanilla y Peñaranda, en los balcones del palacio. También existió la curiosidad de la «confianza» que siguió disfrutando el auto intelectual del frustráneo golpe de estado, durante el resto del mando de Quintanilla y la totalidad de los días de Peñaranda en el poder. Estos no pudieron ignorar lo que se había propuesto Ichazo en relación con ellos, y en todo caso, le debían la zozobra que experimentaron al presenciar las maniobras de los juguetones tanques por las proximidades de palacio, en el día de marras. Todos estos acontecimientos ya no pudieron sorprender a nadie desde el prisma de la disciplina jerárquica, cuyo dique fundamental se hallaba roto desde el 26 de octubre de 1939; pero sí desde el ángulo de la lealtad y de la gratitud. En efecto Quintanilla había concluido por hacerse decididamente solidario de la responsabilidad admitida por Ichazo en el asalto y deportación del general Bilbao — sólo se manifestó condolido y en cierta medida en desacuerdo, en sus deposiciones privadas, y luego que dejó el poder—; y como si esto fuese todavía poco, había ascendido a teniente general a su compañero de aventuras a pesar de no contar éste con más de un año en el grado de coronel y de tener que saltar sobre treinta y un compañeros más antiguos que él, para recibir el premio de su hazaña, mo-

El Ejército como cuerpo, velando por su prestigio y pundonor, no participó en el atropello sufrido por su Jefe más connotado. Innumerables precisiones documentales y relaciones de hechos hay en este respecto; que las daremos a conocer someramente para honra de su prosapia y bajo el indeclinable deber de aportar basamento y esclarecimiento para los enunciados de naturaleza crítica.

Mas, no obstante los esfuerzos desplegados en desagravio y reposición de la disciplina aventada desde lo alto, nada se consiguió en definitiva. La tendencia comodona de la línea del menor esfuerzo y la robustez del hecho consumado, que parecen constituir el Evangelio de la vida moderna, concluyeron por imponerse sobre la ley moral y aún sobre las más puras ansias de la comunidad. Muchas personas y reputaciones jugaron papel preponderante en esta disputa de los principios inalienables con las conveniencias más o menos ficticias del momento político. El lector juzgará acerca de estos desempeños, pues el material de intenciones y de actuaciones dista de escasear. No siempre la verdad se impone, pero cuando llega hacerlo, lo hace con incontestable y fulgurante poderío. En el asunto de la deportación del teniente general Bilbao, como recursos de convicción y de cohesión se propaló demasiado, sin desdeñar lo vedado y lo calumnioso; pero, al fin de cuentas, nada pudo hacer impresión permanente de lo que se dijo en su contra, ya que si Bilbao aceptó en principio ser Presidente de Bolivia fué exclusivamente porque tuvo suficientes antecedentes para creer que la mayoría de la opinión ciudadana le reclamaba esta ofrenda de su persona y abnegación, siempre solícitas para con su patria. Ya hemos adelan-

tado también, que estuvo cerca de renunciar a este compromiso, cuando en el desarrollo de su trabajo profesional vió con claridad que su labor técnica requeriría un tiempo dilatado para rendir algún provecho.

El «Manifiesto a la Nación, a mis camaradas del Ejército y Excombatientes» publicado en Arica por el ilustre exilado, es el siguiente:

«Ante un imperativo de verdad debo hacer conocer ciertos detalles de los acontecimientos ocurridos en La Paz, durante estos últimos días.

El día jueves 26 del presente a horas 18.30 recibí un llamado telefónico del Edecán de Servicio, Mayor Eleodoro Galindo a nombre del Presidente Provisorio de la República, instándome para asistir a las 19 horas a un Consejo de Gabinete que debía realizarse en Palacio.

A esa hora estaba yo en mi oficina de trabajo, dando instrucciones a los señores Jefes y Oficiales sobre asuntos de servicio.

Una vez en el Palacio de Gobierno, a horas 19, indagué por el Sr. coronel Melitón Brito, Ayudante General de la Presidencia de la República, a quien expresé haber sido notificado para concurrir al Consejo de Ministros. El Coronel Brito me manifestó que no existía la orden de citación y por consiguiente podía retirarme.

El Consejo de Ministros que en efecto se había reunido, deliberaba en una de las salas del tercer piso del Palacio de Gobierno.

En circunstancias en que bajaba del tercer piso de Palacio hacia el «hall» principal, por las estrechas escalinatas que unen los distintos pisos, fui atacado de hecho violentamente, por unos veinte policías y militares disfra-



zados de civiles, pertenecientes a la «Guardia de Honor» del Presidente, todos ellos tarijeños.

Los veinte «Gangsteres criollos» armados de pistolas, laques y manoplas, se lanzaron furiosamente contra mi persona, reduciéndome a la impotencia en pocos minutos de lucha, desesperada de mi parte.

Como consecuencia, recibí tres heridas en la cabeza, fractura del pómulo, dos dientes destrozados, contusiones en la cara y en todo el cuerpo; quedando ensangrentado.

La famosa cuadrilla de «gangsteres tarijeños», al mando de un capitán del «Escolta de Honor» no satisfecha del ultraje material y moral que se me infería, se apoderó de mis prendas personales, entre estas, una cartera con mil quinientos bolivianos, una pistola de bolsillo, una pluma fuente, un reloj pulsera, un aro, de matrimonio y todos los documentos privados que llevaba conmigo.

Apresado en la forma descrita, y con pleno conocimiento del Consejo de Ministros, Cuerpo de Edecanes y Guardia de Palacio; no recibí auxilio de nadie a pesar de mis reiteradas protestas y llamados al orden y al cumplimiento del deber en defensa y resguardo debidos por parte de todos ellos a su General en Jefe. Fui llevado a un calabozo de Palacio donde permanecí tendido en el suelo por espacio de dos horas con esposas en ambas manos y fuertes ligaduras en los pies; ocho centinelas armados, montaban guardia, con instrucciones de asesinarme al primer llamado de alarma.

Transcurridas las dos horas; aumentadas las ligaduras en todo el cuerpo, amordazado y vendado me



trasladaron a un automóvil, previamente dispuesto frente a la entrada principal de la Policía.

En estas condiciones, tendido en el piso del automóvil, fui conducido hasta las afueras de Viacha, con el acompañamiento escalonado de seis automóviles que llevaban tropa armada y a los directores principales del asalto: Coronel Brito, Coronel Ichazo, Mayor Eliodoro Galindo, Capitán Ichazo, Dr. Quintanilla (hermano del Presidente) y otros según relato de mis acompañantes.

Transbordado en Viacha, a un autocarril, viaje hasta quince kilómetros antes de llegar a Arica, con las ligaduras, mordaza y seguridades brutales adoptadas por los que me escoltaban.

Hago constar que debía asistir al Consejo de Ministros en mi calidad de General en Jefe y en un acto de servicio, lo que agrava singularmente el acto delictuoso del Gobierno y de sus servidores incondicionales.

Dejo el análisis y el comentario de estos hechos a la conciencia honrada de todos los bolivianos y especialmente a los señores Generales, Jefes y Oficiales del Ejército, porque abrigo la esperanza de que la corrupción de ciertos elementos maleados, no puede haber contaminado la pureza de sentimientos de mi pueblo y noble Ejército.

Por qué pregunto: ¿Es posible concebir una afrenta semejante a un General en Jefe, en pleno ejercicio de sus funciones, sin que mediara ningún antecedente, ni siquiera para determinar una causa para el establecimiento de un proceso? En la Historia de América este es seguramente el primer caso en que un Gobierno que se dice respetuoso de la Constitución y de las determina-

ciones del Ejército, que lo llevó al Poder, comete semejante atentado contra el General en Jefe, infiriendo al mismo tiempo, el más hiriente ultraje a toda la institución armada, en la persona de su representante.

Es del dominio público que más de cuarenta y cinco distritos de la República, ex-combatientes, instituciones obreras y sindicatos de casi todo el país, han proclamado mi candidatura a la Presidencia de la República. Mi deseo más vehemente era llegar a ésta por los medios legales, habiendo desechado numerosas peticiones para derrocar al actual Gobierno, mediante un acto de violencia, desde que me hice cargo de la Jefatura del Comando.

Declaro terminantemente, que el actual Comandante en Jefe Coronel Antenor Ichazo, que ha sido hasta el último día mi colaborador inmediato en la Jefatura del Estado Mayor, ha sido el principal instigador para que asumiera la Presidencia, mediante un golpe de Estado, habiendo recibido mi franco rechazo tal proposición, fundado en el anhelo de la unión nacional y el prestigio de Bolivia y su Ejército en el exterior.

Señalo a la opinión pública, la conducta falaz de este jefe, que lo inhabilita moralmente para el desempeño de su cargo.

Estoy en condiciones de manifestar con toda pureza de conciencia que desafío a cualquier militar o civil para que declare si en alguna oportunidad le he manifestado mi deseo de perturbar el orden establecido, atentando en lo más mínimo a la estabilidad del Gobierno.

Lo que hay de cierto en la actual situación política de Bolivia, es que el Ministro de Gobierno, don Ber-

nardo Navajas Trigo, cuñado del Presidente provisori se ha presentado a última hora, como candidato a Presidencia contando a su favor, como únicos antecedentes para cumplir sus aspiraciones con todos los rescates que un Ministro de Gobierno, en funciones, puede tener, además de los dineros del Estado. Sin olvidar el apoyo del capitalismo, de los partidos tradicional de derecha.

Y lejos de la Patria, por un destierro obligado y después de haber sufrido toda la brutalidad de un atentado sin precedentes en América, hago un llamado a reflexión serena de mis compatriotas y camaradas, para que consideren si los actos delictuosos a que me he referido, merecen su aprobación, o su repudio, en resguardo del prestigio de la Nación y del Ejército.

Apesar de todo lo acontecido, y aún desde una distancia en que me coloca el destierro, no me cansa de encarecer a mis camaradas que mantengan la unidad del Ejército, tanto en la acción como en el pensamiento, prestigiándolo aún más, si cabe, siguiendo siempre por el camino del trabajo, la disciplina y la lealtad, sin que es quiera decir que se deje sin sanción a aquellos que en el actual momento político, desentonan con la conducta combativa de los viejos servidores del país y la actitud heroica de los defensores del Chaco.

Teniente General BERNARDINO BILBAO RIOJA  
Talleres Impresores de la «Gaceta Popular». Arica, 35

Este documento —como ya se ha dicho— pudo ser conocido en Bolivia en la oportunidad de su impresión; pero posteriormente fué ampliamente reproducido.

do por diversos órganos de prensa, y muy comentado por el público. En afirmaciones de detalles o simplemente nominativas, la referida pieza acusatoria acaso pudiera merecer alguna tacha o rectificación, pues no hay que olvidar que la víctima de tan sorpresivo y afrentoso golpe de mano, no podía hallarse en condiciones de mesura y de serenidad para hacer un análisis ecuánime y exacto de lo que le había acontecido. Mas, con todo, en sus delineamientos principales esa relación es inapreciable desde el ángulo histórico, amén de única, ya que por lógica imposición de rubor y de remordimiento ninguna de las personas que tramaron o actuaron en la asonada contra Bilbao podía decidirse a formular una exposición circunstanciada de hechos de naturaleza reprobable.

Otra de las consecuencias inmediatas del desenlace político a palos y trompicones verificado en Palacio, fué la renuncia altiva y digna que elevó el Ministro de Defensa Nacional teniente general Angel Ayoroa, quien de esta guisa puso en resguardo su brillante reputación de hombre de guerra y de caballero sin tacha.

El documento de referencia es el siguiente:

#### COPIA LEGALIZADA

Ministerio de Defensa Nacional. — Bolivia. — Treinta de octubre 1,939. — A su Excelencia el señor Presidente Provisorio de la República, General Carlos Quintanilla. — Presente. — Excelentísimo Señor: — En momentos difíciles para el país, a fin de evitar la anarquía y el desorden que podía producirse con motivo del desgraciado fallecimiento del Teniente General don Germán Busch, Presidente de la República, acepté la Cartera de Defensa Nacional, con un imperativo patriótico, como militar de

honor y ciudadano, para colaborar a su Excelencia el señor Presidente de la República, en la noble misión que se había impuesto de normalizar el orden público, de constitucionalizar el país y de garantizar los derechos y libertades individuales conforme a ley.—Acorde con los principios sustentados por su Excelencia y comprometida mi palabra, lamento los sucesos ocurridos últimamente, y hago renuncia irrevocable del cargo de Ministro de Estado, dejando constancia de que recibí con sorpresa, así como mis dignos colegas de Gabinete, la noticia del apresamiento del Teniente General Bernardino Bilbao R., Comandante en Jefe del Ejército en pleno ejercicio de sus funciones, motivo por el que manifesté mi extrañeza ante el Excelentísimo señor Presidente de la República, por no haber procedido una consulta para tomar esa medida.—Respetuoso de la Ley y de nuestras instituciones, aspiro a la tranquilidad del país, a la unión y concordia del pueblo y del Ejército, para que así pueda organizarse el nuevo Gobierno, como la expresión pura de la voluntad Nacional. Agradeciendo las pruebas de confianza que mereciera de su Excelencia, le reitero mis sentimientos de respeto y distinción.—(Firmado) General A. Ayoroa.

En los altos círculos dirigentes no se conoció en realidad otra actitud como la del ministro Ayoroa, y esto singulariza aún más su rectilíneo y varonil proceder. En el Ejército, institución por su esencia valiente y caballerescas, la repercusión que tuvo la violencia cometida contra su Comandante en Jefe, fué instantánea. Por de pronto, el Colegio Militar, a órdenes de su Director, teniente coronel Sinforiano Bilbao Rioja, de inmediata alzó el pendón de su más enervorizada protesta y rebeldía. Luego se sumaron a esta actitud, en La Paz, la Escuela

de Comunicaciones, que fué conducida al cuartel del Colegio Militar, en San Jorge, por el capitán Augusto Aramayo, y la Escuela de Aviación de El Alto.

El Director del Colegio Militar, asumiendo la representación de todas las fuerzas coaligadas contra la conducta del Gobierno y del Jefe de Estado Mayor General, dirigió a estas entidades el ultimátum siguiente:

La Paz, 27 de octubre de 1939.

Al Señor General Carlos Quintanilla.

Presente.

Señor Oeneral:

En nombre del Colegio Militar, de la Escuela de Comunicaciones y Escuela de Aviación, desconozco en absoluto la autoridad de la que estaba Ud. anteriormente investido en su carácter de Presidente Provisorio de la República; igual desconocimiento categórico sostengo sobre el señor Coronel Antenor Ichazo, que venía desempeñando con anterioridad el cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército.

Ante el atentado inaudito e incalificable que han consumado en la persona del señor General en Jefe del Ejército, don Bernardino Bilbao Rioja, protesto formalmente recordando a Uds. que muy sensiblemente olvidaron en pocas horas, los más elementales deberes de consideración a un camarada del propio Ejército y el respeto que aquél se merecía por el alto cargo del que legítimamente sigue investido hasta el momento.

Las muy repetidas teorías de lealtad, sinceridad, afecto, han sido pues manoseadas.

En nombre de los señores oficiales y alumnos de los tres Institutos Militares, que tengo el honor de comandar en este momento, hago saber a Ud., que se mantendrá esta beligerancia, mientras a la brevedad posible, no se depongan las cosas al estado en que estaban hasta el día de ayer a horas 18.

Nuestra resolución es uniforme, aquí también están los señores oficiales que en la campaña del Chaco, supieron cumplir su deber con creces, en defensa de la Patria, contra el enemigo exterior; son los mismos que hoy están resueltos a luchar, arma al brazo, para defender los postulados del honor y dignidad militares.

La actual situación, no la hemos creado, ni buscado, en consecuencia, mañana, el Ejército y el país señalarán a los verdaderos responsables de las inevitables consecuencias que sobrevendrán: toca al señor General Quintanilla y al señor Coronel Ichazo, reflexionar sobre los puntos arriba mencionados; que sostendremos sin la menor duda ni vacilación.

Tcnl. *Sinforiano Bilbao Rioja*, Jefe de Op. del E. M. del Cmdo. en Jefe del Ejército y Director del Colegio Militar».

La cosa iba de veras con un jefe de decisión indómita, quien, por lo demás, se sentía aguijado por el doble motivo de la lealtad debida al jefe y el puro afecto fraterno.

Como el Gobierno no contestara y comenzara a organizar sus medios de represión, Sinforiano Bilbao impartió la orden de hostilidades siguiente:

«DIRECTOR ESCUELA DE AVIACION, JEFES Y OFICIA-  
LES DE LA MISMA.

Colegio Militar, 27 de octubre de 1939.

He desconocido autoridad Gobierno y Jefe Es-  
mayoral; en consecuencia sírvase disponer que en el día  
a Hs. 13 a 14, todas las máquinas aéreas disponibles del  
Alto bombardeen por tres veces el Palacio de Gobierno.

Pueden ser empleadas bombas reales (de  
guerra).

Colegio Militar y Escuela de Comunicaciones  
actualmente a mis órdenes se mantendrán firmes para  
hacer respetar Honor Militar, el prestigio del Ejército cas-  
tigando abiertamente todas las claudicaciones y co-  
bardías».

Tenemos fe absoluta en la firmeza y lealtad  
de las bravas fuerzas aéreas de Bolivia.—(Fdo.). Tcnl.  
*Sinforiano Bilbao Rioja*, Jefe de Operaciones del E. M.  
del Comando en Jefe del Ejército y Director del Colegio  
Militar».

Esta orden no fué cumplida, pues complejizado  
el entredicho hasta un extremo que amenazaba ser pavo-  
roso, y estando a un gеме la situación en degenerar en  
un exacto pandemonium, surgieron de aquí y allá los in-  
faltables negociadores oficiosos de las soluciones pacifi-  
cas, que parecieron admitirse de buen grado tanto de  
parte de uno como de otro bando. En verdad, si se trata-  
ba con altura de miras y buena fe, el conflicto tenía nu-  
merosas probabilidades de acuerdo y luego de estabilidad,  
máxime cuando el General Quintanilla propalaba en su  
intimidación con insistencia, que él había sido tan sorpren-



dido con lo ocurrido en Palacio como lo fuera el propio General Bilbao.

Además, nuevos factores que se irían presentando, llevaban a la conclusión de que ni el Ejército ni el país amparaban al acto de desacato de que se hiciera único responsable el Jefe de Estado Mayor General; y como esta opinión, para facilitar la solución se había ubicado en un término medio de sus exigencias, la reasunción del mando militar por el teniente general Bilbao, no se pensó que el acuerdo que se anhelaba llegase a ser imposible. De ahí que se depusiesen algunos puntos de vista extremosos, se atenuasen las ideas de revancha y se confiase en que las conversaciones entabladas llegarían a prosperar con la colaboración de los días y de la buena voluntad que parecía existir.

La actitud asumida por el personal del Estado Mayor General, sin otra excepción que la de su jefe el coronel Ichazo, vino a sentar la promesa tácita de que se saldría con bien y con honra del amargo trance.

«Los Jefes y Oficiales del Comando en Jefe y Estado Mayor del Ejército abajo suscritos, en vista de la situación creada por el alejamiento del país del Comandante en Jefe del Ejército, acto consumado sin conocimiento del personal de este Comando y por razones ajenas al sano criterio militar, responsable ante el país y la posteridad de los actos que, bajo el nombre del Ejército se realizan en resguardo de los intereses de la Institución Armada y el HONOR MILITAR, DECLARAN:

19.—La actitud violenta tomada con el Comandante en Jefe del Ejército al significar un ultraje a la dignidad del Ejército en su más alta autoridad, precisa se explique al Cuerpo de Oficiales semejante actitud,

para que este pueda con conciencia si fué o no realmente conducido de acuerdo a la función básica del Ejército. Nosotros no estamos conformes con el proceder violento con que se consumó el acto; y asimismo, que no están de acuerdo, el reprimir por la fuerza la actitud planteada por el Colegio Militar y la Escuela de Comunicaciones;

2.—Que el Ejército es intocable por cualquier elemento contrario a sus altas finalidades que trate de disociarlos, y;

3.—Que el programa actual debe resolverse por acuerdo unánime de todo el Ejército y no por una de sus partes.

Las declaraciones sinceras de corazones militares sin intereses de ninguna índole, llevan consigo el sólo IDEAL DE EVITAR LA DISGREGACION DE LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL EJERCITO, y propender a mantener la disciplina consciente, la honradez profesional y el retorno a la normalidad, único vínculo de cohesión para cumplir el máximo deber para con la Patria, cual es, el de estar preparado para la DEFENSA DEL PAIS.

La Paz, 28 de octubre de 1939.—

(Fdo.) Cnl. Néstor Carvallo.—Cnl. Julio Díaz.—Cnl. Alfredo Santalla.—Tcnl. Félix Aguirre.—Tcnl. Jorge M. Rodríguez.—Tcnl. Hugo Hanhart.—Tcnl. Arturo Cuéllar E.—Tcnl. Emilio Medina.—Tcnl. Eduardo Avila.—Mayor Bernardino Murillo.—Mayor Alcides Videá.—Mayor de la Fuente.—Mayor Luis Paravicini.—Cap. Ramón Vargas T.—Cap. Casiano Echeverría.—Cap. Germán Parada.—Cap. Miguel Bustos.—Cap. Luis Mejía.—Cap. Constantino Navia.—Cap. Arturo Beltrán.—Cap. Jorge Eguino.—Tte. Angel Costas.—Tte. Horacio Ugarteche.—Tte. Arturo Pe-

ñaranda.—Tte. Víctor Adet Zamora.—Tte. Conrado Angulo».

A esto vino a agregarse la enérgica decisión de la guarnición de Cochabamba, que se tradujo en el documento original, cuyo texto ahora se transcribe:

Cochabamba, 29 de octubre de 1939.

Jefe Región y Reg. Ayacucho Sucre.

Comandante Quinta Div. Pto. Suárez.

Comandante Sexta Div. Comando Primer Cuerpo Camiri. Comando Primera Div. Charagua.

Guarnición Cochabamba por decisión conjunta Jefes Oficiales ayer noche dirigióse Presrepública pidiendo inmediato regreso país y reposición su alto cargo General Bilbao que en pleno ejercicio funciones Gral. en Jefe fué deportado determinando este hecho detención Ejército en persona su representante Stop Guarnición Cochabamba que sostendrá firme decisión este pedido espera de camaradas su apoyo ante Gobierno en bien seguridad garantías institución armada cuyos miembros no pueden estar librados a factores políticos y al margen normas legales, nuestras leyes y reglamentos militares, lo que admitiendo precedente significaría incalculables consecuencias futuro Ejército Stop Rogamos respuesta previo conocimiento este telegrama Jefes Oficiales su Comando.

POR GUARNICION COCHABBA.

Gral. Arrieta

Cnl. Peña y Lillo.

Gral. Serrano

Cnl. Graña.

Cnl. Cándia

Además, las Legiones Departamentales de Ex-Combatientes, numerosas federaciones obreras, distintos

núcleos societarios y buen número de órganos de publicidad, levantaron su más airada protesta por lo acaecido, solicitando del Gobierno el retorno del general Bilbao y su inmediata reposición en su alto cargo.

Una nota emotiva y de singular elocuencia la acordaron las damas de Cochabamba, por medio de un documento que ostenta orgullosamente más de cien firmas, y que llevó al ilustre expatriado una auténtica reflexión del alma nacional acongojada por suceso tan inaudito como vituperable.

ADHESION AL GENERAL BERNARDINO  
BILBOA RIOJA

Cochabamba, 8 de noviembre de 1939

SANTIAGO DE CHILE

ILUSTRE GENERAL:

La República de Bolivia en cuyos fastos habeis dejado huella indeleble de vuestro abnegado y heroico patriotismo, junto con los destellos de vuestra clara inteligencia y descollante capacidad, para responder dignamente a la confianza de la Patria en la contienda internacional, y en cualquier momento de prueba y hasta responsabilidad, se halla hondamente conmovida por haberseos inferido los más graves ultrajes y agravios por parte de los imperantes, sin considerar que vos representais el elemento más honrado y meritorio de la ciudadanía y el ejército.

Las acechanzas y violencias de que habeis sido víctima, en forma injustificable, no harán más que realzar vuestros méritos, y las sombras y menguas de este momento histórico, pasarán sin empeñar ni oscurecer la aureola gloriosa de vuestra virtudes cívicas.

Cruelles designios os han preparado para ir por el camino de las más amargas decepciones y acaso han abrumado vuestro indoblegable espíritu, ante el cuadro sombrío del quebrantamiento moral que se especta en el horizonte patrio; contrariando las legítimas aspiraciones del país y desviando su curso. Y es algo inexplicable que, se dé en agraviar y escarnecer tan profundamente a un conspicuo patriota; a un héroe auténtico y un repúblico intachable como vos; entre tanto que se galardona y condecora a los enemigos más acérrimos de la Nación.

Mas, las mujeres de Cochabamba haciéndonos interpretes del sentimiento público, creemos de nuestro deber haceros llegar nuestro voto de adhesión franco, y nuestra palabra de aliento, protestando de los hechos ocurridos que deplora el país».

Otra expresión realzada de la indignación pública, la dió el pueblo de Potosí, por conducto de los organismos representativos de sus principales entidades sociales, como rezaba el comunicado que se reproduce.

(Telegrama Múltiple) Potosí, 10 de Noviembre de 1939.

Presrepública—La Calle—La Razón—El Diario—La Noche—Crónica (La Paz)

Gral. Victor Serrano—Cochabamba.

El pueblo de Potosí en este su histórico aniversario por la independencia que es también aniversario de la más gloriosa acción de armas de la guerra del Chaco, la defensa del Km. 7 donde se salvó el honor nacional y cuyo héroe máximo fué el General Bernardino Bilbao Rioja, hoy en un injusto exilio, pide al Supremo Gobierno, que en aras de la unión nacional y en resguardo de las garantías que consagra la Constitución del Estado a todos

los bolivianos, se permita de inmediato el retorno al país del General Bilbao Rioja, ilustre hijo de Potosí.— Muy atentamente.

Alberto Saavedra Nogales—Rector de la Universidad Tomás Frías; Alfredo Dávila—Alcalde Municipal; E. González Duarte—Presidente Corte Superior; Flavio Iraola—Presidente Sociedad Geográfica; Luis Leytón, Adrián Barrenechea y Alfonso Garrón—Secretarios Legión ex-Combatientes; Eusebio Iporra—Presidente de la Unión Obrera; Felix Murillo—Pres. de la Asociación de Foot-ball; Estaurofilo Garret—Pres. del Club Internacional; Adrián Revilla—Asociación de Inválidos de Guerra; Humberto Falgalde—Pres. del Club de Tennis Potosí; Ricardo Aramayo del Río—Asociación de ex-prisioneros de guerra Francisco Chacón—Pres. de la Liga de Empleados de Comercio e Industria; Luis Osorio Ruiz—Pres. del Partido Socialista; Pedro Subieta Valverde—Pres. del Comité de Fiestas Cívicas del 10 de Noviembre.—

También las organizaciones obreras de Santa Cruz de la Sierra no se demostraron remisas a la condenación general y este movimiento hubiera tomado inmensas proporciones al calor de la indignación reinante, si el Gobierno no se hubiese empeñado en restringirlo, admitiendo negociaciones conducentes al regreso del general Bilbao, y luego comprometer su palabra y su garantía de que tal sucedería en plazo claramente estipulado.

Esta política aparentemente condescendiente observada en los primeros días del conflicto por el gobierno del general Quintanilla y elementos que impulsaban sus actuaciones, influyó de una manera ladina y eficaz para que se depusieran o aminorasen los arrestos de lucha suscitados por el grave motivo inicial.

A pesar de la tensión que aún se mantenía y que amenazaba apoyarse en el uso de las armas, la opinión militar y ciudadana que amparaba a Bilbao, se sintió confiada y como adormecida, tal parecían sinceras y concluyentes las promesas que en momentos de apuro y de vacilación había adelantado de mil modos el general Quintanilla y muchos de los que le rodeaban.

Pero, la verdad es que si bien el jefe del Gobierno pudo estar a intervalos inclinado hacia una solución conciliatoria, concluyó por primar sobre él el criterio de los intereses políticos adversos a la candidatura presidencial del general Bilbao, que en esos momentos cristalizaba más que nunca como un gran anhelo nacional. Naturalmente, los primates de la resistencia no discutían si se había procedido bien o mal con la investidura y persona del Comandante en Jefe del Ejército, pero optaban por el camino fácil de atenerse a los hechos consumados.

No sería la primera vez en las controversias públicas, que un designio absolutamente minoritario lograra imponerse por su cohesión orgánica y el desechamiento de cualquier escrúpulo moral. Por el contrario, incontables son las ocasiones en que el juego político determina que la conveniencia de los grupos prime sobre la conveniencia general, y hasta se han visto casos en que el absurdo pasa a ser ley mayestática de los acontecimientos, segando en flor los rumbos que el consenso público tuviera como promisorios. Mas para todos los anteriores fines, los dirigentes de la cosa pública debieron poner una barrera infranqueable, cual si fuese una cota de malla entre sus actos y su corazón.



De esta guisa fué cómo Quintanilla destacó al Canciller de la República para neutralizar la actitud de intransigencia de la guarnición de Cochabamba. Este funcionario voló así a esta ciudad seguro de sí mismo y lleno de convencimiento de los efectos que el arte de Talleyrand produce en los desprevenidos discípulos de Marte. No puede negarse que los primeros pasos del Gobierno en favor de su consolidación, cuanto todo el mundo parecía levantarse en su contra, fueron cautos y sagaces, como los del zorro que se encamina vencido a su guarida. Precisaban más que imponerse por la fuerza, que no tenían, con la modalidad de toma y daca, que permitía ganar tiempo y confundir a los opositores que parecían brotar como hongos por todos lados. Además, todo lo que fuera conservar una serena visión de la situación y utilizar la dialéctica persuasiva —que de tanta elocuencia suele revestirse cuando se emite desde lo alto— no podía comprometer y menos perjudicar.

El cuadro de las fuerzas armadas en contraposición, parecía evidente, tendería a descomponerse si se lograba deponer la resistencia de la guarnición de Cochabamba, a la que también se habían plegado las tropas de la región de Oruro. Realizado aquello, la rebeldía del Colegio Militar y de la Escuela de Comunicaciones, unidades que se hallaban aprisionadas en el cuartel de San Jorge y virtualmente sin municiones, no podía tardar en desvanecerse. En efecto, era positivo y perfectamente conocido que tanto la primera unidad, que mandaba un hermano del acusado de estar tramando un pronunciamiento, y la segunda, que comandaba un jefe de la amistad y plena confianza del mismo, no disponían de



projectiles para un combate que durase más de diez minutos.

Además de las actividades enunciadas, el Gobierno y el Estado Mayor llevaban a consecución buen golpe de medidas de preparación bélica. En realidad, el círculo imperante en las decisiones del Ejecutivo, en ningún instante pensó ceder, y a fe que sus cálculos, alternativos hacia lo emoliente y lo cáustico, alcanzaron pleno éxito. Se puede decir en este respecto, que el bando oficialista operó con eficacia y con destrezas de planteo y de ejecución que se desconocían en el general Quintanilla y en el coronel Ichazo, que seguramente se despertaron tarde, ya que no fueron puestas de manifiesto en la campaña sostenida con el Paraguay. Y fué debido a que los primeros pasos de represión del Gobierno fueron cautos y sagaces, que la protesta que hirvió en los primeros instantes en rededor de los autores intelectuales y materiales del atentado no llegará a eclosionar de un modo abiertamente peligroso.

La prensa de La Paz, prudentemente informada y aconsejada bajo el señuelo tranquilizador de la conservación del orden público, se limitó a reproducir las piezas oficiales, inhibiéndose de la tolvanera que continuaba presagiando vientos de fronda.

Aguardando los resultados de la mediación diplomática, los espíritus rebeldes al ultraje y enemigos de su impunidad, se impusieron tácitamente una tregua, que sería diestramente aprovechada por los fautores de la nueva situación que estaba por aflorar a la superficie. Ya no sería Bilbao, el caudillo invicto y más sacrificado del Chaco, el próximo primer magistrado de la Nación sino que lo sería Peñaranda, el Comandante en Jefe

esa campaña; cuyo Comando hubiera seguramente merecido un juicio borrascoso de parte de las generaciones bolivianas, si no hubiesen mediado las felices intervenciones del coronel Bilbao Rioja en Cañada Strongest y Villa Montes. Pero la política de Concordancia lo había decidido así, y la masa nacional, el pueblo, incrédulo hasta la víspera sobre las maravillas pregonadas de la conducción superior de esa guerra, y oprimido por los réditos consecuenciales a pagarse con cargo al patrimonio geográfico del país, no obstante sería suavemente empujado hacia el plano inclinado de la ratificación para las decisiones selectivas operadas por reducidos grupos influyentes. Aún más, se llegaría por esta falsa ruta labrada por intereses respetables aunque transitorios, cuando no por ambiciones activas y solapadas; a desconocer lo que representaba para la nacionalidad y sus fundamentales y permanentes problemas el general Bilbao Rioja, y lo mucho que el país le debía a sus ingentes esfuerzos personales en la pasada contienda.

Al diario «El País» de Cochabamba le correspondería trasuntar el estado de ánimo defraudado de una gran opinión mayoritaria.

De «EL PAIS» de Cochabamba, noviembre 1º. de 1939.

#### «EL REPUDIO DEL PAIS POR EL ATENTADO CONTRA BILBAO.

La prensa, radio y gobierno de La Paz, interpretan el destierro y ultraje inferido al General Bilbao, como una manifestación de orden y la actitud del Ejército y pueblo como una actitud subversiva. ¿En que quedamos?

«Es bien cierto que para mentir hay que tener siquiera un poco de ética, por lo demás se cae en un sin número de contradicciones que no resisten el menor análisis. ¿Quién es el revolucionario sino aquel que se rebela contra su Comandante en Jefe y dicta órdenes pasando por la aquiescencia de esta alta autoridad militar, lo ultraja, apresa y destierra? ¿Quién es el revolucionario sino aquél que habla y procede en nombre de toda una institución para luego ser desmentido y descalificado en su actitud por haber tomado su nombre en una infidencia y traición sin precedentes?

«El orden, reside pues, en los hombres que buscan el imperio de reglamentos y ordenanzas; acuerdos y actitudes tomadas a las que no se puede renunciar, por mucho que el interés personal hubiese obrado un escándalo que mella el prestigio mismo de una institución, a quien se debe respetar por los fueros morales que encarna ante la conciencia general del país.

«De todas maneras, el señor Ichazo, ha cometido una locura al abrogarse individualmente la responsabilidad que reside en la aquiescencia colectiva, que en este caso no ha sido consultada para nada.

«Las comunicaciones enviadas por el mandatario provisorio para explicar al país las causas del destierro del General Bilbao Rioja, no aclaran nada, por el contrario dejan en el ánimo la sombra de muchas dudas, que la propia responsabilidad de los autores de este acto de indisciplina, debe poner en claro de inmediato.

«Advierte el comunicado oficial que el General Bilbao conspiraba contra el Ejército, entonces, por qué el mismo Ejército le defiende pidiendo su inmediata vuelta

y reposición en su elevado cargo? Explica el mandatario provisional que el General Bilbao volverá el 10 de noviembre próximo. Si ha de volver ¿porqué no vuelve de inmediato, cual es el deseo de las clases armadas de Bolivia?

«Comunica, siempre el mandatario provisional, que el General Bilbao le debe muchos favores ¿qué mayor favor que el prestado por este ilustre militar, que el haber renunciado a la presidencia de la república cuando la muerte del general Busch, que exigía de inmediato el poder para Bilbao y la renuncia para el mandatario provisorio?

«Y, por último, ¿sabía el presidente accidental, de los ultrajes inferidos al General Bilbao, cuando fué tomado preso y maniatado en pleno ascensor del Palacio de Gobierno y a las dos de la madrugada?

Bueno será aclarar todo esto, ya que la radio tiene el poder de transmitir las cosas como se las viene en gana, sobre todo cuando esa trasmisora está en las propias habitaciones del mandatario accidental».

Editorial de «El País» «... y ahora Bilbao, puede afirmar en la sombra y en la vida, este testimonio perenne e inmutable de lo que es la conciencia de una opinión pública sincera y afectuosa. Es que el afecto popular es una cosa que se oculta pero que se siente, gira alrededor de las cosas amargas de la vida, alienta, fortifica bajo los hilos sutiles de la esperanza, atraviesa las distancias y se aproxima al espíritu como un hilillo de oro, para ligar al perseguido y la conciencia pública, como algo que no puede ser comprendido, visto ni palpado.

«La enorme afrenta moral infringida a la institución armada de Bolivia y a los ex-soldados del Chaco, han determinado a la guarnición de esta plaza con absoluta uniformidad de criterio hubiese exigido al mandatario provisorio, la vuelta y reposición inmediata en sus altas funciones del General Bilbao, juzgando por las medidas adoptadas en la ciudad de La Paz, contra este alto exponente de la guerra y de la paz, significaban el desmedro de la disciplina militar que no podía ser afectada por situaciones políticas de aspecto interno y personal».

Sobre el alzamiento del Colegio Militar y de la Escuela de Comunicaciones contra la bamboleante autoridad del Presidente Provisorio y del Jefe de Estado Mayor Ichazo, un periódico de La Paz («Pregón»), en 27 de octubre de 1945, registró la relación siguiente:

«Reacción de los ex-combatientes.

En la noche fué apresado el teniente coronel Angel Tellería. El Colegio Militar a la voz del teniente coronel Sinforjano Bilbao se alzó en armas. Al día siguiente se presentó el Jefe de Estado Mayor de la Legión, Raúl Bravo, al cuartel del Regimiento de Comunicaciones, explicando los sucesos y la actitud a tomar. Los jefes, oficiales y soldados se hicieron eco de lo que sucedía y el Mayor Augusto Aramayo, los capitanes Barrón, Casso, teniente Ayala y otros, rápidamente se unieron a la actitud del Colegio Militar. El Regimiento entre tanto fué conducido por Bravo en orden abierto por la región de San Pedro. La tropa solicitó atacar el Palacio. No pudo realizarse el deseo porque se carecía de munición; apenas se contaba con 500 proyectiles de Mauser. En el Colegio Militar la situación no era mejor. Faltaba muni-

ción; no había ni para media hora de combate. Esta es la mejor prueba de la inexistencia de la revolución preparada por Bilbao. Ninguna de las dos unidades, Colegio Militar y Regimiento de Comunicaciones, comandadas la una por su hermano y la otra por su mejor amigo, contaba con los pertrechos necesarios».

«El País» de Cochabamba, publicó el día 19. de Novinmbre de 1939 un documento que, de haber podido ser suficientemente divulgado, hubiera despertado enormemente la emoción colectiva.

«DECLARACION JURAMENTADA PRESTADA POR EL CHOFER ANSELMO CUSICANQUI, EMPLEADO DEL FERROCARRIL DE ARICA-LA PAZ, QUE CONDUJO AL GENERAL BERNARDINO BILBAO RIOJA, DE VIACHA A ARICA EL 26 DE OCTUBRE, EN EL AUTOCARRIL N.º. 3.

El General Bilbao fué conducido al destierro en estado exánime,

A Hs. 23 y 10 del 30 de octubre de 1939, fué interrogado el chofer Anselmo Cusicanqui Rodriguez, quien condujo al señor General Bernardino Bilbao Rioja de Viacha a Arica; previo juramento de ley, declaró lo siguiente:

P.—¿En qué estado vió Ud. al señor General Bilbao Rioja, cuando recibió Ud. la orden de conducirlo a Arica?

R.—El día jueves 26 del presente, lo trajeron al señor General, a las 9 y 20 de la noche aproximadamente. Ví que llegó en auto en el cual lo conducian al General varios sujetos, entre los cuales pude distinguir la presencia de un oficial de uniforme, los cuales le extra-

jeñon en hombros para pasarlo al carril, donde constaté que el General se encontraba con la cara absolutamente vendada, al parecer desmayado.

P.—En que lugar más o menos Ud. constató que señor General entró en estado normal?

R.—Poco más o menos a una hora de viaje sentí que el señor General se movía y hasta se quejaba.

P.—En el trayecto no tuvieron algún inconveniente?

R.—Sí, en la frontera (Visviri), nos detuvieron a las dos de la mañana hasta las 10, porque los que conducían al General no llevaban el respectivo pasaporte habiendo llegado a horas 10 la orden para que continuásemos viaje. Donde constaté que también los que lo conducían, cada uno de ellos estaba unido al General por esposas. En este lugar le hice preparar una taza de leche, la misma que se la di con pan, tomándola, sin que fuese largado por sus conductores y menos conseguir fuera desvendado.

P. Dónde poco más o menos le quitaron la venda y las esposas al señor General?

R.—Faltando dos horas para llegar a Arica le quitaron la venda de la cara, habiéndole extraído anteriormente las esposas.

P.—A qué hora llegaron a Arica y qué de anormal notó Ud. en el señor General a su llegada?

R.—Constaté que tenía el labio superior y la nariz hinchada y parecía que había sufrido una hemorragia. Además debo agregar que al partir de Viacha se encontraba con uniforme y que en el trayecto sus conductores le cambiaron la vestimenta con la de civil. Esta

operación se efectuó en la Sección Boliviana y mientras el autocarril se encontraba en marcha:

P.—Tiene Ud. algo más que agregar al presente interrogatorio?

R.—Debo hacer constar que yo no sabía en el primer momento a quien conducía y sólo en Visviri, me dí cuenta de que se trataba del General Bilbao Rioja, por lo que manifestaron sus acompañantes.

Leída que le fué la presente declaración, persiste en su tenor firmando en comprobante con más los suscritos funcionarios de la Policía de Seguridad de Cochabamba.—(Fdo.) Anselmo Cusicanqui R.—E. González C.—Melitón Amaya C.

NOTA: El chofer Cusicanqui ha prestado la declaración anterior ante la Policía de Seguridad de Cochabamba, ya que la casualidad hizo que condujera el autocarril en que arribaron a esta ciudad los capitanes Antonio Ponce y Gualberto Villarroel».

Será preciso resumir. Los documentos que se insertan más adelante, dados en transcripción literal y sin ninguna glosa de comentario —que en verdad no hace falta— explican el desarrollo y el desenlace que rubricó el porfiado entredicho. En esta última fase cabe hacer, sí, un esclarecimiento fundamental. Un acuerdo pacífico y de sentido patriótico y caballeresco se pactó entre las partes en contradicción; mas el Gobierno de Quintanilla, lejos de cumplirlo pasó olímpicamente sobre sus explícitas estipulaciones. El general Quintanilla, ulteriormente y desde el estado llano ensayó más de una tentativa de rehabilitación con el esfuerzo para desvanecer las sombras que en este punto entenebrecieron su gestión de go-



bernante. En síntesis, Quintanilla declaró que había pactado, pero que no le había sido posible cumplir. ¿Para qué se comprometió entonces? Y si aquello tuvo una fuerza presionante y superior a su voluntad ¿porqué no se ciñó a la conducta que le indicaran su pundonor personal y el decoro de sus actos?

El lector podrá pasar por la criba de su conciencia y de su sindéresis sus razones y argumentos, y deducir lo que le plazca. Mas, señaladamente, el juicio histórico imparcial, deberá ser severo para el general Quintanilla y principales colaboradores que comprometieron su fe para el cumplimiento de lo siguiente:

a). La vuelta del general Bilbao en el término de diez días; b). La libertad de todos los presos políticos y c). Que no se tomarían represalias por ninguno de los bandos contendientes; para, finalmente, echar al pozo sin fondo de lo que quiere olvidarse y no merece otra cosa, la palabra y la promesa empeñadas.

En los días en que se negociaba la solución armónica y justa, el General Bilbao, desde Arica, y aprovechando la visita que le hizo su antiguo amigo don Luis Suaznábar, a quien enviara expresamente el Presidente Quintanilla para entrevistarse con él, remitió al referido alto funcionario la epístola que se reproduce:

«Arica, 5 de Noviembre de 1939.

Señor General Carlos Quintanilla, Presidente Provisorio de la República de Bolivia.—La Paz.

Señor General: Habiendo llegado hoy a este puerto, mi amigo el señor Luis Suaznábar, me ha informado de las gestiones particulares que había iniciado con Ud. referentes a mi situación. Sé que Ud., en caso

de que yo lo pidiera, no tendría inconveniente en destinar-me a cualquier país en el cargo de Agregado Militar. En cuanto a mi retorno a Bolivia, no dudo que, en cumplimiento de compromisos formados y garantizados por su honor de General del Ejército de Bolivia, se servirá autorizarlo en el plazo en que se ha obligado. De otro lado, mi condición de ciudadano boliviano, me da el derecho de vivir en mi Patria.

«Dejo constancia expresa de que la misión que se ha impuesto el señor Suaznábar, es puramente personal; llevada a efecto por la lealtad que él debe, como amigo, a Ud. y a mí.

Me permito dar respuesta escrita, como Ud. había pedido, y la cual anhelo sirva a la vez de explicación de mi conducta pública a la Nación,

A los ultrajes y delitos de que he sido víctima, señor Presidente Provisorio, en mi calidad de Comandante en Jefe del Ejército, en el propio Palacio de Gobierno, donde fui citado en misión de servicio en nombre de Ud., se está añadiendo el atentado de desconocerme el derecho natural e inalienable propio de todo hombre, de defenderme de la calumnia y la difamación con que se pretende alterar los sucesos y concitarme la execración pública. Esta carta mía, la amparo pues, bajo el nombre de su hidalguía y de su honor, para que pueda publicarse, porque contiene tanto la significación de la verdad restablecida, cuanto el sentido patriótico de llamar a todos los bolivianos a la honda reflexión y a la serenidad para que cumplamos, todos, los deberes excepcionales del tiempo presente con la Patria.

Principio por levantar, con entereza, la imputación de haber yo desempeñado actividades conspirato-

rias contra el Gobierno que había personalmente contribuido a armonizar y que había estabilizado y cobijado en las circunstancias azarosas en que la opinión pública pugnó por constituir otro Provisorio, particularizando así su reacción contra Ud.—En correspondencia, seguramente, a tal conducta patriótica mía, se erigió Ud. en el auspiciador y órgano más activo de propaganda de mi candidatura presidencial, tanto que Ud. hizo valer sus influencias y relaciones políticas entre los partidos de la Concordancia y ante los más poderosos industriales de Bolivia para que preconizaran mi nombre como a candidato único a la Presidencia Constitucional; si tal era el hecho, según ha expresado Ud. paladinamente, habría debido ya ser yo falto de juicio y razón para pretender derrocar al eje que sustentaba mi propia candidatura. No tiene sentido ni sindéresis alguna, atribuirme actividades revolucionarias contra un gobernante que a diario me renovaba su adhesión y voluntad decidida de entregarme la Presidencia Constitucional como a representante del Ejército legitimado por el voto popular.

Es cierto que obstinado en mi confianza personal en Ud. recelaba del proceder del Jefe de Estado Mayor Cnl. Antenor Ichazo y del Ministro de Gobierno Sr. Bernardo Navajas Trigo, porque percibía sus esfuerzos y ardides para enconar el ánimo de Ud. con suspicacias contra mí, y yo tenía que haber sido ciego para no ver la telaraña política hábilmente urdida alrededor de Ud., a fin de que cayéramos ambos presos en la trama sutil, el uno víctima de su buena fe y el otro de la alevosía y del mismo crimen. El resultado político esperado, era alcanzar el mando con control del Ejército y a este precio someter

a la ciudadanía a aceptar una candidatura sin valimientos ni autoridad moral ante el país. La revolución estaba pues planteada, por ese consorcio formado con abuso de la buena fe patriótica de Ud., como que ella fué la que estalló y no la que se me ha atribuido, siendo lo extraordinario que establecida la verdad, como está por los sucesos, reconozca Ud. en mí señor presidente, el delito revolucionario y se haya impunizado el atentado cometido por los verdaderos revolucionarios, dando en suponer que su gobierno y la Nación se han librado de mis tentativas conspiratorias.

Este infundio, se desvanecerá mejor con los hechos próximos lamentables de que no han sido sino el paso previo y la preparación necesaria, el desvincularme de Ud. políticamente y arrojar me a la proscripción. No obstante, es fortuna para Bolivia que los delitos cometidos con tanta saña contra mi persona, hayan llenado de oprobio a los autores intelectuales de los mismos, imposibilitándolos moralmente de obtener provecho político de sus atentados.

Como si yo hubiera sido en algún momento un instrumento de desorden o un obstáculo para la constitucionalización, se postula ahora que los derechos del electorado son plenos y que a ese fin se ha izado en el Palacio de Gobierno la bandera de que el Ejército no intervendrá más en las actividades políticas. Mi asombro se justifica al saber convertidos en portaestandarte de esta causa, precisamente a elementos que olvidando que fuimos a la guerra a hacer la guerra, desviaron su atención en trajines revolucionarios y políticos. Prueba irrecusable de ello, es el derrocamiento del Presidente Constitucional señor Daniel Salamanca. Autores de igual acti-

tud, son los mismos que en el período de postguerra derrocaron al señor señor José Luis Tejado Sorzano y al Coronel David Toro. Tres actos subversivos en los cuales no tengo yo ni la menor participación y si la tienen, los abanderados actuales de la democracia y de la Constitución. La Historia dirá, señor Presidente, con qué medidas se intimó al Presidente Salamanca a suscribir su renuncia. Al pueblo se le puede engañar un tiempo, pero no siempre, porque su instinto natural, le hace siempre distinguir lo bueno de lo malo.

Yo acepté la candidatura presidencial, sólo como un nuevo sacrificio debido a mi Patria para tratar de juntar a las clases sociales, a los hombres de regiones, a los Partidos, a los civiles y militares, al capital y al trabajo con puntos de vista comunes de bolivianos, y, no teniendo esa acepción moral y cívica mi candidatura, no podía admitirla porque en el orden personal e histórico, bastante virtud tengo cumplida en servicio de mis connacionales en la guerra del Chaco para buscar ensombrecerla con la calumnia y la difamación del lenguaje ordinario político.

Seguramente se ha de autorizar, en plazo convenido mi ingreso al país, retorno que serviría para demostrar cómo el pueblo sabe reconocer sobre las prédicas falaces, la obra cumplida en la defensa de la integridad de su patrimonio geográfico y también de sus ideales democráticos. Empero, yo no seré nunca el promotor de agitaciones en el Ejército ni en el pueblo; ahora menos que nunca, en que se ciernen sobre Bolivia nubes de borrasca y de anarquía impelidas por pasiones y ambiciones inferiores que jamás han sido ni serán mías. Volveré a mi labor ahincado de capacitarme cuanto más y mejor

pueda, como militar boliviano de responsabilidades históricas sobre todo, porque sé que la Institución armada debe ser el ejemplo moral en que se labren las generaciones nuevas y el glorioso instrumento con que se erija la Nueva Patria, de la que tanto se habla y por la cual tan poco se hace. Mientras vea llegado el tiempo conveniente de mi retorno, yo el ex-general en Jefe del Ejército de Bolivia, buscaré trabajo en éste o en cualquier otro país amigo y hospitalario, en la seguridad de que manejando la pala y la picota, me dignificará tanto como dirigiendo a mis queridos soldados en hazañas victoriosas e inolvidables, que salvaron la dignidad de Bolivia y su existencia misma.

En consecuencia de esta protesta; pido a Ud. señor General, restablecer, la unidad del Ejército y el idealismo profesional militar, aplicando toda la probidad y nobleza de que es Ud. capaz, para que las persecuciones, las suspicacias y la venganza política, no resientan la armonía y la solidaridad de la Institución a que pertenecemos. Nos jactamos de que la clase armada constituye la mejor organización que queda todavía en el país, en medio de la relajación que a todos los sistemas y actividades nacionales descompone y esteriliza; demos la prueba irrecusable de esa fuerte conciencia y de esa sólida organización, edificando con grandes ejemplos patrióticos, el espíritu del pueblo, para que nos devuelva el valor de su admiración y la virtud de su fe, en forma que, Ejército y pueblo unidos, representemos el mismo orgullo e ímpetu de la raza boliviana.

Ultrajado yo, y en mi persona el Ejército, de manera incalificable e impunizado el delito de mis gratuitos agresores, lo cual trae la convivencia de su propio

Gobierno, agradezco a Ud. la deferencia de su buena voluntad para servirme, y declino su bondad por el dictado honesto de mi decoro personal y de mi nombre de militar jamás mancillado.

Al desear, Señor Presidente Provisorio, que la tarea de gobierno le sea leve, me permito recordarle un hecho de familia que puede ser oportuno considerarlo. Con todo respeto y veneración, apelo a la memoria de su señor padre, que pagó con su vida el amor a su Patria y a su Partido.—Deseo de corazón, que la Historia no la repitan sus amigos de hoy con Ud.

Aprovecho de esta oportunidad, para enviarle un ejemplar del Manifiesto que he dirigido a la Nación. Asumo la responsabilidad de los datos que en él menciono.—(Fdo.) Tte. Gral. B. Bilbao Rioja».

La Paz, 14 de noviembre de 1939.

Sr. general Bernardino Bilbao Rioja.

ARICA (CHILE).

Señor General: Refiriéndome a las consideraciones que consigna Ud. en su carta de 5 del actual, sobre los últimos acontecimientos políticos, me cumple expresarle que la responsabilidad de los mismos ha de atribuir el fallo justiciero del tiempo a factores de impaciencia, desconfianza y exaltación, sin los cuales, una situación casi definida —como la suya— habría llegado a consagrarse por el asentimiento de la ciudadanía.

A propósito debo recordarle mis reiteradas y cordiales advertencias, así como los consejos imparciales y espontáneos que llevaron ante Ud. con misión patriótica y encomiable, elementos de prestigio y ponderación.



De mi parte, como Ud. hidalgamente reconoce en su carta, le expresé en sus aspiraciones mi apoyo personal ante los partidos políticos, las organizaciones del país y personas de valimiento en el concepto de honrar así su destacada actuación en la guerra del Chaco y, sobre todo, sus propósitos de orden y de trabajo por la grandeza de la patria y la unión de sus hijos.

Su retorno al país, cual me lo pide Ud., después de los ingratos sucesos que le son conocidos y a los que más no quiero referirme, no contribuiría al mantenimiento de la tranquilidad pública que Ud. y yo anhelamos. Por encima de compromisos y deseos personales está el deber primordial que tenemos como militares de sacrificarlo todo por el imperio del orden.

Su manifiesto, que por el honor de la Nación y buen nombre de Ud. habría convenido más que no se lanzara al comentario internacional, lo he recibido y leído con penosa sorpresa.

He visto con extrañeza que se hacen imputaciones injustificables y desdorosas a mi hermano Julio, que no responden a los hechos ni a los sentimientos que abrigara él para Ud. y Daniel. Así mismo, me sorprenden las injustificadas imputaciones que hace Ud. contra distinguidos jefes y oficiales del Ejército.

La unidad en el ejército y la vinculación sincera de civiles y militares a que alude Ud. va alcanzándose con patriotismo y abnegación sin que se hayan extremado medidas de seguridad ni ahondado disensiones y cuando más bien el Mandatario no tiene más finalidades que devolver a la patria sus garantías, situar al ejército dentro de su verdadero rol institucional e imponer en el gobierno el respeto a la ley.



Su rememoración a la muerte trágica de mi respetable progenitor, víctima de su amor a la patria y a su partido, como Ud. lo reconoce, y el deseo suyo de un suceso semejante no se repita conmigo, se lo agradezco. Si mañana tuviera que sacrificar mi vida en igual forma sería obra del destino y de nuestro ambiente. Atentamente saludo a Ud.—General Quintanilla».

Escasa filosofía aparentaba tener el Presidente Provisorio al tachar a Bilbao nerviosidades e imprecisiones después de la aviesa tormenta que lo había azotado y de la cual librara, amén del flajelo moral y espiritual intenso, con tres heridas en la cabeza, un pómulo fracturado, dos dientes rotos e incontables contusiones.

No es, en efecto, humano ni inteligente pedir de los hombres que han sufrido vejámenes inmerecidos e innobles agravios, que abandonen el sentido de la verdad y que se limiten a ser discretos, complacientes y cortes, como se acostumbra en las relaciones plácidas sociales o protocolarias.

Sin embargo, quien quiera que examine la correspondencia y las actitudes del teniente general Bilbao en este injusto y aciago periodo de su existencia, fácilmente llegará a la conclusión que, por lo corriente, se mantuvo sereno, digno y hasta resignado.

De esta línea de comportamiento se desprendería hasta un cargo contra su persona, y para decirlo más claro contra su aminorada altivez, puesto que Bilbao, demasiado noble para dar desahogo a sus sentimientos, y pobre de recursos a fuer de honrado, careció de la intransigencia y también de los medios para cortar por acto voluntario todo trato, siquiera indirecto, con sus verdugos. Así, quedaría vinculado a su carrera, pero a distancia y

con una digna prescindencia de los hombres que procuraron arrojarlo a un abismo....

Un ambicioso recalcitrante, un títere de salón o de antesala jamás se hubiera conformado con la era triste, macilenta y ajena a todo debatir que cristianamente aceptara Bilbao. Hubiera un sujeto de aquellas condiciones removido todo lo posible, agitado a las gentes; sublevado a sus parciales, procurándose toda clase de alianzas, vendiéndole su alma al diablo, con tal de dar germen y vigor a su resentimiento, para alentar así o de cualquier modo, como suele ser usual, la tornavuelta de las situaciones con su correspondiente vivero de vindictas y represalias.

Un autor franco y claro, don Ovidio de Urioste, personaje connotado y prominente del régimen salamanquista, escribió en su libro «La Encrucijada», editado en 1942, en Sucre, lo siguiente:

«El General Bernardino Bilbao Rioja, era el único jefe boliviano que merecía ser Presidente de la República, por sus condiciones de honestidad y de reconocido valor militar. Supo cumplir con su deber ampliamente durante la guerra. Su Comando se distinguió por su contracción en el trabajo y en el cumplimiento. En los campamentos de las fuerzas que mandaba Bilbao Rioja, no se veían oficiales borrachos ni ociosos. Sus éxitos durante la campaña, se puede resumir en los siguientes hechos: la defensa del «Kilómetro 7», su brillante retirada de La China, la defensa de Ballivián, su actuación en el sector «27 de Noviembre» y la defensa de Villamontes, fuera de la gloriosa batalla de Cañada Strongest que la supo ganar, habiendo hecho sufrir una verdadera derrota

al ejército paraguayo. Bilbao fué invicto hasta el fin de la guerra, y murió en un combate de guerrillas.

«Pero al ser desterrado Bilbao, aceptó un destino militar que le dió el Gobierno!».

En realidad, el amor a su carrera y la conciencia de su recto proceder reataron al general Bilbao a la siga de su estela militar. Muy otra hubiera ciertamente, su actitud si no se le hubiese impedido su regreso al país; pero en sus circunstancias especiales y en lo particular tan críticas, exilado, sin violencia y sin esperanza de retorno, privado de su ambiente y por ende de cualquier posibilidad inmediata de trabajo útil, carente de fortuna, de renta y de ahorro de cualquier especie —como corresponde al soldado que se ha convertido a su oficio en un sacerdocio—, no le fué posible asumir otra actitud que la señalada. Otra decisión hubiera representado, además, el espectáculo un tanto desagradable para su patria misma, consistente en que el general Bilbao se viera obligado a ganarse el pan ruda y modestamente en tierra extranjera. Por otra parte, el general Quintanilla y el coronel Irujo no pasaban de ser encarnaciones temporarias y de meramente oficialista del alma de la institución armada. Admitir algo diferente en este respecto, hubiera equivalido a un craso desconocimiento del sentir profundo de la colectividad. Y a mayor abundancia, Bilbao no se imaginó nunca que el Gobierno y el Comando militar fuesen reconcentradamente reueltos para cumplir lo que habían prometido en orden a su persona. De aquí sus vacilaciones iniciales y la desestimación de una línea de acción enérgica. Por otra parte, los generales militares no los conceden los individuos aisladamente.

mos a Ud. lo siguiente: Guarnición Cochabamba en resguardo intereses morales Ejército, respeto a que son acreedores elevadas autoridades Ejército, piden reposición inmediata de Sr. Gral. Bernardino Bilbao Rioja en su elevado cargo de General en Jefe, separado en pleno ejercicio de sus funciones, sin proceso y procedimientos legales, únicos en que descansan garantías personeros de la institución.

Que debe cumplirse palabra empeñada por Presidente Provisorio ante el País y el Ejército de convocar a elecciones a base de un personero militar en la Primera Magistratura Nación. General Bilbao encarna nuestras virtudes cívicas, morales y militares.

En consecuencia, que el país vuelva de inmediato a la situación anterior a los hechos que motivaron sucesos últimos.

Guarnición Cochabamba. lamenta profundamente que medidas tomadas con General Bilbao no hayan sido previamente consultadas a Presrepública, como se deduce de manifiesto Jefe Esmayoral, lo que constituye un acto de indisciplina y subversión contra un superior, aprovechando confianza depositada por el mismo.

Suspender toda medida contra Jefes y Oficiales, Cadetes, tropa ex-combatientes, Colegio Militar, Escuela Transmisiones que ampararon al General en Jefe, en cumplimiento de sus deberes. Condenamos todo movimiento comunista y declaramos que esta nuestra actitud no tiene conexión con ningún partido de esta índole. Caso no aceptar Sr. Presidente los puntos mencionados, Guarnición se vería obligada a desconocer su autoridad, responsabilizándolo de consecuencias se precipitan. Invoca-

mos una vez más, su espíritu patriótico, antes que nada para salvar país».

«CONTESTACION DEL CORONEL BRITO, AYUDANTE GENERAL DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA A LA GUARNICION DE COCHABAMBA.

General Arrieta, Coroneles Candia, Peña Lillo y Graña.—Lamento profundamente no traerles la respuesta de S. E. el Sr. Presidente de la República, quien se retiró hace más de una hora a su departamento, por encontrarse sumamente cansado e indispuesto.—Mañana a primera hora haré conocer su telegrama de este momento, permitiéndome anotar que todo está en calma y que medidas tomadas han quedado solucionadas en nombre de concordia y cohesión Ejército. Reina completa calma y tranquilidad. Todas tropas ocupan sus cuarteles. Buenas noches y hasta mañana».

«CONTESTACION DADA A LA GUARNICION DE COCHABAMBA POR EL GENERAL QUINTANILLA.

Buenos días camaradas.—En la madrugada de hoy me hizo conocer conferencia con Ayudante General Coronel Brito.—Ante hechos consumados debo manifestarles que en cumplimiento primer deber de Mandatario velar la tranquilidad nacional y la unidad del Ejército, ha sido restablecido el orden y la paz pública, debiendo el General Bilbao, a quien he prestado en mi lealtad de camarada toda clase de auxilios al lugar en que se encuentra, regresar a ésta el diez del entrante. Colegio Militar ha restablecido sus funciones gozando sus plenas prerrogativas anteriores. Director Colegio viajará momentáneamente Buenos Aires con cargo oficial. Entiendo que mis procedimientos honrados y de probidad en mis deberes para con el país no ha de recoger sino la solidaridad

de su acción conjunta y de apoyo incondicional a elevados propósitos me anima, pues personalmente no abrigo otra aspiración que la de retiro a la vida privada, pero cumpliendo primero con los deberes que el propio Ejército, cuya unión es mi primer anhelo, me ha confiado. Es necesario que la serenidad y el buen criterio de Ud. sean apoyo culminante a estos ideales en servicio de nuestra misión con el país, respondiendo así a sus antecedentes. La tranquilidad, el orden y la calma que reina en todo el país no debe ni puede tener la nota discordante de prestigio, de mi aprecio y confianza como Uds. antes de ver cernir la anarquía en mi patria he de preferir el sacrificio de mi propia vida. Si requieren mayor amplitud de conferencias, pueden venir a ésta Coroneles Peña y Lillo y Candia. Hasta luego.—Gral. Quintanilla».

#### «CONTESTACION DE LA GUARNICION DE COCHABAMBA.

Buenos días mi General: Tenemos el agrado de saludarlo afectuosa y respetuosamente. Tomamos nota resultado nuestra conferencia, la misma que tendremos agrado poner en conocimiento de todos los Sres. Jefes y Oficiales de esta Guarnición y cuyo resultado le haremos conocer en breve, para lo cual le rogamos Sr. General disponer que estén atentos a nuestra llamada. Muy buenos días. Hasta luego».

Nuevamente en contacto el Comité Revolucionario de Cochabamba con el Presidente Quintanilla, este último fué conminado a dar respuesta categórica respecto del regreso inmediato del General Bilbao al lleno de sus funciones, para lo cual la Guarnición le dió el término de *una hora* con objeto de oír su decisión. En caso contrario Cochabamba, pasado el término de los sesenta

minutos, daría por cortadas las comunicaciones con el Gobierno.

La anterior conferencia se publicó en «El País» de Cochabamba de 12. de Noviembre de 1939.

#### «PROYECTO RESPUESTA I CUERPO EJERCITO.—

Tgral. César Menacho — Camiri.

Suyo No. 5591—39.—Considerando cobarde ultraje inferido Comandante en Jefe y fin salvaguardia futura situación Ejército, inaceptable vuelta Gral. Bilbao como simple ciudadano Stop Armonía substituirá mientras respeten prestigios ganados por jefes en estricto cumplimiento deber y se cumpla acuerdo suscrito entre Tcnl. Bilbao y representante Gobierno Stop Candidatura será imposible, pues Gobierno no concedió ningún momento garantías, pidióse frente a ambiciones elementos incapacitados Stop Insistimos inquebrantablemente vuelta Gral. Bilbao su puesto conforme compromiso gobierno ante nosotros.

(Fdo.) Tcnl. Sinforiano Bilbao Rioja—Director Colegio Militar.

(Fdo.) Tcnl. Angel Tellería—Director Escuela Militar de Transmisiones».

#### ACUERDO

La Paz, 28 de octubre de 1939.

Los señores Mayores Francisco Barrero, Jorge Antezana, los Capitanes Gualberto Villarroel, Antonio Ponce y los tenientes Néstor Paz y Saul Luisaga, representantes de la guarnición de Cochabamba, en homenaje a la fraternidad y unión del Ejército, tranquilidad de la Nación declaran que S. E. el Presidente de la República GENERAL DON CARLOS QUINTANILLA, en el curso

de la última reunión de conciliación realización el día 27 del presente en el Palacio de Gobierno los autorizaba a entrar en acuerdos definitivos con el Sr. TENIENTE CORONEL SINFORIANO BILBAO RIOJA, Oficiales del Colegio Militar y Escuela de Comunicaciones, garantizando su cumplimiento en nombre del Ejército, de su Gobierno y de su honor de General de Ejército, estableciéndose además el presente acuerdo bajo la garantía de la Guarnición de Cochabamba, la que aprueba por medio de su representación legalmente autorizada para ello, los siguientes puntos:

1º.—Retorno al país del señor General Bernardino Bilbao R. por orden del Supremo Gobierno, hasta el 10 de noviembre del presente año, para reasumir sus funciones de General en Jefe del Ejército:

2º.—El Colegio Militar y la Escuela de Comunicaciones reanudarán en el día sus labores cotidianas, declarándose que su actitud no ha obedecido a ningún fin político.

3º.—En cumplimiento de lo ofrecido por el señor Presidente de la República, no se tomará determinación de ningún carácter, con los Jefes, Oficiales, Cadetes y alumnos del Colegio Militar y Escuela de Comunicaciones.

4º.—Para garantizar la ejecución de este acuerdo permanecerá en la Guarnición de La Paz la representación de Cochabamba.

5º.—La Guarnición de Cochabamba será informada de los acontecimientos y recibirá una copia del presente acuerdo, por intermedio de uno de sus representantes.



69.—Autorizados por el Señor Presidente de la República y el Señor Coronel Jefe del Estado Mayor, firmamos con el Tcnl. Sinforiano Bilbao R.—Tcnl. S. Bilbao R. Mayor Francisco Barrero—Mayor Antezana—Cap. G. Villarroel—Cap. A. Ponce—Tte. Luízaga—Tte. Néstor Paz.

«La DELEGACION DE ORURO se halla conforme con todos los puntos sustentados en el acuerdo firmado en la ciudad de La Paz en fecha 28 de octubre de 1939 por la Delegación de Cochabamba, a horas diez y seis; los personeros de dicha Delegación que han traído poderes plenos de la Guarnición de Cochabamba, son: Mayores Jorge Antezana y Francisco Barrero, Capitanes Gualberto Villarroel y Antonio Ponce.

I La Delegación de Oruro, hace constar que lamenta el no haber podido intervenir por llegar a horas diez y siete a esta ciudad, debiendo así mismo dejar constancia de que inmediatamente de su arribo, se constituyó tanto al Palacio como al Colegio Militar.

Los puntos anotados eran más o menos iguales a los puntos de vista que sustentaba la Delegación de Oruro. A fin de que estos puntos principales sean ejecutados fielmente».

LOS JEFES Y OFICIALES DE LAS FUERZAS AEREAS, abajo suscritos, frente a los acontecimientos acaecidos con motivo del extrañamiento del Señor General Comandante en Jefe del Ejército, General don Bernardino Bilbao Rioja.

CONVIENEN:

10.—En declarar su absoluta conformidad con los acuerdos suscritos entre el Supremo Gobierno por una

parte y por otra los señores representante de las Guarniciones de Cochabamba, Oruro y Colegio Militar.

20.—En pedir la inmediata restitución del Director de la Escuela Militar de Aviación de «El Alto» mayor Juan A. Rivera, a objeto de cohesionar la actual disgregación de algunos elementos de la Aviación en virtud a que las diferentes instituciones de la Guarnición, han retornado a su normal desenvolvimiento. La Paz 30, de Octubre de 1939.

Cnl. Alfredo Santalla E.—Mayor Julio A. Saavedra.—Capitán Alberto Paz Soldán.—Capitán Alberto Taborga.—Teniente Jorge Díaz Romero.—Tte. Jorge Torres Donoso.—Tte. Hugo Soria.—Sbtte. Raúl Valle Antelo.—Sbtte. Ignacio Quiroga.—Sbtte. Julio Seghers.—Sbtte. Juan Moreira.—Sbtte. Walter Arce.—Sbtte. Fernando Guilarte.—Sbtte. José Orsini.—Tte. Rodolfo García Agregreda.—Sbtte. Guillermo Gómez.—Sbtte. Jorgo Henry.—Sbtte. Edmundo Vaca.—Sbtte. Hernán Justiniano».

#### ACUERDO DE HONOR

La Paz, octubre 30 de 1939.

Los primeros y segundos Comandantes de Regimiento, Directores y Sub-Directores de Institutos de la Guarnición de La Paz, consciente de la gravedad de la hora que afrontan y de la misión que les corresponde, declaran:

Que el Ejército, cumpliendo su función básica mantiene y mantendrá el orden constituido, ya que en estos momentos de zozobra nacional, es la única fuerza capaz de dar estas garantías, y

Que ninguna autoridad militar o política, podrá por sí o antes sí imponer o deponer mandatarios de la nación,

Firman; Tcnl. S. Bilbao R.—My. Francisco Barrero—Capitán José C. Pinto—Mayor Tejerina—Mayor Crespo—Tcnl. L. Pinto—Capitán A. Aramayo—Tte. Luizaga—Mayor Goitia—Capitán Aguilar.

De Cochabamba.—DEMETRIO CANELAS—LA PAZ

Ante situación de anarquía nacional, transcribimos siguiente:

«Presrepública.—Consta Ud. esfuerzo máximo pusimos favor candidatura Gral. Bilbao como medio evitar anarquía militar y civil que desgraciadamente se ha producido. Stop. Lealtad mostró Ud. favor Gral. Bilbao en reuniones tienen carácter histórico, obligáncos persar extrañamiento dicho general realizóse sin previa autorización ni conocimiento suyo. Stop. Angustiados ante situación anarquía que puede comprometer existencia país, invocamos su patriotismo y pedimos establecer sin pérdida de tiempo conferencia con General Bilbao, para llegar solución satisfactoria, ordenando su inmediato regreso al país. Atte. Ugarte, Quiroga. Stop. Interpretando opinión dominante seno partido pedimos a Ud. interponer su valiosa influencia mismo sentido. Atte. Quiroga».

Ahora, la repercusión exterior que tuvieron los acontecimientos derivados del secuestro y deportación del Comandante en Jefe del Ejército boliviano, fué verdaderamente profusa y revistiérase de un inquieto dramatismo...

Como una muestra de aquélla reproducimos una parte de lo insertado por órganos periodísticos de Arica (Chile), enamado, naturalmente de fuente boliviana. Pero la censura oficial y militar impidió que fueran con-

cidas por la opinión pública interesada, que era la de Bolivia.

— En «El Ferrocarril» de Arica, de martes 31 de octubre de 1939.

«SE TORNA GRAVE LA SITUACION PARA EL GOBIERNO BOLIVIANO.

LAS GUARNICIONES DE COCHABAMBA, SANTA CRUZ Y OTRAS DESCONOCEN AL GOBIERNO DE QUINTANILLA Y EXIGEN EL INMEDIATO REGRESO DEL GENERAL BILBAO, EXILADO EN ARICA.

VERSIONES CONTRADICTORIAS SOBRE LA SITUACION DEI COLEGIO MILITAR DE LA PAZ.

EL GOBIERNO NOMBRO MINISTRO DE DEFENSA AL GENERAL PEÑARANDA Y ORDENO CONCENTRACION DE TODOS LOS AVIONES DEL PAIS EN LA PAZ.

CAUSAN SENSACION LAS DECLARACIONES HECHAS POR EL GENERAL BILBAO AL CORRESPONDIENTE DE LA «UNITED PRESS» EN ARICA».

«Sucre 31.—Se han recibido en esta ciudad dos versiones sobre los acontecimientos relacionados con el Colegio Militar de La Paz.

Una de ellas, manifiesta que los rebeldes, después de un pequeño tiroteo se habrían rendido a las tropas sitiadoras.

La otra versión expresa que aún continúan resistiendo valerosamente».

«La Paz 31.—El Gobierno ha designado Ministro de Defensa Nacional al prestigioso militar General Enrique Peñaranda.

El general Peñaranda al aceptar el cargo ha expresado al Gobierno que dedicará una especial atención

en el sentido de obtener una estrecha unión entre la familia militar y la civilidad, como también entre la familia militar y el Gobierno».

«Sucre 31.—Informaciones procedentes de Cochabamba hacen saber que la guarnición de dicha ciudad ha resuelto desconocer al Gobierno del General Quintanilla.

Además esta guarnición ha enviado comunicaciones a las diferentes guarniciones y regimientos de toda la república pidiéndoles que tomen igual temperamento.

Esta comunicación lleva la firma del coronel Carlos Peña y Lillo y cuatro jefes más de la Guarnición y el Visto Bueno del Prefecto de Cochabamba, coronel de la Riva.

Hasta este momento se sabe que ha respondido a este llamado la guarnición de Santa Cruz, apoyando incondicionalmente la actitud de sus camaradas de Cochabamba.

Se cree que fundadamente que la Quinta División de Puerto Suárez, también apoyará la determinación de la guarnición de Cochabamba».

«Sucre. 31.— Los Ex-Combatientes de Cochabamba y demás Legiones de ex-combatientes de diversos puntos de la República han dirigido telegramas al presidente Quintanilla en los que protestan de la detención injustificada del teniente-general señor Bernardino Bilbao Rioja, y de su destierro. Protestan asimismo contra toda medida enérgica que se tome contra el Colegio Militar de La Paz».

«Santa Cruz 31.—El comandante de la guarnición de Santa Cruz se ha dirigido al presidente Quintanilla protestando de que el comandante en jefe del Ejército

to: teniente-general Bernardino Bilbao Rioja, en pleno ejercicio de sus funciones, haya sido arrestado y expulsado del país, menoscabando el prestigio de la Institución y las garantías con que deben contar.

Termina exigiendo el inmediato regreso del general Bilbao, y absolutas garantías para los rebeldes del Colegio Militar e Instituto de Comunicaciones.

Las guarniciones de Tarija y Villazón aplauden la actitud rebelde de las fuerzas armadas de Cochabamba y se han unido al levantamiento en contra del Gobierno del general Quintanilla.

Acordaron, además dirigirse al presidente provisorio de la República pidiendo el pronto regreso de su jefe superior, general Bernardino Bilbao y su inmediata reposición en el cargo de general en jefe del Ejército.

Agregan que en caso de no ser atendidas estas peticiones se vería en el duro trance de hacer presión sobre el Gobierno».

«Santa Cruz 31. El Gobierno de la República ha ordenado a las bases aéreas del país que todos los aviones se trasladen a La Paz.

Por esta circunstancia, el trimotor Junkers del Lloyd Aéreo Boliviano, que debía salir hoy martes, en conformidad a su itinerario, debió partir en vuelo directo a La Paz.

En la plaza de esta ciudad se había instalado un altoparlante a fin de informar al pueblo sobre los últimos acontecimientos, pero elementos desconocidos lo destruyeron».

«Santa Cruz 31.—Noticias que han llegado desde distintos puntos del país hacen saber que existe gran efervescencia popular en todas partes al conocerse la

forma en que fué sacado del país, el general en jefe de Ejército, general Bernardino Bilbao Rioja, y que dió a conocer este distinguido militar por intermedio del corresponsal de la «United Press» en Arica.

Estas declaraciones han hecho efecto principalmente entre los militares y ex-combatientes del Chaco y en partidos de izquierda que apoyan la candidatura presidencial del general Bilbao. Las declaraciones hechas en Arica, en el sentido de que había sido proclamado por los socialistas, gremios obreros y elementos de izquierda, eran las primeras que formulara a este respecto el comandante en Jefe del Ejército».

La manera de cumplir su compromiso por el General Quintanilla, se deduce del Párrafo de «El Pacífico» de Arica, de 3 de noviembre de 1939. Dice así: «A las 4.45 de la mañana de ayer llegaron a este puerto procedentes de La Paz, en autocarril especial, el Director del Colegio Militar de Bolivia, Teniente Coronel Sinforiano Bilbao Rioja y el Director de la Escuela de Comunicaciones del mismo país Teniente Coronel Angel Telleria. Acompañaron a estos deportados en su viaje a este puerto etc. etc.».

La historia serena y lógica suele tener su trastrueques formidables y hasta absurdos. En lo ocurrido el año 1939 con Bilbao hay una prueba evidente de ello. Efectivamente, nadie, ni sus más enconados adversarios o émulos formularon dudas acerca del valor intrínseco del soldado-estadista, sobre su honradez a prueba de desfallecimientos, sobre su capacidad profesional y general, sobre su espíritu imparcial y austero, sobre su ardiente anhelo de realizar una labor redentora; y, sin embargo, ¡cuánta saña y testarudez se desplegó en su contra! Y la moraleja de esto es triste desconsoladora; pues el

vida pierde mucho de su significado cuando hechos despiadadamente diáfanos hacen pensar en lo activa e inmutable que es a través de no importa cuál proceso de civilización la proclividad humana. Algunos años más tarde, el general Quintanilla, en carta dirigida al señor Javier Baptista, publicada en «Los Tiempos» de Cochabamba, y reproducida por «El Diario» de La Paz el 25 de abril de 1944, pretendió esclarecer o justificar su conducta con relación a los acontecimientos del mes de octubre de 1939.

Por interés dilucidatorio, insertamos el extraordinario y oscilante documento, que trasunta la emoción de un gran remordimiento cívico frente a determinada consigna creada por la imposición audaz de lo fraguado y ultimado, y que concluiría por avasallar aquellos escrúpulos.

«..... Cuando en diciembre pasado se me apresó en esta ciudad y se me condujo a la Escuela Superior de Guerra y después al Panóptico Nacional de La Paz interrogué varias veces por escrito y verbalmente el motivo de mi prisión, a todas luces ilegal y atentatorio. Habría que procesarme si se encontraba en mi conducta oficial o privada alguna falta digna de sancionarse, o devolverme la libertad que, suponía yo atropellada en un momento de confusión y aturdimiento revolucionarios. Pero, como mi prisión se prolongaba sin explicación alguna, me dijo alguien, ante nuevas sugerencias mías que el apresamiento, maltratos y destierro del General Bilbao durante mi gobierno, serían la causa posible de los atentados contra mi persona. Esta especie, repetida desde los días de aquel deplorable acontecimiento y los artículos de prensa del Dr. Canelas que, en parte se refieren a



tal suceso, me obligan a salir de mi silencio habitual. Es natural que el reo se defienda aún teniendo culpa, pero si no la tiene es justo también que levante la frente erguida...

Todo atropello es vituperable. El anhelo que llevo al ocaso de mi vida es que esos actos ejecutados fuera de la ley, sin justificativo alguno, no se repitan con otros servidores de la nación. junto con mi inquebrantable voluntad de olvidar, en lo que a mí se refiere, los ultrajes de que he sido víctima en homenaje al prestigio del Ejército y al buen nombre de Bolivia.

A principios del año 1939, cansado por mi labor recargada de General en Jefe del Ejército, solicité al Presidente Busch mi reemplazo en el alto cargo, recomendando para ello el nombre del Gral. Bilbao, ya que su destacada actuación en la campaña del Chaco lo colocaba en primera línea. El Presidente me pidió que lo acompañara dos meses más, y ante mis reiterados pedidos, aquel General fué designado Jefe de la Aviación. Desgraciadamente mi deseo de retirarme se frustró por la inesperada muerte del Presidente de la República, a cuya consecuencia asumí el mando provisional una vez que el dictador carecía de sucesor legal.

Al asumir el mando de la Nación, designé General en Jefe a Bilbao, y del Estado Mayor al Coronel Antenor Ichazo. Declaro honradamente que, estando mi juicio asentado respecto de los méritos de aquel General le ofrecí todo mi apoyo moral, llegando al extremo de recomendar su nombre para la futura Presidencia Constitucional de la República a los jefes de todos los partidos políticos.

En una audiencia que concedí al Jefe del Estado Mayor General, Coronel Ichazo fui informado por éste de los siguientes hechos: 1º. El General en Jefe, Bilbao, había llamado a algunos jefes de su confianza al cuartel general.—2º.—El mismo General había retirado a su casa particular armas y municiones del arsenal convirtiendo las oficinas del Comando en agencias de propaganda política.

Llamé de inmediato a mi despacho al Gral. Bilbao para hacerle conocer los informes que había recibido y reflexionarlo sobre sus actividades políticas orientadas al derrocamiento de mi gobierno, lo que era inexplicable, ya que Ud. —le dije— «cuenta con mi mayor apoyo y simpatía». Me respondió que nunca había pensado en ello y que jamás cometería esa felonía. Concluí la entrevista recomendándole discreción y tacto en la selección de los elementos que lo rodeaban, ya que entre ellos habían individuos que no le prestigiaban. Después fui nuevamente visitado por el Coronel Ichazo, quien me reafirmó de las actividades revolucionarias del General en Jefe. Para tomar las medidas enérgicas que el caso requería, exigí al nombrado jefe de Estado Mayor una prueba fehaciente, pero, en previsión, ordené el refuerzo de todos los servicios de seguridad, especialmente de la guardia de Palacio, pues había resuelto imponerme o sucumbir en mi puesto, defendiendo el orden y el plan que me había trazado para la restauración de los poderes constitucionales. Fué muy doloroso para mí impartir tales órdenes que ya traducían la deslealtad del jefe a que había amparado con mi plena confianza.

La tarde del 25 de octubre horas 7 y 30 durante un consejo de gabinete y encontrándome abrumado por

el trabajo, pedí a mis colaboradores suspenderlo con el propósito de retirarme a mi departamento privado en busca de descanso. Al día siguiente a las seis de la mañana fui despertado por un grupo de jefes de la guarnición, entre ellos de Estado Mayor, para anunciarme que había sido deportado al puerto de Arica el General Bilbao por haber tratado de alterar el orden. Al oír esta relación, mi contrariedad fué tan grande que ordené el traslado de mi equipaje a mi domicilio particular, anunciando que haría dejación inmediata de la presidencia. Convoqué sin demora a consejo de gabinete, ante el cual mandé comparecer al Jefe de Estado Mayor General Ichazo, quién declaró ser el único autor y el único responsable de las medidas adoptadas contra el General Bilbao, agregando que lo había hecho por evitar desastres a la nación y por su lealtad al Gobierno.

Como un comprobante más de esta actitud personal del Coronel Ichazo, lo transcribo este documento.

(Aquí el manifiesto del Jefe de Estado Mayor Coronel Ichazo).

Los Ministros de Estado muy especialmente el señor Ostria Gutiérrez, ante mi resolución de abandonar el poder por aquel suceso delictuoso, desgraciadamente ocurrido en el mismo Palacio de Gobierno, me manifestaron en frases sinceras su opinión contraria. Me dijeron que tal dejación produciría un caos político y administrativo, una revolución y intentonas de rebelión anarquizadoras del país, todo lo cual comprendía yo mismo, sin duda, a pesar de mis modestas condiciones particulares.

Se insinuaba también en mi conciencia y fuertemente mi deber de mandatario, que consistía, primero, en

continuar en el cargo que esta vez créamelo, como amigo que es Ud. mío, era de verdadero sacrificio, y segundo; en hacer que vuelva del destierro el General Bilbao y prestarle garantías legales que le eran debidas. Resuelto lo primero me quedaba por resolver lo segundo. Pero, ¿era posible hacerlo? Para un criterio cualquiera, libre de prejuicios, aparecerá con claridad que, el regreso de Bilbao, ocasionaría justamente lo que se trataba de evitar, es decir, nueva confusión política en el país y, tal vez, una revolución militar entre adeptos y enemigos de ese jefe, ya comprometidos, con su deportación. Parece que, muchas veces el deber consiste en callar, ante los mandatos ineludibles de la posición oficial.

Por lo que se refiere a mi conducta personal en esos días, mandé visitar en nombre mío a la señora esposa del General Bilbao, y hacerle conocer mi profunda indignación por el suceso ocurrido, ofreciéndole toda mi ayuda en lo que ella precisara. Envié también a Arica al señor Luis Suaznábar, amigo íntimo de Bilbao, para transmitirle mi sentimiento y ofrecerle mi decidida colaboración. Mediante el señor Suaznábar recibí una carta del General Bilbao, la misma que contesté de inmediato; documentos que me permito acompañar con la presente.

Pocos días después la señora del General Bilbao me manifestó el deseo de su esposo, que consistía en trasladarse a Londres en calidad de agregado militar a nuestra Legación, precisando para ello la suma de cinco mil dólares, la misma que se votó en consejo de gabinete, habiendo yo entregado personalmente a dicha señora en presencia de su hermano político don Eustaquio Bilbao y de empleados de la Contraloría.

Dejo constancia de que en ningún momento, permití daño alguno a la familia Bilbao, ordenando más bien que se le guardase todo género de consideración.

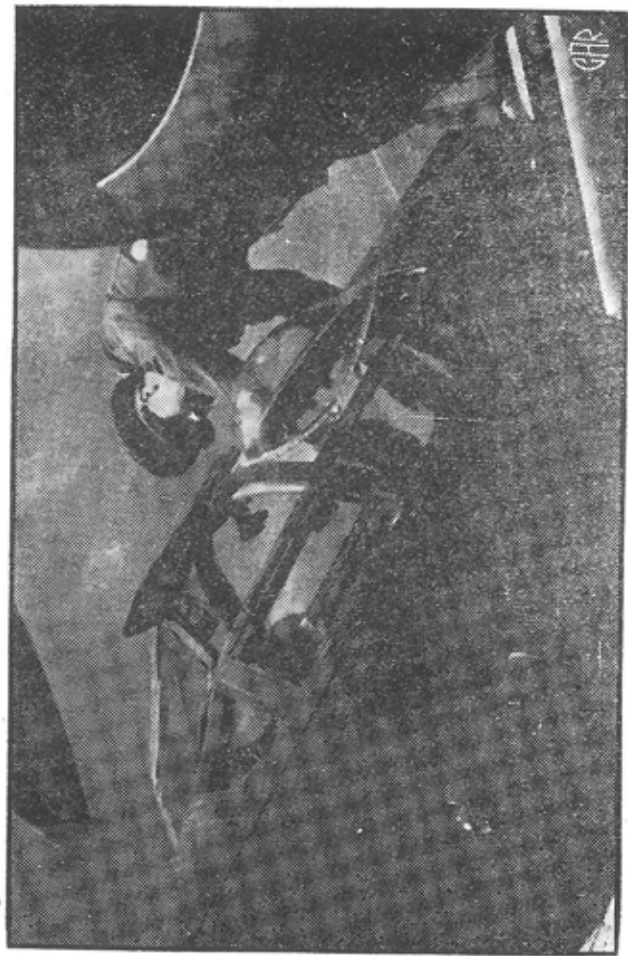
Esta es, señor y amigo, la narración desnuda de los hechos acaecidos. Ya tendré ocasión posterior para enseñar al público mi conducta en otros sucesos de mi administración. Creo que los autores directos del atentado contra Bilbao deberían escribir acerca de él. Es un compromiso de honor forzoso adquirido con la opinión pública.

Para concluir, copio un párrafo de «Los Tiempos» en el artículo sobre estos asuntos del señor Canelas, aparecido el 14 de, Dice así: «El hecho no ha sido aclamado hasta ahora ni nadie se ha ocupado de hacerlo. Solamente en el dominio de los rumores, circulan estigmas vagos que se aplican tal vez sobre frentes no culpables».

Así es. Una de esas frentes es la mía, que no tenía, a Dios gracias, ninguna mancha que la degrade ante mí mismo ni ante mis conciudadanos. (Fdo.) Gral. Carlos Quintanilla».

Y como corolario final y síntesis histórica, el general Enrique Peñaranda, quien había derribado o contribuido a derribar a dos presidentes en ejercicio constitucional del mando, los señores Salamanca y Tejada Sorzano, y hasta tres, con el electo don Franz Tamayo, sustituiría, patrocinado por los partidos políticos tradicionales (con excepción del Genuino) al aclamado por los pueblos en comicios y consenso amplio, para hacer suya la decisiva fórmula electoral y poder ocupar el sitio de Sucre, El Inmaculado.





**El Teniente General Bilbao Rioja sube a la carlinga de un avión de guerra (Gran Bretaña, 1945)**





*«Hay algunos, altivos por naturaleza, que todo lo soportan, mas estos piden:*

*Amar y ser amados con ternura; y al verse desdeñado,  
No extraño si se mueren,  
aunque vivan!»*

(Shelley).

## XXV

El rodar de la rueda de los sueños se suspendía en Bilbao para dar paso a la lacerante realidad. El que se prometiera estadista cabal y reflexivo, sobre la pauta de una acción honrada y severamente coordinada en lo económico-social y financiero, haciendo de esta guisa la evolución desde arriba para evitar los trastornos desde abajo, navegaba una vez más rumbo a Europa, esta vez triste, meditabundo y desconcertado.

El viajero tendría bastantes momentos para pensar que la recta intención, la más idónea capacitación y aún el espíritu de abnegación para acudir a la cita de la solicitación patria y de la responsabilidad aneja, poco o nada valen cuando no se sabe servir las «circunstancias»; esas circunstancias de las que un embajador

inglés se preciara de ser «un humildísimo servidor», delante del cardenal Mazarino.

El error substancial de Bilbao había estribado en creer en una forma más avanzada de democracia, de sentido económico más que político. Y no podrá negarse que, en este punto, su previsión hacia sólido engarce con las tendencias de este siglo, que procura darle al gobierno democrático una verdadera aptitud de orientación, regulación y control sobre los problemas más vastos y complejos. Bilbao tenía como un mandato inconcuso de los tiempos y de sus exigencias —veinte años atrás todavía balbucientes, casi inexistentes— inducir y guiar al capitalismo hacia una disciplina de sacrificio; pero, ciertamente, señalando los límites de ese sacrificio. Luego de sus estudios y experiencias en el medio europeo, Bilbao no podía ignorar que el movimiento ascensional de las clases trabajadoras, que por su corriente profundo e ininterrumpido llega a tener la incoercibilidad de los fenómenos geológicos, en lógica previsor y constructiva debía ser encauzado y eslabonado, de manera armónica, con los intereses generales de la comunidad, hasta llegar por caminos amplios a la vez que bien diseñados y venciendo etapas de cultura y de comprensión, al ideal que proclamara Augusto Comte, de que la familia obrera pueda llegar a ser el legítimo laboratorio de la opinión pública.

Ciertamente, la esencia mayoritaria del régimen democrático, no podrá oponerse en el futuro, dentro de una estricta vigencia de su libertad, a una suerte de interpretación como la indicada.

Cánovas del Castillo, hace más de medio siglo previó este inexorable conflicto, cuando exclamó: «El su-

fragio universal será siempre una farsa, un engaño a las muchedumbres... o será, en estado libre y obrando con plena independencia y conciencia; comunismo fatal e irresistible».

Tampoco el candidato a la Presidencia de Bolivia, en 1939, podía desconocer los peligros de una marcada tendencia socialista en el poder, caracterizada por su embriaguez teorizante, su funcionarismo hipertrofiado y sus métodos dictatoriales. De aquí que pusiera especial empeño en no contraer compromisos antelados con ideología alguna, reservando así su capacidad constructiva y promediadora, para realizar desde el gobierno una ecuación feliz entre las corrientes disímiles o antagónicas. Fué este un pensamiento sensato y oportuno, al que imaginaba insuflar, en conjunción con todas las clases sociales e intereses respetables, y premunido de su energía conductora propia, tan extraña a lo banal, artificioso y soplado, un poderoso y a la vez prudente aliento renovador.

Y para concluir, ciertamente fué proditorio para el interés boliviano y para el futuro de la Nación, que el juego político clásico decidiera que el nuevo mandatario fuese simplemente un «humildísimo servidor de las circunstancias», como le plugo serlo al personaje diplomático que se ha hecho alusión en estas páginas. De esta manera, el Gobierno constitucional elegido en 1940, tendería a nadar hacia atrás, como se observa en esos peces que, desorientándose, son engañados por la ilusión de una corriente contraria.

Siete años —en la madurez todo lo que suele restar al hombre de vida profícua— se verá obligado el

general Bilbao a residir en el extranjero. Sin poder regresar al terruño, por decisión categórica del Gobierno, ni siquiera poder trabajar en un país vecino al suyo, pues las instancias diplomáticas son activas en el sentido que no se le brinde hospitalidad abierta, sobre todo en determinadas regiones, tildado de conspirador y de profesar ideas nacifacistas, en pleno periodo de desconfianza, persecuciones y restricciones por causa de la conflagración europea que amenaza transformarse en mundial; creadora de circunstancias en que un pasaporte y una recomendación oficial valen infinitamente más que cualquier otro antecedente, Bilbao se ve impelido por una marejada ciega e implacable a trasladarse a Londres, pues tal es lo resuelto por el Gobierno Quintanilla, y que luego mantendrá con tenacidad inmovible el Gobierno Peñaranda. Sólo para un observador superficial podrá ser esto un regalado destierro. El Imperio Británico se halla insumido en una guerra enorme, acaso superior a sus fuerzas; y su capital metropolitana expuesta a las más pavorosas consecuencias, por representar el centro nervioso vital de la resistencia y su proximidad a las bases de la temible aviación germana.

Como Bilbao nunca fué, y menos en esta oportunidad, divisa viviente de algún partido, el silencio y la ausencia concluyen por tejer una trama de olvido en redor de su nombre; y hasta comienza una era de preterición o de usurpación para sus hechos de la guerra con el Paraguay. Hasta los amigos que se creían entrañables parecen ponerse morosos en el recuerdo. La verdad es que, durante tres o cuatro años, el nombre de Bilbao se pierde en la agitación confusa y contradictoria de la actualidad cotidiana. La conjura oficialasca encuentra

así cómplices por doquier, menos en el corazón del pueblo que sigue, aun sin medios de expresión, preocupándose, rindiendo culto a su héroe, a la sazón calumniado, vilipendiado, sufriendo extrañamiento inmotivado y casi el dintel de lo definitivo, pues se presiente que vivir en Londres en esas horas, al arbitrio de la dispersión de los bombardeos corrientes, de los «robots» y de las bombas-cohetes, no constituye precisamente una garantía de hacer huesos viejos.

Por otra parte, el celo de la razón de Estado no dice ni permite decir gran cosa sobre el gran exilado. Mas la leyenda y la fantasía, reemplazan la parvedad de alguna noticia, y se urden entonces suposiciones y aún se sienten «hechos» con apariencia de verosimilitud rotunda. Un día circula la especie y hasta se registra en las columnas de la prensa diaria, que Bilbao se ha cubierto de gloria en los cielos de Dover; otro, que incorporado a la aviación inglesa, rivalizaba en pericia y ardimiento con sus pilotos en el Norte africano, y así de este jaez emotivo y colorista, no escaseaban las presunciones y los atisbos de la imaginación. Pero, la verdad, Bilbao en Inglaterra cumplió una tarea meramente circumscripita en presencia del conflicto armado, estudiando el desarrollo de la contienda en su aspecto militar cuanto industrial, imponiéndose a conciencia de cuanto adelanto técnico imaginable, inspeccionando todo lo que la liberalidad en secretos de guerra permitía ofrendar, recorriendo una gran parte de las bases e instalaciones desde donde se irradiaba día y noche el cada vez más potente y destructor impulso aéreo, todo esto dentro de una atmósfera de cordial acogida para su persona y bajo la advocación persistente de su patria lejana, y con el pensamiento guía de que al

guna vez pudiera hallarse en trance de servirse con ventaja de esos nuevos estudios, de esas experiencias tan únicas y de esas avisadas observaciones al borde de la tangible realidad.

Y si alguna vez Bilbao alentó un anhelo en lo que al arte bélico podía referirse —que no pasó de los límites del deseo— fué el propósito de ser adscripto al Comando de la India y Birmania, cuyos campos de maniobra apenas si diferían en una que otra particularidad de los del Chaco, que tanto le habían apasionado y cuya visión siempre añorara.

Amén de la mencionada predisposición natural de su espíritu, en general Bilbao labora en silencio y con férrea obstinación —casi en la raya del medio siglo de existencia— para conquistar, no propiamente un nuevo título profesional que pueda enaltecerla, sino una especialización técnica cuya aplicación sea útil al desenvolvimiento económico integral de su patria, de conformidad a las modernas exigencias de la producción y del intercambio comercial, como factores esenciales del progreso, bienestar y orden democrático de las comunidades libres. Y por cierto, por encima todavía de esto y de aquéllo, tremola sobre sus sueños y recogimientos cual si fuese un dominador airón, esa su intensa preocupación por el porvenir de su patria y por la marcha de sus acontecimientos rectores; e inútil es decirlo, todavía más alto e imperativo, como un insistente «ritornello» que acucia determinadas potencias del alma pero debilita otras, está su fascinante obsesión de regresar cuanto antes al lar natal, no para vindicar afrentas ni para cobrarse de agravios —como suele ser moneda corriente en esta alternativa de las posibilidades— sino para cooperar con

su voluntad de acción; con su nunca deprimida energía moral, nutrida ahora por nuevos e indispensables conocimientos, al proceso generalmente estacionado de la reconstrucción nacional. Para Bilbao esto no debe ser sólo política partidaria —tal cual se la preconiza comúnmente— sino concierto superior de capacitaciones idóneas y de energías redentoras, con el denominador común de un desprendimiento y de una tributación acrisolados. De esta guisa la democracia se hace virtud ciudadana y sus rastros pueden ser más que históricos, inmortales.

Estéril sería seguir abundando en estas consideraciones y glosando con un comentario alusivo cada uno de los pasos, disyuntivos de preocupación y escritos de la última y prolongada, además de involuntaria, estada del teniente general Bilbao en la Gran Bretaña. Bastará, sí, con extraer sumariamente de su epistolario fraterno unas pocas muestras que irán jalonando la ruta de seis años de sus nuevos trabajos, a la vez que fijando las estaciones de su Gólgota espiritual.

«Arica, 6 de Noviembre de 1939.

Quiero aprovechar el viaje de mi amigo Luis Suaznábar a esa, para antes de tu salida a la Argentina, comunicarte que estoy muy mejorado de mis dolencias, después del brutal atentado de que fui objeto en el Palacio de Gobierno en La Paz, en fecha 26 de octubre. Estos actos de verdadero crimen, no me molestan ni amargan; pues los mejores servidores del país, siempre fueron objeto de mil atentados, precisamente por querer servirlo a su patria con el mayor contingente de voluntad y patriotismo.

Ahora llega la hora dolorosa de definir para siempre un nuevo porvenir. Tal vez bregar en otra actividad de trabajo, lejos del país y de sus instituciones. Algún día el tiempo se encargará de hacer justicia, mientras tanto seguir luchando en la vida con paciencia».

(Carta dirigida a su hermano Napoleón).

«Dentro de pocos días, nos sorprenderán las fiestas de Navidad y Año Nuevo, como siempre, con la familia distribuida en tantas partes y sobrellevando las consecuencias de la vida política de nuestro país. Tengamos fe, para que otro día estemos unidos y tengamos oportunidad de celebrar dichas fiestas clásicas con un santo fervor de hacer algo por el bien y la felicidad de Bolivia. Mientras tanto hay que prepararse y ganar más experiencia de vida y de mundo. Particularmente para tí, te deseo que aproveches el tiempo en estudios de utilidad».

«Por suerte, dentro de los diarios bombardeos de la capital, no tenemos que lamentar desgracias personales, no obstante de que muchas bombas cayeron en nuestro distrito, desde un comienzo. La familia está totalmente acostumbrada a esta clase de bombardeos. Si bien son momentáneos y de gran efecto, siempre existe la posibilidad de salir ileso.

Me alegro que hayas recogido las mensualidades de los dos últimos trimestres, teniendo el dinero con anticipación, por mas reducido que sea éste siempre es posible regular los gastos y acomodarse dentro de sus límites».



«En cuanto a nuestra situación en ésta, continuamos viendo de cerca el desarrollo de la guerra aérea, la que llega a su máximo. Lastima que no pueda hacer ningún comentario por la prensa, la censura total por una parte, y por otra, para evitarme molestias en este mismo país. De todos modos, vivimos en el mismo teatro de operaciones que los siete millones de habitantes de la capital, siguiendo sus contingencias en los grandes bombardeos».

.....

«.....deseándote que el nuevo esfuerzo que te has impuesto, sea de mayor provecho; rendimiento económico para el futuro y garantía de estabilidad en trabajos posteriores que podremos emprender. Sera preferible volver la vista a la Tierra Madre para buscar en su fecundidad el porvenir económico que nos hizo falta en nuestras ambiciones de superación. Nunca es tarde para amoldarse a una nueva vida, mientras existan energías y posibilidades.

.....

«.....alegrándome que estés sano y bueno y ya iniciado tus estudios de Leyes y Agronomía.

Respecto a los estudios de Agronomía, me parecen muy útiles y de aplicación; ojalá que con delicación y empeño, puedas algún día conseguir resultados provechosos. Mientras tanto estudia; sobrellevando las privaciones con verdadera resolución.

.....

«Los libros anteriores, los he leído con verdadero interés; pues todos ellos son muy interesantes y de actualidad. Haber si posteriormente me mandas algunos libros sobre la política de caminos y ferrocarriles, salu-

bridad y política industrial y sistemas modernos de economía política y bancaria».

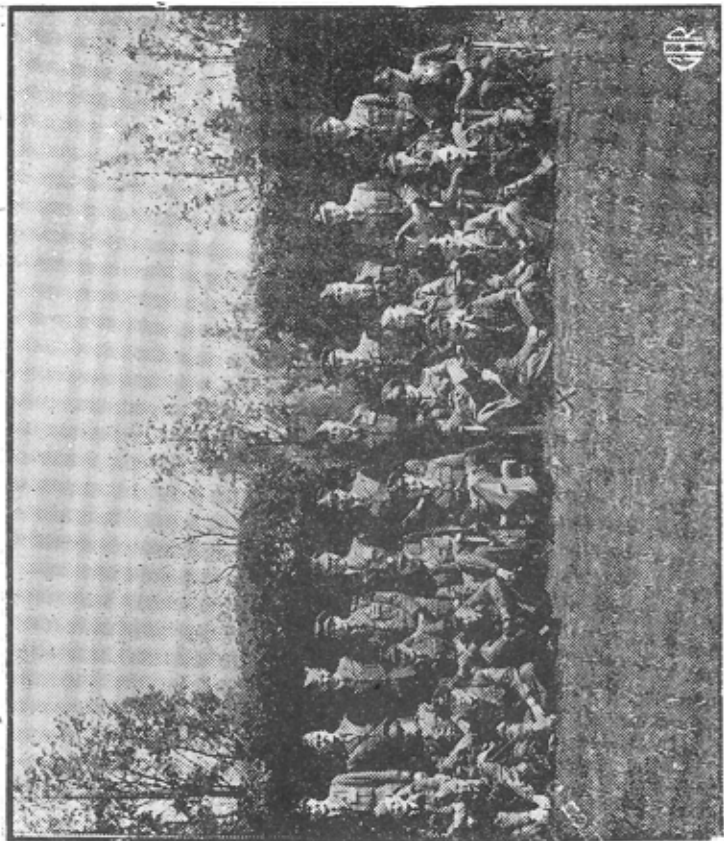
(De una carta a su hermano Sinforiano, en Buenos Aires).

.....  
«Sería bueno que le escribas a Eustaquio y a Miguel Mercado Moreno, sugiriendo que en esta legislatura hagan fijar alguna partida para la creación de una escuela rural en Arampampa, en el entendido de que la provincia y las provincias colindantes son netamente agrícolas, teniendo un gran porcentaje de población indígena.

.....  
«Londres, 19 de noviembre de 1940.

Seguimos paso a paso, la tragedia viva de esta hecatombe que a diario se intensifica sin trazas de llegar a su fin. Lo extraordinario, es el caso intensivo de fuerzas aéreas alemanas contra masas del pueblo indefenso y no combatiente, lejos de todo objetivo militar. Por consiguiente, la lluvia de bombas cae sobre hogares, escuelas, hospitales, monumentos históricos, etc., etc. y todo aquello que en un pueblo civilizado mantiene y fecunda la tradición de siglos. La guerra entre pueblos civilizados constituye una ironía de su cultura y tradición.

Durante la guerra del Chaco, en repetidas oportunidades; había propuesto al Comando Superior, cuando aún tenía yo el comando de las Fuerzas Aéreas, el bombardeo aéreo de algunas ciudades paraguayas, entre ellas Asunción, Concepción y puertos como Casado, etc., sin haber obtenido autorización. Uno que otro piloto que lanzó bombas en Concepción fué severamente amonestado por el Comando, a raíz de que la prensa americana co-



**Teniente General Bilbao Rioja, aviadores británicos  
y adjuntos aéreos**



mentó en forma apasionada. Aún más, los pocos incendios que se produjeron en puerto Casado, dieron origen a reclamaciones diplomáticas de parte de los E. U. de N. A., habiéndose visto el Gobierno obligado a pagar la suma de \$ 25.000, por perjuicios causados a una compañía yanqui en su depósito de quebracho.

Los pueblos débiles, son los que pagan la presión de los más fuertes. Todo esto me preocupa, cuando pienso en el porvenir de nuestro país, que día a día se encamina por rumbos más inciertos, debido en parte a la incapacidad de los gobernantes, la indiferencia e irresponsabilidad de los políticos, que no quieren ver el peligro constante de Bolivia dentro del Continente y sin llevar ningún espíritu de renovación o precaución.

Uno que otro patriota sano, esporádicamente habla sobre la necesidad de armar a Bolivia para su defensa, la reorganización del Ejército, llamando a su seno a todos los profesionales alejados por motivos a, b. c.

Es así, que nuestra generación, seguirá aún la tragedia de pérdidas de territorio, para no ser menos que nuestros antepasados, que perdieron el Pacífico, el Acre, nosotros el Chaco.

«Londres, 17 de diciembre de 1940.

La guerra submarina contra los transportes, continúa alarmando y agravando las comunicaciones y abastecimientos. Sin embargo de todo esto, existe la fe inquebrantable de continuar la guerra por algunos años. La moral es alta con un franco espíritu de sacrificio y de lucha del pueblo. Las recientes victorias en Egipto, acrecientan la confianza en la victoria definitiva contra los países del eje.

Referente a mi ascenso militar, mi situación no me permite reclamaciones de este género por delicadeza y dignidad personales, ya que conceptúo que el ascenso de grado, debe constituir el premio y recompensa merecidas a la capacidad profesional y responsabilidad de las personas, para el desempeño de más altas funciones dentro de la profesión.

Encerrado en la parquedad de mis opiniones libres y a la distancia a la que me encuentro, no me queda más que tomar nota de las incorrecciones y anomalías que a diario se suceden en Bolivia, demostrando la quiebra moral y material que corroe al país; pero es de esperar que algún día se producirá una reacción saludable y definitiva para el prestigio y progreso de la Nación».

(Párrafos de cartas dirigidas a su hermano Napoleón, en Punta Alta (Argentina).

«Nosotros seguimos en esta, desde Marzo del año pasado sin habernos movido y tampoco pensamos hacerlo a otra ciudad que ofrezca menos peligros. Muchas bombas cayeron durante los meses de septiembre y octubre en contorno de nuestra casa; la más cercana fué de 100. metros, pero sin habernos causado más daños que la destrucción de puertas y vidrios y ventanas. No tenemos ningún temor y tampoco creemos que nuestro destino nos depare el ser aplastados por una bomba caída al azar. Como te indiqué en mi anterior, del año pasado, el Gobierno del «Mariscal de la Escalera», dispuso y fijó mi residencia de destierro Londres, donde permanezco hasta ahora, sin haber recibido ninguna comision oficial del gobierno anterior o del actual. No es evidente que haya sido llamado al país por el Presidente Peñaranda, con quien, entre paréntesis, no mantengo ninguna comuni-

cación o relación de antigua amistad, hasta el extremo de que me cohibí el enviarle siquiera una felicitación con motivo de su ascensión al Poder, por el hecho de haberle restado votos presidenciales en muchas ciudades de Bolivia durante las elecciones, y casi triunfo en la ciudad de Cochabamba sin haber sido candidato. Durante los meses de agosto o octubre pasados, se que hubieron ciertas actividades en las Cámaras y en el Ejército pidiendo mi regreso al país, y con este motivo se presentaron reiteradas insinuaciones al Poder Ejecutivo para que se dispusiera mi regreso, aún más teniendo en cuenta la situación vidriosa de relaciones con Chile y la indisciplina reinante en el Ejército. Según sé, el Gobierno ofreció impartir las órdenes respectivas haciendo circular la noticia entre amigos, de que se me había llamado y pedido que fijara la suma que necesitaba para mi regreso. A su vez, reiteró la noticia indicando de que había contestado yo, en sentido de que no creía necesario mi regreso al país y que por consiguiente no necesitaba fondos.

La verdad es que nunca recibí cable ni comunicación, invitándome a regresar al país. El resto de los comentarios constituyen mentiras absurdas y falsas».

«Me dices igualmente, que me consideran un cadáver político; incapaz de reaccionar por falta de visión y entereza. Sobre esta apreciación de tus dos amigos, debo decirte que no habiendo sido político, no haber actuado en ella, en ningún partido político y finalmente no tener ningún compromiso con los políticos, ni haber merecido nada de estos, la apreciación, que es una ligereza, me pone al margen del medio ambiente corrompido.

Revindicarme yo, NO. Al contrario, el país, por su Gobierno, debe darme una satisfacción amplia, al que fué General en Jefe del Ejército y borrar ese atentado salvaje de que fuí objeto, no a la persona del General Bilbao, sino al alto cargo que desempeñaba entonces y castigando a los culpables.

Asimismo, me dices en tu carta, que mi conducta se censura en forma despectiva y jocosa; por falta de energía para la lucha política, vengar ultrajes y humillaciones a mi dignidad militar y nombre. Es evidente que la gente inconsciente, toma el caso mío en forma jocosa, sumando el caso a las anécdotas de Melgarejo, sin darse cuenta de que el procedimiento conocido y comentado ampliamente en exterior, revela el salvajismo primitivo de nuestro Gobierno, sus instituciones y procedimientos».

«El país perdió y seguirá perdiendo los anhelos de renovación que abrigara con Busch, quien dió una esperanza de iniciación. Los gobiernos siguientes, constituyen el símbolo de la ineptitud y falta total de conocimiento de la nueva era del movimiento social que se desarrolla en el mundo. Son simples fantoches que dejan hacer y pasar, verdaderas momias humanas. En fin, no vale un comentario serio.

Debo repetirte nuevamente, que no siendo político, no haber actuado en política, no tenga vida política y mal quieren pedirme reacción política. Nunca fuí allegado a ningún Gobierno o partido, porque no necesité de ellos para mi carrera; por consiguiente, nadie tiene derecho de pedirme reacción política fuera de mi profesión y ambiente.



Cuando algunos pueblos de la República propiciaron mi nombre para la primera magistratura del país, agradecí y acepté eventualmente hasta ver y apreciar hasta donde era posible considerar este deseo; pero, dos meses de investigación personal, me convencieron de que no podía aceptar el deseo de los pueblos que tan gentilmente propiciaban mi nombre, sin compromisos fuertes con un partido político en desgracia o con los representantes de los grandes financieros, quienes garantizaban la ayuda económica por cantidades ilimitadas, a cambio naturalmente de concesiones y privilegios deprimentes contra el Estado. He ahí la lucha de un hombre, entre su conciencia honrada y la fruición del poder. Preparé mi renuncia ante los pueblos de Bolivia no aceptando su pedido, pero sí agradeciendo su deseo, por razones fáciles de comprender. Por desgracia, mi proclama con la renuncia que debía publicarse el 30 de octubre, cayó en manos de Quintanilla, por haber sido extrañado yo, el 26 del mismo mes.

Esta lucha de mi conciencia, me da más derecho de hablar de dignidad y honor y alejarme del sanchopancismo de que cualquier entendimiento y cualquier medio es bueno para llegar a altas finalidades. Sinceramente, creo que ésta es la única forma de dignificar el apellido, dando un ejemplo para muchas generaciones, sentando bases de moral.

Comprendo tu ansiedad e inquietud por conocer mi pensamiento y futuras actividades, como hermano que regresas al país, los mismos que puedo resumir como sigue: Posiblemente el actual Gobierno me destinará a la Reserva, para pedir mi jubilación; hecho que me obligará a regresar a Bolivia para llenar las formalida-

des de tener una jubilación. Quiero aprovechar el tiempo de mi permanencia en el país, para vender mis cosas y salir definitivamente a radicarme a la Argentina y aún trabajar en cualquier condición, para terminar la trayectoria de mi vida, lejos de tanta incomprensión. He ahí en síntesis mi programa inmediato, que no puede ser más modesto.

Finalmente, me pides en tu carta continuar con la unión de la familia en la adversidad como en la bonanza, e invocando este principio de moral, te ruego con verdadero interés obtener la reincorporación de Sinforiano al Ejército; pues no es posible concebir que pierda su carrera y porvenir después de una vida ejemplar en su profesión. Este es el único servicio que te pido a tu vuelta al país.

Para terminar, adivino tu pensamiento, relacionado con lo que hago en ésta; pues leo obras de toda clase; sigo paso a paso el desarrollo de la guerra en todos los frentes y por el momento he suspendido mis estudios de química industrial, por la clausura de los cursos por la guerra».

(Párrafos de la contestación a una carta del Dr. Daniel Bilbao, expedida de Lisboa).

«Nosotros somos quizás los únicos que nos condolemos de las desgracias del país y vemos y apreciamos sus necesidades; pero a los de allí, no les importa nuestra existencia. Suponíamos que allá teníamos muchos amigos, pero ¿cuál de ellos se acuerda de nosotros? Todos son amigos cuando ven que uno está cerca del árbol; pero, ¿qué hacer?; a cada momento salen a flote los defectos y vicios del medio ambiente nacional.

Respecto a la casita de Cochabamba, como alguna vez te expresé, habría que regalar a la Junta Municipal de Arampampa, para que aloje ahí a todos los estudiantes que se distingan y tengan capacidad intelectual. Sería conveniente arreglar la casa como un centro de estudios y vivienda de estudiantes pobres.

.....

«Durante las cuatro semanas pasadas, estuve sumamente atareado con las visitas a una serie de estaciones operacionales de las Fuerzas Aéreas británicas, conforme a una invitación que se hizo a nuestro Gobierno. Igualmente fueron invitados representantes de algunas naciones sudamericanas, así Chile, la Argentina y el Perú. Con este motivo, tuvo oportunidad de ver de cerca el desarrollo de las Fuerzas Aéreas en sus distintas actividades, así como sus institutos y algunas fábricas modernas.

En general, es sorprendente el desarrollo, organización y progreso de esta arma; tanto en instrucción como el empleo de material potente y modernísimo.

En un centenar de Escuadrillas fui recibido con una deferencia excepcional y con muestras de verdadera amistad.

A mis antiguos conocimientos he sumado aun una gran experiencia en materia técnica y operacional, que quizás más tarde sea de utilidad para nuestra aviación, en el entendido de que se quiera aprovechar todas las experiencias recogidas».

.....

«Referente a mi cambio de destino, insinuado por tus cartas a Eustaquio y Daniel, te agradezco en el

alma por tu iniciativa fraternal y sincera; pero examinando con detenimiento, quizás no valía la pena dar este paso, que demuestra en el fondo cierto temor a la guerra y a soportar las consecuencias que impone necesariamente un país que lucha por sus ideales.

Como yo, hay cuarenta millones de habitantes que soportan con hombría y firme resolución cuantas privaciones y molestias trae consigo una guerra. Es demás manifestarte que la moral en general, es excelente y no existen razones fundamentales para pesimismo sobre la prosecución de la guerra en mayor escala.

La guerra, es un gráfico de subidas y bajadas, que exige un retemple de energías para soportar los contrastes y cualquier pequeño éxito da mayores esperanzas de victoria. Se sabe que esta guerra será larga y penosa, como toda contienda entre potencias de recursos ilimitados.

Siendo yo profesional parecerá anormal, que indirectamente esté dando mi asentimiento para evadirme de la guerra, o al menos, esa será la interpretación que se dará en Bolivia, conociendo el ambiente del país.

Por otra parte, la insinuación cayó en La Paz, en un momento "inoportuno, a raíz de los movimientos frustrados, el asunto de Belmonte y el del Ministro Alemán, pues, un diario de la tarde de La Paz, en julio, publicó un artículo haciéndome aparecer firmando documentos de alianza entre Belmonte, Calleja, y otros, para cambiar el estado de cosas en Bolivia. La publicación es inexacta, carece de todo fundamento y creo que nació en el mismo Estado Mayor, para mantener palpitante cierto recelo de parte del gobierno y de las instituciones civiles.

Esa forma de campaña, seguirá por mucho tiempo, para dificultar e impedir mi presencia en la Patria.

Mucha gente pensará que he perdido la noción de la patria y que no tengo interés en su vida y desarrollo; pero esta creencia pasajera e interesada se desvanecerá con el tiempo. Hace rato que estudio con dedicación la Ingeniería Industrial. Tengo catorce exámenes rendidos con clasificaciones de honor. Me he sometido a un régimen de estudio severo que exige mucha concentración y sacrificio mental.

Estos estudios son largos difíciles y complicados. Gran parte de las Universidades no funcionan como consecuencia de la guerra, trayendo necesariamente ciertas interrupciones. En general, pienso que en un año más, estaré por concluir dichos cursos, que serán de provecho para el país, bajo el punto del desarrollo industrial en todas sus formas. A medida que estudio, veo que necesitamos más preparación teórica y técnica, para algún día poner en práctica nuestros conocimientos al servicio de la patria. Debemos tener fe en nuestra acción futura, por la cual lucharemos con todas nuestras energías.

Necesitamos fábricas, de cemento, azúcar, tejidos en general, papel, cartones, vidrios, aplicaciones del petróleo y sus derivados, etc., etc. Bolivia vive y seguirá viviendo en la miseria, porque no produce ni alimentos para su propio abastecimiento. Esta situación necesariamente debe cambiar.

El país necesita cientos de ingenieros para modelar la Patria Nueva en sus diferentes actividades; yo he querido sumar a mis experiencias profesionales, una

nueva técnica de ver las cosas con más amplitud. Los futuros gobernantes de Bolivia que tengan preparación de lo que realmente hace falta en el país, quizás darán en clave, para hacer desaparecer la enfermedad de la política criolla. Igualmente mi permanencia en Inglaterra, me da oportunidad para estudiar el cómo resuelven los problemas económicos, industriales, etc., etc. en una guerra totalitaria sin precedentes en la Historia Mundial. Esta experiencia es inapreciable bajo el punto de vista profesional.

Por otra parte, ¿cuáles son las expectativas de nuestra futuras actividades en Bolivia? Por las ligeras razones anteriores, verás que no debe existir inquietud alguna de parte de la familia con respecto a nosotros, que felizmente estamos sanos y buenos. En esta virtud, te ruego escribir a Eustaquio o a Daniel, indicándoles que suspendan toda insinuación de cambio de destino, que al final me traerá más dificultades y molestias innecesarias.

Por las noticias que me das de Bolivia, veo que son los mismos militares que en todo tiempo han intentado asaltar el Gobierno».

(Carta a su hermano Sinforiano, en Buenos Aires).

«Londres, 7 de octubre de 1941.

Como te participé en mi anterior carta, sigo los cursos de Ingeniería Industrial. Al principio seguía los cursos en la Universidad de Londres, pero como estos cursos se han cerrado en diversas secciones, por la situación de la guerra misma, he tenido que iniciar nuevamente los cursos en otro Instituto, con gran perjuicio de

pérdida de tiempo. Como tú sabes, estos estudios son largos y muy penosos, necesitándose una voluntad y dedicación grandes, sobre todo constancia en el estudio tan escabroso de las ciencias matemáticas. Sin embargo, hasta hoy he rendido 18 exámenes con clasificaciones de sobresaliente, calificaciones que me estimulan mayormente para mis estudios. En esta virtud, necesitaré permanecer en ésta un minimum de un año a partir del 10. de enero próximo, para más o menos, terminar los cursos. Estos duran cuatro años, pero estoy seguro que los terminaré en la mitad del tiempo, porque espero rendir un examen semanal o por lo menos tres al mes.

Por otra parte, ya estoy en el estribo para que me pongan en la jubilación y necesito tener otra profesión con que pasar el resto de mis días, como un medio de vida e investigación científica.

Es necesario no hacerse ilusiones sobre el porvenir; tenemos no muy satisfactoria experiencia hasta ahora».

.....

«En general, la vida en ésta ha cambiado mucho. Ahora vivimos en una época de racionamiento de todo, excepto del pan y combustible. En las próximas semanas, se impondrá, casi con seguridad, el racionamiento de luz y combustible, y finalmente vendrá también el del pan.

Los artículos de primera necesidad y los artículos generales ya han subido a precios nunca conocidos en el mercado en ésta. Un seiscientos por ciento es el precio corriente en cualquier artículo. Las épocas del Paraíso y de Jauja, ya han pasado a las calendas; mientras la guerra se prolonga mínimo un par de años más.

Con respecto a mi persona, puedo decirte que sigo con dedicación a mis estudios, hasta la fecha he rendido 29 exámenes, habiendo sido aprobado en todos ellos con una nota igual a 99.63, como promedio general, en el primer año. La nota corresponde a treinta y siete centésimos menos que la nota máxima de sobresaliente, habiéndome colocado en el número siete entre 3.500 y tantos alumnos. Por demás es decirte que los exámenes son fuertes; especialmente en Matemáticas, Geometría, Trigonometría, Álgebra, Resistencia de Materiales, Dinámica, Estática, Hidrostática; Neumática, Calor Electricidad, Máquinas y Mecánica en general, etc.; etc. Ahora he iniciado el estudio de la Química. Impensadamente, veo que se alargan mis estudios, estando convencido, que materialmente será difícil antes de un par de años de estudio. La Ingeniería de la Química Industrial, abarca un minimum de 82 materias con 90 a 100 exámenes sin contar las materias de especialización. Como te manifesté antes, mi deseo es especializarme en la fabricación de cemento, refinerías de azúcar de caña y remolacha, papel y cartones, petróleo y sus derivados, fábricas de vidrio, aceites, jabones, armas y municiones de pequeño calibre, etc».

.....

«Sin embargo, de que la segunda casa fué adquirida con mis dejaciones mensuales y las tuyas, por mi parte no hago ningún hincapié en ningún detalle. Lo único que te pido es que al arreglar, se pase un ochenta por ciento de lo que me corresponde a María Zósima, y un veinte por ciento a la chica. En esta forma, quedo totalmente desvinculado en toda la repartición».



La decisión involucrada en este acápite, es reveladora de los sentimientos generosos de Bernardino Bilbao hacia sus hermanos, y de preferencia hacia sus hermanas de la línea paterna (Maria Zósima y Tita), residentes en Cochabamba, y a las cuales constantemente recordara con su solicitud material y conmovido afecto.

.....

«Londres, 20 de julio de 1942.

«Yo sigo con mis estudios; a medida que se adelanta, se hallan materias más difíciles y que requieren una dedicación larga, y penosa y de sacrificio para vencer. Los estudios siempre los alterno con lecturas relacionadas con la profesión o materias de interés general que puedan rendir alguna utilidad más tarde.

Intimamente, no tengo la menor intención de remitir trabajo alguno y, por otra parte, aunque remitiese, estoy seguro que no se molestarían en considerar cualquier promoción; puesto que el término de mi ascenso fenecía en diciembre del 39. Finalmente, un Jefe que ya rindió todos los exámenes en una Guerra Internacional, habiendo dado un resultado conocido, no necesita mayores exámenes que rendir».

.....

«El mes pasado, me invitaron a la Radio de Londres, para dar una serie de conferencias a España y por ende a Sudamerica, sobre temas de carácter nacional y militar. Mi primera conferencia por radio, tardó más de cuarenta minutos, tratando los asuntos con discreción y tino extremados».

.....

«Londres, 17 de octubre de 1942.

«Yo, sigo mis estudios en forma sistemática, no obstante de tratarse de estudios pesadísimos que requieren una paciencia de Job. Hasta hoy, he rendido mi examen N.º 38, sobre materia de Análisis Cualitativo.

Respecto a los exámenes adicionales de capacitación para el ascenso al grado inmediato, he reflexionado lo bastante, llegando a la conclusión de que quizás no vale la pena de hacer mayor esfuerzo para querer comprobar la capacidad en concepto de cuatro señores. En esta virtud: he decidido solo mandar al Ministerio de Defensa, un certificado de las clasificaciones que obtuve en los estudios especiales realizados hasta la fecha, expedido por el Director del Instituto y legalizado por el Consulado General en esta capital. Sé, de antemano, que no contando con la confianza y buena disposición del Gobierno, es inútil hacer trabajo alguno que pueda satisfacer las exigencias impuestas.

Mayormente, ya no tengo la misma disposición de antes, después de tanto sacrificio personal y haber sufrido con una paciencia que llega al límite, todas las contrariedades. Quiero al presente, capacitarme para trabajar fuera del país, en alguna de las naciones vecinas y terminar mis días lejos de la patria. Lo demás ya no interesa.

.....  
«Londres, 4 de noviembre de 1942.

Referente a la bala en tu cadera izquierda, es otra novedad oculta por algunos años, para evitar mayores temores a la familia, como dices, no ha hecho menos que sorprendernos la confrontación de la radiografía que

acaban de sacarte. Creo yo, que las heridas recibidas en los campos de batalla se deben lucir con orgullo como caro impuesto de sangre pagado por la defensa de la Patria. Son pocos los hombres en el Ejército, que pueden lucir con mayor dignidad esas cicatrices que en sí encierran el valor y arrojo de pocos. En este asunto, no puede ni debe haber modestia.

«Lo triste y vergonzoso del caso, es que no haya un médico que delate públicamente estos hechos criminales ante la conciencia nacional, para descubrir a los autores, quedando estos delitos impunes. No sé por qué presiento, que estamos destinados a morir entre las maquinaciones... de nuestros enemigos, pero, ¿por qué? Quizás nuestros nombres, fuera de hacer sombra a muchos intereses creados y constituir ejemplos de rectitud y patriotismo, son verdaderos obstáculos para la realización de otros planes funestos en la vida del país.

Por noticias que tengo, tanto del país, como de algunos amigos que me escriben de Chile, sé que hay hambre en el pueblo, que los artículos de primera necesidad, llegan a precios nunca conocidos antes. El gobierno dedicado al turismo, no tiene el menos interés para preocuparse del soberano pueblo que lo llevó al poder. En fin, quizás la supresión del alcohol, sería la única forma de hacer despertar al pueblo, incapaz de reaccionar, ni por la falta del pan de cada día. Siempre he pensado que el alcoholismo, es tal vez una de las causas principales de nuestro atraso y de los males que aqueja al 99% de la totalidad de la sociedad boliviana».

Durante la legislatura ordinaria de 1943, se promovió en la Cámara de Diputados un interesante debate, con motivo de la presentación de una minuta de co-

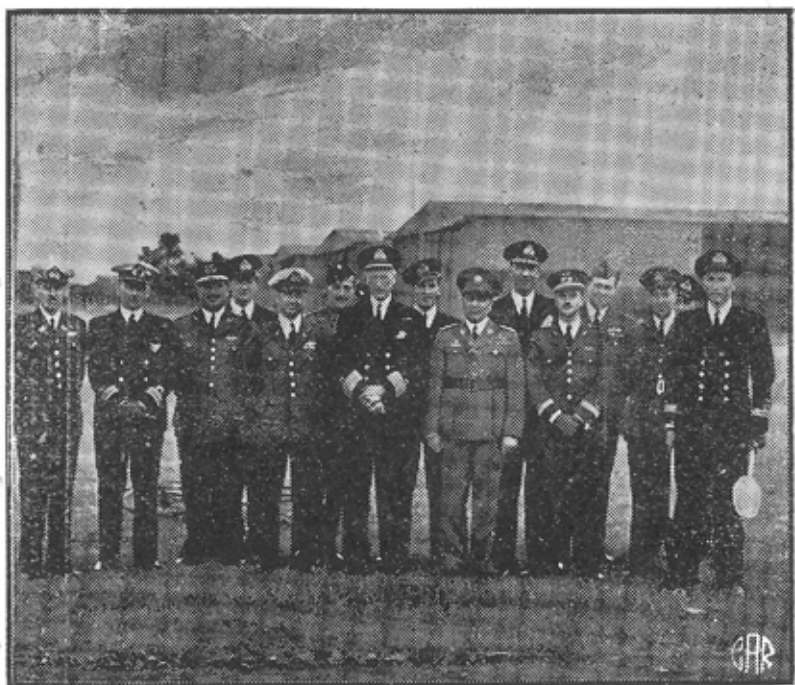
municación al Ejecutivo haciéndole ver la conveniencia de que el general Bilbao fuera llamado al seno de la Patria.

La minuta en cuestión, es la siguiente:

«Dígame al Poder Ejecutivo que la Cámara de Diputados vería con agrado se ordene el retorno al país del general Bernardino Bilbao Rioja, por ser necesarios sus servicios dentro de la institución armada. Solicitando dispensación de trámites y voto de urgencia.—(Fdo.) J. Tumiri, J. Agudo Duchén, Dalence, Juan B. Arce, F. Iriarte, J. Rodríguez, Rafael Tufiño, Angel Mendizábal, Juan José Carrasco, Pablo H. Ascimani, A. Mendoza López, Chávez Lobatón, Isaac Salazar, Alfredo Mendizábal, Cornelio Fernández, Mercado Moreira, A. Bascopé, G. Liendo, F. Loayza Beltrán, Héctor Suárez Santiesteban».

Este acto parlamentario fué sancionado favorablemente, en votación nominal, por 48 votos contra 10, indicación clara del sentimiento público al respecto y evidente expresión de la representación nacional.

El Presidente Peñaranda y su ministro de Defensa Candia, juzgando la iniciativa parlamentaria como una intrusión en las normas potestativas de rutina, y dando la espalda al clamor público, se abroquelaron detrás de la letra de las disposiciones legales —que habían sido desdeñadas para destituir y deportar a Bilbao— y así hicieron oídos de mercader al espíritu de justicia y de reparación que aquella impetración nacional significaba. El teniente general Candia, en 1939, se rebeló en señal de protesta por la deportación del Comandante en Jefe Bilbao; mas en 1943, como ministro del despacho contribuía a rubricar las dilatadas consecuencias de aquel acto insólito y único en la historia del país.



**El Teniente General Bilbao Rioja visitando una Base  
Aérea Inglesa durante la última guerra.**



La respuesta a la Minuta parlamentaria, por parte de Peñaranda, fué la siguiente:

«Cábeme, señor Presidente, hacer una formal representación sobre el particular, en sentido de delimitar atribuciones en forma clara y creo de mi deber hacerlo así en resguardo de los regímenes constitucionales que acuerdan las leyes de los altos poderes del Estado.

El Artículo 170 de la Ley Orgánica del Ejército dice:

«El Ejército depende del Presidente y recibe las órdenes de él en lo administrativo por intermedio del Ministro de Defensa y en lo técnico del Comando en Jefe. En caso de guerra, el Comandante en Jefe dirigirá las operaciones.

El Presidente de la República tiene facultad para designar y cambiar al Comandante en Jefe».

El Artículo 19. de la citada ley determina:

«La fuerza armada establecida en el Art. 128 de la Constitución Política del Estado, constituye el Ejército Nacional que depende del Presidente de la República y Capitán General del Ejército y recibe las órdenes de éste por conducto del Ministerio de Guerra y del Jefe de Estado Mayor».

El Artículo 49. acuerda:

«Es facultad privativa del Jefe del Estado Mayor General proponer al Ministerio de Guerra los ascensos, destinos y bajas de todos los generales, jefes y oficiales del Ejército». Los destinos de los señores generales, jefes y oficiales del Ejército obedecen a necesidades del servicio y en consecuencia no pueden estar supeditados a

factores extraños, ni depender del deseo de la H. Cámara. Dar paso a este último temperamento significa un precedente jamás conocido en la Historia de la República, que no puede ser aceptado por el Ejecutivo, pues no sería extraño que más tarde el Ministerio de Defensa deba enviar los proyectos de Ordenes Generales para su discusión a la H. Cámara».

«Las declaraciones del Presidente, en México y Estados Unidos de Norte América, con motivo del asunto portuario, conocí por los radios extranjeros y también la respuesta de un diario chileno, al parecer «El Mercurio» de Santiago.

Hay un hecho fundamental en este asunto, en Sudamérica, no hay un solo país que no vea que Bolivia necesita un puerto para su desarrollo. Para nosotros, no es sólo necesidad, sino un imperativo que consolidaría nuestra independencia. Pero la posición legal, es un poco distinta. El departamento de Cobija, a raíz de la guerra del Pacífico, se vendió a Chile, fuera de su ocupación militar y conquista».

«Qué partido político me apoya o apoyaría francamente en las próximas elecciones? Como tu sabes, no he militado o guardado relaciones de simpatía con uno ni otro; puesto que en mi carrera militar no necesité de partidos para llegar a la situación actual. Por tanto, este punto es dudoso. No sé hasta qué punto se podría esperar una cooperación real.

Los puntos ligeramente arriba anotados, pesan grandemente en la balanza de las probabilidades, y de ninguna manera se puede atenuar su máxima importan-



cia. Al parecer, por los hechos, desde ya tendrían que vencerse grandes dificultades, y estoy seguro, que nuestros hermanos, tendrán que reflexionar nuevamente y dentro de la realidad, sin hacerse muchas ilusiones.

Contra todas las desventajas anteriores, sólo se cuenta con un hecho más o menos visible, la simpatía popular, único factor que quizá estaría en mi favor, sin olvidar que tampoco se ganan elecciones con afecciones líricas nacidas en la Campaña del Chaco y de los atropellos de que fui objeto en mi corta actuación en el Comando en Jefe del Ejército.

He ahí, a mi entender, la situación real sin optimismos. Como militares estamos acostumbrados a ver las cosas, quizás de diferentes puntos de vista, sin ilusiones y sin considerar que los futuros contendientes no tengan también sus puntos buenos y malos.

Finalmente, la cuestión económica es fundamental. Quizás nuestros hermanos se imaginan que tengo reservas para afrontar gastos de esta naturaleza; pero, la verdad es, que apenas puedo disponer de mis sueldos, y quizás lo único que podría arriesgar para la empresa serían mis haberes del último trimestre del presente año. He ahí la situación clara y terminante. No desearía exponer mi casa del Barrio Militar obteniendo empréstitos, porque ella representa el sacrificio y privación de muchos años de trabajo honrado.

Siento en el alma tomar esa medida, emergente de mi traslado al país. De todos modos, como el cheque es válido por un año, si tomo parte en las elecciones, se invertirá en ellas; y si no tomo parte, servirá para la iniciación de tu casa, conforme a mi ofrecimiento anterior.

Como te hice conocer por cablegrama, el Ministerio me dice: «CONVENIENTE ALISTE SU RETORNO PAÍS TRANSCURSO MES DICIEMBRE, COMUNICASELE OPORTUNAMENTE NUEVO DESTINO». Como ves el cablegrama no es imperativo, haciéndome suponer algo de bondad y posiblemente algún manejo semi-oculto.

Bien, de todas maneras ya he resuelto regresar al país, sintiendo mucho no haber podido terminar mis estudios de Ingeniería Industrial, título que hubiese recibido hasta mayo del año entrante».

Por lo que antecede, se ve que accediendo a reiteradas instancias de amigos y admiradores, transmitidas, en la proximidad de la renovación del mandato presidencial, por algunos de sus hermanos, Bilbao hace un breve análisis de sus posibilidades, en confrontación con lo que a él se le asegura o pronostica. Los párrafos dados a conocer —omitimos algunos relacionados con el teje-manaje que consuetudinariamente tienen en estas cuestiones los altos círculos financieros, sociales y políticos, por lo general cerrados como muros impenetrables— dejan al desnudo la absoluta independencia moral de nuestro biografiado y su ingenua cortedad de medios para afrontar por sí mismo una empresa tan compleja como devoradora. Bilbao, personalidad nacional indiscutible, con verdadero relieve continental y en la sazón de su madurez apta y viril, está empero solitario como un islote e inerte y distante, más que ninguno de sus conciudadanos, del concierto de los intereses temporales y de sus expectativas inmediatas, como si su nombre no pudiese ser enseña de nada y su aislamiento material fuese irremediable. Un producto tal de las circunstancias, sólo puede

ser reflejo del honrado apoliticismo de nuestro amigo y de su conciencia refractaria a las componendas del codiciar y del reptar, tan propias de las gentes vivaces.

Las consecuencias del pronunciamiento revolucionario del mes de diciembre de 1943, que depuso al Presidente Peñaranda para alzar el régimen encabezado por el mayor Gualberto Villarroel, vinieron a torcer el curso de los pensamientos y decisiones del general Bilbao Rioja, máxime cuando la nueva situación, exaltada por un grupo de jefes subalternos, procuraría cimentar una estructuración de su confianza y de su absoluta dirección en el manejo de la cosa pública, con peligrosa transmutación del orden institucional y con completo desconocimiento del principio jerárquico militar.

Del período de tiempo 1944-46 son los fragmentos epistolares que sintetizan las preocupaciones y afanes del teniente general Bilbao, de su postrimera estada en Londres.

«Sobre cuestiones internas de nuestro país, la elección y reunión de una Convención Nacional, para elegir a los que deben sacrificarse por el país, no requiere comentario alguno, puesto que ya di mi opinión en mi carta de enero pasado. Dado mi temperamento legalista y constitucional, estas formas de Gobierno son orígenes de nuevas revueltas y un estado persistente de intranquilidad general, sin dar lugar a que el país se establezca moral y materialmente para su avance hacia el progreso».

«Como la industria química es tan amplia, es materialmente imposible conocer siquiera un gran porcen-

taje de la ciencia. En general, deseo tener un conocimiento amplio de todas las materias que pueden ser útiles para la vida de Bolivia».

«De una manera casual tuve noticias del llamamiento a elecciones para diputados y senadores con el objeto de elegir al Presidente y Vice de la República. Dada la situación general, se confirman mis apreciaciones del mes de enero. Ya se sabe desde antes de la elección quienes serán los favorecidos y ungidos para el desempeño de dichos cargos, es decir para sacrificarse por el país. En esta virtud, es innecesario cualquier comentario».

«Con el amigo Rivera, mandé al Ministerio un certificado de los exámenes que rendí el año pasado, habiendo recibido el respectivo acuse de recibo. Como desde el mes de septiembre, debo iniciar los estudios de aplicación industrial, te rogaría remitirme por correo, un análisis de los petróleos de Camiri. Necesito conocer principalmente la base que tienen, parafina asfalto o mezcla de las anteriores; así como los productos que en la actualidad se refinan y que número de octano se ha llegado a conseguir. Datos concretos y sumariados, que pueden comprender dos líneas.

Los meses pasados estuve totalmente atareado con una serie de exámenes en tiempos perentorios, que me han tenido casi enfermo por el exceso de trabajo y preocupación».

Con respecto a la jornada del «KILOMETRO 7», el país debe homenaje de gratitud y reconocimiento a los

720 jefes, oficiales y soldados, que libraron el honor y la dignidad de un ejército en la campaña del Chaco y más aún de la Patria, en momentos tan desgraciados de nuestra Historia, inspirados en un profundo patriotismo.

La Historia Nacional, ha consagrado a muchos ciudadanos servidores del país, con o sin razón como héroes nacionales y en la mayoría de las veces sin que se haya conocido o publicado una amplia documentación auténtica y solamente apoyados por el clamor político del momento, sin que en ninguno de aquellos casos se haya conocido por documentación exacta, la autenticidad del papel y acciones que tuvieron que desempeñar los héroes. Bajo el punto de vista militar y político, ninguno de ellos puede escapar a un examen analítico imparcial, el que descubriría con certeza, que ellos no fueron héroes en la acepción correcta de la palabra, pero que fueron consagrados simplemente por la voz del pueblo, las Convenciones, las Asambleas o por simples anhelos populares de tiempos pasados; como los héroes del país. Sin ir más lejos, durante la Campaña del Chaco y después, se consagraron como héroes nacionales a Peñaranda, Toro, Rodríguez y otros; pero, por la enorme documentación que se publica y especialmente por la obra gigantesca del Coronel Vergara, se demuestra que dichos héroes fueron o son simples simuladores que han cosechado honores, prebendas y distinciones de todo género, hasta ser Presidentes dos de ellos, pero que en la Campaña fueron simples corderos. Hasta hace poco, hubiera sido un crimen, el no afirmar que Peñaranda, Toro, fueron talentos y capacidades que habían puesto todo su esfuerzo y conocimiento para sacrificarse por el país. Ahora, por la documentación publicada se sabe de lo contrario. Con

las nuevas publicaciones que me dices haber remitido, los mismos que llegarán posiblemente en unos tres o cuatro meses más. Conociendo el temperamento del autor, estoy más que seguro que el tomo V de Vergara, probablemente fué el acicate más duro para que muchos de los conductores de la pasada guerra revienten, como los hechos están demostrando. Rotas las relaciones entre Peñaranda, Toro y Rodríguez y algunos de los secuaces más, por fin, el país conocerá mucho de los entretelones de aquella desgraciada campaña. Por lo que respecta a mi persona, estoy tranquilo, sereno más que nunca, porque no tengo en mi conciencia nada, nada que ocultar. Fuí a la guerra a hacer la guerra y estuve alejado de esa camarilla de desaprensivos que hacían y deshacían, según sus conveniencias, para beneficiarse con los resultados con finalidades políticas. Ellos recibieron todos los honores, ahora, ya es tiempo que sufran algo de sus consecuencias. Sin embargo, el mutismo de Rodríguez hasta hoy, es sintomático de algo más grave que debió existir entre ellos responsables inmediatamente de terminada la guerra y evitar a la Nación doce años de desgobiernos absurdos e irresponsables. Cuando todos ellos se hallan perdidos, se inician las manotadas de los ahogados.

El talentoso amigo Vergara, repite en muchas páginas de su Historia, la ingratitud del pueblo hacia «una de las espadas más ilustres» (se refiere a mi modesta persona), que sufre todo género de ultrajes, hasta la intención de un asesinato en pleno Palacio de Gobierno, durante el período de otro héroe, el «Mariscal de Boquerón», etc., etc. Vergara deja siempre planteada; la ingratitud del pueblo y del país hacia mi persona. Evidente e inti-

mamente, como muchas veces manifesté en mis cartas, yo sufro y he sufrido lo indecible por el infortunio de mi vida y por las calamidades que se me sumaron y por ende para toda mi familia. Creo que no es el momento para referirme a las amarguras que hace catorce años voy sufriendo; mi salud no es tan completa como desearía; desde hace un par de años, me siento cansado, encanecido y con achaques prematuros que roen mi organismo haciendo entrever un fin no muy lejano..... Ante estas circunstancias, necesito cierto sosiego de espíritu siquiera para el resto de mis días. Traté por el trabajo y el estudio, hacerme más digno para nuevas campañas, en la paz y en la guerra, en servicio del país, pero me temo que no llegaré por razones obvias, a cumplir mis ideales para contribuir con un átomo más de trabajo al progreso y desarrollo de nuestra patria».

«Hoy, en la Gran Contienda que se libra en Europa, las naciones premian todo acto de heroísmo, buena conducción y sacrificio de cada general, jefe, oficial, soldado, marino o aviador. Así, en Inglaterra, fuera de condecoraciones que se otorgan por muchos motivos de guerra, existen premios especiales con declaraciones de títulos de nobleza, suprema aspiración de todo servidor; en la Rusia Soviética, la Declaración de Héroe de la Unión Soviética, distinción que llevan un centenar de generales, soldados y hasta mujeres; en Alemania, la declaración de Héroe del Reich Alemán, etc., etc. Todas estas declaraciones se hacen con sumarios levantados en los campos de batalla.

Bolivia, atendiendo a los servicios prestados por sus buenos hijos, especialmente en las Campañas Militares Internacionales y estando comprobadas las actuaciones por documentación amplia, debería expresarles su reconocimiento y gratitud, como justo homenaje de estímulo. Por cierto que estas declaraciones, deben por lo general, ser simplemente de Honor y Mérito sin entrañar erogaciones de dinero por el Erario Nacional. Se debe honrar a quienes se merecen como reconocimiento a valores históricos. Premiar moralmente esas actuaciones para honrar la magnitud de hechos dignos recordados con detalle y claridad, sobre la base de una documentación auténtica que los historiadores desglosan a diario en una u otra forma. Como medida ejemplarizadora, se debería premiar en vida a los grandes servidores de la Nación y sancionando también a los indignos que no supieron corresponder a su confianza, declarándolos traidores a la causa de la Patria, puesto que son muchas las generaciones que tendrán que sufrir en carne propia los resultados de la incompetencia, ineptitud, falta de espíritu de sacrificio, etc., etc., de tantos, como hoy sufrimos la incapacidad de acción de nuestros gobernantes y conductores de la campaña del Pacífico, por la pérdida de nuestro Litoral. El justo estímulo debe establecerse en forma moralmente alta, renovadora, alentadora del patriotismo nacional y con fines regeneradores. Declaraciones de esta índole, son eminentemente edificantes para la moral Nacional; entonces, cada jefe, oficial o soldado, desde hoy debe saber que en adelante, siempre encontrará justicia. En síntesis, estos homenajes, deben estar encauzados muy especialmente, a dejar definitivamente sentado el principio de que las generaciones veni-



deras, sepan que el consenso colectivo, reconocerá siempre el esfuerzo y sacrificio dignos al servicio de la Patria; ya que esta misma CONCIENCIA NACIONAL, NUNCA OLVIDA O PERDONA.».....

«El Dr. Franz Tamayo, Presidente de la Honorable Convención Nacional, por quien siempre ha mantenido un elevado concepto de sus virtudes y capacidad, el año 39, por intermedio del Dr. Joaquín Espada y en forma excepcional y repetida, recibió de mi parte la insinuación de ir conmigo, a una posible elección presidencial; él como Vice, habiendo recibido respuestas de muchos agradecimientos y de honor, pero, que en ese tiempo, había resuelto él, no tomar parte en política, por razones de hechos cercanamente pasados. Yo tuve la mejor voluntad para su persona y demostré mi espíritu constitucionalista, para ir a unas probables elecciones populares».

.....

«Peñaranda como se desprende de los hechos, no tenía ningún arraigo en el Ejército ni en los partidos políticos ni en la masa del pueblo, y aún siendo paceño, ni en su mismo pueblo. De tal manera que este hombre huérfano, vivía al aire. Se puede apreciar la corrupción moral y material de nuestras instituciones, puesto que ni un solo hombre ha hecho el intento de defender un Gobierno Constitucional; al contrario, al parecer, todos se han sumado al nuevo estado de cosas con la mayor voluntad.

De una manera indudable, la revolución fué preparada con tino y rapidez por elementos jóvenes del Ejército y de la clase civil, inteligentes y con mucha ambición, pero sin grandes prestigios personales y sin expe-

riencias en los asuntos de Estado, tanto internos como externos».

«Desde la distancia, veo que el nuevo elemento ya no toma en cuenta a los generales o coroneles, puesto que aquél vió en el Chaco lo que fueron sus jefes, conocieron su capacidad militar, su conducta y sus propósitos. Los partidos políticos, hasta hoy, tampoco han demostrado reacción política siquiera teórica. En estas circunstancias, el nuevo gobierno se ha consolidado con el apoyo del Ejército y en especial misión del elemento trabajador minero, puesto que se dijo que la principal misión del gobierno, sería la de mejorar su condición social-económica. Debe comprenderse que la consolidación es aparente e interna, porque nadie puede luchar contra la mayoría del Ejército».

«La falta de tino en las declaraciones de Peñaranda con motivo de su visita a E. U. de N. A., sobre la cuestión portuaria para Bolivia, trajo necesariamente una difusión alarmante de noticias en la opinión mundial y desde entonces, existe un estado de recelo permanente en Chile.

La Cancillería de Chile, se movió y se mueve sin reservas por medio de sus representantes diplomáticos acreditados en todo el Mundo, para presentar a Bolivia como un país agresor, que amenaza obtener un puerto chileno, por las armas, desconociendo los tratados internacionales firmados y siendo un peligro para la paz continental, y, lo peor, que no recurre siquiera a medios diplomáticos, para el estudio y consideración del asunto.

Desde entonces, se prepara de prisa, obtienen armas, municiones y aviones, donde puede y como puede, en una proporción mucho mayor de lo que Bolivia obtiene.

En mi concepto, desgraciadamente, la causa boliviana está perdida en Inglaterra y España, naciones centrales para la propaganda en inglés y castellano.

En estos últimos días, los diarios continúan repitiendo que agentes nazis, bolivianos y argentinos, se han introducido en las minas y salitreras de Chile, para alterar el orden con grave peligro para el abastecimiento de materias primas a las Naciones Unidas.

Por los datos anteriores, que por cierto son muy exagerados y sólo constituyen pretextos, Chile consigue ambiente y crea motivos artificiales posiblemente para invadir el territorio nacional».

«Poco a poco estas potencias, impondrán posiblemente a las naciones su'americanas, que nos cierran todos los recursos económicos, etc., de tal modo que ya se ha dado paso al bloqueo económico. Puede seguir Bolivia en estas condiciones por tiempo indefinido? Naturalmente que nó. País sin industrias, sin agricultura, donde el 99% de los artículos de consumo y otros se importan del exterior, no puede vivir mucho tiempo.

El hecho de que no se reconozca el nuevo gobierno y tampoco se reconocerá por tiempo indefinido, excepto quizás por la República Argentina, colocan al Estado boliviano como a una tribu y de ninguna manera como a un estado soberano, libre e independiente. Ningún país extranjero reconocerá al nuevo gobierno de Boli-

via, hasta que este demuestre con los hechos no tener la tacha que señalan».

«Este año, posiblemente, los Aliados entrarán a un período de decisión de la guerra. Hay personal y material en reserva en cantidades fantásticas. A mi entender, la lucha será tenaz y muy sangrienta, puesto que también conozco la capacidad formidable del pueblo alemán. Al final, quedarán sólo pueblos aniquilados y deshechos, pero, el que ganará la guerra será E. U., porque sus capitales repartidos en todo el Mundo, en forma de préstamos, ya constituyen una garantía de buena inversión, que asegurará un intercambio comercial impuesto por las circunstancias.

Por consiguiente, en el estado actual de cosas en el Mundo, Bolivia, ya no puede permanecer refractaria al ideal común, y lo único que queda, es sumarse a la masa, siquiera para obtener alguna mejora en nuestra condición de Estado, no obstante que se declaró la guerra a los países del Eje; pero lo sensible es que en lugar de obtener algún beneficio de la guerra, saldremos al final con deudas mayores a las que teníamos antes de la guerra. La Argentina, ha reducido hasta hoy su deuda externa, en unos quinientos millones de pesos; Chile, unos dos millones de libras esterlinas y todo con impuestos extras a sus exportaciones de ganado, lana, trigo, carne, cobre, nitratos, etc, pero Bolivia nada.....

Es evidente que el gobierno en la forma actual, no podrá mantenerse por mucho tiempo y aún mayormente si la situación económica impuesta por el bloqueo se acentuara. Entonces podremos esperar convocatoria a elecciones para la formación del Poder Legislativo que se reuniría como Convención Nacional, para a su vez elegir

al futuro Presidente y Vice-Presidente de la República, repitiéndose la elección de Saavedra y Busch en los últimos tiempos».

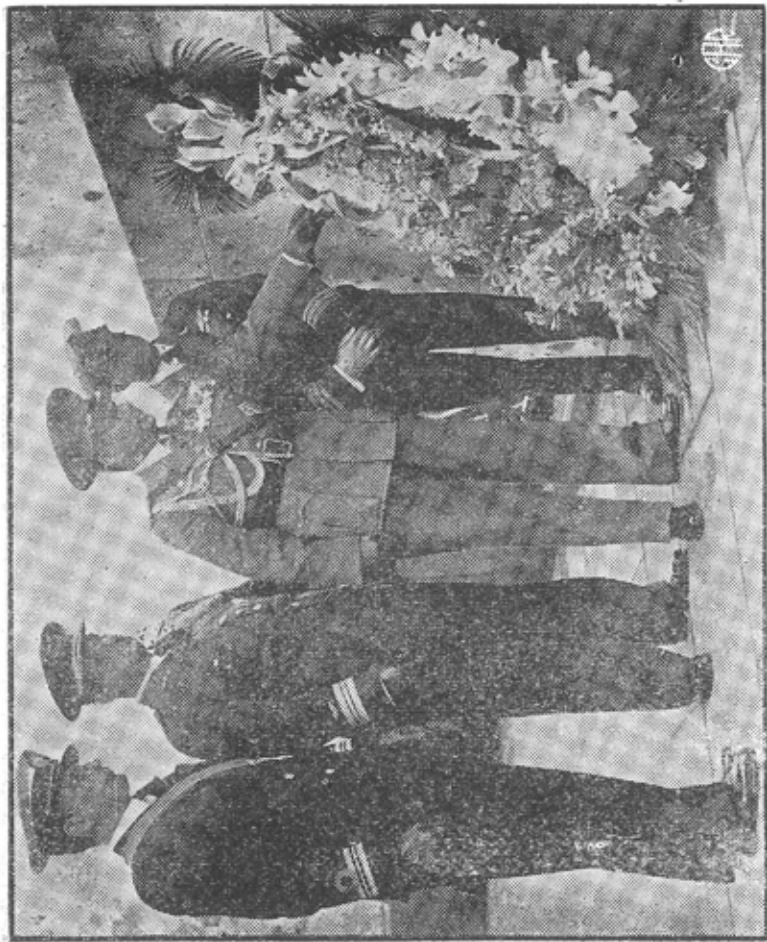
.....  
«Leí con atención la Minuta de Comunicación al Poder Legislativo, aprobada por 48 votos contra 10, de la Cámara de Diputados pidiendo mi regreso al país. Por cierto, la Minuta tiene carácter de insinuación, pero constitucionalmente como es sabido, la Cámara no puede inmiscuirse en los asuntos de destinos de Jefes y oficiales del Ejército. En cambio la Minuta moralmente, como Uds. han calificado bien constituye una satisfacción pública por el atentado criminal de que fui objeto en pleno Palacio de Gobierno, cuando Quintanilla Quiroga, regía los destinos del país. Han pasado cinco años, para que la conciencia pública me reivindique en mi honor y prestigio pisoteados tan infamemente. He sufrido moralmente estos años, como no tienen idea; y por eso me encerré en un mutismo desesperante, contra la ingratitud y sobre todo, falta de consideración a uno de los servidores que mayores sacrificios y responsabilidades había llevado sobre sus hombros en la Campaña del Chaco. Fragmentos de la historia de esa campaña que se publican en el país y fuera de él, muestran mi actuación con claridad; pero, es evidente que no todos los comentarios son exactos y verdaderos, algunos, siguen con la mentira para engañar a la masa del pueblo; naturalmente, comentarios interesados.

Estos años de dolor íntimo, he reflexionado mucho sobre mi carrera, que tanto amara desde los días de mi infancia, en la que puse todo mi esfuerzo y fe para el porvenir mío y de la Patria.

Ahora estoy dedicado también a otros estudios, nunca es tarde me dije para empezar, cuando hay deseo

y voluntad. Hasta hoy, tengo 67 exámenes rendidos, aprobados con clasificaciones de honor. El año pasado gracias a Dios, salí el tercero del curso, entre más de cinco mil estudiantes. Esto hará ver, los enormes sacrificios que me he impuesto para ser algo, no por necesidad, sino para demostrar, que no sólo se puede ser General en Bolivia, sino también ingeniero, en una Nación lejana. Me faltan, más o menos 14 exámenes para terminar el curso, y luego para dedicarme si tengo más tiempo disponible, a una serie de especialidades; pero la base ya la habré ganado totalmente. Los exámenes por rendir, juntamente con los finales de Tesis, requerirán por lo menos seis meses de estudios.

La orientación general de la política interna del país, ha cambiado con el golpe de Estado último; por consiguiente, es necesario juzgar las cosas, tal como se presentan en el terreno de la realidad. Pero las cartas de Uds., veo que aún existe ambiente en mi favor, pero como las cosas han cambiado, me temo que también haya cambiado esa opinión respecto a mi persona. El elemento civil, según sé, íntimamente piensa que yo soy un sanguinario; que en la Campaña del Chaco, había hecho fusilar no docenas ni centenas de soldados, sino miles. Existiendo entonces el temor de que con dichos instintos, terminaría con los bolivianos. Esta opinión, se han encargado de transmitirme amigos leales que no temen decir la verdad de lo que oyen y escuchan en los corrillos de muchos círculos. He ahí la razón fundada o infundada del pueblo. Se puede admirar a una persona desde lejos, reconocerle sus virtudes pero siempre que ocupe una posición en la cual no haga daño a nadie; pero, en otras circunstancias, es cosa distinta.



**El Teniente General Bilbao Rioja deposita una corona en el cenotafio  
del «Soldado Desconocido» (Londres)**





Respeto a mi ascenso al grado inmediato de General, me tocaba ascender lógicamente por ser Oficial de Estado Mayor, en diciembre de 1939. Desde esa fecha, nunca recibí ni carta ni oficio del Ministerio, llamándome a exámenes para el grado inmediato. Por lo demás, tengo suficientes exámenes rendidos no en la teoría, sino en la práctica, en una Guerra Internacional, no contra soldaditos de plomo, sino de carne y hueso. No podía esperar que me asciendan por favoritismo, puesto que mis relaciones con el gobierno pasado fueron nulas y nunca las tomé en cuenta».

«Peñaranda le había expresado antes de su partida, que él, no tenía nada conmigo, pero toda vez que se trató de mi persona, tanto el Ministro de Defensa como el Jefe de Estado Mayor General, siempre se opusieron a todo destino o regreso al país, amenazando que no respondían de la situación interna.

Perdonen Uds., que me he alargado demasiado en esta carta, con asuntos generales. Bien hermanos; no tengo ningún interés en vivir lejos de la Patria indefinidamente; como boliviano, es mi deber vivir y trabajar en la Patria y por la Patria».

«Ahora bien, con respecto a mi persona, continúo machacando mi pobre cabeza con los estudios de ingeniería industrial. Felizmente, ya terminé el curso oficial, faltándome los exámenes finales de grado para titularme. Estos exámenes pienso rendirlos a fin del presente año, mientras tanto sigo los cursos de especialidades en diferentes industrias de importancia para Bolivia».

pero como se suspendió y por otra parte fué difícil conseguir su publicación por falta de material y trabajadores en esta capital, recién hoy he podido hacerlo. Mayores detalles te daré cuando remita».

.....  
Estado Mayor General.—La Paz, 11 de diciembre de 1945.

«... se ha servido Ud. remitir a esta Jefatura, en 105 fojas útiles; un Tema de Guerra sobre la «GUERRA EN LOS BOSQUES» del señor Tgral. D. Bernardino Bilbao Rioja, a base de las experiencias de la Guerra del Chaco y de las últimas campañas del Sudeste de Asia; trabajo que en la actualidad se halla en estudio y por el que esta Jefatura le expresa sus agradecimientos.

El Tcnl. Jefe del Estado Mayor del Ejército.—  
Francisco Barrero.

«Londres, 24 de enero de 1946.

Sobre el aspecto militar, como siempre, veo un total descuido y una incomprensión de miope para no resguardar la riqueza tan próxima a una frontera. Las facilidades que se dieron a la Argentina y al Brasil, por tratados anteriores, traerán a la larga una guerra internacional entre aquellos pueblos en nuestro territorio y justamente por el poderío petrolero.

Respecto al proyecto de los oleoductos hacia Mizque-Cochabamba, Camiri-Sucre-Potosí, etc., hacia el interior de país estoy de perfecto acuerdo. Tu opinión al respecto debes modificar totalmente. Bolivia es un país que no tiene combustible para el incremento de sus instalaciones industriales. La falta de carbón de piedra, tiene que reemplazarse totalmente con petróleo crudo o petróleo reducido. En Estados Unidos de América, un

tercio de la producción total de petróleo se quema en los generadores de fuerza motriz, para mover la enorme potencia industrial de sus fábricas. Es un absurdo pensar que con yareta, carbón vegetal, tola o leña, se puede mover una industria de consideración mediana. Todos los que se oponen al proyecto de oleoductos hacia el interior del país, piensan y obran como los chulupis del Pilcomayo; quienes pescan un pescado que pesa de 10 a 15 libras y que puede servir para la alimentación de una familia por dos días, que prefiere vender en cinco bolivianos, para con ocho bolivianos comprar una lata de sardinas, que dura al igual que un postre. Así, pensamos en vender nuestros productos a la Argentina o al Paraguay por un precio irrisorio para comprar productos similares en el doble o triple del valor real. No tenemos ninguna obligación moral ni material para proveer estos productos primeramente a los países limítrofes del Sud y del Sudeste. Como bolivianos, debemos pensar primeramente en nuestras necesidades, cueste lo que cueste. Los departamentos del Altiplano son muy pobres en combustible; no es posible olvidar como se preparan las comidas, la falta de calefacción en Oruro, Potosí, La Paz, etc., que ya el standard exige cierta comodidad. Pensar que las escuelas y los hospitales no tienen calefacción y que los niños y los enfermos están cotayachas, es lamentable. Pues bien, si no se venden los productos en el Altiplano, entonces que se quemen en los hospitales y las escuelas sin pago alguno, pero que se vea un alivio para aquellos desgraciados. Con motivo de la guerra del Sudeste de Asia, se han construido seis oleoductos paralelos de la India a Chunkin, en una extensión mayor de 1800 Kms. PASANDO POR LA CORDILLERA DE LOS HIMALAYAS, cordi-

llera la más fantástica y alta del MUNDO. Su construcción cuesta millones de millones de dólares, pero se ha hecho. Ahora bien, no esperemos una guerra en el oeste de Bolivia también para pensar en esta clase de trabajos. El verdadero negocio petrolero, está en la explotación de todos los productos orgánicos del petróleo crudo. Estamos en condiciones de proveer a todo Sudamérica los mejores aceites, quizás superiores a los aceites de Norte América, puesto que la composición parafínica nuestra, es excelente bajo todo punto de vista, aunque el resto de los productos, como la gasolina, la nafta y otros que no sean para la utilización en motores finos de Aviación. El octano que se obtiene, según la prensa, de 73, ya es un excelente resultado para los motores de combustión interna, carros y camiones. Inglaterra, durante la guerra, se ha visto obligada a encontrar petróleo en su territorio, habiendo encontrado y perforado en un año cerca de 300 pozos, que abastecen grandemente las necesidades del país. Por otra parte, trabajó un oleoducto de 1200 Kms. para el transporte de su petróleo y también construyó un oleoducto para pasar el canal de la Mancha. Si en tiempo de guerra se hacen estos ingentes gastos, es pues natural pensar que para la paz, deben gastarse el doble o el triple.

La idea general, de hacer oleoductos a la Argentina y al Paraguay deben ser postergadas indefinidamente, dedicando los fondos que demandarían dichas construcciones para extender los oleoductos al interior de Bolivia, a cualquier precio.

En resumen, es necesario concentrar toda la producción petrolera en un punto, sea Camiri u otro, y de allí hacer un plan general de oleoductos al interior del

país, al igual que un plan caminero, y dejarse de la idea momentánea de la exportación».

Se debe exportar una materia prima del país, cuando dicha materia no se utiliza en ninguna industria nacional o existe exceso de producción. La producción del petróleo boliviano, apenas alcanza a cubrir un 38% de nuestras necesidades, el resto se sigue y se seguirá importando del Perú y de otras naciones. Por ejemplo, todos los aceites minerales se importan y nuestras petroleras no dan nada, por falta de maquinaria y técnicos para la producción. Estoy seguro que más tarde, se producirán por lo menos 20 clases de aceites y grasas minerales para la exportación.

Por otra parte, nadie nos obliga de que instalemos nuestras destilerías y refinerías, siempre en Camiri o Sanandita; al contrario, dichas refinerías, deben aproximarse a los centros poblados donde todos los productos serán cotizables, y no se quemen como en el presente caso miles de toneladas por falta de transporte.

Al paso que vamos, y cuando la industria se extienda, la producción nacional será siempre insuficiente para cubrir las necesidades; hasta hoy, no se han descubierto pozos de producción en escala apreciable. Se habla mucho de las zonas petroleras de Caupolicán, Chapare, Pando, etc., zonas posibles de contener petróleo, pero la Geología Petrolera no es una ciencia matemática ni exacta, ella sólo da indicios comparativos. En uno de tus proyectos de petición de informe, he leído las maravillas que se obtienen con los procedimientos geo-físicos. Estos sistemas son complementarios, caros y de mucha lentitud. Son procedimientos exactamente iguales que los que se emplean con la varita mágica para encon-

trar los tapados de oro o plata. De tal suerte, que lo único seguro es el estudio geológico y la PERFORACION DIRECTA, salvo que existieran indicios reales como minas de sal, goma, antracita y fuentes termales de características especiales. Hasta hoy las grandes compañías, siguen con los Oil Man, especie de cateador de minas de petróleo, que por cierto, tienen gran experiencia por haber actuado por lo menos en doscientas zonas petroleras en el mundo.

Yo estaría en condiciones de sugerir un plan de oleoductos en nuestro país, bajo el punto de vista industrial y militar; pero desgraciadamente no tengo datos en que apoyar el proyecto, y cualquier opinión en este sentido, sería sin conocimiento de causa y de la situación real que se presenta.

En pocas palabras, el plan de oleoductos puede comprender.

A). Concentración de toda la producción de PETROLEO CRUDO en Camiri, u otro punto, por oleoductos locales como CENTRO DE ABASTECIMIENTO.

B). Construcción de oleoductos de Camiri a Santa Cruz y Cuatro Ojos, sobre un punto navegable del río Mamoré.

C). Construcción del oleoducto Camiri-Sucre-Potosí Río Mulato Oruro-La Paz.

D). Construcción del oleoducto de Sucre-Mizque-Cochabamba,

E).—Establecimiento de refinerías en dichos puntos, para la obtención de todos los productos del petróleo CRUDO.

No es necesario que las refinerías estén en las mismas ciudades, en general pueden quedar a 20 o 30

Kms. cerca de dichos puntos por razones técnicas. El plan general, puede llevarse a cabo en 10, 15 o 20 años, al igual que un plan caminero para el país.

Los millones que se gasten en estos trabajos, en cada período presidencial, serán reembolsados con toda seguridad en pocos años por el consumo crecido del petróleo.

Si mientras tanto se descubren yacimientos en el Chapare o Caupolicán, mejor. Ayudarán y restringirán el trabajo de los oleoductos aún no iniciados al Altiplano. Es así como creo que debe enfrentarse este problema de importancia nacional.

Respecto a las plantaciones de caña de azúcar en Chané por la Corporación de Fomento, es una lástima de que el Gobierno no haya contratado un agrónomo azucarero para todos los estudios preliminares. Generalmente, los estudios comprenden fuera del análisis de los horizontes de los terrenos, su naturaleza, el drenaje apropiado, el uso de abonos y fertilizantes, la selección de las variedades de caña apropiadas, condiciones de la branza, etc., etc., sin olvidar el riego y la determinación del porcentaje de agua que cae anualmente en una zona determinada. Por lo tanto, lo primero que debía haberse hecho, es la clasificación de los suelos dedicados al cultivo de la caña, formando el mapa correspondiente, de tal manera de conocer en cualquier momento el tipo de suelo de cada lote de caña. Luego verificar las reacciones de la planta a los diversos abonos y fertilizantes. Asimismo, ya tener un estudio preliminar de las enfermedades y plagas en la zona, que atacan a la planta. De esta manera, con un período experimental de un año, se

hubiese tenido la respuesta para la siembra o no en gran escala.

Como ves, en la industria química nada se puede improvisar; es necesario partir científicamente, porque de otra manera es simple derroche de dinero, porque la ciencia no instruye a la industria por falta de conocimiento. En otras palabras, no es suficiente desear grandes plantaciones; sino, al principio, conocer el verdadero cultivo científico.

Como ves, todos somos sabios, pero desgraciadamente no sabemos nada, y no pensamos en asesorarnos con técnicos de la materia.

Por ejemplo, tus cálculos sobre el transporte de petróleo del Chapare y Caupolicán a Cochabamba y La Paz, respectivamente, carecen de base. No sé, por falta de información, si ya existen pozos perforados en dichas zonas y cuál es su producción; pero, es lo cierto, que no puede partirse de una base hipotética. Nadie garantiza que existe petróleo en esas zonas. Las pocas exploraciones dan sólo indicios de su existencia, y mientras no se perforen y se estudien con los hechos, no deberían tomarse seriamente bajo el punto de vista comercial e industrial.

Un oleoducto corto, por ejemplo de Caupolicán a La Paz, y suponiendo de una longitud de 300 Kms. más o menos, puede ser más caro que el oleoducto que se piensa trabajar de Camiri a Alquile; por la simple razón de la diferencia de nivel, tan bruscamente marcado en el primer caso.

El hecho de que no puede trabajarse el ferrocarril de La Paz a Yungas, no obstante de existir el ca-



pital necesario, obedece pues a las enormes dificultades que presenta la formación topográfica de la cordillera interior.

.....

La diferencia de nivel, a grosso modo, supongamos que sea de 3.000 metros, pero el oleoducto tendría que pasar por lo menos en la parte más difícil por una altura de 5.000 metros. La potencia de los motores no puede ser universal, sino que debiera fijarse un motor distinto para cada altura de 200 metros, por la pérdida de potencia de los motores por la altura, la viscosidad y congelación del combustible bombeado y otros detalles que seriamente deben tomarse en cuenta. De tal manera, que los cálculos deben siempre partir de bases exactas, caso contrario, son simples especulaciones.

Por los recortes de prensa que me manda Sinforiano, veo que Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, piensa instalar en Aiquile una planta de «Cracking», planta necesaria y tan importante en Bolivia, para obtener gasolina de aviación y obtener un octano mínimo de 100. El octano actual, que se consigue en Camiri es de 45 o 50, número tan inferior, que sólo sirve para destruir los motores de camiones y automóviles, por muchas faltas en dicho número. Los motores de estos vehículos modernos, europeos o americanos, requieren un Octano 75 u 85 mínimo, para funcionar en condiciones satisfactorias.

En mi opinión, por lo que leo en la prensa, Y. P. F. B. se desarrolla satisfactoriamente dentro de sus pocos recursos».

.....

«En la semana siguiente, te mandaré una copia de un estudio que he terminado sobre el empleo de los

morteros. No tengo idea, si existe algún reglamento en nuestro Ejército sobre el particular. De todos modos, este trabajo puede servir para la redacción de un nuevo reglamento, dada la importancia que se ha dado a esta arma, especialmente para la guerra de montaña y bosque.

.....

En correos pasados, te remití un trabajo y estudio de carácter general en 10 páginas útiles, sobre la «Bomba Atomica», espero que hayas recibido en su oportunidad y una vez leído, te rogaba hacer entregar al Estado Mayor General, para su consideración y estudio. Dicho trabajo lo efectué por estar la materia tan íntimamente relacionada con la defensa nacional y ser un tema de palpitante actualidad militar.

.....

Tengo en estudio, un Reglamento para el Batallón de Infantería, reglamento que espero será de utilidad en nuestro Ejército. Sobre este particular te rogaría comunicarme los Reglamentos que se han publicado desde la Guerra del Chaco, pues con el estudio de éstos, veo que mantenemos el espíritu de los de antes de la primera Guerra Mundial, que en su totalidad ya están derogados en todos los Ejércitos. Parece que hemos descuidado este asunto, sin incorporar nada de nuevo de la primera como de la pasada guerra. Hasta fines del año, pienso estudiar unos Reglamentos: para La Compañía, Batallón, Antitanques, Carros Blindados, Zapadores y sobre todo la Instrucción Individual, para las tropas de Infantería.

.....

Para el Reglamento para la Guerra de Montaña (Altiplano) tengo un plan general más o menos amplio, pero me falta el detalle que solo se puede conseguir

con estudio de Reglamentos de igual índole en muchos países montañosos, como Grecia, Italia, los Alpes, los Himalayas, y los que existen en los países vecinos, especialmente en el Perú, Colombia, Ecuador, y México. Sin embargo, me esforzaré por presentar un Proyecto hasta Diciembre de este año, natural siempre que pueda vencer muchas dificultades.

Sobre los estudios de petróleo, continuo; pero hay muchas especialidades que requieren tiempo y sobre todo práctica. Hay una docena de especialidades que requieren un estudio mínimo de cinco años. De tal manera que solo puedo tener una idea general; tengo la base de la química petrolera que es amplia.

«Londres, 27 de mayo de 1947.

Efectivamente, cumpla mi cincuentenario, me dio siglo de existencia de trabajo en la búsqueda de los ideales de la infancia. El balance materialmente, no es tan satisfactorio como uno deseara sin muchas ambiciones; moralmente, muchos contratiempos que no pueden aún cicatrizar por la profundidad de las heridas. Como saldo, tengo felizmente una salud más o menos completa, sin embargo de la uremia que sigue molestándome de cuando en cuando,

En general, estoy resuelto a vivir hasta los cien años, si Dios y la Divina Providencia me conceden esta gracia; lo que quiero decir, que seguiré el trabajo en la forma metódica y constante para distraer mis facultades

mentales y conservar la salud física que se requiere con carácter general.

Respecto a la noticia que me das, sobre la adquisición del pequeño terrenito para la construcción de tu casa, no puedo menos que alegrarme en el alma, felicitándote de corazón por tu deseo de establecerte en forma definitiva y con plena visión de las responsabilidades para la vida y el futuro de los tuyos. Esta felicitación se hace extensiva para tu señora y especialmente para todos tus niños, quienes llegarán a amar la tierra y la casa que que construyes, por representar tu esfuerzo de trabajo para el establecimiento de tu hogar.

Nosotros recordamos con amor y cariño la casa de nuestros padres en Cochabamba, porque allí, dentro de sus paredes y construcciones primitivas, aprendimos a pararnos en nuestros pies, también anidamos nuestro futuro y aspiraciones sobre esta tierra. Los recuerdos de la infancia, tienen pues una base moral educativa que nunca se olvida. He ahí, porque, pienso que tus niños, recién comenzarán a ver la realidad de lo que es un hogar. Nuevamente, los felicito de corazón y sin reservas de ninguna clase».

La vasta y fragmentaria muestra epistolar transcrita resume la intensa e infatigable preocupación patriótica del ilustre teniente general Bilbao, por mucho que se halle a varios miles de millas de su tierra y aun se sienta algo olvidado por sus conciudadanos. Política, arte castrense, economía, en todas sus fases y proyecciones, historia, moral pública, crédito exterior, problema portuario, relaciones internacionales, cuestión social, in-

dustralización y concepto autárquico; todo enfin, lo que hace la solidez y el futuro de un Estado, pasa por la criba sensorial y analítica del militar-estadista. Es realmente este un caso excepcional por lo que se supone de tributación personal, con fibra y sangre de convencimiento, a la vez que de prescindencia de motivos interesados. Y al lado del hombre fundido en el ansia de mejoramiento y perfección integrales, que no deja de soñar con el bienestar de la colectividad, el sér de corazón y de estro humanitario que se conduce que tanto infortunio evitable, no llegue en verdad a conjurarse, por contumacia del espíritu desidioso o desorientado de los hombres al frente de funciones directivas o mentores intelectuales de los rumbos públicos. Y también el hombre privado, sencillo generoso y previsor con todo cuanto le rodea y muy especialmente, con sus familiares, a los que nunca abandonará con su consejo prudente y su abnegación sin límites.

Entre tanto Bilbao bulle de entusiasmos capacitadores y para hacerse cada vez más digno en el servicio de sus semejantes y particularmente de sus lejanos contemporáneos, en Bolivia, donde por lo corriente se ignora qué ha sido de él, comienza a producirse una reacción justiciera y afectuosa para su nombre y gloriosos hechos militares.

Así, el día 11 de noviembre de 1944 la Convención Nacional, al tratarse del homenaje a la magna fecha potosina, asocia al debate la magnífica gesta de «Kilómetro 7».

«El C. Mendoza López dijo que este homenaje Potosí sería incompleto si no se recordara también la batalla del 10 de Noviembre, en la guerra del Chaco, mencionando que el homenaje se hiciera extensivo a los defensores de Kilómetro 7, a los jefes Bilbao Rioja, Germa

Jordán y a otros que tuvieron a su cargo la heroica resistencia. Se adhirió a esta moción el C. Palenque pidiendo que ese homenaje se sintetice en la discusión del proyecto que declara Día del Inválido y Mutilado de Guerra, el día 10 de Noviembre. El C. Alcallá presentó un proyecto de ley por el que se declara el día 10 de Noviembre Día de la Defensa Nacional y declarando al General Bernardino Bilbao Rioja, Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente y 3º. que la asamblea puesta en pie rinda homenaje a los 730 defensores de Km. 7. Después de un discurso pronunciado por el C. Eguino Zaballa, se aprobaron por unanimidad las mociones para rendir homenaje a Potosí y a la defensa de Km 7».

Acto seguido, el diputado don Emigdio Alcalá fundó su moción con un discurso, en el que al referirse a la personalidad del general Bilbao, entre variadas consideraciones, dijo «como dice el historiador chileno Vergara Vicuña «Bilbao admite sobre sus hombros la responsabilidad más grande y honrosa que oficial boliviano alguno haya cumplido durante la campaña: tonificar un espíritu colectivo deprimido y restablecer una situación militar que se creía perdida».

El proyecto del diputado-convencional Alcalá era el siguiente:

Proyecto de declarar el 10 de Noviembre «Día de la Defensa Nacional».

El proyecto decía: CONSIDERANDO: 1º— Que Kilómetro 7 es la expresión del heroísmo del soldado boliviano.

2º.—Los eminentes servicios prestados a la Patria durante la campaña del Chaco por el invicto General Bernardino Bilbao Rioja y tomando en cuenta la

verdadera documentación histórica, así como la información desinteresada y justiciera de los ex-combatientes.

3º.— Teniendo en cuenta su brillante actuación militar calificada como heroica y decisiva por los historiadores en las batallas de «Kilómetro 7», «Cañada Strongest» y Defensa de Villa Montes, que salvaron el honor y la dignidad nacional. 4º.— Siendo deber de los Poderes Públicos reconocer, exaltar y premiar las virtudes de los grandes servidores del país, para que sirvan de estímulo y ejemplo a las generaciones futuras, la H. Convención Nacional, interpretando el sentimiento de justicia nacional RESUELVE:

1º.—Declárase el 10 de Noviembre día de la Defensa Nacional.

2º.—Declárase al Héroe Nacional Bernardino Bilbao Rioja Benemérito de la Patria en grado Heroico y Eminente.

3º.—La H. Convención Nacional puesta en pie rinda homenaje a los 730 voluntarios del Destacamento Bilbao y defensores de Kilómetro 7».

Dentro del trámite reglamentario, este proyecto de ley no pudo ser votado el día de su presentación, pero pudo evidenciarse una mayoría casi unanime de asentimientos en favor de su inmediata aprobación.

En igual fecha del año 1945, al «Diario» de La Paz, le cupo la dignísima tarea de evocar en sus columnas editoriales la epopeya de esa batalla trascendental para los destinos de Bolivia.

«La batalla del Kilómetro 7.

.....Este hecho de armas, el más nítido y más cabal de la guerra del Chaco, señala el renunciamiento

de aquel grupo guerrero que entre las inclemencias, el hambre y la sed, cavaron el pedestal de su grandeza, sin pedir, más tarde, ninguna recompensa.

Bilbao Rioja —los dos hermanos Bernardino y Sinforiano— Jordán, Pool, Arrién, Castrillo, dieron el tributo de su sangre y de su coraje atemorizada por los éxitos adversarios, por los caminos intransitables, por la falta de elementos propicios. Su resistencia marca la etapa más verazmente abnegada y constante en el esfuerzo.

La historia no la puede falsear nadie, ni a ella acuden los nombres ajenos a ninguna gloria. El haber inscrito una página de insigne honor no corresponde a ningún favoritismo, la verdad de sus dictados pertenece al tiempo y a la esperanza del mañana.

Los defensores del Km. 7, hoy olvidados, no sembraron su grandeza para ser exhibida hoy, plasmaron sus nombres para las generaciones que vienen, que se suceden, que analizarán el milagro de haber realizado un hecho tan pocos siendo tan grandes las adversidades.

Cobra relieves a través de los años, la figura magnífica del Jefe defensor Gral. Bernardino Bilbao Rioja, frente a sus soldados y compañeros de armas de la histórica batalla. Bolivia pudo tonificarse más tarde en su lucha adversa, pudo sentirse segura de que en el seno de sus soldados había corazón dispuesto al sacrificio y supremo desinterés para defender su suelo. La generación que defendió con su sangre y coraje el patrimonio de la nación recuerda hoy al insigne militar, orgullo nato de una época de vacilaciones y angustias, de recriminaciones mutuas, de temor angustiado por el porvenir de su propia soberanía. Fué el hombre conductor, el brazo ejecutor, al cerebro plasmador de una victoria nacida



al fragor de lo incierto y de lo mudable. Ausente de la patria el jefe, cobra su nombre, más subido prestigio, se delinean sus virtudes, su austeridad de soldado, su modestia de jefe, su visión de estratega. Es uno de los olvidados.

Km. 7, es una gloria para las armas de Bolivia. Una pura gloria que pudo mostrar hasta donde llega el sacrificio humano de sacar ventajas de las más duras desventajas. Los defensores de este hecho de armas, se llevaron, —los que murieron— la bendición de una patria atormentada por la congoja al frente de las adversas formas de la guerra, y los que viven olvidados pueden sentirse ante ese recuerdo, cómo la conciencia humilde y anónima de un país, les tributa el homenaje de su agradecimiento.

La historia, que la escribirán los hombres probos y puros, delineará en cada capítulo de esa acción, el sacrificio de los unos y el renunciamento de los otros. Y en verdad que toda historia será para el porvenir, cuando los vivos se vayan para siempre y cuando los muertos tengan el mármol donde vivirán para siempre.»

También la Asociación de ex-combatientes de voluntarios de Alihuatá nombró para el período 1945-46 su Comandante Supremo al teniente general Bernardino Bilbao Rioja.

Además, por ley de la República, sancionada por la Convención Nacional de 1938, la geografía política de Bolivia se ornó con el nombre del general Bilbao Rioja para una de sus subdivisiones provinciales, en el Departamento de Potosí, con capital Arampampa, lugar del nacimiento del héroe.

Durante la legislatura del tiempo de la Administración de Peñaranda, se derogó esta disposición; pero posteriormente fué nuevamente establecida, subsistiendo hasta hoy como una de las expresiones más vivas de la gratitud nacional.

A los fines del año 1946; luego de acontecimientos políticos de una enorme envergadura y bajo el signo feliz y auspicioso de una restauración institucional obtenida por una eclosión majestuosa y dominadora del sentimiento público, el general Bilbao, al fin, pudo restituirse a su patria. Lo hizo, sí, en condiciones de simple ciudadano, pues obedeciendo a una resolución superior, debió iniciar trámites para su pase a la Reserva del Ejército. Sería esta una nueva jugarreta irónica de su Destino, ya que con la experiencia que había ganado en el escenario más encumbrado y de mayor visibilidad con relación a los sucesos de la última gran conflagración mundial, su bagaje de conocimientos, experiencias y observaciones podía ser estimado como inapreciable y, por tanto, bien podía haber sido utilísimo para el desarrollo de la colectividad militar boliviana, a la vez que como factor de enaltecimiento de su fe profesional y moral.

Pero para Bernardino Bilbao Rioja no había en esos momentos sino exaltación gozosa, pues en los más íntimos pliegues de su corazón palpitaba y fecundaba la dicha de hallarse en el terruño y entre los suyos. Ello le consolaba de todo el pasado de incomprensión y fingido desdén, que soportara en silencio, sin degradar sus principios y sin permitir por un instante que su disposición de idealismo y su voluntad de ser útil se oxeara o se desvaneciera.

Acaso por todo esto, por todo aquéllo, por lo que en este libro queda expresado, por lo mucho que pertenece a lo inédito y que es tan valioso como lo anterior, el alma de Bernardino Bilbao —teniente general de Bolivia, en retiro apenas transpuesta la raya del medio siglo de existencia— pueda solazarse aún con la promesa de un claro amanecer, que tenga la virtud de adelantarse al momento en que la palidez crepuscular se haga tiniebla espesa; con lo que se evitaría que las generaciones actuales dejaran como herencia a lo futuro el logogrifo de lo que debió y pudo ser y sin embargo no fué.....no obstante que raras veces, en los dominios de la vida cívica, puede avivarse el rescoldo de las oportunidades y de los consensos enaltecedores, que tuvieron su hora de plenitud antes de ser esfumados por las impacencias y veleidades de la Diosa Suerte.

---

«Peña Andina» (Miraflores)  
La Paz, enero — mayo de 1947.



# ERRATAS

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
11	9	falasia	falacia
18	19	descriminar	discriminar
24	19	dedenderse	defenderse
59	25	celebral	cerebral
63	2	simbiósis	simbiosis
71	2	cantripeta	centripeta
72	31	ambajes	ambages
77	22	defectos	a defecto
79	8	sibaristismo	sibaritismo
82	8	fácil;	fácil,
82	13	extenciones	extensiones
83	12	estrajo	extraño
89	10	subtancialmente	substancialmente
91	13	engloban	engloba
92	5	este de	este estado de
93	17	infiur	influir
94	13	de la edad	en la edad
97	19	antimonía	antinomía
111	16	para sus	pero sus
114	9	las prendan	las prendas
116	17	comprenderas	comprenderás
116	22	parace	parece
128	31	exigüedad	exigüidad
133	26	complidas	cumplidas
138	3	pletóricos	pletóricos
140	12	altas	altos
147	13	emite	deja de emitir
153	19	privilegio	privilegio
158	2	no con	ni con
162	26	su coración	su corazón
216	9	cororado	coronado
228	12	despresivamente	depresivamente

## II

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
228	28	despositivo	dispositivo
232	19	munidades	munidas
249	13	deligencia	diligencia
254	15	destacamento	destacamiento
261	2	definiva	definitiva
286	16	posición	posesión
295	8	ni sus virtudes	sus virtudes
317	22	indifinidamente	indefinidamente
366	24	este último	esto último
341	2	fracmentarios	fragmentarios
346	16	de esa carta	de esa casta
368	32	iba de corrido	iba corrido
397	18	a piense	y piense
406	14	fisionomisados	fisionomizados
407	5	pesarán	pesaran
438	22	resultantemente	resueltamente
439	21	debe ser	no debe ser
449	28	exceso pregognición	exceso de precognición
461	29	prefesionales	profesionales
498	23	maladanzas	malandanzas
512	29	épica política	ética política
517	18	obstaculizaba	obstaculizada
518	17	naturaleza y responsabilidad	naturaleza y finalidad
523	21	fundamental	fundamental
575	33	triste desconsoladora	triste, desconsoladora
591	21	delicación	dedicación
618	30	sítesis	síntesis
620	8	siguiera	siquiera
624	22	sanginario	sanguinario

